TRATADO

DEL

ESPIRITU SANTO

QUE COMPRENDE

la historia general de los dos Espíritus que se disputan el imperio del mundo y de las dos Ciudades que han formado; con las pruebas de la Divinidad del Espíritu Santo, la naturaleza y el alcánce de su accion sobre el hombre y sobre el mundo.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

Monseñor Gaume

PROTONONARIO APOSTÓLICO.

Ignoto Deo.
Al Dios desconocido
Act. XVII 23.

Con aprobacion de la Autoridad Eclesiástica.

TOMO II.

MEXICO.

1879.

TRATADO

DEL

ESPIRITU SANTO.

CAPITULO I.

DIVINIDAD DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Existencia de Dios.—Pruebas y necesidad de este dogma.—Dios es la Trinidad.—Probar el dogma de la Trinidad, es probar la divinidad del Espíritu Santo.—Desarrollo de esta idea.—Pruebas indirectas de la Trinidad: la nocion del sér, las criaturas materiales y las racionales.—Necesidad é influencia de este dogma.

¡Dios, la Trinidad, la divinidad del Espíritu Santo! En el lenguaje de la revelacion como en la fé de los pueblos, estas tres verdades están de tal manera unidas, que la certidumbre de la primera implica la de las otras dos. Ahora, bien, Dios existe con todos los atributos que el género humano adora.

Antes de todos los siglos, más allá de todos los mundos, existe UN SER personal, eterno, infinito, inmutable, que tiene en sí mismo su principio y su felicidad. Este sér, siempre fecundo, es la vida de todas las vidas, el centro de todos los movimientos, el principio y el fin de todo lo que es. Como el Océano contiene en su inmensidad la gota de agua, El envuelve en su seno al universo con sus múltiples creaciones. El está dentro y fuera, léjos y cerca, está en todas

partes. ¿Veis el astro que brilla en medio de los cielos? Ahí está Dios. ¿Veis el aire que me conserva la vida? En él está Dios. En el calor que me anima y en el agua que me refrigera, en el soplo de la brisa y en el bramido de las ondas, en la flor que me recrea y en el animal que me sirve, en el espíritu y en la materia, en la cuna y en la tumba, en el átomo y en la inmensidad, en el ruido y en el silencio, en todo está. Dios siempre, Dios en todas las cosas.

El lo oye todo: la música armoniosa de las esferas celestes y los alegres cantos de la avecilla, el zumbido de la abeja y el rujido del leon, el paso de la hormiga y el ruido de la hoja que se agita, la respiracion del hombre, la oracion del justo y las blasfemias del malvado.

El lo ve todo: el sol que resplandece á vista del universo y el insecto que se oculta debajo de la yerba, el gusanillo sepultado en la corteza del árbol y el imperceptible infusorio perdido en los abismos del Océano. Ve el juego variado de sus músculos y la circulacion de su sangre. Ve los pensamientos de mi espíritu y los latidos de mi corazon. Ve las necesidades del pajarillo que pide su alimento, los votos solitarios del débil y las lágrimas ardientes del oprimido.

El lo gobierna todo: el innumerable ejército de los cielos, las estaciones, los vientos y las tempestades, los siglos y los pueblos, las pasiones humanas y las potencias de las tinieblas, las criaturas privadas de razon, y los séres dotados de inteligencia. El es quien alimenta, quien abriga, quien alberga, quien viste, quien protege, quien conserva todo lo que respira; porque todo lo que respira no respira sino por El, ni debe respirar sino para El.

Manantial eterno de la verdad, regla inmutable del bien, da al hombre la luz para conocerla, y la fuerza para cumplirlo.

En su infalible balanza pesa las acciones de los reyes y de los súbditos, de los particulares y de los pueblos. Remunerador supremo de la virtud y vengador incorruptible del vicio, cita á su tribunal al débil y al poderoso, al justo que le adora y al impío que le ultraja. Para los unos, castigos sin misericordia y sin esperanza; para los otros, una felicidad sin fin, ni mezcla de mal alguno.

¡Sér superior á todos los séres, creador y moderador del universo, todo proclama vuestra existencia! Las magnificencias del cielo, el deslumbrador ornato de la tierra, la obediencia filial de las olas encrespadas, las virtudes del hombre de bien, los castigos del culpable y hasta la demencia misma del ateo.

Lo que habla, os alaba con sus aclamaciones; lo que está mudo, os reverencia con su silencio. Todo adora vuestra majestad, la naturaleza viva y la naturaleza muerta. A vos se dirigen todos los dolores, á vos se elevan todas las plegarias.

Criador, conservador, moderador, padre, juez, remunerador y vengador, todos los nombres que significan poder, sabiduría, amor, independencia y justicia se os deben de derecho, todos os convienen; y sin embargo, ninguno basta para nombraros.

El sér por cima de todos los séres, este es el único nombre ménos indigno de vos: EGO SUM QUI SUM.

Un sér superior á todos los séres, un Dios autor y regulador supremo del mundo y de los siglos, tal es el dogma fundamental que proclama el universo, y ante el cual se han inclinado con la frente pegada al polvo todas las generaciones, que desde hace seis mil años han pasado sobre la haz del globo. Contra este hecho, sobre el cual reposa, como un edificio sobre su base, la fé del linaje humano,

¿qué prueban ni qué pueden las negaciones del ateo? ¿Que qué prueban? Lo que prueba una voz discordante en un vasto concierto: se la hace callar ó vuelve á entrar en armonía; y con ella ó sin ella el concierto continúa. ¿Que qué pueden? Lo que la ligera piedra, que al pasar tira el árabe fugitivo, puede contra la pirámide del desierto: el árabe se va, y la pirámide permanece.

Y ahora, ¿qué pretende la filosofía racionalista con su dios de fábrica humana su dios–leño, su dios–nada? Sér de razón, ó diremos mejor, de sinrazón, dios impersonal, sordo, mudo, indiferente á las obras y á las necesidades, de sus criaturas, producto variable del pensamiento individual... no, no es ese, no lo ha sido nunca, en ninguna época, ni en ningún clima, el Dios del género humano. La historia lo atestigua. "Jamás, ha dicho un hombre que la conocia á fondo, jamás las naciones cayeron tan hondo en el culto de los ídolos, que perdieran el conocimiento más ó ménos explícito de un solo Dios verdadero, Criador de todas las cosas." (1).

El dogma de la unidad de Dios no se ha de decir solamente verdadero, porque tiene tantos testigos como astros hay en el firmamento y briznas de yerba sobre la tierra; sino tambien porque es necesario,

Lo que es el sol en el mundo físico, ~~lo que~~ es Dios y más todavía, bajo todos aspectos, en el mundo moral. Si en lugar de continuar derramando sobre el globo sus torrentes de luz y de calor, el sol se extinguiera de repente, imaginaos en qué quedaría convertida la naturaleza. Al instante, la vegetacion se para; los rios y los mares se convier-

1. Gentes non usque adeo ad falsos deos esse delapsas, ut opinionem amitterent unius veri Dei, ex quo est omnis qualiscumque natura. *S. Aug., contra Faust.*, libro 20, n. 19; *Lactant., De errore.*

ten en planicies de yelo; la tierra se endurece como la roca; todos los animales malignos, que la luz encadena en sus antros tenebrosos, salen de sus guaridas y se convocan para hacer una carnicería; la confusión y el espanto se apoderan del hombre; la confusión, la desesperación y la muerte reinan por todas partes, y unos pocos dias serán bastantes para reducir al caos el universo mundo.

Supongamos el imposible de que Dios, sol necesario de las inteligencias, llegue á desaparecer. Al punto la vida moral se extingue. Todas las nociones del bien y del mal quedan borradas; el error y la verdad, lo justo y lo injusto, se confunden en el derecho del más fuerte. En medio de esas tinieblas, todas las más vergonzosas concupiscencias, adormecidas en el corazón del hombre, se despiertan, y sin temor como sin remordimientos, se disputan los restos mutilados de las fortunas, de las ciudades y de los imperios; la guerra estalla por todas partes, guerra de todos contra todos, que convierte al mundo en una caverna de ladrones y asesinos.

Tal espectáculo el ojo del hombre no lo ha visto jamás, como no ha visto al universo sin el astro que lo vivifica. Pero lo que sí ha visto es un mundo, en que semejante al sol velado por espesas nubes, la idea de Dios no despedía más que un relucir dudoso. Al través de las tinieblas, en que se habían sepultado, los pueblos paganos no percibían sino confusamente la unidad incomunicable de la divina esencia. Como la antorcha que debía dirigir al género humano vacilaba segun el viento de las pasiones, los intereses y las opiniones, su marcha intelectual y moral fué sucesivamente vacilante, absurda, retrógrada: los dioses extraviaban á los hombres.

Eternas incertidumbres sobre las cuestiones más impor-

tantes y sencillas, supersticiones groseras y crueles, sistemas vanos é inmorales condenaron al hombre por tiempo de veinte siglos, á la esclavitud de la idolatría. En ella yacen todavía encadenadas las naciones modernas, alejadas de las zonas benditas sobre que brilla en todo su esplendor el dogma tutelar de la unidad divina

No puede ser de otro modo: entre el hombre y el mal no hay más que una barrera, Dios; Dios conocido, Dios respetado. Si quitáis á Dios, el hombre sin regla y sin freno, se convierte en una bestia feroz, que desciende alegremente hasta los combates de gladiadores y los festines de carne humana.

Por el contrario, ¿se quiere impedir que el hombre caiga en el abismo de la degradación y la desgracia? Y si ha caído en él ¿se quiere sacarle y conducirlo al más alto grado de luz, de virtud y felicidad? Nada de discursos, nada de combinaciones y sistemas. Decid á ese gran enfermo: Hay un Dios; levántate y anda en su presencia. Que el linaje humano tome en todo su valor esta palabra, de modo que el dogma soberano de la unidad divina influya con todo su peso sobre los espíritus y las voluntades, y el enfermo queda curado. Dios reina; y el hombre es iluminado con la única luz que no engaña; es virtuoso, con el único género de virtud que no es una careta; es feliz, con la única felicidad que no es una decepción; es libre, con la única libertad que no es una vergüenza, ni un crímen, ni una mentira. *Ambula coram me, et esto perfectus.* (*Gen.* VIII). Lo repetimos con esta sola palabra: Si se respeta á Dios, el mundo será curado; *é si non, non.*

Esta palabra fué dicha un dia al linaje humano, gangrenado de paganismo; le fué dicha en todas partes con autoridad soberana; y el gran Lázaro se levantó de su lecho do-

loroso y besó ardientemente la mano que le salvó. Filósofos, políticos, senado, areópago, vosotros todos los que os llamábais y os llamais todavía médicos de las naciones, esa mano no fué la vuestra, ni lo será jamás. Todos los dias se pronuncia todavía esa palabra soberana, en Europa sobre alguna alma enferma, en las lejanas islas de la Oceanía sobre alguna tribu de antropófagos; y aquí cerca, como allá léjos, la vemos producir en nuestros dias el efecto milagroso que producía, hace mil ochocientos años. Tal es, probado por la razon y por la historia, el poder saludable, por consiguiente, la verdad del dogma de la unidad de Dios.

¿Y qué es Dios? Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas en una sola naturaleza divina. En otros términos: Dios es la Trinidad; y no puede ménos de serlo. Preguntado sobre esto Dios mismo, respondió: *Yo soy el que es*, *Ego sum qui sum*; yo soy el Sér, el Sér absoluto, el sér sin calificacion. Pues el sér absoluto posee necesariamente todo lo que constituye el sér, y lo posee en toda su perfeccion. Tres cosas constituyen el sér: la medida, el número y el peso (1).

En los séres materiales, la medida es el fondo ó la sustancia; el número, es la figura que modifica la sustancia; el peso, es el lazo que une la sustancia á la figura y todas las partes entre sí. Recorred toda la naturaleza, desde el cedro hasta la brizna de yerba, desde el elefante hasta el arador, desde la montaña hasta el grano de arena, no encontrareis un solo sér que no reuna esas tres cosas. Son tan esenciales, que ni una sola falta, el sér material no puede existir, ni siquiera concebirse. Quitad la sustancia ¿qué os

1. Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti. *Sap.* XI, 21.

queda? Nada. Y ¿sin la figura? Nada. ¿Y sin la unión? Nada (1).

La medida, el número y el peso no están en las criaturas sino porque Dios las ha puesto. Dios no ha puesto esas tres cosas, sino porque las posee, es decir, porque él mismo es de algún modo medida, número y peso (2) Conforme lo hemos visto en el dogma de la unidad de Dios, la Trinidad tiene tantos testimonios como criaturas inanimadas hay en el universo, cuantos astros sostiene el firmamento, cuantos átomos oscilan en el aire, cuantas briznas de yerba brotan sobre la tierra. Así lo afirman los más grandes ingenios.

"En todas las criaturas, dice San Agustín, aparecen los vestigios de la Trinidad. Cada obra del divino artífice presenta tres cosas: *unidad*, *belleza y órden*. Todo sér es uno como una es la naturaleza de los cuerpos y la esencia de las almas. Esta unidad recibe por precisión una forma determinada, como las figuras ó las cualidades de los cuerpos, la doctrina ó el talento de las almas. Esta unidad y esta forma están relacionadas entre sí y ordenadas de algun modo; como en los cuerpos la pesantez y la posición, en las almas el amor y el placer. Y así, puesto que es imposible no vislumbrar al Criador en las criaturas, venimos en conocimiento de la Trinidad, de la cual cada uno de los séres criados presenta un vestigio, más ó ménos manifiesto. En efecto, en la sublime y adorable Trinidad está el orígen de todos los séres, la perfecta belleza y el supremo amor (3)."

1. Mensura omni rei modum præfigit, et numerus omni rei speciem præbet, et pondus omnem rem ad quietem et stabilitatem trahit. *S. Aug.*, *De Gen. ad Litt.*, lib IV, c III.

2. Hæc tria: modus, species et ordo, tanquam generalia bona sunt in rebus á Deo factis. Et ita hæc tria ubi magna sunt, magna bona sunt; ubi parva, parva bona sunt; ubi nulla, nullum bonum est. *S Aug.*, *Lib*, *de natur boni*, c. III

3. Trinitatis vestigium in creaturis apparet. Lib. VI *De Trinit.*, c. X ad fin.—Haec igitur omnia quae arte divina facta sunt,

¡La Trinidad! Hé ahí el dogma que, segun Lactancio, San Atanasio, San Dionisio y Tertuliano (1), predican incesantemente todas las cosas del universo á los que tienen ojos para ver. Cuanto más nobles son los séres, con tanto más elocuente voz proclaman la Trinidad. ¿Y podria ser de otro modo? ¿No son deudores de un homenaje particular al misterio augusto, cuyo verstigio más brillante marcado sobre sus frentes, es precisamente la razon y la medida de su nobleza? Así, el sol, el árbol, el manantial, son predicadores elocuentes de la Trinidad. En la unidad de su única esencia nos muestran: el uno, el foco, el rayo y el calor: el otro la raíz, el tronco y las ramas; el tercero, el receptáculo, la salida y la corriente.

Explicando la doctrina de los Padres, añade el Angel de las escuelas: "En cada criatura se encuentran cosas que tienen relacion necesaria con las personas divinas como causa. En efecto, cada criatura tiene su propio sér, y su forma que determina la especie y la relacion que dice con otras cosas.

Ahora, bien, segun que es una sustancia criada, representa la causa y el principio, y así denota á la persona del Padre, que es principio sin principio. Segun que tiene una

unitatem quamdam in se ostendunt. et speciem, et ordinem. Quidquid enim horum est et unum aliquid est, sicut sunt naturæ corporum, et ingenia animarum; et aliqua specie formatur, sicut sunt figurae vel qualitates corporum, ac doctrinae vel artes animarum; et ordinem aliquem petit aut tenet, sicut sunt pondera vel collocationes corporum, atque amores aut delectationis animarum. Oporter igitur ut Creatorem, per ea quae facta sunt, intellectum conspicientes, Trinitatem intelligamus, cujus in creatura quomodo dignum est, apparet vestigium. In illa enim Trinitate, summa origo est rerum omnium, et perfectissima pulchritudo, et beatissima delectatio. *Id.*, *De Trinit.*, lib. 6, n. 12.

1 Véase *Vitass.*, *De Trinit. quaest.*, 1, art. 1.

forma y especie, denota al Verbo, en cuanto la forma de la obra proviene de la concepcion del artífice.

Segun que tiene órden y relacion, denota al Espíritu Santo, que es amor; porque el órden ó relacion que unos séres dicen á otros proviene de la voluntad del Criador.... A esto se refieren la medida, el número y el peso; la medida á la sustancia de la cosa, el número á la especie y el peso al órden (1)."

Si las criaturas inanimadas, que son las últimas en la escala de los séres, presentan vestigios de la Trinidad, es evidente que debemos encontrarlas más brillantes en las criaturas de un órden superior. ¿Más qué digo? No es solo el vestigio, sino la imágen de la Trinidad lo que estas nos ofrecen. "Todo efecto, continúa Santo Tomás, representa en algo á su causa; si bien de diferentes modos. Algunos efectos representan solamente la casualidad de la causa, sin indicar su forma; como el humo representa al fuego. Este modo se llama representacion por vestigio: y con razon; pues el vestigio prueba que la cosa ha pasado por allí, pero no dice que esté allí.

1. In creaturis omnibus invenitur repraesentatio Trinitatis per modum vestigii; in quantum, in qualibet creatura inveniuntur aliqua quae necesse est reducere in divinas personas, sicut in causam. Quaelibet enim creatura subsistit in suo esse, et habet formam per quam peterminatur ad speciem, et habet ordinem ad aliquid aliud Secundum igitur quod est quaedam substantia creata, repraesentat causam et principium; et sic demostrat personam Patris, qui est principium non de principio. Secundum autem quod habet quamdam formam et speciem, repraesentat Verbum, secundum quod forma artificiati est ex conceptione artificis. Secundum autem quod habet ordinem, repraesentat Spiritum Sanctum, in quantum est amor; quia ordo effectus ad aliquid alterum, est ex voluntate Creantis.... et ad haec etiam reducuntur illa tria, numerus, pondus, mensura. Nam mensura refertur ad substantiam rei limitatam suis principiis, numerus ad speciem, pondus ad ordinem. 1, p., q. XLV, art. 7.

Otros efectos representan á la causa en cuanto á la seme janza: así el fuego producido representa el fuego productor, y la estátua de Mercurio á Mercurio. Este modo se llama representacion por *imágen.*

Pues las procesiones de las personas divinas, se consideran segun los actos del entendimiento y de la voluntad. En efecto, el Hijo procede como la palabra del entendimiento; el Espíritu Santo como el amor de la voluntad. De donde resulta, que en las criaturas racionales, dotadas de entendimiento y voluntad se encuentra la representacion de la Trinidad á manera de imágen, puesto que se representa en ellas el Verbo concebido y el amor que procede (1). Resulta tambien, que el dogma de la Trinidad se refleja en tantos espejos como ángeles hay en el cielo, y demonios en el infierno, y hombres nacidos ó por nacer sobre la tierra, desde el principio hasta el fin del mundo.

En resúmen, lo que las criaturas inanimadas es medida, número y peso, en los séres racionales se llama poder, sabiduría, amor; y en Dios Padre ó poder, Hijo ó sabiduría, Espíritu Santo ó amor mútuo del Padre y del Hijo. Estas tres cosas, poder, sabiduría y amor, de tal modo son esenciales en Dios, que faltando una, Dios no puede existir, ni siquiera concebirse, Si le quitais el poder, ¿qué os queda? Nada. ¿Y sin la sabiduría? Nada. ¿Y sin el amor? Nada (2).

Añadimos arriba, que Dios posee las tres condiciones esenciales del sér en toda su perfeccion. Más en el sér propiamente dicho, la perfeccion de esas condiciones consiste en que sean *reales*, *sustanciales*, *subsistentes por sí mismas*,

1. I. p., q. XLV. art. 7.
2. De aquí aquella sentencia de San Jerónimo: Sin el Espíritu Santo, el misterio de la Trinidad es incompleto: Absque enim Spiritu Sancto, imperfectum est mysterium Trinitatis. *Ad Hedibiam.*

en una palabra, verdaderas *hipóstasis ó personas distintas.*

Miéntras damos las pruebas directas del dogma de la Trinidad, sirva lo dicho, no para *demostrar* lo que es indemostrable; sino para *mostrar* que el augusto misterio no tiene nada contrario á la razon, y que todavía la verdadera filosofía vislumbra su existencia, ántes de tener noticia cierta de él. (1) Así lo ha querido Dios. ¿Y por qué? Por una parte, para no dejarse á sí mismo sin testimonio, imprimiendo su vestigio ó su imágen en todas las criaturas; y por otra, para dar á los hombres, y especialmente á las naciones cristianas los medios de conseguir su perfeccion tomando por modelo al Poder infinito, á la Sabiduría infinita y al infinito Amor.

En efecto, si el dogma de la unidad de Dios fué el sol del mundo judáico, el de la Trinidad lo es del evangélico. Ahora bien, lo que la rosa en capullo es á la rosa abierta. eso es el dogma de la unidad de Dios al de la Trinidad. Luego andar en la presencia de un Dios, trino en personas, claramente conocido, es para los pueblos cristianos la ley de su existencia y la condicion de su superioridad.

Es la ley de su existencia. ¿Llegan á olvidarla ó desconocerla? Al punto caen de las alturas luminosas del Calvario; y retrocediendo cuarenta siglos, quedan sumidos en las tinieblas del Sinaí. Y no pára ahí su caida. Un pueblo cristiano no puede dejar de serlo, sin descender hasta más abajo que el judío, más abajo que el mahometano, sin convertirse en una raza degradada, á la cual no hay en el lenguaje humano un nombre que le cuadre.

Es la condicion de su superioridad. La perfeccion inte-

1. Representatio vestigii attenditur secundum appropriata; per quem modum ex creaturis in Trinitatem divinarum personarum veniri potest. *S. Th., ibid*, ad 1.

lectual y moral de una sociedad está siempre en razon directa de la nocion que tiene de Dios. Cuanto el conocimiento claro de la unidad divina elevó á los hijos de Israel sobre las naciones paganas, otro tanto la revelacion de la Trinidad eleva á los pueblos cristianos sobre el pueblo judío. Que lo sepan las sociedades bautizadas ó que lo ignoren. que lo crean ó que lo nieguen, en las profundidades de este dogma eternamente fecundo, es donde se encuentra el escondido manantial de la superioridad de las mismas bajo todos sus aspectos.

La Trinidad es el quicio del Cristianismo, y por consiguiente el primer asiento de las sociedades nacidas del Cristianismo. Quitad este dogma, y la encarnacion del Verbo no es mas que una quimera, la redencion del mundo una quimera, la efusion del Espíritu Santo una quimera, la comunicacion de la gracia una quimera, los sacramentos una quimera, el Cristianismo entero una quimera, y la sociedad una ruina. (1)

1. Trinitatis fides per quam subsistit omnis Ecclesia. *Orig. homil.* 9, *in Exod.*, n. 3.—De mysterio agimus, quod fidei nostrae praecipuum caput est, et totius christianae religionis fundamentum. Hoc sublato, jam nulla esset Verbi incarnatio, nulla Christi satisfactio, nulla hominum redemptio, nulla Spiritus Sancti effusio, nulla gratiarum largitio, nulla sacramentorum efficacia: totum ruéret salutis opus. *Lieberm. Instit, theolog.* t. III.

CAPITULO II.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Pruebas directas de la Trinidad: la Biblia.—El mundo, el hombre, el cristiano: tres creaciones que revelan el misterio de la Trinidad.—En el principio, Dios crió el cielo y la tierra y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas: fórmula de la creacion del mundo físico.—Explicacion de San Agustin.—Hagamos al hombre á nuestra imágen: fórmula de la creacion del hombre.—Explicacion de Santo Tomás, de San Crisóstomo, de San Agustin, de Bossuet.—Manifestaciones múltiples de la Trinidad.—Pasaje de M. Drach.—Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: fórmula de la creacion del cristiano.—Explicacion.—Cuantas pruebas tiene la Trinidad, otras tantas la divinidad del Espíritu Santo.

Ver la augusta Trinidad en el espejo de las criaturas, no es una ilusion, como no lo es reconocer el árbol por los frutos y al artífice por la obra. Así, los juicios y razonamientos de los grandes ingenios que acabamos de citar, son auténticamente confirmados por el mismo Criador. Tres hechuras principales resumen, á nuestro modo de ver, su obra exterior: el mundo material, el hombre y el cristiano. Pues bien, al modo que el fabricante pone su marca á todos los productos de su industria para conocimiento del público, así Dios nos dice que su imágen va grabada con caracteres indelebles en cada una de sus obras maestras, que lo declaran autor de todos los séres y lo hacen conocer á quien quiera que tenga ojos para ver y entendimiento para entender.

"No me avergüenzo yo del Evangelio, dice San Pablo porque es la virtud de Dios para la salvacion de los que creen.... Porque la ira de Dios se manifiesta del cielo

contra toda la impiedad é injusticia de aquellos hombres que detienen la verdad de Dios en la injusticia; puesto que lo que se puede conocer de Dios, les es manifiesto á ellos; porque Dios se lo manifestó. Pues las cosas que son invisibles en El, se ven despues de la creacion del mundo, considerándolas por las cosas criadas; aun su virtud eterna y su divinidad: de modo que son inexcusables. Pues habiendo conocido á Dios, no lo glorificaron como á Dios. (1)

¿Queremos ver cuán legítimo es este enojo contra los negadores ó despreciadores de la Trinidad? Estudiemos la conducta del mismo Dios. Quiere que su primer órgano, Moisés, comience la historia del mundo con la revelacion de a Trinidad creadora. "En el principio crió Dios el cielo y la tierra.... y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas." (2) Sobre lo cual, el más autorizado y más profundo de los intérpretes, San Agustin, se expresa de este modo: "En el momento mismo en que la creacion en bruto fué sacada de la nada con el nombre de cielo y tierra, para significar lo que habia de hacerse, se insinuó la Trinidad del Criador. Dice la Escritura: *En el principto crió Dios el cielo y la tierra.* Pues bien, por la palabra *Dios*, entendemos al Padre; por la palabra *Principio*, entendemos al Hijo que no es principio sino por el Padre, pero lo es de todas las cosas. Cuando la Escritura añade: *Y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas*, tenemos la revelacion ompleta de la Trinidad; pues esa palabra significa el soberano poder del Espíritu Santo." (3)

1. *Ad Rom.*, t, 16-12.
2. *Gen*, t, v. 1.
3 Ut quemadmodum in ipso exordio inchoatæe creaturæe, quæ cœli et terræe nomine, propter id quod de illa perficiendum erat commemorata est, Trinitas insinuatur Creatoris (nam dicente Scriptura: *In principio fecit Deus coelum et terram*

No contenta la augusta Trinidad con revelarse en la creacion de la masa material, se revela tambien en cada obra particular que de ella va formando. Este pensamiento es igualmente del gran obispo de Hipona: "En la elaboracion y perfeccionamiento de la materia se indica la misma Trinidad, al formar las diferentes criaturas. En estas palabras: *Dios dijo* tenemos el Verbo ó la palabra y al generador del Verbo; y en aquellas otras: *Vió Dios que era bueno*, tenemos la Bondad infinita, el Espíritu Santo, por quien únicamente agrada á Dios todo lo que le agrada." (1) Pues estas palabras salen siete veces en la obra de la creacion; y por consiguiente, siete veces se proclama el dogma de la Trinidad, siete veces se afirma divinamente que el mundo material en su conjunto y en cada una de sus partes lleva el sello de su autor.

Oigamos á otro comentador, no menos notable por la pureza de su corazon y la solidez de su ciencia: "El libro que contiene el orígen de las cosas, dice el abad Ruperto, comienza con estas palabras: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra.* Puesto que la creacion en sí misma es el principio del mundo, ¿por qué se dice: *En el principio Dios*

intelligimus Patrem in Dei nomine, et Filium in Principii nomine, qui non Patri, sed per seipsum creatæ primitus ac potissimum spirituali creaturæ, et consequenter etiam universæ creaturæ, principium est: dicente autem Scriptura: *El Spiritus Dei ferebatur super aquas*, completam commemorationem Trinitatis agnoscimus); ita &.. Non enim loco, sed omnia superante ac præcellente potentia (superferebatur.) *De Gen., ad Litt*, lib. I, n. 12.

1. Ita et in conversione atque perfectione creaturæ, ut rerum species digerantur, eadem Trinitas insinnuatur: Verbum Dei scilicet, et Verbi Generator, cum dicitur: *Dixit Deus;* et sancta Bonitas in qua Deo placet quidquid ei pro suæ naturæ modulo perfectum placet, cum dicitur: *Vidit Deus, quia bonum est Ibid.*, n. 12.

crió? Pues parece que es como si se dijera: *En el principio El principió.* Si se toma aquí en el sentido vulgar la palabra *principio*, resulta una tautología ridícula. Hay, pues, suficiente fundamento para tomarla por un nombre propio del Hijo. El mismo lo quiere así; pues preguntándole los judíos: *¿Tú, quién eres?* les contestó: *El Principio, el mismo que os hablo.*

En efecto, Dios crió verdaderamente en el Principio el cielo y la tierra; puesto *que todas las cosas han sido hechas* por *El.* La misma Escritura confirma esta interpretacion cuando dice en otra parte: *Hiciste todas las cosas con Sabiduría.* Ahora bien, esta sabiduría no es sino el Verbo-Dios, el cual, como acabamos de ver, se llama á Sí mismo el *Principio.*

Y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. La materia existe, pero está informe; le falta recibir la vida y la hermosura. El Espíritu de Dios hace con ella, lo que el ave con su calor hace con el polluelo encerrado en el huevo; la calienta, la anima, la vivifica, hace de ella un sér dotado de todas sus perfecciones. ¿Y que es este Espíritu de Dios, sino el Amor mismo de Dios, Amor, no de afeccion, sino Amor sustancial, vida y virtud viviente, que permanece en el Padre y en el Hijo, que procede del uno y del otro y es consustancial á entrambos. (1)

Ahora bien, El era llevado sobre las aguas; por consiguiente sobre la tierra que en su seno encerraban, porque el Criador era atraido por un inmenso amor hácia sus criaturas: y no pudiendo ser El lo mismo que habia criado, queria hacer séres capaces de unirse á El. Esta Bondad, este amor del Criador, es el mismo Espíritu Santo. "A la cabeza del Libro de los libros, está magníficamente inscrito el

1. Corn. á Lapid. *in. hunc. loc.*

dogma de la Trinidad Creadora. En el nombre de Dios se ve al Padre, en el nombre del Principio al Hijo y en el que era llevado sobre las aguas, al Espíritu Santo (1)."

Como prueba de esta interpretacion tan clara y autorizada, los intérpretes más hábiles de la lengua hebrea hacen valer la anomalía gramatical del texto hebreo. Literalmente debe traducirse: *en el principio los Dioses crió.* ¿Y por qué esta forma extraña? Porque el pensamiento es primero que la palabra, y ante la voluntad suprema de Aquel, que en la primer palabra inspirada al primero de sus órganos, quiere revelar su divina esencia, deben doblegarse todas las leyes de la gramática. *Elohim*, plural, los Dioses, indica la pluralidad de personas en Dios; como la unidad de esencia está indicada por el verbo en singular, *Bara*, crió (2).

La historia, pues, de la creacion del mundo material comienza con la revelacion del dogma de la Trinidad. Del mismo modo comienza la historia de la creacion del hombre. *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza*, dijo el Criador (3); y el divino artífice se graba á Sí mismo con caracteres indelebles hasta en la esencia de esta nueva criatura.

Notemos, desde luego, la profundidad del lenguaje bíblico: estas dos palabras *imágen y semejanza* no son una repeticion inútil. La primera es el preámbulo de la segunda.

1. Igitur in capite libri splendide demonstratur Creatricis praesentia Trinitatis Etenim in nomine Dei, Pater: in nomine Principii, Filius intelligitur; et qui super aquas fertur, ipse est Spiritus Sanctus. *De Trinit. et operib. ejus.* lib. XLII; *in Gen.*, lib. I, c. III et IX.

2. Elohim plurale innuit in Deo pluralitatem personarum, sicut unitas essentiae innuitur per verbum singulare *Bara*, id est creavit. Ita Lyran. Burgens. Galatin. Eugubin: Catharin., etc. —*Vid. Corn. á Lapid. In Gen.*, I, 1.

3. *Gen.*, I, 26.

Ambas reunidas revelan al hombre sus relaciones con Dios y el fin de su vida.

Ellas dicen al Padre de la raza humana y á cada uno de sus descendientes: "Dotado de la triple facultad de acordarte, de conocer y de amar, *tú* estás hecho á imágen y semejanza de Dios Trino. Esta imágen la llevas impresa hasta en las profundidades de tu sér. Judío, pagano, católico, hereje, justo ó pecador, seas lo que seas, y hagas lo que hagas, mientras sea verdad que eres hombre, será verdad que eres la imágen de Dios. Si te condenas, la llevarás al infierno, y las llamas eternas la quemarán sin destruirla (1).»

"El fin de tu vida no es conservarla, sino perfeccionarla hasta formar en tí la semejanza con Dios. Tal es la ley de tu sér y la condicion de tu dicha. Si eres pecador, pierdes esta semejanza; si *justo sobre la tierra*, la *tienes*, pero imperfecta; santo en el cielo, la poseerás en su perfeccion. Entónces, y solamente entónces, podrás decir: He conseguido el fin de mi creacion; soy semejante á Dios (2).»

No hay doctrina más luminosa y cierta que esta. A la imágen de Dios impresa en mi alma, dice San Basilio, debo el uso de mi razon; á la gracia de ser cristiano, la semejanza con Dios (3).» Y San Jerónimo: "Debemos notar,

1. Imago siquidem in gehena uri poterit, non exuri; ardere sed non delire. Similitudo non sic; sed aut manet in bono; aut si peccaverit anima, mutatur miserabiliter jumentis in sipientibus similata. *S. Bern*, *Ser*. I *de Annuntiat.*

2 Imaginem Dei semper diximus permanere in mente; sive haec imago Dei sit obsoleta, ut pene nulla sit, ut in his qui non habent usum rationis; sive sit obscura atque deformis, ut in peccatoribus; sive sit clara et pulchra, ut in justis. *S. Th*, I p., q. XCIII, art. 8

3. Per imaginem animae impressam mae, obtinui rationis usum verum christianus effectus utique similis efficior Deo. *S. Basil.*, *homil.* x *in hexaem.*

que solo la imágen fue producida por la creacion; la semejanza se completa por el Bautismo (1)." Y San Crisóstomo: "Dios dijo *imágen* á causa del imperio del hombre sobre todas las criaturas; semejanza, á fin de que en la medida de nuestras fuerzas nos hagamos semejantes á Dios en la mansedumbre, en la dulzura, en la virtud, segun el precepto del mismo Jesucristo: *Sed semejantes á vuestro Padre que está en los cielos* (2)."

Magnífica obra, cuyo complemento eterno hace brillar á nuestros ojos San Juan, cuando escribe: *Carísimos, ahora somos hijos de Dios, y no aparece aún lo que habemos de ser. Sabemos que cuando El apareciere seremos semejantes á El* (3).

¿Pero en qué consiste esta imágen de la Trinidad, que llevamos en nosotros mismos? Dejemos hablar á dos maestros de la doctrina católica; al gran San Agustin y á Bossuet. "Al ocuparnos de la creacion, dice el primero, hemos advertido en cuanto estaba de nuestra parte, á los que buscan la razon de las cosas, que deben aplicar toda la fuerza de su espíritu á considerar las perfecciones invisibles de Dios en sus obras exteriores, y principalmente en la criatura racional, que ha sido hecha á imágen de Dios. En ella, como en un espejo, verán, si son capaces de ver, la Trinidad divina en nuestras tres facultades: *memoria, entendimiento y voluntad.*

1. Notandum est quod imago tunc (in craetioni) facta sit tamtum, similitudo in baptismate compleatur. *S Hier., in illud Ezech.*, c XXVII, *In signaculum*

2. Imaginem dixit ob principatus rationem; similitudinem, ut pro viribus humanis similes fiamus Deo: mansuetudine, iquam, lenitate et virtutis ratione Deo similes efficiamur, ut et Christus dicit: *Similes estote Patri vestro qui est in Coelis. S, Chrisost., in cap* I *Gen., homil.* IX, n. 3.

3. I. *Joan.*, cap. III, v. 2.

"Cualquiera que distinga claramente estas tres cosas, grabadas en su alma por la mano del Criador, y que reflexione cuán grande cosa es ver en esta alma creada, la naturaleza inmutable de Dios *recordada*, *vista y amada*; pues por la memoria se recuerda, por la inteligencia se ve y por la caridad se ama; este indudablemente encontrará en sí mismo la imágen de la Trinidad. Trinidad soberana, objeto eterno de la memoria, de la inteligencia y del amor, en cuyo recuerdo, contemplacion y amor, debe emplearse la vida entera del hombre (1)."

Escuchemos ahora al obispo de Meaux. Recordando al hombre la imágen augusta que lleva en sí mismo y excitándole á que la haga contínuo objeto de su imitacion, dice Bossuet: "Esta Trinidad increada, soberana, todopoderosa, incomprensible, á fin de darnos alguna idea de su perfeccion infinita, ha hecho una Trinidad creada sobre la tierra.'... Si quieres saber cuál sea esta Trinidad creada de que hablo, entra en tí mismo y la verás; es tu alma.

"En efecto, así como la augustísima Trinidad tiene un manantial y una fuente de divinidad, segun expresion de los Padres griegos, un tesoro de vida é inteligencia, que llamamos Padre, del cual el Hijo y el Espíritu Santo no cesan jamás de tomar; del mismo modo el alma humana tiene su tesoro que la hace fecunda. Todo lo que le traen de afuera los sentidos, lo reune dentro de sí misma y hace de ello como un depósito que llamamos memoria. Y así como el tesoro infinito, es decir, el Padre Eterno, contemplando

1. ...Per quod velut speculum. quantum possent, si possent, cernerent Trinitatem D. um, in nostra memoria, intelligentia. voluntate.... ad quam summam Trinitatem reminiscedam, videndam, diligendam, ut eam recordetur, eam contempletur, ea delectetur totum debet referre quod vivit. *De Trinit*, lib. XV, n. 39.

sus propias riquezas, produce al Verbo que es su imágen; lo mismo el alma racional, llena y enriquecida de bellas ideas, produce esta palabra interior que llamamos pensamiento, ó concepto, ó discurso, que es la imágen viva de las cosas.

"¿Y no es verdad, cristianos, que al concebir cualquier objeto, producimos en nosotros una pintura animada, que el incomparable San Agustin llama el Hijo de nuestro corazon: *Filius cordis nostri* (1)? En fin, como, al producir en nosotros esta imágen que la inteligencia nos da, nos complacemos en entender, amamos por consiguiente esta inteligencia; y así de este tesoro que es la *memoria* y de la *inteligencia* que ella produce, nace una tercera cosa que se llama *amor*, con el cual quedan completas todas las operaciones de nuestra alma.

"Así del *Padre* que es el tesoro, y del *Hijo* que es la razon y la inteligencia, procede este *Espíritu infinito*, que es el término de la operacion de ámbos. Y como el Padre, este tesoro eterno, se comunica sin agotarse; así este tesoro invisible é interior que nuestra alma encierra en su propio seno, no pierde nada al derramarse; porque nuestra memoria no se agota por los conceptos que da á luz; sino que permanece siempre fecunda, como Dios Padre es siempre fecundo (2).

Y en otra parte: "Ya lo hemos dicho, la Trinidad resplandece magnificamente en la criatura racional. Esta á semejanza del Padre, tiene el sér; á semejanza del Hijo, tiene la inteligencia, y á semejanza del Espíritu Santo, tiene el amor. Semejante al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo; tiene en su sér, en su conocer, en su amar, una mis-

1. *De Trinit.* lib IX, c. VII.
2. Sermon sobre el misterio de la Santísima Trinidad.

ma vida y una misma felicidad. Nada puede quitársele, sin quitárselo todo. Criatura dichosa y perfectamente semejante á Dios, si se ocupa únicamente de El. Entónces, perfecta en su sér, en su inteligencia y en su amor, entiende todo lo que es y ama todo lo que entiende. Su sér y sus operaciones son inseparables. Dios constituye la perfeccion de su sér, el alimento eterno de su inteligencia y la vida de su amor. No dice, como Dios, más que una sola palabra, que comprende toda su sabiduría. Como Dios, no produce mas que un solo amor, quo abraza todo su bien. Y todo esto no muere en ella jámás.

"Aquí sobreviene la gracia y eleva la naturaleza. Se le muestra la gloria, y añade su complemento á la gracia. ¡Feliz criatura, repetimos, si sabe conservar su dicha! ¡Hombre tú la has perdido! ¿Por dónde anda extraviada tu inteligencia? ¿Dónde va tu amor á anegarse? ¡Ay! ¡Ay! y siempre ¡ay! acuérdate de tu orígen (1).

"Vuelve en tí, y si quieres conocer tu dignidad y el objeto de tu existencia, no mires el cielo, ni la tierra, ni los astros, ni los elementos, ni todo este universo que te rodea, mírate á tí mismo ¡oh hombre! Escucha, no ya la voz que te dirigen las criaturas, sino la voz que de tí sale. Tú eres para tí mismo el predicador de la Trinidad. Por donde quiera que vayas, su imágen llevas. Respétala, ámala, cópiala, hazte á ella semejante, tal es el precio de tu dicha."

En los grandes sucesos que marcan la vida del hombre primitivo, reaparece la Trinidad. Adan cae. "Hé aquí, dicen las divinas personas, Adan se ha hecho como uno de nosotros: *Ecce Adam quasi unos ex nobis factus est.* (2)." Tan claras como son estas palabras interpretadas en un

1. *Elév. sur le myst*, elév. VII.
2. *Gen*, III, 22.

sentido católico, tan absurdas serian, si no significan la pluralidad de las personas divinas. En este caso, presentarian la significacion siguiente: hé aquí Adan hecho semejante á uno de *mí*.

Satanás quiere echar los cimientos de la ciudad del mal. Para edificarla, reune á los hombres en las llanuras de Senaár. La ciudad y la torre que deben levantarse hasta el cielo, se elevan visiblemente. Esta audaz empresa provoca una nueva manifestacion de la Trinidad. Así como las tres divinas personas tuvieron consejo para criar al hombre, se conciertan para castigarlo. "Venid, se dicen, descendamos y confundamos allí su lengua (1) »

A su vez, Dios quiere formar la Ciudad del bien. Abraham ha de ser la piedra angular, y la Trinidad se le aparece. En medio del valle de Mambré se levanta la tienda del Padre de los creyentes. Un dia, hácia la hora del mayor calor, el caritativo Patriarca estaba sentado á su puerta, cuando alzando los ojos, vió tres personajes que estaban en pié delante de él. Ante tal espectáculo, cae, y con la frente pegada al polvo los adora diciendo en *singular*: "Señor, si he hallado gracia en tus ojos, no pases de tu siervo (2)."

Abraham ve tres personas, y no adora más que á un solo Señor, al cual da constantemente el nombre incomunicable d Jehová.

¿Qué significa este lenguaje? Consultemos el oráculo, intérprete infalible de la Escritura, la tradicion. "Hé aquí, como de repente, dice un Padre de la Iglesia, la Majestad incorpórea desciende á la tierra, bajo la figura corporal de tres personajes. Abraham corre á su encuentro. Tiende há-

1. Venite igitur, descendamus et confundamus ibi linguam eorum. *Gen.*, XI. 7.

2. Domine si invene, gratiam in oculis tuis, ne transeas servum tuum. *Gen.*, XVIII. 3

cia ellos sus manos suplicantes, les besa las rodillas y dice: "*Señor*, si he hallado gracia delante de *tí*, no pases ante tu siervo sin detenerte. Ya lo veis, el Padre de los creyentes sale al encuentro de *tres* y no adora más que á uno solo. Unidad en tres y Trinidad en uno. Hé aquí cómo la Majestad celestial se sienta á la mesa de un simple mortal. acepta su convite, gusta sus manjares y se entabla una conversacion amistosa, familiar entre Dios y un hombre, á la vista de estos tres personajes. Abraham aprende el misterio de la Santísima Trinidad; y si no adora en ellos más que á un solo Señor, es porque no ignora que en las tres personas no hay más que un solo Dios (1)."

Estas múltiples manifestaciones dieron por resultado entre los Judíos, el conocimiento cierto del dogma en que se funda la fé del género humano, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. "Los hombres ilustrados entre los Hebreos, dice San Epifanio, tan profundamente instruido en las cosas de su nacion, enseñaron siempre y con entera certidumbre la Trinidad en la única esencia divina (2)."

1. Ecce subito in trium virorum persona Majestas incorporem descendit. Accessit. properat, manus supplices tendit. et transeuntium genua osculatur Domine, ait, si inveni gratiam coram te, ne transieris puerum tuum. Videtis: Abraham tribus occurrit, et unum adorat. Trina unitas et una Trinitas ... Ecce ad humanam mensam cœlestis sublimitas recumbebat, cibus capitur, prensitatur et contubernali colloquio inter hominem et Deum familiaria verba viscentur. In eo autem quod tres vidit Trinitatis mysterium intellexit, quod autem quasi unum adoravit in tribus personis unus Deum esse cognovit. *Serm. de Temp.* I, VIII, n. 2 —Hi tres symbolice significabant sanctam Trinitatem, et medius significabat essentiam divinam, tribus personis communem. Ita Euseb. Cyrill., &c Corn. á Lap. in c. VIII, 3. Gen.—Et ipse Abraham tres vidit et unum adoravit *S Aug. Conte.*, *Max. Arian.*, lib. II, c. XXVII, n. 7.—Tres videt, et unum adorat. *S. Ambr.*, *De Cain et Abel.*, t. 1, p. 197.

2. Adv. hæres., lib. 1, hær 5.—Sin embargo, ménos claramen- que los Apóstoles y Santos Padres.

Otro israelita, no ménos versado en la historia religiosa de la Sinagoga, Mr. Drach, se expresa en estos términos: "En los cuatro evangelios se habla de la Revelacion nueva de la Santísima Trinidad, punto fundamental y quicio de toda la religion cristiana, lo mismo que de otra cualquiera doctrina que ya se enseñara en la Sinagoga á la venida de Cristo: como, por ejempla, el pecado original, la creacion del mundo sin materia prexistente y la existencia de Dios.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo da á sus discípulos, á todos los cuales habia elegido entre los Judíos, la mision de ir á predicar el Evangelio á todos los pueblos de la tierra, les manda bautizarlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Es claro que estas palabras, las *únicas* de los cuatro Evangelios, en que las tres divinas personas se nombran juntamente en términos tan expresos, no han sido dichas, como si tuvieran por objeto revelar la Santísima Trinidad. Si el Salvador pronuncia aquí los nombres adorables del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, es para prescribir la forma sacramental del bautismo. La mencion que se hace del gran misterio en esta circunstancia, con ocasion del Bautismo, produce en el espíritu de cualquiera que lea el Evangelio, el efecto de un artículo de fé, ya conocido y plenamente admitido entre los hijos de Israel.

En una palabra, los evangelistas toman por punto de partida el misterio de la Encarnacion.

Nos lo revelan y nos lo mandan creer en él. En cuanto al de la Trinidad, que le precede, y que es su base en la fé, lo tratan como punto ya manifiesto y admitido entre las creencias de la antigua ley. Hé aquí, porque no dicen en ninguna parte, *sabed, creed* que hay tres personas en Dios.

En efecto, todo aquel que está familiarizado con lo que enseñaban los antiguos doctores de la sinagoga, principalmente aquellos que vivieron ántes de la venida del Salvador, sabe que la Trinidad en un solo Dios era una verdad admitida entre ellos desde los más remotos tiempos (1).

Sin embargo, hay una creacion más noble que la del universo material, más noble que la del hombre mismo, es la creacion del cristiano.

Lo mismo que las dos primeras, esta obra tercera maestra comienza por la revelacion del dogma de la Trinidad. Cumplióse la plenitud de los tiempos; el Verbo, por quien todo ha sido hecho, descendió á la tierra para regenerar su obra.

A su voz, debia surgir un mundo nuevo más perfecto que el antiguo. El mismo se va á volver á su Padre; pero sus apóstoles han recibido el mandato y el poder para continuar esta maravillosa creacion.

En el solemne momento de su partida, deja salir de sus divinos labios el inefable nombre de *Jehová*, que no habia pronunciado todavía por entero, y cuya completa enunciacion habia de ser, segun la tradicion profética de la sinagoga, la señal de la redencion universal (2).

El les dice: "Id, pues, enseñad á todas las naciones y

1. *Harmonie de l'Eglise et de la Synagogue*, t. II, p 277.

2. La Trinidad de personas es un solo Dios, no debia ser enseñada pública y claramente. segun confesion de los mismos Rabinos, sino en la época del advenimiento del Mesías *nuestro justo*, época en que el nombre de Jehová, que anuncia este augusto misterio, como tambien la encarnacion del Verbo, debia cesar de ser inefable Una de sus antiguas tradiciones dice en términos formales: *La redencion se operará por el nombre entero Jehová, cuando una de las tres personas divinas, inseparable de las otras dos, se habrá hecho lo que significa la última letra del nombre inefable:* HOMBRE DIOS. Drach, *ibid.*

bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santa (1)." Hé aquí, la perfecta igualdad de las tres personas, con el mismo poder, la misma virtud santificante en un solo nombre, es decir, en una sola divinidad: ¿qué cosa se podria decir más claramente?

Así, el hombre, que debe su sér natural á la adorable Trinidad, le deberá su sér sobrenatural. Vida humana y vida divina le vienen de un mismo orígen. Esta gran verdad quedará escrita en la misma acta de su doble creacion. Nazca donde quiera, ningun hijo de Adan se hace hijo de Dios, á ménos que la Iglesia, su madre, grabe sobre su frente el sello indeleble de la augusta Trinidad.

Y esto aun no es bastante. Como en el Antiguo Testamento, el Dios en tres personas multiplicó sus apariciones al hombre primitivo; las multiplica mucho más y con mayor claridad, bajo la ley de gracia, al hombre nuevo. Seguid al cristiano desde la cuna hasta el sepulcro; no podreis dar un paso en su vida, sin encontrar á la Santísima Trinidad. Bautizado en nombre de la Trinidad, ¿queda revestido de la fuerza y lleno de las luces del Espíritu Santo? Pues es en el nombre de la Trinidad. ¿Recibe la carne vivificadora de su Redentor? Pues es en el nombre de la Trinidad. ¿Recobra la pureza de alma por el perdon de sus culpas? ¿Es fortificado para los peligros de la última lucha? ¿Se hace, segun la carne ó segun el espíritu, padre de una nueva familia? Pues es tambien en nombre de la Trinidad. ¿Vuelve á su última mansion terrestre? ¿Queda confiado á la tumba como un depósito inviolable? Pues siempre es en el nombre de la Trinidad.

Así, hácia cualquier lado que se vuelva, ya eleve sus miradas hácia el firmamento, ya las baje hácia la tierra, ya

1. *Math.* 18 y 19.

las concentre en sí mismo, por doquiera el hombre ve brillar el dogma augusto de un Dios en tres personas. Para negarlo, es preciso que niegue el universo, que niegue su razon, que niegue las Escrituras, que se niegue á sí mismo. como hombre y como cristiano. Pero tantas veces como lo afirme, otras tantas afirma la divinidad del Espíritu Santo Nuestro propósito era establecerla.

CAPITULO III.

PRUEBAS DIRECTAS DE LA DIVINIDAD DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Los nombres.—Todos los nombres que convienen solamente á Dios se dan al Espíritu Santo: en el Antiguo Testamento *Jehova:* en el Nuevo, *Dios.*—Los atributos: la eternidad, la inmensidad, la inteligencia infinita, la omnipotencia. —Las obras: la creacion y la regeneracion del hombre y del mundo.—La tradicion: San Clemente, San Justino, San Ireneo, Atenágoras. Eusebio de Palestina, la iglesia de Smirna, Luciano, Tertuliano. San Dionisio de Alejandría, Julio Africano, San Basilio. San Gregorio de Nazianzo, Ruperto: la liturgia, la señal de la cruz, doxología, el *Gloria Patri.*

Lo primero que hay que saber acerca del Espíritu Santo, es que es Dios como el Hijo y el Padre; que tiene la misma naturaleza, la misma divinidad, las mismas perfecciones; que es como ellos eterno, todopoderoso, infinitamente bueno; digno como ambos de la confianza y del amor, de las adoraciones, oraciones y alabanzas del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres. Hé aquí todo lo que confesamos, cuando decimos: Creo en el Espíritu Santo: *Credo in Spiritum Sanctum.*

Ahora bien, en los libros santos, desde el Génesis hasta el Apocalipsis; en la enseñanza, no interrumpida durante diez y ocho siglos, de los Padres de la Iglesia y de la Iglesia misma, la divinidad del Espíritu Santo brilla con no menos esplendor que la divinidad del Hijo y del Padre. La prueba de todo esto se encuentra en los testimonios aducidos hasta aquí en favor del dogma de la Trinidad. (1)

1. Se encontrarán otros muchos en los grandes teólogos: *Vitasse, Trinitate; Pétav, De dogmatibus theologicis.* &.

Con ellos podriamos contentarnos; porque nada hay mejor fundado que nuestra fe en la divinidad del Espíritu Santo. No obstante, aduzcamos algunas pruebas directas de esta verdad fundamental. Multitud de ellas se presenta en los *nombres* que la Escritura da al Espíritu Santo; en los *atributos* que le reconoce; en las *obras* que le atribuye; en la *tradicion* de los Padres y en la doctrina de la Iglesia.

Los nombres. Estos nos ofrecen dos géneros de pruebas de la divinidad del Espíritu Santo, una negativa y las otras positivas. La primera resulta de este hecho perentorio: que jamás el Espíritu Santo es llamado criatura en los libros del Antiguo, ni del Nuevo Testamento. Sin embargo, encontramos en los profetas y en los apóstoles la brillante enumeracion de las principales criaturas del cielo y de la tierra. David nos la hace muchas veces en los Salmos. (1) Daniel la repite magníficamente en el cántico de los tres niños de Babilonia. Entre todas las obras más principales del poder creador no se hace mencion alguna del Espíritu Santo.

San Pablo, arrebatado al tercer cielo, vió las gerarquías angélicas; llama por su nombre á cada uno de los órdenes que las componen. Su mirada, alumbrada por la luz del mismo Dios, no descubrió en ninguna de ellas al Espíritu Santo. En ninguna parte le nombra entre las criaturas; cosa, empero, que no hubiera dejado de hacer, si el Espíritu Santo no fuera Dios. En efecto, el sublime catálogo que hace de las creaciones angélicas tiene por objeto enseñar, que todo aquello que no es Dios, está por debajo del Verbo encarnado. (2) No solamente no nombra jamás al Espíritu Santo entre las criaturas, sino que siempre lo co-

1 Entre otros, *Sal.* 148, 162.
2. *Ad Coloss.*, I, 16; *ad Ephs.*, 20-22.

loca en la misma línea que al Padre y al Hijo, y lo nombra con ellos.

Pasemos á las pruebas positivas. Cosa sabida es, que en el Antiguo Testamento el nombre de *Jehova*, y en el Nuevo el nombre de *Dios* sin modificacion, es el nombre incomunicable de Dios. (1). Ahora bien, este doble nombre es dado constantemente al Espíritu Santo. En el libro segundo de los Reyes, dice David: "El Espíritu de Jehova ha hablado por mí, y su palabra ha salido de mis lábios" (2) ¿Qué Espíritu es este? El verso siguiente nos lo enseña al punto: "El Dios de Israel me dijo: El Fuerte de Israel ha hablado." (3) Por donde se ve, que el Espíritu de Jehova es el mismo Jehova, el Fuerte, el Dios de Israel.

A su vez, Isaías se expresa así: "Y el Señor de los ejércitos (Jehova) ha dicho: Marcha y dí á ese pueblo: Escuchareis con atencion y no querreis comprender." (4)

¿Quién es este Dios, este Jehova de los ejércitos? El Espíritu Santo, responde San Pablo. Hablando en su cárcel de Roma á los judíos incrédulos que habian acudido á oirle, les recuerda este texto de Isaías y les dice: "El Espíritu Santo ha dicho con razon por Isaías: Ve y dí á ese pueblo: Oyendo oireis y no querreis entender." (5) Tambien aquí el que Isaías llama Señor de los ejércitos, Jehova, Dios de.

1. Solus verus Deus in Scripturis dicitur absolute Deus. *S Iren*, lib III, c. VI.
2. Spiritus Domini (hebraice *Jehovah*) locutus est per me, et sermo ejus per linguam meam. II *Reg*. XXIII. 2.
3. Dixit Deus Israel mihi: Locutus est Fortis Israel *Ibid*., 3.
4 Et dixit Dominus exercituum (hebraice *Jehovah*): Vade, et dices populo huic: Audite audientes, et nolite intilligere. *Is*., VI, 9.
5. Bene Spiritus Sanctus locutus est per Isaiam: Vade, et dices populo huic: Audite audientes, et nolite intelligere. *Act*., XXVIII, 25.

Israel, en una palabra, el verdadero Dios, nos dice el Após-tol que es el Espíritu Santo. ¿Podia enseñar más claramente la divinidad de la tercera persona de la augusta Trinidad?

No solo en Isaías sino en todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento se dice que Dios habló por los profetas. Citaremos nada más que dos ejemplos. Al principio de su Evangelio se expresa San Lucas en estos términos: "Conforme el Dios de Israel lo ha dicho por boca de sus santos profetas en el trascurso de los siglos." (1) Y San Pablo escribiendo á los Hebreos: "Antiguamente habló Dios á nuestros padres por medio de los profetas." (2) Pues bien; este Dios inspirador de los profetas es el Espíritu Santo. La prueba más segura está en el testimonio de San Pedro, cuyas son estas palabras: "Es menester que se cumpla la Escritura, como el Espíritu Santo lo predijo por boca de David." (3) Y en otra parte: "Por inspiracion del Espíritu Santo hablaron los hombres santos de Dios." (4)

De donde nace este razonamiento tan sencillo como concluyente: el que habló por los profetas es el verdadero Dios; es así que el Espíritu Santo habló por los profetas, luego el Espíritu Santo es Dios, verdadero Dios como el Padre y el Hijo. Además, como la Escritura distingue al Espíritu Santo del Padre y del Hijo; resulta claramente que el Espíritu Santo es una persona distinta del Hijo y del Padre.

En una circunstancia memorable proclama el mismo apóstol no menos brillantemente la divinidad del Espíritu

1. Sicut locutus est per os sanctorum, qui á sæculo sunt, prophetarum ejus *Luc.* I, 70.

2 Olim Deus loquens patribus in prophetis Hebr., I. 1.

3 Oportet impleri scripturam, quam prædixit Spiritus Sanctus per os David. *Act.*, I, 11.

4. Spiritu Sancto inspirante locuti sunt sancti Dei homines. II *Petr*, I, 21.

Santo. Ananías engaña sobre el precio de su campo: al engaño añade una mentira pública. Entonces Pedro le dice en presencia de toda la iglesia de Jerusalem: "¿Por qué Satanás tentó tu corazon hasta hacerte mentir al Espíritu Santo? No has mentido á los hombres sino á Dios." (1) Ananías ha mentido al Espíritu Santo: Pedro descubre su falta y le dice: Mintiendo al Espíritu Santo, no has mentido á los hombres, ni á una simple criatura: has mentido al mismo Dios. Luego el Espíritu Santo es Dios. La consecuencia es lógica y la conclusion no tiene réplica.

Los atributos. Se puede formar el mismo argumento que de los nombres. Aquel á quien convienen todos los atributos de Dios, es Dios. Es así que todos los atributos de Dios convienen al Espíritu Santo. Los grandes atributos de Dios son, la eternidad, inmensidad, inteligencia infinita, omnipotencia. Pues bien, el Espíritu Santo los posee todos.

La eternidad. Es eterno el que precede á todos los tiempos. Precedió á todos los tiempos el que, al criar el mundo, crió juntamente el tiempo mismo. Ahora bien, el Espíritu Santo crió el mundo de acuerdo con el Padre y el Hijo. "En el principio Dios crió el cielo y la tierra y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas." (2)

La inmensidad. Es inmenso; El abarca y llena todos los lugares de modo que nada puede sustraerse de su presencia. "El Espíritu del Señor llenó el orbe.—¿A dónde iré yo que no esté tu Espíritu, y á dónde huiré de tu rostro? Si subo al cielo, allí estás; si bajo al infierno, estás presente; si tomare alas al salir el alba y me trasladare más allá de los

1. Dixit autem Petrus: Anania, ¿cur tentativ Satanas cor tuum, mentiri te Spiritui Sancto et fraudare de pretio agri..... Non es mentitus hominibus, sed Deo *Act.*, v. 3, 4.

2. *Gen.*, I, 1-3.

mares, tu mano será la que allá me lleve y tu diestra la que me tenga. (1)."

La inteligencia infinita. Aquel lo ve todo, lo conoce todo y lo sabe todo, para quien ni el cielo ni la tierra tienen secreto alguno, que penetra los misterios de Dios hasta sus últimas profundidades, que abarca la verdad, toda la verdad en el pasado, presente y porvenir, y que es doctor infalible de la misma. Tal es el Espíritu Santo.

Hablando de las maravillas de Jerusalem celeste, dice San Pablo: "Que ojo no vió, ni oreja oyó, ni corazon de hombre jamás alcanzó lo que preparó Dios para aquellos que le aman. Pero Dios nos lo reveló á nosotros por su Espíritu; porque el Espíritu lo penetra todo, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios (2)." Y San Juan: "El Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.... y os anunciará las cosas que han de venir (3)."

Estos textos tan claros fueron las armas de que San Ambrosio y los antiguos Padres se sirvieron para confundir al negador de la divinidad del Espíritu Santo, el impío Macedonio.

La omnipotencia. Aquel es todopoderoso que con un sig-

1. Spiritus Domini replevit orben terrarum. *Sap.*, I, 7.– ¿Quo ibo á Spiritu tuo et quo á fecie tua fugiam? Si ascendero in coelum, tu illic es; descendero in infernum ades. Si sumpsero pennas meas diluculo et habitavero in extremis maris, etenim illuc manos tua deducet me et tenebit me dextera tua. Ps. CXXXVIII 7-10.

2. I *Cor.*, II, 9-11.

3. *Joan.*, XIV, 26, et XVI, 13.

no de su voluntad hace salir de la nada al sér, y cuyas obras denotan todas un póder infinito. Tal es el Espíritu Santo. "Los cielos, dicen los profetas, han sido criados por por el Verbo del Señor y por el Espíritu de su boca toda la virtud de ellos.—Porque el Espíritu de la sabiduría creadora es todopoderoso. (1)."

Las obras. No haremos aquí más que desflorar este vasto asunto; pues debemos tratarlo detalladamente en el discurso de nuestro trabajo. Las obras de Dios son de dos clases: de naturaleza y de gracia. Pues unas y otras se atribuyen al Espíritu Santo, como al Hijo y al Padre. En el órden natural la creacion del hombre y del mundo: acabamos de verlo por el testimonio de los libros santos. Añadamos solamente la palabra tan precisa del santo hombre Job: "El Espíritu de Dios me crió, *Spiritus Domine fecit me.* (XXX II, 4)."

En el órden de la gracia la regeneracion del hombre y del mundo. El profeta nos lo enseña: "Enviarás tu Espíritu y todo será criado; y renovarás la faz de la tierra (*Ps.* 103, 30). Y más claro todavía el Maestro de los profetas: "El que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (2)." Y la misma fórmula de la regeneracion universal: "Id, pues, y enseñad á toda las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (3)." ¡Qué igualdad más perfecta!

"¡Oh! Sí, Espíritu santificador, Vos sois igual al Padre y al Hijo; puesto que somos igualmente consagrados en *el*

1. Verbo Domini coeli firmati sunt, et Spiritu oris ejus omnis virtus eorum Ps. 32, 6.—Omniun enim artifex docuit me sapientia.... est enim in illa Spiritus.... omnem habens virtutem. *Sap.*, VII, 21.

2. *Joan*, III, V. 5.

3. *Matth.*, XXVIII. 19.

nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y teneis con ellos un mismo templo, que es nuestra alma, nuestro cuerpo (1), todo lo que somos. Nada desigual ó extraño al Padre y al Hijo debe nombrarse con ellos en términos iguales. Yo no quiero ser bautizado ni consagrado en el nombre de un consiervo mio, yo no quiero ser el templo de una criatura como yo: seria idolatría edificarle un templo, y con más razon sér ó crerse á sí mismo su templo (2)."

La tradicion. Esta se manifiesta por la voz de los Padres y los Doctores. Su palabra no menos precisa que la de la Escritura, ha recorrido los siglos, reproducida incesantemente por nuevos órganos. La vemos además fijada en monumentos que se remontan hasta la cuna del cristianismo. Los ecos del Oriente y del Occidente repiten todavía los últimos acento de la voz de los apóstoles: apenas San Juan ha bajado al sepulcro, cuando aparecen los primeros apologistas cristianos. Segun refiere San Basilio, el Papa San Clemente, tercer sucesor de San Pedro, martirizado hácia el año 100 tenia costumbre de repetir esta oracion: "Vive Dios y Nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo, (3) En su elocuente informe, que presentó al emperador Antonio hácia el año 120, San Justino se expresa como sigue: "Nosotros honramos y adoramos en espíritu y en verdad al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo (4)."

Lo que San Justino habia dicho en Roma, algunos años despues lo decia San Ireneo enseñando en las Galias. "A

1 I *Cor*., III 16, 17; VI, 19.

2. *Elév*., *sur les myst*, II Serm, *Elév*. 5.

3. Vivit Deus et Dominus Jesus Christus et Spiritus Sanctus. *Lib de Spir. Sanct*. c XXIX, n 72.

4. Hunc (Patrem) et qui ab eo venit.... Filium et Spiritum Sanctum colimus et adoramus, cum ratione et veritate venerantes. *Apolog*. 1, n. 6.

los que sacuden decia, el yugo de la ley, y se dejan arrastrar de sus concupiscencias, sin tener deseo alguno del Espíritu Santo, el Apóstol los llama con razon hombres de carne (1)."

En la misma época preguntaba Atenágoras: ¿No es extraño que se nos llame ateos, á nosotros que predicamos al Dios Padre, al Dios Hijo y al Espíritu Santo (2)?

Su contemporáneo, Eusebio de Palestina, para animarse á hablar, decia: "Invoquemos al Dios de los profetas, autor de la luz, por nuestro Salvador Jesucristo con el Espíritu Santo (3)."

Veinte años pasan apénas, y encontramos el testimonio, no ya de un solo hombre, sino de todo una Iglesia. El año 169, los fieles de Smirna escriben á los de Filadelfia la admirable carta en que refieren cómo San Policarpo, su obispo y discípulo de San Juan, próximo á padecer el martirio, glorificaba á Dios en estos términos: "Padre de vuestro amado y bendito Hijo Jesucristo, Dios de los ángeles y de las potestades Dios de toda criatura, yo os alabo y bendigo y glorifico por Jesucristo, vuestro amado Hijo, Pontífice eterno, por quien sea á Vos la gloria con el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos (4).»

1 Eos vero, qui effrenes sunt, et feruntur ad suas concupiscentias nullum habentes divine Spiritus desiderium, merito apostolus carnales vocat (Citado por San Basilio, en prueba de la divinidad del Espíritu Santo. *Lib. de Spir. Sanct* c XXIX n. 7.)

2. Quis non miretur, cum audit nos, qui deum Patrem prædicamus et Deum Filium et Spiritum Sanctum... atheos vocari. *Legat pro christian*, n. 12 et 24.

3. Loquitur enim in hunc modum, se ad dicendum excitans: Sanctum Prophetarum Deum, lucis auctorem, per Salvatorem nostrum Jesum Christum cum Sancto Spiritu, invocantes *Ap. Basil. ibid.*

4. Pater dilecti et benedicti Filii tui Jesu Christi....Deus

Los paganos mismos sabian que la divinidad del Espíritu Santo era un dogma de la fé cristiana. Uno de los mayores enemigos, Luciano, en su diálogo intitulado *Philopatris*, introduce un cristiano que invita á un catecúmeno á jurar *por el Dios soberano, por el Hijo del Padre, por el Espíritu que procede de ellos, que hacen uno en tres y tres en uno, que es el verdadero Dios.*

En el siglo tercero encontramos en Occidente al temible Tertuliano. Su libro *de la Trinidad* contra Praxeas, comienza así: "Praxeas, procurador del Diablo, ha ido á Roma á hacer dos obras de su amo: ha excluido al Paráclito, y crucificado al Padre. La zizaña de Praxeas ha germinado. Con la ayuda de Dios la arrancaremos: para esto nos basta oponer á Praxeas el símbolo que recibimos de los apóstoles. Creemos, pues, siempre y ahora más que nunca, en un solo Dios, que envió al mundo su Hijo, el cual á su vez vuelto á su Padre ha enviado al Espíritu Santo, santificador de la fé de los que creen en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aunque son inseparables, sin embargo, uno es el Padre, otro el Hijo, y otro el Espíritu Santo (1)."

Del Oriente nos llega el testimonio del santo obispo y mártir, Dionisio de Alejandría. Acusado falsamente de Sa-

Angelorum et Potestatum, Deus totius creaturæ.... Te laudo, te benedico, te glorifico per Jesum Christum dilectum Filium tuum, Pontificem æternum, per quem tibi cum Spiritu Sancto gloria nunc et in futura sæcula sæculorum. Amen. *Epist. Smyrn. Eccl*, *apud Baron*,, an. 169.

1 Nos vero et semper et nunc magis.. unicum quidem Deum credimus.. Custodiatur *oikonomias* sacramentum, quae unitatem in Trinitatem disponit, tres dirigens Patrem et Filium et Spiritum Sanctum.. Hanc me regulam professum, qua inseparatos ab alterutro Patrem et Filium et Spiritum Sanctum testor, tene ubique: et ita quid quomodo dicatur, agnosces. Ecce enim dico alium esse Patrem et alium Filium, et alium Spiritum Sanctum. *Adv. Prax.*, c. I, II, IX.

belinismo, termina su defensa con estas notables palabras: "Conformándonos en todo á la fórmula y regla recibidas de los obispos, que vivieron antes de nosotros, uniendo nuestra voz á la suya, os damos gracias y terminamos esta carta. Y á Dios Padre y al Hijo Nuestro Señor Jesucristo, con el Espíritu Santo, gloria é imperio por los siglos de los siglos. Amen." (1)

Esta fórmula gloriosa no se le escapa tampoco á Julio Africano. En el libro quinto de su *Historia* dice: "Nosotros que conocemos la significacion de las palabras, y no ignoramos la gracia de la fe, damos gracias al Padre, que á nosotros, sus criaturas, nos dió el Salvador de todas las cosas, Jesucristo, á quien sea gloria y majestad con el Espíritu Santo en todos los siglos." (2)

En el siglo cuarto, oigamos á las dos grandes lumbreras de la Iglesia oriental, San Basilio y San Gregorio Nacianceno. El primero comienza citando dos costumbres, que son testimonios vivos de la fe inmemorable en la divinidad del Espíritu Santo; á saber, las oraciones *de la luz* y el himno de Atenógenes. "Pareció bien á nuestros padres, dice, no recibir en silencio el beneficio de la luz por la noche; sino dar gracias al punto que se la ve brillar. No sabemos quién sea el autor de esta oracion que se dice en accion de gracias, cuando se encienden las luces; pero todos rezan esta antigua fórmula, que nadie ha tachado de

1. ....Tandem nunc vobis scribire desinimus: Deo Autem Patri et Filio Domino nostro Jesu Christo cum Sancto Spiritu gloria et imperium in sæcula sæculorum. Amen. *Apud S Basil.*, *ubi supra*

2. Nos enim qui et illorum verborom modum didicimus, nec ignoramus fidei gratiam, gratias agimus Patri, qui nobis suis creaturis præbuit universorum servatorem ac Jesum Christum, cui gloria, majestas, cum Sancto Spiritu in sæcula. *Apud S. Basil.*, *ubi supra*, n. 73.

impía: *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.* Quien conozca el himno de Atenógenes, que el mártir dejó como preservativo á sus discípulos, cuando marchaba á la hoguera, sabe lo que los mártires pensaban sobre el Espíritu Santo." (1)

El ilustre obispo es á su vez un órgano poderoso de la tradicion. "El Espíritu Santo, dice, se llama *Santo* en el mismo sentido en que lo son el Padre y el Hijo, Santo, no como la criatura que toma de fuera la santidad, sino Santo por la esencia misma de su naturaleza. Así, El no es santificado, sino que *santifica*. Se le llama *bueno* en el mismo sentido que es bueno el Padre; porque la bondad es esencial en El: igualmente, se le llama *recto*, como es recto Dios Nuestro Señor; por cuanto es, por naturaleza, la misma rectitud, la misma verdad, la misma justicia, sin variacion ni alteracion, á causa de la inmutabilidad de su naturaleza. Se le llama Paráclito, en el mismo sentido que lo es el Hijo; de manera, que todos los nombres comunes al Padre y al Hijo, convienen al Espíritu Santo en virtud de serles comun la naturaleza. Y si no ¿por qué?" (2)

1. Visum est Patribus nostris, vespertini luminis gratiam haudquaquam silentio accipere, sed mox ut apparuit agere gratias. Quis autem fuerit auctor illorum verborum, quæ dicuntur in gratiarum actione ad lucernas, dicere non possumus. Populus tamen antiquam profert vocem, neque cuiquam, visi sunt impietatem committere, qui dicunt: *Laudamus Patrem et Filium et Spiritum Sanctum Dei.* Quod si quis etiam novit Athenogenis hymnum, quem tanquam aliquod amuletum discipullis suis reliquit, festinans jam ad consummationem per ignem is novit et martyrum, sententiam de Spiritu. *Lib. de Spirit. Sanct.* c. XXIX, n. 73.—La oracion *de la luz* se usaba ya en el Occidente en tiempo de Tertuliano. Baronio escribe, que Atenógenes, mártir y gran teólogo, es el mismo que Atenágoras, el célebre apologista. *Martyrol*, 18 de Enero.

2. Sanctus dicitur, quemadmodum Sanctus Pater et Sanctus Filius. Creaturæ siquidem inducta est aliunde sanctimonia: Spi-

Escuchemos ahora á su amigo San Gregorio Nacianceno: "El Espíritu Santo ha sido siempre, es y será. No tiene principio, ni tendrá fin, lo mismo que el Padre y el Hijo, con quienes está inseparablemente unido. Y así, siempre ha sido participante de la divinidad, sin recibirla; y ha sido perfeccionador, sin ser perfeccionado; llenándolo todo y santificándolo todo, sin ser llenado ni santificado; dando la divinidad sin recibirla; siempre el mismo, siempre igual al Padre y al Hijo; invisible, eterno, inmenso, inmutable, incorpóreo, esencialmente activo, independiente, todopoderoso; vida y padre de la vida; luz y foco de luz, bondad y fuente de bondad, inspirador de los profetas, distribuidor de las gracias; espíritu de adopcion, de verdad, de sabiduría, de prudencia, de ciencia, de piedad, de consejo, de fortaleza, de temor; que lo posee todo en comun con el Padre y el Hijo, la adoracion, el poder, la perfeccion y la santidad." (1)

¿Qué puede haber más claro que ese pasaje, al cual seria fácil añadir otros muchos de la misma época? Los que pertenecen á tiempos posteriores, no son menos formales, ni menos numerosos: uno solo bastará: "Creemos en el Espíritu Santo, dice Ruperto, y lo proclamamos verdadero

ritui vero sanctitas completiva est naturæ. Ideoque non sanctificatur, sed sanctificat. Bonus item dicitur sicut Pater bonus est, et sicut bonus est is qui ex Bono natus est; cui bonitas est ipsa essentia. Rectus vocatur, ut rectus Dominus Deus, eo quod per se sit ipsa veritas, et ipsa justitia, nec in hanc nec in illam partem se vertens aut flectens, propter naturæ immutabilitatem. Paracletus nuncupatur velut Unigenitus: sicut ipse ait: *Ego rogabo Patrem meum, et dabit vobis alium Paracletum.* Hoc pacto communia sunt nomina Patri, Filio, et Spiritu Sancto, qui has apellationes ex naturæ consortio habet. ¿Unde enim aliunde? *Lib. de Spir. Sanct*, c. XIX, núm. 48.

1. Spiritus Sanctus et semper erat, et est, et erit, nec ullo ortu generatus, nec finem habiturus, &. *Ora in die Pentecost.*

Dios y Señor coeterno y consustancial al Padre y al Hijo, es decir, absolutamente el mismo en la sustancia que el Padre y el Hijo, mas no el mismo en cuanto á la persona. En efecto, como una es la persona del Padre y otra la del Hijo, así tambien otra es la persona del Espíritu Santo.

"Pero la divinidad, la gloria y majestad del Padre y del Hijo, son la divinidad, la gloria y majestad del Espíritu Santo. Para distinguir entre sí las dos personas del Hijo y del Espíritu Santo, decimos que el Hijo es el Verbo y la razon del Padre; pero Verbo consustancial, Razon eterna y consustancialmente viva: y del Espíritu Santo decimos, que es la Caridad ó el Amor del Padre y del Hijo; no caridad accidental ó amor pasajero, sino caridad sustancial y amor eternamente subsistente." (1)

Y para hacer resaltar más la divinidad del Espíritu Santo, añade el profundo teólogo: "¿Queremos tener alguna idea de este Amor y de su majestuoso poder? Tomemos dos criaturas del mismo género y de igual especie, de las cuales la una la posea y la otra no. Si las escogemos entre los ángeles, uno es Lucifer y el otro San Miguel: entre los hombres, el uno es Pedro, el otro Judas. La única diferencia que hay entre esos dos ángeles y esos dos hombres, consiste en que el uno tiene al Espíritu Santo y el otro no. A la majestad del Verbo que los crió deben entrambos ser racionales; no se distinguen entre sí, como acaba de decirse, sino por la participacion ó privacion del Amor eterno. Este ejemplo hace brillar el carácter propio de la operacion

1. Spiritum Sanctum credimus et confitemur verum esse Deum et Dominum, Patri et Filio consubstantialem, quod Patrem et Filium non eundem in persona quam Patrem et Filium, &. *De operib. Spir. Sanct*, lib I, c. III.

del Espíritu Santo: la criatura racional debe al Verbo eterno el *sér*; al Espíritu Santo el *ser bien*." (1)

La gran palabra de los siglos se ha encarnado en muchas prácticas eminentemente tradicionales: queremos hablar de las tres inmersiones del Bautismo; del *Kyrie*, repetido tres veces en honor de cada persona divina; del Trisagio, cantado en la liturgia, de la señal de la cruz, de la doxología y del *Gloria Patri*. Estas dos oraciones son especialmente la proclamacion manifiesta del dogma de la Trinidad, y por consiguiente de la divinidad del Espíritu Santo. Estas fórmulas admirables, eco terrestre del trisagio eterno de los serafines, terminan todos los himnos y salmos del oficio divino. Desde los tiempos apostólicos se repiten noche y dia en todos los puntos del globo por millares de bocas sacerdotales. Lo mismo pasa con la señal de la cruz. Este signo augusto, cuyo orígen no es de la tierra, repite con incansable voz en todos los ecos del mundo y en todos los instantes del dia: el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Cuanto más popula-

1. Qui amor quanti sit momenti, immo quantæ sit majestatis, ut aliquatenus speculari mereamur, conferamus nunc in eodem genere vel specie creaturam ejus participem, creaturæ quæ ejus particeps non est. Certe si de angelica specie duos conferas alter diabolus, alter forte sanctus Gabriel, aut gloriosus Michael est. Si de humano genere verbi gratia, de apostolico sumas ordine, alter beatus Petrus apostolus, alter Judas diabolus est. Attamen hoc solum interest quod hic homo, vel hic angelus, hujus amoris est particeps; ille autem homo, vel ille angelus, non est ejus particeps. Uterque ex majestate Verbi per quod factus est, hoc habet ut sit rationalis; hoc solo, ut dictum est, differunt quod hic habet, et ille non habet communionem hujus amoris. Claret itaque etiam in isto proprietas operationis Spiritus Sancti, quia videlicet per Verbum Patris *esse* sumpsit, per Spiritum vero sanctum, *bene esse* sumit creatura rationalis. *Ibid*

res son estos usos, tanto mejor atestiguan la antigüedad y universalidad de la tradicion. (1)

1. Hablando de la señal de la cruz dice Tertuliano: Harum et aliarum hujusmodi disciplinarum, si legem expostules Scriptnrarum, nullan invenies. Traditio tibi prætenditur autrix, consuetudo confirmatrix et fides observatrix. *De Coron. milit*, c. III·

CAPITULO IV.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—El símbolo de los Apóstoles, el de Nicea, de Constantinopla, de San Atanasio.—Rebelion del Espíritu del mal contra el Espíritu Santo.—Macedonio.—Su historia.—Su heregía.—Concilio general de Constantinopla.—Vindica la divinidad del Espíritu Santo.—Su carta sinodal.—Nuevo ataque de Satanás contra el Espíritu Santo.—El sociniarismo.—Historia de los dos Sócinos.—Su heregía, más radical que la de Macedonio.—El concilio de Trento.

Réstanos coronar las pruebas directas de la divinidad del Espíritu Santo con la enseñanza de la Iglesia. Lo que esta va á enseñarnos es la verdad, nada más que la verdad, toda la verdad. En efecto, á ella se ha dicho: "Id; enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á guardar todo lo que os he confiado, y yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos." (1)

El Verbo encarnado no seria Dios, si la Iglesia, con la cual ha prometido estar todos los dias, durante todos los siglos, pudiera enseñar, por una sola vez, un solo error, por *pequeño que se le suponga, ó si pudiera* dejar perder una sola de las verdades confiadas á su custodia. De este modo, los protestantes, que niegan la infalibilidad perpetua de la Iglesia, niegan virtualmente la divinidad de Nuestro Señor. Su Dios no es el verdadero Dios; es un Dios impotente ó mentiroso. Impotente; puesto que no ha podido impedir la enseñanza del error: mentiroso; puesto que des-

1. *S. Matth.*, XXVIII, 19, 20.

pues de haber prometido hacerlo, no lo ha querido cumplir.

Pues bien, entre todas las verdades cuya guarda y enseñanza han sido confiadas á la Iglesia, brilla en primer término la divinidad del Espíritu Santo. Como la del Padre y del Hijo, la vemos escrita con caractéres indelebles en el Símbolo de los Apóstoles, en el Símbolo de Nicea, en el de Constantinopla y en el de San Atanasio.

Resumiendo con precision inimitable la doctrina de los otros tres, este último se expresa así: "La fé católica es adorar un solo Dios en la Trinidad y la Trinidad en la unidad, ni confundiendo las personas, ni separando la sustancia. Pues una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo. Pero una es la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, igual la gloria, coeterna la majestad. Cual es el padre, tal es el Hijo, tal es el Espíritu Santo. Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no hay tres eternos, sino un solo eterno; como no hay tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso. Así, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios. Y sinembargo, no hay tres dioses, sino un solo Dios (1).

Al ver al Espíritu del bien revelarse al mundo tan espléndidamente y caminando á paso largo á la posesion de las inteligencias, el Espíritu del mal comprendió, que su imperio estaba amenazado hasta en sus cimientos. Para conjurar su ruina, suscita en Oriente y en Occidente numerosos negadores del Espíritu Santo.

Armados de sofismas los Valentinianos, Montanisas, Sabe-

1. *In offic. Dom., ad Prim.*

lianos, Arrianos y Eunomianos, descienden sucesivamente á la arena. Con una mala fé y una obstinacion, que no se explican sino por inspiracion satánica, atacan abiertamente de palabra y por escrito, la divinidad del Espíritu Santo, triunfalmente defendida por los doctores católicos. Pero cuando la pasion argumenta, la razon no podrá nunca prometerse la victoria. Los errores sobre el Espíritu Santo cunden como un cáncer hasta Macedonio, que los convirtió en lepra, tan extendida casi como el arrianismo.

¿Quién fué ese, cuyo nombre unido al de Arrio recuerda tan tristemente á uno de los más famosos heresiarcos de la Iglesia primitiva? Macedonio era patriarca de Constantinopla. Elevado á esta dignidad en 351 por los Arrianos, de cuyos errores participaba, ejerció contra Novacianos y católicos violencias que lo hicieron odioso aún para Constancio, su protector. En un conciliábulo tenido en Constantinopla en 360 y presidido por Acacio y Eutropio, los Arrianos lo depusieron é hicieron salir de la capital. Restablecido en su silla por órden del emperador, se mostró enemigo jurado de Católicos y Arrianos. Contra estos últimos sostuvo la divinidad de Nuestro Señor, y contra los primeros negó la divinidad del Espíritu Santo, de quien hacia una simple criatura más perfecta que las demás. Un año despues, en 361, despojado el heresiarca por segunda vez de su dignidad, murió miserablemente como Arrio.

Sin embargo, la zizaña de sus errores habia caido en muchas cabezas sediciosas. Ricos en facundia, en artificio y en maldad, los macedonianos formaron una secta tan numerosa, que costó gran trabajo á la Iglesia extirparla (1). Los principales fueron Marathon, obispo de Nicomedia; Eleusio de Chicico, ordenado por Macedonio; Sofronio obispo de

1. *Battaglini*, *Ist. univ. di tutti i concil.*, p. 135.

Pompeólis en la Paflagonia, y Eustasio de Sebaste, en Armenia. Como todos los novadores, los macedonianos, llamados tambien *Pneumatomacos*, es decir, enemigos del Espíritu Santo, ó *Marathonianos*, del nombre del obispo de Nicomedia, afectaban un exterior grave y costumbres austeras. Gracias á este artificio, engañaban al pueblo y á los monges, entre los cuales procuraban sembrar sus errores.

A pesar de los esfuerzos de la Iglesia de Oriente, la herejía, léjos de ser sofocada, iba extendiendo sus estragos. Veinte años de inútiles luchas hicieron comprender á Teodosio la necesidad de un concilio general. De acuerdo con el Papa San Dámaso, el piadoso emperador convocó la augusta asamblea, en Constantinopla, para Mayo del año 381 (1). A ella asistieron ciento cincuenta obispos. Al frente de ellos se veia á San Gregorio de Nazianzo, San Cirilo de Jerusalen, San Gregorio de Niza, hermano de San Basilio; á Melecio, obispo de Antioquía; á Ascolio de Tesalónica, y fuera del órden episcopal, al ilustre doctor San Jerónimo. A fin de quitar todo pretexto, ya de nulidad del concilio, ya de haber sentenciado sin oir á las partes, el emperador pidió que los macedonianos fuesen convocados juntamente con los católicos.

En efecto, estuvieron allí representados por treinta y seis obispos, de los cuales fueron los principales: Eleusio de Chicico y Mariano de Lampsaco.

En manos de los padres se encontraban la fórmula de fé

1 Macedonius Spiritus negabat deitatem et Dominum eumque conservum prædicabat: sed maximus Theodosius imperator, et Damasus fidei adamas obstiterunt, quorum solidam mentem aggressiones atque conflictus nullatenus sanciarunt *Sextoe Synod.* act. XVIII.—Sententiam de damnatione Macedonii et Eunomii, Damasus confirmari præcepit etiam in sancta secunda synodo, quæ præcepto et auctoritate ejus apud Constantinopolim celebrata est. *Vid Baron.*, añ. 381, n. 19.

de la Iglesia católica, enviada en el año 353 por el Papa San Dámaso á Paulino, obispo de Antioquía; y además el Símbolo de Nicea. Los obispos rindieron testimonio de la fé de sus iglesias, enteramente conforme con estos dos monumentos.

Por lo que toca á los macedonianos, fueron oidos, sus sofismas refutados y ellos mismos convencidos de ser novadores, en oposicion con la fé católica, con la fé de los apóstoles.

Así el concilio, al proclamar solemnemente la divinidad del Espíritu Santo, no inventó un nuevo artículo de fé; al definirlo, se contentó con hacer constar el dogma y ponerlo á cubierto de los ataques de la herejía. A ejemplo del concilio de Nicea que, para aniquilar al *arrianismo*, habia añadido algunas explicaciones al Símbolo de los Apóstoles, el concilio de Constantinopla confundió á los macedonianos y aseguró la ortoxia de la doctrina, desarrollando el artículo del Símbolo de Nicea acerca del Espíritu Santo.

No siendo atacada de ningun modo la divinidad del Espíritu Santo, el concilio de Nicea habia dicho simplemente:

Y en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica, &c. Explicando estas palabras, los Padres de Constantinopla añadieron: *Y en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y que con el Padre y el Hijo es adorado y conglorificado; que ha hablado por los Profetas.* La lectura solemne de este artículo fué seguida incontinenti de los aplausos del concilio y de los anatemas contra la herejía.

Los obispos exclamaron á una voz: "¡Hé aquí la fé de los ortodoxos, así lo creemos todos nosotros! ¡Maldicion y anatema á todo el que sostenga otra doctrina diferente de la que acaba de ser definida y que ataque la fé de Nicea que

nosotros aprobamos, juramos, profesamos; declarando impías, inícuas, perversas, heréticas, las opiniones de los arrianos, eunomianos, sabelianos, marcelianistas, fotinianos, apolinaristas y de todos los que se adhieran á sus doctrinas, que las prediquen ó que las favorezcan!" (1)

A fin de hacer más respetable todavía, si posible hubiera sido, su definicion, imprimiéndole un nuevo sello de catolicidad, los Padres de Constantinopla dirigieron á todos los obispos de Occidente una carta sinodal del tenor siguiente: "A nuestros muy venerables hermanos y colegas Dámaso, Ambrosio, Britonio, Valeriano y demás santos obispos, reunidos en la gran ciudad de Roma. Así debe aprobarse la fé por nosotros, por vosotros y por todos los que no pervierten la palabra de la fé verdadera.

Como que nos viene de toda la antigüedad, y está conforme con la forma del Bautismo y nos enseña á creer en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; es decir, en la divinidad, en el poder y en la unidad de sustancia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y en la dignidad igual y coeterno imperio de las tres hipóstasis ó personas infinitamente perfectas; de modo que ni se dé lugar á la pestilencial herejía de Sabelio, que, confundiendo las personas, destruye sus atributos relativos, ni á las blasfemias de los eunomianos, arrianos y otros que atacan al Espíritu Santo; dividen la esencia, la naturaleza ó la divinidad, é introducen en la Trinidad, que es increada y consustancial y coeterna, una naturaleza engendrada posteriormente ó creada, ó de una esencia diferente (2)."

1. Omnes reverendissimi episcopi clamaverunt: Hæc omnium fides; hæc orthoxorum fides, omnes sic credimus, &, *Vid Baron* añ. 381, n. 39.

1 Reverendissimis fratribus ac collegis Damaso. Ambrosio, Brittoni, Valeriano.... et cæteris sanctis episcopis in magna ur-

Resulta de esta epístola, que los obispos de Occidente estaban reunidos en Roma, con el papa San Damaso, para destruir la heregía de Macedonio, al mismo tiempo que los obispos de Oriente la anatematizaban en Constantinopla. Nunca se vió acuerdo más perfecto, unanimidad más grande, condenacion más solemne y más irrevocable.

Satanás, herido por este rayo, estuvo varios siglos sin atreverse á levantar la cabeza y atacar directamente la divinidad del Espíritu Santo. *Por fin, vuelve su reino.* Con el Renacimiento reaparecen todas las herejías y todos los errores, que se creian extinguidos para siempre jamás; y reaparecen más sutiles aún, más audaces y más completos que en la antigüedad. Así, los socinianos renuevan la herejía de Macedonio, desarrollándola. Los autores de esta secta fueron los dos Sócinos, tio y sobrino.

El primero nació en Siena, en 1525. A pesar de los anatemas del concilio de Letran, el racionalismo, alimentado por el estudio fanático de los autores paganos, invadia la Europa. Sócino se educó en esta atmósfera emponzoñada. Salido apenas del colegio, asistió en 1546 al famoso conci-

---

be Romæ convocatis Ita fides tum á nobis, tum á vobis, tum ab omnibus qui Verbum veræ fidei non pervertunt, approbari debet, quippe cum antiquissima sit, et lavacro baptismatis consentanea, et nos doceat credere in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, hoc est, in divinitatem, potentiam et substantiam, unam Patris et Filii et Spiritus Sancti, aequalem dignitatem et coaeterum imperium in tribus perfectissimes hypostasibus, sive in tribus perfectis personis; adeo ut neque quidquam loci detur pestiferae Sabellii haeresi, qua confunduntur personae, hoc est, proprietates tolluntur; neque blasphemia eunomaniorum, arrianornm, aut eorum qui Spiritum Sanctum, oppugnant, quidquam habeat ponderis: qui e quidem essentiam, naturam, sive divinitatem, discint, et Triuitati, quae increata, et consubstantialis, et coaeterna est, naturam posterius genitam, aut creatam, aut quae sit alterius essentiae, inducit. *Apud Theodoret.*, lib. v, c. IX.

liábulo de Vicenza, en el que se resolvió la destruccion del cristianismo. Fiel al compromiso que allí contrajo, y á los principios de su educacion, el jóven libre-pensador empleó toda su vida en renovar el arrianismo y el macedonianismo, á fin de zapar el cristianismo por su base.

El segundo, nacido tambien en Siena en 1539, heredó el espíritu anticatólico de su tio y fué uno de los más ardientes promovedores de sus herejías. No tenia veinte años, cuando el temor á la santa Inquisicion le hizo abandonar ya la Italia. Pasó á Francia y de aquí á Suiza donde publicó sus impiedades. Bien pronto la inquietud de su espíritu, junto con su deseo de dogmatizar por todas partes, lo condujo á Polonia. Los *ilustrados* lo acogieron favorablemente, declarándose partidarios suyos un gran número de ellos. En medio de esta pandilla de ateos murió en 1604. Sus discípulos, dignos de tal maestro, quisieron sacar las consecuencias prácticas de sus doctrinas. Cometieron grandes excesos, y el pueblo indignado los arrojó de su seno. En odio á la herejía, al heresiarca y á su secta, las cenizas de Sócino fueron desenterradas y llevadas á las fronteras de la Pequeña Tartaria; metiéndolas en un cañon, el disparo las tiró á tierra de infieles.

Hemos dicho que los socinianos habian sobrepujado á los macedonianos en sus impiedades contra el Espíritu Santo. Segun San Agustin, estos últimos no negaban la existencia personal del Espíritu Santo, sino su divinidad. Por lo demas, eran ortodoxos en sus creencias respecto á las otras dos personas de la Santísima Trinidad. (1) Para los

1. Macedoniani sunt á Macedonio quos et pneumatomachos Græci dicunt eo quod de Spiritu Sancto litigent. Nam de Patre et Filio recte sentiunt, quod unius sit ejusdemque substantiæ vel essentiæ: sed de Spiritu Sancto hoc volunt credere, creaturam eum esse dicentes. *Lib. de haeresib.*, c. LII.

socinianos, el Espíritu Santo no es ni siquiera una criatura; es un soplo, una fuerza, una simple influencia de Dios sobre el hombre y el mundo; la Trinidad misma, un conjunto de palabras vacías de sentido; el pecado original, la gracia, los sacramentos, el cristianismo entero, otras tantas quimeras. Es la negacion pagana, la negacion de Sexto Empírico llevada á su última fórmula y continuada por nuestros modernos racionalistas.

A esta negacion, desvergonzada en su expresion, absurda en su principio, funesta en sus consecuencias, basta oponer, ya los testimonios de la tradicion que hemos citado, ya la afirmacion solemne de todos los dogmas atacados, hecha por el concilio de Trento al principiar sus inmortales trabajos: "Siguiendo, dicen los Padres, los ejemplos de nuestros predecesores, que en los sagrados concilios acostumbraron comenzar por la profesion de fe, oponiéndola como un escudo contra todas las herejías, hemos decretado profesar solemnemente, con las mismas palabras que se recita en todas las Iglesias, el símbolo de que se sirve la Santa Iglesia Romana, como principio en que han de convenir necesariamente los que siguen la fe de Cristo, y fundamento firme y único contra el cual no prevalecerán las puertas del infierno. Y es como sigue: *Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.... y en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios; y en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo, es juntamente adorado y conglorificado; que habló por los Profetas.*" (1)

Este símbolo católico, inmutable como la verdad misma, expresion exacta de la fe de las naciones civilizadas, firmado con la sangre de doce millones de mártires, es la

1. *Conc. Trid.*, Sess. III.

prueba siempre triunfante de la divinidad del Espíritu Santo; el refugio seguro de todo espíritu perseguido por la duda, la roca inexpugnable desde cuya cima el cristiano desafía á Satanás y á sus corifeos, con todos sus sofismas y todas sus negaciones.

El macedonianismo y el socinianismo; tales son las dos grandes herejías, que separadas por doce siglos, han atacado, pero en vano, la divinidad del Espíritu Santo. En su intermedio apareció una tercera. Menos fundamental en apariencia que las otras, ha tenido consecuencias más desastrosas. Se comprenderá que nos referimos á la herejía de los *Griegos* acerca de la *Procesion del Espíritu Santo.* Siendo el muro de division, que está todavía en pié, entre la Iglesia latina y la Iglesia griega, hoy es más necesario que nunca darla á conocer y refutarla.

CAPITULO V.

PROCESION DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Lo que significa *proceder*.—Existencia de las procesiones en Dios.—Pruebas: la Escritura, la tradicion, la razon iluminada por la fe.—Pasaje de Santo Tomás—Doctrina de San Cirilo de Alejandría.—De San Máximo.—Dos procesiones en Dios: pruebas.—Procesion del Espíritu Santo; explicacion de Bossuet.—La Iglesia invariable en su doctrina.—Palabras de Vicente de Lerin.

La Iglesia católica, órgano infalible del Verbo, hecho carne para instruir al género humano, ha creido siempre que la tercera persona de la Santísima Trinidad, igual en todo al Padre y al Hijo, *procede* del uno y del otro. Las pruebas de esta creencia invariable, abundan en los cuatro símbolos de los Apóstoles, de Nicea, de Constantinopla y de San Atanasio, así como tambien en los escritos de los Padres griegos y latinos, primeros testigos de la enseñanza apostólica.

La voz proceder, segun su etimología, significa pasar de un lugar á otro. En sentido figurado, se emplea para designar la emanacion ó produccion de una cosa que sale de otra. La Iglesia católica entiende por procesion: *El orígen eterno* y *la eterna produccion de una persona divina, de otra ó de otras dos.*

Sobre lo cual hay que notar, que, tratándose de la Trinidad, la voz *procesion* se toma en dos sentidos. El primero; en cuanto se aplica al orígen del Hijo y del Espíritu Santo; porque de uno y otro, se dice, que proceden. El se-

gundo, en cuanto se aplica al orígen particular del Espíritu Santo. En efecto, siendo el Hijo y el Espíritu Santo dos personas distintas, se dice del Hijo que es *engendrado*; y del Espíritu Santo, simplemente que *procede*. (1)

La Escritura, la tradicion y la razon misma enseñan del modo más claro que, en el sentido teológico de la palabra, hay *procesion* en Dios. ¿Quién no conoce estos testimonios del Antiguo Testamento? "El Señor me dijo: tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Te engendré de mi seno antes del lucero." (2). Contemplando al Verbo, añade el profeta Michéas: "Y la salida de él desde el principio, desde los dias de la eternidad." (3) Ahora bien, la idea de generacion, de salida, de orígen, implica necesariamente la idea de procesion.

El Nuevo Testamento aun está más explícito. Nuestro Señor Jesucristo, hablando de sí mismo, dice: "De Dios procedo y vine." (4) ¡Breve y sublime palabra, por la cual el Verbo encarnado se revela todo entero! *Procedo de Dios:* hé aquí su generacion eterna; *y vine*: hé aquí su generacion temporal y su mision en el mundo. Y con su augusta boca rinde el mismo testimonio al Espíritu Santo. "Cuan-

1. Processio est æterna unius personæ divinæ ab altera seu á duabus simul origo et productio. Processionis nomen dupliciter accipitur: 1º quidem ut commune est Filii et Spiritus Sancti productioni; uterque enim procedere dicitur; 2º quatenus est speciale ac proprium Spiritus Sancti productioni; cum enim ambo distinguuntur, Filius quidem dicitur *gigni*, Spiritus autem sanctus simpliciter *procedere*. *Vitasse, de Trinit.*, q. v. art. 1 et 2.

2. Dominus dixit ad me: Filius meus es tu; ego hodie genui te. *Ps* II, 7.—Ex utero ante Luciferum genui te. *Ps*. CXI, 3

3. Egresus ejus ab initio, á diebus æternitatis. *Mich.*, V, 2.

4. Ego ex Deo processi et veni. *Joan.*, VIII, 42.

do viniere el Paráclito, que yo os enviaré de mi Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre." (1)

Este pensamiento divino, recogido fielmente por la tradicion, está formulado en el símbolo de San Atanasio, que lo expresa con esta precision inimitable: "El Hijo es del Padre solo; no hecho, ni creado; sino engendrado. El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo; no hecho, ni creado, ni engendrado; sino procedente." (2).

A su vez la razon, ilustrada por la fe, apoya sólidamente el dogma católico con sus razonamientos, y dice: Dios es el sér perfecto; la fecundidad es una perfeccion; luego Dios la posee. "Pues yo, pregunta el Señor, que á los otros hago parir, no pariré yo mismo? Yo que á los otros doy la fecundidad, ¿seré acaso estéril (3)?" Por el órgano de San Cirilo de Jerusalen, la razon añade: "Dios es perfecto, no solamente porque es Dios, sino tambien porque es Padre. Por lo cual el que niega que Dios es Padre, quita la fecundidad á la naturaleza divina, quedando esta imperfecta, al carecer de la virtud de engendrar (4)" San Juan Damasceno, explicando esta fecundidad divina, continúa: "La razon no permite decir que Dios está privado de la fecundidad natural. Ahora bien, la fecundidad consiste, en que engen-

1. Cum autem venerit Paraclitus, quem ego mittam vobis á Patre, Spiritum veritatis qui á Patre procedit. *Joan.*, XV, 26.

2 Filius á Patre solo est: *non factus, nec creatus, sed genitus.* Spiritus Sanctus á Patre et Filio: non factus, nec creatus, nec genitus, sed procedens.

3. ¿Numquid ego qui alios parere facio, ipse non pariam..? ¿Si ego qui generationem cæteris tribu, sterilis ero? *Is.*, LXVIII, 9.

4 Perfectus est, non solum quia Deus est, sed etiam quia Pater. Quare qui Deum negat Patrem esse, is fœcundidatem aufert á natura divina, ut jam perfecta non sit, quæ generandi virtute careat. Apud Vitasse., *Tract. de Trinit.*

dre semejante á su naturaleza, de Sí mismo, esto es, de su propia sustancia (1)."

La distincion de las personas divinas proporciona á la razon otra prueba sin réplica. En Dios hay tres personas distintas lo hemos probado. En las divinas personas no hay más que dos cosas: la naturaleza y la relacion de orígen ó procesion; así en el Padre la naturaleza divina y la paternidad; en el Hijo la naturaleza divina y la generacion; en el Espíritu Santo, la naturaleza divina y la procesion. ¿En qué, pues, está la distincion? No está en la naturaleza, puesto que es una é idéntica en las tres divinas personas; resta, pues, que se ponga en la comunicacion diferente de esta naturaleza á cada una de las divinas personas.

Tambien el Angel de las escuelas, hablando del Espíritu Santo, dice con razon: "El Espíritu Santo es personalmente distinto del Hijo, porque el orígen del uno es distinto del orígen del otro. Ahora bien, la diferencia de orígen consiste en que el Hijo es solamente del Padre, en tanto que el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo. Las procesiones no se distinguen de otra mauera (2)."

De aquí esta profunda doctrina de San Gregorio de Nazianzo, que los Griegos llaman el Teólogo: "El Hijo no es el Padre, pero es lo que es el Padre; el Espíritu Santo no es el Hijo, pero es lo que es el Hijo. Estos tres son uno en la divinidad, y este uno es tres en las propiedades (3)."

1. Impossibilie est Deum fœcunditati naturali destitutum dicere. Porro fœcunditas in eo sita est, ut ex ipso, hoc est, ex propria substantia, secundum naturam similen generet *De Fide orthd*, lib. 1, c. VIII.

2. I. p., q. 36, art 2.

3. Filius non est Pater....sed hoc est quod Pater; neque Spiritus Sanctus es Filius....sed hoc est quod Filius, Tria hæc unun divinitate sunt, unum hoc proprietatibus sunt tria. Orat XXXVII.

Para explicar la unidad de la naturaleza divina, que permanece entera é indivisible en las tres personas perfectamente distintas, recordemos una comparacion empleada frecuentemente por los Padres. "Lo mismo sucede, dicen ellos, con la naturaleza divina que con la humana; esta es una é idéntica en todos los hombres; multiplicándose en ellos, no por eso se divide. Sea cual sea el número de hombres, no hay siempre sino una naturaleza humana. Pedro es Pedro y no es Pablo; y Pablo no es Pedro. Sin embargo, permanecen *indistintos* en la naturaleza. Pues la razon de sustancia es una en ambos, y poseen, sin diferencia alguna, todo lo que constituye la unidad natural.....Pedro, Pablo y Timoteo, son tres personas, pero una sola humanidad. A la manera que no son dos humanidades la de Pedro y la de Pablo, así no hay dos divinidades en el Padre y el Hijo. Pues nosotros tenemos diferente persona cada cual, pero no diferente humanidad (1)."

La Escritura, la tradicion y la razon misma que, con unánime acuerdo, nos acaban de probar que hay *procesion* en Dios, nos enseñan con la misma certidumbre que en Dios hay dos procesiones y nada más que dos. Despues es fácil probar que no son en mayor número. En Dios hay tantas procesiones, cuantas son las personas que proceden.

1. Petrus est Petrus, et non Paulus; et Paulus non est Petrus. Veruntamem indistincti manet natura. Una est enim in ambobus ratio substantiæ et eadem citra varietatem ullam habent, quæ ad naturalem unitatem colligantur. *S. Cyrill. Alexand.* lib. IX, *Comment. in Joan.*—Petrus, Paulus et Thimothæus tres hipostasses sunt et duae humanitatis Petri et Pauli, sic non sunt divinitates duae Patris et Filii. Etenim nos aliam et aliam habemus hypostasim, sed non aliam et aliam humanitatem. *S. Maxim. martyr, Dialog.* I. *de Trinit.—Id. Greg. Nyss.* lib. *De comunnib. notionib.*; *ibid, Joan Damasc., de Fide orthd.*, lib. III, cap. VIII.

Ahora bien, no hay mas que dos personas divinas que pro ceden; y en Dios no hay mas que tres personas. Mas el Padre, como primera no procede de ninguna otra; luego solamente son dos las que proceden.

Además, no hay en Dios más que dos facultades que obran interiormente: *ad intra ó immanenter*, como se dice en Teología. Estas dos facultades son el entendimiento y la volunuad; facultades que obran necesariamente; porque Dios no puede dejar de conocerse á Sí mismo y amarse. Estas facultades están obrando siempre, porque Dios es la accion infinita (1).

Establecidos estos dogmas, la enseñanza católica añade que el Espírstu Santo procede del Padre y del Hijo, es decir, que sale del uno y del otro, no por vía de generacion, sino por *espiracion*. Oigamos á Bossuet acerca de estas divinas palabras. "Espíritu Santo, dice el obispo de Meaux, que sale del Padre y del Hijo, es de la misma sustancia que uno y otro, es un tercero consustancial, y con ellos un mismo y único Dios. Más ¿por qué él no es Hijo, puesto que es por su orígen, de la misma naturaleza? Dios no lo ha revelado; tan solo ha dicho que el Hijo era ùnico (2), porque es perfecto, y todo lo que es perfecto es único. Así, el Hijo de Dios, Hijo perfecto de un Padre perfecto, debe ser único; tanto que si pudiera haber dos Hijos, la generacion del Hijo seria imperfecta. Luego todo lo que venga des-

1. Productio immanens, cum res producta intra principium suum habitat. In Deo non sunt plures, quam duae facultates immanenter operantes, intellectus nempe et voluntas, Eæ facultates necessario agunt. Neque enim Deus continere se potest ab intelligenda et amanda essentia sua. Semper agunt, cum non posit Deus ab eo abstinere. *Vitas de Trinit.*, *quaest.* v. art. 1, et 2, assert. 3.

2. *Joan.*, I, 1-18.

pues ya no será Hijo, y, aunque de la misma naturaleza, no vendrá por jeneracion (1)."

¿Cuál será, pues, esta produccion final de Dios? Es una procesion sin nombre particular. El Padre, eternamente inteligente, se conoce á Sí mismo eternamente, y, al conocerse así produce eternamente su Verbo ó su Hijo, igual á El, eterno como El. El Padre y el Hijo, siendo eternos, no pueden estar sin conocerse eternamente, ni conocerse sin amarse con un amor igual á ellos, infinito y eterno como ellos. Este amor recíproco y consustancial, es el Espíritu Santo. Procede este, pues, del Padre y del Hijo.

"Así, continúa Bossuet, se explica la razon mística y el órden profundo de la Trinidad. Si el Hijo y el Espíritu Santo procediesen igualmente del Padre, sin relacion alguna entre sí, lo mismo se podria decir: *El Padre, el Espíritu Santo y el Hijo*, que: *el Padre, el Hijo y el Espíritu anto*. Pero Jesucristo no habla así. El órden de las personas es *inalterable; porque si se nombra* al Hijo despues del Padre, por proceder de El, el Espíritu Santo procede del Hijo, toda vez que se nombra despues de El; y es Espíritu del Hijo, como el Hijo es Hijo del Padre. Este órden no puede ser trastornado. En este órden se nos ha bautizado; y el Espíritu Santo no puede ser nombrado el segundo, como el Hijo no puede ser nombrado el primero.

"Adoremos este órden de las tres divinas personas y las mútuas relaciones que se encuentran entre ellas, y que constituyen su igualdad, así como su distincion y su orígen. El Padre se comprende á Sí mismo, se habla á Sí mismo y engendra á su Hijo que es su palabra. Ama esta palabra que ha producido de su seno y en el conserva. Y á esta palabra que es al mismo tiempo su concepto, su pensamiento

1. *Elév. sur. les myst.*, II serm., *Elév.* 5.

su imágen intelectual, eternamente subsistente, y de aquí su Hijo único, la ama tambien como su Hijo perfecto ama á un Padre perfecto. ¿Pero qué es este su amor, sino es la tercera persona, el Dios de amor, el Don comun y recíproco del padre y del Hijo, su lazo, su nudo, su mútua union, en que se termina la fecundidad, como las operaciones de la Trinidad?

"Porque todo está cumplido, todo queda perfecto, cuando Dios está representado con infinita perfeccion en el Hijo y es infinitamente amado en el Espíritu Santo, haciéndose del Padre del Hijo y del Espíritu Santo, una unidad simplicísima y perfectísima. Todo vuelve así con un órden invariable al principio, de donde todo viene radical y primitivamente, que es al Padre, la unidad fecunda que se multiplica en dualidad, para terminarse en trinidad. De tal manera, que todo es uno, y todo vuelve á un solo y mismo principio.

"Esta es la doctrina de los santos; esta es la tradicion constante de la Iglesia católica. Esta es la materia de nuestra fe: nosotros la creemos. Este es el objeto de nuestro amor; porque amar á Dios, es amar en unidad al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, amar su igualdad y su órden; amar sin confundir de modo alguno sus operaciones, sus comunicaciones eternas, sus mútuas relaciones y todo aquello que lo hace uno haciéndolo tres: porque el Padre, que es uno y principio inmutable de unidad, se extiende, se comunica sin dividirse. Y esta unidad se nos ha dado como modelo de la nuestra: "¡Oh Padre, que sean todos una cosa en nosotros, así como tú en mí y yo en tí, que tambien sean ellos una cosa en nosotros (1).!"

Tres personas en un solo Dios, iguales entre sí, pero dis-

1. *Médit. sur l,évangile.—Joan.*, XVII, 21.

tintas por sus relaciones de orígen; el Padre que no procede de nadie; el Hijo que procede del Padre, por vía de entendimiento, como la palabra procede del pensamiento; el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, por vía de voluntad ó de amor mútuo; tal es en su mas sencilla expresion el dogma católico acerca del primero y más profundo de nuestros misterios.

La Iglesia rendida sucesivamente en Nicea y en Constantinopla, para defender su fe contra los novadores, habia añadido algunas explicaciones al Símbolo de los apóstoles. A excepcion de los herejes, quienes por estas explicaciones no podian ya engañar á los fieles, el Oriente y el Occidente habian aplaudido esta sábia conducta. Era para todos evidente, que la Iglesia en nada habia cambiado ni innovado la doctrina; no habia hecho sino usar del derecho de conservacion y legítima defensa. Lo que hizo entónces, lo habia hecho siempre, y siempre lo hará cuando sus dogmas sean atacados. Tal es no solamente en derecho, sino su deber; porque tal es la órden formal de su divino fundador.

La doctrina de la Iglesia no es suya: *Mea doctrina non est mea*. No es propietaria de su doctrina, sino depositaria; pues le ha sido dicho: "Conservad lo que se os ha confiado y no ha sido inventado por vosotros: lo que habeis recibido y no imaginado. No es cosa de ingenio, sino de doctrina; no una usurpacion de la razon privada, sino una tradicion pública. Ha venido á vosotros, no viene de vosotros: como no sois sus autores, vuestro deber, tocante á ella, se reduce á ser guardianes.

"Así, como guardiana prudente y cuidadosa de los dogmas que le han sido confiados en depósito, la iglesia no cambia en ellos nada, ni quita nada, ni añade nada. Lo que es necesario, no lo cercena nunca; lo que es supérfluo, no lo

admite jamás. No malversa sus bienes, no toma los ajenos. Llena de respeto á la antigüedad, conserva fielmente lo que le viene de ella. Si encuentra algunas cosas que no recibieron primitivamente ni su forma, ni su complemento, pone todo su cuidado en elucidarlas y darles brillo. ¿Son verdades ya confirmadas y definidas? Las conserva. Fijar por escrito lo que recibió por tradicion de los antepasados; encerrar muchas cosas en pocas palabras; á veces tambien adoptar una palabra nueva, no para dar á la fé un sentido nuevo, sino para expresar más claramente una verdad; hé ahí lo que la Iglesia católica, obligada por las novedades de los herejes, ha hecho con los decretos de los concilios: siempre eso y nada más (1).

Hasta la consumacion de los siglos cumplirá este encargo con fidelidad incorruptible: y cuando llegue el último de los dias, devolverá á Dios sobre la tumba de las cosas humanas, el depósito de todas las verdades que recibió en el Cenáculo y cuyas bases se remontan hasta la cuna del linaje humano." (2)

1. Quod tibi creditum, non quod á te inventum; quod accepisti, non quod excogitasti; rem non ingenii, sed doctrinæ; non usurpationis privatæ, sed publicæ traditionis; rem ad te perductam non á te prolatam; in qua auctor non debes esse, sed custos...Christi vero Ecclesia, sedula et cauta depositorum apud se dogmatum custos, nihil in his umquam permutat; nihil minuit, nihil addit; non amputat necessaria, non apponit superflua; non amittit sua, non usurpat aliena.... hoc, inquam, semper, nec quicquam, præterea, hæreticorum novitatibus excitata, conciliorum suorum decretis catholica perfecit Ecclesia, nisi ut quod prius á majoribus sola traditione susceperat, hoc deinde posteris etiam per scripturae chirographum consignaret, magnam rerum summam paucis litteris comprehendendo, et plerumque, propter intelligentiae lucem, non novum fidei sensum, novae appellationis proprietate signando. *Vincent. Lirin., Commonit. cir. med.*

2. Megr. Gerbet, *Iustr. sur diverses erreurs du temps présent* 1860.

CAPITULO VI.

HISTORIA DEL FILIOQUE.

SUMARIO.—Los sectarios de Macedonio extendidos á lo léjos — Los Priscilianistas asolan á España y niegan la divinidad del Espíritu Santo.—Carta del Papa San Leon el Grande á los obispos de España.—Enseña claramente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.—El concilio de Toledo hace recitar el símbolo con la adicion *Filioque*.—No era esto una innovacion: pruebas; Santo Tomás, la Escritura, San Dámaso.—Canto del símbolo autorizado en las Galias.—Prohibicion de introducir el *Filioque*.—Mas tarde Roma ordena que se cante el *Filioque*.—Razones de su conducta.—Quejas infundadas de los Griegos.—Cisma de Focio.—Cisma y herejía de Miguel Cerulario; niega que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.—Concilio de Lion.—Los Griegos reconocen la legitimidad del *Filioque*.—*Hacen traicion á su fé.*— Concilio de Florencia.—Los Griegos vuelven á la unidad; despues recaen en el cisma.

Es derecho y deber de la esposa del Verbo encarnado velar por el depósito de la fé, y fijar con sus decisiones infalibles los puntos atacados por la herejía. Como medio siglo despues del concilio de Constantinopla, la Iglesia tuvo nuevo motivo para hacer uso de este derecho inherente á su constitucion.

Por una parte, los sectarios de Macedonio se habian esparcido á lo léjos en la Tracia, el Elesponto y la Bitinia (1); por otra parte, los Vándalos y otros pueblos, dejando sus comarcas, llevaron el dogma herético á otros países y señala-

1. *Socr. hist.*, lib. II, c. XLV; lib. V, c. VIII.

damente á España. Aquí los Priscilianistas atacaban abiertamente el dogma de la Trinidad y de la divinidad del Espíritu Santo.

Ocupaba á la sazon la cátedra de San Pedro San Lion el Grande.

La noticia de esta herejía y de los estragos que en España causaba, le fué enviada por Santo Toribio, obispo de Astorga. El soberano Pontífice le escribió, que reuniera en concilio á todos los obispos de España, para condenar la herejía y extirpar á toda costa esta nueva zizaña del campo del Padre de familias.

Decia San Leon en su carta: "Ellos (los herejes) enseñan, que en la Santísima Trinidad no hay más que una sola persona y una sola cosa que sucesivamente se llama Padre ó Hijo ó Espíritu Santo; y que el que engendra no es distinto del engendrado ni del *que procede de ambos* (1)."

El concilio se celebró en Toledo el año 447. Presidido por el santo obispo de Astorga, condenó á los herejes. Para cortar el mal de raíz y preservar al Occidente de todos sus errores, se decidió ingerir en el símbolo de Constantinopla la palabra misma del Vicario de Jesucristo, que con tal precision definia, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo: *de utroque processit* (2).

"La adicion de que se trata no era una innovacion, sino una explicacion semejante á las que el concilio de Nicea habia insertado en el símbolo de los Apóstoles, y el concilio

1. Primo itaque capitulo demonstratur quod impie sentiant de Trinitate divina, qui et Patris et Filii et Spiritus Sancti nam atque eamden asserunt esse personam, tanduam idem Deus nunc Pater, nunc Filius, nunc Spiritus Sanctus nominetua; nec alius sit qui genuit alius qui genitus est, alius qui de *utroque processit*, *S. Leo Magn.*, epist. 93, c. VI

2. *Battaglini*, *Istor. univ. dei conc.*, q. 217 y 218

de Constantinopla en el de Nicea. Santo Tomás observa con razon, que además está contenida virtualmente en el concilio de Constantinopla, aprobado por todos los Orientales. "Los mismos Griegos, dice, comprenden que la procesion del Espíritu Santo tiene alguna relacion con el Hijo. Convienen en que el Espíritu Santo es el Espíritu del Hijo, y que es del Padre por el Hijo. Hasta se dice, que muchos conceden que el Espíritu Santo es del Hijo ó que se deriva de El, pero no que procede: distincion que parece fundada en la ignorancia ó en el orgullo. Pues si bien se considera, se encontrará que la palabra *proceder* es la más comun entre las que significan un orígen cualquiera, y de ella nos servimos para indicar el orígen de cualquier género que sea, como que la línea procede del punto, del sol el rayo ó de la fuente el arroyo; y del mismo modo en otras cualesquier cosas: de donde se puede concluir que el Espíritu Santo procede del Hijo.... Este dogma está implícitamente sostenido en el símbolo de Constantinopla, que enseña que el Espíritu Santo procede del Padre. Pues lo que se dice del Padre, hay que decirlo necesariamente del Hijo; pues no se diferencian en nada, sino en que uno es el Hijo y otro el Padre (1)."

Además, al consignar con tanta claridad en una carta doctrinal, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, San Leon era el eco de sus predecesores, los Vicarios de Cristo: *Petrus per Leonem locutus est*. En el tiempo mismo del concilio de Constantinopla, el Papa San Dámaso enseñaba esta doctrina: "El Espíritu Santo no es Espíritu solamente del Padre ó solamente del Hijo; pues está escrito: *Si alguno ama al mundo, no está en él el Espíritu del Padre*. Y en otra parte: *El que no tiene el Espíritu de*

1. *S. Th.*, I p., q. 36, art. 2· Et *De Potent.*, q. 10, art. 4.

Cristo, no es de El. Nombrándose, pues, al Padre y al Hijo, se entiende el Espíritu Santo, de quien el Hijo dice en el Evangelio: *Porque el Espíritu Santo procede del Padre y tomará de lo mio y os lo anunciará* (1)."

Desde la celebracion de este concilio de Toledo, todos los católicos de España y de las Galías, *recitaron* el símbolo de Constantinopla con la adicion *Filioque.* Ninguna oposicion hizo la Santa Sede: ninguna reclamacion produjeron los Orientales contra este uso, que llevaba cuatro siglos de duracion cuando Carlo-Magno volvió á sus Estados despues de haber sido coronado emperador en Roma por el Papa Leon III.

El emperador habia obtenido para las Iglesias de su vasto imperio, la autorizacion de cantar en la misa el símbolo de Constantinopla. Los obispos reunidos en Aix-la-Chapelle en 807 le preguntaron, si con arreglo á la autorizacion pontificia, se podria *cantar* en público como se recitaba en particular, con el *Filioque.*

El gran príncipe respondió, que no le tocaba á él decidirlo y que se debia consultar al Soberano Pontífice.

En consecuencia fueron á Roma dos obispos y el abad de Corbie comisionados por el Concilio.

El Papa les dió benigna acogida; pero negó resueltamente el permiso de introducir en el símbolo las ocho letras *Fi-*

1. Porro non Leonis id fuit novum inventum, sed prædecessorum traditio Nam Damasus hæc ait: (*Damas., in concil. Rom. apud Crescon. Collect*). Spiritus Sanctus non est Patris tantummodo, aut Filii tantumodo Spiritus. Scriptum est enim: "Si quis dilexerit mundum, non est Spiritus Patris in illo. I Joan., II." Item scriptum est: "Qui autem Spiritum Christi non habet, hic non est ejus. Rom., VIII," Nominato itaque Patre et Filio, intelligitur Spiritus Sanctus, de quo Filius in Evangelio dicit: Quia *Spiritus Sanctus á Patre procedit, et de meo accipiet, et annuntiabit vobis. Joan*, XV. *Apud. Baron.*, an. 447, n. 21.

lioque. "Indudablemente, les dijo, es un artículo inviolable de fé, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pero no se pueden poner en el símbolo todos los artículos de fé. Fuera de esto, no se deben modificar, ni siquiera en una sílaba, los símbolos decretados por los concilios ecuménicos (1)."

Para hacer ver que su resolucion era inmutable, mandó el Papa grabar inmediatamente el símbolo de Constantinopla en griego y en latin, sin la adicion del *Filioque*, en dos escudos de plata, que pesaban ochenta y cinco libras, y los hizo colocar en la basílica de San Pedro, á derecha é izquierda de la confesion (2).

Digámoslo de paso, este hecho y el que vamos á referir, son dos pruebas monumentales de la fidelidad incorruptible con que la Iglesia romana guarda las tradiciones del pasado. No solamente se niega á las súplicas de Carlo-Magno, su bienhechor, para que se inserten en el símbolo de Constantinopla cuatro sílabas que expresan netamente un artículo de fé; sino que no canta el símbolo en la misa. Entretanto que todas sus hijas, las iglesias de Oriente y Occidente, hacen resonar sus basílicas con el símbolo de Constantinopla, ella mantiene el de los apóstoles; y no lo recita sino en la administracion del Bautismo y cuando la costumbre prescribe la profesion de la fé.

Sin embargo, los siglos pasan y las circunstancias cam-

1. *Bini.*, *ad Synod Aquisgran.* t. III, *Concil*; *Labbé.* t. VII, p. 1198; *Bar.*, an. 809 n. 57.

2. Hic vero, pro amore et cautela orthodoxæ fidei fecit ubi supra (in basilica sancti Petri), scutos argenteos duos, scriptos utroque symbolo, unum quidem litteris Græcis, et alium Latinis, esdentes dextera lævaque super ingressum corporis, pesantes argenti libras nonaginta quatuor, et uncias sex. *Anast. Biblioth. in Leon.* III, *apud Bar.*, an. 809. n. 62.

bian con los siglos. Dirigida siempre por el Espíritu Santo, la Iglesia romana hará más adelante lo que al principio ha rehusado, siendo tan infalible cuando ahora accede, como cuando ántes lo rehusaba.

Miéntras la procesion del Espíritu Santo no es atacada, la Iglesia no toca á sus antiguas fórmulas tradicionales. Pronto se dejan oir sordos rumores: hácia el año 866, suceden á los rumores las negaciones públicas; cuyos órganos son, en Occidente el patriarca de Aquileya; y en Oriente Focio, patriarca intruso de Constantinopla.

Roma entónces, para responder á estos novadores, como habia respondido á Arrio y á Macedonio, hace insertar en el símbolo de Constantinopla la adicion *Filioque*; y no habiendo cantado nunca en la misa ningun símbolo, canta el de Constantinopla así explicado, y manda que se cante en todas partes, Desde entónces, un concierto inmenso de voces católicas responde de dia y de noche á las blasfemias de los novadores (1).

La manera con que se hizo esta memorable adicion, ofrece un nuevo ejemplo de la sabiduría y prudente lentitud, con que proce la Santa Sede. Se convocó en Roma un concilio numeroso.

Se expuso al soberano Pontífice, que desde antiguo las iglesias de España, de las Galias, de Inglaterra y Alemania, estaban en posesion de cantar públicamente el símbolo de Constantinopla, que Roma las aprobaba, pero que en las circunstancias actuales, la prolongacion de su resistencia á añadir el *Filioque*, se podria interpretar por los malévolos como una reprobacion tácita ó como temor de profesar altamente la fé; que los enemigos de la Iglesia no dejarian de aprovecharse de esto; haciendo surgir divisiones y

1. *Bar.*, an. 883, n. 34.

acaso un cisma; y que en todo caso la adicion del *Filioque* seria el mejor medio de confundir á Focio y sus secuaces (1).

El soberano Pontífice cedió á estas razones y la autorizacion fué concedida el año 883. Sin embargo, en Roma no se comenzó á cantar el símbolo sino veintinueve años despues, á instancias del emperador San Enrique. Este gran príncipe, digno de Carlo-Magno por sus virtudes y los eminentes servicios que prestó á la Santa Sede, habiendo ido á Roma para ser coronado, se admiró de oir cantar el *Credo* en la misa y preguntó el motivo.

"He aquí, escribe el abad Bernon, lo que le respondieron en mi presencia: La Iglesia de Roma no se ha manchado nunca con ninguna herejía; sino que fiel á la doctrina de San Pedro permanece inmutable en la fé católica. Por esto no tiene necesidad de hacer profesion de su fé: este deber toca á las iglesias que han podido ó pueden alterarla ó perderla." (2)

¡Magnífica respuesta! No obstante, instando el emperador, el Papa Benedicto VIII decidió que Roma misma cantase tambien el símbolo de allí en adelante. Y se cantó el de Constantinopla con la adicion *Filioque* (3).

Desde cualquier punto de vista que se considere, esta insercion se hizo del modo más legítimo y regular. Igual-

1. *Baron.*, an. 883, n. 37; et an. 447, n. 24.

2. Cum Romanorum presbyteri ab Henrico imperatore interrogarentur cur non post Evangelium (ut in aliis ecclessiis fiebat), symbolum canerent. Me assistente, audivi eos ejusmodi responsum reddere, videlicet, quod romana Ecclesia non fuisset aliquando ulla hæreseos fæce infecta, sed secundum sancti Petri doctrinam in soliditate catholicæ fidei permaneret inconcussa: et ideo magis his necessarium esse illud symbolum sæpius cantando frequentare, qui aliquando ulla hæresi potuerunt maculari. *Bern. Abbas augien., De rebus ad miss. spectant., apud Baron*, an. 447, n. 24.

3. *Baron.*, an. 447, n. 24.

mente que las explicaciones del símdolo, adoptadas en Nicea y Constantinopla, esta era tambien exigida por las circunstancias. El Vicario mismo de Jesucristo la manda presidiendo un concilio. En fin, con ella no se modifica la fé, sino que se explica. "Nadie puede tomar ocasion, escribe un autor antiguo, para lanzar contra la santa y grande iglesia de Roma, madre y maestra de todas las demás, la acusacion de haber escrito, compuesto y enseñado una fé nueva. No se hace, ni se enseña, ni se trasmite otro símbolo, cuando se explica el antiguo con la mira de prevenir la alteracion de la fé.

"Aunque es depositaria de la autoridad soberana, no se tiene á ménos de humillarse para responder lo que el concilio de Calcedonia respondió antiguamente á sus detractores: Se me acusa injustamente. No establezco una fé nueva, sino que renuevo la memoria de la antigua: esclarecer un punto oscuro del Símbolo, no es alterarlo: he renovado la fé como lo hicieron los Padres de los siglos pasados; he añadido algo á lo enseñado por los concilios de Nicea, Constantinopla y Calcedonia; pero no he enseñado nada que les sea contrario. Siguiendo fielmente sus huellas, me encuentro con puntos atacados, que en aquellos tiempos no eran objeto de cuestion. He debido aclarar con una palabra de interpretacion lo que no todos entendian bien: esto es todo lo hecho (1)."

Los Griegos, sin embargo, precipitados por su orgullo, rehusaron obstinadamente admitir la añadidura del *Filioque*. El ambiciose sectario que los extraviaba, queria á todo trance separar la Iglesia oriental de la occidental. Esperaba que una vez desconocida la autoridad del soberano Pontífice, seria él proclamado patriarca universal. La muer-

1. *Ætherian.*, *apud Bar.*, an. 883, n. 38.

te vino á desvanecer sus criminales proyectos; pero no extinguió el Espíritu de reblion que él habia alentado.

En 1504, Miguel.Cerulario, otro patriarca de Constantinopla mucho más audaz que Focio, negó formalmente que el Espíritu Santo procede del Hijo. En una carta dirigida á Juan, obispo de Trani, tuvo la osadía de consignar su herejía invitándole á que diera parte al soberano Pontífice. Leon IX respondió como correspondia al guardian de la fé, excomulgando al novador. Cerulario á su vez excomulgó al Papa y con él toda la Iglesia latina. La ruptura fué completa y los Grigos cayeron en el cisma y la herejía. Este fué, como veremos más adelante, el orígen de todas sus desgracias.

Sin embargo, la iglesia latina nada omitió para reducir á su hermana á la fé de sus padres. Despues de muchos siglos de inútiles exfuerzos, esta vuelta tan deseada se llevó á cabo en el concilio general de Lion, en 1274. Reunidos bajo la presidencia de Gregorio X los obispos de Oriente y Occidente, expresaron su fé en estos términos: "Hacemos profesion de creer fiel y piadosamente que el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo; no como de dos principios, sino como de un solo principio: no por dos espiraciones, sino por una sola espiracion (1)." La reunion debia jurarse por décima tercera vez. Desgraciadamente no fué más duradera que las otras (2).

En fin, el concilio de Florencia reunió de nuevo á los

1. *Labbe*, *Conc.*; t. II, p 967.—Quibus perfectis, præcinente pontifice hymnum: *Te deum;* denique Græcis Latinisque verbis fidei ortuodoxæ ferma, repetita bis professionis Spiritus Sancti á Patre et Filio, decantata est *Bar*, an. 1274, n. 18.

2. "Así lo prometieron, quedando de este modo establecida por décima tercera vez la union entre Griegos y Latinos." *Battaglini*, *Istor.*, &c', p. 660, n. 11,

Griegos y los Latinos. Para satisfaccion de los primeros, se examinó nuevamente por órden del Papa la procesion del Espíritu Santo.

Nunca hubo discusion más profunda, ni más ámplia, ni más completa. Los Griegos, para defender su error, recurrieron á todos sus medios, sofismas, subterfugios, negaciones semi-concesiones y flujo inmenso de palabras.

En la sesion décima octava, celebrada en 10 de Marzo de 1439, Juan de Montenegro, provincial de los Domínicos de Lombardía, les tapó la boca con un argumento sin réplica. "¿Qué entendeis por *procesiones*? preguntó á los Griegos ¿Qué quereis decir cuando afirmais que el Espíritu Santo *procede* del Padre?—Entiendo, respondió Márcos, arzobispo de Efeso, una produccion que el Espíritu Santo recibe de él el sér y todo lo que propiamente es.—Muy bien, replicó el fraile predicador, tenemos, pues, esta conclusion: el Espíritu Santo recibe del Padre el sér, ó el Espíritu Santo procede del Padre; es lo mismo. De aquí infiero: el Espíritu Santo procede de aquel de quien reciba el sér: es así que el Espíritu Santo recibe del Hijo el sér; luego procede del Hijo, segun el sentido propio de la palabra *procesion*, conforme *vos mismo lo habeis definido*. Que el Espiritu Santo recibe del Hijo el ser, puede demostrarse por muchos testimonios.

—¿Pero de dónde sacas, dijo interrumpiéndole Márcos de Efeso, que el Espíritu Santo recibe el sér del Hijo? Aprecio vuestra pregunta, respondió Fray Juan, y voy á contestar incontinenti. Que el Espíritu Santo recibe del Hijo el sér, lo probaré por un testimonio irrecusable para vosotros lo mismo que para nosotros, el de San Epifanio, que se expresa así: *Llamo Hijo al que es de El, y llamo Espíritu Santo al único que es de los dos.* Segun estas palabras de

San Epifanio, si el Espíritu Santo es de los dos, recibe de los dos el sér: puesto que segun vosotros recibir el sér ó proceder es una misma cosa; y sabemos por San Epifanio, que reçibe su sér del Padre y del Hijo (1)." El argumento era tanto mejor, cuanto que San Epifanio es uno de los Padres griegos más antiguos y más venerados de los Orientales.

En fin, el 6 de Julio de 1439, octava de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, se celebró la última sesion del Concilio. En presencia de la augusta asamblea y entre los aplausos de Griegos y Latinos se leyó el decreto de union, que comienza así: "Regocíjense los cielos y extremézcase de júbilo la tierra! El muro que dividia las iglesias de Oriente y de las de Occidente acaba de caer.

Se ha restablecido la paz y la concordia sobre la piedra angular, Jesucristo, que de dos pueblos ha hecho uno solo. Definimos y queremos que todos crean y profesen, que el Espíritu Santo es eternamente del Padre y del Hijo; que tiene su esencia y su sér subsistente, del Padre juntamente y del Hijo; que procede eternamente de entrambos, como de un solo principio y por una sola espiracion. Definimos además, que la explicacion *Filioque* se ha añadido al símbolo lícitamente y con razon, para declarar la verdad é instando la necesidad (2)."

La alegría de la Iglesia no fué de larga duracion. Como la infiel Samaria, así el cismático Oriente volvió á recaer al dia siguiente en los mismos errores que habia abjurado

1. *Mansi* t, XXXI, col. 723.—*Rohrbacher*, *Hist. univ*, t. XXI.

2. Definimus explicationem verborum illorum *Filioque*, veritatis declarandæ gratia, et imminente necesitate, licite et rationabiliter, fuisse symbolo appositam, &c., *Apud Labbe*, &c.

en la víspera. Pero con esto se colmó la medida. Salmanasar resucitó en Mahomet; y trece años nada más habian pasado, cuando el imperio de los Griegos sufrió la desdichada suerte del reino de Israel.

CAPITULO VII.

MISION DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—La santificacion es la obra propia del Espíritu Santo. —Esta obra supone una mision.—Lo que se entiende por mision. —Cuántas misiones hay.—No implican ninguna inferioridad en la persona enviada.—Diferencia entre la mision del Hijo y la del Espíritu Santo —Ambas fueron prometidas, figuradas, predichas y preparadas desde el orígen del mundo.—Significacion de la palabra Espíritu, en la Escritura.—Pasaje de San Agustin.

En la medida que lo permiten las oscuridades de la vida presente, conocemos al Espíritu Santo en Sí mismo. Es la tercera persona de la augustísima Trinidad. Es Dios como el Padre y el Hijo. Procede de ámbos por una sola espiracion y como de un solo é idéntico principio, sin que por esto haya ni posterioridad, ni prioridad, ni desigualdad de ningun género entre el que procede y aquellos de quienes procede. Es el fundador y rey de la Ciudad del bien. A sus inmediatas órdenes están todos los ejércitos angélicos, batallando noche y dia para protejer en los cuatro puntos del mundo á los hermanos del Verbo encarnado contra los ataques de las legiones infernales.

Siendo el amor consustancial del Padre y del Hijo, á El le corresponde por apropiacion del lenguaje, la obra más excelente de la adorable Trinidad (1). ¿Cuál es esta obra? ¿La Creacion? No. ¿La redencion? No. ¿Cuál es pues? La

1. Dilectio namque, quae ex Deo est et Deus est, propri Spiritus Sanctus dicitur, per quem charitas dei diffussa est in cordibus nostris, per quem tota Trinitas in nobis habitat. *S. Bern.*, *Médit.*, c I.

santificacion y la glorificacion. El Padre crea, el Hijo rescata y el Espíritu Santo santifica. El Padre hace hombres, el Hijo hace cristianos, el Espíritu Santo hace santos y bienaventurados. La obra del Espíritu Santo es, pues, más completa que las del Padre y del Hijo, como coronamiento de uno y otra (1).

Que esta obra suprema pertenece al Espíritu Santo se prueba con toda claridad. El es quien forma á María, madre del Redentor, y en el virginal seno de María al Redentor mismo. El es quien lo dirige, le inspira, le da el hacer milagros y lo glorifica; *Ille me clarificabit.* El es quien, como prolongacion de esta obra de santificacion universal, forma la Iglesia, madre del cristiano y en el seno virginal de la Iglesia al cristiano mismo, hermano del Verbo encarnado. El es quien lo dirige, lo inspira y lo levanta, poco á poco á la santificacion, y de la santificacion á la gloria (2).

Esta grande obra, síntesis magnífica de todas las obras del Padre y del Hijo, no podia quedar aislada en las regiones inaccesibles de la eternidad. Lejos de eso, debia hacerse palpable y realizarse en el tiempo. Para realizarla, pues, el Espíritu Santo ha debido tener una mision. Es menester, antes de pasar más adelante, explicar esta pala-

1. Haec est enim voluntas Dei santificatio vestra. I *Tess* IV, 3.

2. In virtute secundum Spiritum sanctificationis, etc. Sobre este texto, dice Cornelio: Hanc potentiam faciendi miracula, remittendi peccata, sanctificandi homines Verbum caro factum habuit á Spiritu Sancto, qui totum hoc unionis homines cum Deo opus in Christo peregit, eumque ita sanctificavit, ut illi virtutem dederit omnes homines sanctificandi. *In Epist. ad Rom.*, c. I, 4.—El mismo comentador añade: Per Spiritum Sanctum, id est, Spiritu Sancto eum movente et incitante ad se sponte sua offerendum Patri, pro peccatis nostris. *In Epist ad Hebr.*, c. IX, 14.

bra tan frecuentemente pronunciada y tan poco comprendida.

Cuando la teología católica habla de las personas divinas, entiende por mision: *El destino eterno de una persona de la Trinidad para cumplir una obra en el tiempo; destino que se le da por la persona de quien procede* (1). Desde toda la eternidad estaba decretado, que el Verbo se hiciera hombre y viniera al mundo para salvarlo (2): he ahí su mision. Desde toda la eternidad estaba decretado, que el Espíritu Santo viniera al mundo para santificarlo (3): he ahí la mision del Espíritu Santo.

De este modo hay en las personas divinas tantas misiones como procesiones. El Padre no tiene mision, porque no procede de nadie. El Hijo recibe su mision del Padre solo, porque solamente de El procede (4) El Espíritu Santo la recibe del Padre y del Hijo, porque procede de ámbos (5).

Oigamos á San Agustin: "El Hijo, dice, es enviado por el Padre, porque El apareció en carne, no el Padre. Vemos tambien que el Espíritu Santo ha sido enviado por el Hijo: *Cuando yo me vaya os lo enviaré*; y por el Padre: *El Padre os le enviará en mi nombre*. Por donde claramente se ve que ni el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre han enviado al Espíritu Santo; sino que este ha recibido su mi-

1. Missio est unius personae á persona ex qua procedit destinatio ad aliquem effectum temporalem. *Vid. S. Th.*, 1 p., q. 43, art 2—*Vitass. De Trinit*, p 8. art. 5.

2 Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum *Joan*., III, 17.

3. Spiritu Sanctus procedit temporaliter ad sanctificandam creaturam, *S. Aug*., *De Trinit*., lib III, c. IV.

4. Qui misit me Pater. *Joan*., VIII, 16.—Misit Deus Filium suum *Gal*, IV, 4.

5. Cum autem venerit Paracletus, quem ego mittam vobis á Patre. *Joan*., XV. 26.

sion del uno y del otro. Solo del Padre no se lee en parte alguna que haya sido enviado; la razon es, que ni es engendrado, ni procede de nadie. En efecto, ni la luz, ni el calor envian el fuego; sino que el fuego envía la luz y el calor (1).

No pasemos adelante sin admirar la exactitud profunda del lenguaje divino. Cuando el Verbo encarnado anunció el Espíritu Santo á sus apóstoles, dice: "El me glorificará porque tomará de lo mio y os lo anunciará (2)." No dice: tomará *de mí*; porque esto seria decir en cierto modo que El era el único principio del Espíritu Santo, y que el Espíritu Santo procede del Hijo como este del Padre, es decir, de El solo Mas no es así: y por eso dice: Tomará de lo mio, y no dice de mí. Pues si bien toma de El, no toma sino lo que el Hijo ha tomado del Padre. Por manera, que la mision del Espíritu Santo viene juntamente del Hijo y del Padre, de quien el Hijo mismo lo ha recibido todo.

Por lo demás, no se crea que la mision implique ningun género de inferioridad en el que la recibe con relacion al que la da. La mision no denota inferioridad. igualmente que la procesion de la que es consecuencia. "En las personas divinas, dice sábiamente Santo Tomás, la mision no implica sino procesion de orígen, que es con igualdad.... Y así esta mision es sin separacion; solo indica distincion de orígen (3)." De este modo, aunque la comparacion es imperfecta, el rayo es enviado por el foco, y la flor es emitida por la planta, sin separarse entre sí y conservando en ambos casos la naturaleza de sus principios respectivos.

1. *Contra Serm., Ariam.*, c. n. 4.
2. *Joan.*, XVI, 15
3. Talis missio est sine separatione, sed habet solam distinctionem originis. I p, q. 43, art. 1

Completemos estas nociones fundamentales, añadiendo que hay dos clases de mision para el Hijo y el Espíritu Santo: una visible y otra invisible. Para el Hijo la mision visible fue la Encarnacion; para el Espíritu Santo, su aparicion en el Bautismo de Nuestro Señor, en el Tabor y en el dia de Pentecostés. En el Hijo la mision invisible tiene lugar, todas las veces que como sabiduría infinita y luz sobrenatural se comunica al alma bien dispuesta, en la cual habita como en su templo. En el Espíritu Santo la mision invisible se renueve siempre que como amor infinito y caridad sobrenatural se comunica al alma bien preparada, en la cual habita como en un santuario (1).

El objeto de estas dos misiones es asimilar el alma á la persona divina que es enviada á ella: *Similes ei erimus.* Ahora bien, como el Hijo, luz eternal, y el Espíritu Santo, eterno amor, han sido enviados para todo el mundo, la intencion de Dios es asimilarse el género humano, y asimilándoselo por la verdad y la caridad, deificarlo. ¡Oh hombre! ¡Si comprendieras el don de Dios; *si scires donum Dei!* En el entendimiento divino esta mision no es transitoria, sino permanente; lo es, en efecto, en tanto que el hombre no le dé fin por el pecado mortal. Y no solamente lleva al alma las luces del Hijo y los dones del Espíritu Santo; si-

---

1. Tunc invisibiliter Filius unicuique mittitur, cum á quoquam cognoscitur atque percipitur. *S. Aug. apud S. T.*, 1 p., q. 43. art. 5, ad 1.—Anima per gratiam conformatur Deo. Unde ad hoc quod aliqua persona divina mittatur ad aliquem per gratiam, oportet quod fiat assimilatio illius ad divinam personam quae mittitur, per aliquod gratiae donum. Et quia Spiritus Sanctus est amor, per donum charitatis anima Spiritu Sancto assimilatur. Unde secundum donum charitatis attenditur missio Spiritu Sancti. *Ibid.*, ad 2.

no que el Hijo y el Espíritu Santo vienen en persona á habitar en ella (1).

Completar la obra del Verbo haciendo en los corazones lo que El habia hecho en las inteligencias, acabar de este modo la *trasformacion* del hombre en Dios; tal es la magnífica mision del Espíritu Santo. En razon de su importancia suprema, debió ser el último término del pensamiento divino; y por consiguiente, el alma de la historia, el móvil y la clave de todos los acontecimientos realizados desde el orígen del mundo. Si pues la Encarnacion del Verbo ha debido ser conocida de todos los pueblos; y por esto prometida, figurada predicha, preparada desde la creacion del hombre, con mayor razon ha debido suceder lo mismo con la mision del Espíritu Santo que corona la Encarnacion; este razonamiento está confirmado por los hechos.

Pues para que se entienda bien, que las promesas, figuras, profecías y preparaciones, cuyo cuadro vamos á bosquejar se refieren á la tercera persona de la Santísima Trinidad y no á ningun otro espíritu, será bueno recordar la enseñanza de los padres sobre la significacion que la palabra *Espíritu* tiene en las Escrituras.

Basta oir á San Agustin: "Se puede preguntar, dice, si cuando la Escritura dice *el Espíritu de Dios*, sin añadir nada más, se deberá entender el Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad, consustancial al Padre y al

1. Si quis diligit me.... ad eum veniemus et mansionem apud eum faciemus *Joan.*, XIV, 23.—Spiritus Sanctus per charitatem et gratiam nos formaliter justificat, inhabitat, vivificat et adoptat. Justitia enim inhaerens, non es una simplex cualitas. Sed multa complectitur... ac ipsum Spiritum Sanctum donorum auctorem... non tamtum donatur homine charitas et gratia, vel ipse Spiritus Sanctus quoad dona sua duntaxat; sed etiam datur ipssisima persona Spiritus Sancti ad consequenter datur ipsa deitas totaque sancta Trinitas. *Corn. á Lap.*, *in* I *Petr.*, I. 4.

Hijo; por ejemplo: *Donde está el Espíritu de Dios, allí hay libertad*; y en otra parte: *Dios nos lo ha revelado por su espíritu*; y aquello otro: *Lo que hay oculto en Dios, nadie lo sabe mas que el Espíritu de Dios.* En estos y otros muchos pasajes donde nada se añade, se trata evidentemente del Espíritu Santo. El contexto lo da á entender claramente. En efecto, ¿de qué otro habla la Escritura cuando dice: *El Espíritu mismo da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*; y: *el Espíritu mismo ayuda nuestra debilidad: Uno es é idéntico el Espíritu que opera todas estas cosas, repartiendo á cada uno como quiere?* En todos estos lugares no se añade á la palabra Espíritu ni la palabra Dios, ni la de Santo; y sin embargo, es cosa clara que se trata del Espíritu Santo.

"No sé si se podria probar con un solo ejemplo auténtico, que donde la Escritura nombra el Espíritu de Dios sin aditamento, pretenda hablar, no del Espíritu Santo, sino de algun otro espíritu bueno, pero criado. Todos los textos que se citen en contrario, son dudosos y necesitarian aclaraciones." (1)

Lo acabamos de ver: estaba decidido en los consejos eternos, que dos personas de la Santísima Trinidad descendieran visiblemente al mundo; el Hijo para salvarlo por sus méritos infinitos; el Espíritu Santo, para santificarlo con la efusion de su gracia. Pero cuando un monarca, tiernamente amado de su pueblo, debe visitar las diferentes partes de su reino derramando beneficios por doquiera, todas

1. Nescio utrum manifesto aliquo exemplo probari possit, alicubi Spiritum Dei dictum sine additamento, ubi Spiritus ille sanctus non significetur, sed aliquis quamvis bonus, creatus tamen et conditus. Quæ proferentur enim dubia sunt, et indigent clariore documento. *De divers. quaest*, lib. II, n. 5, p. 187, *S. Th.*, I p., q. 74, art. III.

las gentes se preocupan de su venida. La fama va delante de él; los correos le preceden; todos los caminos se hallanan ante él y nada se omite para prepararle una recepcion digna de las esperanzas que ha hecho concebir y del entusiasmo que inspira.

Esto es lo que Dios hizo para preparar la venida del Verbo encarnado: no hay un cristiano que no lo sepa. El Deseado de las naciones, prometido, figurado, profetizado y esperado durante cuarenta siglos, domina majestuosamente el mundo antiguo. Es el alma de la ley y los profetas, objeto de todos los votos, fin de todos los acontecimientos, clave de la elevacion y la caida de los imperios; en una palabra, es el eje divino sobre el cual gira todo el gobierno del universo.

Esta preparacion, que asombra con su grandeza y majestad, no era solamente debida á la segunda persona de la Santísima Trinidad, sino tambien á la tercera. El Espíritu Santo, igual al Hijo en la dignidad de su naturaleza, superior en cierto sentido por la sublimidad de su mision, y debiendo descender personalmente á la tierra como el Hijo, debia ser precedido como el Mesías, de una larga série de promesas, figuras, profecías y preparaciones, para ser objeto constante de la espectacion universal no ménos que el Hijo: *Desideratus cunctis gentibus.* La fé no se equivoca en esta induccion. La historia nos va á mostrar la tercera persona de la Trinidad ocupando el mismo lugar que la segunda, ya en el pensamiento de Dios, ya en la esperanza de los hombres, ya en la direccion de todos los sucesos del mundo antiguo, durante el largo intervalo de cuatro mil años.

CAPITULO VIII.

EL ESPIRITU SANTO PROMETIDO Y FIGURADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

SUMARIO.—Promesas del Espíritu Santo: Joel, Ageo, Zacarías.—Figuras: los siete dias de la creacion, el candelabro de los siete brazos, el edificio de la Sabiduría eterna con las siete columnas.

El Mesías ha sido prometido; el Espíritu Santo lo fué tambien. Despues de la promesa, tantas veces renovada en terminos más ó ménos explícitos, de la venida del Espíritu Santo al mundo (1). Dios ordena al profeta Joel que la publique claramente más de seiscientos años ántes del dia memorable en que debia realizarse. El profeta se dirige en persona de los Judíos á todos los pueblos llamados á hacerse por la fé hijos de Abraham. Su inspirada mirada ve al mismo tiempo al Verbo que se encarna y al Espíritu Santo que desciende. Presentes están á su vista las dos personas adorables y con el mismo entusiasmo habla de la una y de la otra.

"Hijos de Sion, exclama, gozaos y alegraos en el Señor Dios nuestro; porque os dará el Doctor de la justicia y hará descender sobre vosotros el rocío de la mañana y el de la tarde, así como era al principio. Y se llenarán las eras de trigo y rebosarán los lugares de vino y de aceite. Y os recompensaré los años que comió la langosta, el pulgon y la roya y la oruga: mi ejército terrible que yo envié contra vosotros. Y comereis abundantemente y os hartareis, y loa-

1. *Is.* XLIV, 3; *Ezech.*, XI, 19; XXXVI, 26, &.

reis el nombre del Señor Dios Vuestro, que hizo maravillas con vosotros, y nunca jamás será confundido mi pueblo. Y sabreis que yo estoy en medio de Israel, yo el Señor, vuestro Dios y no hay otro (1).

El gozo, la abundancia de todos los bienes espirituales, la reparacion de todos los males debajo de cuyo peso gemia el linaje humano desde la caida primitiva, la presencia permanente del mismo Señor en medio de su pueblo, que es la gran nacion católica; hé ahí bien claro los rasgos distintivos del reino del Mesías. Cuando el Verbo encarnado eche los fundamentos de esta felicidad universal, y riegne con su sangre en la mañana y en la tarde de su vida esta tierra del mundo, ¿qué va á suceder? Oigamos al profeta: "Y acaecerá despues de esto, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros ancianos soñarán sueños (tendrán revelaciones), y vuestras jóvenes verán visiones. Y aun tambien sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos dias (2)."

Tales son, en general, los beneficios que el mundo deberá al Espíritu Santo. ¡Cómo debia este solo anuncio hacer palpitar todos los corazones! ¡Cómo debian conjurar al Señor los justos de la antigua ley, para que acelerase el gran dia de su venida! A fin de consolarlos, el Señor tuvo á bien prometerles por el profeta Ageo el próximo advenimiento del Espíritu Santo. Judá volvia de Babilonia: andaba muy

1. *Joel*, cap, II, v: 23-27.
2. *Ibid.*, v. 28-29.—El dia mismo de Pentecostés declaró San Pedro á los Judíos, que las maravillas que presenciaban con sus ojos eran el cumplimiento de la promesa del Señor, hecha por el profeta Joel. Todos los Padres hablan como el Príncipe de los apóstoles. Véase entre otros á *San Crisost. in princ. Act. Ap.*, y *Corn. á Lap.* in Joel, II, 28.

ocupada en la construccion del segundo templo; pero los corazones estaban tristes. No se podia ménos de gemir al pensar en la magnificencia del templo antiguo y en la pobreza relativa del nuevo, que se levantaba penosamente en medio de mil dificultades de toda clase.

Ageo recibe órdén de *alentar* al pueblo. Como Joel, ve y anuncia la venida de dos personas de la adorable Trinidad: el Espíritu Santo que conforme á las antiguas promesas vendrá muy pronto á recidir en medio de su pueblo: el Verbo hecho carne que se dignará de santificar el nuevo templo con su presencia personal. "Profeta, le dice el Señor, habla á Zorobabel, hijo de Salathiel, príncipe de Judá; y á Jesus, hijo de Josedech, sumo sacerdote, y al resto del pueblo, y diles: Ten buen ánimo, Zorobabel, ten buen ánimo Jesus, hijo de Josedech, y ten buen ánimo, todo el pueblo de la tierra, y trabajad, pues yo soy con vosotros, dice el Señor de los ejércitos. (Voy á cumpliros), la palabra que concerte con vosotros cuando salíais de la tierra de Egipto; y mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temais.... Aun falta un poco; y yo conmoveré el cielo, y la tierra, y la mar, y todo el universo. Y moveré todas las gentes, y vendrá el Deseado de todas las naciones, y henchiré esta casa de gloria.... y grande será la gloria de esta última casa, más que la de la primera (1)."

Esta segunda promesa más explícita que la primera, no se limita al anuucio de la venida del Espíritn Santo, sino que designa la época. Vendrá cuando el mundo será sacado de la verdadera esclavitud de Egipto por la sangre del Cordero de Dios, cuando los apóstoles se dedicarán á cons-

1. *Ageo*, II, v. 2-10.—Todos los Padres, San Atanasio, San Cirilo de Jerusalen, San Gregorio Niseno, Teodoreto, &, han visto en estas notables palabras la promesa del Espíritu Santo. Véanse, entre otros, San Jerón. in *Agg.* II, y *Corn. á Lap. ibid.*

truir el gran edificio católico, en que el Espíritu Santo debe habitar eternamente.

Hácia la misma época, otro profeta, Zacarías, es encargado de anunciar la venida del divino Espíritu, que debe cambiar la faz de la tierra despues de haber cambiado los corazones: Tambien aquí el Señor tiene cuidado de reunir en la misma prediccion la venida del Mesías y el descendimiento del Espíritu Santo. La razon es, que estos dos acontecimientos se relacionan íntimamente. El primero es la prueba del segundo, y el segundo es consecuencia del primero. No se puede admitir el uno sin admitir el otro. "Y acaecerá en aquel dia, dice el Señor, procuraré abatir todas las gentes que vengan contra Jerusalen. Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalen el Espíritu de gracia y de oracion; y pondrán su vista en Mí, á quien habrán crucificado. Y llorarán sobre Mí, como sobre un hijo único; y harán duelo como se suele hacer en la muerte de un primogénito (1)."

Zacarías, dicen los Padres é intérpretes, leyendo lo más remoto de las edades, fija su vista en el dia memorable de Pentecostés, en que el Espíritu Santo desciende sobre los apóstoles reunidos en Jerusalen. Ve al divino Espíritu produciendo la gracia y la santificacion; despues oye los gemidos y súplicas de las almas iluminadas sobre el enorme atentado cometido por la nacion judía en la persona adorable del Mesías. Todo esto es tan preciso, que el libro de los *Hechos Apóstolicos*, al referir la historia de Pentecostés, no parece sino la reproduccion de las palabras de Zacarías (2).

Pero Dios no anunció solamente al mundo la venida del

1. *Zach.* XII, 9, 10.
2. Véase *Corn. á Lap.*, *in Zach.*, XII, 9; et *S. Jerom. in Zach.*

Espíritu santificador por medio de estas promesas solemnes y *otras* muchas que abundan en el Antiguo Testamento.

En cuanto al Mesías, vemos que además de las promesas, hay innumerables figuras, que llaman contínuamente la atencion hácia el fúturo Libertador. Lo mismo sucede respecto del Espíritu Santo. Al lado de las promesas se muestran constantemente las figuras, que lo revelan en su naturaleza y en sus dones. Apoyándonos en la autoridad de los santos doctores, vamos á dar á conocer algunas.

El Espíritu de los siete dones, que es el principio vital, la luz, la belleza del mundo moral y de la Iglesia en particular, se encuentra *representado* en los diferentes setenarios que tan frecuentemente salen en la creacion del mundo material y en la formacion del pueblo figurativo. Citaremos solo dos ejemplos; el mundo físico fué criado en seis dias, seguidos del dia de descanso; y lo mismo sucede con el mundo moral. El sublime compendio de este, el hombre, es formado por el Espíritu de los siete dones.

En el órden de la naturaleza, la luz aparece el dia primero. Es figura del don de temor, mediante el cual el hombre comienza á conocer á Dios eficazmente, conforme aquella palabra del profeta: *El temor de Dios es el principio de la sabiduría.*

En el segundo dia de la creacion, se despliega el firmamento que separa las aguas inferiores de las superiores. Es emblema del don de ciencia, que nos enseña á discernir las doctrinas verdaderas de las falsas. Adornado el hombre de este precioso don, se asemeja al firmamento por la estabilidad inquebrantable de su fe. Manteniendo una separacion radical entre la verdad y el error, les impide juntarse jamás en su inteligencia para sumirla en el caos. No de otro modo

el firmamento, colocado inmutablemente entre las aguas superiores y las inferiores, les impide confundir sus masas y producir un nuevo diluvio.

El tercer dia, la tierra se separó de las aguas. La tierra mostrando enjuta su superficie, se cubre de toda suerte de yerbas y plantas. Es una imágen viva del don de piedad. Separado el hombre de las aguas inferiores, es decir, de las doctrinas de mentira, idolatría, supersticion, incredulidad y vivificado por el don de piedad, honra al verdadero Dios, y produce las flores de los buenos deseos, las yerbas saludables de las palabras santas, y en fin, los frutos excelentes de las obras de caridad para con Dios y para con el prójimo.

En el dia cuarto, aparecen las dos grandes lumbreras, el sol y la luna acompañadas de millares de estrellas. Aquí se ve en toda su magnificencia el don de consejo. Antorcha del dia, semejante al sol, alumbra todo el sistema del mundo sobrenatural; antorcha de la noche, semejante á la luna, ilumina todo el sistema del mundo inferior; semejante á las estrellas, que diseminadas en toda la extension del firmamento iluminan todas sus partes, el don de consejo alumbra cada una de nuestras facultades y dirije cada uno de nuestros sentidos.

Al quinto dia, los peces y las aves nacen del mismo elemento; los primeros viven en las aguas, las segundas vuelan por los aires. ¿Podia la sabiduría eterna prefigurar mejor el don de fortaleza? Gracias á su eficacia, nacen y se fortifican en el corazon las buenas resoluciones; y los buenos pensamientos vuelan á Dios, rompiendo las resistencias de los demonios que llenan el aire que nos rodea.

En el dia sexto tiene lugar la creacion de los animales y del hombre que es su rey. Hé ahí el don de entendimiento.

El hombre que lo posee conoce claramente su doble naturaleza y la aprecia; sabe que la parte superior debe dominar á la inferior; conoce además las reglas qne ha de seguir para mantener esta subordinacion, principio de virtud y de armonía universal.

En el dia sétimo, Dios descansa y lo bendice. Tal es la figura perfectamente exacta del don de sabiduría, el más noble de todos. Por él descansa el alma deliciosamente en Dios. Sin encontrar gusto en nada que no sea El, espera en paz el dia eterno en que irá á darle gracias por todo lo que ha hecho en ella y para ella. De este modo corona Dios en el dia sétimo la obra de la creacion del mundo material; y así tambien el Espíritu Santo termina con el don sétimo la creacion de un mundo más noble, el hombre, que es su imágen y su hijo (1).

Si alguno siente la tentacion de no ver más que un juego de la imaginacion en este paralelo entre la creacion del mundo material y la del moral, entre lo que pasó en el orí gen de *los tiempos* y lo que se ha realizado en la plenitud de las edades, bastará recordarle la doctrina de San Pablo y de los Padres. Todos enseñan que el Autiguo Testamento es al Evangelio lo que la rosa en capullo á la rosa abierta; que el mundo físico es un reflejo del mundo moral, que uno y otro han sido hechos por el mismo Espíritu, bajo el mismo plan y con el mismo fin; y que así el anuncio figurativo del Espíritu Santo comienza, como el del Mesías, en el primer dia del mundo.

Otra figura amás trasparente que la primera, es el candelabro de siete brazos. Hallábanse en medio del desierto, Israel salido de Egipto estaba en marcha hácia la tierra prometida. Dios llama á Moisés y le manda hacer el Taberná-

1. Véase acerca de esta hermosa filosofía á *S. Anton., Summ., tehol.* 1 art. t. X, c. 1, pár. 1.

culo, obra en que el misterio y la figura de lo futuro brillan por todos lados. El Tabernáculo, dicen los judíos Josefo y Filon, era la imágen del mundo y el *Sancta S nctorum* representaba el cielo empíreo. Allí manda Dios á Moisés que ponga un candelero de oro, con siete brazos, destinado á iluminar el cielo de la tierra. ¿Dónde se encontraria una figura más bella del Espíritu de los siete dones, antorcha del tiempo y de la eternidad (1)?

Los Padres de la Iglesia vieron otra figura del Espíritu Santo en los siete hijos de Job. "Los siete hijos del patriarca del dolor, escribe San Gregorio el Grande, se daban festines turnando cada cual en cada dia de la semana, en compañía de sus tres hermanos, en un edificio cuadrangular.

Hé ahí claramente los siete dones del Espíritu Santo, que alimentan el alma, cada uno á su modo, y osto en compañía de sus tres hermanas, esto es, de las tres virtudes teologales, fé, esperanza y caridad, en un edificio espiritual de forma cuadrada, es decir, formado por las cuatro virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Cada uno de los hijos de Job da su festin, como cadá don del Espíritu Santo nutre el alma. La sabiduría, con la esperanza tan cierta como deliciosa de los bienes futuros: la inteligencia, con la luz toda divina que hace brillar en las tinieblas del corazon; el consejo con la alta prudencia de que la llena; la fortaleza, con el valor invencible, sea para hacer, sea para padecer; la ciencia, con la serenidad de la mirada y la solidez de los pensamientos; la piedad, con la hartura fruto de las obras de misericordia; el temor, con la humilde confianza, recompensa de la victoria sobre el orgullo (2)."

A medida que vamos avanzando, se hacen más traspa-

1. *Corn. á Lap.*, *in Exod.* XXV, 31.
2. *S. Greg. Moral.*, lib. I. et II.

rentes las figuras: es la aurora que sucede al alba y anuncia la proximidad del sol. A ejemplo de los Padres, estudiemos la figura del Espíritu de los siete dones, tan perfectamente dibujada por el autor de los Proverbios. "La sabiduría, dice el escritor sagrado, se edificó una casa, cortó siete columnas (para sostenerla): inmolo sus víctimas; mezcló el vino, y dispuso su mesa. Envió sus criados, á fin que llamasen para el alcázar y los adarves de la ciudad, (diciendo): El que es párvulo, venga á mí; y á los pobres de inteligencia: Venid, comed mi pan, y bebed el vino que os he mezclado. Dejad la infancia, y vivid, y andad por los caminos de la prudencia (1)."

¿Cuál es es esta sabiduría? El Verbo eterno, que es la sabiduría misma de Dios. ¿Cuál es esa casa edificada por su propia mano? La Iglesia, palacio del Hijo de Dios en la tierra. ¿Cuáles son esas siete columnas, que sostienen el edificio? Los siete dones del Espíritu Santo, que hacen á la Iglesia inquebrantable en medio de las tempestades y de los temblores de tierra. ¿De qué manera? Oponiendo cada da uno en particular, una fuerza de resistencia superior á la violencia de los siete espíritus malignos, poderosos enemigos de la Ciudad del bien. Al demonio del orgullo resiste el don del temor; al demonio de la avaricia, el don de consejo; al demonio dela lujuria el don de sabiduría; al demonio de la gula el don de inteligencia; al demonio de la envidia el don de piedad; al demonio de la ira, el don de ciencia; al demonio de la pereza, el don de fortaleza.

Tal es el armonioso contraste que los santos doctores descubren entre las fuerzas opuestas del Espíritu del bien y del Espíritu del mal. Nada hay que sea más real, segun en otra parte lo probaremos (2).

1. *Prov.*, IX, 16.
2. Véase *Corn. á Lap. in Prov*, c. IX I-6.

Basta observar aquí que esta nueva figura del Espíritu Santo presenta el mismo carácter que las demás. Las dos personas divinas que el mundo esperaha, se designan en ella juntamente. ¿Cuáles son, en efecto, esas víctimas inmoladas por la sabiduría, esa mesa, ese pan, ese vino, preparados para sus hijos? Los Padres y los comentadores responden unánimemente que es el Verbo encarnado. En cuanto á las sirvientas encargadas de invitar á los convidados, la tradicion constante ve en ellas las almas celosas, los predicadores y sacerdotes, cuyas oraciones, palabras y ejemplos atraen á sus hermanos al banquete divino. Estos mismos hijos que vienén á participar de él, representan con naturalidad á todos los hombres: hijos grandes, ocupados constantemente en puerilidades, hasta el momento en que iluminados por el Dios que reciben en la mesa santa, toman gustos sérios y caminan por las sendas de la verdadera prudencia (1).

Inútil es añadir, que todas estas figuras eran comprendidas de los antiguos, segun el grado de conocimiento que Dios queria darle de sus designios adorables.

1. *Ibid.*

CAPITULO IX.

PREDICCIONES SOBRE EL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—David anuncia la gran obra del Espíritu Santo, la regeneracion del mundo —Isaías dice el modo con que el Epíritu Santo llevará á cabo esta maravilla.—Ezequiel muestra bajo una figura sorprendente al género humano muerto á a verdadera vida y su resurrencion por el Espíritu Santo.—Zacarías anuncia, en los siete ojos de la piedra angular del templo, el Espíritu de los siete dones y sus operaciones maravillosas en el Verbo hecho carne.—Judith celebra la futura victoria del Espiritu del bien sobre el Espíritu del mal.—El libro de la sabiduría le anuncia como la luz y la fortaleza del género humano.—Todas las profecías reunidas forman la designacion completa del Espíritu Santo.

En la preparacion del linaje humano para la venida de las personas segunda y tercera de la Santísima Trinidad, se encuentra la misma marcha providencial. Las repetidas promesas hacen cierta la venida del gran Libertador: las figuras bosquejan su retrato: y las profecías, más explícitas que las primeras y más trasparentes que las segundas, la designan por completo; de modo que, á no haber ceguera oluntaria, el hombre no puede menos de reconocer al Deseado de las naciones. Lo mismo se observa con relacion al Espíritu Santo. A la seguridad que dan las promesas, á los rasgos esparcidos en las diferentes figuras, se agregan despues los oráculos más precisos de los profetas y los toques más acentuados de su pincel. Tal será la perfeccion de este retrato, hecho anticipadamente, que hasta los ciegos tendrán que reconocer en él al Espíritu divino.

Mil años antes de su venida, David lo señala á la atencion universal, mostrándolo con su incomunicable carácter: "Señor, esclama, enviarás tu Espíritu.... y renovarás la faz de la tierra.» Como si dijera: Habitantes de la tierra, prestad atencion. Vendrá un dia en que el Espíritu Santo, la tercera persona de la augusta Trinidad, descenderá en medio de vosotros. Vosotros le reconocereis por los prodijios que hará á vuestra vista. El mundo muerto á la vida sobrenatural, á la vida de la inteligencia, á la vida de la virtud, á la vida de la caridad y de la libertad santa se levantará de la tumba de fango en que está sepultado. Las cadenas de la esclavitud quedarán rotas desde el uno al otro polo; el vicio cederá su puesto á las virtudes más p ras, y la luz esplendente de la verdad sucederá á la larga noche del error: hombres nuevos y un mundo nuevo saldrán de la nada: este prodigio será obra del Espíritu Santo. Cuando lo veais realizado, sabed que este Espíritu regener rador, objeto de vuestra espectacion, habrá ya venido: po esta señal le conocereis.

Consultemos ahora la historia y preguntémosle, qué dia se verificó esta creacion milagrosa. Todas las naciones civilizadas nombran el dia de Pentecostés. Dia eterno, que desde hace diez y ocho siglos se levanta sucesivamente en as diferentes partes del mundo, obrando siempre y en todas partes el mismo prodigio de Jerusalen. ¿Cuál es el instante en que los pueblos bárbaros vinieron ó vienen á la luz, á la virtud á la civilizacion?—Es aquel en que el Espíritu Santo, que se da por el Bautismo, se cierne sobre ellos y los vivifica, como en los primeros dias del mundo se cernia sobre las aguas del caos para fecundarlas.

¿Cómo obra el Espíritu Santo este cambio maravilloso? Isaías nos lo va á enseñar. "Y saldrá un tallo de la raíz de

Jessé, y de su raíz subirá una flor. Y sobre esta flor reposará el Espíritu del Señor; Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad. Y le llenará el Espíritu del temor del Señor.... La tierra será llena de la ciencia del Señor, como si la cubrieran las aguas del mar. (XI, 1–9)."

Tambien en esta profecía encontramos reunidas y obrando juntamente á las dos personas de la augusta Trinidad, que honraron al mundo con su visita. El Hijo se designa claramente en esa flor que sale del tallo nacido de la raíz de Jessé. ¡Observad la exactitud del lenguaje profético! El Mesías se compara á una flor en razon de su humildad, de la gracia de su persona y del perfume de sus virtudes. María es el tallo que lleva esa flor: tallo por su dulzura; tallo por su flexibilidad bajo la mano de Dios; tallo por su integridad, pues la flor nace del tallo sin lesion de este. Se dice que ese tallo sale, no del árbol ó del tronco, sino de la raíz. ¿Por qué? Porque en los dias del Mesías, la familia real de Jessé, privada del poder soberano y perpetuada solamente en humildes y pobres retoños, no era ya un árbol de magnífico ramaje, sino una simple raíz escondida en el seno de la tierra; pero raíz llena de savia que produce el tallo más perfecto y la flor más bella que jamás el árbol mismo haya producido (1).

Despues de haber retratado con rasgos tan graciosos y completamente incomunicables al Mesías, hijo de Dios é hijo de Jessé, vuelve á tomar su pincel para bosquejar la accion del Espíritu Santo. Este es quien dará toda su her-

1. Virga beata virgo Maria, flos Christus, radix familia Davidis jam ablato sceptro quasi emortua et succisa, ita ut sola ejus radix in plebe latere et vivere videatur: sed hæc ipsa reflorescente profert florem Christum tanquam regem regum. S. Hier., *in hunc loc.*

mosura á la divina flor, quien comunicará al retoño de David los dones necesarios para realizar las maravillas, cuya historia nos pone á continuacion la profecía. El Espíritu del Señor, dice el profeta, el Espíritu de los siete dones reposará sobre él. No hay Padre de la iglesia, no hay un intérprete de la Escritura, que en este Espíritu de los siete dones no reconozca á la tercera persona dé la Santísima Trinidad. ¿A qué otro espíritu, en efecto, podria convenir este carácter? ¿qué otro espíritu podria reposar sobre el Hijo de Dios? ¿qué otro espíritu podria ser llamado autor ó cooperador de las maravillas hechas por el Verbo encarnado? (1)

Descansará sobre él, dice el profeta. Esta palabra significa en su enerjía original, la fuerza, la plenitud, el lugar natural de reposo de la augusta persona. Eso quiere decir, que el Espíritu Santo permanece inalterablemente en Nuestro Señor, que lo llenará con la plenitud de sus dones, que está en El como en su santuario inviolable; en razon de la union hipostática de la naturaleza divina con la humana.

Ante el espectáculo que acaba de describir, arrebatado de admiracion Isaías canta las maravillas del mundo sometido á la accion combinada de la segunda y tercera personas de la adorable Trinidad. El reinado de la justicia sucediendo al reinado del capricho, de la crueldad y la fuerza; la derrota del demonio y de los tiranos sus ciegos sostenedores; el sepulcro del gran Libertador resplandeciente de gloria inmortal; el leon y el cordero, lo más feroz que hay y lo más manso, viviendo juntos en amigable paz, imágen cuya graciosa energía designa la union fraternal de Judíos y Gentiles, de Griegos y Bárbaros, de los más fieros potentados y los pobres más desvalidos, en el seno del Evangelio

1. S. Hier, *Ibid. in Is.*, 11.

Tales son las grandes maravillas que se ostentan ante los ojos del profeta.

Consultemos tambien aquí la historia y preguntémosle qué dia se realizó este cambio tan admirable. ¿Qué dia se *rompió el cetro* de hierro, que por espacio de dos mil años, pesaba sobre la cabeza del mundo pagano? ¿Qué dia comenzó la destruccion del reino de la idolatría? ¿Qué dia se abrazaron por vez primera como hermanos los Judíos y los Gentiles? ¿Qué dia comenzó, para no acabar jamás, la veneracion del Calvario y el culto de su sepulcro santo y glorioso? Toda la *tierra nombra con voz unánime* el dia por siempre memorable de Pentecostés. Si preguntais al Mesías mismo, que es el autor de todos esos portentos, á quien debemos rendir nuestro agradecimiento, os responde con humildad: "El Espíritu de Dios sobre mí; por lo que me ha ungido; para dar buenas nuevas á los pobres me ha enviado, para sanar á los contritos de corazon, para anunciar á los cautivos redencion y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados.... Hoy se ha cumplido esta escritura (1)."

Escuchemos á otro profeta. Ezequiel describe con igual precision que Isaías á la tercera persona de la Santísima Trinidad, su venida, sus caractéres y sus admirables operaciones. Tambien aquí el Verbo y el Espíritu Santo se dan la mano para trabajar en la regeneracion del mundo. "Santificaré, dice el Señor, mi grande nombre que está deshonrado entre las gentes.... para que sepan las gentes que yo soy el Señor.... Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificareis de todas vuestras inmundicias, y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Y os daré un corazon nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros. Y quitaré

1. *Luc.*, IV. 18-21.

de vuestro pecho el corazon de piedra, y os daré corazon de carne. Y pondré mi Espíritu en medio de vosotros: y haré que andeis en mis preceptos, y que guardeis y hagais mis juicios.... Y sereis mi pueblo y yo seré vuestro Dios (1)."

La primera cosa que llama la atencion del profeta es el gran nombre de Dios indignamente profanado entre todas las naciones. He ahí claramente el reinado de la idolatría, tal como la historia nos lo muestra á la venida del Redentor; reinado de supersticiones vergonzosas y crueles, en que el nombre de Dios dado á los cocodrilos, á las serpientes, á los gatos, á las legumbres y á las piedras, recibia los más sangrientos ultrajes. Luego, el profeta ve caer repentinamente del cielo un agua pura que lava la tierra y á sus habitantes de todas sus iniquidades, y que el nombre santo de Dios vuelve á ser objeto del respeto y de la adoracion universales. Vénse aquí los sacramentos, y sobre todo el bautismo, en que el judío y el pagano se han purificado de sus inmundicias, y han encontrado la blancura de la inocencia.

Despues de esta purificacion universal, ve Ezequiel el descendimiento del Espíritu del Señor; el cual anima á los hombres nuevos y les hace caminar con paso firme por los senderos de la virtud, de modo que el verdadero Dios será en adelante para ellos el Dios único, y ellos de adoradores que eran de los ídolos, se convertirán en el pueblo querido de Dios. ¿Se podria describir mejor el milagro de Pentecostés? ¿No es una verdad manifiesta, que desde aquel gran dia el linaje humano se despojó de su corazon de piedra y recibió un corazon nuevo; y que el gran ciego, cuya marcha habia sido por espacio de dos mil años un extravío contínuo, entró en el luminoso camino de la verdad y la civilizacion? (2)

1. *Ezech.*, XXXVI, 23-28.

2. *S. Aug.*, *De doct. christ.* lib. III, c. XXXIV, n. 28; et *Patres*, passim *apud Corn. á Lapid.*, *Ezech.* XXXVI, 25.

En otra parte el Altísimo revela á Ezequiel la accion regeneradora del Espíritu Santo bajo la figura más sorprendente. Para hacer ver al profeta, que este Espíritu de vida, que segun los vaticinios de David, debia sacar al mundo del sepulcro de sus errores y sus vicios, llevaria á cabo su mision milagrosa en toda su extension, he aquí lo que el Señor hace.

"Vino sobre mí la mano del Señor, dice Ezequiel, y me sacó fuera en espíritu del Señor, y me dejó en medio de un campo que estaba lleno de huesos. Y me llevó alrededor de ellos; y eran en más gran número sobre la haz del campo y secos en extremo. Y díjome: Hijo de hombre, ¿crees tú acaso, que vivirán estos huesos? Y dije: Señor Dios, tú lo sabes. Y díjome: Profetiza sobre estos huesos, y les dirás: Huesos secos, oid la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios á estos huesos: He aquí yo haré entrar en vosotros espíritu, y vivireis. Y pondré sobre vosotros nervios, y haré crecer carnes sobre vosotros, y extenderé piel sobre vosotros: y os daré espíritu y vivireis, y sabreis que yo soy el Señor.

"Y profeticé como me lo habia mandado: mas cuando yo profetizaba, hubo ruido, y he aquí una conmocion: y ayuntáronse huesos á huesos, cada uno á su coyuntura. Y miré, y vi que subieron nervios y carnes sobre ellos: y se extendió en ellos piel por encima, mas no tenian espíritu. Y díjome: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, dirás al espíritu: Esto dice el Señor Dios: de los cuatro vientos, ven, oh Espíritu, y sopla sobre estos muertos, y revivan.

"Y profeticé como me lo habia mandado: y entró en ellos espíritu y vivieron: y se levantaron sobre sus piés un ejército numeroso en extremo. Y me dijo: Hijo de hombre, todos estos huesos, la casa de Israel es: ellos dicen: Secáronse

nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza, y hemos sido cortados. Por tanto, profetiza, y les dirás: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mio, y os conduciré á la tierra de Israel. Y sabreis que yo soy el Señor,.... cuando pusiere mi Espíritu en vosotros, y viviéreis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabreis que yo el Señor hablé é hice, dice el Señor Dios (1)."

Energía, precision, trasparencia, ¿qué le falta á esta profecía sobre la resurreccion moral de la humanidad por el soplo del Espíritu Santo? Cuando la tercera persona de la augustísima Trinidad sopló sobre el mundo por la palabra de los apóstoles salidos del Cenáculo ¿no era toda la tierra un campo lleno de huesos? ¿Qué pueblo vivia entonces con la vida verdadera? Esos huesos, ¿no estaban desecados por el tiempo, y calcinados por el hálito abrasador del Espíritu homicida, espíritu de orgullo y sensualidad? ¿Qué otro espíritu esparció el movimiento y la vida en este vasto osario del linaje humano? Proponer estas cuestiones equivale á resolverlas.

Pasemos á otra profecía. En ella aparecen igualmente reunidas las dos personas adorables de la Trinidad, cuya venida habia de salvar al universo. Es Zacarías quien habla. Bajo la figura del restablecimiento de Israel en la patria de sus abuelos y de la construccion del segundo templo, anuncia la gran realidad del restablecimiento universal de todas las cosas y la fundacion de la Iglesia, templo inmortal del verdadero Dios. El Oriente magnífico se levanta sobre el mundo: se construye El mismo un templo del que es á la vez el pontífice y la piedra angular. Siete ojos brillan en esta piedra magníficamente cincelada. Ante sus esplen-

1. *Ezech.*, XXXVII, 1-14.

dores, la iniquidad desaparece de la tierra, y la paz reina por todas partes.

"Oye Jesus, sumo sacerdote, dice el profeta, tú y tus amigos que moran delante de tí, que son varones de portento: Mira que yo haré venir á mi siervo el Oriente. He aquí la piedra que puse delante de Jesus: sobre esta única piedra hay siete ojos: he aquí yo la labraré con cincel, dice el Señor de los ejércitos, y quitaré la maldad de aquella tierra en un dia. En aquel dia, dice el Señor de los ejércitos, llamará cada uno á su amigo debajo de su vid y debajo de su higuera. (III, 8)."

Toda la tradicion ha visto claramente designado al Mesías en este notable oráculo. Como Dios, es ciertamente el Oriente verdadero, el único principio de toda luz. Como hombre inferior á su Padre, es el verdadero servidor del Dios de los ejércitos. Evidentemente El y solo El es tambien la piedra fundamental de su Iglesia, figurada en el templo en cuya construccion se ocupaba entonces Jesús, el hijo de Josedech. Pues como la Iglesia es un tiempo vivo, la piedra que le sirve de base debe ser viva: como el edificio es obra de Dios, su cimiento debe ser el mismo Dios: los ojos que adornan esa piedra fundamental, lo indican con una figura elocuente. Es uso constante entre los diferentes pueblos representar á Dios por la figura de un ojo abierto, para dar á entender que pertenece á la esencia divina el verlo todo y estar en todas partes. En Egipto, el emblema de Osiris era un ojo con un cetro encima. En Grecia, la estátua de Júpiter tenia tres ojos, para significar la triple providencia sobre el cielo, la tierra y el mar (1) En el arte cristiano, el ojo es todavía el emblema de la divinidad.

1. *Macrob*. lib. I, cap. XXI; *Plutarch.*, *De Oside et Osiride*; *Pausan.*, *in Corinth*; *Pierius*, *hierogl.* XXXIII, 15.

Así, el ojo de la piedra misteriosa de que habla Zacarías, denota sin duda alguna, que esta piedra es el emblema de Nuestro Señor, el fundamento de la Iglesia. ¿Mas, por qué Dios se la muestra al profeta con siete ojos, y no con dos ó con uno? ¿Qué razon de preferencia tiene el número siete sobre los demás? Recordemos desde luego que siendo esta figura obra de la Sabiduría divina, no puede haber en ella nada de arbitrario: cuanto más extraña parezca, más fundamento tenemos para suponer un sentido profundo y altas enseñanzas. Para venir en conocimiento de esto, oigamos á los que Dios mismo encomendó la explicacion de sus oráculos, confiándoles el secreto de sus pensamientos.

"En esta piedra única, dice San Gregorio el Grande, hay siete ojos, y la piedra es Nuestro Señor. Decir que esta piedra tiene siete ojos, es decir que el Espíritu de los siete dones reposa en el Verbo encarnado. Entre los hombres, este posee el don de profecía; aquel, el don de ciencia; otro, el don de milagros; otro, el don de lenguas; otro, el don de interpretacion, segun la distribucion que el Espíritu Santo tiene á bien hacer de sus dones; pero ningun hombre los posee todos juntamente y en toda su plenitud. Mas nuestro divino Redentor ha hecho ver, que al revestirse de nuestra flaca naturaleza, poseia cual Dios todos los dones del Espíritu Santo. Por eso reune en su persona todos los ojos brillantes de que habla la profecía (1)."—Tal es tambien la interpretacion de los otros Padres y de los más célebres expositores.

Resta explicar el sentido de las últimas palabras del profeta: "Yo labraré por mí mismo esta piedra, y quitaré

1 Super lapidem unum septem oculi sunt Huic enim lapidi (Christo) septem oculos habere. est simul omnem virtutem Spiritus septiformis gratiæ in operatione retine & *Moral*, lib. XXIX, 16. Ita *S. Hier.*, *S. Remig. Rupert.*, *Emmanuel*, et alii.

la maldad de la tierra, y descansará cada uno debajo de su viña y de su higuera." ¿Quién será el autor de las magníficas grabaduras que *adornarán* la piedra viva, base eterna de la Iglesia? El mismo que habla por boca del profeta, el Espíritu Santo en persona. Aquel, que en la Encarnacion grabará con perfeccion inimitable el cuerpo y el alma del Redentor. Aquel, que con arte no menos maravilloso unirá personalmente al Verbo encarnado esa alma y ese cuerpo. Aquel, que adornará esa alma con tanta sabiduría, virtud, gracia y gloria, que la hará como un cielo divino resplandeciente con todo el brillo del sol, de la luna y las estrellas. Aquel Espíritu de amor que con la acerada punta de las espinas, los clavos y la lanza, formará en el cuerpo adorable de la augusta víctima las cinceladuras adorables, que los ángeles admiraron durante la pasion, y que encenderán por toda una eternidad el amor de los bienaventurados.

¿Cuál será el efecto de esas sangrientas cinceladuras? La abolicion de la iniquidad. La sangre del Redentor fluyendo á borbollones por las incisiones del divino grabado con que el Espíritu Santo adornará su carne inmaculada, purificará de sus crímenes al mundo. Dios aplacado derramará sus gracias sobre el linaje humano, y la paz del hombre con Dios será el principio de la paz del hombre con sus semejantes. ¿Es posible pintar con más vivos colores la accion simultánea del Hijo y del Espíritu Santo en la regeneracion del linaje humano? Los hechos realizados desde el Pentecostés cristiano, ¿dejan la menor duda sobre la influencia del Espíritu Santo en el mundo, ó la menor oscuridad sobre sus operaciones en el Verbo encarnado, ó la menor ambigüedad sobre las palabras del profeta? (1)

1. Hic lapis e terra et ex virtute et arte constat Dei significat autem in terra Virgine ortum, sed virtute Spiritus Sancti artificiose cælatum. *S. Iren.*, *De hæres.*, III, 28.

Fácil seria continuar este cuadro, que comenzó en el orígen de los tiempos y se va desarrollando con los siglos. Veríamos al Verbo, por quien todo ha sido hecho, y al Espíritu Santo, por quien todo ha sido rehecho, unidos constantemente en las predicciones de los profetas. Oiríamos á la misteriosa Judith celebrando su misteriosa victoria y anunciando en su misterioso canto, otro triunfo más glorioso sobre otro Holofernes más temible que aquel á quien acababa de cortarle la cabeza, nombrando, en fin, al futuro vencedor del gran Holofernes y exclamando: "Adonai Señor, grande eres Tú y muy esclarecido en tu poder, y á quien nadie puede vencer. Sírvate toda criatura tuya, porque dijiste y fueron hechas, enviaste tu Espíritu, y fueron criadas, y no hay quien resista á tu voz. Los montes con las aguas se moverán desde los cimientos: las piedras se derretirán como cera en tu presencia. Mas aquellos que te temen, grandes serán delante de Tí en todas las cosas (1)."

El género humano, que por tanto tiempo habia estado prosternado á los piés de Satanás, ¿cuándo comenzó á arrodillarse ante el verdadero Dios? ¿Qué espíritu quebrantó los imperios paganos, redujo á polvo los muros y los templos del Capitolio y colocó la cruz victoriosa en la frente de los Césares? ¿A qué época se remonta la generacion de los verdaderos hombres grandes, los apóstoles, los mártires, los santos que se santificaron en el trono ó en el yermo, nobles vencedores todos ellos de sí mismos y del mundo? A estas preguntas todas las voces responden bendiciendo al Espíritu Santo y al Cenáculo.

El profeta que canta las maravillas de la Sabiduría increada, no deja de unirle el Espíritu Santo. El hombre inspirado ve en su éxtasis toda la tierra cubierta de tinieblas.

1. *Judith.*, XVI, v. 16-19.

Los hombres vacilantes andan á tatas en pleno mediodia, toman lo falso por lo verdadero, el mal por bien, ignorantes de Dios y de sí mismos. Ante este espectáculo: "Señor, exclama el Sábio: ¿Y quién sabrá tu consejo, si Tú no le dieres sabiduría, y desde lo más alto enviares tu Santo Espíritu? Y así sean enderezados los senderos de los que están en la tierra, y aprendan los hombres las cosas que á Tí te placen (IX, 17).

Espíritu de luz, que disipará la noche del mundo moral, larga noche de dos mil años, noche profunda que hacian palpable los resplandores vacilantes de la razon, en vez de disipar su oscuridad. Espíritu de fortaleza, que llenando al hombre de un valor desconocido, lo apartará del camino del vicio y lo hará andar con paso firme por los difíciles senderos de la virtud. Tal es el doble carácter con que fué anunciado el Espíritu necesario para la salvacion del mundo. ¿Habrá necesidad de decir, que estos dos caractéres le convienen al Espíritu Santo, y que no convienen más que á El? ¿No están escritas al frente de todas las obras regeneradoras, que comenzadas en el dia de Pentecostés continúan ante nuestros ojos para no concluir más que en el umbral de la eternidad?

En resúmen, el Hijo y el Espíritu Santo van siempre juntos en las predicciones de los profetas. No siendo el uno menos necesario que el otro para la regeneracion del mundo, ha querido Dios que fueran igualmente anunciados. Estas dos figuras dominan toda la historia, iluminan todos los acontecimientos, motivan todos los suspiros, y sostienen todas las esperanzas del mundo antiguo como deben excitar eternamente la gratitud del nuevo.

Al modo que estudiando todas las circunstancias del nacimiento, de la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo,

su carácter, su doctrina y sus milagros, es imposible no reconocer en El al Mesias anunciado por los profetas, así considerando las obras maravillosas y las operaciones íntimas del Espíritu del Cenáculo, es imposible tambien no adorar en El á la tercera persona de la Santísima Trinidad, tan claramente anunciada á los oráculos proféticos. El paralelismo constante, cuyos rasgos principales acabamos de reseñar, va á continuar en la preparacion del Espíritu Santo.

CAPITULO X.

PREPARACION DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Todos los acontecimientos del mundo antiguo preparan al Espíritu Santo.—Preparacion particular.—Preludios con que el Espíritu Santo se anuncia á Sí mismo.—Su accion sobre el mundo material.—Sobre el mundo angélico.—Sobre el mundo moral.—Número siete.—Crea los Patriarcas y los grandes hombres de la antigua ley.—Crea al Pueblo judío, lo dirige y lo conserva.—Inspira á los profetas.—Por qué Él y no el Hijo ó el Padre.

Dios no se contentaba con prometer al Deseado de las naciones, ni con dibujarlo con la gran variedad de figuras elocuentes, ni siquiera con dar todas las señas del mismo en esa larga série de profecías, que atrajeron constantemente hácia el Oriente todas las miradas del mundo antiguo. Su admirable providencia ordenaba todos los hechos sociales al establecimiento del reinado inmortal de su Hijo. Tan evidente es esta preparacion evangélica, que la verdadera filosofía resume toda la historia anterior al Mesías en estas dos palabras: Todo para el niño de Bethlehem.

Pues bien, todo lo que se hizo para la segunda persona de la Santísima Trinidad, se hizo con no ménos esplendor para la tercera: ni podia ser de otro modo. La obra de la regeneracion del mundo, aunque diferente en los medios, es comun á las dos personas enviadas: todo lo que sirve de preparacion para el Hijo, lo es del mismo modo para el Espíritu Santo.

Si era menester, que el pueblo hebreo fuese escogido entre todos los pueblos para conservar el depósito de la verda-

dera religion; si era menester, que alrededor de él y contra él se levantasen las cuatro grandes monarquías de los Asirios, Persas, Griegos y Romanos; si era menester, que estas monarquías encerrasen en su vasto seno el Oiente y el Occidente, y fuesen á su vez absorbidas por el imperio romano; si era menester, que este imperio diese la última mano, sin saberlo, al cumplimiento de las profecías mesiánicas, y esto, elevando la Ciudad del mal al más alto grado de poder; si se necesitaba todo esto para la realizacion de los designios divinos sobre el Verbo encarnado; con la misma seguridad debe afirmarse que todas esas cosas eran necesarias, y por el mismo título, para el cumplimiento de los consejos providenciales acerca del Espíritu Santo.

Su mision supone la del Verbo, de la cual aquella es coronacion. El Espíritu santificador no debia venir sino despues de la Encarnacion del Verbo, despues de su predicacion, pasion, resurreccion y vuelta al cielo; acontecimientos inmensos, para los cuales Dios removia el cielo y la tierra, durante cuatro mil años. *El Espíritu*, dice San Juan, *no habia sido dado, porque Jesus no habia sido todavía glorifificado* (1)! "La gloria de Jesus, añade San Crisóstomo, era la Cruz. Nosotros éramos pecadores, enemigos de Dios y privados de su gracia. La gracia es gaje de la reconciliacion; más los gajes no se dan á los enemigos sino á los amigos. Era, pues, necesario que el Verbo ofreciera por nosotros su sacrificio, y que inmolando su carne destruyera la iniquidad, para hacernos amigos de Dios y capaces de recibir el don divino, el Espíritu Santo (2).» De donde resulta claramente, que toda la preparacion del Deseado de las

1. Joan., 7, 39.
2. Oportebat prius pro nobis offerri s crificium et inimicitiam in carne solvi, nosque Dei amicos effici, et tunc donum accipere, *In Joan. homil.* IV, n. 2.

naciones, se refiere al Santificador de las naciones, y que por El, como por el Hijo, se realizan todos los grandes acontecimientos del antiguo mundo.

Fuera de esta preparacion general, hay otra especial del Espíritu Santo: consiste en los actos particulares, mediante los que la tercera persona de la augustísima Trinidad se dispone desde el orígen del mundo para el acto soberano del dia de Pentecostés. El obrero magnífico y divino, que debe regenerar el mundo, iluminarlo, guiarlo y santificarlo, anuncia por medio de ensayos cien veces renovados la grande obra que medita. Así prepara las inteligencias y voluntades para que le amen y le adoren con semejante ó igual amor y adoracion con que El honra al Padre y al Hijo.

Nada hay más interesante que esta preparacion que hace para Sí mismo el Espíritu Santo. En razon de las operaciones maravillosas en que consiste, es eminentemente propia para sacarle del olvido en que nosotros le tenemos. Gracias á ella, vemos al Espíritu Santo, no inactivo en el seno de la eternidad; sino obrando perpétuamente sobre el mundo, y preludiando con obras particulares, más ó ménos ruidosas, otras creaciones más generales y magníficas.

Para comprender esta preparacion, hay que tener presente que la gran obra del Espíritu Santo era la regeneracion del universo por medio de la Iglesia: hay que tener presente además que, lo mismo en el órden de la gracia que en el de la naturaleza, Dios no procede bruscamente y por saltos. Por el contrario, todas sus obras se hacen con suavidad y se desarrollan progresando insensiblemente. Pues bien, la Iglesia, como dice Santo Tomás, es un estado medio entre la sinagoga y el cielo: la sociedad cristiana es mucho más perfecta que la mosáica, y mucho ménos que la eterna

sociedad de los elegidos. En la Sinagoga, velos sin verdad; en el Evangelio, la verdad con velos; en el cielo, la verdad sin velos (1)

De este modo, el mundo antiguo es la preparacion del nuevo. Entiéndase por mundo antiguo sus hombres, sus leyes, sus acontecimientos, su culto, sus profetas; todo lo cual es al mundo nuevo lo que el bosquejo al retrato y lo que el niño al hombre. El divino pintor que debia hacer el retrato, se ocupa por espacio de cuarenta siglos en bosquejarlo: entremos en su taller y véamosle trabajar.

El cuadro del retrato es el mundo material. ¿Quién labra ese cuadro? ¿Quién le saca primoroso brillo? El Espíritu Santo.

Al salir latierra de las manos del Padre y del Hij , no era sino una masa informe, penetrada de agua y cubierta de tinieblas. Pero por la accion maravillosa del Espíritu Santo, los elementos confundidos se separan, las tinieblas se disipan y del seno del caos surgen como por ensalmo millones de criaturas, todas bellas y primorosas (2).

Todas esas criaturas deben el movimiento y la vida al principio eterno de sus perfecciones. "El Espíritu Santo, dice un Padre, es el alma de todo lo que vive. Da de su plenitud con tal liberalidad, que todas las criaturas racionales é irracionales le deben, cada una en su especie, ya su propio sér, ya el poder hacer dentro de su esfera particular lo que conviene á su naturaleza. Seguramente, no es alma sustancial de las cosas y subsistente en ellas; sino que

1. Status novæ legis medius est inter statum veteris legis, cujus figurae implentur in nova lege, et inter statum gloriae in qua omnis nude et perfecte manifestabitur veritas. 3 p, q. 61. art. 4, ad 1.

2. Superferebatur huic materiae... excellentia et eminentia dominantis super omnia voluntatis, ut omnia conderentur. *S. Aug.*, *De divers. quæst.* lib. II, n. 5.

como distribuidor magnífico de sus dones los comunica y reparte segun las necesidades de cada criatura. Semejante al sol, á todo da calor, y sin disminucion alguna de sí mismo presta y distribuye á cada uno de los séres lo que le es necesario y suficiente (1)."

San Basilio añade: "No encontrareis ningun don en las criaturas, sea del género que fuere, que provenga del Espíritu Santo (2)."

El firmamento, que es la parte más bella de la creacion material, le debe toda su magnificencia. Cuando el ojo contempla el innumerable ejército de los cielos, el brillo deslumbrador de esos batallones, el órden de su marcha, la incomprensible rapidez y precision de sus movimientos, no se olvide el corazon de dirigir un himno de reconocimiento á la tercera persona de la adorable Trinidad. Todos esos primores, todas esas grandezas le gritan: *Ipse fecit nos*, El es quien nos hizo (3).

No es menor la gratitud del mundo angélico. Los explendores inefables con que brillan las gerarquías celestiales, astros vivos del empíreo, al Espíritu Santo se los deben. "Si con el pensamiento, dice San Basilio, suprimis al Espíritu Santo, todo es un caos en el cielo. Se acabaron los coros angélicos, se acabaron las gerarquías. se acabó la ley y el órden y la armonía. ¿Cómo cantarán los ángeles: *Gloria á Dios en las alturas*, sino reciben del Espíritu Santo

1. Hic Spiritus Sanctus omnium viventium anima.... omnia nutrit et absque ulla sui diminutione integritatem suam de inexhausta abundantia, quod *satis est et sufficit*, omnibus commodat et impartit. *S. Cyp*, sive quivis alius. *Serm. in die Pentecost.*

2. Neque enim est ullum omnino donum absque Spiritu Sancto ad creaturam perveniens. *Lib. de Spir. Sanct.*, XXIV, n. 55.

3. Verbo domini cœli firmati sunt, et Spiritu oris ejus omnis virtus eorum. Ps. XXXII, 6.—Spiritus ejus ornavit cœlos. *Job.* 36, 13.

el poder hacerlo? ¿Puede alguna criatura decir; *Señor Jesus*, si no es por el Espíritu Santo? Y cuando las criaturas hablan por el Espíritu Santo, nadie dice anatema á Jesus. Si los ángeles rebeldes pronunciaron ese anatema, su caida es la prueba de que para perseverar en el bien, las inteligencias celestiales tenian necesidad del Espíritu Santo.

"A mi ver, Gabriel no pudo anunciar lo futuro sino con la presencia del Espíritu Santo. La prueba está en que la profecía es uno de los dones del Espíritu divino. Por lo que toca á los Tronos y las Dominaciones, los Principados y las Potestades ¿cómo habrian de gozar de la bienaventuranza si no vieran constantemente la cara del Padre que está en los cielos? Pues la vision beatífica no tiene lugar sin el Espíritu Santo. Si por la noche quitais la luz de una casa, todos los ojos se quedan ciegos: órganos y facultades, todo parece inerte. No se distingue ni la hermosura, ni el valor de los objetos; el oro se pisa ignorantemente como si fuera hierro. Del mismo modo en el órden espiritual es tambien imposible que la vida bienaventurada del mundo angélico subsista sin el Espíritu Santo, como es imposible que un ejército guarde el órden sin un general que le mantenga, y que una orquesta conserve la armonía sin un director que regule los acordes.

"Y los serafines: ¿cómo odrian decir: *Santo, santo, santo*, si el Espíritu no les enseñase cuándo debe cantarse el himno de gloria? Sí, pues, los ángeles alaban á Dios y sus maravillas, lo hacen con ayuda del Espíritu Santo; si millares y millares de ellos, que asisten de pié en presencia de El, ejecutan sus órdenes soberanas, no llenan dignamente sus funciones sino por la virtud del Espíritu Santo. En una palabra, por la sublime é inefable armonía de los ángeles en el culto de Dios, ni el acuerdo maravilloso que rei-

na entre estas inteligencias celestiales, podrian existir sin el Espíritu Santo (1).»

¿Queda probada con bastante claridad la accion del Espíritu Santo sobre los ángeles? Gracia, perseverancia en el bien, conocimiento de lo futuro, bienaventuranza, armonía, hermosura; todo lo debe el mundo angélico á la tercera persona de la Santísima Trinidad.

Pasemos más adelante. Para enseñar á todas las generaciones, que es autor de *todas las bellezas del cielo* y de la tierra, el Espíritu de los siete dones se graba á sí mismo en todas sus obras: todo lo hace con el número siete. Como testigos de su accion y predicadores de su futura venida, lucen en el firmamento siete planetas principales. En el mundo inferior, el tiempo se divide en siete dias. Desde Adan hasta Noe, siete grandes patriarcas marcan la ruta de los siglos. (2). El espacio entre la inmolacion del cordero pascual y la promulgacion de la ley se compone de siete veces siete dias, con el aumento de la unidad misteriosa que une el tiempo con la eternidad (3).

A las semanas de dias suceden las semanas de años terminadas con el año del jubileo, año de perdon, de libertad, de restauracion y de reposo: nueva figura de jubileo eterno, maravillosa creacion del Espíritu Santo. Con siete dias de oracion se consagran los sacerdotes, con siete dias de puri-

1. Si subduxeris ratione Spiritum pereunt angelorum chorae, sublatae sint quoque archangelorum praefecturae, atque confusa fuerint omnia: vita Ipsorum nulli legi, nulli ordini, nulli regulae subjaceat.. *S. Basil*, *lib. de Spir. Sanct.*, c. XVI.—*S. Greg. Nazianz. homil.*, *in Pentecost.*

2. II *Petr.* II, 5

3. Septenarius quippe numerus septies revolutus, quinquagesimum efficit, addito, nonade, qui præsentis sæculi meta et futuri initium, perpetuitatem sub octavae nomine continens, sic presentia terminat, ut nos ad perpetua introducat. *S. Cyp.*, *Serm. de Spirit Sanct.*

ficacion vuelven los leprosos á la vida civil. Siete trompetas tocadas por siete sacerdotes, hacen caer las murallas de Jericó. En la Páscua, se come pan ácimo por espacio de siete dias. En el mes sétimo se celebra la fieste de los Tabernáculos, que dura siete dias. Siete años se emplean en la construccion del templo de Salomon, y en su dedicacion siete dias. Siete brazos y siete luces adornan el candelabro del santuario. Siete multiplicado por diez hace el número de los sacerdotes asociados al ministerio de Moisés y de los años que el pueblo estará cautivo en Babilonia (1).

Estas repeticiones tan frecuentes del número siete en el Antiguo Testamento no son arbitrarias. Como obras de la sabiduría infinita figuraban las maravillas setenarias que en el Nuevo Testamento babia de realizar el divino Autor de unas y otras (2). Cuando el Espíritu Santo se graba, por medio del número siete, en todas las criaturas y en todos los sucesos figurativos, grababa tambien con la suya la imágen de las otras dos personas de la adorable Trinidad y de este modo preparaba el linaje humano á contemplarlas en su dia en todo el explendor de sus manifestaciones divinas.

"El número siete, continúa San Cipriano, se compone de cuatro y tres: si es digno de respeto por su significados misteriosos, lo es mucho más por las partes que lo componen. Con el número tres y el cuatro se expresan los elementos primitivos de todas las cosas, el obrero y la obra, el criador y la criatura. El tres designa á la Trinidad creadora, el cuatro á la universidad de los séres, que en sustancia se

1. Septuagesimo anno, populus ex captivitate reducitur, ut quam vim in unitatibus habet hic numerus, eamdem quoque in decadibus habeat, ac perfectiori numero septenarii mysterium honoretur. *S. Greg. Nazianz.*, *Orat. in Pentecost.*

2. Sacratus hic septenarius numerus á conditione muddi auctoritatem obtinuit. *S. Cyp*,, vel quivis alius, *Serm de Spirit Santc.*

comprenden en los cuatro elementos. En la persona del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo y *era llevado sobre las aguas*, se ve en los primeros dias del mundo al tres reposando sobre el cuatro; esto es, la Trinidad sobre los cuatro elementos confundidos en la masa informe del caos; despues el Criador abraza á su criatura; hermoso, la hace hermosa; santo, la santifica y se une á ella con el lazo de su amor indisoluble."

Cria á los patriarcas. Despues de haber criado y embellecido los cielos y la tierra, mansion de su Ciudad inmortal, despues de haber igualmente criado y adornado con bellezas incomparables á los príncipes encargados de regirla, el Espíritu Santo crea, embellece, eleva y protege á los ciudadanos que deben morar en ella. Los patriarcas, los acontecimientos, las instituciones; los profetas, los grandes hombres de la ley mosáica, son otros tantos ensayos con que el Rey de la Ciudad del bien prepara otras obras más completas en el pueblo católico. Los hijos de Adan, pecador, y pecadores ellos tambien, son la materia que elabora. Como el fuego se apodera del oro y lo purifica, así El los toma, los ennoblece, y derramando sobre ellos algunos de sus dones, les da hechura de patriarcas.

Lo que entre los hombres ordinarios es el jigante por la altura de su talla y su fuerza muscular, eso es por sus virtudes el patriarca entre los hombres del mundo antiguo. Buscad entre los Egipcios, Asirios, Persas, Griegos y Romanos, algunos hombres que se puedan comparar á Henoc en la fidelidad al verdadero Dios; á Noé en la justicia, á Abraham en la fé, á José en la castidad y el perdon de las injurias, á Moisés en la mansedumbre y perseverancia, á Josué en el valor, á Job en la paciencia, á David en las cualidades régias, á Salomon en la ciencia y sabiduría, á Judas

Macabeo en las virtudes guerreras, á cualquiera de esos justos de serena mirada, de virtudes austeras y modestas, de sencillas costumbres, bondadosa índole y claro entendimiento, cuyas imágenes se representan en la imaginacion como esos cuadros de gran perspectiva que extienden sus proporciones á medida que se les mira de más lejos. ¿Quién es el autor de esos milagros vivos, los más bellos, sin disputa, que el mundo antiguo haya contemplado? Es el Espíritu de los siete dones (1).

Cria al pueblo judío, lo dirige, y lo conserva. El Espíritu Santo hace salir de los patriarcas un pueblo excepcional como sus padres y figura de todos los pueblos. En vano el ingrato y suspicaz Egipto quiere retenerlo en sus cadenas. El Espíritu omnipotente lo saca de su esclavitud misteriosa. Tan brillantes son los portentos con que castiga aquella tierra obtinada, que los magos de Faraon se confiesan vencidos y se ven precisados á reconocer no al Padre ó al Hijo, sino al Espíritu Santo (2).

Las cadenas de la esclavitud han caido hechas pedazos. Israel está en marcha de vuelta á su patria; pero el mar le cierra el pasa con sus abismos. A la voz del Espíritu Santo, el temible elemento se conmueve, amontonándose sus aguas como dos ásperas montañas, dejan un paso, y seiscientos mil combatientes descienden á las profundidades desconocidas y las atraviesan á pié enjuto (3).

1 Hic sapientia Salomonem, intellectu Danielem, Joseph consilio, Samsonem fortitudine, Moysem scientia, David pietate, Job timore prosequitur, et santorum animas omnimodis foecundat virtutibui, etc. *Serm.*, *ubi supra.*

2. Hic est Spiritus Sauctus quem Magi in Ægypto tertii signi ostensione convicti, cum sua defecisse præstigia faterentur, Dei digitum appelarunt. *Ibid.*

3. Hic Spiritus Rubri maris aquas ciccavit, et suspensis hinc inde vehementissimes fluctibus.... populum ad spiritalem eremi libertatem eduxit incolumem. *Serm*, *ubi supra*

Al otro lado los espera tambien el Espíritu Santo á la enrada del desierto. El será su preceptor y su guía en aquellas inmensas soledades: magnífico preludio de la direccion futura del pueblo católico, al través del desierto de la vida (1).

Otro preludio no menos elocuente. El es quien en la cumbre del Sinaí grabará la ley mosáica en dos tablas de piedra, como despues ha de grabar la ley evangélica en el corazon de los cristianos; constituyendo así en estado social al pueblo antiguo y al nuevo (2).

Jehová, que viaja con Israel, quiere un santuario, donde dará oráculos y recibirá las adoraciones de los hijos de Jacob. ¿Quién se encargará de fabricar para el Dios del cielo una habitacion sobre la tierra? Un obrero del Espíritu Santo.

"Y habló el Señor á Moisés diciendo: He llamado á Beseleel, hijo de Uri; y lo he llenado del Espíritu de Dios, de sabiduría, y de inteligencia y de ciencia para toda maniobra, para inventar todo lo que se puede hacer con arte del oro y plata y cobre, de mármal y piedras preciosas y diversidad de maderas. Y le he dado por compañero á Ooliab.. para que hagan todo lo que te he mandado, el tabernáculo de la *alianza* y el *arca del testimonio*, y el *propiciatorio* que está sobre ella, y todas las bases del tabernáculo (3)." En esta obra primorosa de todas las artes reunidas, no hay una parte que no sea una figura, un bosquejo de la Iglesia cató-

1 Non dimisisti eos in deserto.... Spiritum tuum bonum dedisti qui doceret eos. II *Esdr*, IX 19, 20.

2. *Exod.*, XXXI, 18– Legimus digito Dei scriptam legem, et datam per Moysem sanctum servum ejus; quem dijitum Dei multi intelligunt Spiritum Sanctum. *S. Aug Enarrat.*, in ps. VIII. núm. 7.

3. *Exod.*, XXXI, 1 et seqq.

lica, tabernáculo inmortal que el Espíritu Santo habia de construir á la augustísima Trinidad.

¿Se necesita un caudillo animoso y hábil, que introduzca la nacion santa en la tiérra de promision? El Espíritu Santo forma á Josué, hijo de Num (1). ¿Hacen falta tambien magistrados supremos, que con una mano dicten juicios llenos de equidad y con la otra rechacen con su espada misteriosa á los reyes de Siria, á los Medianitas, á los hijos de Ammon, los Filisteos y otros enemigos de Israel? El Espíritu Santo suscita sucesivamente á Othoniel, Gedeon, Gepté, Sanson, Samuel y esa larga série de sábios y guerreros, á quienes los demás pueblos no tienen quién comparar (2).

¿Tiene necesidad el pueblo figurativo, en las diferentes épocas de su existencia, de un prodigio de fortaleza, de sabiduría, de ciencia, de piedad? El Espíritu de los siete dones lo hace aparecer sin tardanza: debajo de su mano ningun elemento se resiste. "Toma un Pastor, dice un Padre, y hace de él un tañedor de arpa, que sabe subyugar á los espíritus malos.

Ve á un cabrero cogiendo moras y lo convierte en profeta. Acordaos si no de David y de Amós. Observa un jóven apuesto y lo constituye juez de los ancianos: testigo Daniel (3).

Enemigo de avaros y falsarios, castiga á Giezi con incurable lepra. Impone silencio á Balaan pagado para maldecir; hace que sea reprendido por su asna y que esta le ma-

1. *Num.*, XXVII, 18.

2. *Judic.*, III, 10; *id.*, VI, 34; *id.*, XI, 29-32; *id.*, XIII, 25, &.

3. Hic Spiritus utpote sapientissimus.... si pastorem nactus fuerit, citharœdum facit perversos Spiritus excantantem.. Si capriarum moros vellicantem, prophetam efficit. Davidem et Amos cogita. Si adolescentem elegantem acceperit, presbyterorum judicem constituit.... Testis est Daniel. *S. Greg. Naz.*; *Orat. in Pentecost.*

gulle la pierna, obligándole á volverse á su país; lleno de confusion, cojo, y con las manos vacías. El es quien mantiene el órden que se admira en la nacion santa, el que crea los reyes y los príncipes, consagra los pontífices y elige los sacerdotes (1)."

Del mismo modo que es el alma de la Iglesia, era el Espíritu Santo el alma de la Sinagoga. Durante los siglos de preparacion, se le ve disponiendo sin cesar, mediante una gran variedad de figuras, las realidades que habia de operar en la plenitud de los tiempos: *Haec omnia operator unus atque idem Spiritus.*

Pero la accion del Espíritu Santo sobre el mundo antiguo, no se manifiesta en ninguna parte con más claridad y perseverancia que en la inspiracion de los profetas. Estos hombres de Dios, que durante veinte siglos se sucedieron sin interrupcion, tuvieron el encargo de reprender las prevaricaciones de Israel y á la vez de anunciar al linaje humano las futuras maravillas de la misericordia infinita. ¿Quién les infundia la fortaleza necesaria para hablar con tanta valentía á los reyes y á los pueblos? ¿Quién ponia en sus lábios aquellas reprimendas, amenazas y promesas? ¿Quién abria ante sus ojos los horizontes de lo futuro y les mostraba en las más remotas edades los grandes acontecimientos, consoladores unas veces y terribles otras, de los cuales los hechos mosáicos no son más que preludios rudimentarios? Á estas preguntas todos los profetas responden por boca de David: "El Espíritu del Señor habló por mí y su palabra por mi lengua (2)."

San Pedro declara en nombre de todos los apóstoles, que

1. Hic sacrorum ordinum distributor, reges creat, et principes, sacrat pontifices, eligit sacerdotes. *S. Cyp. ubi supra*

2. Spiritus Domini locutus est per me, et sermo ejus per linguam meam. II *Reg.*, XXIII, 2.

nunca la profecía procedió de la voluntad humana, "sino que los hombres santos de Dios hablaron por inspiracion del Espíritu Santo (1)." Todos los Padres griegos y latinos añaden por el órgano de San Crisóstomo y San Jerónimo: "Es un hecho de todos admitido que el Espíritu Santo fué dado á los profetas.... No piense nadie, que á los santos anteriores á la venida del Mesías se dió un Espiritu Santo, y otro á los apóstoles y discípulos del Señor (2)." En fin, desde un extremo á otro del mundo canta la Iglesia en su profesion de fe al Espíritu Santo que habló por los profetas, *qui locutus est per prophetas.*

¿Por qué la inspiracion de los profetas se atribuye al Espíritu Santo y no al Padre, que es el principio de la luz, *Pater luminum*, ó al Hijo, que es la sabiduría eternal, *sapientia Dei?* Este es el lugar de resolver una cuestion que se presenta naturalmente al entendimiento. Recordemos ante todo con San Leon, que la majestad del Espíritu Santo no se separa jamás de la omnipotencia del Padre y del Hijo, y que todo lo que la divina sabiduría hace, tocante al gobierno del universo, es obra de toda la Santísima Trinidad.

"Si el Padre ó el Hijo ó el Espíritu Santo, añade el gran doctor, hace alguna cosa que le sea propia, se debe atribuir á la necesidad de nuestra salud. La Santísima Trinidad se ha repartido la obra de nuestra redencion. El Padre ha debido ser aplacado, al Hijo le ha tocado aplacar y al Es-

1. Non enim voluntate humana allata est aliquando prophetia: sed Spiritu Sancto inspiranti locuti sunt sancti Dei homines. II *Petr.*, I, 21.

2. Prophetis autem in confesso est apud omnes, Spiritum Sanctum fuisse datum. *S. Chrys.*, *homil.* LI, *in Joan.*, n. 2 —Nemo autem suspicetur alium Spiritum Sanctum fuisse in sanctis viris ante adventum Domini; et alium in Apostolis cæterisque discipulis. *In interpret. Didym.*, *De Spir. sanct.*, p. 495.

píritu Santo santificar. Además, dándonos la Escritura ciertos hechos ó ciertas palabras en el nombre del Padre ó del Hijo ó del Espíritu Santo, quiere preservar de error la fe de los cristianos. En efecto, siendo inseparable la Trinidad, jamás entenderiamos nosotros lo que es, si se hubiera nombrado siempre sin distincion de personas (1)."

Esto supuesto, he aquí la razon fundamental de que la inspiracion profética se atribuya al Espíritu Santo. ¿Cuál es el objeto de todas las profecías del Antiguo Testamento? Anunciar el Nuevo. ¿Qué es el Nuevo Testamento? La Encarnacion del Verbo y la formacion de la Iglesia. ¿Qué son la Encarnacion del Verbo y la formacion de la Iglesia? La obra por antonomasia del Amor divino. Pues el Espíritu Santo es el Amor divino en persona. Luego con razon se le atribuye la Encarnacion del Verbo y la formacion de la Iglesia (2).

Las profecías son el anuncio y la preparacion de ambas cosas. ¿Qué cosa más racional que atribuírselas al Espíritu Santo? ¿Sería siquiera posible, concebir que estando encargado del fin, no lo estuviera de los medios? Así, las palabras y las acciones inspiradas de los profetas, son obra del Espíritu Santo; y, como lo hemos notado, forman en el antiguo mundo el doble preludio de las maravillas análo-

1. ...' Quidquid in dispositione rerum omnium agit divina moderatio, et totius venit providentia Trinitatis... Divisit sibi opus nostræ reparationis misericordia Trinitatis ut Pater propitiaretur, Filius propitiaret, Spititus Sanctus igneret. *Serm.* III *de Pentecost.*—Ob hoc enim quædam sive sub Patris, sive sub Fillii sive sub Spiritus Sancti appellatione promuntur et confessio credentium in Trinitate non erret. Quæ cum sit inseparabilis, nunquam intelligeretur esse Trinitas, si semper inseparabiliter diceretur *Id.*, *Serm.* II *in ibid.*

2. Conceptus de Spiritu Sancto. Credo in Spiritum Sanctum, sanctam Ecclesiam. *S. Th.*, III, p., q. 31, art. 1, 6, et ad 1.

gas, pero mucho más grandes, que debia realizar en la plenitud de los tiempos.

Oigamos á los intérpretes y doctores: "El Espíritu Santo, dicen, prepara la formacion del Verbo Encarnado durante largos siglos; cada profeta, cada accion profética, es uno de sus lineamientos, un bosquejo. ¿Qién sino el Verbo Encarnado lleva en Isaac la leña para su sacrificio? ¿Quién sino él es ofecido en holocausto en aquel carnero enredado entre los espinos? ¿Quién sino él lucha con el ángel en Jacob, y bendice á su posteridad que permanezca fiel? El es Josué introduciendo al pueblo en la tierra prometida; Sanson que mata al leon y va á escoger una esposa extrangera, figura de la Iglesia de los Gentiles.

"¿Quién es Jahel, mujer llena de confianza, que mata á Sisara, general de los ejércitos de Jabin, hundiéndole en la sien el clavo de su tienda? Es la Iglesia, que, armada de la cruz, aplasta al demonio y arruina su imperio. ¿Qué es el vellocino cubierto de rocío sobre la tierra seca? Es el Mesías; oculto primitivamente en el misterio de la ley judáica, miéntras el resto del mundo permanece como una tierra sin agua. ¿Qué es aquel mismo vellocino seco sobre la tierra humedecida? El mundo que posee el rocío divino, en tanto que el pueblo judío se ha hecho indigno de él. ¿Qué significa Elías multiplicando la harina y el aceite de la pobre viuda, ó Eliseo resucitando un muerto? A Cristo futuro. De esta manera, el Antiguo Testamento es la semilla, el Nuevo la mies; y tanto uno como otro la obra del Espíritu Santo (1).

Si á este bosquejo añadimos miles de rasgos fáciles de

1. *Corn. á Lap.*, *Praem.* ie Proph.—*S. Aug.*, lib. XII, *contra Faust*, c. XXVI, XXXI, XXXII, XXXV.—Satores fuerunt Prophetæ, messores Apostoli *S. Crys*, *homil.* XXXVI, *in Joan.*, 4.

recoger, tendremos el cuadro de la accion del Espíritu Santo sobre el mundo angélico, sobre el mundo físico y sobre el mundo moral, durante todo el tiempo de la antigua alianza. El Espíritu Santo, léjos de estar inactivo en el seno de la eternidad, aparecerá á nuestros ojos como el principio que está obrando siempre en la creacion, y como el preparador incansable del Alfa y Oméga de las obras divinas: Jesucristo y la Iglesia. Tiempo es ya de ocuparnos en estas dos maravillas constitutivas de la Ciudad del bien.

CAPITULO XI.

EL ESPIRITU SANTO EN EL NUEVO TESTAMENTO; PRIMERA CREACION

SUMARIO.—Accion del Espíritu Santo continuada en el Nuevo Testamento.—Pasajes de San Basilio y San Leon—Cuatro grandes creaciones del Espíritu Santo, la Santísima Vírgen, el Verbo Encarnado, la Iglesia, el Cristiano.—María resumiendo en sí todas las glorias de las mujeres del Antiguo Testamento y todas las perfecciones de los santos.—María, océano de gracias: doctrina de Santo Tomás.—Belleza corporal de la Vírgen Santísima.—María formada por el Espíritu Santo y por qué. —Historia de esta formacion.—Concurso de las tres personas de la Santísima Trinidad—Bello comentario del P. Argentan.

Relacionando la accion incesante y universal del Espíritu Santo en el mundo antiguo con su accion igualmente incesante y universal en el mundo nuevo, dos grandes doctores, uno del Oriente y otro del Occidente, se expresan con una precision que lleva al alma, ávida de verdad, la luz y la alegría. "Todas las criaturas del cielo y de la tierra, dice San Basilio, deben su perfeccion al Espíritu Santo. ¿Quién puede negar que todas las disposiciones benévolas del Padre y del Verbo Salvador hácia el hombre han sido realizadas por el Espíritu Santo? Ya considereis los antiguos tiempos, las bendiciones de los patriarcas, la promulgacion de la ley, las figuras, las profecías, las hazañas militares, los milagros de los santos; ya considereis todo lo que concierne á la venida del Señor en carne mortal: todo ha sido hecho por el Espíritu Santo (1).

1.... Sive velis prisca spectare, patriarcharum benedictiones,

San Leon no está menos explícito: "No hay que dudarlo, exclama el inmortal Pontífice, si en el dia de Pentecostés, el Espíritu Santo llenó á los apóstoles, esto no fué el comienzo de sus beneficios, sino un aumento de liberalidad. Los patriarcas, los profetas, los sacerdotes, todos los santos que vivieron en los antiguos tiempos, debieron al mismo Espíritu Santo la savia vivificadora que constituyó su fuerza y su gloria. Sin su gracia, jamas se hubieran establecido los signos sagrados, nunca se hubieran celebrado los santos misterios; de manera que siempre fué uno mismo el manantial de los beneficios, si bien diferente en la medida de sus dones (1)."

Ahora bien, las efusiones parciales del Espíritu Santo, sobre los hombres y las mujeres ilustres de la antigua ley, sobre la sinagoga, y hasta sobre el simple Israelita, debian confluir, andando los tiempos, en una efusion completa, manifestada por cuatro grandes creaciones: *la Santísima Vírgen, Nuestro Señor Jesucristo, la Iglesia y el Cristiano.*

Primera creacion del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento, la Santísima Vírgen.—Dios ha hablado al hombre, y le ha hablado para instruirlo. Luego su palabra no es, ni puede ser un libro sellado. De aquí la indispensable necesidad de una interpretacion auténtica. Esta interpretacion, ó no se encuentra en ninguna parte, ó está en la tradicion universal de la sinagoga y de la Iglesia.

Esta tradicion nos enseña que todas las mujeres ilustres del Antiguo Testamento son ensayos, bosquejos, figuras de

auxilium per legem datem, figuras prophetias, fortiter in bellis gesta, miracula per sanctos edita: sive quæ circa Domini in carne adventum dispensata sunt: per Spiritum gesta sunt. *Lib de Spir. Sanct.*, cxv, I, n. 39.

1. *Serm.* II *de Pentecost.*

la mujer por excelencia, de María. Los dones que ellas poseyeron parcial y transitoriamente, María los posee para siempre y en toda su plenitud.

Así como las diversas corrientes de agua que riegan la tierra van á mezclarse en el océano, del mismo modo, todas las efusiones parciales del Espíritu Santo sobre las mujeres de la Biblia, se reunen en la mujer del Evangelio, para crear la incomparable maravilla de su sexo, la Vírgen madre, María.

Como se ve apuntar la rosa en el capullo, así vemos á María apuntar en Eva, la madre de los vivientes: la irreconciliable enemiga de la serpiente, cuya cabeza ha de ser quebrantada por la Vírgen María, resplandece en la jóven Rebeca, vírgen modesta, sencilla, bella y pura, escogida entre todas por el venerable Abraham para el hijo de su ternura, Isaac. Todos los siglos la admiran en la esforzada Judit que, con peligro de su vida, mata al cruel Holofernes y salva á su patria. Esther presenta un reflejo de su incomparable belleza, de su poder sobre el corazon del gran Rey, de su compasion hácia los desgraciados. Salomon la canta con todos sus atractivos, todas sus virtudes y todos sus beneficios, en la esposa inmaculada del *Cantar de los cantares*.

Todos estos dones esparcidos se acumulan en María; pero esto aún no es bastante. Colocada por el Espíritu Santo entre el mundo antiguo y el mundo nuevo, es como un océano en el cual vienen á confundirse todas las maravillas de ambos Testamentos. "Todos los rios, dice el Doctor seráfico, entran en el mar, y así todos los carismas de los santos se reunen en María. El rio de la gracia de los ángeles entra en María. El rio de la gracia de los patriarcas y los profetas entra en María. El rio de la gracia de los apóstoles entra en María. El rio de la gracia de los mártires entra en

María. El rio de la gracia de los confesores entra en María; todos los rios entran en este mar, y este mar no se desborda. ¿Qué extraño es, pues, que todas las gracias confluyan en María, por la cual nos ha venido toda la gracia (1)?"

¿Y qué océano es este? Este océano sin límites y sin fondo, se compone de todas las riquezas de la naturaleza y de la gracia, de todas las virtudes teologales y cardinales, de todos los dones del Espíritu Santo y de todas las gracias gratis dadas, en un grado supereminente. "El Verbo encarnado, dice Santo Tomás, poseyó en su perfeccion la plenitud de la gracia; pero fué comenzada en María (2)."

En cuanto á las gracias gratis dadas, es decir, aquellas que se conceden á algunos en provecho de los demás, para que trabajen por su salvacion, ya procurando su conversion, ya asegurando su perseverancia, ¿queremos conocer, bajo este aspecto, las riquezas de María? Escuchemos á San Pablo, cuando, al especificar las nueve especies de gracias gratis dadas, distribuidas á los diferentes miembros de la Iglesia, dice: "Porque á uno por el Espíritu, es dada palabra de sabiduría; á otro, palabra de ciencia segun el mismo Espíritu; á otro, fe por el mismo Espíritu; á otro, gracia de curar enfermedades en un mismo Espíritu; á otro, operacion de virtudes; á otro, profecía; á otro, discrecion de espíritus; á otro, variedad de lenguas; á otro, interpretacion de palabras." (1) Para ser eminente en la Iglesia, basta poseer una sola de estas insignes gracias.

1. Omnia flumina intrant in mare, dum omnia charismata sanctorum intrant in Mariam. Flumen gratiæ angelorum intrat in Mariam.... Omnia flumina intrant in mare, et mare non redundat. Quid mirum, si omnis gratia in Mariam confluxit, per quam tanta gratia ad omnes defluxit? *In Specul. B. M. V*, *post Med:*

2. Sicut gratiæ plenitudo perfecte quidem fuit in Christo, et tamen aliqua ejus inchoatio præcessit in matre. III p. q. 28, art. 3.

1. I *Cor.*, XII, 8.

Pues bien, Santo Tomas á quien siguen todos los teólogos católicos, enseña que María las tenia todas en hábito ó en acto. "Debe decirse, escribe, que no se puede dudar de que la bienaventurada Vírgen recibiera por excelente manera el don de sabiduría, y la gracia de virtudes y tambien la de profecía; mas no las recibió para que ejercitara de todos los modos estas y otras semejantes gracias, como las tuvo Cristo; sino conforme convenia á la condicion de la Señora. Ejercitó la sabiduría en la contemplacion, segun aquello de San Lucas: María conservaba todas estas palabras, meditando en su corazon. Pero no ejercitó la sabiduría en cuanto á enseñar, pues esto no pertenecia al sexo femenino, segun aquello de San Pablo á Timoteo: No permito á la mujer enseñar. El uso de los milagros tampoco le correspondia en vida; porque entonces la doctrina de Cristo debia ser confirmada con los milagros del mismo: y por eso solo Cristo y sus discípulos, que eran los predicadores de su doctrina, debian hacer milagros. Y así del mismo San Juan Bautista se dice en el Evangelio, que no hizo ninguno; y esto para que todos fijaran su atencion en Cristo. Pero la Vírgen ejercitó ciertamente el don de profecía, como se ve en su cántico, *Magnificat anima mea Dominum* (1)."

Como los rayos del sol coloran, al atravesarla, una nube trasparente, las bellezas interiores de la hija del Rey irradian sobre su cuerpo virginal y le dan una gracia incomparable. María fué más bella que Raquel, más bella que Rebeca, más bella que Judith, más bella que Esther, más bella que todas las bellezas del antiguo mundo. Así como Nuestro Señor Jesucristo fué el más hermoso de los hijos de los hombres. María fué la más hermosa de las hijas de

1. III p., q. 27, art. 5, ad 3.

los nacidos. Tipo perfecto de la belleza moral, fué igualmente tipo perfecto de la belleza física (1).

¿Por quién ha sido formado este océano de perfecciones? Por el Espíritu Santo. María es todo lo que acabamos de decir y mil veces más todavía; porque entre todas las criaturas del cielo y de la tierra, de los tiempos pasados y de los siglos futuros, ella es la única sobre quien la tercera persona de la Santísima Trinidad vino con la plenitud de sus dones. Si preguntais, qué objeto se propuso el Espíritu Santo al venir á reposar así en María, los ángeles y los hombres responden: Porque María debia ser su esposa, la madre del Verbo encarnado, la base de la Ciudad del bien, la mujer por excelencia, madre de un linaje perpétuo de mujeres heróicas.

Meditemos sobre el *Fiat* creador de María. "El ángel Gabriel fué enviado de Dios á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una vírgen desposada con un varon que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la Vírgen era María. Y habiendo entrado el ángel adonde estaba, "dijo: Dios te salve, llena de gracia: El Señor es contigo: Bendita tú entre las mujeres. (Luc., 1)."

Notémoslo bien, el ángel no dijo: Tu *serás* llena de gracia, sino: *Eres* llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. Las inefables perfecciones de María no datan de la

1. Mariam non potuisse non eximia forma et incomparabili pulchritudine præditam esse, quæ multo rectius in ipsa, quan in Esther conjuge et Judith vidua. vel in Rachel et Rebecca virginibus Mariæ typum exprimentibus, prædicetur. Habuit summum et perfectissimum in pulchritudine, quod potuit esse in mortali corpore, secundum statum viæ operante natura. Sicut enim Dominus noster Jesus Christus fuit speciosus forma præ filiis hominum, ita beatissima Virgo pulcherrima et speciosissima inter filias hominum. *B. Albert magn., apud Canisium, De Maria Deip.*, lib. I, c. XIII.

visita del celeste embajador; no es á él á quien las debe; las posee sin él y ántes de él.

Despues de haberse ejercitado, como por entretenimiento, en mil preludios, el divino arquitecto habia construido su santuario viviente al crear á María. Desde el primer instante de su existencia, habia adornado á su futura esposa con la plenitud de la gracia. Objeto de sus complacencias infinitas, ella era su paloma, única, toda bella, sin mancha ni sombra de mancha, blanca como la azucena, agraciada como la rosa, brillante como el záfiro, trasparente como el diamante. Tal era María en el momento de la visita del ángel; tal habia sido siempre. Jamás, ni en su concepcion, ni en su nacimiento, ni en ningun instante de su vida, el soplo impuro del príncipe de la Ciudad del mal, llegó á la que debia quebrantarle la cabeza.

No tenemos necesidad de probar la posesion plena y perpétua de la gracia por María, despues que la Iglesia, resumiendo la creencia universal de los siglos, ha elevado á dogma de fe la Concepcion inmaculada de la esposa del Espíritu Santo. Réstanos solamente decir con el ángel, en medio de los trasportes del reconocimiento y de la fe: Dios te salve, llena de gracia: *Ave Maria gratia plena.*

Reanudemos la historia de esta creacion, mucho más admirable que la del cielo y de la tierra. Gabriel añade: "No temas, María, concebirás en tu seno y parirás un hijo. El Espíritu Santo vendrá sobre tí y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso lo Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios (Ibid)."

La lengua de los ángeles será impotente para explicar estos profundos misterios: ¿qué podrá la lengua del hombre? La primera cosa que llama la atencion en el mensaje angélico, es la palabra: *No temas, María.* ¿Cuál es su sentido y

su razon? "Acabais de oir, responde un Padre de la Iglesia, que por un incomprensible misterio, Dios y el hombre serán encerrados en un mismo cuerpo, y que la naturaleza frágil de nuestra carne, debe soportar toda la gloria de la Divinidad. Por miedo de que en María el grano de arena de nuestro cuerpo, fuese quebrantado bajo el peso inmenso del celestial edificio, y de que María, tallo delicado que debia sostener el fruto de todo el género humano se doblase, el ángel comienza por alejar todo temor diciéndole: No temas, María (1)."

¿Por qué no debe temer la jóven vírgen de Judá? El ángel se apresura á decírselo, anunciándole el concurso de las tres personas de la Trinidad. El Padre aparece como sosten, el Espíritu Santo como esposo, el Verbo como Hijo. ¿Para qué este concurso tan expresamente indicado? Los intérpretes responden: Hasta María, las hijas ilustres de Judá habian recibido parcialmente el Espíritu Santo, para una mision particular: la Vírgen-Esposa debe recibir del Espíritu Santo toda la sustancia del Verbo eterno, al mismo Verbo en persona, al Criador de los mundos. Gabriel conocia el peso abrumador del milagro. Así que no se contenta con decir: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti*, sino que se apresura á añadir: *Y te hará sombra la virtud del Altísimo.* Esta lo hará todo de una manera inefable, á fin de que puedas sostener el peso de tu concepcion. En efecto; ¿qué debia concebir esta jóven vírgen, dos veces frágil, por su sexo y por su condicion mortal? Al Omnipotente, al Verbo de Dios, la sustancia sólida del Eterno, salida de la sustancia pura de Dios Padre, cuyo solo aspecto hace temblar á los ángeles. Estuvo, pues, muy bien dicho: Tú serás sostenida por la virtud del Altísimo, virtud poderosa en milagros, la so-

1. *S. Pet. Chys.*, *Ser*. CXLII, *De Annuntiat.*

la capaz de asociar la sustancia de una mujer al Verbo-Dios (1)."

Un sábio panegirista de la Santísima Vírgen, el P. Argentan, da una nueva razon de este concurso inmediato. Recordando las palabras de San Hesiquio de Jerusalen, segun el cual: *María era el complemento de toda la Trinidad* (2), escribe el siguiente comentario: "Es verdad, que, en cierto modo, María da á las tres personas de la Santísima Trinidad como un complemento de perfeccion, que jamás hubieran tenido sin ella, y que sirve, al menos, para la gloria exterior de Dios.

"Comencemos por el Padre. No puede dudarse de que El posee la perfeccion infinita de la paternidad divina, puesto que comunica todo su sér á su único Hijo. Pero este Hijo, siéndole igual en todo, no puede rendirle ninguno de los deberes de la piedad filial, servicio, obediencia, respeto. ¿No parece, pues, segun nuestro débil modo de entender, que seria un complemento de honor para el Padre, si este mismo Hijo, permaneciendo siempre en posesion de la majestad infinita, le obedeciese y le rindiese profundos homenajes? ¡Verse adorado por un Dios tan grande como El! ¡Qué glo-

1. .... Ut fortitudinem sustinere posset conceptus sui, virtus Altissimi obumbravit ei.... Quid enim puella fragilis, non modo sexu, sed et conditione mortalitatis suscepit aut concepit, nisi validum Verbum Deum, validam substantiam Verbi, de optima substantia Patris Dei, quem tremunt Angeli?.... Opportune igitur obumbravit illi virtus Altissimi, virtus miraculorum potens, fœmineam substantiam Deo Verbo conciliare valens *Rupert.*, *De Trinit. et oper, ejus*, lib. XLII, *De Spir. Sanct.*, lib. I, c. IX.

2. (Arca) ipsum Noe, hæc vero ipsius Noe factorem portavit: illa duas et tres contignationes et mansiones habebat, hæc autem universum Trinitatis complementum, quandoquidem et Spiritus Sanctus adveniebat atque hospitabatur, et Pater obumbrabat, et Filius utero gestatus inhabitabat. *Ser.*, *de S. Maria Deip.*

ria! ¿Quién se la procura al Padre? María. El padre que, antes de todos los siglos, ve nacer de su seno á su Hijo igual á El, lo ve nacer en el tiempo del seno de María, inferior á El, tan humilde y tan sumiso, que llegará hasta darle su propia vida sobre una cruz: ¿Podrá negarse que, con relacion al Padre, sea la augusta Vírgen el complemento de la Trinidad: *universum Trinitatis complementum?*

"En cuanto al Hijo, debe decirse lo mismo. Posee eternamente todas las perfecciones, puesto que es Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios. Pero este Verbo eterno de Dios, permanece oculto en el seno de Aquel que le ha producido. Ahora bien, esta palabra viva de Dios es, como la del hombre, susceptible de dos nacimientos: el uno interior, el otro exterior. El primero tiene lugar, cuando nuestro espíritu concibe un pensamiento que guarda en sí mismo. Es lo que San Atanasio llama el verbo ó la palabra del entendimiento, *verbum mentis*. El segundo se verifica cuando, por medio de una palabra sensible, producimos afuera nuestro pensamiento. Esta palabra exterior, segundo nacimiento de la interior, le da á esta su complemento.

"Lo mismo se verifica con la palabra eterna. Nacida en el seno del padre, estaba en él antes de todos los siglos. Nadie la conocia, pero ella era capaz de un segundo nacimiento que la expusiera afuera y la hiciese sensible. Segun nuestro modo de entender, este segundo nacimiento le daria su último complemento. Ahora bien, María ha sido la boca por la cual el Padre ha producido su Verbo al exterior; ella la que le ha dado un cuerpo y lo ha hecho visible y sensible. Luego lo mismo respecto del Hijo que del Padre, podemos llamar á María el complemento de la Trinidad: *universum Trinitatis complementum.*

"Esto es todavía más palpable respecto al Espíritu Santo. Como Dios que es, posee todas las perfecciones, toda la bondad, toda la fecundidad que hay en el Padre y en el Hijo. La fecundidad del Padre, aparece en la generacion eterna de su único Hijo; la fecundidad del Padre y del Hijo, resplandece en la produccion del Espíritu Santo. Sola esta tercera persona, tan rica en fecundidad, como las otras dos, permanece estéril, siéndole imposible producir una cuarta persona de la Trinidad. María hará desaparecer esta inferioridad aparente. Gracias á ella, el Espíritu Santo se hará fecundo y producirá un Dios–Hombre ó un Hombre–Dios, obra acabada del poder y el amor. ¿No parece, pues, que la augusta Vírgen le da con esto un aumento de gloria, y que así, puede por tercera vez ser llamada complemento de toda la Trinidad: *universum Trinitatis complementum* (1)?"

Veremos bien pronto lo que producirá en la misma María, el concurso inmediato de las tres divinas personas.

1. *Grandeurs de la Sainte Vierge*, c. I, § 3.

CAPITULO XII.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—María creada para ser esposa del Espíritu Santo.—Peticion del desposorio.—Consentimiento de la Santísima Vírgen.—María creada para ser madre del Verbo.—Misterio de la Encarnacion —Explicacion de las palabras del ángel.—María creada para ser la base de la Ciudad del bien.—Por qué Nuestro Señor Jesucristo no se la llevó consigo al cielo.—María nodriza de la Iglesia.—institutora de los apóstoles,—fortaleza de los mártires,—consuelo de los fieles.—María continúa su mision despues de su muerte.—Dos cabezas de Satanás: la idolatría y la herejía.—María las quebranta.—Guerra de Satanás contra María.

María es criada, criada por el Espíritu Santo (1), criada como la obra más acabada del Poder infinito. "Hácia tí, exclama San Bernardo, como hácia el tesoro de Dios, como hácia la causa y centro de los sucesos, como hácia el negocio de todos los siglos, *negotium omnium sæculorum*, vuelven sus ojos los que habitan los cielos y los que moran sobre la tierra, y los que nos han precedido, y los que presentes somos, y los que nos seguirán y los hijos de sus hijos. Con razon fija en tí sus miradas toda la creacion; porque de tí y en tí y por tí la mano bienhechora del Omnipotente ha regenerado cuanto habia creado (2)."

El Criador mismo contempla su obra con infinitas com-

1. *Albert. magn.*, *apud Dion. Garth. De laud. Virg.*, lib. I, c. XII.

2. Merito in te respiciunt oculi omnis creaturæ, quia in te, et per te et de te benigna manus Omnipotentis quidquid creaverat, recreavit. *Ser.* II *de Pentecost.*

placencias. María es creada para ser la esposa del Espíritu Santo y la madre del Verbo. El matrimonio supone el libre consentimiento de las partes; veamos de qué manera es solicitado el de la Santísima Vírgen. Las tres personas de la Santísima Trinidad envian un embajador, encargado de pedirla en matrimonio. Asombrada de tanto honor, María se turba; mas pone sus condiciones y trata con Dios como de igual á igual. Yo consentiré, dice, con la condicion de conservar intacta la azucena de mi virginidad. Así, una jovencita de doce años tiene en sus manos la salvacion del mundo. De su voluntad depende que se cumpla la obra á la cual se refieren, desde la eternidad, todos los divinos consejos.

La Augusta Trinidad aparece como suplicante en presencia de María. ¡Trance inefable, que contiene toda una revolucion moral. La mujer, que hasta entonces habia sido el sér más abyecto, se hace de repente el sér más respetado. ¿Tendrá el género humano un Salvador? La respuesta de una mujer va á decidirlo. María reflexiona. Al aceptar el doble título de esposa del Espíritu Santo y madre del Verbo, sabe que acepta el de reina de los mártires. Ante sus ojos se desenvuelve una larga série de imágenes lúgubres y sangrientas; el pesebre, la cruz, el calvario, todo esto será para ella, puesto que ha de ser para su hijo.

"Consentid, consentid, le grita San Agustin, no retardeis la salvacion del mundo. El ángel ha empeñado su palabra; quedareis Vírgen y sereis madre; tendreis un hijo, y vuestra virginidad no sufrirá detrimento. ¡Feliz María! Todo el género humano que está cautivo, te suplica que consientas. El mundo te constituye junto á Dios en rehenes de su fe. No tardes, responde al embajador, consiente en ser madre,

empeña tu palabra y experimentarás la virtud del Omnipotente (1).

María ha inclinado dulcemente su cabeza virginal, y ha dicho: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. Ya es esposa; ya es madre; y su corona nupcial es una corona de espinas, y las alegrías de su maternidad son el principio de un martirio prolongado. Entretanto, el mundo está salvado, salvado por una mujer; y el anatema, cuarenta veces secular, que pesaba sobre la mujer, queda levantado para siempre; porque en adelante la mujer aparecerá á la cabeza de todo bien.

Sin embargo, el Espíritu Santo ha venido sobre María, y el sér santo que de ella nacerá, será llamado Hijo de Dios. ¿Por qué Hijo de Dios y nó Hijo del Espíritu Santo? La fé católica responde por boca de sus doctores: No será llamado, ni será Hijo del Espíritu Santo, porque no será formado de la sustancia del Espíritu Santo, el Espíritu Santo no será su padre.

Notemos la precision maravillosa del lenguaje divino. El ángel no dice: *El será llamado* ó *El será santo* sino que dice: *El será Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios.* En efecto, el que María concibe existia desde largo tiempo; era santo por esencia é Hijo de Dios. No habia, pues, más que llamarle lo que era, y llamándolo así, manifestar que era Hijo de Dios, no por adopcion, sino por naturaleza.

El ángel no dijo: *El santo que nacerá de tí*, sino: *La cosa santo, el sér santo que nacerá de tí.* ¿Por qué? porque un gran número son llamados santos ó santificados; pero no

1. Jam audisti quomodo fiet hoc; responde nunc verbum. ¿Vitam quid tricas mundo? Noli morari, Virgo; nuncio festinanter responde verbum, et suscipe filium; da fidem, et senti virtutem. *Ser*. XVIII, *de Sanct. S. Bern.*, *Ser.* III sup. missus.

hay más que una cosa santa, un sér santo, la santidad misma, de donde emana la de todos los santos. Este sér santo es el santo de los santos, el Hijo de María. Extraño á las prevaricaciones de Adan, concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de una vírgen sin mancha, no tuvo necesidad ni en su concepcion, ni en su nacimiento, de una santificacion accidental, sino que es santo por esencia y la santidad misma (1).

Ved ya, pues, á la jóven vírgen de Judá, hecha esposa del Espíritu Santo, madre del Verbo, parienta de toda la Trinidad, *consanguinea Trinitatis*. No es para ella sola tanta gloria. Como Eva y Adan fueron las bases de la Ciudad del mal, María y su Hijo serán las bases de la Ciudad del bien, elevada sobre la tierra á su más grande perfeccion. Conocida en el mundo entero bajo el nombre incomunicable de *Iglesia Católica*, esta gloriosa Ciudad reconoce á María por su madre y señora. Ella responde á los Chinos, á los del Thibet, á los salvajes actuales, lo mismo que á los Griegos y á los bárbaros de los pasados tiempos, cuando le preguntan por su orígen: Soy hija del Verbo eterno, concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de María vírgen: *conceptus de Spiritu Sancto, natus ex Maria virgine.*

Es madre y señora de la Iglesia; esta prerogativa de María explica un misterio, de otro modo inexplicable. Cuando se considera el afecto recíproco de Jesus y María, se pre-

1. ...Conceptus iste, Spiritus Sancti non generatio, sed operatio est Caro de carne Virginis, non de ipsa erit substantia Sancti Spiritus. Hoc sanctum est iste sanctus sanctruom, quem non in delicto prævaricationis Adæ conceptum vel natum sanctitas accidens sanctificavit, sed essentialiter sanctum, virgo incorrupta de Spiritu Sancto concepit, Sic igitur melius atque præstantius dictum est, ut dici debuit: Quod enim nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei. *Rupert., de Spir. Sanct.* lib. I, cap. x.

gunta con asombro, ¿por qué el Salvador al subirse al cielo, no llevó consigo á su amadísima madre? ¿No habia participado ella más que nadie de sus trabajos, humillaciones y sufrimientos? ¿Quién, pues, mejor que ella merecia ser asociada á sus glorias y á sus alegrías? Cuando El mismo, el mejor de los hijos, va á gozar de una dicha completa y sin fin, ¿por qué deja á la más tierna de las madres en las tristezas del destierro? Los justos del Antiguo Testamento, que forman su cortejo, ¿son de mejor condicion que María? Sus deseos de ir al cielo ¿serán acaso más vivos que los de María? ¡El buen ladron mismo sube al cielo y María se queda en la tierra! ¿Cuál es el misterio de semejante conducta?

Nuestro Señor Jesucristo, al volverse á su padre, dejaba su Iglesia en la cuna. Y esta Iglesia, cual niño pequeño y delicado, necesitaba de leche y cuidados maternales; El le da su madre por nodriza, *ecce Filius tuus*. María, siempre sumisa acepta este cargo que prolongará su destierro, y lo ejercita con una solicitud inexplicable, alimentando á la jóven esposa de su hijo con sus oraciones, lecciones y ejemplos, como habia alimentado de sus virginales pechos al Esposo de la Iglesia, mientras fué niño.

Así como en una casa, en ausencia del padre ó despues de su muerte, la madre toma á su cuidado la familia y despacha los negocios; de la misma manera, habiendo el jefe de la Iglesia cesado de estar visiblemente presente en medio de ella, lo reemplaza María (1). He aquí, por qué los apóstoles y los discípulos le rinden sus respetos y su filial obediencia. Esta mision de María explica su presencia en

1. Hac enim de causa Christus matrem sibi superstitem esse voluit, ut quasi sui vicaria, columen esset Eclesiæ; doctrix apostolorum et consolatris fidelium. *Corn*, *á Lap.*, *in Act.*, v, 42.

el Cenáculo con los apóstoles, y sus contínuas oraciones para obtenerles el Espíritu Santo (1).

Tal mision explica tambien la fidelidad de los apóstoles en consultarla sobre los asuntos importantes. Poseyendo ella sòla más gracias y luces que todo el colegio apostólico junto, cuando los órganos del Verbo tienen necesidad de quien complete su instruccion, ó de un testimonio para confirmar la interpretacion de las Escrituras, recurren á la que durante nueve meses fue el asiento vivo de la sabiduría, *sedes sapientiae*. De aquí proviene el que San Buenaventura llame á María maestra de los maestros, maestra de los Evangelistas (2).

Los bellos dias de la Iglesia primitiva nos la presentan en el pleno ejercicio de esta prerogativa. Su palabra soberana aclara todas las dudas, su autoridad maternal unifica todas las divergencias. Ella es la que, en en el concilio de Jerusalen, corta la cuestion de las observancias legales; cuestion delicada, vivamente discutida, causa de sérios disturbios para la Iglesia naciente, y que, si bien por un instante, habia dividido á Pablo y Cefas. "No como si María, dice Ruperto, hubiera presidido el concilio; tal funcion no convenia á una mujer; sino en cuanto ella habia dictado sus decretos (3)."

1. Per Mariæ suspiria et orationes, repleti sunt apostoli Spiritu Sancto, *Dionys. Carthus.*, lib. IV, *De praecon. B M. V.*

2. Sacra Virgo Maria consilio et luce doctrinæ collegio præsidet apostolico; nihilque grave fasciunt illi, quod non ejus consilio ductuque gerant. *Lucius dexter*, *Prefect. Praetor. Orient.*, *in Chron*, *ad an Chr* XXXIV —(Apostoli) quidquid supplementi opus erat.... vel testimonii ad confirmandos singulorum sensus, quos acceperant ab eodem Spiritu Sancto.... ex religioso ore tuo perceperunt *Rupert.*, lib. I, *in Cant.*—Magistra magistrorum et magistra evangelistarum. *S. Bonav.*, *in Psalt. Mar.*

3. Imo et illic et cæteris agendis tu princeps, omnem solvisti quæstionem; ita tamen ut non clamares.... neque audiretur vox

María es la que, antes de la dispersion de los apóstoles abre su boca en medio de la asamblea de los santos y deja caer á manera de rocío, las palabras de su sabiduría para ilustrar á los príncipes de la Iglesia (1). ¿Cómo los apóstoles y los discípulos hubieran podido conocer, si no hubiera sido por las instrucciones de la Vírgen, los misterios de la santa infancia y de la vida oculta de Jesus? ¿Quién si no la divina Madre podia referirles el anuncio del Precursor, la visita de Gabriel y su plática con María; la visita á Santa Isabel, la santificacion de Juan Bautista en el seno de su madre, el cántico virginal, el nacimiento admirable del Precursor y el cántico de Zacarías, el nacimiento del Salvador, su circuncision, su presentacion al Templo, el cántico y la profecía de Simeon, la llegada de los magos, la huida á Egipto, el regreso á Nazareth, las enseñanzas de Jesus en el Templo, su *sumision á sus padres* y *una multitud de* otros preciosos detalles?

¿Dónde estaban los testigos de estos misterios, cumplidos la mayor parte en el secreto de la vida doméstica? ¿Quién los conocia como María? Ella sola podia enseñárselos á los apóstoles. Estos, á su vez, los han referido al género humano, consignando en el Evangelio la relacion de la augusta Madre. San Lucas, en particular se dedica á describir las primeras circunstancias de la encarnacion del Verbo, y dice, que las escribe como se las contaron los que *desde el principio* las vieron y fueron ministros de la palabra (1)." Sin duda existian todavía muchos testigos que habian asistido des-

tua foris, quia, sicut ante nos dictum est, tu sola es Virgo, quae universam hæreticam pravitatem interemisti. *In Cant.* lib. I; et *Corn á Lap.*, *in Act.*, XV, 13.

1. *Eccl.*, XV, 5 —*Ps.* CIV., 21.

2. Sicut tradiderunt, qui ab initio viderunt, et ministri fuerunt sermonis *Luc.*, I, 2.

de el principio á la predicacion del Salvador, que habian visto lo que hacia y oido lo que decia; pero, hasta los treinta años de la edad de Jesus, solo María lo sabia, solo ella podia decirlo, puesto que San José habia muerto mucho tiempo antes de la época en que San Lúcas escribia (1). De aquí viene que San Lúcas, historiador de la vida oculta de Jesus, sea llamado secretario de la Santísima Vírgen, *Notarius Virginis*.

Así, para usar el lenguaje de San Hilario, María enseñó á los apóstoles lo que pasó desde el principio, lo que oyó, lo que vió con sus mismos ojos. Lo que contempló, lo que sus manos hicieron con el Verbo de vida; lo que habia visto en secreto, lo manifestó públicamente. Lo que le fué dicho al oido, lo anunció sobre los tejados, á fin de que los predicadores apostólicos lo hiciesen conocer al mundo entero (2). "¡Cuán agradecidos no debemos estar á María, añade Eusebio Emiseno, por habernos guardado tantas verdades de importancia que nunca hubiéramos sabido sin ella: *Nisi enim ipsa conservasset, non ea haberemus!*"

Por su parte, San Bernardo, sondeando con su penetracion ordinaria los misterios de María, pregunta ¿por qué el arcángel Gabriel le anunció el estado de Santa Isabel? y responde: "El estado de Santa Isabel fué manifestado á María, á fin de que siendo informada á la vez de la venida del Precursor y de la venida del Verbo, conociese el tiempo y el órden de los sucesos, y de esta manera pudiera revelar más tarde á los apóstoles y á los evangelistas, la verdad de todos los misterios, que desde su principio le habia sido enseñada plena y celestialmente (3)."

1 El Papa Benedicto XIII, apoyado en la tradicion mejor fundada, enseña que San José murió al principio de la predicacion de Nuestro Señor Jesucristo *Serm.* LIV, *Marian.*

2. *Can.* x *in Math.*.

3. Ideo conceptus Elisabeth Mariæ nuntiatus, est, ut dum nunc

La augusta Madre, no solamente alimentó á la jóven Iglesia con los misterios más dulces é importantes; la fortaleció, la consoló y le aseguró una gloriosa inmortalidad. La Pasion de su divino Hijo no quedó terminada en el Calvario.

Allí no hizo más que principiar, para perpetuarse en los hermanos del Verbo Encarnado, en todos los puntos del globo, hasta el fin de los siglos. El jóven y valiente diácono Esteban es aprisionado, juzgado y condenado á muerte. María no lo abandona, como no abandonó á su hijo al subir al Calvario. La dulcísima Vírgen, acompañada de San Juan, baja al fondo del valle de Josafat, no léjos del torrente Cedron, en donde el jóven diácono debia ser apedreado; allí se pone de rodillas, y las oraciones de la Reina de los mártires alcanzan para el primero de ellos la palma de la victoria (1).

El fuego de la persecucion se enciende cada vez más; los apóstoles tienen necesidad de consejos, los fieles de consuelos. María se hace parte para todos; la Iglesia de Jerusalen es una familia de la cual ella es la madre. En su rededor agrúpanse los hijos, y cada uno le expone sus sufrimientos y sus temores. Ninguno se aleja de su presencia sin ser ilustrado y consolado (2). ¡Dichosos cristianos! ¡Por una sola hora vuestra podria darse toda una vida de ochenta años! Lo que San Agustin dice de su buena madre, debe decirse

---

Salvatoris, nunc Precursoris edocetur adventus, rerum tempus, et ordinem tenens, ipsa melius postmodum scriptoribus ac prædicatoribus Evangelii reseraret veritatem quæ pl ne de omnibus á principio cælitus fuerat instruct mysteriis. *Hom.* IV *sup Mis.*

1. *Corn á Lap . in Act.* VII. 57.

2. Miseris et afflictis illa condolebat conflicta, neque segniter subveniebat, humilibus devota, quæ et devotis devotius humiliaretur, omnium quidem operum pietatis apud fideles ministra. *S. Ignat. martyr. Epist. apud Canis*, *De Maria Deip.*, lib. V, c. I.

con más razon de María: "Ella era ¡oh Dios mio! la sierva de vuestros servidores, ella los cuidaba, como si hubieran sido sus hijos, y se prestaba á sus deseos como si hubiera sido la hija de todos (3).»

La mision de consolar á la Iglesia, de alentarla, de protegerla, no acaba con la vida mortal de la Santísima Vírgen.

Imperecedera como la palabra que lleva por título, durará tanto como los siglos. Mira ahí á tu hijo, *ecce filius tuus*. La fidelidad de María al divino mandato, está en todas las páginas de la historia.

Por un lado, la Iglesia no duda atribuirle la destruccion de todas las herejías: *cunctas haereses sola interemisti in universo mundo.* Por otro, le da el glorioso título de auxilio de los cristianos; *Auxilium christianorum.* Por boca de los espléndidos santuarios elevados en su honor, en todos los puntos del globo, por medio de las manifestaciones entusiastas de su confianza filial, de su amor y de su respeto, los individuos y los pueblos, desde el principio del cristianismo, repiten con una voz que jamás la impiedad podrá reducir al silencio: María es el auxilio de los cristianos, la columna de la Iglesia, el terror de Satanás, la esperanza de los desesperados, el consuelo de los afligidos, la salud de los enfermos, la salvacion del mundo, la piedra angular de la Ciudad del bien.

La sinagoga hace coro con la Iglesia, y por la boca de sus doctores proclama las glorias, el poder y las bellezas de la Vírgen de Juda. "Dios ha creado el mundo, dicen ellos, por su amor á la Vírgen Inmaculada. No solamente lo ha criado por este amor, sino que por él lo conserva. Ya ha

3. Erat serva servorum tuorum, ó Domine.... Ita curam gesit, quasi omnes genuiset; ita servivit, quasi ab omnibus genita fuiset. *Confess.*, lib. IV, c. IX.

tiempo que el mundo hubiera perecido por sus crímenes, si la poderosa intercesion de la dulcísima Vírgen, no lo hubiera salvado (1)." San Bernardo hace ver que la fe más ortodoxa no puede encontrar exageradas las palabras de los rabinos, y exclama, "Por causa de María ha sido hecha toda la Escritura, por ella ha sido criado todo el universo. Llena es de gracia, por ella ha sido rescatado el género humano, el Verbo hecho carne, Dios humillado y el hombre ensalzado (2)."

Esposa del Espíritu Santo, Madre del Verbo, piedra angular de la Ciudad del bien, obra acabada de belleza interior y exterior. María es la perla del ùniverso. ¿Y tan gloriosas prerogativas son la última palabra de su creacion? De ninguna manera. María reune en sí, por un privilegio único, dos glorias incompatibles de la mujer, la virginidad y la maternidad. Vírgen y madre, misterios de santidad y misterio de amor; misterio de gracia y de pureza, de tímida modestia y de valor, misterio de abnegacion sublime; tipo de una mujer nueva; desconocida en la antigüedad, cepa eternamente fecunda de una gloriosa generacion de mujeres, vírgenes por su pureza sin mancha y madres por el heroismo de su caridad; tal es María y tal debia ser (3).

Desde la prevaricacion primitiva, pesaba sobre la mujer un anatema especial; era preciso que una mujer viniese á

1. Amore intemeratae Virginis creavit Deus cœlum et terram. Non solum amore Virginis conditus est mundus, sed etiam sustentatur. &. *R Onkelos, apud Cor, á Lap, in Prov.*, VIII, 22.

2. Propter hanc omnis Scriptura facta est; propter hanc totus mundus factus est; et haec gratia Dei plena est: et per hanc homo redemptus est; Verbum Dei caro factum; Deus humilis et homo sublimis. *Serm.* V in Salve regina.

3. Unum in quo nec primam similem visa est nec habere sequentem, gaudia matris habens cum virginitatis honore, Mariae privilegium est, non dabitur alteri. *S. Bern.*, *Serm.* IV *in Assumpt.*

levantarlo. Es preciso, á fin de que el Príncipe de la Ciudad del mal, pasase por la vergüenza de ser vencido por aquella misma, que le habia servido para instrumento de su victoria.

Era preciso, para que la mujer, causa principal que habia sido la ruina del hombre, lo fuese de su salvacion. Culpable mensajera del demonio, habia dado la muerte al hombre; bienhechora mensajera de Dios, ella debia devolverle la vida (1). El género humano lo sabia; todas las tradiciones del mundo antiguo colocaban la mujer á la cabeza del mal; todas las tradiciones del mundo nuevo deberán colocarla á la cabeza del bien.

Las generaciones antiguas, repitiéndose unas á otras: *La mujer es la causa de todas nuestras desdichas* (2), habian acumulado sobre ella tanto odio y tanto desprecio, que habian convertido á la antigua compañera del hombre en un sér, el más abyecto y miserable. Repitiendo hasta los umbrales de la eternidad las nuevas generaciones: *A la mujer debemos todos nuestros bienes*, la rodearán de una veneracion y de un reconocimiento tal, que harán de ella el sér más respetado y más santamente amado de todos los que Dios ha sacado de la nada.

Vírgen y madre, María es lo que fué en el pensamiento del Criador: la ayuda del hombre, semejante á él: *Adjutorium simile sibi*. María cria hijas semejantes á ella, madres como ella, y madres dignas de este nombre; vírgenes como ella y vírgenes dignas de este nombre. Como María habia resumido en sí todas las glorias de las mujeres bíbli-

1. Per fœminam mors, per fœminam vita: per Evam interitus, per Mariam salus. *S. Aug.*, *De Symból ad catechum.*, tract. III, § 4.

2. A muliere initium factum est peccati, est per illam omnes morimur. *Eccles.*, XXV, 33.

cas, qne fueron preparacion y figura de la misma; así comunica sus cualidades á las mujeres evangélicas, que son su prolongacion y continuacion. Todas son hijas suyas; pero, por muy ricas y bellas que sean, María las aventaja á todas. Inés es hija suya, Lucía es hija suya, Cecilia es hija suya, Águeda es hija suya, Catalina es hija suya; todas estas vírgenes, todas estas mujeres resplandecientes en virtudes, ricas en méritos y glorias, son hijas de María, pero ella las aventaja á todas (1).

Seria necesario recorrer los anales de todos los pueblos católicos, si se quisiera nombrar á esas mujeres nuevas, hijas gloriosas de María; esas madres de familia tan grandes, tan respetadas, tan queridas y tan sumisas; esas vírgenes heróicas; graciosas flores del jardin del Esposo, abejas infatigables que componen con las virtudes más extraordinarias; un bálsamo eficacísimo para todas las enfermedades.

Mirad más bien y ved lo que el mundo debe á la mujer regenerada por María. Le debe la familia; y á la familia es deudora la sociedad de toda su superioridad. La mujer es una potencia cristiana. Este elemento de civilizacion faltaba al mundo antiguo; falta todavía al mundo idólatro; y sin él, le falta y faltará siempre la civilizacion. Le debe la variedad más asombrosa de servicios gratuitos para todas las necesidades de alma y cuerpo. Le debe la conservacion de la fe que queda sobre la tierra. La mujer, primera en las catacumbas, es la última al pié de los altares. Le debe hoy mismo, un espectáculo el más bello acaso y seguramente el más misterioso que se haya visto jamás.

Hasta aquí las mujeres y las vírgenes católicas, hijas y hermanas de María, habian permanecido en lo interior del

1. *S. Bonav.*, *in Specul.*, c. II.

hogar doméstico; por lo ménos, jamás habian pasado las fronteras del mundo civilizado, para ir á evangelizar. De repente el Espíritu del Cenáculo se derrama sobre ellas. Su ardor las anima, su fuerza las sostiene. Trasformadas como los apóstoles, vuelan á la conquista de las almas. Timidez, delicadeza, miramientos; lazos de la carne, todo ha desaparecido; la mujer cede su lugar á la heroina.

Como las ligeras semillas que en los dias de otoño esparce el viento en todas direcciones, para hacer que nazcan planteles de flores y arbustos, así van ellas, llevadas en alas de la Providencia, á posarse sobre los cuatro puntos del globo.

A su vista, el Árabe, el Chino, el Musulman, el Salvaje, quedan llenos de estupor, y se preguntan sencillamente, si son mujeres y no ángeles *bajados en derechura del cielo.* Tantas virtudes heróicas en un sexo, que no habian sabido nunca sino despreciar, son para ellos un misterio palpable que los dispone á creer en todos los otros misterios.

Siendo María lo que es, haciendo lo que sabemos y mucho más todavía, bien puede preverse el gredo de poder y perfeccion á que su influencia elevará la Ciudad del bien.

Satanas lo habia comprendido mejor que el hombre. No habia olvidado por un momento el anatema primitivo: ¡él, la personificacion del orgullo, tener un dia la cabeza aplastada bajo el talon de una mujer! Este pensamiento eleva su odio hasta el paroxismo. Durante cuatro mil años, se venga de la mujer, ultrajándola de todos los modos posibles. No es esto lo bastante; él quiere impedir á toda costa la victoria que tanto teme.

La mujer, cuyo pié ha de quebrantarle la cabeza, será Vírgen y Madre de Dios; él lo sabe y por esto smplea todos

sus artificios en hacer despreciar á María, y paralizar su accion saludable sobre el mundo. Mona grande de Dios, multiplica con mucho tiempo de anticipacion en todos los pueblos, las caricaturas de la augusta Vírgen: "Temo, dice él, que mi Enemiga sea reconocida y honrada como Madre de Dios; yo inventaré otra Madre de Dios." Y desde la más remota antigüedad inventa á Cibeles, la madre de todos los dioses, mujer del viejo Saturno, el mas anciano de los dioses. Su culto, célebre en toda la tierra, impedirá al hombre hacer caso alguno de otra madre de Dios, más nueva y más fecunda. No le basta una sola; así es, que todas las antiguas mitologías del Occidente, lo mismo que todas las mitologías actuales del Oriente, están llenas de diosas, madre de dioses.

"Sin duda que mi Enemiga hará ostentacion de su hijo; el orgullo de una madre está en llevar á su hijo en los brazos.

Solo este espectáculo hará que se la ame, lo mismo que á su hijo." E inventa á Vénus, tipo de belleza sensual; y pone entre sus brazos un hijo, Cupido, que enciende con sus flechas el amor en todos los corazones. Todo el género humano caerá en la red, y creerá que aquella madre con su hijo no es más que una copia de Vénus y Cupido.

"Se atribuirá naturalmente á mi Enemiga un gran valer sobre el corazon de Dios. El mundo se verá impulsado á implorarlo; y esta confianza afirmará su imperio." E inventa á Juno, reina del Olimpo, poderosa cerca del corazon de Júpiter, su esposo, y madre de los dioses.

"Mi Enemiga será amparo de los débiles, de los desgraciados, de las personas de su sexo. Sus santuarios serán asediados por muchedumbres, que vendrán á exponerle sus necesidades de alma y cuerpo. Las gracias obtenidas harán

popular su culto, y el mio irá cayendo poco á poco en el desprecio." Pues para que nadie recurra á María, inventa á Diana, diosa bienhechora de todo el mundo. Los pastores y aldeanos la invocarán, porque se admitirá que preside los bosques y las montañas. Las mujeres en cinta recurrirán á ella, lo mismo que los viajeros por la noche y los que padezcan de la vista; porque, bajo el nombre de Lucina ó luminosa, se creerá que ayuda al niño á venir al mundo, que disipa las tinieblas y vuelve la vista á los ciegos (1).

El pensamiento satánico de desacreditar á María no ha envejecido. Un misionero escribe desde la India: "Mariamacovil es una villa próxima á Tanjur. Sus casas están agrupadas al rededor de la enorme pagoda de *Mariamel*, falsa divinidad que ha dado su nombre á la pequeña villa. El demonio furioso contra aquella que le quebrantó la cabeza, ha querido contrahacer el culto de nuestra buena y celestial Madre. Ha inspirado, pues, á sus sacerdotes el pensamiento de una diosa que llevase el nombre de María, y el que la presenten á los que han engañado con sus supercherías como una divinidad malvada, á la cual es necesario tener propicia para impedirle que haga daño. Esta horrible blasfemia contra la Madre de bondad, es muy digna del infierno. Así es, como esta aldea constituye uno de los centros del paganismo (1)."

En una palabra, muchos siglos ántes del nacimiento de María, Satanás inunda al mundo pagano con infinito número de diosas y semidiosas, de Palas, de Minervas, de Ceres, de Proserpinas, y otras cien que, todas juntas, forman una inmensa falsificacion de María, á fin de oscurecer su gloria, como una nube de polvo oculta la faz del sol.

1 Véase al Padre Argentan, *Grandeuhs de la Sainte Vierge* t. III, c. xxv, § 11.

1. *Annales de la Sainte Enfance*, n. 89, p 411, décemb. 1862.

¡Vanos esfuerzos! "La Santísima Vírgen, dice Eutimio, ha quebrantado los altares de los ídolos, echado por tierra los templos de los gentiles, hecho cesar los torrentes de sangre cristiana que corrian por todas las partes del mundo (1)." Satanás no se da por vencido y vuelve á comenzar la lucha por medio de las herejías. Tambien en este punto, como ya lo hemos notado, se dirigen todos sus esfuerzos á destruir el dogma de la Encarnacion del Verbo; por consiguiente, á destronar á Marír. ¡Tentativa desesperada! Cuantas veces la antigua serpiente levanta la cabeza, otras tantas siente que la aplasta el pié virginal de María; porque es preciso que el anatema divino se cumpla siempre: *Ipsa conteret caput tuum.* Hasta que termine la prueba impuesta á la raza humana, se recrudecerá la lucha, bajo uno ú otro nombre, con la misma afrenta para Satanás y la misma gloria para María.

1. *Cingul. Mar.*

CAPITULO XIII.

JESUCRISTO, SEGUNDA CREACION DEL ESPIRITU SANTO.

SOMARIO.—Objeto final de las obras de Dios y de la Encarnacion.—Formacion del *Hombre-Dios.*—Primer acto de su vida pública, la predicacion de la penitencia.—El mismo Espíritu Santo forma al divino predicador.—Por qué baja sobre él en forma de paloma.—Por qué lo conduce al desierto.—Lucha del hombre Dios contra Satanás; modelo de todas las luchas y preludio de todas las victorias.—Toda la vida del Hombre-Dios, á continuacion de la lucha del desierto.—Esta lucha es dirigida siempre por el Espíritu Santo.—Dependencia continua del Hombre-Dios respecto al Espíriiu Santo.

Una Vírgen-Madre es la primera creacion del Espíritu Santo, en el Nuevo Testamento; el Hombre-Dios es la segunda. Así lo exigia el órden de la Redencion. Satanás habia formado la Ciudad del mal con una mujer y un hombre culpables; por uno de esos armoniosos contrastes, tan frecuentes en las obras de la sabiduría infinita, el Espíritu Santo formará la Ciudad del bien con una mujer y un hombre perfectamente justos. Conocemos ya á la nueva Eva; resta estudiar el nuevo Adan.

Divinizar al hombre, tal es el eterno pensamiento de Dios. Satanizar al hombre, tal es el eterno pensamiento del infierno. Divinizar es unir; satanizar es dividir; estos son los dos polos sobre que gira el mundo moral. Para divinizar al hombre, el Verbo creador ha resuelto unirse hipostáticamente á la naturaleza humana. Hombre-Dios, se hará el principio de las generaciones divinizadas. ¿Pero quién

le dará la naturaleza humana que El no tiene y que necesita? ¿Quién lo hará Hombre-Dios? Al Espíritu Santo está reservada esta maravilla. Sin duda, él no crea la divinidad, pero crea la humanidad y la une personalmente al Verbo increado.

El la ha creado no de su sustancia, lo cual seria un absurdo *monstruoso, sino por su* poder. La ha creado de la carne más pura y más santa, de una vírgen sin mancha alguna de pecado, ni actual, ni original (1).

La ha creado renovando en ella el milagro de la creacion del primer Adan. Dios formó al primer padre del linaje humano de una tierra vírgen é inanimada. El Espíritu Santo formó al segundo de la carne virginal de una vírgen viva. Dios formó á la vírgen Eva de Adan Vírgen; ¿por qué el Espíritu Santo no habia de formar de una mujer vírgen un hombre vírgen? María, como dice San Cirilo, volvió las tornas á la gracia: Eva nació de Adan solo; el Verbo nació de María sola, por *obra* del *Espíritu Santo* (2).

Ha sido formado el más hermoso entre los hijos de los hombres. Ignorado del mundo; ha vivido treinta años al lado de su madre y bajo la direccion del Espíritu Santo. La hora de su mision pública ha sonado Bajado del cielo para

1. Opus ergo Spiritus Virginis partus est. Dubitare ergo non possumus Spiritum creatorem, quem Dominicæ cognoscimus incarnationis auctorem. *¿Quomodo ergo in utero habuit Maria ex Spiritu Sancto?* Si quasi ex substantia: ergo Spiritus in carnem et ossa conversus est: Non utique. Si quasi ex operatione et potestate ejus virgo concepit ¿quis neget Spiritum creatorem? *S Ambr., De Spir. Sancto.* lib. II, c v.—In uno unius ejusdemque personæ Christo, creatam hominis *naturam conjunxit* increato Dei Verbo. ***Rupert**, De Spirit Sancto*, c. XIII.

2. Reddit igitur Maria gratiæ mutuum hujus officium; non ex viro, sed ex ipsa sola impollute ex Spiritu Sancto virtuteque Dei peperit *Catech.*, XII.

unir el hombre á Dios, su primer deber es predicar la penitencia; porque la penitencia no es otra cosa que volverse el hombre á Dios. A fin de autorizar sus lecciones, comienza por presentarse él mismo como el gran penitente del mundo. Allá en las riberas del Jordan, Juan Bautista alista las muchedumbres bajo el estandarte de la penitencia. Jesus se presenta, y á vista de todos los pecadores reunidos, recibe el bautismo de Juan. El Espíritu Santo vuelve á aparecer aquí y desciende sobre el Hombre-Dios, bajo la misteriosa forma de paloma. Principio de su vida natural, guía de su vida oculta, será inspirador de su vida pública (1).

¿Por qué Aquel que ha de ser nube luminosa en el Tabor, lengua de fuego en el Cenáculo, es paloma en el Jordan? Todo es sabiduría en las obras de la sabiduría infinita. La cuestion que se encierra en la anterior pregunta, ha ocupado tambien á las más elevadas inteligencias cristianas de Oriente y Occidente. "Fué elegida la paloma, dice San Crisóstomo, como símbolo de la reconciliacion del hombre con Dios, y de la restauracion universal que el Espíritu Santo iba á obrar por Jesucristo. Ella pone en relacion el Antiguo Testamento con el Nuevo, y hace que la realidad suceda á la figura. La paloma primera, con la rama de olivo en su pico, anuncia á Noé haber cesado el diluvio de agua; la segunda, posándose sobre la gran víctima del mundo, anuncia el próximo fin del diluvio de iniquidades (2)."

San Bernardo ve en la paloma del Jordan la dulzura infinita del Redentor, el cual es designado por los dos séres más dulces de la creacion: el cordero y la paloma. Juan el Bautista lo llama Cordero de Dios, *Agnus Dei*. Ahora bien, nada más propio que la paloma, para indicar al Cordero de

1. *S.* Aug., *De Trinit.*, lib. XV, c. XXVI.
2. *In Gen.*, IX, 12.

Dios. Lo que es el cordero entre los cuadrúpedos, es la paloma entre las aves; del uno y de la otra es extremada la inocencia, extremada la dulzura, extremada la sencillez. ¿Qué más extraño á toda malicia que el cordero y la paloma (1)? La mision del Hombre-Dios y todo el espíritu del cristianismo se revelan por este doble símbolo.

La paloma indica, segun Ruperto, la divinidad del Verbo hecho carne. "¿Por qué pregunta, una paloma y no una lengua de fuego? La llama ó cualquier otro símbolo podia designar una infusion parcial del Espíritu Santo: más no la plenitud de sus dones. Ahora bien, en Jesucristo habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (2). La paloma entera en todas sus partes, la paloma sin mutilacion, posándose sobre él, demostraba que no faltaba al Verbo encarnado ninguna de las gracias del Espíritu septiforme; y era el Padre de la adopcion, el Caudillo de todos los hijos de Dios, y el gran Pontífice del tiempo y de la eternidad (3)."

Santo Tomás encuentra en la paloma siete cualidades que la hacen símbolo perfecto del Espíritu Santo, descendido sobre el que se bautizó en el Jordan. La paloma, segun él, habita junto á las corrientes de las aguas. En ellas, como en un espejo, ve la imágen del gavilan que se cierne en el aire, y se pone en seguro: don de Sabiduría. Muestra un admirable instinto en escoger los mejores granos de trigo: don de Ciencia. Alimenta á los polluelos de otras aves: don de Consejo. No desgarra con el pico: don de Inteligencia. Carece de hiel: don de Piedad. Hace su nido en las

1. *Serm.* I *de Epiphan.*
2. Inhabitat in ipso omnis plenitudo divinitatis corporaliter. *Col.* II, 6.
3. *De Spirit. Sancto,* lib. I, c. XX.

hendiduras de las rocas: don de Fortaleza. Gime en vez de cantar: don de Temor (1).

Veamos como resplandecen en el Verbo encarnado todas estas cualidades de la paloma divina. Habita en las orillas de los rios de las Escrituras, cuya plena inteligencia posee. Allí, ve todas las astucias pasadas, presentes y futuras del enemigo, así como los medios de librarse de ellas: don de Sabiduría. Elige con el más admirable acierto en el inmenso tesoro de los oráculos divinos, las armas de precision contra cada una de las tentaciones en particular, las sentencias más apropiadas á las circunstancias de lugares, tiempos y personas. Se deja ver en sus respuestas al demonio del desierto y á los doctores del templo. Se ve como deja sumidos en el asombro á sus dichosos oyentes con su profundo conocimiento de las Escrituras: don de Ciencia.

Alimenta á los estraños, es decir, á los gentiles sustituidos en lugar de los Judíos ingratos. Los ilumina, los admite á su alianza y los colma de gracias: don de Consejo. No imita en manera alguna al hereje Arrio, al hereje Pelagio, al hereje Lutero: aves de rapiña de corvo pico, que, arrojándose sobre las Escrituras, las desgarran con las interpretaciones del sentido individual; sirviéndose de los girones que se llevan, como de andrajos para ocultar sus mentiras, engañar á los sencillos y perder las almas. El, discípulo de la paloma, comprende la Escritura en su verdadero sentido; la admite en todas sus partes, y hace brotar de cada texto un rayo luminoso, que muestra en su persona al Verbo Redentor del género humano: don de Inteligencia.

No tiene hiel. La infinita mansedumbre de su alma se trasparenta en las parábolas del Samaritano, de la oveja perdida y del hijo pródigo. El mismo, practicando su doc-

1. III p., q. 39, art. 6, corp.

trina, no vuelve mal por mal, ni injuria por injuria. ¿Qué digo? Lo que jamás se habia visto, lo que jamás hombre alguno habia imaginado: pide por sus verdugos: don de piedad. Hace su nido en la roca inquebrantable de la confianza en Dios, y el de sus *pequeñuelos* en las llagas de su adorable cuerpo: doble asilo inaccesible á la serpiente. Sus enemigos quieren precipitarlo de lo alto de un monte, y El pasa tranquilamente por entre medio de ellos. Bajado á los abismos del sepulcro, sale de él lleno de vida. Por donde quiera que pasa, hace huir á los demonios, cura los enfermos y acaba por encadenar á Satanás, Príncipe de este mundo: don de Fortaleza.

Su vida es un continuado suspirar. Camina humildemente á la muerte; experimenta todos sus horrores, pide de rodillas ser librado de ella; recibe el socorro de un ángel, y por fin ruega y llora en la Cruz al entregar su alma al Padre: don de Temor (1).

Sin embargo, el nuevo Adan bautizado y confirmado, es iniciado en su gran mision de conquistador, y revestido de impenetrable armadura. Puede ir ya seguro al combate. El Espíritu Santo, que lo anima, lo arrebata al desierto (2).

Allí lo espera el demonio. David y Goliat están uno frente al otro. Lucifer emplea todas sus astucias para vencer, ó por lo menos conocer al misterioso personaje cuya austeridad lo pasma y cuya santidad lo inquieta. Comprende por la inutilidad de sus ataques, que ha encontrado á su amo. Esta primera victoria del Hombre-Dios, preludio de todas las demás, quebranta, hasta sus fundamentos, los muros de la Ciudad del mal. Bien pronto, los cautivos de Satanás podrán escaparse por brechas más y más anchas, y venir á ha-

1. *Rupert*, *ubi supra*, c. XXI.
2. Este desierto se halla en la Arabia Petrea, al otro lado del Mar Muerto, no lejos de los lugares en que San Juan bautizaba.

bitar en la Ciudad del bien. A contar desde este instante, el cristianismo avanza, el paganismo retrocede; la historia de los tiempos modernos comienza.

El nuevo Adan viene á continuar en los lugares habitados la obra victoriosa que ha inaugurado en el desierto. Guiado siempre por el Espíritu Santo, recorre campos, aldeas y ciudades. "El Espíritu del Señor sobre mí, dice el mismo: por lo que me ha ungido, para dar buenas nuevas á los pobres me ha enviado, para sanar á los contritos de corazon; para anunciar á los cautivos redencion, y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados, para publicar el año favòrable del Señor, y el dia del galardon (1)."

Más allá, dice, resumiendo en dos palabras su mision: "Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo (2)."

La obra del diablo, esto es, la Ciudad del mal, con sus instituciones, sus leyes, sus ciudades, sus ejércitos, sus emperadores, sus filósofos, sus dioses, sus supersticiones, sus errores, sus odios, su esclavitud, sus ignominias intelectuales y morales; Ciudad formidable cuya capital era entonces Roma, señora del mundo.

Solo el rey omnipotente de la Ciudad del bien, puede salir airoso en semejante empresa. A fuerza de milagros, los más asombrosos y auténticos, es como pueden ser batidas las fortalezas de Satanás, edificadas con prestigios y protegidas por oráculos universalmente admitidos (3). El Espíritu de los milagros se comunica, pues, por completo al Verbo encarnado. El mismo lo tenia predicho por boca de

1 *Luc.*, IV 18, 19

2 In hoc apparuit Filius Dei, ut disolvat opera diaboli. I *Joan.*, III, 8.

3. Véase nuestro opúsculo: CREDO.

Isaías: "Y reposará sobre él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el espíritu del temor del Señor (1)."

A su vez, el Verbo encarnado atribuye al Espíritu Santo toda la gloria de la obra. Si bautiza, si echa á los demonios, si enseña la verdad, si da el poder de perdonar los pecados; en otros términos, si, con una mano destruye la Ciudad del mal, y con otra edifica la Ciudad del bien, es en nombre, por el poder, y como lugarteniente del Espíritu Santo (2)."

Se honra con deber al Espíritu Santo las mismas virtudes que brillan en El y que arrebatan los pueblos en admiracion, y con ser El mismo el cumplimiento vivo de la pa labra de Isaías: "He aquí mi siervo, le ampararé; mi escogido, mi alma tuvo su complacencia en él; sobre él puse mi Espíritu, él promulgará justicia á las naciones. No voceará, ni tendrá acepcion de persona, ni será oida en las plazas la voz de él. La caña cascada no la quebrará, y la torcida que humea no la apagará; hará justicia según verdad.... mientras que establezca la justicia en la tierra; y las islas esperarán su ley (1)."

Llega la hora solemne en que debe alcanzar su última victoria y salvar al mundo con su divina sangre. Cual nuevo Isaac, víctima del génerr humano, el Espíritu Santo haciendo lo que Abraham, lo conduce al Calvario y allí lo inmola. Muere; y el Espíritu Santo lo saca vivo de la tumba (4).

¿Es menester defender los derechos del Espíritu Santo?

1. *Is.*, XI, 2.
2. *Matth.*, III, 11; XIII, 18, &., &.
3. *Is.*, XLI, 1, 6; *Matth.*, IV, 1; XII, 18, 28.
4. *Hebr.*, IX, 14; *Rom.*, VIII, 11.

En este caso, parece olvidar los suyos. El mismo ha pronunciado esta sentencia: "Todo el que dijere palabra contra el Hijo del hombre, perdonada le será; más el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo, ni en el otro (1)." ¿Llega el momento de hacerle lugar en las almas? Pues no duda un momento en separarse de todo lo que más ama en el mundo, para no ser un obstáculo al reinado absoluto del divino Espíritu. "Conviene á vosotros que yo me vaya, dijo á sus apóstoles, porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador (2)."

¿Se trata de la gran mision que se les va á confiar? Pues les explica su naturaleza y extension, los inviste de ella; mas les advierte que la fuerza heróica que necesitarán para cumplirla, les será comunicada por el Espíritu Santo (3). Continuando, en fin, su plan de retirarse ante el divino Paracleto, el Maestro bajado del cielo les declara en términos formales que, á pesar de los tres años pasados en su escuela, su instruccion no está terminada. Al Espíritu Santo está reservada la gloria de completarla, enseñándoles todo lo que deben saber (4).

Tales han sido las enseñanzas y los actos del Hombre-Dios acerca del Espíritu Santo. Jamás el cielo y la tierra oyeron ni oirán nada más elocuente respecto á la majestad del Espíritu Santo y á la necesidad de su influencia; ya para regenerar al hombre, ya para mantenerlo en su estado de regeneracion.

1. *Matth.*, XII, 32
2. *Joan.*, XVI, 7.
3. *Luc.*, XXIV, 46, 49.
3. *Joan.*, XVI, 12, 13.

CAPITULO XIV.

(CONTINUACION DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—El Hombre-Dios, obra acabada del Espíritu Santo.—Nuestro Señor Jesucristo, tipo único de perfeccion.—Hombre por excelencia.—Unico centro de la historia.—En vez de ser nada, lo es todo.—En él termina el mundo antiguo.—De él parte el mundo moderno.—El cielo, la tierra, el infierno, lo reconocen por el alfa y oméga de todas las cosas.—Los ángeles y los astros hacen su profesion de fe.—Cálculos astronómicos.—La tierra hace su profesion de fe: Expectacion general del Mesías.—Testimonios.—El infierno hace su profesion de fe: Fuga de los demonios.—Sus palabras.—Cesacion de los oráculos.—Muerte del gran Pan.—Este triple acto de adoracion continúa despues de dos mil años.—La Encarnacion quicio del mundo moderno, cuya existencia descansa sobre la resurreccion de un muerto.—O creerla ó estar loco.—Tentativas del demonio para impedir la creencia en la Encarnacion.

La segunda creacion del Espíritu Santo es, como la primera, una maravilla inefable. El Hijo de María se eleva á una altura tal, que sobrepuja todo lo que el mundo ha visto desde que existe. Conjunto inefable de gracia y de majestad, de dulzura y de fuerza, de sencillez y de dignidad, de firmeza y de condescendencia, de calma y de actividad, habla, y ningun hombre ha hablado como él. Manda, y todo le obedece. Con una palabra, calma las tempestades, con otra, arroja del templo á los vendedores ó á los demonios del cuerpo de los posesos. Enseña, como quien tiene una autoridad propia, que nadie comparte con él. Sus preferencias son para los pequeños, los pobres, y los oprimidos.

A su paso siembra los milagros y sus milagros son otros tantos beneficios. Perdona con una bondad maternal al arrepentido, sea el que fuere su crímen. Es tal la santidad de su vida, que desafía á sus más encarnizados enemigos á que encuentren en él la sombra de una falta. Calla cuando se le acusa, bendice cuando se le ultraja. Injustamente condenado por enemigos ávidos de su muerte, pára sus golpes, burla sus tramas, y no deja estallar la borrasca, sino en el dia y de la manera que él ha fijado, probando su divinidad más inconcusamente con su muerte que con su vida.

Pero el objeto del Espíritu Santo no es solamente hacer del Verbo encarnado una creacion excepcional, digna de la admiracion del cielo y de la tierra. Ante todo, quiere realizar en él al hombre por excelencia, tal como existia desde toda la eternidad en el pensamiento divino, y tal como debia aparecer algun dia para divinizar á todos los hombres; maravillosa operacion que, soldando la creacion inferior con la creacion superior, la naturaleza humana con la naturaleza divina, debia conducirlo todo á la unidad. Ahora bien, esta deificacion del hombre es la última palabra de las obras de Dios, el objeto final de la Ciudad del bien (1).

"Al principio, dice el sábio doctor Sepp, el hombre y por él la naturaleza cuyo jefe y representante era á la vez, estaban íntimamente unidos á Dios. Esta union duró hasta que el pecado, separando al hombre de su Criador, le hizo perder al mismo tiempo, el poder que habia recibido sobre la naturaleza. Pero Dios, para reparar su obra alterada por

1. *Instaurare omnia in Christo.*—Christus enim est summa, caput et recapitulatio omnium operum Dei, visibilium et invisibilium. Quocirca omnes res feruntur in Christum tanquam in centrum, cui conjungi desiderant. *Corn. á Lap., in Agg.*, II, 8.

el pecado, aproximó nuevamente á Sí la criatura por medio de la Encarnacion.

"Esta consiste en que habiéndose unido la divinidad á la humanidad en la persona de Jesucristo, este ha venido á ser el centro de la historia. Esta íntima union, una vez realizada en el centro, se comunica por medio de una efusion *contínua á todos los puntos* de la circunferencia, y lo que se ha verificado una vez en la vida de Jesucristo, se reproduce y desarrolla sin cesar en la vida de la humanidad (1)."

Segun el bello pensamiento de Clemente de Alejandría, todo el drama de la historia se ha realizado á modo de preludio en la vida de Jesucristo. El Verbo, que se encarnó una vez en el seno de María, debe encarnarse todos los dias en la humanidad y en cada hombre en particular. Tambien el nacimiento del Verbo se reproduce todos los dias en la historia y en el renacimiento espiritual, que obran sin cesar los sacramentos, depósito de su gracia.

De aquí resulta, que Nuestro Señor Jesucristo no es solamente la figura más grande, sino tambien la única persona en que se resume toda la historia. En lugar de ser nada ó poco, lo es todo; *Omnia in omnibus*. En lugar de ser un mito ó un falsario, como se han atrevido á decir blasfemos estúpidos, es la realidad en que viene á parar todo el mundo antiguo; el foco de donde parte todo el mundo nuevo. Y esto, hasta el punto de que si Nuestro Señor Jesucristo, nacido en el establo de Belen y muerto en la cruz del Calvario, no es el hombre por excelencia, el Hombre-Dios, realmente Dios, realmente hombre y principio de la deificacion universal, son falsas desde la primera hasta la última todas las tradiciones y todas las aspiraciones antiguas,

1. *Vie de Notre-Seigneur Jésus-Christ*, t. I, *introduction*, 17, 18.

falsas todas las creencias modernas; y la vida del género humano una locura, sin intervalos lúcidos, que comenzó hace seis mil años, para durar, con gran desesperacion de la incredulidad, mientras un corazon humano dé latidos sobre la tierra.

En efecto, si hay en la historia un punto incontestable, es, que las naciones, aun las más groseramente idólatras, jamás han perdido el recuerdo de la caida primitiva, ni la esperanza de una restauracion. Este doble dogma tiene su fórmula en el sacrificio, ofrecido constantemente en todos los puntos del globo. Un personaje divino, Salvador y regenerador universal, es el objeto evidente de todas sus aspiraciones.

El Judío lo ve en Noé, en Abraham, en Moisés, en Sanson y en otros cien que lo representan. En vano el Espíritu del mal se esfuerza por alterar entre los gentiles el tipo tradicional del Deseado de las naciones. Puede oscurecer algunos de sus rasgos, pero el fondo queda. Nosotros vemos todavía más; y es, que á la venida del Mesías, el mundo entero estaba esperando como nunca á un libertador. Y decimos el mundo entero, á fin de expresar todas las partes de que se compone; el cielo, la tierra y el infierno. Cada uno á su manera, debia proclamar al Restaurador universal, y, segun expresion de San Pablo, doblar la rodilla ante su adorable persona.

Apenas nace, cuando toda la milicia celestial viene á prosternarse ante su cuna, y anuncia el cumplimiento del más deseado de los misterios, la reconciliacion del hombre con Dios, la gloria en el cielo y la paz en la tierra. A la voz de los ángeles viene á unirse la voz de los astros. No hablamos de la estrella que guia los Magos á Belen, hablamos de todo el sistema planetario. Los cálculos astronómi-

cos más sábios establecen, que los astros anunciarian la venida del Verbo encarnado; que el año sabático, año de perdon y de renovacion, estaba calculado sobre las revoluciones siderеas, y que los astros *renovarian* su curso, cuantas veces la tierra se *renovase por la penitencia.*

Los sábios doctores alemanes, Sepp y Sechuberr, han demostrado que todos los pueblos de la antigüedad, conocian este lenguaje de los astros y el gran suceso que anunciaban. "Pero todas estas armonías particulares, dicen, tendian hácia otra más general y más alta en el movimiento de Urano, el más elevado y el más lejano entre los planetas. En el año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Urano, cuyo período de rotacion al rededor del sol abraza el de todos los demás planetas (1), cumplia su quinquagésima revolucion. Ahora bien, el año de Urano puede mirarse con razon como el solo año real y completo del sistema planetario; puesto que entonces todos los astros, aun los más lejanos, vuelven á comenzar su curso.

"Pues bién, en esta época fué precisamente, cuando todo el sistema planetario junto, celebró el primer año de reparacion y de reconciliacion, cuando todas las profecías se cumplian, cuando los ángeles del cielo y los habitantes de la tierra, cantaban mezclando sus voces con los armoniosos conciertos de las esferas celestes: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Esta época coincidia con el fin de la semana del año sabático, en la cual, segun una antigua prediccion, Diós habia de afirmar su alianza con los suyos.

"En resúmen, en este gran reloj del universo, cuyo des-

1. En el año 1846 se descubrió el planeta Neptuno, que dista del sol más que Urano y tarda más tiempo en recorrer su órbita. Esos sábios alemanes escribirian antes de 1846.

(*Nota del Traductor*).

tino primitivo es marcar el tiempo, los resortes y las ruedas estaban, desde el principio, dispuestos por el mismo Criador de tal modo, que todos se referian á la grande hora en que Dios debia hacer lucir el dia, eternamente previsto, de perdon y renovacion del universo. El firmamento, lo mismo en su concierto general, que en la disposicion de sus armonías interiores, anunciaba á Aquel por quien y para quien fué hecho el cielo estrellado (1)." Asi fue, como en la hora de su Encarnacion los ángeles y los astros doblaron la rodilla ante El y lo reconocieron por su autor: *Omne genu flectatur caelestium.*

Los mismos homenajes fuéronle tributados por los habitantes de la tierra. Los judíos instruidos desde el orígen de su nacion por la profecía de Jacob, que anunciaba la venida del gran libertador para el momento en que el cetro salido de la casa de Judá, fuese empuñado por un extranjero, estaban en la espectacion de su próxima llegada. Sus oidos estaban abiertos á todos los impostores, que, llamándose el Mesías, prometia libertarlos del yugo de las naciones; tras de ellos se iban con una facilidad hasta entonces sin ejemplo (2). La historia atestigua, que el motivo principal de la guerra insensata que sostuvieron entonces contra los Romanos, fué un oráculo de las Escrituras anunciándoles, que por aquel tiempo se levantaria en su patria un hombre que extenderia su dominacion sobre toda la tierra (3).

---

1 *Schuberr Symbolique des songes; Sepp., Vie de Notre Seigneur Jésus Christ*, t, II, 387.

2. *Act.* v 36, 37, etc

3. Quod maxime eos ad bellum excitaverat, vaticinium erat *ambiguum* in sacris libris repertum, illis circiter temporibus quemdam ex ipsorum finibus orbis terrarum imperio potiturum. *Joseph, De bell judaico*, lib. VI, c. v, n. 4.

Esta expectacion de la próxima llegada del Mesías no era peculiar de los Judíos; todas las naciones del mundo participaban de ella. Preciso era que así fuese; sin esto ¿cómo los profetas comenzando por Jacob y acabando por Ageo, hubieran podido llamar al Mesías, *la Expectacion de las gentes*, *el Deseado de todas las naciones?* (1)

Los gentiles debian este conocimiento del Redentor futuro, ya á la tradicion primitiva, ya al comercio de los Judíos, esparcidos desde muchos siglos en las diferentes comarcas de la tierra y hasta en Roma mismo. No eran pocos, ignorados y sin influencia los que habia en esta capital del mundo; sino que por el contrario eran muchos, ocupaban empleos importantes y tenian tal union entre sí, que ejercian una marcada influencia sobre las asambleas públicas. "Vosotros sabeis, decia Ciceron á los magistrados romanos abogando por Flaco, cuán grande es el poder (de los Judíos) cuán grande su union y la fuerza que tienen en nuestras asambleas. Lo diré en voz baja, para que lo oigan tan solo los jueces. No faltan gentes que los excitan contra mí y contra los mejores ciudadanos (2).

Cosa evidente, la religion de un tal pueblo no podia ser ignorada de los Romanos, por lo menos en sus dogmos fundamentales; lo dicta la razon y cien testimonios de la historia lo confirman (3). Por ejemplo, Herodes era el huésped y amigo particular de Asinio Polion, á cuyo hijo se aplica en el sentido literal la cuarta egloga de Virgilio. El judío Nicolás de Damas, hombre hábil á quien Herodes te-

1. Et ipse erit Expectatio gentium *Gen.* XLIX, 10.—Movebo omnes gentes et veniet Desideratus cunctis gentibus *Agg.*, II.

2. Scis, quanta sit manus (Judæorum), quanta concordia, quantum valeat in concionibus. Submisa voce agam tantum ut judices audiant, etc *Pro Flacco*; n. 28.

3. Véanse los excelentes artículos de los *Annales da Phil. ehret.*

nia confiado el cuidado de sus negocios, gozaba del favor de Augusto. Macrobio refiere que conocia hasta la ley que prohibia á los Judíos comer carne de cerdo. Ahora bien, se sabe que la expectacion del Mesías era la base de la religion mosáica.

A medida que se aproximaba el advenimiento del Deseado de las naciones, se iba esparciendo por el mundo una luz más viva; se diria que eran los primeros rayos de la estrella de Jacob. En efecto, ya va á aparecer; y Virgilio, intérprete de la Sibila de Cumas, canta en la córte de Augusto la próxima llegada del Hijo de Dios, quien, bajando del cielo borrará los crímenes del mundo, *matará la serpiente* y establecerá sobre la tierra la edad de oro.

A los oradores y los sacerdotes de Roma hay que añadir los historiadores más graves. "Habia invadido, escribe Suetonio, todo el Oriente la antigua y constante opinion de que estaba determinado, que en aquel tiempo gentes salidas de Judea se apoderarian de todo (1)." Tácito no está menos sério. "Muchos, dice, estaban persuadidos de que se contenia en los antiguos libros de los Sacerdotes, que por aquel mismo tiempo prevaleceria el Oriente y gentes salidas de Judea se enseñeorearian de todo (2)."

Esta viva expectacion del Mesías se encontraba en todos los pueblos, á pesar de lo que se desfiguró entre ellos la religion primitiva. Una tradicion china, tan antigua como Confucio, anuncia que aparecerá en Occidente el Justo. Segun el segundo Zoroastro, contemporáneo de Darío, hijo de

1. Percrebuerat Oriente toto vetus et constas opinio, esse in fatis ut eo tempore Judae profecti rerum potirentur. *In Vespas.*, n. 4.

2. Pluribus persuasio inerat, antiquis Sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore fore ut valesceret Oriens, profectique Judae rerum potirentur *Hist.*, lib. V. n. 3.

Hystaspes y reformador de la religion de los Persas: "Se levantará algun dia un hombre, vencedor del demonio, doctor de la verdad, restaurador de la justicia en la tierra y Príncipe de la paz. Una virgen sin mancha lo dará á luz. La aparicion del Santo será señalada por una estrella, que con su marcha milagrosa guiará á sus adoradores hasta el lugar de su nacimiento (1)."

La herejía y aun la incredulidad han respetado hasta nuestra época este acuerdo unánime del Oriente y del Occidente. "Ciertas tradiciones inmemoriales, dice el sábio inglés Mauricio, relativa á la caida del hombre y á la promesa de un mediador futuro, derivadas de los patriarcas y extendidas por todo él Oriente, habian enseñado á todo el mundo pagano á que esperase la aparicion de un personaje ilustre y sagrado (2)."

El impío Volney habla del mismo modo: "Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos anteriores a la ruina de Jerusalen, habian extendido en toda el Asia un dogma completamente semejante al de los Judíos sobre el Mesías. No se hablaba mas que de un gran Medianero, de un Juez final; de un Salvador futuro, que siendo rey, Dios, conquistador, y legislador, debia hacer volver sobre la tierra la edad de oro, librarla del imperio del mal y restituir á los hombres el reinado del bien de la paz y la felicidad (3)."

Tan universal é íntima era esta creencia, que segun la tradicion de los Judíos, consignada en el Talmud y en otras muchas obras antiguas, gran número de gentiles fueron á Jerusalen, hácia la época del nacimiento de Jesucristo, para ver al Salvador del mundo cuando viniera á rescatar á la casa de Jacob (4).

1 *Schmidt*, *Redemption du genre humain.* p. 66-174.
2 *Id ubi supra*,
3. *Ruines*, c. xx, n. 13.
4. *Talmud.*, c. XI.

En resúmen, dos hechos hay tan ciertos como la existencia del sol.

Primer hecho: hasta la venida del Verbo encarnado, todos los pueblos de la tierra esperaron un libertador.

Segundo hecho: desde que vino Nuestro Señor, esta expectacion general ha cesado.

¿Qué se infiere de aquí? O que el linaje humano, instruido por las tradiciones primitivas y por los oráculos de los profetas, se engañó esperando un libertador y reconociendo por tal á Nuestro Señor Jesucristo; ó que Nuestro Señor Jesucristo es en realidad el Deseado de las naciones, no hay medio. Por esto la tierra dobló su rodilla ante El y lo reconoció por su Redentor: *Omne genus flectatur terrestrium.*

El infierno mismo no podia permanecer extraño al advenimiento del Mesías. Esta era para él una cuestion de vida ó muerte ¡Cuántas veces vemos en el Evangelio á los espíritus inmundos, no solamente ceder á las órdenes de Jesus, sino tambien proclamarlo Hijo de Dios! Mas este homenaje individual, por mucho que se repitiera, no era bastante. Era menester que ante el Verbo eterno, ante el Verbo viviente, descendido á la tierra para instruir al mundo, quedasen mudos Satanás y sus oráculos. Era menester además, que en justo retorno los últimos acentos de los espíritus malos fueran la proclamacion solemne de la divinidad y la venida al mundo de Aquel que los reducia al silencio.

A proposito de esto; Plutarco en su libro de la *Caida de los oráculos* refiere una historia maravillosa. Es un diálogo entre varios filósofos romanos, uno de los cuales se expresa de este modo: "Un hombre grave é incapaz de mentir, Epiterso, padre del retórico Emiliano, á quien alguno

de vosotros he tenido ocasion de oir, compatriota mio y mi maestro de Gramática, referia que habia hecho un viaje á Italia en un barco que llevaba á bordo géneros de comercio y muchos pasajeros. Una noche, hallándose cerca de las islas Equinades (1), paró el viento y el barco quedó en las inmediaciones de la isla de Parea. La mayor parte de los pasajeros no se habian acostado todavía y muchos estaban bebiendo despues de la cena, cuando derrepente se oyó salir de la isla una voz como si álguien llamara á Tamo. Así se llamaba el Piloto que era egipcio, pero cuyo nombre apenas lo sabia ningun viajero. Pasmáronse todos, y el piloto no respondió á la voz, por más que se repitió dos veces. Sin embargo, llamado por tercera vez, contestó, y la voz le gritó entónces: Cuando pases junto á Palodes, anuncia á este lugar que el gran Pan ha muerto.

"Los pasajeros no sabian qué pensar y consultaban entre sí si seria prudente ejecutar la órden que se les acababa de dar, ó seria mejor no ocuparse de tal cosa. Pero Tamo declaró, que si se levantaba el viento, pasaria junto á Palodes sin decir nada; pero que si habia calma, diria lo que habia oido. Llegados, pues, cerca de Palodes con tiempo encalmado y mar tranquila, colocándose Tamo á la popa y mirando hácia la tierra, gritó conforme lo habia oido: El gran Pan ha muerto (2).

"Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando se oyó una gran muchedumbre, que lanzaba un inmenso suspiro. Como en el barco iban muchos pasajeros, este suceso fué bien pronto conocido en Roma, donde se hizo el asunto de todas las conversaciones, tanto que el emperador Tiberio hizo comparecer á Tamo en su presencia. Este asunto pro-

1. Hoy *Cruzolari* Paros y Antiparos.
2. *Pan*, significa universal: gran Pan, gran universal, Dios de los dioses.

dujo tal impresion al emperador, que mandó hacer las averiguaciones mas exactas sobre aquel Pan, cuya muerte habia sido anunciada (C. XIII).

La historia no dice, cuál fuera el resultado de las averiguaciones imperiales; pero segun la analogía de los hechos, la tradicion lo conjetura con fundamento. Todas vinieron á parar en hacer constar la muerte de aquel á quien el centurion del Calvario habia proclamado Hijo de Dios. "Las voces de que se trata, escribe el doctor Sepp, eran voces misteriosas de la naturaleza, de que las potencias infernase servian para comunicar á los hombres esta nueva, que era para ellas objeto de terror. La muerte del Hijo de Dios fué anunciada por toda la tierra por medio de fenómenos extraños (1). El paganismo sintió resonar el eco ruidoso de este gran acontecimiento hasta en lo más íntimo de su fondo, en sus oráculos.

Al modo que un signo aparecido en el cielo habia anunciado al sabeismo oriental el nacimiento del Salvador; así la muerte del que habia querido descender triunfante á los infiernos, fué anunciada en Occidente por los oráculos del infierno á los adoradores de los demonios hasta en Roma, la capital de todos ellos. Y así como á la llegada de los magos, Herodes reunió á los sábios de los Judíos para preguntarles sobre el nacimiento del Mesías, así Tiberio consultó á los magos de su pueblo acerca de la noticia de su muerte. Este acontecimiento es tanto más notable, cuanto que poco despues llegó á Rama, al palacio del emperador, la relacion de Pilatos sobre la muerte de Jesus (2).

Esta relacion contenia en compendio, segun Tertuliano, la vida, los milagros, pasion y muerte de Nuestro Señor.

1. *Catech de persév.*, t. III.
2. Sepp, t. I, 145, 146.

Pilatos, dice el gran apologista, como abrigando en su conciencia persuacion favorable al cristianismo, escribió al emperador Tiberio todo lo concerniente á Cristo. Desde entónces los emperadores habrian creido en Jesucristo, si los Césares no hubieran sido esclavos del siglo ó si los cristianos pudieran haber sido Césares. De todos modos, cuando Tiberio recibió de Palestina noticia de los hechos que probaban la divinidad de Cristo, propuso al Señado que se le colocora en el rango de los dioses, dando desde luego su voto favorable. El Senado rechazó la propuesta, por cuanto no habia examinado por sí las pruebas. El emperador permaneció en su parecer y amenazó con su enojo á los que acusaran á los cristianos (1).

Soltar, pues, la presa, enmudecer en sus oráculos engañosos, proclamar la divinidad de Jesucristo, anunciar su muerte, abandonar para siempre los templos y altares que les estaban consagrados; tales son los actos con que los demonios doblaban la rodilla, delante del Verbo encarnado y lo reconocian por su vencedor: *Omne genu flectatur infernorum*,

Desde que pasó por el mundo el Hijo de María; todos los siglos han continuado arrodillándose ante Él. Su persona divina es la base de la historia, y aun la razon de la existencia y denominacion de los siglos. ¿A qué fecha pertenecen la caida del paganismo greco-romano, la aparicion en el lenguaje humano del gran nombre de cristiano, el nacimiento de la más poderosa nacion del mundo que es la nacion católica, la destruccion de la tiranía cesariana y la

1. Tiberius ergo.. anunciatum sibi ex Syria Palæstina quod illic veritatem illius divinitatis revelaverat. detulit ad senatum cum prærogativa suffragii sui. Senatus quia non in se probaverat, respuit. Cæsar in sententia mansit, comminatus periculum accusatoribus christianorum *Apol.*, v, et *Pamelii notoe* 57 et 58.

abolicion de la esclavitud? ¿Cuándo desaparecieron del suelo de Occidente el divorcio, la poligamia, la *opresion* de la mujer, el asesinato legal del niño y los sacrificios humanos? Dirigid estas preguntas á los pueblos que componen la flor del linaje humano: todos os responderán unánimes nombrando á Jesucristo, su época y su doctrina.

Si repasais uno tras otro todos los elementos de la civilizacion, no encontrareis uno siquiera que no suponga la fe en la Encarnacion, es decir, en la vida, milagros, divinidad, muerte, resurreccion é historia completa de Nuestro Señor.

¡Y *sin embargo, los Renan modernos* se atreven á decir que no se han visto nunca milagros, y señaladamente que la resurreccion de un muerto es un hecho imposible, ó por lo ménos sin ejemplo!

¡Pigmeos de la duda, no ven que ellos mismos son la afirmacion viva de este milagro! ¡No ven que no pueden siquiera nombrar el año de su nacimiento, ni del nacimiento ó de la muerte de su padre, no pueden citar el año de los sucesos que refieren, ahora los admitan, ahora los combatan, sin afirmar el milagro cuya existencia afectan neciamente negar!

¡Negadores impotentes, os mentís á vosotros mismos; pero solamente á vosotros! A pesar de vuestras negaciones, permanece evidente como la luz del dia, que toda la historia religiosa, política, social y doméstica del mundo moderno arranca de la *resurreccion de un muerto*; y que la civilizacion europea, lo mismo que vuestra vida intelectual, tiene por pedestal una tumba. Si, pues, Jesucristo no resucitó, todo es falso, y el género humano está loco. Pero si el género humano está loco, probad que vosotros no.

Así, el Dios-Hombre, el Verbo Encarnado, esperado y

deseado, creido y adorado, la segunda creacion del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento, es el centro en que todo confluye, el foco de donde todo parte, el hecho fundamental en que descansa el edificio de la razon y de la historia, la cual no es otra cosa en su curso que el desenvolvimiento de ese hecho divino. "El cristianismo, posee, pues, todos los caractéres de una revelacion central, la unidad, la universalidad, la simplicidad y una fecundidad tal, que diez y ocho siglos de meditacion y estudio no han podido agotarla; y la ciencia, á medida que profundiza más en este abismo, descubre en él nuevas profundidades, Ahí está lo que da al cristianismo el sello de lo divino y á sus demostraciones el carácter de lo perfecto (1).»

Siendo la Encarnacion lo que es en el plan de la Providencia, el Rey de la ciudad del mal no podia ménos de hacer conforme lo hemos dicho, los últimos esfuerzos para impedir la creencia de este dogma destructor de su imperio. Así, los remedos que habia multiplicado para desorientar la fe del linaje humano en la materdad divina de la Vírgen, los emplea con desoladora habilidad para hacer imposible la fe de las naciones en la divinidad de su santísimo hijo.

Conocedor de la Encarnacion del Verbo desde el principio del mundo, reune consejo y dice: Para evitar que este Dios-Hombre sea reconocido como el único Dios verdadero, hijo de una madre siempre vírgen, oráculo insigne de la verdad, libertador y salvador de los hombres, inventemos una muchedumbre de dioses entre los cuales repartiremos sus diferentes rasgos característicos: dioses visibles, nacidos de diosas y semidiosas; dioses sábios, poderosos y buenos, que dén oráculos y protejan á los hombres y

1. *Sepp. introd.*, 24.

los libren de sus enemigos; y se hagan escuchar de los sábios y temer de los pueblos y servir por los emperadores; dioses antiguos y dioses nuevos; y en tanto número, que á pesar del cielo, seamos nosotros los amos de la tierra (2).

De este consejo infernal salieron innumerables remedos del gran Libertador; esperanza del linaje humano. Recorred la historia del mundo pagano, antiguo y moderno; por todas partes encontrareis el tipo desfigurado del Mesías, Hombre-Dios y regenerador de todas las cosas. El Indio os lo ofrece en Chrishna, encarnacion de Vischnou, que dirige en el firmamento la marcha de l·s estrellas y nace entre pastores. Vedlo tambien en Buddha, que bajo diversos nombres es á la vez Dios de la China, del Thibet y de Siam. Nace de una Vírgen régia, que no pierde su virginidad al echarlo al mundo. Su nacimiento trae inquieto al rey del país, quien hace morir á todos los niños nacidos al mismo tiempo que aquel. Pero Buddha, á quien salvan unos Pastores, vive como ellos en el desierto hasta la edad de treinta años. Entónces empieza su mision, enseña á los hombres, los libra de los espíritus malos, hace milagros, reune discípulos, les deja su doctrina y se sube al cielo. Véamosle además en el Feridun de los Persas, vencedor de Zohac, sobre cuyas espaldas nacieron dos serpientes que deben alimentarse diariamente con los sesos de dos hombres.

"Sabian todos los pueblos, herederos de las tradiciones primitivas, que el mal habia entrado en el mundo por una serpiente: sabian que el antiguo dragon habia de ser vencido un dia, y que un Dios, nacido de una mujer, le quebrantaria la cabeza. Así encontramos entre todos los pueblos

1. Véase Argentan, *Grandezas de la Santísima Vírgen*, c. xxiv, § 2.

de la antigüedad, el reflejo de esta tradicion divina en un mito particular, cuyos matices varian segun los tiempos y lugares, pero que en el fondo es siempre el mismo.

"Apolo combate contra Python: Horo contra Typhon, cuyo nombre mismo significa serpiente: Ormuzd contra Ahriman, la gran serpiente que presenta á la mujer la fruta cuyo uso la hace criminal contra Dios: Chrishna contra el dragon Caliza-Naza y le aplasta la cabeza. Thor entre los Germanos, Odin entre los pueblos del Norte, son vencedores de la *gran serpiente*, que, como un ceñidor, rodea toda la tierra. Entre los del Thibet, es Durga el que lucha con la serpiente. Todos estos rasgos, esparcidos en las mitologías de diferentes *pueblos, los habia recogido el paganismo* greco-romano en Heracles ó Hércules (1)."

Este semi-dios, salvador de los hombres y exterminador de mónstruos, es hijo de Júpiter y de una *simple mortal*. Apenas ha nacido, mata dos serpientes enviadas para devorarlo. Ya crecido, se retira á un lugar solitario, es tentado y se decide por la virtud. Dotado de fuerzas físicas extraordinarias, se consagra á hacer bien á los hombres, recorre la tierra, castiga la injusticia, destruye los animales dañidos, procura dar libertad á los oprimidos, ahoga al leon de Nemea, mata la Hidra de Lerna, libra á Hesion, baja á los infiernos y saca encadenado al can Cerbero. Estas hazañas y otras no menos brillantes, componen los *doce trabajos* de Hércules, número sagrado que representa el conjunto de los beneficios de que los hombres son deudores al heróico semi-dios. Hércules muere al fin en su lucha por el linaje de los mortales; pero de entre las llamas de su hoguera, encendida en la cumbre del monte Oeta, se sube á las mansiones celestiales.

1. Argentan, *ibid.*

Añadamos que Hércules era el objeto principal de los misterios de la Grecia, en los cuales se celebraban contínuamente su nacimiento, sus hechos y su muerte. Añadamos tambien, que con uno ú otro nombre se encuentra á Hércules entre todos los pueblos de Oriente y Occidente: Candolo en Lidia, Bel en Siria, Som en Egipto, Melkarte en Tyr, Rama en las Indias, Ogmios en las Galias. ¿Cómo es posible no ver en este Hércules universal el tipo desfigurado del Deseado de las naciones, que recorre su carrera como libertador y ofrece su vida para expiar los pecados del mundo. (1)

Se ve, pues, que la lucha los caractéres y el héroe de la lucha se encuentran en toda la tierra. En el fondo de las tradiciones de los diferentes pueblos se descubre el tipo, más ó menos alterado, del Mesías, de su obra y de su vida; de la anunciacion y el nacimiento de una vírgen; la persecucion de Herodes, la lucha victoriosa contra la serpiente, la muerte y la resurreccion, la libertad del género humano y la asuncion al cielo. Si todos estos mitos no estuvieran calcados en una verdad comun; si no fueran producto mas que de la imaginacion de los pueblos, ¿cómo se explicaria semejante acuerdo entre todas las naciones del universo, y qué objeto podria tener? Si Lucifer y los hombres no hubieran sido instruidos, el uno muy claramente, los otros en

1. Satanás habia hecho popular en Egipto otro remedo del Dios reconciliador. Todos los años se ofrecia al pueblo un espectáculo, cuya base era la vida de Osiris. El Dios-sol nace bajo la forma de un niño: una estrella anuncia su nacimiento: el Dios crece y se ve obligado á huir, perseguido por animales feroces: sucumbiendo, por fin, á la persecucion, muere. Entónces comienza un luto solemne: el Dios-sol, poco antes privado de la vida, resucita, y se celebra su resurreccion.—Véase tambien á Plutarco, de Iside et Osiride.

confuso, de que el Redentor habia de aparecer un dia con estos rasgos; ¿de dónde los habrian tomado?

Pero la realidad histórica, que ha servido de base á todas estas fábulas, ¿donde la encontraremos sino en la persona del Verbo encarnado, que cambió la faz del mundo á costa de sus trabajos y su sangre? Si el universo entero, diremos una vez más, despues de haberse engañado en sus esperanzas por espacio de cuatro mil años, se engaña tambien en su fe por espacio de otros dos mil, ¿que verdad hay para el espíritu humano?

CAPITULO XV.

TERCERA CREACION DEL ESPIRITU SANTO, LA IGLESIA.

SUMARIO.—Relacion entre la Santísima Vírgen y la Iglesia.—Lo que la Vírgen es al Verbo encarnado, es la Iglesia al cristiano.—Como María, la Iglesia es formada por el Espíritu santo.—Palabras de San Basilio.—Historia detallada de Pentecostes.

La Encarnacion es el eje del mundo, La historia universal no es sino el desarrollo de este misterio: una vez que se haya realizado en el último de los elegidos, acabarán los tiempos. Para hacer nacer al Hombre-Dios, el Espíritu Santo crea á María: para generalizar al Hombre-Dios, crea á la Iglesia. Como el cristiano es la prolongacion de Jesucristo, la Iglesia es la prolongacion de María. Lo que María es á Jesus, la Iglesia lo es al cristiano. Los rasgos divinos, que distinguen á María, distinguen á la Iglesia.

María es la primera creacion del Espíritu Santo en la ley de gracia; la Iglesia es la tercera.

Maria está llena de todos los dones del Espíritu Santo; la Iglesia tambien.

María es vírgen; la Iglesia es vírgen.

María es madre y siempre vírgen; la Iglesia es tambien madre y siempre vírgen.

El Espíritu Santo, que vino sobre María, reposa siempre en ella, la proteje, la inspira, la dirige. Habiendo tambien descendido el Espíritu Santo sobre la Iglesia, habita en ella constantemente para protejerla, inspirarla y dirigirla.

María es el foco de la caridad; foco de caridad es la Iglesia.

Estas analogías y otras muchas revelan la misteriosa unidad que reina en la deificacion del hombre: añadamos algunos detalles.

María es la primera creacion del Espíritu Santo; la Iglesia es la tercera. "La tercera persona de la augusta Trinidad, dice San Basilio, no abandona al Hombre-Dios resucitado de entre los muertos. El hombre habia perdido la gracia, que en el dia de su creacion recibió del aliento de Dios. El Verbo encarnado quiere devolvérsela. Para esto, *alienta* sobre el rostro de sus discípulos. ¿Y qué les dice? *Recibid el Espíritu Santo: á quienes perdonareis los pecados, les son perdonados; á quienes se los retuviéreis, les son retenidos.* ¿Qué significa esto, sino que la Iglesia, su gerarquía y su gobierno son, evidentemente y sin disputa, obra del Espíritu Santo? "El es, dice San Pablo, quien dió á la Iglesia primero apóstoles, despues profetas, en tercer lugar doctores, luego el don de lenguas y de milagros, segun lo ha juzgado conveniente (1)."

Abramos el libro sagrado y sigamos paso por paso el relato de esta maravillosa creacion: él nos hará ver, que el Espíritu Santo formó la Iglesia como á María.

"*Cum complerentur dies Pentecostes*: como estuvieran para terminar los dias de Pentecostes (2)." La resurreccion y la ascension del Señor se habian sucedido de tal suerte, que la venida del Espíritu Santo debia tener lugar, para que se verificasen los números sagrados, en las fiestas del Pentecostes mosáico. Así como en esos dias, el Espíritu

1. Eclesiæ ordo et gubernatio nonne palam et citra contradictiomem per Spiritum Sanctum peragitur? *Lib. de Spir. Sancto*, CXVI, n. 39.
2. *Act.*, II, 1.

Santo habia dado á Moisés, por ministerio de los ángeles, la ley de temor que debia constituir definitivamente á los Hebreos en estado de nacion independiente, escogió del mismo modo estos dias solemnes para dar en persona la ley de amor, que sustituyese la Iglesia á la sinagoga, y constituyera definitivamente en el estado de nacion universal á la gran familia católica.

Por eso el descendimiento del Espíritu Santo no se verificó en el dia mismo de Pentecostés mosáico, sino al siguiente, que era el primero de la grande octava.

En efecto, se sabe que los Judíos celebraban su Pentecostés en sábado, y los apóstoles lo celebraron el domingo.

Esto de escoger para la regeneracion del mundo el dia mismo de su creacion el dia en que el Redentor habia tambien triunfado de Satanás resucitando glorioso, es una de esas grandes armonías que se encuentran á cada paso en la obra divina.

"*Erant omnes pariter in eodem loco*: estaban todos juntos en un mismo lugar." Encerrada María en el templo desde su más tierna infancia, se habia preparado cuidadosamente para la visita del Espíritu Santo. La iglesia, apenas nacida de la sangre del Calvario, se habia retirado al Cenáculo á fin de prepararse con el recogimiento para la venida del Espíritu Santo y merecer sus favores. Ciento veinte personas componian la nueva sociedad. Era este el número que se necesitaba entre los Judíos para formar una comunidad eclesiástica; porque de ciento veinte personas se compuso la gran sinagoga bajo Esdras cuando restableció el estado y el culto de su nacion (1).

No teniendo todos más que un corazon y una alma y una misma fervorosísima oracion para pedir el Espíritu Santo,

1. *Sepp.*, *Hist de Notre-Seigneur*, t. II, 78.

estaban en un mismo lugar: *in eodem loco.* Este lugar era el Cenáculo. ¿Por qué motivo escogió el Espíritu Santo el Cenáculo por primer teatro de sus maravillosas revelaciones? Porque era el lugar más santo de la tierra. En ese mismo Cenáculo habia el Señor instituido la divina Eucaristía, y despues de su resurreccion se habia aparecido allí mismo al apóstol Santo Tomás. Allí tambien, en memoria del mayor de los prodigios, se edificó la santa Sion, la más venerable entre las Iglesias. Lugar sagrado, testigo de más asombrosas maravillas que las que presenciaron el Sinaí y el Jordan y el Tabor; lugar bendito, que recordaba á los apóstoles la bondad inefable del Maestro, sus divinos discursos y su primera comunion que tomaron de la mano misma de Jesus.

¡Con cuánta ternura volverian á él y con cuánto amor permanecerian allí! (1).

Este cenáculo estaba en la casa de María, madre de Juan Marco, primo de San Bernabé (2). Segun dos padres ilustres de la iglesia oriental, San Hesiquio patriarca de Jerusalen y San Proclo patriarca de Constantinopla, el Espíritu Santo descendió en el momento mismo en que San Pedro celebraba en medio de los discípulos el augusto sacrificio de la Misa. Tan pronto como vió el cuerpo de Jesus, y sintió el perfume inefable de esta carne inmaculada, el águila divina se precipitó desde el cielo. ¡Admirable contraste! El Espíritu de Dios se habia separado del hombre, porque la carne lo habia arrastrado á sus vergonzosas concupiscencias (3), y el demonio se habia enseñoreado del linaje humano.

1. *Alezand.*, *in Vita B. Barnab.*, *ap. Cor. á Lap.*, *in Act.* I, 13.
2. *Baron.*, an. 34.
3. *Gen.*, VI, 3.

Más hé aquí que se presenta ante Dios la carne purísima de Jesus, y al punto el Espíritu divino desciende, atraido por sus bellezas purísimas, fascinado, digámoslo así, por su amabilidad inefable, y desde entónces permanece con esta carne para siempre; y esta carne divina, multiplicada infinitamente, extiende á todos los lugares y á todos los siglos la union del Espíritu Santo con la humanidad.

"*Et factus est repente de coelo sonus*: y se produjo de repente un ruido del cielo." Cada una de las palabras divinas encierra un tesoro de verdad. *Se produjo de repente*, sin que los apóstoles lo esperaran y sin participacion alguna por parte de ellos. Con esto aprendemos que el Espíritu Santo reparte la abundancia de sus dones interiores y exteriores por pura liberalidad suya. Vemos tambien la prontitud y la fuerza de su gracia, que en un instante cambia los hombres terrenos en celestiales, á Pedro en un héroe, á la Magdalena en una santa. ¡Oh qué admirable obrero es el Espíritu Santo! En su escuela no se gasta tiempo para aprender; toca al alma y la enseña; en cuanto la ha tocado, ya está enseñada (1).

Del cielo: para enseñarnos que allí está la morada del Espíritu Santo, que es Dios, y que viene para llevar al cielo á los apóstoles y por ellos al mundo entero. ¡Poderosa palanca! "Hoy, exclama el gran Crisóstomo, la tierra se convierte en cielo para nosotros; no porque las estrellas bajen á este mundo, sino porque los apóstoles se elevan al cielo. La efusion abundante del Espíritu Santo hace del universo un cielo único; no cambiando la naturaleza de los séres, sino divinizando las voluntades. Encuentra paganos, y los

1. ¡Qualis est artifex iste Spiritus! Nulla ad dicendum mora agitur in omne quod voluerit. Mox enim ut tetigerit mentem,, docet, solumque tetigisse, ducuisse est. *S. Greg.. Hom.* xxi, *in Evang.*

hace cristianos; de los adoradores del demonio, hace adoradores del verdadero Dios; á los ladrones los convierte en portentos de abnegacion y desprendimiento; del perseguidor saca el apóstol; á las mujeres públicas las iguala con las vírgenes.

Hace desaparecer la malignidad y la reemplaza con la bondad, la ley de odio universal con la de amor universal: la esclavitud con la libertad.

"Todos los medios le son á propósito, para realizar estas maravillas. Elige tímidos apóstoles; ¿y qué hace de ellos? Los hace viñadores, pescadores, torres, columnas, médicos, generales, doctores, puertos, gobernadores, pastores, atletas, luchadores triunfantes. Columnas, porque ellos son los cimientos y apoyo de la iglesia. Puertos, porque dan abrigo al mundo en las tempestades de las persecuciones, de las herejías, de los escándalos. Triunfaron de estas tempestades para sí y para nosotros, de ellas triunfan todavía y siempre triunfarán. Gobernadores, porque han sacado la humanidad á buen camino. Pastores, porque han arrojado los lobos y guardado las ovejas. Agricultores, porque han arrancado las espinas y sembrado el grano de la piedad. Médicos, porque han curado nuestras heridas.

"Y á fin que no tomes mis palabras por un vano lenguaje, pongo ante tu vista á Pablo haciendo todas estas cosas.

¿Quieres ver en él á un agricultor? Escucha: "Yo planté, Apolo regó; más Dios es el que ha dado el crecimiento. ¿A un constructor? Como sábio arquitecto, eché el cimiento. ¿A un soldado? Yo así lidio, y no como quien da golpes al aire. ¿A un andador veloz? Desde Jerusalen y sus cercanías hasta la Yliria y más allá, hasta España y hasta los confines de la tierra, lo he llenado todo del Evangelio de

Jesucristo. ¿A un atleta? Nosotros no tenemos que luchar contra la carne y la sangre sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus de maldad en los aires. ¿A un general? Tomad la armadura de Dios, y embrazad el escudo de la fe, el yelmo de la salud y la espada del Espíritu Santo. ¿A un guerrero? Yo he peleado buena batalla; he guardado la fe. ¿A un vencedor? Reservada me está la corona de la justicia. Lo que San Pablo hizo por sí solo, lo hicieron los demás apóstoles; porque el Espíritu Santo que es indivisible, está entero en cada uno de ellos (1)."

"*Tanquam advenientis Spiritus vehementis*, este ruido era como el de un viento fuerte que llega." Este viento no era el Espíritu Santo, sino su emblema. ¿A qué este emblema y no otro? Para dar á entender la fuerza irresistible del Espíritu Santo. El viento es el más fuerte entre todos los elementos. En pocos minutos revuelve el Océano hasta sus profundidades, y eleva hasta las nubes la pesada mole de sus aguas; ó arranca de raíz, como jugando, bosques seculares. Viento impetuoso, que enardecerá á los apóstales para el combate y los hará invencibles en la conquista del mundo. Su palabra, animada por el soplo del Espíritu Santo, derribará los ídolos, quebrantará los imperios, confundirá á los potentados; desvanecerá las nubes sin agua del error y del filosofismo; purificará el aire corrompido por veinte siglos de tinieblas nauseabundas; llevará hácia los cuatro puntos del cielo las nubes cargadas de lluvias fecundas: activará en las almas la savia divina, y las empujará, á toda vela, cual bajeles bien equipados, hácia las playas de la Jerusalen eterna (2).

1. *Serm.* I *de Pentecost.*
2. *Corn. á Lap.*, *in Dan.*, III,

"*Et replevit totam donum*: y llenó toda la casa." Lo mismo en lo moral que en lo físico, el viento ó soplo es el signo de la vida. El Espíritu Santo, principio de vida, figurado por este viento, llenó toda la casa en que los apóstoles se encontraban; pero no llenó más que aquella. Así, para conseguir el Espíritu Santo, es necesario estar en la casa de los apóstoles, es decir, en la Iglesia. "El Espíritu Santo, dice admirablemente San Agustin, no está más que en el cuerpo de Jesucristo. El cuerpo de Jesucristo, es la santa Iglesia católica. Fuera de este cuerpo divino, el Espíritu Santo no vivifica á nadie (1)."

Y en otro lugar: "Háganse cuerpo de Jesucristo, si quieren vivir del espíritu de Jesucristo. Solo el cuerpo de Jesucristo vive del espíritu de Jesucristo. Mi cuerpo vive de mi espíritu. ¿Quieres tú vivir del espíritu de Jesucristo? Pues, está en el cuerpo de Jesucristo. ¿Acaso, mi cuerpo vive de tu espíritu? Mi cuerpo vive de mi espíritu y el tuyo de tu espíritu (2)."

La llenó toda por completo, á fin de enseñar que la Iglesia, figurada por esta casa, llenaria algun dia el mundo entero del Espíritu Santo, por consiguiente de luz y caridad.

Así lo ha hecho. Buscad la época en que la humanidad sacada de la barbarie pagana, comenzó á marchar por los caminos de la verdadera civilizacion, y encontrareis que en el dia de Pentecostés. Todas las partes del mundo, para las que este dia no ha amanecido, se quedan en sus antiguas degradaciones. En todas las partes donde ese dia declina, vuelven las antiguas tinieblas, y el género humano se esta-

1. *Epist.* III, *Class epist.*, 185.

2. Fiant corpus Christi si volunt vivere de Spiritu Christi. De Spiritu Christi non vivit, nisi corpus Christi.... ¿Numquid enim corpus meum vivit de spiritu tuo? Meum vivit de spiritu meo, et tuum de spiritu tuo. *Tract.* XXVI, *in Joan.*

ciona en el cieno, ó camina hácia escollos. "Suponed, dice el Crisóstomo, un navío ligero, un piloto, marineros cables y demás aparejos, todo el aparato necesario para la navegacion, pero ni siquiera un soplo de viento; ¿no es verdad que para nada servirá todo esto? Lo mismo sucede en la humanidad. A pesar de la filosofía, á pesar de la inteligencia, á pesar de la mayor abundancia de discursos, si falta el Espíritu Santo, que da el impulso, todo es en vano (1).

"*Ubi erant sedentes*: donde estaban sentados." Con razon nota la Escritura la actitud de la Iglesia, en el momento de bajar el Espíritu Santo. El reposo del cuerpo es aquí el símbolo de la quietud y del imperio del alma; doble disposicion que se necesita para recibir el Espíritu Santo. La quietud; el Espíritu Santo no se comunica á las almas en el ruido exterior del mundo, ni en el tumulto interior de las pasiones. El imperio; es preciso que uno sea rey de su alma, para recibir el Espíritu Santo. El mismo ha dicho, que no habita en los que son esclavos del pecado. El imperio: añadamos que El venia á dárselo á la Iglesia; imperio eterno, contra el cual no prevalecerán las puertas del infierno.

"*Et apparuerunt illis dispertitæ linguæ*; y aparecieron sobre ellos lenguas repartidas." "Estas lenguas indican con claridad, que el Espíritu Santo descendia plenamente sobre todos los reunidos en el Cenáculo; la Santísima Vírgen, los apóstoles y los discípulos, á los cuales iba á comunicar el conocimiento de las lenguas de las diferentes naciones, llamadas á recibir el beneficio del Evangelio. ¿Por que lenguas? El mundo se habia perdido por la lengua; por la lengua, pues, debia ser salvado. ¿Por qué lenguas visibles? El más grande de los teólogos de Oriente da la razon de esto:

1. *Homil. de Spirit. Sancto.*

"El Hijo, dice San Gregorio de Nazianzo, habia conversado con nosotros en cuerpo sensible y palpable; era, pues, conveniente que el Espíritu Santo apareciese á los hombres bajo una forma corporal. Así como el Verbo se encarnó para enseñarnos con su propia boca los caminos de verdad y salvacion; del mismo modo el Espíritu Santo se encarnó, por decirlo así, en lenguas de fuego, á fin de instruir á los apóstoles y á los fieles (1)."

El don de lenguas, supone el conocimiento de las palabras y de su significado, del acento y manera de hablar: la inteligencia clara de todas las verdades necesarias al buen éxito de la predicacion apostólica, acompañada de la más exquisita prudencia, para decir lo que se necesite y nada más que lo que se necesite, en medio de tantas dificultades y peligros y en frente de una variedad tan grande de personas y circunstancias; todo esto fué dado á los apóstoles.

Ahora bien, los dones de Dios no se revocan, y el Espíritu Santo ha permanecido siempre en la Iglesia, tal como descendió sobre ella en el Cenáculo. El don maravilloso de lenguas se ha conservado, pues, en la Iglesia católica y en ella sola, no solamente en casos excepcionales, como en San Antonio de Padua, San Vicente Ferrer, San Francisco Javier: sino habitual y perpétuamente á beneficio de todos y cada uno de los católicos.

Oigamos á San Agustin: "Pues qué, hermanos mios, por que ahora, no todo aquel que es bautizado hable todas las lenguas, seria necesario creer que no ha recibido el Espíritu Santo? No quiera Dios que tal perfidia tiente nuestro corazon. Todo hombre recibe en el Bautismo el Espíritu Santo, y si él no habla las lenguas de todas las naciones, ya las habla la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo de Jesu-

1. *Apud Corn. á Lap*, *inh unc locum.*

cristo: ahora bien, yo soy miembro de este cuerpo que habla todas las lenguas; luego las hablo todas. Unidos por los estrechos lazos de la caridad, todos los miembros de este cuerpo hablan como hablaria un solo hombre. La Iglesia es su boca, el Espíritu Santo su alma (1)."

"*Tanguam ignis*: estas lenguas eran como de fuego." El viento y el fuego eran símbolos elocuentes del Espíritu Santo. Como se haya repetido muchas veces la mision de la augusta Persona, siempre esta se ha manifestado por signos apropiados á cada una de las circunstancias. "En el Bautismo de nuestro Señor Jesucristo, dice el ángel de las escuelas, aparece el Espíritu Santo en forma de paloma, ave muy fecunda; para demostrar que el Verbo encarnado es el manantial de la vida espiritual. De aquí estas palabras del Padre: *Este es mi Hijo muy amado*; todos se harán hijos mios, en El.

"En la Transfiguracion toma la forma de una nube luminosa, para anunciar la exhuberancia de doctrina que dejará caer sobre el mundo. De aquí estas palabras: *Oidle*. Viene sobre los apóstoles bajo el emblema de viento y fuego; porque les comunica el poder del ministerio en la administracion de los sacramentos: y así les dice: *Aquellos á quienes perdonáreis los pecados, serán perdonados*, y en la predicacion de la doctrina, predicacion invencible y victoriosa de todos los obstáculos; por lo cual se añade: Comenzaron á hablar en diversas lenguas (2)."

Las lenguas del Cenáculo no eran verdadero fuego, sino un fuego aparente en el color, brillo y movilidad. El Es-

1 Diffusa Eclesia per gentes loquitur omnibus linguis; Eclesia est corpus Christi; in hoc corpore membrum es; cum ergo membrum sis ejus corporis quod loquitur omnibus linguis crede te loqui omnibus linguis. *In Joan.*, *Tract.* XXXII, n, 7.

2 I p., q. 43 art. 7, ad 6.

píritu Santo eligió el símbolo de fuego, por dos razones. La primera, porque siendo El un amor sustancial, es fuego que consume: *Ignis consumens*. El fuego calienta, alumbra, purifica, se eleva hacia lo alto. Pues bien el Espíritu Santo hace todo esto en las almas. La seguuda, porque la ley antigua fué dada en la cima del Sinaí por el fuego y en medio del fuego (1). Era preciso que la realidad correspondiese á la figura, y que la nueva ley fuese dada por el fuego y en medio del fuego; pero sin relámpagos ni truenos; atendido que era una ley de amor y no de temor.

"*Seditque super singulos eorum*: y este fuego, en forma de lenguas, reposó sobre cada uno de ellos." El sagrado texto no dice: Reposaron las lenguas, sino *reposó el fuego*. Este singular revela el profundo misterio de una lengua única y universal, bien que dividida en muchas partes, segun las diferentes naciones que debian hablarla y á las que debia ser hablada. Revela ademas la unidad del Espíritu Santo cuya lengua era esta.

¡Qué gran misterio se encierra además en esta palabra, *reposó!* ¡Una llama sobre la cabeza de un hombre, era, á los ojos de la mas remota antigüedad, el signo de una vocacion divina. Este fenómeno se producia por primera vez en los discípulos del Nazareno. Atestiguando la divinidad del Maestro, proclamaba la gran mision confiada é los apóstoles Por medio del fuego, símbolo del Espíritu Santo, Dios habia autorizado á los profetas. Bajo el emblema del fuego aparecen á Ezequiel los querubines que acompañan la carroza de Dios. (2) En un carro de fuego es trasportado Elías al cielo.

1 In dextera ejus ignea lex, *Deuter*. XXXIII, 2.

2 *Is.*, VI, 6; *Eccles.*, XLVIII I: IV *Reg.*, XXI, 11; *Thren.*, I, 13; *Ezech.*, I, 13

Los profetas y los querubines de la antigua ley no eran más que figura de los apóstoles, los cuales como profetas han anunciado los oráculos divinos, y no á un solo pueblo, sino á todos los pueblos; como querubines han conducido *la carroza de Dios á través* del mundo entero. "Querubines de la tierra, dice San Gregorio Nazianceno, el Espíritu Santo los eligió para su trono y reposó sobre ellos, como sobre los querubines del cielo (1)."

Reposa sobre ellos, para consagrarlos como doctores del mundo y demostrar que son hombres del todo celestiales, dotados por lo tanto de una sabiduría y de una elocuencia divinas. Reposa sobre ellos, añade San Crisóstomo, para anunciar á todo el universo que permaneceria con ellos y con sus sucesores hasta la consumacion de los siglos (2). Mansion permanente que, asegurando á la Iglesia la infalibilidad para todos los dias y á todas las horas, confunde de antemano todas las herejías y condena al escepticismo aoda razon rebelde á la enseñanza católica.

---

1 *Orat.* XLIV.
2 *Apud Corn. á Lap. in act*, II, 3

CAPITULO XVI.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Continuacion de la historia de Pentecostés.—Explicacion de cada una de las palabras del Sagrado texto.—Cuántas veces, y de qué manera fué dado el Espíritu Santo á los apóstoles.—Doctrina de los Padres.—Semejanza entre el monte Sinaí y el monte Sion.—Contraste con la torre de Babel.—Embriaguez y locura de los apóstoles.—Perpetuidad y efectos de esta misteriosa embriaguez y de esta sublime locura,

¡Qué más dulce para los hijos que contemplar la cuan de su madre¡ Continuemos, pues, la relacion detallada del nacimiento de la Iglesia. Sigamos en el Cenáculo que es nuestra casa materna, y escuchemos el texto sagrado.

El cual añade: "*Et repleti sunt omnes Spiritu Sancto*: y todos fueron llenos del Espíritu Santo." Tal es la consumacion del misterio creador. A la manera que el Verbo, encarnándose en María por obra del Espíritu Santo, habia formado á su madre, del mismo modo el Espíritu Santo se encarna en cierto modo, hoy en la Iglesia, para formar la madre de los cristianos. Estudiemos algunos rasgos de este admirable paralelismo.

San Agustin, llama al Espíritu Santo vicario y sucesor del Verbo. Ahora bien, añaden los intérpretes, como el Verbo bajó, el Espíritu Santo ha querido bajar para completar su obra. De aquí proviene, que el advenimiento del Espíritu Santo sobre los apóstoles, se semeja al advenimiento del Verbo al mundo, es decir, á la Encarnacion

En cuanto á la *sustancia*. Como la sustancia del Verbo bajó á la carne, así el Espíritu Santo bajó sustancialmente sobre los apóstoles.

En cuanto al *modo*. El modo de la Encarnacion consistió en la union hipostática; así la persona ó la hipóstasis del Espíritu Santo se unió á los apóstoles de una manera algo semejante. El Verbo estuvo en la carne como el fuego está en el carbon, y los Padres lo comparan á un carbon incandescente; el Espíritu Santo estuvo tambien como un fuego residiendo en los apóstoles.

En cuanto á la *causa*. El descendimiente del Espíritu Santo, así como la Encarnacion del Verbo, tuvo por causa el amor inmenso que, en cuanto era Dios, lo impulsaba á colmar al hombre con el beneficio mas inmenso, comunicándose á él de la manera mas perfecta; es decir, sustancial y personalmente.

En cuanto á las *propiedades*. Las propiedades de la naturaleza humana en nuestro Señor Jesucristo se atribuyen á Dios y al Verbo; de suerte, que en virtud de la comunicacion de idiomas, se puede decir que Dios nació é igualmente que el hombre es Dios, omnipotente y eterno. De la misma manera, existe entre el Espíritu Santo y los apóstoles una especie de comunicacion de idiomas, conforme á la cual los apóstoles son llamados santos, divinos, espirituales, á causa del Espíritu Santo y divino que reciben. Del mismo *modo* el Espíritu Santo es llamado apostólico, profético, doctor, predicador, *multi-lingüe*; porque El ha hecho todo esto á los apóstoles, cuyos labios se convirtieron en órganos suyos.

En cuanto á los *frutos*. La segunda persona de la Santísima Trinidad, encarnándose, nos ha purificado de nuestros pecados, colmado de todo género de gracias, perfeccionado,

beatificado y conducido á la gloria eterna. La tercera persona, bajando al mundo, ha hecho tambien todo eso. Purificacion, iluminacion, perfeccion, beatificacion; todo esto le debemos. (1)

Aquí se presenta una dificultad. El sagrado texto acaba de decirnos que los apóstoles fueron llenos del Espíritu Santo en el dia de Pentecostes: *repleti sunt omnes Spiritu Sancto.* Nuestro Señor Jesucristo no cesa de prometerles este inmenso favor: " Si yo no me voy, no vendrá el Espíritu Santo á vosotros. Yo os enviaré otro paráclito. Cuando El venga, os enseñará toda verdad. Dentro de poco sereis bautizados en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo no habia sido dado dado aún, porque Jesús no habia sido glorificado todavía (2)."

¡Y qué! ¿Habian estado privados del Espíritu Santo los apóstoles hasta el dia de Pentecostés? Y si lo habian recibido, ¿cómo Nuestro Señor Jesucristo puede promotérseles? ¿Puede recibirse lo que ya se posee? Oigamos á los Padres y Doctores. "El Señor, responde San Agustin, dijo á los apóstoles: Si me amais, guardad mis mandamientos, y yo pediré á mi Padre, y El os dará otro consolador. Este consolador es claramente el Espíritu Santo, sin el cual no se puede amar á Dios, ni guardar sus mandamientos. Pero si no lo habian recibido todavía, cómo podian amarle y cumplir sus mandamientos? Y si ya lo tenian, cómo les es prometido? Entre tanto, se les manda amar y guardar los preceptos, para que reciban el Espíritu Santo.

"Los discípulos tenian, pues, el Espíritu Santo, *que* el Señor les prometia; puesto que amaban á su Maestro y observaban sus preceptos. Pero no lo tenian todavía *como*

1 *Corn. á Lap*., *inc hunc locum.*
2 *Joan.*, VII, 39; XIV, 16, 26, &., &.

el Señor se les prometia. Lo tenian, pues, y no lo tenian atendido que no lo tenian tanto cuanto debian tenerlo. Lo tenian interiormente, pero debian recibirlo exteriormente y con explendor. Era un nuevo favor del Espíritu Santo, manifestarles á ellos mismos lo que poseian.

"El apóstol habla de este inmenso favor, cuando dice: "Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos las cosas, que Dios nos ha dado (1). Que el Espírita Santo es dado con mas ó menos abundancia, lo prueba la diferencia de caridad con que los hombres aman á Dios y observan su ley. Además, si El no estuviera mas copiosamente en uno que en otro, Elíseo no hubiera dicho á Elías: Dóblese en mí el Espíritu que hay en tí. Luego el Señor ha podido prometer á los apóstoles, lo que ellos ya tenian. (2).

San Gregorio de Nazianzo habla como San Agustin: "El Espíritu Santo, dice, fué dado tres veces á los apóstoles, en épocas diferentes segun la capacidad de su inteligencia: ántes de le pasion, despues de la resurreccion y despues de la ascencion. Antes de la pasion, cuando recibieron el poder de arrojar los demonios, lo cual evidentemente no podia hacerse más que por el poder del Espíritu Santo. Despues de la resurreccion, cuando el Señor sopló sobre ellos, diciendoles: recibid el Espíritu Santo. Despues de la ascencion, cuando todos fueron llenos del Espíritu Santo: *repleti sunt omnes Spiritu Sancto*. La primera vez de una manera oculta y menos eficaz; la segunda de un modo mas expresivo, y la tercera completamente, en el sentido de que el Espíritu Santo se les presentó y conversó con ellos, no solo en

1 I *Cor.* II, 12.
2 *In Joan.*, *Tract.* 74, n. 1-2.

el acto, como ántes, sino por esencia, si me es lícito hablar así (1)."

La verdad teológica es, usando el lenguaje de un sabio comentador, que lo apóstoles, ántes de Pentecostes, habian recibido el Espíritu Santo sustancial y personalmente, *substantialiter et personaliter* (2) Así lo enseñan los Padres, y entre otros San Cirilo, el cual se expresó en los siguientes términos acerca de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, *Recebid el Espíritu Santo*: "En virtud de la insuflacion del Salvador, los apóstoles se hicieron partícipes no solo de la gracia del Espíritu Santo sido del mismo Espíritu Santo. Si la gracia que se da por el Espíritu Santo estuviese separada de la sustancia del Espíritu Santo, ¿por qué no decir claramente: Recibid la gracia por el ministerio del Espíritu Santo (3)?" El Espíritu Santo, una vez en el alma, derrama en ella su gracia, su caridad y sus dones; como una vez que el sol está ya sobre el horizonte, aparecen por el mundo su luz, sus rayos y su calor (4).

Mas, ¿por qué estas donaciones sucesivas? A fin de enseñarnos que en el órden de la gracia, lo mismo que en el órden de la naturaleza, Dios lo hace todo con medida, número

1 Ut pote qui nom jam actu præsens sit ut prius, sed essentia, ut sic loquar, adsit, simulque versetur. *Orat, in Pentecost.*

2 *Corn á Lap.*, *in Act. apost*, II, 4.

3 Non gratiæ sed ipsiusmet unius sancti Spiritus per illam Salvatoris insufflationem participes fuerunt apostoli Domini···· Sed si ab substantia Spiritus disjuncta esset quæ per ipsum datur gratia, cur non aperte dixit: Accipite gratiam per ministerium Spiritus Sancti? *Dialog.*, VII, p. 638. Véase Pétav, *De Dogmat theolog.*, *De Trinit.*, lib. VII, c. V. et VI.

4 Sic est in anima sancta, ac proinde mox in ea suam gratiam, charitatem, aliaque dona divina diffundit et comunicat, uti sol ubi oritur, mox suam lucem, radios et calorem spargit. *Corn. á Lap.*, *ubi supra.*

y peso, proporcionando los medios al fin, y dando á cada criatura lo que necesita, segun los deberes que se le han impuesto.

Otro misterior ¿por qué la primera de estas donaciones manifiestas tuvo lugar por insuflacion, en tanto que la otra se realizó bajo la forma de lenguas de fuego? El salvador resucitado iba á confiar á los apóstoles el admirable poder de resucitar las almas, muertas á la vida de la gracia; y les dice: "Como el Padre me envió, así tambien yo os envío. Y dichas estas palabras sopló sobre ellos y les dijo: Reibid el Espíritu Santo: A los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se les retuviéreis les son retenidos (1)."

Esta insuflacion, que recuerda de una manera sensible la insuflacion primitiva que hizo de Adan un sér viviente, encerraba un gran misterio. Por medio de este lenguaje de accion, decia el divino reparador: En otro tiempo, soplando sobre Adan, le comuniqué, como Dios, el Espíritu Santo, principio de la vida natural y sobrenatural, al presente, soplando sobre vosotros, os doy el Espíritu Santo, principio de la vida sobrenatural y divina perdida por el pecado, para que despues vosotros la comuniqueis al género humano. Y así, soy yo, Criador del hombre, quien le regenera y le restaura (2).

Et cœperunt loqui variis linguis; y comenzaron á hablar diversas lenguas." He aquí á los apóstoles santos y santifi-

1 *Joan.*, XX, 21-23.

2 *S. Cyril.*, lib. XII, c. LVI, et *S. Athan.*, *Ad Anthioch.*, q. 64. Primo per Verbum Dei factus est homo, et inspiravit Deus in eum spiraculum vitæ, et sui eum Spiritus participatione munivit.... ut ergo ipsum esse discamus qui initio naturam nostram creavit et Spiritu Sancto signavit, rursos in initio renovandæ naturæ sufflatione Spiritum discipulis largitur, ut sicut creati ab initio sumus, ita etiam renovamur. *S. Cyril.*, *ubi supra.*

cadores; ¿qué les falta y qué puede darles esta tercera y solemne efusion del Espíritu Santo? "Los apóstoles, dice San Leon, que ya poseian el Espíritu Santo antes de Pentecostés, lo recibieron entonces en toda su plenitud y para diferentes fines (1)." La primera efusion fué un gran aumento de caridad. "Dos amores, enseñan San Agustin y San Gregorio, constituyen la perfeccion; el amor de Dios y el amor del prójimo. Los apóstoles quedaron llenos, por la insuflacion divina, del amor del prójimo y revestidos del poder sublime de darle el mayor de los bienes, la vida de la gracia. Pero la caridad, aunque una en su principio, tiene dos objetos: Dios y el prógimo. He aquí, por qué despues de la insuflacion que comunica el amor del prógimo, vienen las lenguas de fuego que comunican el amor de Dios.

"Este amor es el primero en dignidad. Sin embargo, el Espíritu Santo comienza por el segundo. En efecto, dice San Juan: "Si no amais desde luego á vuestro hermano á quien veis, ¿cómo amareis á Dios á quien no veis?" Así, el Señor, para enseñarnos el amor del prógimo, mientras que moró sobre la tierra siendo vivo modelo de la caridad para con el prógimo, dió el Espíritu Santo soplando sobre el rostro de los apóstoles; despues, desde el cielo, morada de la caridad divina, envió el Espíritu Santo. Recibid, pues, el Espíritu Santo sobre la tierra y amad á vuestro hermano; recibidlo desde el cielo, y amad á Dios (2)."

La segunda era la predicacion del Evangelio por toda la tierra. De aquí el don de todas las lenguas, que los apóstoles hablaron con la misma facilidad segun las ocasiones.

1 *Serm.* III *de Pentecost.*

2. Spiritum Sanctum accipe in terra, et diligis fratrem; accipe de cœlo, et diligis Deum. *S. Aug.*, *serm.* 265, n. 7 et 8; *Tract. in Joan.*, 74, n. 1 et 2; *S. Greg*, *Homil.* XXX *in Evang.*; *S. Bern.*, *ser.*, I, n. 14, *in festo Pentecost.*

Además, el don de ser entendidos por hombres de diferentes lenguas no hablando ellos más que una sola lengua. Los apóstoles habian recibido, antes de Pentecostés, la mision de evangelizar al mundo entero; pero no hablando todas las lenguas, carecian del instrumento necesario para su mision.

La tercera era el pleno conocimiento de la verdad. Antes de Pentecostés, su espíritu era demasiado débil, para soportar el peso inmenso de los misterios del Verbo encarnado, Dios y hombre verdadero. "Aún tengo que deciros muchas cosas, les decia el Salvador; pero no las podeis llevar ahora. Mas cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará *toda la verdad (1).*" *Así, ántes de Pentecostés, cuando* ven al Salvador caminar sobre las aguas, exclaman sobrecogidos de temor: "Es una fantasma (2)." Despues de Pentecostés escriben: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios. El es ántes de todo y el lazo de todas las cosas (3)." Así de otras verdades.

La cuarta era la fuerza para sellar con su sangre la verdad. Antes de Pentecostés, les habia sido dicho que confesaran al Hijo de Diosdelante de los tribunales y delante de las sinagogas; pero ninguno habia tenido el valor de hacerlo. El que parecia mas valiente, negó á su Maestro ante la preguta de una criada. Antes de la venida del Espíritu Santo, ningun discípulo, ningun apóstol alcanzó la corona del martirio. Pero viene Pentecostes, y todos á porfía entran en la sangrienta carrera y logran la palma de la victoria. "Salian los apóstoles llenos de alegria de la presencia del tribunal; porque habian sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesucristo. (4)."

1. *Joan*, XVI, 12.
2. *Matth.*, XIV, 26.
3. *Joan*, I, 1; *Coloss.*, I, 17.
4 *Act.* V., 41.

La quinta era el poder soberano de mandar en los demonios, en los hombres y en toda la naturaleza por medio de los milagros. Como embajadores de Dios cerca de todas las naciones civilizadas ó bárbaras, necesitaban los apóstoles llevar sus credenciales auténticas y legibles para todos; estas consistian en el don de hacer milagros y no podian consistir en otra cosa. Esto es tan evidente, que el mundo convertido sin milagros, habria sido un milagro mayor que todos.

Prout Spiritus Sanctus dabat elo qui illis: Segun el Espíritu Santo les hacia hablar." ¿Por qué todos estos dones admirables, el don de lenguas, de profecía de milagros, de fortaleza sobrehumana y de inteligencia desconocida de los profetas de Israel y sabios de la gentilidad; porque todos esos dones, acompañados de un aumento inmenso de caridad, no descienden sobre la Iglesla sino en los dias de Pentecostes y no ántes de la ascencion del Salvador? ¿Por qué no se comunican solitariamente, sino de una manera tan ruidosa?

Los Padres encuentran varias razones dignas de la sabiduría infinita. Los ricos tesoros de gracia, dice el Crisóstomo, que convirtieron á los apóstoles en los hombres mas extraordinarios que el mundo halla visto ni verá, no les fueron concedidos durante la vida mortal del Salvador para hacercelos desear mas y prepararlos así para la recepcion de estos favores inmensos. Por esto el Espíritu Santo no viene sino despues de haberse ido el divino Maéstro. Si hubiese venido miéntras Jesus estaba con ellos, no se habrian preparado con tan viva espectacion. Era menester que por algun tiempo fueran huérfanos y estuvieran tistes, para que apreciasen mejor los beneficios del Consolador.

"No vino, pues, ni ántes de la ascencion, ni inmediatamente despues, sino con el intervalo de diez dias. Era menester además, que la naturaleza humana se viera en el cielo perfectamente reconciliada, y que el acta de la reconciliacion se firmase por Dios Padre en presencia de toda la corte celestial, ántes que el Espíritu Santo descendiese al mundo (1)."

Estos dones maravillosos se conceden á la Iglesia con un aparato tan expléndido, que recuerda al Sinaí, á fin de que las promesas del Salvador queden anténticamente comprobadas, y para dejar probada de una vez la divinidad de Jesús y del Espíritu Santo ante los judíos y los gentiles, que de todas las partes del mundo habian acudido á Jerusalen.

A la manera que Dios Padre habia ostentado su divinidad, enviando al Hijo; así el hijo, Dios encarnado, debia enviar al Espíritu Santo, como última prueba de su divinidad y glorificacion suprema de su persona, demostrando con esto que la tercera persona de la Trinidad procede del Hijo lo mismo que del Padre. El descendimiento del Espíritu Santo debia ser uno de los frutos de la pasion y resurreccion del Salvador; y la ascencion, que es el término final de los misterios de la vida de Jesus sobre la tierra, convenia que fuese la señal de la efusion abundante y visible del Espíritu Santo (2)

Sucedió á los judios con los apóstoles, lo que al patriarca Jacob con sus hijos. "Los cuales, subiendo de Egipto, vinieron á su padre diciéndole: "Tu hijo José vive y él es el que manda en toda la tierra de Egipto. Lo cual oido por Jacob, como despertando de un profundo sueño, no acababa

1 *In act. apost.*, *homil.* 1, n: 5.

2 Domini ascencio dandi Spiritus fuit ratio. *S. Leo. ser. in Pentecost.*

de darle crédito. Ellos, por el contrario, contaban toda la séric del suceso. Y cuando hubo visto los carros y todo lo que habia enviado, revivió su espíritu y dijo: Bástame si todavía vive mi hijo Josef: iré y le veré antes que me muera (1).

Así los apóstoles, hijos de la Sinagoga, anunciaban á su madre que Jesucristo habia resucitado. Pero ante esta noticia los Judíos, saliendo como de un sueño profundo, permanecian incrédulos. En fin, cuando en el dia solemne de Pentecostes vieron los carros y los magníficos presentes, es decir, los dones milagrosos que el divino Josef enviaba á los apóstoles en el testimonio de su resurreccion y de su omnipotencia en el cielo, se quedaron pasmados, absortos de admiracion, y se dijeron unos á otros: "No son galileos todos estos hombres que hablan? ¿Pues cómo es que cada uno de nosotros los oimos en nuestra propia lengua? Y creyeron (2)."

Lo mismo se les enseña á los gentiles. Tantos milagros fruto de la pasion de Cristo y prenda de sus promesas, eran para ellos la prueba palpable de su divinidad y de su triunfo en el cielo. El espectáculo que tantas veces habian visto en las cosas humanas, veíanlo en el órden divino. Cuando los reyes y emperadores toman posesion de su reino ó vuelven victoriosos de sus enemigas, suelen tirar oro y plata entre el pueblo en señal de alegría y regocijo. Así el Hijo de Dios al tomar posesion de su reino en el cielo, donde entra vencedor del demonio, derrama sobre la Iglesia la efusion inmensa de sus gracias admirables. San Pedro dijo: "Este Jesus resucitado y ensalzado por la diestra de

1 *Gen.* XLV.
2 Véase diez. *Summa prædicant.* T. II p, 64 4..

Dios, recibida la promesa del Espíritu Santo, ha derramado este Espíritu, como vosotros veis y oís (1)."

Pues bien, esta generacion de Judíos y gentiles, que fué testigo ocular de los milagros de Pentecostés, se ha perpetuado y extendido sobre el globo. De los dos pueblos fundidos en uno, se forma la Iglesia católica, flor de la humanidad, raza indestructible cuya invencible constancia en creer los prodigios de su cuna hace diez y ocho siglos que viene embotando el hacha de todos los verdugos, y burlando las astucias de todos los sofistas.

Los dones incomparables de Pentecostés no prueban menos evidentemente la divinidad del Espíritu Santo, que la del Salvador. Es Dios aquel á quien Dios da como igual á Sí. Pues el Hijo de Dios, antes de dejar á sus apóstoles, les habia dicho: "Yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que more siempre con vosotros, el Espíritu de verdad.

"Y el consolador, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre os enseñará todas las cosas (2)."

Sobre lo cual, San Agustin se expresa como sigue: "Otro *no inferior á mí*, sino semejante á mí en la gloria, en la naturaleza, en la sustancia, aunque diferente en la persona."

Hablaba así para que la fe de los apóstoles, preparada por esta promesa infalible, reconociera por verdadero Dios al que les habia sido prometido *en lugar de Dios*. Ved, con cuánta precision se contiene en esta promesa el misterio de la Trinidad; se nombra al Padre que es el rogado; al Hijo que ruega y al Espíritu Santo que es enviado (3).

1. *Acs.* II, 32, 33
2. *Joan.*, XIV, 17, &.
3. ¡Quam bene sub titulo promissionis, distinctionem applicuit Trinitatis! Pater est, qui indicatur rogandus; Filus est, qui inte-

¡Bondad inefable del Redentor! Lleva los hombres al cielo y envía á Dios al mundo. ¡Cómo cuida el Criador de su criatura! Por segunda vez es enviado del cielo un médico del hombre. Por segunda vez la Majestad Soberana se digna venir en persona á visitar á sus enfermos. Por segunda vez el cielo se une á la tierra deputándole un Vicario del Redentor.

Lo que el Verbo comenzó, viene el Espíritu Santo á consumarlo con su virtud particular; y á santificar lo que rescató y á conservar lo que adquirió. De este modo, por la unidad de gracia y de oficio se revela la unidad de Dios y la Trinidad y la igualdad perfecta de las personas. (1)

Es Dios, aquel que desde el dia de Pentecostés hace todas las obras de Dios, y las hace con mayor explendor todavía que el Hijo mismo de Dios. ¿Quién completa las enseñanzas del Salvador? ¿Quién procura á los apóstoles un consuelo igual al que les quitaba la privacion de Dios-Hijo? ¿Quién les comunica el don de lenguas y de milagros? ¿Quién les enseña la verdad de que llenaron al mundo? ¿Quién les da la fortaleza invencible de dar testimonio á su Maestro delante de los Jueces y filósofos, en Jerusalen, en Atenas, en Roma y en todas partes? ¿Quién conserva en la Iglesia todos esos dones desconocidos en toda otra sociedad? ¿No es el Espíritu Santo, que es para la Iglesia lo que él alma para el cuerpr? (2)

Y que este rio de dones milagrosos, cuyo munantial e s

lligitut rogaturus; Spiritus Sanctus, qui promittitur á Patre mitendus. *Homil.* VIII *in Miss. Spir. Sanct*,

1. Vicarius Redemptoris, ut beneficia quæ dominus inchoavit, peculiari Spiritus Sancti virtute, consummet; et quod ille redemit, iste santificet; quod illi acquisivit, iste qustodiat. *Id Serm.* 185 *de Tempore.*

2. *S. Aug.*, *Lib. de Gratia Nov. Test. et Corn. á Lap.*, *in Joan.* XIV, 17.

el Cenáculo, continúa corriendo por el mundo, basta con abrir los ojos para verlo. ¿De dónde toman su principio todas esas generaciones de mártires, que por la fe católica han desafiado y desafían todavía los caballetes y las hogueras, los tizones y la espada, las cadenas y los más crueles tormentos? ¿De dónde todos esos coros de vírgenes, que por salvar su virginidad, combatieron y combaten todavía hasta morir, las seducciones, las amenazas y los suplicios? ¿De dónde todos esos enjambres de solitarios, anacoretas y religiosos de ambes sexos, que vivieron y todavía viven únicamente para Dios, separados del mundo como hombres celestiales ó ángeles de la tierra? ¿De dónde todas esas órdenes de pontífices, prelados y sacerdotes, que llenos de santidad gobernaron y todavía gobiernan las iglesias y las almas confiadas á su solicitud y las forman en la santidad perfecta? ¿De dónde todas esas legiones de doctores, predicadores y confesores, que con la palabra y por escrito difundieron y todavía difunden en todo el mundo tesoros de doctrina y de piedad? ¿De dónde, en fin, todos esos millares de fieles, hombres y mujeres, que vivieron y viven en el mundo con sobriedad, piedad y justicia, esperando con anhelo la venida y el gloria del gran Dios, y Nuestro Salvador Jesucristo.

En una palabra, ¿quién ha formado y quién conserva la gran nacion católica, cuyas luces y virtudes la hacen brillar en medio de las naciones como el sol entre las estrellas del firmamento? ¿No es el Espíritu Santo? ¿Y no es esto un magnífico y perpétuo testimonio que este divino Espíritu se da á sí mismo y á la divinidad del que lo envió (1)?

Así el nacimiento de la Iglesia es acompañado de prodigios doblemente misteriosos, por el tiempo en que se veri-

1. *Corn. a Lap., in Joan.*, VIII, 39.

fican y por lo que se asemejan á otros. Mil quinientos años antes, en la creacion de la sinagoga sobre el Sinaí, el monte se conmovió hasta en sus cimientos. Mientras de sus cimas salian torrentes de llamas y de humo, desciende Moisés con el rostro inflamado para proclamar en presencia del pueblo de Israel los preceptos del decálogo. Hoy el monte de Sion reemplaza al Sinaí. Hoy con acompañamiento de los mismos prodigios se funda la Iglesia de la Nueva Alianza. Pedro, cual nuevo moisés, anuncia á los Judíos asombrados el fin de la antigua ley, el cumplimiento de todas las profecías y la resurreccion de los cuerpos, verificada ya en la persona de Cristo primicias de los resucitados.

Eran como las nueve de la mañana. La muchedumbre salia del templo, donde acababa de asistir al sacrificio matutinal, cuando se oye el ruido de la tempestad, se ve temblar la casa y que hombres inspirados salen para hablar al pueblo. En vez de retirarse cada cual á su vivienda, acuden todos á la plaza del Cenáculo. ¡Maravilloso contraste! En este dia, todos los pueblos que hay debajo del cielo y que antiguamente se separaron en Babel, se vuelven á encontrar juntos en persona de sus representantes y no forman mas que una sola sociedad.

En efecto, habia á la sazon en Jerusalen hombres pertenecientes á las tres grandes ramas del linaje humano, á las tres lenguas madres que se hablaban sobre la tierra. De los hijos de Sem, habia Elamitas, Mesopotamios, Lydios, Arabes y Judíos. Los descendientes de Cam, estaban representados por los Egipcios, Cirineos, Cananeos ó Fenicios y habitantes de la Cólquide. Los hijos de Jafet, por los Romanos, Griegos, Partos, Medos, Cretenses, Frigios, de Panfilia y de Capadocia (Act. II).

"Aunqne todos estos pueblos hablaban lenguas diferentes en-

tendian los discursos de los apóstoles. Sucedia en este dia lo contrario que sucedió en Babel: El espíritu de Dios habia descendido para confundir el lenguaje de los hombres y con esto obligarlos á separarse. Aquí desciende tambien, y las lenguas que en Babel se dividieron, se encuentran con una misma habla comprensible para todos. Llamados á no formar en adelante mas que una sola familia, todos los pueblos se reconocen hoy por hijos de un mismo Padre ante los representantes de Dios. La palabra que les ha sido anunciada, es palabra *católica*. Por esto, todas las tríbus de la tierra se encuentran hoy formando una sola sociedad espiritual y visible á la vez, por el vínculo de esta religion que reunia á su orígen los pueblos y las lenguas. Así los Padres no temen llamar á los hechos que se verifican en este dia, la contraposicion de Babel (1).

Oigamos á San Agustin en nombre de todos. "En Babel, Satanás, espíritu de orgullo y padre del dualismo, dividió la lengua primitiva y única de los hombres. En el Cenáculo el Espíritu Santo restablece la unidad del lenguaje. La razon de que los apóstoles hablen los idiomas de todas las naciones consiste en que el lenguaje es el lazo social del linaje humano. Esta unidad del lenguaje expresaba la unidad social de todos los hijos de Dios repartidos en todas las tríbus de la tierra. Y como en los primeros dias de la Iglesia, el que hablaba todas las lenguas era conocido como de haber recibido el Espíritu Santo, así en este nuestro tiempo se conoce que tiene el Espíritu de Dios aquel que con el corazon y con la boca habla la lengua de la Iglesia, difundida entre todas las naciones (1)."

1. *Sepp. Hist de Notre-Seignieur Jesus-Christ.* t 2, 258 et.
2. Spiritus superbiæ dispersit linguas Spiritus Sanctus con-

Sin embargo ante este prodigio, que no tiene semejante en la historia, la multitud quedó estupefacta. Quedaron atónitos hasta el punto de que algunos exclamaran: ¡Estos hombres están ébrios de vino nuevo: *musto pleni sunt!* ¡Ebrios de vino nuevo en el mes de Mayo! Es la mejor prueba de que no sabeis lo que decís. No obstante teneis razon: estos hombres están ébrios, ébrios de un vino nuevo: están locos; pero locos y ébrios diferentemente que vosotros pensais: "El vino nuevo que han bebido, dice elocuentemente San Cirilo de Jerusalen, es la gracia del Nuevo Testamento. Proviene de la viña del Espíritu Santo, que muchas veces habia embriagado ya á los profetas de la antigua alianza y que reflorece en este dia para embriagar á los apóstoles. Al modo que la viña natural, siendo siempre la misma, da anualmente nuevos frutos, así tambien la viña espiritual, el Espíritu Santo, siempre el mismo, hace hoy en los apóstoles lo que hacia en los profetas (1)."

Esta embriaguez los vuelve locos, pues se manifiesta con todas las señales de la locura ordinaria. La embriaguez hace perder la razon; los apóstoles la habian perdido. Nada de cálculos humanos, nada de juicios humanos; sentimientos, lenguaje, empresa, todo es sobrehumano, sobrenatural, divino, por consiguiente, incomprensible para la simple razon.

El hombre ébrio no conoce á sus parientes, ni á sus amigos; les acomete y les pega á diestro y á siniestro: así son

gregavit linguas, & *In. Ps.* LIV; et *lib. de blasphem. in Spirit Sanct.*—El don universal de lenguas ha subsistido por muchos siglos. San Ireneo afirma haber oido á algunos cristianos que blaban todas las lenguas: audisse se multos universis linguis loquentes. *Contr. Hocr.*, lib. V. c. VI.

1 Vera dicunt Judaei, sed irridendo. Novum enim vere erat hillud vinum, novi Testamentia, tc. Catech, XVII.

ni amigos, ni sumos sacerdotes, ni magistrados, ni pueblos, ni reyes. A las prohibiciones, amenazas y castigos, no saben oponer mas que una sola palabra: Más vale obedecer á Dios que á los hombres; nada tenemos, con tal que cumplamos con el ministerio que nos ha sido confiado.

El ébrio anda de derecha á izquierda, por las calles, en las plazas, y la emprende con el primero que topa. Lo mismo hacen los apóstoles; van al Oriente y al Occidente, de Jerusalen á Samaria, de Samaria á Jerusalen, á Cesarea, á Antioquía, á todas partes: su vida es una série contínua de marchas y contramarchas. Con igual intrepidéz se presentan ante los judíos, que entre los paganos, entre los griegos y entre los bárbaros, delante de los procónsules de Roma y de los filósofos de Atenas, ante los príncipes y los césares señores del mundo, y no los dejan hasta haberlos embriagado como están ellos, ó hasta dar su vida en la lucha.

El hombre ébrio tiene una alegría loca; tan pronto se rie como canta. ¿Quién más ébrio que los apóstoles? Los apalean públicamente; y se van risueños y cantando por toda la ciudad de Jerusalen la dicha que en ello les ha cabido (1).

El ébrio es audaz, agresivo, ciégamente intrépido; pues no se conoce, está loco. Nada de esto deja de verse en los apóstoles. Embriagados con su vino nuevo, no conocen ya peligros, no respiran más que combates y los provocan con todas las personas que se encuentran. Ayer los hacia temblar la vista del menor peligro; hoy, bravos como leones; no anhelan más que la guerra, guerra contra el género humano entero; guerra contra Satanás, sostenido por todos los poderes del Oriente y del Occidente. Sin ponerse pálidos, sin pestañear, se lanzan en medio de los peligros, presentan

1. Ibant gaudentes á conspectu concilii quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati. *Act.*, v. 41.

sus manos á las cadenas, su cuello á la espada, su cuerpo á las uñas de los leones, bajan á los calabozos, suben á los cadalsos, se aproximan á las hogueras; nada puede curarlos de su locura.

Escuchad á uno de estos locos riéndose del mundo entero: "?Quién pondrá acusacion contra los escogidos de Dios? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulacion? ¿ó la angustia? ¿ó el hambre? ¿ó la desnudez? ¿ó el peligro? ¿ó la persecucion? ¿ó la espada?...... Yo estoy cierto, que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes, ni venideras, ni fortaleza, ni altura, ni profundidad, ni otra alguna criatura me podrá apartar del amor de Dios que es en Jesucristo Nuestro Señor (1)."

Lo más extraño es, que la embriaguez de los apóstoles fué epidémica. De entre la turba que se habia burlado de ellos, tres mil hombres quedaron al punto ébrios tambien y locos: ébrios con santa embriagnez, locos con la locura sublime del Cenáculo. Como las primeras espigas de la nueva cosecha que en los dias de Pentecostes eran presentadas á Dios en el templo, así fueron ellos las primicias de ese inmenso pueblo de locos, cuya raza incurable se ha perpetuado al través de los siglos en todos los puntos del globo, y que á despecho de todos los medios de la sabiduría humana, se perpetuará hasta el fin del mundo. Este pueblo de locos es la gran nacion católica.

¿Cómo podremos enumerar todos los rasgos de esta locura? ¿No veis al cabo de dos mil años esos enjambres innumerables de jóvenes de ámbos sexos, ídolo del hogar doméstico, alegría del mundo, flor de la humanidad, renunciando á todos los placeres de lo presente y á todas las esperanzas de lo porvenir; y sin que nadie les obligue á ello, sino libre-

1. *Rom.*, VIII 33-39.

mente y con júbilo, abandonando padres y patria, para hacerse cautivos bajo el yugo de la obediencia, vivir pobres, ignorados, menospreciados, ocupados noche y dia en lo que más repugna la flaca naturaleza? Como en otro tiempo á Pablo, les gritan que están locos: *Insanis, Paule* Y ellos convienen en esto como convino Pablo: *Nos stulti propter Christum*; é igualmente que el Apóstol, no tratan de hacerse sábios, solo aspiran á que esta su locura sea completa.

Más locos son los mártires. Delante de estos séres extraños, hombres, mujeres, niños, ancianos, de todo estado y condicion, que se han visto en todos los lugares que el sol alumbra y se ven todavía en las playas ensangrentadas de Conchinchina y de Tonkin, se presentan con todos sus horrores la indigencia, el hambre, la desnndez, el destierro, las mazmorras, el aparato de los suplicios, la muerte, en fin, entre los más crueles tormentos. Una palabra que digan al oido del juez, un grano de incienso que hechen sobre un carbon, un paso que den sobre una cruz de madera, bastan para salvarlos. Pero á pesar de las súplicas de los amigos y de las lágrimas de sus parientes, esa palabra, no la dirán; ese grano de incienso, no lo quemarán nunca, ese paso, no lo darán jamás. Como á Pablo, se les dice tambien que están locos: *Insanis, Paule*; y como Pablo convienen en ello: *Nos stulti propter Ckristum*; y lo mismo que él, no tratan de hacerse sábios, sino que cantan la locura que los conduce al patíbulo: *Libenter impendam, et superipendar ipse.*

¿Qué más? La turba tumultuosa; innumerable, el grueso de la humanidad, que se llama el mundo, vive apasionado por las riquezas, los honores y los goces. Mas allá de lo presente, su ojo no ve nada, su entendimiento no entiende nada, su corazon no desea nada. A su modo de ver, son ilu-

sos, locos y visionarios, los que se dan á ver, á buscar y esperar otra cosa. Pues en medio de este mundo, existe por toda la tierra un pueblo numeroso que desprecia lo presente y aspira á lo eterno; un pueblo que prefiere la pobreza á las riquezas, la mortificacion á los placeres, el olvido á la gloria las vigilias santas á las noches culpables; un pueblo para quien los rudos combates de la virtud son deliciosos, el perdon de las injurias grato deber, el enemigo mismo un hermano digno de compasion y objeto preferente de sus oraciones y beneficios. Como á Pablo, se les dice que están locos: *Insanis, Paule*: como Pablo, convienen en ello: *Nos estulti propter Christum*; y como él, lejos de procurar hacerse sábios, se congratulan de su locura: *Omnia detrimentum fecit et arbitror ut estercora, ut Christum lucrifaciam.*

Lo que hay aquí mas incomprensible, es la naturaleza misma de su embriaguez y su locura. Están locos con esa locura sublime á que el mundo es deudor de su razon, de toda su razon; ébrios, con esa embriaguez siempre santa del Cenáculo, que ha hecho cuerdos á los locos de Babel. Tal fué, tal es, tal será hasta el fin la Iglesia católica, institucion irremisiblemente milagrosa, aunque solo fuera por eso, y cuyo nacimiento cantaba el profeta real, mil años antes del Pentecostes cristiano: "Señor enviarás tu Espíritu y todo será creado y renovarás la haz de la tierra..... Por la locura del Cenáculo, añade el Apóstol: *Per stultitiam praedicationis placuic salvos facere credentes* (1).

1. Psalm., CIII, 30—I. Corn., 1-21.

CAPITULO XVII.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR.)

SUMARIO.—Nuevas relaciones entre la iglesia y la Santísima Vírgen.—María llena de todos los dones del Espíritu Santo: la Iglesia tambien.—María es vírgen y Madre: la iglesia lo mismo.—El Espíritu Santo es inseparable de María: inseparable igualmente de la Iglesia.—Proteje, inspira y dirije á María: todo esto hace con la Iglesia.—María es un foco de caridad: la Iglesia es tambien foco de caridad.—Para salvar al mundo, María da su Hijo: la Iglesia da los suyos.

La Historia detallada de Pentecostes muestra que la fundacion de la Iglesia es, como la creacion de María, una obra acabada del Espíritu Santo. Entre estas dos maravillas hay otras analogías, que vamos á indicar.

María esta llena de todos los dones del Espíritu Santo, que coma una diadema de inmortalidad, brillan sobre su frente virginal (1). Del mismo modo la Iglesia. El Espíritu Santo es inseparable de sus dones y los reparte, no con medida, sino segun la capacidad de los vasos que encuentra. María, creacion inmediata del Espíritu Santo, tiene capacidad completa; la Iglssia tambien. Luego en María está la plenitud de los dones del Espíritu Santo, plenitud de los dones interiores, plenitud del don de Sabiduría y de entendimiento, plenitud del don de concejo y de fortaleza,

1 No debe exceptuarse el don de lenguas. Siendo maestra y y consoladora, no de los apóstoles solamente sino de todos los fieles, que de todas partes acudian á verla y consultarla, era menester que conociera sus lenguas para animarlos, instruirlos, y derramar su corazon maternal en el corazon de los mismos.

plenitud del don de ciencia y de piedad, plenitud del don de temor de Dios; plenitud de los dones exteriores, plenitud del don de milagros y de profecía, plenitud del don de curaciones y de lenguas.

Conforme la historia lo atestigua, el Espíritu Santo comunica á la Iglesia, madre del cristiano, todos los dones de que llenó á María, madre de Cristo. Hoy, en vista del Cenáculo, el cielo y la tierra pueden decir á la Iglesia lo que el arcángel dijo á María: Yo te saludo, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las sociedades, y los séres santos que nacerán de tí serán llamados hijos de Dios. No temas; mira como la virtud del Altísimo te cubre con su sombra y con qué magnificencia desciende sobre tí el Espíritu Santo.

"El Verbo encarnado, vencedor del Rey de la Ciudad del mal, cumple sus promesas. Se ha elevado á los cielos conduciendo en triunfo á los demonios encadenados y á los cautivos gloriosamente libertados. Al modo que lo hacian los antiguos triunfadores, distribuye hoy con largueza sus beneficios. De sus divinas manos se derraman sobre vosotros, no talentos de oro, ni minas de plata, sino los dones mismos del Espíritu Santo y entre otros el de lenguas. Gracias á este nuevo don, el Judío, hecho hijo vuestro y hablando su idioma materno, hará resonar en los oidos de todos los pueblos las glorias del Verbo, y adorar de los Romanos al que uno de sus precónsules, Pilatos, hizo morir en una cruz (1)."

María es vírgen, la Iglesia es vírgen. Entre todas las prerogativas de María, brilla con un resplandor particular su inviolable virginidad. La Iglesia está adornada con la misma prerogativa: es vírgen y vírgen inmaculada. Depositaria incorruptible del Verbo divino, es vírgen en su fe y

1. *S. Maxim.*, *Serm. in Pentecost.*, versus fin.

vírgen en su amor. Lo que ayer era, lo es hoy y lo será siempre; no puede dejar de serlo. Pues qué ¿el Verbo y el Espíritu Santo no han prometido solemnemente estar siempre con ella, hasta el fin del mundo (1)? Puede salir fallida semejante promesa? Si en el trascurso de los siglos fuese posible encontrar, no diré una hora, sino un segundo, en que la Esposa del Espíritu Santo hubiera enseñado la sombra de un solo error, ya hubiera concluido el reino de la verdad sobre la tierra.

Los protestantes, al acusar á la Iglesia romana de infidelidad, no advierten que así erigen en principio el esceptiscismo universal. Si la Iglesia se ha engañado ó, como ellos dicen, si se ha corrompido, ¿qué vienen á ser las seguridades de infalibilidad, dadas por Jesucristo? ¿Qué viene á ser el cristianismo? ¿Qué viene á ser la verdad, llámese con el nombre que se quiera? La Iglesia es vírgen, pues, como María; vírgen siempre y debe serlo. Por esto mismo, únicamente por esto, es objeto eterno del odio del demonio, lo cual es un privilegio negado á todas las sectas.

La Iglesia, vírgen como María, es madre como ella. "Vuestro Jefe, dice San Agustin, es hijo de María y vosotros sois hijos de la Iglesia; porque esta es tambien madre y vírgen. Es madre por sus entrañas de caridad; vírgen por la integridad de su fe. Engendra pueblos enteros, pero todos le pertenecen á Aquél, del cual ella es cuerpo y esposa; nueva semejanza que tiene con María, puesto que, á pesar de la multiplicidad, es madre de la unidad (2)"

1. *Math.*, XXVIII, 20; *Joan.*, XIV, 16.

2. Caput vestrum peperit Maria, vos Ecclesia. Nam ipsa quoque et mater et virgo est. Mater visceribus charitatis, virgo integritate fidei et pietatis. Populos parit, sed unius membra sunt, cujus ipsa est corpus et conjux; etiam in hoc gerens illius virginis, quia et in multis mater est unitatis. *Serm.* 142, n. 2.

Para que nazca el Verbo, el Espíritu Santo viene sobre María, y el seno de la augusta Vírgen es el santuario del gran misterio. El Verbo es concebido por obra misteriosa del Espíritu Santo: los mismos elementos encontramos en la formacion de los hijos de la Iglesia. Lo que el seno de María fué para Jesús, es para nosotros la pila bautismal. El cristiano nace del agua fecundada por el Espíritu Santo; no puede nacer de otra manera (1).

El divino Espíritu hablando á su esposa le dice en el libro de los *Cantares*: "Tu vientre es como un monton de trigo, rodeado de lirios (2)." Fecundidad y virginidad; tales son las dos prerogativas significadas por esta expresion profética. El seno virginal de María fué como un monton de trigo. En él, como en un granero abundante, fué formado y encerrado el trigo divino, trigo dorado y aromático, trigo inalterable é inagotable que, de generacion en generacion, va produciendo cosechas de elegidos, destinadas á los graneros eternos del padre de familia.

El seno de la Iglesia católica es tambien un monton de trigo, cuya fecundidad es inagotable y cuyo grano es indestructible. Más facil seria contar las estrellas del firmamento, que los hombres y los pueblos engendrados por la Iglesia para la vida de verdad. Ni las armas de los perseguidores, ni sus hogueras, ni sus bestias feroces, ni la zizaña de los herejes, ni los escándalos de los pecadores, han podido destruir el trigo católico. En toda la redondez de la tierra y hasta el fin de los tiempos, se verificará siempre lo mismo. Planta cosmopolita, ni la variedad de los climas, ni la diferencia de cultivo, la harán degenerar; lo que está escrito, escrito está.

1. *Joan.*, III, 5
2. Venter tuus sicut acervus tritici vallatus liliis. *Cant.*, VII, 2.

Esta fecundidad inagotable de la Iglesia no es el signo menos brillante de su celestial orígen y de su perpétua virginidad. Si por una sola vez, la Iglesia hubiera hecho pacto adúltero con la mentira, ya há mucho tiempo que hubiera dejado de engendrar. Solo el Espíritu Santo es fecundo. Toda sociedad, así como toda alma que él abandona, se hace estéril; estéril, porque ha cesado de ser vírgen. Ved al protestantisma con su febril actividad, con sus cargamentos de bíblias impresas en todas las lenguas, con sus millones destinados á esparcir sus libritos satíricos ó á pagar á sus agentes: ¿qué pueblo ha engendrado para Jesucristo? Pero ¿á qué hablar del protestantismo? Consistiendo su esencia en una negacion, no podrá producir nada; si en algo es fecundo, no es más que en ruinas. Ruinas intelectuales, ruinas morales; ruinas sociales; estas tres palabras resúmen su historia y la de todas las herejías pasadas y futuras.

Volvamos nuestra mirada hácia la Iglesia oriental, triste hermana de la Iglesia latina y como ella dotada en otros tiempos de una gloriosa fecundidad: despues del cisma, ¿qué ha producido? ¿Nada. ¿Ha plantado la cruz en alguna apartada region? ¿Ha civilizado, siquiera una sola poblacion de Asia ó América? ¿Ha favorecido el movimiento de las ciencias, ó llevado acabo alguna de esas obras, que dejan tras de sí un largo rastro de gloria? No. Pero al menos ¿ha podido defenderse contra su propia corrupcion? Tampoco.

Víctima de la simonía, del escándalo y de la intrusion que la devoran, como los gusanos á un cadáver, ha caido en spantosa ignorancia y en atonía mortal. No ha tenido nia un doctor célebre, ni un concilio digno de llamar la aten cion. "Si se hace el parangon, decia ya Montesquieu, entr- el clero griego y el clero latino; si se compara la conducta de los papas con la de los patriarcas de Constantinopla, se

encontrará tan sábios á los unos, como pocos sensatos á los otros:" La diferencia entre las dos Iglesias, se ve brillar en la expansion contínua de fuerzas y de vida de la Iglesia romana y en sus conquistas sobre todos los puntos del globo, en tanto que la Iglesia griega permanece inmóvil, encerrada dentro de los límites de la servidumbre y despojada del principio de fecundidad, comunicado á la verdadera esposa en el dia de Pentecostés.

El Espíritu Santo es inseparable de la Iglesia, como inseparable es de María. La madre del cristiano, formada en el Cenáculo, aparece viva el dia de Pentecostés. Vive; puesto que posee el principio de su movimiento, el Espíritu Santo que se manifiesta por actos propios solo de El (1). "En el dia de Pentecostés, dice San Agustin, el Espíritu Santo descendió como un rocío santificante sobre los apóstoles, sus templos vivos. No viene á visitarlos de paso, sino á consolarlos perpétuamente y habitar en ellos para siempre. Lo que el Verbo encarnado habia dicho de sí mismo á sus apóstoles: "Yo estoy con vosotros todos los dias hasta el fin del mundo," lo dice del Espíritu Santo: "El Paráclito que mi Padre os dará permanecerá siempre con vosotros. Se manifestó, pues, á los fieles, no por el favor de su visita y sus operaciones, sino por la presencia misma de su majestad. Estos vasos no solamente recibieron el olor del bálsamo, sino el bálsamo mismo, á fin de que su perfume llenase el mundo entero é hiciese á los discípulos de los apóstoles, capaces de la vida de Dios mismo y participantes de su naturaleza (2)."

Ahora bien, el Espíritu Santo permanece con María para

1. Dicimus animal vivere, cum incipit ex se motum habere. *S. Th.*, 1 p., q. 18, art. I.

2. *Serm.* 185 *de Temp.*

protegerla, inspirarla y dirigirla; en otros términos, para conservarla hasta el fin, llena de gracia, y como tipo único de belleza moral.

La protege: sin la proteccion especial del Espíritu Santo ¿Cómo María, pobre y delicada hubiera podido escapar, lo mismo que su tierno hijo, del furor de Herodes? La Iglesia está todavía en la cuna y la raza perpétua de los Herodes ha jurado su muerte. Tres armas homicidas se encuentran entre las manos de sus enemigos: la persecucion, la herejía y el escándalo. Estas armas hallarán siempre brazos dispuestos á manejarlas; pero siempre se embotarán contra la fuerza, la sabiduría y la constancia sobrehumanas, que son la triple coraza de que el Espíritu Santo ha revestido á la Iglesia.

Permaneced en la soledad, le habia dicho el Verbo divino al dejarla, no empeñeis ningun combate, ni afronteis ningun peligro hasta que seais revestidos con la fuerza de lo alto. Entónces solamente os pondreis en estado de servirme de testigos en Jerusalen, en Samaria y hasta en los extremos de la tierra (1). Y en efecto, les fué dada esta fortaleza invencible. Vengan los jueces y los verdugos de Jesus de Nazareth; vengan los Judíos y los gentiles, vengan los emperadores romanos con su poder, venga como un solo hombre la vieja sociedad con el furor de su ódio y la locura de sus excesos, no faltará quien les responda: La jóven sociedad, animada por el Espíritu Santo se reirá de sus amenazas; desafiará sus suplicios, y rodeándose de milagros, les dará en cara con estas palabras sin réplica: Vale más obedecer á Dios que á los hombres. Prestad oido atento, y despues de diez y ocho siglos oireis resonar, en todos

1. Act., I, 8.

los puntos del globo, esta palabra siempre vencedora de las puertas del infierno.

El Espíritu Santo inspira á María é inspira á la Iglesia. María es llamda Reina de los profetas por la sublimidad de su canto profético. Si en los profetas fue la inspiracion un arroyuelo, en María fué un rio, un vasto mar. Lo mismo sucede con la Iglesia. El espíritu de sabiduría que, en boca de los niños ó de hombres del pueblo asombra á los pretores romanos por la oportunidad y la sublime sencillez de sus respuestas, se expresa en las asambleas de la Iglesia por el órgano de los pontífices con una lucidez que desconcierta al error y con una autoridad entónces desconocida.

Desde un principio, graves cuestiones obligaron á los antiguos pescadores de Galilea á reunirse en concilio. Como téologos de primer órden y por consiguiente filósofos eminentes, discuten los puntos más difíciles con una elevacion que eclipsa las sesiones tan ponderadas del senado y del areópago. Terminados los debates, el concilio envía á los fieles de Oriente y de Occidente su decision, formulada en términos que jamás asamblea ninguna humana pudo atreverse á emplear: *Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros*: *Visum est Spiritui sancto et nobis.*

¡La inteligencia humana colocada en la misma línea que la inteligeucia divina! ¡El hombre, compartiendo con Dios la infalibilidad doctrinal y el poder judicial! Si aquí no está lo sublime, ¿dónde se le encontrará? Esta deificacion áel hombre por el Espíritu Santo no ha cesado jamás en la Iglesia. Todos los concilios generales, desde hace diez y ocho siglos, repiten, en diferentes términos, pero con la misma seguridad, la gloriosa fórmula: "El muy santo, universal y ecuménico concilio de (Trento), legítimamente reunido por el Espíritu Santo enseña, establece, ordena, pro-

hibe, etc." Los concilios tienen la razon por dos lados, pues, por una parte el Espíritu de verdad está siempre con ellos (1); y por otra, la historia prueba que, entre todas las sociedades, solo la Iglesia no tiene nada que retractar.

El Espíritu Santo no solo inspira las palabras de María, dirige tambien sus pasos. La conduce de Nazareth á Bethléem, de Bethléem á Egipto, de Egipto á Judea, de Judea á Galilea, de Jerusalen al Calvario, al Cenáculo. Lo mismo hace con la Iglesia. Esta accion siempre sensible en el curso de las edades, se hace palpable desde los primeros siglós. El ministro de la poderosa reina dè Ethiopía, ha venido á Jerusalen á adorar y regresar á su país: ¡qué noble conquista! El Espíritu Santo habla al diácono Felipe, el cual se acerca al ministro, monta en su carroza, lo instruye y lo bautiza. En un abrir y cerrar de ojos el mismo diácono se encuentra trasportado por el mismo Espíritu á la ciudad de Azoto. Su palabra vencedora se deja oir en todas las ciudades intermedias hasta Cesaréa.

¿Es preciso llamar los gentiles á la fé? Pues el mismo Espíritu Santo en persona elige á Pedro para esta mision, y le indica punto por punto la manera de cumplirla. Ha llegado el momento de llevar á lo lejos el fuego divino: ¿quién designará los obreros? ¿Quién los tomará de la mano y los conducirá, sin abandonarlos un instante, como el preceptor conduce á su discípulo y el alma al cuerpo? No serán ni el Padre, ni el Hijo, sino el Espíritu Santo? "Separadme á Saulo y á Bernabé para la obra, á que los he destinado (2)."

Sigamos por un instante á los conquistadores evangélicos, y veremos como todos sus movimientos son regulados por el mismo Espíritu Santo. "Y atravesando la Phrygia y

1. *Joan.*, XIV, 16.
2. *Act.*, XIII, 2.

la Galacia, les vedó el Espíritu Santo que predicasen la palabra de Dios en el Asia (1)." Llegados á la Mysia, intentan entrar en la Bithynia, pero el Espíritu Santo se opone á ello. Se les abre la Macedonia y el Espíritu Santo los conduce á Philipos, en donde San Pablo debia reportar un brillante triunfo sobre el demonio inspirador de una jóven pitonisa. Atenas, Corinto, Efeso, los verán sucesivamente, sembrando los milagros y multiplicando las conquistas.

No obstante, estos hombres poderosos obedecen en todo al Espíritu de fuerza y sabiduría. El es quien advierte á Pablo que abandone á Efeso, atraviese rápidamente la Macedonia y la Acaya y se vuelva á Jerusalen. Ni las celadas de sus enemigos, ni las lágrimas de sus queridos discípulos pueden retardar su marcha. "Y ahora he aquí, dice el mismo, que yo constreñido del Espíritu, voy á Jerusalen: no sabiendo las cosas, que allí me han de acontecer; sino lo que el Espíritu Santo me asegura por todas las ciudades, diciendo: que me aguardan en Jerusalen prisiones y tribulaciones. Mas no temo ninguna de estas cosas: ni hago mi propia vida más preciosa que á mí mismo, con tal que acabe mi carrera, y el ministerio de la palabra, que recibí del Señor Jesús (2)."

La inminencia del peligro no hará cambiar estas nobles disposiciones. "Y al dia siguiente, continúa San Lúcas, llegamos á Cesaréa. Y durante la mansion que hicimos allí por algnnos dias, llegó de la Judea un profeta, por nombre Agabo. Este, como vino á nosotros, tomó el ceñidor de Pablo; y atándose los piés y las manos, dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los Judíos en Jerusalen al varon

1. *Act.*, XVI, 6.
2. *Act.*, XX, 22 et seqq.

cuyo es este cíngulo y lo entregarán en manos de los gentiles. Cuando oimos esto nosotros, y los que eran de aquel lugar, le rogábamos que no subiese á Jerusalen. Entónces Pablo respondió, diciendo: ¿Qué haceis llorando y quebrantándome el corazon? Porque yo estoy aparejado no solo para ser atado, sino tambien para morir en Jerusalen por el nombre del Señor Jesús (1)."

El curso de la historia pone de manifiesto que Pablo no se desdijo ni por un instante; y da hasta la razon oculta de todas las marchas del grande Apóstol y de todas las persecuciones á que se expuso. Si se ve obligado á huir de Efeso, si se le prohibe detenerse en Bithinia, si se le manda atravesar el Asia á paso redoblado é ir á dejarse coger en Jerusalen, todo es, porque el Espíritu Santo ha decidido enviarlo á Roma. Caido en manos de los Judíos, será entregado por estos á los Romanos. Declinará el juicio del gobernador Festo, apelará al César, y esta apelacion lo conducirá á la Capital de Satanás, cuyas murallas quebrantará su poderosa palabra.

Esta direccion del Espíritu Santo que se encuentra tambien en la vida de los demás apóstoles jamás ha faltado á la Iglesia. Desde la creacion, la sabiduría infinita conduce al sol como de la mano y le indica todos los dias los lugares que debe alumbrar con su luz. Así, desde la regeneracion evangélica, el Espíritu Santo dirije la Iglesia, sol del mundo moral, y le marca con precision los pueblos y las almas que debe visitar ó abandonar. Se hace preciso atribuir á esta direccion el paso de la fe de una nacion á otra; la conversion de los pueblos del Norte en el momento del cisma oriental; el descubrimiento de las Américas, cuarenta años despues del renacimiento del paganismo en Europa;

1. *Act.*, XXI, 11 et seqq.

el celo maravilloso por la propagacion de la fe de que nosotros somos testigos en el momento en que la apostasía general de las sociedades modernas exige inmensas compensaciones, que reparen las pérdidas de la Iglesia.

Acabemos el paralelismo entre María y la Iglesia con un nuevo rasgo que no es el menos sorprendente. La Iglesia, semejante á María en su fecunda virginidad, se le parece tambien en su amor maternal. María, madre del Verbo encarnado, alimenta á su Hijo con la leche de sus virginales pechos, *ubere de cœlo pleno*. Lo rodea de los más tiernos cuidados, le prodiga las más afectuosas caricias, lo salva de todos los peligros, participa de todos sus dolores y no lo abandona hasta en su misma muerte.

La Iglesia, madre del cristiano, lo alimenta con la leche virginal de su doctrina. No deja que penetre ni un error, ni siquiera la sombra de un error, en su inteligencia criada para la verdad y nada más que para la verdad. Con celosa é incesante solicitud vela esta madre por el alimento de sus hijos. Para apartar de sus lábios todo alimento emponzoñado, emplea el valor de una leona cuando defiende á sus cachorros. Lanza sus amenazas y sus anatemas sobre los Hérodes envenenadores ó asesinos. ¡Dichosos los cristianos, si hubieran comprendido siempre el corazon de su madre!

A medida que su hijo adelanta en edad y se hacen más peligrosas las luchas de la vida, la Iglesia multiplica sus precauciones. Si, á pesar de sus esfuerzos, llega á caer, lo levanta, anima su valor, cura sus heridas, le devuelve la salud y redobla hasta el último momento sus cuidados maternales, á fin de hacer que muera reconciliado con su hermano el primogénito, su juez y remunerador. No bastarían libros enteros, para dar cuenta de lo que hace la madre de los cristianos, en favor del cuerpo y el alma de sus hijos,

desde la cuna hasta la tumba y aun mas allá: imitacion permanente de los cuidados de María por su hijo muy amado.

María no sólamente ama á su Hijo, sino á todos los que su Hijo ama, que son todos los hombres. Su amor no conoce la inconstancia, ni el frio, ni se limita á los tiempos, lugares ó personas: *Ego Dominus et non mutor.* Tal es el amor de María. Hizo para atestiguarlo, lo que jamás ha hecho madre alguna; entregó su propio Hijo. Mostrando á todos los siglos á Jesus clavado en la cruz, María puede decir: Así es como yo he amado al mundo, hasta darle mi único hijo. Lo mismo que se necesitó mi consentimiento para la encarnacion del Verbo, se há necesitado para la inmolacion de esta víctima querida.

La Iglesia, madre del cristiano, tiene derecho á usar este mismo lenguaje. En todos los puntos del globo, convertido para ella en un mismo Calvario, muestra las cruces, las hogueras, los cadalsos, las calderas de aceite hirviendo, las cadenas, los instrumentos de tortura, las fieras de los anfiteatros, todos esos mil y mil géneros de tormentos y de muertes, inventados por Satanás y que despues de diez y ocho siglos aun se conservan en los diferentes países del mundo; tras de esto muestra á los más queridos de sus hijos, crucificados, abrasados, ahorcados, molidos, descuartizados, atormentados, en todo ese mismo tiempo y esos mismos lugares, Ante este espectáculo, empleando el mismo lenguaje de María dice á los ángeles y á los hombres: *Así es como yo he amado al mundo. Para salvarlo, le he dado y aun le sigo dando los más queridos de mis hijos, los huesos de mis huesos, la sangre de mi sangre.*

Este último rasgo de semejanza, añadido á tantos otros, nos muestra en los anales de la humanidad dos madres,

dos sólamente, María y la Iglesia que sacrifiquen sus hijos por salvar al mundo. ¡Oh María! ¡Oh Iglesia! ¡Milagros inauditos de caridad! anatema sobre quien no os ame.

CAPITULO XVIII.

CUARTA CREACION DEL ESPIRITU SANTO: EL CRISTIANO.

SUMARIO.—Esta cuarta creacion es el objeto de las tres primeras y por qué.—El cristiano, hermano del Verbo encarnado, hijo de Dios, participante de la naturaleza divina.—Principio de esta filiacion ó generacion divina.—La gracia.—Profundo misterio de la gracia.—Cómo se verifica esta divina generacion. — Sus efectos principales: la vida divina, la filiacion ó adopcion, el derecho á la herencia paterna.—Donde tiene lugar esta generacion.—Resúmen.

Las tres primeras creaciones del Espíritu Santo, en el Nuevo Testamento. se refieren á la cuarta. María para el Verbo encarnado; el Verbo encarnado para la Iglesia; la Iglesia para el cristiano; el cristiano mismo, para divinizar la creacion entera y referirla á su principio, multiplicando por doquiera los hormanos del Verbo encarnado: *ut sit Deus omnia in omnibus*. Estudiemos esta nueva maravilla que resume todas las otras.

En efecto. ¿qué es el cristiano? Es el hermano del Vervo encarnado (1), es otro Jesucristo. Ahora bien, el Verbo encarnado es Dios y heredero de todos los bienes de su Padre, en la tierra y en el cielo, en el tiempo y en la eternidad. El cristiano es todo esto, en el sentido que vamos á

1. Vade autem ad *fratres* meos et dic eis: Adscendo ad Patrem meum et Patrem vestrum. *Joan* xx, 17 —Qui enim santificat et qui sanctificantur ex uno omnes, propter quam causam non confunditur *fratres* eos vocare dicens: Nutiabo nomen tuum *fratribus* meis... Unde debuit per omnia *fratribus* similari, etc., etc., *Hebr.*, XI, 11, 12, 17.

explicar; Dios, hijo de Dios, coheredero de todas las cosas con el Verbo su hermano primogénito.

Es Dios: *Yo dije: sois Dioses é hijos del Dios vivo* (1) "Gracias al Espíritu Santo, añade San Basilio, los santos son Dioses (2)" Y San Atanasio: "Lo mismo que Dios se ha hecho hombre, encarnándose; de la misma manera el hombre es Dios por el Verbo encarnado (3)." El Verbo es hijo de su Padre por generacion eterna: esta generacion es el tipo de la del cristiano. Desde toda eternidad, Dios el Padre engendra un Hijo consustancial é igual á El en todas las cosas. En el tiempo, engendra hijos que son por la gracia, lo que ese su único Hijo es por natnraleza. De este modo, el cristiano es un sér aparte y el resultado de un *fiat* especial (4).

No es hijo de dioses muertos, ni de ídolos mudos, ni de la carne, ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre; es Hijo de Dios vivo: *Filii dei viventis.* Es semejante al Verbo cuyo Padre dice desde toda eternidad: *Tú eres mi hijo; hoy mismo te he engendrado* (5)."

Es coheredero de todas las cosas. *El Verbo encarnado,* dice San Pablo, *es el heredero universal de Dios* (6). Todo es suyo en el cielo y en la tierra. Y añade: *Y nosotros so-*

1. Ego dixi: Dii estis et filii excelsi omnes... filii Dei viventis *Ps.* 81.—*Osee*, I. 10.

2. Sanctos propter inhabitatem Spiritum Sanctum esse Deos. *Homil de Spir. Sanct.*

3. Ut enim Dominus, induto corpore factus est homo. ita et nos homines ex Verbo Dei fiamus dii *Serm.* IV, *Cont. Arian.*

4. Exemplar hujus filiationis est filiatio Verbi Dei Sicut enim Deus Pater ab æterno genuit Filium sibi consubstantialem et aequalem per omnia; ita illius ad instar in tempore gignit filios, qui per gratiam sint id quod Filius Dei est per naturam Nostra ergo filiatio est imago filiationis divinae. *Corn, á Lap.. in Osee,* I, 10

5. *Hebr.*, I, 5.

6. *Hebr.*, I, 2.

mos todos coherederos de Cristo (1). No han sido hechos el cielo y la tierra para los ángeles malos, ni para los perversos; sino para el cristiano. El cielo es su reino, su país, su morada en la eternidad. La tierra es su lugar de paso. El mundo acabará cuando el último cristiano haya recibido el Bautismo y encomendando su alma en las manos de su divino Padre y concluirá por haber perdido su razon de ser: *Omnia propter electos: consummatum est.*

¡Inexplicable grandeza y más inexplicable bondad! Hacer salir de la nada el cielo con los astros y con los ángeles, la tierra con sus riquezas y con sus habitantes, es una creacion magnífica, Justamente atribuida al Padre. Hay otra más magnífica y cuya gloria recae en el Espíritu Santo; es la creacion del cristiano.

"Una obra puede llamarse grande, dice Santo Tomás, á causa de la grandeza misma de la obra. En este sentido, la justificacion del hombre, que tiene por objeto la participacion eterna de la naturaleza divina, es más grande que la creacion del cielo y de la tierra, que se termina en el goce de una naturaleza perecedera. Tambien, San Agustin, despues de haber dicho que hacer de un pecador un justo es una cosa más grande que sacar el universo de la nada, añade: *Porque el cielo y la tierra pasarán, pero la justificacion y salvacion de los justos no pasarán.* (2)."

Que el hombre sacado de la nada del pecado, sea elevado hasta la participacion de la naturaleza divina: que el hijo del polvo se haga hijo de Dios; que Dios llame hijo suyo al hombre; que el hombre llame padre suyo á Dios; y que este llamamiento recíproco sea la expresion de la realidad: "Ved, continúa San Leon, la creacion más maravillosa, el don que sobrepuja á todos los dones. ¡Oh cristiano!

1. *Pom*, VIII, 17.
2. I, 2, q. 113.

reconoce tu dignidad; participante de la naturaleza divina, no quieras degradarte con una conducta indigna de tu grandeza (1)."

¿Cuál es el principio de esta generacion, causa de nuestra incomparable nobleza? ¿Cómo se realiza? ¿Cuáles son los particulares efectos que de ella resultan? ¿Dónde se verifica? ¡Espíritu de luz! dignaos iluminarnos en el momento en que, para gloria vuestra intentamos revelar á vuestros hijos el arrebatador aunque profundo misterio de su orígen.

Cuál es el principio de la generacion del cristiano? La gracia. ¿Pero en qué consiste esta gracia y cómo explicar su excelencia y su naturaleza íntima? "La gracia, dice San Pedro, es todo lo que hay de más excelente en los tesoros de Dios. Es un don que hace al hombre participante de la naturaleza divina (2)." El ángel de la teología habla como el Príncipe de los Apóstoles. Segun Santo Tomás: "La gracia es una participacion de la naturaleza misma de Dios. Es la trasformacion del hombre en Dios; porque este es el principio de la gloria en nosotros." (3) Los catequistas españoles añaden: "La gracia es un princípio divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria (4)."

¿Pero qué es en su naturaleza íntima este don deificador?

1. Omnia dona excedit hoc donum ut Deus hominem vocet filium, et homo Deum nominet Patrem. *Serm.*, VI *de Nativ.*— Agnosce, ó chistiane, dignitatem tuám, et divinae consors factus naturae, noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire. *Id.*, *Ibid.*, *Serm* I.

2. Maxima et pretiosa promissa donavit; ut per hæc efficiamini divinæ consortes naturæ II *Petr.*, I, 4.

3. .. Ipsum lumen gratiæ quod est participatio divinæ naturæ. l. 2, q. 110 art. II.—Gratia nihil aliud est quam quædam inchoatio gloriæ in nobis. 2, 2. q. 24, art. 3.

4. La gracia es un sér divino que nos hace hijo de Dios y herederos de su gloria.

La gracia no es solamente, como se la define con demasiada frecuencia, un auxilio concedido por Dios y conducente á nuestra salvacion. El auxilio es el efecto de la gracia y no la gracia en su esencia. La gracia no es tampoco un don exterior al alma, sino que está en la esencia misma del alma. Es un principio divino, un elemento nuevo, sobreañadido á la naturaleza, una cualidad supereminente que reside en la esencia misma del alma, que obra sobre el alma y sobre todas sus potencias, como el alma obra sobre el cuerpo y sobre todos sus órganos. "Sin duda, continúa Santo Tomás, la gracia no es la sustancia misma del alma, ó su forma sustancial; pero es su forma accidental (1). En efecto,

1. Sabido es que en la teología antigua la palabra *forma* significa principio ó causa que determina y perfecciona una cosa: como el alma en el cuerpo. Pars entis quæ est indifferens ad hoc vel illud constituendum dicitur *materia*, ut corpus in homine; quæ vero determinat et perficit materiam, dicitur *forma*, ut anima.

La gracia *santificante* es un principio divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria. La gracia santificante es un don criado, es decir que cualquiera que sea la perfeccion de este don, no es la sustancia misma de Dios. En efecto, este don es inherente al alma, esto es, viene á modificarla, más no destruirla ó cambiarla de modo que cese de ser alma. Es inherente, y bajo la forma de hábito, ó sea, de inclinacion y propension para hacer el bien Mas si este don fuera la sustancia misma de Dos, no implicaría solamente inclinacion al bien, sino la ejecucion continua del bien, pues Dios es soberano y eternamente autor del bien. La gracia santificante es, como dice San Pedro, una participacion de la naturaleza divina. Pero en el mundo ninguna criatura puede comprender el sentido ni la naturaleza de esta palabra; la comprenderemos en el cielo, y esta comprension hará nuestra dicha en la patria.

La causa productiva de la gracia es el Espíritu Santo, autor de todos los dones naturales y sobrenaturales. La causa meritoria es el Verbo encarnado. La causa instrumental, los sacramentos. La causa formal, ó sea, la naturaleza de la gracia que hay en el alma, es la vida divina comunicada á la misma alma. La causa

lo que es sustancialmente en Dios, por la gracia viene á ser accidentalmente en el alma, hecha participante de las perfecciones divinas (1).

Ahora bien, lo que es sustancialmente en Dios, ¿qué es sino Dios mismo? Es el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, la Trinidad adorable. Luego Dios, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, la Trinidad augusta está accidentalmente en el cristiano.

Dios es sustancialmente vida, santidad, fuerza, luz, perfeccion divina, beatitud eterna.

El cristiano es, pues, accidentalmente, vida divina, santidad divina, fortaleza divina, luz divina, perfeccion divina, beatitud divina. Decimos que todo esto lo es accidentalmente, es á saber, que puede cesar de serlo; y esto no se puede afirmar de Dios.

Es, pües, el alma del cristiano morada, templo, trono de Dios. Dios esta infinitamente más unido al cristiano que á las demás criaturas, por esencia, presencia y potencia: hasta el punto de que si por un imposible Dios no estuviera en el alma por esencia, presencia y potencia, como está en todos los otros séres criados, estaria en ella realmente por la gracia. Al modo que el cuerpo del Verbo encarnado se hace presente bajo la especie de pan por las palabras de la consagracion; ó como su divinidad se hizo presente á la sacratísima humanidad en el momento de la encarnacion, de

final, ó la razon por la que Dios la comunica al alma, es la gloria de Dios, la gloria del Verbo encarnado, la deificacion del hombre, que por ella adquiere derecho á la gloria de Dios y á todos sus bienes de gracia y gloria.

1. Quia gratia est supra naturam humanam, non potest esse quod sit substantia aut forma substantialis, sed est forma accidentalis ipsius animæ. Id enim quod substantialiter est in Deo, accidentaliter fit in anima participante divinam bonitatem. 1, 2, q. 110, art. 2.—Véase tambien *Corn. á Lap.*, *in* II *Petr.* I, 2.

modo que si hasta entónces hubiese estado ausente habria comenzado en el acto á estar presente y existir personalmente en ella; así sucede en la union de Dios con el hombre que se hace por la gracia.

Esta union es tan íntima, que á ninguna otra más perfecta puede aspirar la criatura (1)

¿Cómo se verifica en nosotros esta union deífica á la que debemos no solo el llamarnos, sino el ser verdaderamente hijos de Dios? La respuesta á esta cuestion nos lleva á sondear uno de los abismos del amor infinito. Al comunicarnos la gracia, el Espíritu santificador podria habernos hecho solamente justos y santos sin hacernos hijos suyos; y este favor mereceria nuestro reconocimiento eterno. Habria podido honrarnos con esta adopcion, contentándose con darnos la gracia y los dones criados; pues la gracia, conforme lo hemos visto, es una participacion de la naturaleza divina. Este segundo favor hubiera sido más grande que el primero; más el Espíritu Santo no se ha contentado con hacérnoslo.

Juntamente con sus dones ha querido darse á Sí mismo, y deificarnos y adoptarnos por Sí mismo en persona. Para esto, se ha unido voluntariamente á sus dones. De modo que, cuando los infunde en el alma, se infunde á Sí mismo por ellos y con ellos, personalmente, sustancialmente, para concertar con nosotros una union, que solo es inferior á la union hipostática de Dios y el hombre en el Verbo encarnado. Tal es, pues, el amor inmenso del Espíritu Santo y la elevacion suprema del cristiano. En el momento de nuestra generacion divina, no se nos da solamente la gracia y los otros dones del Espíritu Santo; sino el Espíritu Santo

1. Est enim summa Dei unio inter Deum et animam sanctam, qua nullæ creaturæ puræ potest dari major. *Corn. á Lap.*, *in Act. apost.*, II, 4.

mismo, don increado y autor de todos los dones. Este Espíritu divino, mezclado y como identificado con sus dones, habita personalmente en nosotros, nos vivifica, nos adopta y diviniza (1)

¿Se quiere algo más todavía? Al descender personalmente el Espíritu Santo al alma cristiana, viene acompañado del Padre y del Hijo, de quienes no puede separarse. Y así toda la augustísima Trinidad habita personal y sustancialmente en el justo por todo el tiempo que persevera en la justicia. *Si alguno me ama*, decia el Verbo encarnado, *guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos morada en él* (2). De este modo, Dios permanece personalmente en nosotros por la gracia y nosotros permanecemos personalmente en Dios (3).

Guardémonos de comparar esta mansion de Dios en nosotros á la de un rey en su palacio, ni siquiera á la presencia de Dios en cualquier otra pura criatura: esto seria un error. La mansion de Dios en el alma justa es union activa, que tiende á la trasformacion del hombre en Dios. Tal fué la gloria inmensa que para nosotros pidió y obtuvo el Verbo encarnado, nuestro hermano mayor, en la oracion que

1. Quocirca Spiritus Sanctus sponte sua se annexuit donis suis gratiæ et charitati, ut quandocumque ea infundit animæ; simul cum eis et per ea infundat seipsum personaliter ac substantialiter, juxta illud Apostoli: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis. Rom.*, v, 5.—.... Hæc ergo est summa Dei nostri dignatio æque ac nostra summa dignitas et exaltatio, qua recipientes charitatem et gratiam, simul recipimus ipsam personam Spiritus Sancti quæ se sponte charitati et gratiæ inserit et annectit, ac per ea nos inhabitat, vivificat, adoptat, deificat, agitque ad omne bonum. *Corn. á Lap.. in Osee* I. 10.

2. *Joan.*, XIV, 23.

3. Tota ergo Trinitas personaliter et substantialiter, venit ad animam quæ justificatur et adoptatur, in eaque quasi in suo templo manet et inhabitat, quamdiu illa in justitia perdurat *Ibid.*

hizo al Padre antes de morir. "Que todos sean una cosa; así como tú, Padre mio, en mí y yo en tí, que tambien sean ellos una cosa en nosotros (1)."

¿Cuáles son los efectos principales de esta union, ó más bien, de nuestra generacion divina? El primero es la *vida.* "Yo he venido, dice el Redentor, para que tengan vida y la tengan más abundantemente (2)." El Espíritu Santo, sucesor y continuador del Verbo, tiene derecho á hablar del mismo modo. ¿Pero qué vida nos da? Hay cuatro géneros de vida: vida vegetativa, que es la de las plantas; sensitiva, que es la de los animales; racional, que es la de los hombres; y divina que es la de Dios mismo y de los ángeles. Cuando el Espíritu Santo descendió al mundo, la vida de los tres primeros géneros abundaba como ahora y siempre: el Espíritu de amor no dejó las alturas celestiales para dar más incremento á esos géneros de vida. Pero la vida divina estaba casi extinguida. ¿Quién la tenia? ¿Quién la conocia siquiera? Los ilustrados, los sábios, los que pasaban por virtuosos no vivian sino con vida animal (3).

Luego la vida que el Espíritu Santo nos comunica por la gracia, es la vida de Dios. Esta vida, que domina y absorbe toda otra vida, expulsa del alma el pecado, que es principio de muerte, y hace sobrenatural lo que es puramente natural. *La gracia, dice Santo Tomás, cura el alma; hace que quiera el bien y que lo practique y persevere en él y así llegue á la gloria. Ennoblece todas sus potencias y la hace capaces de actos sublimes en relacion con el principio divino que las mueve* (4).

1 *Joan.*, XVII, 21.
2. *Ibid*, X, 10.
3. *Ps.* 48.
4 Sicut ab essentia animae effluunt ejus potentiae, quae sunt ejus operum principia, ita etiam ab ipsa gratiæ effluunt virtutes

A esta vida divina debieron las naciones cristianas y deben todavía toda la superioridad intelectual y moral que las distingue. Si por desgracia suya llegan á perderla, no les quedará sino la pobre vida de la razon, dominada bien pronto, como en el mundo pagano, por la vida de la planta y de la bestia. Si Europa no se apresura á ponerse en estado de gracia, esta nueva caida de la humanidad es infalible: entre el hombre antiguo y el moderno no hay más diferencia que la que el cristiano ha puesto.

El segundo efecto de la generacion deífica es la *adopcion divina*. Nuestra adopcion divina no se parece en nada á la que tiene lugar entre los hombres. En esta los hijos no reciben nada de la naturaleza física de su padre adoptivo: le deben únicamente un nombre que les da derecho á la herencia. Otra es la adopcion divina. "Ved, dice San Juan qué caridad nos ha tenido Dios; que no solo nos llamemos, sino que seamos hijos de Dios (1)" En efecto, el cristiano recibe de Dios con la gracia la naturaleza divina, de la que se hace participante no solo accidental sino como sustancialmente. Somos, pues, hijos de Dios y como dioses; puesto que Dios nos comunica y da realmente su naturaleza. (2)

in potentias animae, pèr quas potentiae moventur ad actus. 1, 2, q. 110, art. 4.

1. *Joan.*, III, 1.

2. Qua adoptione accipimus summam dignitatem filiationis divinæ, ut reipsa non tantum accidentaliter per gratiam sed et quasi substantialiter per naturam simus filii Dei, et quasi Dii. Deus enim suam naturam realiter nobis communicat et donat. *Corn. á Lap.*, *in Osee*, I, 10.—En otro pasaje el sábio comentador explica estas dos palabras, accidentalmente y sustancialmente. *Accidentalmente* participa el cristiano de la naturaleza divina por la gracia santificante que es un don accidental infundido en el alma, en virtud del cual participa de la naturaleza divina del modo más perfecto y elevado. *Sustancialmente*, porque participa

Si nosotros somos realmente hijos de Dios, Dios es tambien verdaderamente nuestro Padre. En efecto, aquel es verdaderamente padre que comunica su naturaleza á su hijo; con razon, pues, Dios es llamado no solamente Padre de Nuestro Señor Jesucristo, sino Padre Nuestro, toda vez que nos comunica su naturaleza por la gracia, como la comunica por la union hipostática á Nuestro Señor, de quien nos hace verdaderos hermanos (1). Así lo enseña formalmente el mismo Espíritu Santo: "Los que conoció en su presciencia, dice San Pablo (Rom. VIII, 29), á estos tambien predestinó para ser hechos conformes á la imágen de su hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos." Y San Juan: "Les dió poder de ser hijos de Dios, á aquellos que creen en su nombre; los que son nacidos no de sangres, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varon, más de Dios. (I, 12)."

¿Que diremos de tan alta gloria? Hijos de Dios, prestemos atencion á las palabras del mismo apóstol, arrebatado de admiracion en vista de tanta grandeza: "Carísimos, ahora somos hijos de Dios: y no parece aún lo que habemos de ser. Sabemos que cuando El apareciere, seremos

realmente de la naturaleza divina que le es comunicada; porque la gracia de adopcion no puede ser separada del Espíritu Santo, lo mismo que la adopcion del Espíritu Santo no puede separarse de la gracia; á la manera que el rayo luminoso no se puede separar del sol, ni éste de aquel. Nec enim gratia adoptans á Spiritu Sancto, nec Spiritus Sancti adoptio á gratia divelli potest; sicut radius á sole, et sol á radio divelli nequit. *In* II *Petr.*, I, 4.

1. Recipimus á Deo gratiam, et cum gratia ipsam Dei naturam, ut sicut apud homines pater proprie dicitur, qui alteri communicat suam naturam humanam, generatque hominem: ita Deus dicatur pater non tantum Christi sed et noster; quia naturam suam nobis communicat per gratiam, quam Christo communicavit per unionem hypostaticam, ut ejus fratres nos efficeret. juxta ud, &. *Corn. á Lap. in Osee*, I, 10.

semejantes á El, (1)." ¡Oh cristiano, sér sublime, si sabes comprenderte! Ser hijo de Dios, heredero de Dios, es infinitamente más que ser rey, emperador, papa, monarca de todo el universo: más que ser ángel, arcángel, querubin ó serafin. Ser hijo de Dios, ser Dios sobre la tierra, *terrenus Deus*; asimilarse por la alimentacion todas las criaturas inferiores, alimentarse de la carne y sangre del mismo Dios y ser realmente participante de su naturaleza, *divinæ consortes naturæ*; he ahí el *panteismo católico*. La razon se deslumbra el contemplarlo. ¿Nos pasmaremos del éxito inmenso que obtiene Satanás, cuando lo falsifica y presenta al hombre un remedo en vez del original?

¡Que digna de ambicionarse es la filiacion divina! ¡Oh hombre, cómo debes amarle! ¡Con cuánta solicitud debes conservarla; y si por desgracia la llegas á perder, con qué prontitud debes recobrarla! Debes portarte con Dios, como un hijo con su padre. Vive siempre de la confianza, del amor y del respeto filial. A ejemplo de tus abuelos, Noé, Henoch, y Abraham, sé perfecto en todos tus caminos, que los ángeles, más bien que los hombres formen tu sociedad. Que nada llame la atencion, que nada fascine al que sabe que es hijo de Dios. Se degradaria seguramente, si despues de Dios admirase cosa alguna (2)

El tercer efecto de la generacion ó filiacion divina, es *el derecho á la herencia paterna.* Esta herencia, á la cual ninguna otra puede compararse, se compone de la gracia y de la gloria, tesoros infinitos que comprenden todos los bienes de nuestro Padre en el cielo y en la tierra. Citaremos solamente algunos. En el momento de su adopcion, recibe

1. I *Joan*, III, 2.

2. Nunquam humana opera mirabitur, quisquis se cognoverit Filium Dei Dejicit se de culmine generositatis suæ qui admirari aliquid post Deum potest. *S. Cypr.*, *De Spectacul.*

el cristiano, juntamente con el perdon de sus pecados y la purificacion perfecta de su alma, las tres virtudes teologales, fé, esperanza y caridad: las cuatro virtudes morales sobrenaturales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza; los siete dones del Espíritu Santo, que descendieron primitivamente sobre el Verbo, nuestro hermano mayor.

Más todavía: descienden á él, vienen á dársele, el Espíritu Santo, autor de todos los dones, y el Hijo y el Padre, toda la augustima Trinidad sustancial y personalmente. (1) Todos estos dones, difundidos hasta en lo más íntimo del alma, hacen del cristiano un ser nuevo, nacido á una vida nueva y capaz de obras deíficas. El hombre no sublimado por la adopcion divina puede ganar, trabajando hasta la muerte, oro y plata que perecen con él; pero el cristiano puede atesorar cada dia y cada hora un aumento de gracia, cuyo menor grado vale más que el universo entero (2) La razon es, que sus obras son las obras de un hijo adoptado formalmente por Dios, que procede del mismo Dios y del Espíritu Santo, quien le mueve á hacer el bien y coopera á sus actos. (3)

Y sin embargo, esto no es más que una parte de nuestros tesoros y como el principio de nuestra nobleza. Todas

1. *S. Th.*, 1, 2, q. 63, art. 3; *Conc. Trid.*, sess. VI, c. VII: Falluntur qui in justificatione et adoptione censent dari Spiritum Sanctum duntaxat quoad sua dona, non autem quoad suam substantiam et personam. *Corn. á Lap.*, *in Osee* I, 10.

2. Bonum gratiæ unius majus est quam bonum naturæ totius universi. *S. Th*, 1, 2, q 113. art 9.

3. Per eamdem nanciscimur miram dignitatem operum et meritorum, ut scilicet opera nostra quasi filiorum Dei substantialium, ut ita dicam, maximæ sint dignitatis.... utpote procedentia ab ipso Deo Spirituque divino, qui nos inhabitat, ad eaque nos impellit, iisque cooperatur. *Corn. á Lap.*, *in Osee*, 1, 10.

las obras del cristiano son semillas de gloria. Como el árbol y el fruto nacen de la pepita, así la gloria y la felicidad eternas nacen de la gracia. Para calcular, pues, toda la dignidad del cristiano, hay que añadir, que su adopcion incoada en el mundo se consumará en el cielo. Allí, en posesion de un reino, del cual ninguna grandeza humana puede darnos idea, en el seno de la vision beatífica, será trasformado en Dios, por tan admirable manera y con union tan íntima, que sin que se confundan y distando siempre infinitamente de Dios, llegará á consumarse aquella unidad inefable que Cristo le garantizó con esta oracion: "Como tú, Padre mio, en mi y yo en tí, que tambien sean ellos una cosa en nosotros...., como tambien nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en una cosa; y que conozca el mundo.... que los has amado como tambien me has amado á mí. (1)"

En vista de tanta grandeza, la palabra espira en los lábios: no queda fuerza sino para decir al cristiano. *Nobleza obliga*; y al sacerdote: *Haz conocer á esos hijos de Dios su dignidad y las obligaciones que les impone.* Hoy especialmente que el hombre propende á rebajarse hasta el extremo de asemejarse á la bestia, es necesario gritarle: ¡Arriba los corazones! Raza divina, la tierra es indigna de tí; para tí, la regla de tus pensamientos, afecciones y obras, es la palabra de tu divino hermano, el Verbo encarnado: *Sed perfectos como tambien es perfecto nuestro Padre celestial.*

Siendo las misteriosas operaciones que se acaban de describir, la base de la formacion del cristiano, creemos conveniente resumirlas en algunas pocas palabras, que

1. *Joan*, XVII, 21-23.

bien comprendidas facilitarán el estudio detallado de la cuarta magnífica creacion del Espíritu Santo.

El hombre es hijo del hombre por la generacion humana: es hijo de Dios por una generacion divina. Esta generacion que lo hace participar de algun modo de la naturaleza de Dios, se verifica por la gracia. La gracia es un don, un elemento divino que hace al hombre hijo de Dios y heredero de su gloria. Este misterio se efectúa de este modo: el Espíritu Santo desciende personalmente sobre el hombre y se le une con la union más íntima que puede haber despues de la hipostática. En virtud de esta union, a caridad, cuyo manantial es el Espíritu Santo, se difunde al punto en la escencia del alma, llevando á ella todas las virtudes, todos los principios constitutivos de la vida sobrenatural ó divina, que consiste en la misma gracia. El alma, sin perder su naturalêza, se diviniza al contacto de este elemento divino, al modo que el hierro, ehado en el fuego, permanece siendo hierro, pero adquiere todas las cualidades del fuego, y se convierte en fuego.

Hecho el hombre Hijo de Dios por la gracia santificante ó *habitual*, es capaz de todo bien sobrenatural. Sin embargo, para realizarlo necesita de un impulso que se tiene que renovár siempre que se presenta la obligacion de poner por obra lo que excede las fuerzas naturales. Del mismo modo, la savia que hay en el árbol y es su vida, debe ser puesta en movimiento por los rayos del sol, para que circule por las ramas y produzca flores y frutos. En el hombre, este impulso es la gracia *actual*. Como su nombre lo indica, la gracia actual es un movimiento, un impulso, una inspiracion transitoria del Espíritu Santo, que en un momento dado pone en accion la gracia habitual, y comunica al alma, segun se necesite, la luz, la fortaleza, los re-

mordimientos, el deseo, lo que hace falta para cumplir el bien que se presenta (1)

1. Hujusmodi gratiæ actualis auxilium necessarium est ad eas *omnes exercendas operationes* quæ aliquo modo naturæ vires excedunt. *Montagn., De gratia quæst proœm.*—Quoties bona agimus, dum in nobis et nobiscum est, ut operemur, operatur. *Conc. arausic.*, XI, c. IX.—Hac gratia agitur, non solum ut diligenda credamus, verum etiam ut credita diligamus. *S. Aug., Lib. de Grat. Christi*, c. XII.

CAPITULO XIX.

NACIMIENTO DEL CRISTIANO; EL BAUTISMO.

SUMARIO.—El agua es la materia del Bautismo.—Lo que es el agua: la madre del mundo, la sangre de la naturaleza.—Palabras de los Padres y de San Pedro.—Tradicion pagana.—El agua es una madre buena y fecunda.—Papel que el agua desempeña en el órden moral.—Honores tributados al agua.—El agua corrompida por el demonio.—Porqué el agua es el elemento del Bautismo.—Pasajes de San Crisóstomo y de Tertuliano.—Falsificacion satánica.—Pruebas de la eficacia sobrenatural del agua del Bautismo.

Conocemos la realidad y excelencia de nuestra generacion divina; pero ¿dónde se verifica esta? Hay en la vida del cristiano una hora solemne entre todas, hora única, hora de gloria y de bendiciones eternas; es la hora del Bautismo. Entónces se opera un milagro más grande que la creacion del cielo y de la tierra: el hijo del hombre se hace hijo de Dios. ¿*Qué extraño es, que cuantas veces se renueva este* prodigio, las trompetas de la Iglesia militante, las campanas, suenen alegremente para anunciarlo al cielo y á la tierra? ¿Qué extraño es que el mayor rey que ha tenido Francia se firmase, no con le nombre de su familia sino con el del lugar donde habia sido bautizado y se llamase *Luis de Poissy*? ¿Que extraño es que nuestros padres celebraran anualmente con solemne fiesta que llamaban *Páscua anotina*, el aniversario de su nacimiento divino? No; nada de esto debe extrañarnos. Lo que causa extrañeza y afliccion, es ver que el dia más grande de la vida se ha conver-

tido para la mayor parte de los cristianos actuales en un dia como otro cualquiera.

Y que en las aguas del Bautismo el hombre se hace hijo de Dios, es una verdad de fé. "El que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, dice el Verbo encarnado, no puede entrar en el reino de Dios (1)." Y el santo Concilio de Trento intérprete infalible del Maestro: "La causa instrumental de la santificacion es el sacramento del Bautismo (2)." Aquí reaparece con nuevo esplendor la accion creadora del Espíritu Santo y la profunda armonía que Dios ha establecido entre el mundo de la naturaleza y el de la gracia. Y ya que el asunto nos convida, hablemos de estos misterios, que hoy se admiran tan poco y que sin embargo, son tan dignos de admiracion.

El agua es la materia del Bautismo. ¿Por qué el agua y no algun otro elemento? Vamos á disipar la duda respondiendo á esta pregunta: ¿Qué es el agua? Entre tantos ratos como se pierden, será esta la ocasion de consagrar uno, aunque corto, á investigar que sea este elemento, el más amigo del hombre, esta bella y benéfica criatura de que hacemos un uso tan frecuente? Ensayemos siquiera por una vez este curioso estudio, que revelándonos la causa de que Dios emplee el agua en la más magnífica de sus obras, nos inspirará nobles pensamientos y nobles sentimientos.

El agua es la madre del mundo y la sangre de la naturaleza. Para definirla así nos autoriza, como despues veremos, el más sábio de los geólogos, San Pedro, príncipe de los apóstoles, que habiendo aprendido la geología en la escuela misma del Criador, nadie conoce mejor que él el orí-

1. *Joan.*, III, 3.

2. Justificationis causa instrumentalis item, sacramentum Baptismi; quod est sacramentum fidei, sine qua nulli unquam contigit justificatio. *Sess*, VI, c. VII et c. IV.

gen de las cosas. Madre del mundo es el agua, si de su seno y de su sustancia salieron cielo y tierra. Pues véase lo que leemos al frente del Géneses: "En el principio crió Dios el cielo y la tierra: y la tierra estaba sin consistencia ni forma, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo."

La materia primitiva, lanzada al espacio por el Verbo Criador, constituia una masa informe en estado líquido. La tierra que era parte integrante de esa masa, estaba en la condicion comun: agua no condensada, carecia, segun la Escritura, de consistencia y de forma determinada.

"Esta materia informe que Dios sacó de la nada, dice San Agustin, se llamó al principio cielo y tierra, y se dijo: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra*; no porque aquello fuera ya el cielo y la tierra, sino porque lo habia de ser; pues escrito está que el cielo fué hecho. No de otro modo cuando consideramos la semilla de un árbol, decimos que allí están las raíces, el tronco, las ramas, las hojas y los frutos; y no seguramente porque todas estas cosas existan allí formadas, sino porque se han de formar. En el mismo sentido se dijo: *En el principio Dios hizo el cielo y la tierra*, por más que la materia del cielo y de la tierra estuviera todavía en estado de caos. Mas por cuanto de ese caos debian salir ciértamente el cielo y la tierra, por eso la materia misma era llamada ya al cielo ya á la tierra (1)."

Oigamos ahora al Príncipe de los apóstoles: Habia ya en su tiempo, como los hay al presente, Renanes y Proudhones, Quinets y Strauss, pequeños discípulos del menguado Epicuro, los cuales negaban la creacion del mundo, su libre gobierno por la Providencia y su destruccion final. San Pedro replica contra los impostores artificiosos: "Ignoran por su propia voluntad, que primitivamente eran los cielos

1. *De Gen.*, *contr. Manich.*, lib. I, c. VII.

y la tierra teniendo consistencia del agua y por el agua por palabra de Dios (1)." Así el cielo y la tierra con todas las criaturas materiales que encierran han sido formados del agua, á la cual el Verbo Criador le dió, condensándola, una forma concreta y que se mantuviese en estado permanente.

La interpretacion que los Padres y comentadores dan á las palabras del Santo apóstol, es invariable. Encontramos en primera línea al Papa San Clemente, discípulo de San Pedro, que asegura haber aprendido lo que dice de la boca de su augusto maestro. "Voy á enseñaros, me decia Pedro, cómo y por quién ha sido hecho el mundo. En el principio Dios hizo el cielo y la tierra como un solo edificio. Dios condensó como un yelo el agua que ocupaba el mundo, la hizo sólida como un cristal: y así se formó el firmamento que envuelve todo el espacio comprendido entre el cielo y la tierra (2)" Está visto; no se trata más que del agua, como materia elementar. Dios la separó en dos partes: la una, reducida al estado concreto, forma la tierra, la otra, suspendida en el vacío, se llama firmamento, y forma en rededor de la tierra, como una corona de cristales esmaltada de diamantes (3).

Ecumenio se explica como San Clemente. "El cielo y la tierra, dice, han sido hechos del agua. El cielo es agua va-

1. Latet enim eos hoc volentes quod, coeli erant prius et terra de aqua et per quam, consistens Verbo Dei II *Petr.* III, 5 — Aunque esté en singular, la palabra consistens, consolidada, se refiere igualmente al cielo y á la tierra segun la costumbre que tienen los Hebreos, de concordar el adjetivo con el último sustantivo

2. Repetamus. . . quomodo vel á quo factus sit mundus. . . . In principio cum fecisset Deus coelum et terram tanquam donum unam. . . . aqua, quae erat intra mundum. . . . quasi gelu concreta et crystallo solidata distenditur, et hujusmodi firmamento velut intercluduntur media coeli ac terrae spatia. *Recognit*, lib, I, c. XXVI et XXVII.

3. Véase á *Fabricio* en su Teología del agua, lib. II, c. 1.

porizada ó en estado aeriforme, y la tierra agua solidificada ó en estado concreto (1)." San Agustin no está menos explícito. "Al principio los cielos y la tierra fueron hechos del agua y por el agua. Por lo tanto, no será un absurdo llamar agua á la materia primitiva: porque todo lo que nace en la tierra, sean árboles, ó yerbas ú otros séres semejantes, deben su formacion y alimento al agua (2)."

Tal es el parecer de los demás doctores (3); parece que, en nuestro concepto, queda confirmado de una manera brillante por el tercer versículo del Génesis. Y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. ¿Por qué la Escritura no dice: Sobre el cielo y sobre la tierra, ya que acababa de nombrar ambas cosas, y de nombrarlas por separado? ¿No será evidentemente, porque existian en estado de agua, y era el agua el elemento generador del uno y de la otra.

El recuerdo del orígen primitivo de los séres materiales no se habia perdido enteramente entre los paganos: habia pasado del Oriente, cuna de la tradicion, al Occidente. La primera escuela filosófica de Grecia, la de Thalés, sentaba como principio, que el agua habia dado orígen á *todo lo que vemos* (4). Plinio, el más sábio de los naturalistas romanos, escribe: "El agua es la reina de todo; ella conserva la tierra, apaga el fuego, sube á lo alto y se enseñorea del cielo. Al caer, da orígen á cuanto produce la tierra. ¡Oh prodigio

1. Sicut coelo et terra ex aqua constitutis.... nam aer ex aquarum exhalatione, terra ex eorum concretione consistit *In* II *Petr.*, III 5.

2. Coeli erant olim et terra de aqua et per aquam. *De civit Dei*, lib. XX. c. XVIII.—Propterea vero non absurde etiam aqua dicta est ista materia, quia omnia quae in terra nascuntur, sive animalia, sive arbores, vel herbae, et alia similia, ab humore incipiunt formari et nutriri. *De Gen.*, *contr*, *Manich.*, lib. 1, VII.

3. Véase *Corn. á Lap.*, *in Eccles.*, XXIX, 28

4. Aquam principem rebus creandis dixere. *Auson.*, *De Lud.*, *Sapient.*

de la naturaleza! ¡si se considera cómo nacen las mieses, cómo viven los árboles y las plantas, cómo sube el agua al cielo y cómo cae de allí para dar vida á las yerbas, habrá de confesarse que verdaderamente la tierra lo debe todo al agua (1)."

Festo y otros gramáticos paganos dan á la palabra *agua*, una etimología que significa *madre de todo* (2).

Cuando la química esté más adelantada, vendrá no lo dudamos, á añadir la autoridad de sus experimentos á las enseñanzas de la tradicion universal. En vez de los sesenta y tantos cuerpos simples que admite, reconocerá que un solo elemento ha bastado al Criador para formar todo cuanto vemos. Pues este elemento primitivo es el agua. Tal es ya la opinion de una parte del mundo científico (3).

Como el niño sale del seno y de la sustancia de su madre, la creacion material ha salido del agua. Así los cielos y la tierra y todo lo que produce la tierra, son hijos ó nietos del agua: *Ex aqua et per aquam*. ¡Cuán fecunda y admirable madre! ¡Cuán bella y numerosa familia! Si echamos una mirada sobre la inmensa variedad de árboles, vegetales, plantas, yerbas, flores y frutos, no sabremos qué admirar más, si la utilidad de sus bosques y de su follaje,

1. Hoc elementum omnibus imperat. Terras servant aquæ, flammas necant, scecandunt in sublime, et cœlum quoque sibi vindicant ... Eædem cadentes omnium terra nascentium causa fiunt, prorsus mirabili natura, si quis velit reputare ut fruges gignantur, arbores fruticesque vivant, in cœlum migrare aquas, animanque etiam herbis vitalem inde deferre: justa confessione, omnes quoque vires aquarum esse beneficia. *Hist. nat.*, Lib. XXXI, c. I.

2. Aqua, *á qua* juvamur, vel ut alii, *á qua* omnia; quia ex aqua cœli, aer, cæteraque omnia creata sunt. *Corn. á Lap.*, *in Joan.*, IV, 9.

3. El agua, llamada en la química *protóxido de hidrógena*, está compuesta de dos gases indescomponibles, el hidrógeno y el origen, que, con otros, son principios vitales de todo lo que existe.

ó la riqueza de sus colores, ó la gracia de sus formas, ó el olor exquisito de sus perfumes, ó sus propiedades medicinales. Y sin embargo, no es esta la porcion más bella de los hijos del agua. De ella han nacido tambien los animales que llenan la tierra y los peces que pueblan la mar, cuya corpulencia ó pequeñez, cuya forma y estructura, cuyas industrias y medios para el ataque y la defensa, nos asombran igualmente.

Y aun hay una cosa todavía más bella y más brillante. Las aves son hermanas de los peces. Por lo gentil de sus formas, por la gracia de su andar, por el brillo, magnificencia y variedad de su plumaje, y la seguridad de su instinto, y la armonía de sus trinos, estas encantadoras criaturas ofrecen un espectáculo que no nos cansamos de admirar. Más todavía: la obra acabada de la creacion material, nuestro cuerpo, ha salido de la tierra, como á su vez la tierra ha salido del agua. Si, pues, la tierra es nuestra madre, el agua es nuestra abuela. Todos los hombres han nacido de ella: "Initium vitæ hominis aqua (1)."

El Criador, que hizo nacer del agua la tierra, quiso que tal hija, cualquiera que fuese su edad, reposara como pequeño niño en el seno de su madre. "Fundó la tierra sobre el agua; super maria fundavit eam," dijo el Rey profeta (2). El agua le sirve de punto de apoyo, de nodriza y de cuna. En efecto, la conservacion de los séres no es más que su creácion continuada; esto quiere decir, que viven de los mismos elementos de que fueron formados. Si, pues, el agua es el elemento generador de los séres materiales, debe hacer el papel más importante de su conservacion. Pues bien

1. *Hydrogiologia*, sect. I, c. III, auct. *Marc. Ant. Marsilio Columna, archiep. Salernit.*

2 Ps. XXIII, 2.

es un hecho, que el agua entra en todos los alimentos; que es el remedio directo de una multitud de enfermedades, y que sirve de vehiculo á la mayor parte de los medicamentos.

Como quiera que en las obras de Dios todo ha sido hecho para instruccion del hombre, San Ambrosio traduce así la leccion que nos dan la tierra y el agua con su íntima é indisoluble union: "Considera, dice, cuán buena madre es el agua que alimenta cuanto cria y de ello no se separa jamás. Y tú, oh hombre, has enseñado el abandono de los hijos por sus padres, las separaciones, los odios, las ofensas; aprende, pues, del agua los íntimos lazos que deben unir á los padres con los hijos. (1)

Aprendamos tambien, cuán grandes deben ser nuestra humildad y nuestro despego de las criaturas. ¿Qué es nuestro cuerpo? Agua cuajada. ¿Qué son los animales, las plantas, la tierra, los criaturas materiales todas? Agua cuajada. ¿Y por un poco de agua cuajada hemos de llenarnos de orgullo y perder nuestra alma, hecha á imágen de Dios?

El agua no es solamente la madre del mundo, es tambien la sangre de la naturaleza. La sangre es necesaria para la vida del universo. En el cuerpo humano, la sangre tiene sus depósitos de donde sale para alimentar todos nuestros miembros, á donde vuelve para renovarse; y otra vez sale para continuar con buen éxito sus indispensables funciones. Lo mismo pasa en el gran cuerpo de la naturaleza. Los mares insondables, las vastas cavidades de las montañas son los depósitos de su sangre. Por un movimiento no interrumpido de idas y venidas, el agua renovándose

1. Quam bona mater sit aqua, considera... disce ergo ab aqua quæ sit et parentum filiorum necessitudo. *Hexaem* lib. V, c. IV.

sin cesar y adquiriendo así sus cualidades nativas, sigue haciendo brotar la vida de la naturaleza en mil y mil variadas producciones, cuya sucesion regular es una de sus más admirables caractéres.

La sabiduría infinita es la que, haciendo salir la sangre de sus depósitos, la divide y dirige por cien y cien canales de diferentes magnitudes, segun las necesidades de cada órgano. La misma sabiduría preside en la naturaleza la distribucion de las aguas. Abre, cuando llega la ocasion, los grandes depósitos: divide su masa y le muestra los canales por donde debe correr para regar, refrescar y mantener en todas partes la vida y la belleza.

Entre estos canales, unos como los rios, son las arterias del gran cuerpo de la naturaleza; otres, como los riachuelos, los arroyos, las fuentes, las infiltraciones subterráneas, son las venas, las fibras, los vasos capilares, por donde penetra el agua hasta las menores partecillas de la tierra, como la sangre en las extremidades de nuestros órganos, que más pequeñas son y estén más alejados del centro. La esperiencia acredita que se encuentra agua en todas las partes. Bajo este punto de vista los pozos artesianos han venido como otros muchos descubrimientos, á dar la razon á la teología. ¿Qué sucedería en el caso de que el hombre poseyese una ciencia más completa, ó dispusiera de instrumentos más perfectos?

La precision con que Dios mide la cantidad de sangre que debe entrar en cada vaso, y la rapidez ó lentitud con que debe correr, es tal, que jamás sucede, excepto un caso extraño, ni una obstruccion, ni siquiera una alteracion en el organismo. El mismo Criador se gloria de haber medido y equilibrado las aguas en la naturaleza con el arte más admirable, de tal suerte, que cada parte reciba la can-

tidad conveniente. "El es, nos dice Job, el que pesó las aguas con medida, y prescribió leyes á la lluvia y marcó su camino á las tempestades ruidosas (1)

Pero si el hombre llega á merecer algun grave crstigo, entónces se suspende el órden. Como la madre en la familia, se encarga de corregir al hijo culpable, del mismo modo el agua venga al Padre celestial ultrajado. Ora se le da la órden de volver á encerrarse *en sus depósitos* y dejar que languidezca la tierra con sus producciones, ora la de caer en masas desastrosas que inundan la primera, alteran las segundas y fuezan al pecador á pedir perdon.

Puede decirse en verdad con un autor pagano: "El agua es el elemento más amigo del hombre; ningun otro nos proporciona tantas ventajas; sin el agua, nada podria nacer, ni conservarse, ni ser acomodado á nuestros usos (2)." Añadamos con Eusebio, que de todos los elementos, el agua es el que parece dar más gloria á los atributos de Dios. Los grandes y pequeños rios que corren sin cesar en tanta abundancia, hacen conocer la magnificencia del Criador. Las fuentes inagotables que noche y dia brotan de profundidades ocultas al ojo humano, muestran la bondad de Dios que las alimenta.

El gran poder del Señor se revela por la inmensa mole de las aguas encerradas en el abismo de los Océanos, y por las audaces olas, que elevándose hasta las nubes, dan miedo á la tierra; pero su orgullo viene á estrellarse contra un grano de arena (3).

1. Aquas appendit in mensura. Quando ponebat pluviis legem et viam procellis sonantibus *Job.*, XXVIII, 25 2 6.

2. Nulla ex omnibus rebus tantas habere videtur ad usum rerum necessitates quantas aqua ... sine aqua nec corpus animalium nec ulla cibi virtus potest nasci, nec tueri, nec parari. *Vitrv.*, lib VIII, c. IV.

3. *De Laud. Constant.*, p. 605

Tal es el agua en sí misma y en el órden natural. ¿No es justo, pues, que por razon del importante papel con que es honrada; cante la gloria de Dios, y que el hombre, asociándose á su madre, le ayude á pagar el agradecimiento debido? Tanto es así, que el Profeta, en el cántico en que invita á todas las criaturas á ensalzar y glorificar á su autor, despues de dirigirse á los ángeles, gloriosos habitadores del mundo superior, pasa á la creacion inferior y llama inmediatamente al agua, su madre, siempre fecunda. *Benedicite aquæ omnes quæ super caelos sunt Domino.*

De aquí los honores tributados al agua. Hay un hecho poco notado, y sin embargo tanto más digno de notarse, cuanto que es universal. Todos los pueblos civilizados del Oriente y del Occidente, judíos, paganos ó cristianos hicieron consistir una parte de su gloria en adornar las fuentes. Quisieron que su madre, al llegar á ellos, fuese recibida, no en vasos de piedra ó de madera, toscamente trabajados, sino en tazas y pilas de mármol, de bronce, de pórfido, ricamente adornadas de esculturas y bajos relieves. Las aguas no salen por orificios sencillos y sin arte, sino graciosos y variados.

Salen alternativamente del pico de una ave, de la garganta de un leon ó de la boca de cualquier otra criatura animada; y el ruido, dulce ó retumbante que hace al caer, produce un concierto que es, segun la expresion del Profeta, las palmadas de aplauso de las aguas; *Flumina plaudent manu.*

Nadie mejor que los dos grandes pueblos de la antigüedad, los Judíos y los Romanos, comprendió el culto de las aguas. Los acueductos de Salomon eran de una magnificencia increible y de una longitud y grandeza que parecerian fabulosas, si no estuviesen evidenciadas por pruebas escritas y materiales. Nunca entraron los Césares en Roma con

tanta pompa como las aguas llamadas á embellecer la ciudad eterna. Sobre arcos de triunfo de diez y quince leguas de largo llegaban, cual reinas, las magníficas aguas Paulinas y Virginales, cuya abundancia y prueba hacen todavía de la Roma actual la ciudad de las hermosas fuentes. Nuestros acueductos, escribia Plinio, son las maravillas del mundo: *orbis miracula* (1).

¿Habremos de asombrarnos de que la gran mona de Dios, Satanás, se haya apoderado de esta veneracion instintiva hácia las aguas, y la haya hecho ceder en su provecho? Para corromper al hombre y hacer que insulte á Dios por medio de la más bella de sus criaturas, ha puesto empeño en profanar las aguas y las fuentes; las primeras fueron pobladas de una multitud de divinidades impuras; de las segundas ha hecho un espectáculo de lubricidad. Las fuentes hechas otra vez paganas, saliendo de la boca ó de la concha de sirenas, náyades y tritones, es decir, de demonios provocativos, no cantan ya los atributos del Criador, sino las infamias de Satanás, de sus ángeles y su culto (2).

El asombro sube de punto, ó mejor, la ciencia se desarrolla, al considerar el importante papel del agua en el órden moral. ¿Qué elemento ha servido más para las maravillas del Omnipotente? El diluvio, el paso del mar Rojo, la roca de Horeb, el paso del Jordan, el culto mosáico con sus numerosas ceremonias, de que el agua forma casi siempre una parte integrante, ¿no son testigos de que el agua es el elemento preferido por el Criador? Seria largo enumerar las veces que el Verbo encarnado la ha hecho servir para sus misterios y milagros. Citemos un solo hecho. Al principio de su vida pública, quiere manifestar su divinidad con un esplendor irresistible; su primer milagro ha de ser como su

1 Lib. XXXVI. c. xv.

2. Véase *Corn. á Lap.*, *in Zach*, xiv, 6; et *Cant.* iv, 15.

credencial. ¿Y qué elemento emplea para realizarlo? El agua.

"Cosa notable, dice á este propósito el sábio Fabricio, el Verbo encarnado continúa obrando todos los dias, con un lujo de variedad ante el cual es preciso doblar la rodilla, el cambio del agua en vino de las bodas de Caná. Se necesita apropiar bien el agua á la virtud de la parra, para que las uvas se llenen, no de agua, sino de un zumo delicioso. ¿Quién podrá contar tantas clases de vinos, tantas especies de otros zumos, de aceites, y de frutos suculentos, en que el agua se cambia al contacto de las virtudes encerradas en las semillas? (1) Si la milagrosa trasformacion del agua se verifica al contacto de un elemento creado: ¿por qué no ha de poder verificarse á las órdenes inmediatas de Aquel que ha creado el agua y el elemento trasformador?

Era necesario dar á conocer la excelencia natural del agua, demostrando el papel que juega en el mundo físico, para podernos dar cuenta de la eleccion constante que Dios ha hecho de ella desde el principio; para elemento de las más grandes cosas del mundo moral. Ahora bien, estas antiguas maravillas no eran más que el preludio de otra maravilla mucho mayor. Nos referimos al nacimiento del cristiano, en el cual tiene grande honor el agua. Este honor único, incomparable, inmortal, pone en evidencia una de las armonías más sorprendentes de las obras divinas y constituye una prueba de que el agua es, en efecto, el elemento generador de todas las cosas. Lo veremos en el capítulo siguiente. El agua ha sido, pues, elegida para elemento del Bautismo; y no por encontrarse en todas las partes, sino más bien por ser profundamente misteriosa (2).

1. *Teología del agua*, lib. 1, c. IV

2. Véase acerca de lo que precede y de lo que sigue, nuestro *Tratado del agua bendita en el siglo* XIX.

CAPITULO XX.

(CONTINUACION DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—Maravillas salidas del seno de las aguas en el órden natural y en el órden sobrenatural.—Admiracion de los Padres y doctores de la Iglesia.—El agua, objeto privilegiado del ódio del demonio á causa de su excelencia.—Palabras de Tertuliano.—Hechos de la historia profana.—Plinio. Porfirio.—Pasaje de Psello.—Certidumbre del milagro obrado por el agua del Bautismo.—Magnificencia del Bautismo de los cristianos, deducida de su semejanza con el Bautismo del Verbo encarnado.

Desde el primer dia del mundo, el Espíritu Santo reposa sobre las aguas, semejante al ave que incuba sus huevos para sacar los polluelos. De las aguas primitivas así fecundadas, salen brillantes é innumerables legiones de séres orgánicos vivos y animados, que se destinan á vivir sobre la tierra, salida como ellos del seno de esas aguas. En la plenitud de los tiempos, el mismo Espíritu Santo reposa sobre las aguas del Bautismo, las fecundiza, y durante toda la sucesion de los siglos, hace salir de ellas la familia innumerable de los hijos de Dios, destinados á poblar el cielo.

Este espectáculo arrebata á los Padres y doctores de la Iglesia. Como los antiguos profetas se habian complacido en cantar la primera creacion saliendo del seno de las aguas; así ellos celebran á porfía la segunda creacion salida del mismo elemento. "Lo que el seno de María fué para el Verbo, dicen, es para nosotros la fuente bautismal: seno maternal en donde se recibe la gracia regeneradora y de donde

salimos hechos hermanos y coherederos del Verbo encarnado. Qué admirable obrero es el Espíritu Santo!" (1).

"¿A qué fin se emplea el agua, pregunta San Crisóstomo, para dar un segundo nacimiento al mundo? Hay aquí grandes misterios; diré uno solamente. En virtud de la ley que preside á la trasformacion ó perfeccionamiento de los séres, se realiza en el agua bautismal un misterio de muerte y otro de vida. Muerte, sepultura, vida, resurreccion, todo se hace al mismo tiempo. El agua bautismal es una tumba. A ella descendemos y el hombre viejo queda allí enterrado y ahogado del todo. De ella salimos, y el hombre nuevo se levanta lleno de vida. Si fácil es para nosotros sumergirnos en el agua y salir despues á la superficie, no es ménos fácil para Dios enterrar al hombre viejo y crear al nuevo..... Lo que el seno de la madre es para el niño, el agua del Bautismo es para el cristiano que ha sido formado en el agua. Al principio fué dicho: "Produzcan las aguas los reptiles animados." Desde que el Verbo Redentor bajó al Jordan, las aguas no producen ya la raza de los reptiles, sino la familia de las almas, dotadas de la razon y llenas del Espíritu Santo (2).

Nadie ha pintado las maravillas de la segunda creacion mucho más magnífica que la primera, con más graciosos y vivos colores, que Tertuliano. "¡Dichoso misterio el de nuestra agua bautismal! exclama este grande hombre; en ella somos purificados de nuestras culpas pasadas y hechos libres para la vida eterna. La víbora, quiero decir la herejía,

1. Fons aquæ elementaris, hoc Spiritu interveniente, fit uterus Ecclesiæ, uterus gratiæ, &. *Rupert.*, *De Spirit.*, *Sanct.*, lib. III, c. VIII.—Se vé aquí la razon por qué el agua elemental ó natural es la sola materia del Bautismo; puesto que solo á ella santificó é hizo fecunda el Espíritu Santo.

2.... Quod est matrix embyroni, hoc est aqua fideli: in aqua enim fingitur et formatur, &. *In Joan*-, homil xxv, n. 2.

gusta de lugares áridos y secos. Pero nosotros, pececillos, segun Jesucristo nuestro padre, nacemos en el agua, y no vivimos la vida divina sino en tanto que permanecemos en el agua (1)."

Esta agua poderosa tuvo su figura en la creacion del mundo. Entonces, el Espíritu Santo era llevado sobre las aguas y las santificaba. Desde este momento, el agua santificada tuvo ella misma la virtud de santificar; porque es ley, que la criatura inferior adquiera las cualidades del sér superior que influye sobre ella, especialmente si se trata de la materia con relacion al espíritu. Como todas las aguas provengan de esas aguas primitivas, todas participan de la misma virtud. Tanto es así, que importa poco el que uno sea bautizado en el mar, en un lago, en un rió ó en una fuente, en Oriente ó en Occidente, por Juan en el Jordan, ó por Pedro en el Tiber. Apenas es invocado el nombre de Dios, cuando el Espíritu Santo desciende desde las alturas del cielo á las aguas, las santifica por sí mismo, y santificadas de esta manera, reciben la virtud de santificar. (2)

Es verdad, pues, que el mundo moral y el mundo físico han salido del mismo elemento generador, bajo la accion del mismo Espíritu. Los cielos y la tierra existen del agua y viven en el agua, *ex aqua et per aquam*; dice San Pedro; y el mundo cristiano existe del agua y no puede vivir más que en el agua. "In aqua nascimur; nec aliter quam in aqua permanendo salvi sumus." Este doble hecho nos demnestra, mejor que todos los discursos,

1.... Sed nos pisculi secundum *ijzun* nostrum, Jesum Christum in aqua nascimur; nec aliter quam in aqua permanendo salvi sumus, *De Baptism.*, c. I.

2. Invocato Deo, supervenit enim statim Spiritus de cœlis, et aquis superest, sanctificans eas de semetipso, et ita sanctificatæ vim sanctificandi combibunt. *Id.*, c. IV.

la excelencia del agua y el lugar que ocupa en las obras divinas.

Por esto mismo será inevitablemente objeto del odio privilegiado del demonio. Si, pues, el gran enemigo del Verbo encarnado habia profanado el agua considerada solamente como principio de la creacion material, no dejaremos de verle redoblar su furor para profanarla y deshonrarla, como elemento de la creacion espiritual é instrumento especial de los milagros del Hombre-Dios.

Y así es. Seria casi imposible referir lo que el príncipe de las tinieblas ha hecho para corromper las aguas y hacer de este elemento santificador un instrumento de mal moral y físico. Se diria que Satanás conociendo los destinos sublimes del agua para la regeneracion del mundo, habia descargado su odio sobre este elemento dos veces misterioso, como ya lo habia descargado sobre la mujer.

Tertuliano, que lo veia obrar, cita algunas de sus sacrílegas parodias y negras ruindades. "Tiene, dice él, su bautismo para iniciar á sus adeptos en los misterios de Isis y de Mithra. Por todas partes se ve á sus adoradores purificar por medio del agua los campos, las casas, los templos, las ciudades enteras, en los juegos de Apolo y de Pelusa, los combatientes se sumergen en el agua, creyendo que así se regeneran y obtienen el perdon de sus culpas. Entre los antiguos, el hombre que acababa de cometer un homicidio se purificaba con el agua. Reconozcamos en esto á Satanás, envidioso de Dios; puesto que tambien tiene su bautismo. Pero ¿qué comparacion hay entre el suyo y el nuestro? ¡El inmundo purificando, el matador vivificando, el condenado absolviendo! ¿Destruirá su obra borrando los crímenes que él mismo inspira?

"Aparte de toda práctica supersticiosa, el demonio es el corruptor de las aguas. No lo ignoran los paganos, quienes desconociendo *la accion real de Dios sobre el agua* admiten la caricatura. ¿Acaso los espíritus inmundos no reposan sobre las aguas, remedando la posicion del Espíritu Santo sobre las aguas primitivas? Dígaulo las sombrías fuentes y los arroyos solitarios, y las piscinas de los baños públicos, y en las casas particulares las cisternas y los pozos que se llaman *euripos*, porque se tragan por arte de los espíritus malignos á los que se les aproximan. A los desventurados que en tales aguas han muerto ó quedado locos ó perpétuamente despavoridos, los llaman linfáticos é hidrófobos (1)."

Seria simplemente ridículo poner en duda la realidad de estos fenómenos satánicos. Tertuliano no los ha inventado. Los autores paganos dan testimonio de ellos y citan en diferentes partes del mundo un gran número de esas aguas que producen los efectos señalados por el gran apologista. Plinio coloca uno de estos *euripos* homicidas ó malignos en la Arcadia, tres en el Quersoneso Taurico, otros en la Lidia, en la Etiopía, en la Beocia, en la isla Cea, en la Frigia, en la Tracia y en Sicilia. (2)

1. ¿Annon et alias sine ullo sacramento immundi Spiritus aquis incubant, adfectantes illam in primordio divini Spiritus gestationem? Sciunt opaci quique fontes, et avii quique rivi *et in balneis piscinæ* et *euripi* in domibus vel cisternæ et putei qui rapere dicuntur, scilecet per vim spiritus nocentis. Nam et enectos et lymphatos et hydrophobos vocant, quos aquæ necaverunt aut amentia vel formidine excercuerunt. *Tertull.*, *Debaptismo.* c. v.

2. Juxta Nonacrin in Arcadia Styx, nec odore differens, nec colore, nepota illico necat. Item in libroso Taurorum tres fontes, sine remedio, sine dolore, mortiferi.... Colophone in Apollinis Clarii specu lacuna est, cujus potu mira redduntur oracula bibentium breviore vita. Lib. II, c. cvi.—Ibi (in Phrygiæ Gallo

El gran teólogo del paganismo, Porfirio, confirma los mismos hechos y cita este oráculo de Apolo á Alejandro: "Hijo de Eaco, guárdate de aproximarte á las aguas de Aquerusa y de Pandosia; pues te espera en ellas una muerte inevitable (1)." "Hay dice, Pselo, un cuarto género de demonios, acuátil y marino, que se sumergen en las aguas; gustan de habitar cerca de los lagos y rios, y excitan borrascas y tempestades; sumergen hasta lo hondo los navíos con sus tripulaciones y ahogan á muchos entre las olas. (2)

Estos hechos y otros muchos permiten, pues, afirmar con toda seguridad, que entre las criaturas animadas, el objeto privilegiado del odio de Satanás es la mujer; y entre las inanimadas, el agua. La mujer, porque en la persona de María es la madre del Verbo encarnado; el agua, por-

flumine) impotando necessarius modos ne lymphatos agat; quod in Æthiophia accidere his qui á fonte rubro biberint, Ctesias scribit... et Sotion, *In excerptis ex Ctesia*, scribit: Ctesias in Ætiopia fontem esse narrat, cujus aqua Cinnabaris colorem refert: bibentes vero ex eo mente alienati, ea quæ clam perpetrarunt, eloquuntur.—Et *Ovid.*, *Metam.*, xv, 369: ¿cui non audita est obscœnæe Salmacis unda? ¿Æthiopesque lacus? quos si quis faucibus hausit, aut furit, aut mirum petitur gravitate somnum.—In Beotia ad Trophonium Deum, juxta flumen Orchomenon duo sunt fontes, quorum alter memoriam; alter oblivionem affert. Lib XXXI, c, i, et c. xi.—In Cea insula fontem esse quo habetes fiant. *Id.*, *Id.*, c. xii.—Necare aquas Theopompus et in Thracia apud Chyrhos dicit: Licus in Leontinis, tertio die quam quis ciberit· *Ibid.*, c. xix.

1. Æcide, cave ne venias ad Acherusiam aquam Pandosiamque, quia tibi mors fato destinata est. *Oracul. veter.*, *orac. Apoll. ab Obsopæo* p. 62.

2 Quartum (genus dœmonum) aquatile et marinum, quod humoribus se immergit, ac libenter circa lacus et fluvios habitat multosque perdit aquis, et mari fluctus excitat ac tempestates navigiaque viris onusta funditus submergit, multosque obruit undis. *De demœnib*, cir. init.

que en el Bautismo es la madre del cristiano, hermano del Verbo encarnado. De ahí proviene la solicitud particular con que la Iglesia vela por la mujer y especialmente por la doncella. De ahí proviene tambien, que entre todos los elementos el agua es el que la Iglesia purifica más frecuentemente y del que se sirve siempre para purificar las criaturas.

Tertuliano concluye diciendo: ¿A qué fin hemos referido estas cosas? Para que á nadie se le haga difícil creer en la accion que los ángeles buenos tienen sobre las aguas para bien del hombre, siendo así que los espíritus malignos se ponen frecuentemente en contacto con el mismo elemento para perdernos (1)."

Pero contra la incredulidad moderna no tenemos necesidad de semejante prueba. La virtud milagrosa del agua del Bautismo es un hecho que brilla como el sol, Venga el más audaz negador de lo sobrenatural: yo le pregunto: ¿Hay ó no diferencia entre el mundo pagano y el cristiano? ¿entre un mundo prosternado ante mil ídolos, horribles todos, impuros y crueles, á quienes ofrece en sacrificio millares de víctimas humanas, y un mundo que adora un solo Dios, tres y mil veces santo, y lo honra con un culto de irreprochable pureza? Si responde que no, todo está dicho; con la locura no se discute.

Si responde afirmativamente, vuelvo á preguntarle: ¿dónde ha nacido ese mundo cristiano, tan superior al pagano? A no hundirse en el ridículo negando la evidencia, tiene que mostrarme por precision las fuentes bautismales. De ahí, efectivamente ha nacido el mundo cristiano. El hecho es

1. Quorsum ista retulimus? Ne quis durius credat angelum Dei sanctum aquis in salutem hominis temperandis adesse, cum angelus malus profanum comercium ejusdem elementi in perniciem hominis frequentat. *Tertull. ubi. supra.*

tan cierto, que todos los pueblos antiguos de Oriente y Occidente, todas esas repúblicas tan ponderadas, de Esparta, Atenas y Roma, á pesar de sus filósofos, poetas, capitanes, artes y civilizacion material, permanecieron en la adoracion de las divinidades más monstruosas, y esclavas de los más vergonzosos errores, mientras no vinieron á sumergirse en las aguas del Bautismo. Y para que la permanencia del milagro hiciera inexcusable á la incredulidad, ¿qué vemos todávía en nuestros tiempos? ¿Cuándo el Africano, adorador de la serpiente, y el Océanico antropófago cesaron de ser ofiólatras y cometedores de hombres? En el dia de su Bautismo.

Es, pues, eternamente verdadera la bella palabra de Tertuliano: Los cristianos somos pececillos que nacemos en el agua. *Pisciculi in aqua nascimur* Y no es menos verdad lo que añade: Y no podemos vivir, sino permaneciendo en el agua. "Nec aliter quam in aqua permanendo salvi sumus." En efecto, si los cristianos, sean hombres sean pueblos, llegan á degenerar, la historia muestra como fecha precisa de su decadencia, el dia en que se apartaron de las aguas del Bautismo, de la vida que en ellas habian recibido y del Espíritu que les habia sido comunicado (1).

1. Por el papel importante que el agua desempeña en el órden natural, es muy digna de emplearse para este milagro y para otros muchos. Conforme lo hemos visto tiene muchos y muy marcados puntos de relacion con la gracia. Citemos esta otra hermosa armonía. El agua que sale de una colina y atraviesa un valle, sube en la colina opuesta hasta el nivel de su nacimiento: es una ley física. Lo mismo sucede en el órden sobrenatural. Hablando el Hijo de Dios á la Samaritana, le promete dar al mundo una agua que se elevará hasta la altura del cielo. Luego el manantial de esta agua está en el mismo cielo. Pues este manantial se ha abierto en el Bautismo, y no se ha agotado nunca. Corriendo sobre la tierra hasta el último dia del mundo, volverá á la altura de su orígen llevándose consigo al hombre regenerado, lle-

No es la mayor gloria del cristiano nacer en el agua, que es el más importante de todos los elementos: su prerogativa eminente consiste eu que su Bautismo tiene por tipo el del Verbo eucarnado. *Todos los augustos* misterios que vemos brillar en el Jordan, se renuevan en cada uno de nosotros, "Cristo, dice Santo Tomás, quiso ser bautizado para consagrar nuestro Bautismo con el suyo. Por eso en el Bautismo de Cristo debieron manifestarse las cosas que explican la eficacia del nuestro. Sobre lo cual hay que considerar tres puntos.

Primero. la virtud principal que da al Bautismo su eficacia; cuya virtud viene del cielo: y por esto, al bautizarse Cristo, se abrió el cielo, para que se entendiese que de allí en adelante el Bautismo seria santificado por la virtud de lo alto.

"Segundo. Cooperan á la eficacia del Bautismo la fe de la Iglesia y del mismo bautizado; por lo cual este hace su profesion de fé y el Bautismo se llama sacramento de la fé. Mas por la fé vemos las cosas celestiales que exceden el sentido y la razon del hombre: y tambien para significar esto se abrieron los cielos en el Bautismo de Cristo.

"Tercero. Por el Bautismo de Cristo se nos abre la puerta del cielo que se le habia cerrado al primer hombre por el pecado. Por esto se abrió el cielo en el Bautismo de Cristo, para poner de manifiesto que los bautizados tienen patente el camino para el cielo. Pero para eutrar en *él se necesita* orar constantemente; pues si bien por el bautismo se nos perdonan los pecados, queda sin embargo, la concupiscencia que nos hace guerra interior y el mundo y los demonios que nos combaten exteriormente; y por eso se dice ex-

no de vida y rico de virtudes, que el paganismo y la filosofía no conocieron jamás. Tambien esto es un hecho

presamente en San Lúcas (III), que "bautizado Cristo y haciendo oracion, se abrió el cielo, es á saber, porque á los fiéles, despues del Bautismo, les es necesaria la oracion (1)."

¿Cuál es esa virtud soberana que hace tantos milagros? Es el Espíritu Santo á quien por tanto vemos aparecer inmediatamente en el Bautismo del nuevo Adan, paloma misteriosa, que por más que nosotros no la veamos con nuestros ojos reposar sobre la cabeza de cada bautizado, viene realmente sobre ellos. A ella y solo á ella debe el mundo bautizado la pureza, la dulzura, la fecundidad del bien, la trasformacion intelectual y moral que tan honrosamente lo distinguen de los paganos antiguos y de los idólatras modernos.

Vivificada el agua por el Espíritu Santo, produce un pececillo, el cristiano, segun el tipo de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué resta sino que el Padre Eterno reconozca á su Hijo en presencia del cielo y de la tierra? "Y he aquí una voz del cielo que decia: Este es mi hijo amado en quien tengo todas mis complacencias (2)." Para anunciar la perpetuidad de este misterio, tan duradero como el tiempo, tan extendido como el mundo, la voz del Padre, que resonó, hace diez y ocho siglos, en las márgenes del Jordan, no cesa de repetirse en la fuente bautismal, cuantas veces un hermano del Verbo encarnado viene á renacer en ella.

Este bello pensamiento es de San Hilario: "Se dejó oir la voz del Padre, dice, para que por los milagros que sucedian en Nuestro Señor, conociésemos que la divina paloma del Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde los cielos, y que la voz del Padre nos declara hijos adoptivos de Dios (3)."

1. P. III, q. 39, art. 5.
2. *Math.*, III, 17.
3. Super Jesum baptizatum descendit Spiritus Sanctus, et vox

Nada hay más verdadero; porque sobre la tierra no hay nada más hermoso, ni más digno de la complacencia del Padre Eterno, que una alma cuando sale pura y regenerada de la fuente bautismal. A esta creacion del Espíritu Santo, á este cielo terrestre en que reside la augusta Trinidad, puede aplicarse lo que el Apóstol dijo del cielo empíreo: Ojo no vió, ni oreja oyó, ni entendimiento humano concibió cosa que en gloria y felicidad pueda compararse á una alma deificada en el Bautismo!

Patris audita est dicentis: *Hic est filius meus dilectus;* ut ex is quæ consummabantur in Christo, cognosceremus post aquæ lavacrum et de cœlestibus portis sanctum in nos Spiritum involare, et paternæ vocis adoptione Dei filios fieri. *Super math.* c. I, in fin.

CAPITULO XXI.

DESARROLLO DEL CRISTIANO.

SUMARIO.—Elementos de la formacion deífica: los sacramentos, las virtudes, los dones, las bienaventuranzas, los frutos del Espíritu Santo.—Razon de los sacramentos: lugar que ocupan en el plan de nuestra deificacion.—Dan, conservan y fortalezen la vida divina.—Razon de las virtudes: son el desarrollo de la vida divina.—Principio de donde se derivan; gracia santificante y gracia grátis dadas —Los dones; su razon y objeto. Los dones conducen á las bienaventuranzas: qué sean estas.—Las bienaventuranzas hacen gustar los frutos —Los frutos del tiempo conducen al fruto de la eternidad.—Cálculos admirables con arreglo á los cuales se han empleado esos elementos divinos.

El cristiano nace en el agua del Bautismo: tal es el primer artículo de fé y la cuarta creacion del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento. La vida del cristiano es la gracia.

La gracia es el tesoro de todas las riquezas: con ella y por ella poseemos todas las virtudes sobrenaturales infusas, intelectuales y morales; las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales, madres de todas las demás, y al Espíritu Santo en persona con todos sus dones.

Siendo esto así, ¿qué le falta al cristiano? Todo lo que le falta al niño recien nacido. Al niño, ahora sea hijo del rey ó hijo de un mendigo, le faltan los medios de conservar la vida que tiene. Lo mismo le pasa al cristiano: poseyendo la vida divina, carece todavía de los medios de conservarla y perfeccionarla. Véamos, pues, con cuánta liberalidad ha atendido el Espíritu Santo á las necesidades de su hijo.

Llegamos á los misterios inefables de la gracia. Va á desenvolverse ante nuestros ojos todo el sistema de educacion ó más bien, deificacion llevada á cabo por el Espíritu Santo para conducir al cristiano hasta la semejanza perfecta con su hermano mayor, el Verbo hecho carne. Este magnífico sistema comprende los sacramentos, las virtudes, los dones, las bienaventuranzas y los frutos. Estos medios de conservacion y deificacion, dispuestos con admirable sabiduría, se suceden, se encadenan, se prestan mútuo concurso, y convierten el desarrollo del cristiano en la obra maestra del Espíritu Santo, en su obra peculiar, ó como dice San Pablo, la construccion de Dios: "Dei ædificatio estis."

Y primeramente, no basta tener vida; es menester conservarla y desarrollarla: este es el fin de los sacramentos. "Los sacramentos de la nueva ley, dice Santo Tomás, han sido instituidos para dos fines; para curar las enfermedades del alma, y para darle la fuerza con que pueda hacer los actos de la vida cristiana. Indudablemente la gracia, considerada en general, perfecciona la esencia del alma dándole cierta semejanza con el sér divino. Pero de la esencia del alma se derivan sus potencias; de donde resulta que perfeccionando la esencia del alma, la gracia comunica nuevas perfecciones á las potencias. Estas perfecciones, llamadas virtudes y dones, las hacen capaces de sus funciones particulares; mas esto no basta.

"Hay en la vida cristiana ciertos actos especiales, para los que se necesita un efecto particular de la gracia. Por estos actos especiales se han establecido los sacramentos, á fin de comunicar al cristiano el auxilio particular que necesita para ejecutarlos. Por esto al modo que las virtudes y los dones añaden algo á la gracia, considerada en general, así la gracia sacramental añade á la gracia, considerada en

general, y á las virtudes y los dones una fuerza divina relativa á cada uno de los sacramentos (1)."

Los sacramentos han sido instituidos para curar las enfermedades del alma: ¿pero cómo producen este efecto? El Bautismo se instituyó contra la falta de vida divina; la Confirmacion contra la debilidad natural de los niños; la Eucaristía contra las malas inclinaciones del corazon; la Penitencia contra el pecado mortal, ó la pérdida de la vida divina; la Extremauncion contra las reliquias del pecado y las enfermedades del alma; el Orden contra la ignorancia y la disolucion de la sociedad cristiana; el Matrimonio contra la concupiscencia personal y contra la extincion de la Iglesia, que seria la desaparicion de la vida divina sobre la tierra (2). He ahí el conjunto más completo de remedios preservativos y curativos de todas las enfermedades del alma, inclusa la muerte misma. ¿Quién los concibió? Quién los estableció? ¿Quién les dió la eficacia? El Espíritu Santo.

Esto no es todavía sino la mitad de la obra. Falta desarrollar la vida divina. La vida sobrenatural, lo mismo que la natural, se desenvuelve con los actos. ¿Cuáles son, pues, los actos especiales de la vida cristiana para los que es indispensable la gracia de los sacramentos? En virtud de la uniformidad admirable que reina entre el órden espiritual

1. Sacramenta novæ legis ad duo ordinantur, videlicet: ad remedium contra peccatum et ad perficiendam animam in his quæ pertinent ad cultum Dei secundum ritum christianæ vitæ. III p. q. 63, art. 1.—Ita gratia sacramentalis addit super gratiam communiter dictam et super virtutes et dona, quoddam divinum auxilium ad consequendum sacramenti finem. *Id.*, art. 2.

2. Baptismus est directe contra culpam originalem: pœnitentia, contra culpam actualem mortalem; extrema unctio, contra culpam venialem; ordo, contra ignorantiam; matrimonium, contra concupiscentiam; eucharistia, contra malitiam; confirmatio, contra infirmitatem. *Conc. Vaur.*, 1368, *c.* I, *S. Th.*, III p., q. 65, art. 1.

y el material, esos actos son siete y corresponden á otros tantos actos análogos de la vida corporal. En el órden natural, es menester que el hombre nazca, se fortalezca, se alimente, se cure, conserve la salud, y se haga miembro de la sociedad, ora para regirla, ora para conservarla.

Del propio modo, en el órden sobrenatural es necesario que el cristiano viva como hijo de Dios. La gracia propia del Bautismo le da el nacimiento divino y el espíritu del cristianismo. "La misericordia de Dios, dice el Apóstol, nos hizo salvos por el lavatorio de la regeneracion y renovacion del Espíritu Santo, que derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo Nuestro Salvador (1).

Es menester que adquiera las fuerzas convenientes para soportar el trabajo del deber y sostener los combates de la virtud. La Confirmacion le comunica el Espíritu Santo como principio de fortaleza. Por eso Nuestro Señor dijo á sus discípulos, despues de bautizados: "Os enviaré el Espíritu prometido por el Padre. Permaneced, pues, en la ciudad, hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto (2)."

Es menester que se alimente con un alimento proporcionado á su vida divina. Este alimento se lo da la Eucaristía. "Yo soy el pan vivo que bajé del cielo, dice el Verbo encarnado. Si no comiéreis la carne del Hijo del hombre y no bebiéreis su sangre, no tendreis vida en vosotros (3)."

Nacer, crecer y conservar la vida seria bastante para el hombre, si corporal y espiritualmente tuviera una vida impasible. Pero como está sujeto á enfermedades graves y frecuentes, necesita de remedios. Si pierde la salud, se la devuelve la Penitencia, segun aquellas palabras: "Sana mi al-

1. *Ad Tit.* III, 5 6.
2. *Luc* , XXIV, 49.
3. *Joan.*, VI, 51-54.

ma; que pequé contra Tí.—A quienes perdonaréis sus pecados, les son perdonados (1)."

Cuando le faltan las fuerzas por las dolencias y enfermedades, las recobra por la Extremauncion. Este sacramento purifica al hombre de las reliquias del pecado, lo fortalece para el postrer combate y lo prepara para entrar en la gloria eterna. "Si alguno de vosotros está enfermo, dice Santiago, llame á los presbíteros de la Iglesia; y estos orarán sobre él ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oracion de la fé salvará al enfermo, y el Señor lo aliviará, y si tiene pecados se le perdonarán. (c. V, 14)."

En los cinco primeros sacramentos encuentra el cristiano todos los auxilios necesarios para los actos de la vida individual. Pero como es un sér social, se necesita que cumpla con los deberes de la sociedad á que pertenece. Los medios para esto se les proporcionan los dos últimos sacramentos. Toda sociedad necesita dos cosas, direccion y conservacion. Es menester en primer lugar, que haya hombres públicos encargados de dirigir á los demás. El sacramento del órden da ministros á la Iglesia y guias á los fieles. "Todo pontífice, dice el Apóstol hablando de todos los sacerdotes, es tomado de entre los hombres, y á favor de los hombres es puesto en las cosas que tocan á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados, y se pueda condoler de los que ignoran y yerran, y debe por el pueblo y por sí mismo ofrecer por los pecados (2)."

Es menester que haya familia para perpetuar la sociedad. El sacramento del Matrimonio, consagrando la union de los esposos, les suministra las gracias necesarias para que llenen cristianamente sus deberes, perpetúen la Iglesia y pue-

1 Ps. 40 —*Joan.*, xx, 23.
2. *Hebr.*, v, 1, 2.

blen el cielo. Por esto dice San Pablo: "El matrimonio es un sacramento grande en Jesucristo y la Iglesia (1)."

Por lo dicho hasta aquí, se ve juntamente la razon de ser de cada sacramento y el lugar que ocupa en el plan de nuestro desarrollo divino. Lo mismo que el Bautismo, todos los demás nos comunican la gracia, y consiguientemente el Espíritu Santo, que no se puede separar de ella; pero esta comunicacion tiene en cada sacramento un fin especial, en relacion con las necesidades de nuestra vida espiritual. De donde resulta, que por medio de la gracia multiforme de los sacramentos, el Espíritu Santo da al cristiano la vida divina con los medios de conservarla y hacer actos propios de la misma. Así se cumple la primera parte de la mision del Verbo encarnado, que decia: "He venido para que tengan vida: "Ego veni ut vitam habeant."

¿Cómo se cumple la segunda, que es: "y para que la tengan en mayor abundancia, et ut abundantius habeant? Escrito está que el Hijo único de Dios crecia en edad y en sabiduría delante de Dios y de los hombres: el cristiano, su hermano, debe seguir el mismo progreso. En el plan divino, el desarrollo de las gracias debe adelantar gradualmente hasta consumarse en la vida de la gloria: "gratia inchoatio gloriæ." Ni allí tampoco se estacionará; por el contrario, se elevará incesantemente de perfeccion en perfeccion, de una dicha en otra, durante siglos y siglos. ¿Por qué medios procura el Espíritu vivificador estas ascenciones del tiempo, que preludian las de la eternidad? Activando el gérmen de vida que ha infundido en nosotros, de modo que dé de sí todo lo que puede dar. Pues bien, ya lo hemos visto, la gracia es un principio divino que obra sobre la esencia misma del alma y sobre todas sus potencias, principio de fuerza y

1. *Eph.*, v. 32. Et *S. Th.*, III, p., q. 65, art. I.

fecundidad incalculables, que produce en el hombre efectos múltiples, sobrehumanos, teándricos.

La gracia se divide en dos grandes especies, correspondientes á los destinos del hombre. El cristiano no es un sér aislado, sino social: más social, si cabe decirlo así, que los otros hombres; puesto que pertenece á la sociedad universal, cuyo objeto es hacer de todo el género humano un solo pueblo de hermanos. Indudablemente, debe trabajar en su santificacion personal, y esta es la primera ley de su existencia. Pero como hijo de la Iglesia deberá trabajar tambien, dentro de los límites de su vocacion, por la gloria de su madre, ó sea, en la santificacion de sus hermanos: es otra ley, á que no puede sustraerse. Ley tan imperiosa, que todo hombre, haga lo que haga, tiene que ser necesariamente *medium*, medium del Verbo santificador, ó medium de Satanás corruptor. De aquí provienen las dos clases de gracia, ó dos aplicaciones de la gracia, gracia santificante y gracia gratis dada.

Sobre este principio fundamental oigamos al Angel de las escuelas. "Todas las obras de Dios están fundadas en el órden; y es una ley del órden universal, que ciertas criaturas sean dirigidas á Dios por medio de otras. Ordenándose la gracia á llevar el hombre á Dios, sigue las leyes del órden, esto es, vuelve algunos hombres á Dios mediante otros hombres. Por esto hay dos especies de gracia. La primera, que une el hombre á Dios, se llama "gratia gratum faciens;" porque nos hace agradables á Dios. La segunda, por medio de la cual el hombre ayuda á su hermano á ir á Dios, se llama "gratia gratis data;" porque no se ordena á la santificacion personal del que la recibe, ni se le da por sus méritos (1)."

1. Secundum hoc igitur duplex est gratia. Una quidem, per

De ese manantial único de la gracia, dividido en dos rios inagotables, salen todas las maravillas del mundo cristiano, maravillas de virtudes privadas que no tienen más testigos que á Dios y los ángeles; maravillas de virtudes ruidosas que se hacen admirar del género humano entero: virtudes privadas, brillante familia de perfecciones que completándose las unas á las otras, conducen al cristiano hasta el más alto punto de semejanza con Dios (1); virtudes públicas, que hacen brillar en la frente de la Iglesia el sello incomunicable de la verdad; virtudes públicas y privadas, de que vive, sin saberlo, el mundo mismo, que vive del Espíritu Santo y solo de El. Presentemos en pequeño el cuadro de todas estas maravillas. A un golpe de vista nos hará ver el conjunto de los elementos que entran en nuestra generacion divina y el órden perfecto que guardan entre sí.

Dice el conde de Maistre, que el cuerpo humano es más admirable en la losa de diseccion que en las más bellas actitudes de la vida. Lo mismo puede decirse del cristiano. La anatomía de esta grande obra del Espíritu Santo revela mejor que todo su admirable hermosura; porque pone de manifiesto en sus operaciones misteriosas la sabiduría del obrero divino que lo ha formado.

He aquí, pues, un ensayo de autópsia católica, hecho en conformidad con los maestros de la ciencia; ó si se quiere, he aquí la indicacion de los grados de la escala misteriosa por donde el hombre sube de la tierra al cielo, y de hijo de Adan se hace hijo de Dios.

El Espíritu Santo comunica al alma la vida sobrenatu-

---

quam ipse homo Deo conjungitur, quæ vocatur gratia gratum faciens. Alia vero, per quam unus homo cooperatur alteri ad hoc quod ad Deum reducatur. I, 2, q. III, art. 1.

1. *Conc. Trid*, sess. VI c. 7.

ral por el Bautismo; por los otros sacramentos la fortalece y conserva.

Pero así como el grano de trigo no se envuelve en la tierra sino para que brote en espigas, del mismo modo el elemento sobrenatural no se infunde en el alma sino para que se manifieste por medio de hábitos sobrenaturales que se llaman virtudes. Las virtudes son siete, como los sacramentos; tres teologales y cuatro cardinales.

A las virtudes se agregan los dones; que como inspiraciones permanentes del Espíritu Santo perfeccionan las virtudes, comunicándoles un nuevo impulso, una energía más sostenida, una tendencia más elevada. Son tambien siete, y forman, dice un concilio, las siete grandes santificaciones del cristiano (1).

Con la ayuda de estos medios poderosos, el cristiano se encuentra en estado de creer, como conviene, los artículos del Símbolo y de practicar, como se debe, los preceptos del decálogo, lo que es el fin de la vida y principio de la gloria. Advirtamos de paso con el concilio citado, que el Símbolo se divide naturalmente en siete artículos relativos á la Santísima Trinidad y otros siete que se refieren al Hijo de Dios hecho hombre. Igualmente, los diez preceptos del decálogo dicen relacion á las siete virtudes, teologales y cardinales.

Cuando el cristiano ha llegado á la perfeccion de la vida divina, lo que resta es que persevere en ella. Mas esto no puede conseguirlo por sí solo. Su debilidad natural, junto con los ataques incesantes de sus enemigos, le exponen contínuamente al peligro de un fracaso. Pero la gracia que hemos visto manifestarse en las virtudes y los dones, se manifiesta aquí en *oraciones*. Las siete peticiones de la oracion

1. Hæc dona, juxta sacras scripturas, consimiliter septem esse asserimus, quasi septem sanctificationes fidelium mentium. *Conc. Vaur.*, c. I.

dominical corresponden á los siete dones del Espíritu Santo. Cuantas veces repetimos esta adorable oracion, pedimos la conservacion y acrecentamiento de esos dones divinos; y para hacerla más eficaz, el mismo Espíritu Santo la dice en el alma del cristiano con gemidos inefables.

Los siete dones del Espíritu Santo, conservados y vigorizados por la oracion, se convierten en las manos del cristiano en armas de precision contra sus enemigos. Satanás nos ataca con siete armas que se llaman los siete pecados capitales. Los siete dones del Espíritu Santo son su oposicion adecuada.

El cristiano, librando valientemente los nobles combates de la virtud, se mantiene en el órden. El órden lo proporciona la paz con Dios, con sus hermanos y consigo mismo. De esta paz nacen las siete *bienaventuranzas*.

En fin, los buenos trabajos dan fruto glorioso, como dice la Escritura: *Bonorum enim laborum gloriosus est fructus* (1). Y como no hay mejores trabajos que los que se llevan á cabo en el vasto campo de la vida espiritual, corresponden á estos nobles trabajos los doce frutos del Espíritu Santo. El alma feliz que de estos frutos deliciosos se alimente, cata ya en el mundo aquel otro fruto que los comprende á todos, el fruto de la vida eterna: *Fructus in vitam æternam*.

Viene el fin del tiempo; y el cristiano deificado por el Espíritu Santo, entra en posesion de ese fruto incomparable, cuya vista, cuyo gusto, cuyo goce, lo inundará en delicias indecibles; porque ese fruto será Dios mismo, visto, saboreado, poseido sin temor por un amor sin límites (2).

1. *Sap.*, III, 15.

2. Aquí llamamos solamente la atencion sobre la repeticion frecuente del número siete en los elementos de nuestra santificacion. Más adelante procuraremos explicar esta repeticion miste-

No obstante, hasta aquí conocemos solamente los efectos de la gracia *santificante*, principio de la deificacion personal del cristiano. Para dar una idea completa de los tesoros que el Espíritu Santo reparte en el alma bautizada, debemos mostrar además los efectos de las gracias *gratis dadas*. Repetimos que el cristiano, sér social é hijo de la Iglesia, debe trabajar por la gloria de su madre y en la justificacion de sus hermanos. Para esto son indispensables tres cosas; conocer á fondo las verdades cristianas, para instruir á las demás; estar en disposicion de probarlas, sin lo cual la enseñanza seria ineficaz; tener talento para explicarlas, para que se reciba con gusto la doctrina (1).

Tales son los efectos de la gracia grátis dada. Como el fin comprende los medios; así abarcan el conjunto de los dones exteriores enumerados por San Pablo. "A cada uno dice, se le da la manifestacion del Espíritu para utilidad de los otros. A uno el discurso de la sabiduría: á otro el discurso de la ciencia; á otro fe; á otro gracia de sanidades; á otro operacion de virtudes; á otro profecía, á otro discrecion de espíritus; á otro diferente género de lenguas; á otro interpretacion de palabras (2)."

Estos dones comunes á todos los cristianos, porque to-

riosa. Articuli Symboli pertinentes ad deitatem sunt septem..... Articuli autem ad naturam á Filio Dei assumptam, sunt septem... Virtutes theologicæ cum cardinalibus, totidem. Sacramenta Ecclesiæ totidem. Dona Spiritus Sancti, totidem. Petitiones in dominica oratione contentæ, totidem. Beatitudines, totidem. Vitia capitalia, totidem *Conc. Vaur*, c. I.—Sobre el número doce, que marca los frutos del Espíritu Santo, hay que notar dos cosas: la primera es, que en la Escritura Santa el número doce indica la perfeccion absoluta. La segunda es, que como cada don tiene varios actos, el número de los frutos excede necesariamente al de los dones. Citemos solo un ejemplo: del don de piedad nacen las siete obras corporales de misericordia y las siete espirituales, lo que constituye la perfeccion de la caridad.

1. *S. Th.* 1. 2, q. 111, art. 4.
2. I *Cor.*, XII, 7, 10.

dos deben trabajar en la salvacion de sus hermanos, les son comunicados en proporciones diferentes; segun la vocacion de cada uno. Primeramente el don de enseñar la verdad, el cual supone un conocimiento de la religion, superior al que basta para la salvacion. De aquí es la fé, es decir, una vision clara, al mismo tiempo que una certidumbre inquebrantable de las cosas invisibles, principio de la enseñanza católica. Además, es necesario conocer las principales consecuencias de estos principios. De aquí el discurso de la sabiduría, que consiste en el conocimiento extenso de las cosas divinas. Todavía se necesita poseer un gran repertorio de hechos y ejemplos, con frecuencia necesarios para demostrar las causas. De aquí el discurso de la ciencia, que consiste en el conocimiento de las cosas humanas, atendido á que el mundo invisible se revela á nuestros ojos por el mundo visible.

Viene en seguida el don de probar. La prueba de la doctrina enseñada se hace por el raciocinio en las cosas que bajo el dominio de la razon, mientras que en las cosas del órden sobrenatural se hace por los medios reservados al poder divino. Estos medios son los milagros ó las profecías: Devolver la salud á los enfermos y la vida á los muertos, contrariando todas las leyes de la naturaleza, es un milagro. De aquí la gracia de sanidades. Manifestar el poder omnipotente de Dios, deteniendo el sol, por ejemplo, ó dividiendo las aguas del mar, es un milagro. De aquí la operacion de virtudes. A estas pruebas de la omnipotencia de Dios sobre el mundo material, hay que añadir algunas vece la pruebas del conocimiento infinito que tiene del mundo moral. De aquí la gracia de la profecía, que es el conocimiento de los futuros contingentes. De aquí tambien la gracia de la discrecion de espíritus que es el conocimiento de los secretos más íntimos del corazon.

En fin, el don de comunicar. Puede este ser considerado bajo dos aspectos; primero, desde el punto de vista de la lengua que debe hablar el doctor de la verdad y el modo como debe hablarla. De aquí el don de lenguas y la gracia del discurso: Segundo: desde el punto de vista del sentido de las cosas que debe decir. De aquí la gracia de la interpretacion de palabras, que enseña la verdadera significacion de las voces de una lengua extraña (1).

Tal es el cuadro compendiado de la formacion del cristiano por el Espíritu Santo. Ahora preguntamos al filósofo, sea el que sea, si ha encontrado jamás en sus investigaciones ni consebido nunca en sus meditaciones nada tan magnífico, tan completo y mejor relacionado que este conjunto de medios, por los cuales el principio divino se desenvuelve en cada uno de nosotros y nosotros mismos lo desenvolvemos en los demás, hasta llegar á la medida del Verbo encarnado en su edad perfecta. Cuando se reflexiona que, á pesar de todas estas perfecciones, el cristiano no es, aquí bajo, mas que un Dios incoado, ¿qué lengua podrá decir sns glorias, cuando sea en el cielo un Dios consumado? "Carísimos, escribe San Juan, ahora somos hijos de Dios; y no aparece aún lo que habemos de ser. Sabemos que cuando El apareciere, seremos semejantes á El (1)."

Para apreciar, cual conviene, un soberbio edificio, no basta conocer los ricos materiáles de que está compuesto, es necesario saber en qué proporciones, con qué arte y segun qué cálculos ha sido levantado. Acabamos de enumerar los elementos que entran en la formacion del cristiano ó, por usar una figura de los libros santos, los materiales empleados por el Espíritu Santo en la construccion de su templo vivo. Pero esto no es sino una parte de las maravi-

1. Véase *S. Th.*, 1. 2, q. III, art. 4,
1. I *Ep.*, III, 2.—*Id.*, Ev. XXII, 20.

llas que debemos admirar. Para conocerlas todas, se hace preciso estudiar las matemáticas divinas, conforme á las cuales ha trabajado el hábil arquitecto.

Ahora bien, en lo que precede se habrá notado sin duda el empleo del número diez y del número doce. Pero, ¿cómo es posible no fijarse en la repeticion constante del número siete? La estructura del cristiano parece estar fundada en gran parte sobre este número. Si son doce los artículos del Símbolo, doce los frutos del Espíritu Santo y diez los preceptos del decálogo, siete son los sacramentos, siete las virtudes madres, siete las peticiones del Padre Nuestro, siete los dones del Espíritu Santo, siete las bienaventuranzas, siete los pecados capitales, siete las obras de misericordia corporales, y siete las obras de misericordia espirituales.

Seria un error creer que este número es arbitrario. La sabiduría infinita ha presidido á la formacion del mundo espiritual, con más cuidado, si esto fuera posible, que á la creacion del mundo físico. Y si este número no es arbitrario, si no puede serlo, ¿cuál es su significacion misteriosa? ¿Por qué aparece con tanta frecuencia en la obra más digna de Dios? Para responder, es necesario dedicar algunas palabras á la ciencia de los números sagrados y al número siete en particular.

No es una digresion este estudio. ¿No debemos seguir al Espíritu Santo en sus caminos y hacer que se admiren los cálculos del adorable obrero, que ha hecho todas las cosas con medida, número y peso (1)? Además, hoy que el materialismo no ve en los números otra cosa que cifras, ¿no será á propósito recordar, cuando menos á la ligera, una ciencia familiar á los primeros cristianos, filosófica entre todas, rica en profundos puntos de vista y resplandeciente en magníficas armonías?

1. Omnia en mensura, et numero, et pondere disposuisti. Sap., XI, 21.

CAPITULO XXII.

LOS NÚMEROS.

SUMARIO.—Importancia y dignidad de la ciencia de los números. —Sin el número, el universo seria el caos y el hombre un bruto.—Dios y el hombre lo hacen todo con número.—Los números son las leyes del órden universal, las proporciones geométricas segun las cuales y en las cuales todo ha sido hecho.—Los números sagrados.—Principales números sagrados.—El número tres, sus significados.—Su empleo en el órden físico y en el órden moral.—El número cuatro, su significacion y su empleo.—Sus múltiplos doce y cuarenta.—Las grandes verdades que enseña.

La ciencia de los números, que no se debe confundir con el arte del cálculo, no es una ciencia imaginaria. ¿Quién osaria calificar así una ciencia que ha sido, desde la más remota antigüedad, objeto del estudio y de la admiracion de los verdaderos filósofos? Uno de los ingenios más grandes que han existido en el mundo, San Agustin, la cultivaba con una especie de pasion. Pará él esta misma aficion era el termómetro del saber y la señal del talento. A medida, dice, que el hombre sábio y el hombre de estudio se desprenden de lo material que los rodea, ven claramente el número y la sabiduría, y aman más al uno y á la otra. (1)

Estas palabras del ilustre doctor significan que, á los ojos del ingenio depurado, los números, constituyendo la

1. Docti et studiosi, quanto remotiores sunt á labe terrena, tanto magis et numerum et sapientiam in ipsa veritate contuentur et utrumque carum habent. *De lib. arbitr.*, lib. II, c. XI, n. 31. 32.

parte más elevada de la ciencia humana, son las bases del universo, las leyes que presiden á su conservacion, pues hecho por ellos, subsiste por ellos y debe á los mismos toda su belleza. "Mirad, continúa el grande obispo, el cielo, la tierra, el mar y cuánto en ellos se encierra; lo que brilla encima de vuestra cabeza ó se arrastra á vuestros piés, lo que vuela por el aire, ó lo que nada en el mar. Todas estas cosas son bellas, porque tienen números; quitadles los números y pierden al instante la vida y la belleza. (1)

Nada más cierto. Quitad el número al firmamento, y teneis el choque y la rüina de los astros. Quitad el número de la tierra, del mar, de los elementos, de todas las criaturas; ya no teneis, ni órden, ni armonía, ni existencia, puesto que el órden, la armonía, la existencia, descansan esencialmente sobre números, es decir, sobre proporciones calculadas con precision. ¿Qué tendremes en su lugar? El caos. Entre el órden y el caos, entre la belleza y la fealdad, entre la vida y la muerte, entre la armonía y el desconcierto, solo el número constituye la diferencia.

Si las obras de Dios descansan sobre el número, las obras del hombre, imágen de Dios, tambien descansan sobre el número. Todo obrero, todo artista tiene delante de los ojos del espíritu un número, esto es, un conjunto de proporciones al cual ajusta su obra. Su inteligencia trabaja, su mano se fatiga, sus instrumentos se mueven hasta tanto que la obra exterior, mirada sin cesar á la luz interior del número, llega á la perfeccion y satisface al espíritu, juez interno que contempla el número, modelo de la obra.

1. *S. Aug.*, *De lib. arbitr.*, ubi supra.

¿No se ajusta al número? pues teneis una obra imperfecta. ¿Prescinde enteramente de él? pues teneis una cosa monstruosa, una cosa sin nombre, porque carece de número. Quitad, por ejemplo, el número á una composicion musical, y tendreis sonidos discordantes, gritos confusos. "El número, dice el conde de Maistre, es la barrera evidente entre el bruto y nosotros.... Dios nos ha dado el número, y por el número se nos da á conocer, así como tambien el hombre se da á conocer por el número á sus semejantes. Quitad el número y quitareis las artes, las ciencias, la palabra y por consiguiente la inteligencia. Restablecedlo, y con él reaparecen sus dos hijas celestiales, la armonía y la belleza. El *grito* se hace *canto*, el *ruido*, recibe el *ritmo*, el salto se convierte en *danza*, la fuerza se llama dinámica, y los trazados son figuras."

Y no solamente las obras del hombre, como las de Dios, descansan sobre el número, sino que están hechas con número. Ved qué es lo que mueve los miembros del obrero; el número; pues se mueven correspondiéndose alternativamente. Si referís al placer el movimiento acompasado de los miembros; tendreis el baile. Si quereis examinar lo que en el baile agrada, encontrareis el compás ó el número en que este consiste. Contemplad la belleza de forma del cuerpo: ¿á qué se debe? á que tenga ó no las debidas proporciones relativas al espacio. ¿Y la gracia del movimiento del cuerpo? á que guarde las debidas proporciones que se refieren al tiempo. Esto sucede en todas las obras del hombre, como en todas las obras de Dios. El número y solamente el número les da el sér y la belleza. (1)

1 (Sapientia) dedit numeros omnibus rebus, etiam infimis *S. Aug.*, *ubi supra.*—Tolle numerum in rebus omnibus, et omnia

Se ve, pues, que la ciencia de los números encierra las eyes del órden universal, y la revelacion de los más profundos misterios. Luego con justa razon se han ocupado n ella, los más brillantes ingenios. Si en los tiempos modernos ha caido en el olvido, preciso es atribuirlo á la debilidad de la razon, consecuencia inevitable de la decadenia de la fé. El mundo está lleno de hombres que se ocuan de los números; pero no tenemos matemáticos. Se desrecia la ciencia de los números; porque reducida al arte material del cálculo, está al alcance de todos. En cuanto la verdadera ciencia de los números, á la filosofía de los números, en una palabra, á la matemática divina, se la desdeña; porque no tiene una aplicacion inmediata á los intereses de la vida animal y no puede ser sino del dominio de pocos. (1)

No es, pues, perseguir una quimera, el buscar la ciencia de los números. Pero, ¿qué es el número? Los números están en el tiempo y en el espacio, pero no son ni el espacio, ni él tiempo. Los números son en cierto sentido infinitos, inmutables, eternos. No hay poder humano que pueda cambiar el órden de los números ó alterar su esencia. ¿Quién puede, por ejemplo, hacer que al número uno no siga el dos, ó que el número tres sea divisible en dos partes iguales? (2)

---

sereuit. Adime sæculo compotum, et cuncta ignorantia cæca complectitur Nec differe potest á cæteris animalibus, qui calculi nescit rationem. *Rupert*, *De operib. sanctisimæ Trinitatis*, Lib. LXII; *De Spirit. Sanct.*, lib. VII, c. XIV.

1. Multus novi numerarios et numeratores, vel si quo alio nomine vocandi sunt, qui summe ac mirabiliter computant; sapientès autem perpaucos. *S. Aug.*, *ubi supra.*

2. Ergo æternos esse (numero) non negas. Imo fateor. *S. Aug.*, *De Musica.; Id*, *De morib. Manich.* c. XL., *De civ. Dei*, lib. XII, c. XVIII.

¿Qué es, entonces, el número? "Si lo quereis saber, responde San Agustin, eleváos por encima de las obras de Dios, en cuyas partes todas resplandece el número. Eleváos por encima del alma humana, que tiene en sí misma la vision interior del número. Id hasta Dios; allí, en el santuario íntimo de la misma Sabiduría, vereis el número eterno, tipo y orígen de todos los números. Pero ¿la sabiduría misma existe por el número, ó consiste en el número? No me atrevo á decirlo. (1)

Una cosa hay de cierto, y es, que si el número, en su esencia, no es la sabiduría misma, realizado en las obras de Dios, es su expresion más perfeta. Otra cosa hay igualmente cierta, y es, que hay nùmeros, sobre todo en la santa Escritura, que son sagrados y están llenos de misterios cion de todos los siglos está unánime acerca de este punto; son sagrados, porque el mismo Dios los fijó; están llenos de misterios, porque son las leyes venerables del órden moral y la expresion de las estrechas relaciones entre el hombre y las criaturas, entre Dios y el hombre, entre el tiempo y la eternidad. Por este doble título son dignos de un profundo respeto y de un ardoroso estudio.

¿Cuáles son estos números misteriosos y sagrados? Hay nna multitud de ellos. San Agustin señala solamente en la construccion del Tabernáculo más de veinte, todos ellos llenos de misterios (3). Basta que estudiemos algunos más

1. ...Sapientiam existere à numero, aut consistere in numero, non ausim dicere. *De liber. arbitr.*, *ubi. supra.*

2 Numeros in Scripturis esse sacratissimos et mysteriorum plenissimos, ex quibusdam quos inde nosse potuimus, dignissime credimus. *S. Aug.*, *Quæst. in Gen.*, c. CLIII.

3. Magnun mysterium figuratum est, quando jusum est tabernaculum fabricari. Multa ibi numerosa dicta sunt in magno sacramento. *Serm.* 83, c VI.—*S. Th.*, 2. 2, q. 87, art. 1.

notables; son el tres, el cuatro, el siete, el diez, el doce y sus múltiplos.

En el Antiguo y en el Nuevo Testamento el número tres sale más de 359 veces; el número cuatro 165 veces; el número siete, 347 veces; el número diez, 239 veces; el número doce, 177 veces; el número cuarenta, 152 veces y el número cincuenta, 61 veces.

Si tedemos en cuenta que la Biblia es, de entre todos los libros conocidos, el único que indica constantemente y con precision aparentemente minuciosa, los números de las cosas, de las medidas y de los años; que la Biblia es la obra de la sabiduría infinita; que no contiene nada inútil y no encierra sino misterio y verdad; si tenemos en cuenta, volvemos á decir, que Dios lo ha hecho todo con número; ¿cómo no hemos de reconocer en esta repeticion admirable la intencion marcada de instruirnos? Pero, ¿qué nos enseñan los números sagrados?

Segun los Santos Padres y en particular San Agustin, el número tres nos enseña la Santísima Trinidad. En Dios hay unidad, trinidad, indivisibilidad. El número tres es uno é indivisible; para dividirlo, es preciso fraccionarlo, esto es, romperlo y destruirlo. De Dios vienen todos los séres; del número tres, unidad primordial, salen todos los números. El Dies *uno* y *trino* ha grabado su sello en todas sus obras. De aquí este axioma de la filosofía tradicional: Todas las cosas son uno y tres: "Porro omnia unum sunt et tria."

El número tres, revelador del Dios Criador, redentor y santificador, se encuentra casi en todas las páginas de la Escritura. Más todavía, el Dios uno y trino. Criador, Redentor y Santificador, lo hizo todo y lo hace todo con el número tres. En el órden físico, el mundo ha sido sacado de la nada por el número tres. Vemos al Padre que crea, al

principio ó al Hijo por el cual crea; al Espíritu Santo que fecundiza el caos. El mundo se salva por el número tres. Noé que debe volver á probarlo, tiene tres hijos; trinidad terrestre, que es imágen admirable de la Trinidad Creadora.

En el órden moral, toda la existencia del pueblo judío, figura de todos los pueblos, descansa sobre el número tres. Su nacimiento en Isaac tiene lugar por el número tres. Para anunciarlo á Abraham, se aparecen tres personajes a patriarca, quien no adora más que á uno de ellos. Tres medidas de harina se emplean para prepararles la comida. La libertad del cautiverio de Egipto se verificó por el número tres. Moisés, salvador del pueblo, es ocultado por su madre durante tres meses. Los Hebreos piden permiso á Faraon para internarse en el desierto durante tres dias.

La religion está fundada sobre el número tres. Israel debe celebrar todos los años tres grandes solemnidades en el único templo de Jerusalen. Se prescribe constantemente ofrecer en los sacrificios tres medidas de harina. Tres órdenes de piedras pulidas sostienen el pórtico interior del templo de Salomon, tres órdenes de piedras aserradas el gran pórtico. El mar de bronce descansa sobre tres bueyes que están vueltos hácia el Oriente y tres vueltos hácia Occidente y tres que miran al Mediodía y otros tres que miran al Septentrion; trinidad que lo sostiene todo, que está en todo y lo ve todo.

La sociedad, con los diversos sucesos que la caracterizan, está regulada por el número tres. Así, hay tres ciudades de refugio aquende el Jordan y tres allende. Los exploradores mandados por Josué, permanecen ocultos durante tres dias en las montañas próximas á Jericó. La toma de

la ciudad y la conquista de la Palestina son el resultado de este retiro misterioso.

Los milagros consoladores ó libertadores de la nacion santa se verifican por el número tres. El arca permanece tres meses en la casa de Obededom para colmarla de abundantes bendiciones. Elías se inclina tres veces hácia el hijo de la viuda de Sarepta para volverlo á la viuda. Daniel, ántes de ser favorecido con las grandes revelaciones, debe ayunar tres semanas de dias y volverse tres veces al dia hácia Jerusalen para adorar. Tres niños son arrojados al horno, á fin de obligar á Nabucodonosor á confesar públicamente al verdadero Dios. Un sepulcro milagroso de tres dias en las entrañas de un mónstruo marino, debe servir de credencial á Jonás y preparar la conversion de Nínive. Esther impone tres dias de ayuno á los Judios ántes de presentarse á Asuero; es obedecida, y contra todo lo que se podia esperar, Israel se salva del exterminio y queda libre para volverse á la tierra de sus padres.

Todos estos rasgos esparcidos manifiestan el frecuente y notable papel del número tres en el antiguo mundo. No es ménos importante el lugar que ocupa en el mundo nuevo. La encarnacion del Verbo es como la creacion del mundo regenerado. El augusto misterio se verifica por el número tres.

El Padre envuelve á María con su sombra omnipotente; el Espíritu Santo forma la humanidad del Hijo; el Verbo se encarna. ¿Es necesario manifestar el misterio regenerador y dar á conocer al Hijo de María por Padre del nuevo mundo? El número tres aparece brillante en las riberas del Jordan. El Verbo es bautizado, el Padre lo proclama como Hijo suyo, el Espíritu Santo desciende en forma de paloma.

El Redentor tendrá necesidad de confirmar su mision durante el curso de su vida mortal. ¿Quién le rendirá testimonio en el cielo y en la tierra, ante los ángeles y ante los hombres? El número tres. Jesucristo es la verdad, dice San Juan, "tres son los que dan testimonio de él en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y tres son los que dan de él testimonio en la tierra, el espíritu, el agua y la sangre (1)."

Quiere manifestar su divinidad en el Thabor y tres apóstoles le sirven de testigos. Quiere mostrar en toda su realidad la naturaleza humana en el huerto de las olivas; y esos tres apóstoles tambien le sirven de testigos, y estos mismos discípulos podrán afirmar ante el universo entero que es Dios y hombre á la vez. En fin, llega la hora en que debe salvar al mundo con su sangre; pues se cumplirá el misterio por el número tres. Jesus permanece tres horas en la cruz y tres dias en la tumba.

¿De qué modo participará la humanidad de los méritos del Redentor y de hija de Adan se hará hija de Dios? Por el número tres. En el nombre de Dios trino y uno nacerá el mundo nuevo en las aguas bautismales, como el mundo antiguo nació en nombre del mismo número, en las aguas primitivas. ¿Quién dará á conocer á las naciones estas aguas regeneradoras? El número tres. Pedro está en Cesaréa; el vaso misterioso que anuncia la destruccion del muro que separa al judío del gentil, baja tres veces desde el cielo, y tres hombres llegan á buscar al pescador galileo, para suplicarle que bautice á los circuncisos. El mundo ha nacido, pero necesita vivir: vivirá del número tres. La fé, la esperanza y la caridad serán su alimento divino, hasta el fin de su peregrinacion. Su eterna morada deberá sus perfecciones misterio-

1. I *Joan.*, v. 7, 8.

sas al número tres. La Jerusalen celestial tiene tres puertas al Oriente, tres al Occidente, tres al Mediodía y tres al Septentrion.

¿Por qué en estos ejemplos y en otros cien que pudieran citarse aparece el número tres y no el número cuatro, cinco, seis ú ocho? Nadie puede decir que este número sea arbitrario ó forzoso: libremente empleado por una sabiduría infinita, encierra, pues, un misterio. Este misterio, lo hemos indicado ya, está en que el número tres es el signo revelador de la Trinidad. Empleado en las obras capitales del Omnipotente, creacion, redencion, glorificacion, enseña al hombre criado, rescatado, glorificado, de quién es obra, sobre qué tipo ha sido formado y á quién debe dar gloria.

Toda criatura, por humilde que sea, lleva gravado en sí misma el número tres, á fin de anunciar á todos por esta marca indeleble, quién es su autor y su propietario. Como el ciervo de César decia, llevándolo escrito en su collar: *Pertenezco á César, no me toqueis;* la planta lo mismo que el animal, dicen al hombre: *Pertenezco á Dios trino y uno, respétame* (1).

Pasemos al número cuatro. Al manifestarse exteriormente, la Santísima Trinidad produce los séres creados, el tiempo y el espacio. Esto es lo que representa el número cuatro que sigue inmediatamente al tres y que de él procede. A diferencia del número tres, el número cuatro es divisible.

Tal es la condicion del tiempo y de las cosas del tiempo: No obstante, como en todas las criaturas haya algo del tres, en todas hay alguna cosa indivisible é inmutable; es el sér. De aquí proviene que, si todo parece, nada es *aniquilado.*

El número cuatro, por las cuatro unidades de que cons-

1. Ternarius vero numerus Patrem et Filium et Spiritum Sanctum insinuat. *S. Aug.*, *Serm.* 252, c. x.

ta, representa la materia compuesta de cuatro cualidades; altura, longitud, latitud y profundidad; el mundo, dividido en cuatro puntos cardinales; el tiempo formado de años, cada uno de los cuales se descompone en cuatro estaciones. El número cuatro es, pues, la medida y la ley de las cosas creadas.

A juicio de los Padres, esta significacion del número cuatro, simple ó multiplicado, es invariable en la Escritura.

"Si el número tres es el signo de la eternidad, el signo de Dios en tres personas y del alma en tres facultades, el número cuatro, dice San Agustin, es el *signo del tiempo y de la materia*. Signo del tiempo; cada uno de los años de que se compone el siglo, se divide en cuatro partes: la primavera, el estío, el otoño y el invierno. Esta division no es en manera alguna arbitraria, atendido á que señala cambios palpables en la naturaleza. La Escritura cuenta tambien cuatro vientos, en alas de los cuales se esparcen por los cuatro puntos del globo, ya los granos de las plantas, ya la semilla evangélica (1)."

Admiremos cómo el número cuatro completa la enseñanza del número tres. Revelador de la Trinidad, y de la eternidad, el número tres dice al hombre que solo Dios es indivisible, inmutable y eterno. Signo de la criatura y del tiempo el número cuatro, le dice que el tiempo y todo lo que es del tiempo es divisible, variable y perecedero; que la tierra es un lugar de tránsito; que nosotros somos en ella viajeros, y que la vida es una marcha incesante hácia lo inmutable (2).

1. In quaternario numero est insigne temporem, &c. *Sér.* 552· c. x —Manifestum est ad corpus quaternarium numerum pertinere, propter clementa notissima quibus constat. *Enarrat. in ps.* 6·
2. El tiempo, móvil imágen de lo eterno inmóvil.

Lo que el número cuatro enseña por sí mismo, continúa enseñándolo por sus múltiplos. Fecundado por el número tres produce al doce. De entre todos los números, el doce es uno de los más sagrados. Representa el tiempo, el espacio, la creacion entera, vivificada por la Santísima Trinidad y llamada á la deificacion. En el dia del juicio, dice el Verbo creador, redentor y santificador, habrá preparados doce asientos para los doce apóstoles llamados á juzgar á las doce tribus de Israel.

"¿Qué significan estos doce asientos, pregunta San Agustin? ¿Por que el número doce y no otro? El mundo se divide en cuatro partes, segun los cuatro puntos cardinales. Los habitantes de estas cuatro partes son llamados, perfeccionados y santificados por la Santísima Trinidad. Como tres veces cuatro son doce, ved por qué los santos pertenecen al mundo entero, y por qué habrá doce asientos preparados para los doce jueces de las doce tribus de Israel. En efecto, por una parte, las doce tribus de Israel representan no solamente la totalidad del pueblo judío, sino la de todos los pueblos; por otra parte, los doce jueces representan la universidad de los santos, venidos de las cuatro partes del mundo y llamados á juzgar á los pecadores, traidos tambien de las cuatro partes del mundo. Así, el número doce representa á todos los hombres, jueces y juzgados, reunidos de las cuatro partes del mundo ante el tribunal del Hombre-Dios (1)."

—¡Cuántas veces el número doce, en su misterioso, pero elocuente lenguaje, recuerda esos grandes dogmas de la creacion de los hombres por la Santísima Trinidad, de su vocacion al Bautismo por la Santísima Trinidad y de la cuenta que en el último dia tendrán que dar de las tres fa-

1. *Enarrat. in ps.* 49, c. 8.

cultades de su alma que son la imágen de la Santísima Trinidad! Nosotros los vemos escritos en los doce hijos de Jacob; en las doce tribus de Israel; en las doce fuentes del desierto, donde los israelitas, peregrinos de la tierra prometida, apagaron su sed; en las doce piedras preciosas del racional, sobre las cuales está grabado el nombre de las doce tribus; en los doce morteros de oro que servian en el tabernáculo; en las doce vinageras de plata que se usaban para las libaciones; en los doce exploradores enviados por Moisés y en las doce piedras que se depositaron en el fondo del Jordan.

Los encontramos más claros todavía en los doce apóstoles; en las doce canastas que se llenaron de los pedazos de pan milagroso y en la célebre vision de San Pedro. El caudillo de la Iglesia universal, dice San Agustin, vió un vaso semejante á un lienso que bajaba del cielo, sostenido de las cuatro puntas y donde se encontraban animales de toda especie. La vision se verificó tres veces. Ese lienzo suspendido por sus cuatro puntas era figura del mundo divididido en cuatro partes y que debia ser llamado todo al conocimiento del Evangelio. Por esto se escribieron cuatro Evangelios. Aquel vaso bajando tres veces del cielo, designa la órden dada á los *Apóstoles de que bautizasen á todas* las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

De ahí proviene tambien el número de los doce apóstoles, el cual no es de modo alguno arbitrario. ¿Qué digo? De tal manera es sagrado, que hubo que completarlo despues de la apostasía de Judas. ¿Más porqué los apóstoles son doce y solo doce? Porque el mundo dividido en cuatro partes debia ser llamado al Evangelio en el nombre de la Santísima Trinidad, y cuatro multiplicado por tres son do-

ce, número que denota á la Iglesia universal en la cual han entrado los judíos y los gentiles, figurados en los animales de toda especie que se contenian en el vaso misterioso. (1)

Las mismas verdades que proclama el número doce, las vemos tambien en los doce jueces del mundo, y las veremos resplandecer con nuevo brillo en los doce fundamentos de piedras preciosas y en las doce puertas de la Jerusalen futura, en los doce frutos del árbol de la vida, finalmente, en las doce estrellas que componen en el cielo la corona eterna de la Iglesia.

Y todo esto no es, sin embargo, más que una parte de las enseñanzas solemnes que nos da el número cuatro. Si se le multiplica por diez, que es otro número sagrado de que hablaremos muy pronto, ¡qué conjunto de leyes admirables y de revelaciones fecundas ofrece á la meditacion de todo espíritu atento! "El número cuarenta, dice San Agustin, marca la duracion del tiempo que trabajamos sobre la tierra." ¡Qué bien lo vísteis, oh gran ingenio y cómo os abonan todas las páginas de la historia.

Las aguas del diluvio, figuras enérgicas de lá vida que el hombre lleva en el mundo, de sus penalidades y trabajos, no cesan de caer sobre la tierra por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches. El viaje peligroso de los exploradores de Moisés dura cuarenta dias. Cuarenta dias ayuna Moisés en la montaña, antes de recibir la ley. El pueblo hebreo, tipo de la toda humanidad, anda errante cuarenta dias en el desierto, antes de pasar el Jordan. El gigante Goliath insulta al campamento israelita durante cuarenta dias, cual figura bien trasparente del demonio, que insulta á la Iglesia por todo el tiempo de su peregrinacion. David reina cuarenta años, imágen

1 *Enarrat. in ps.* 103.

del verdadero David, cuyo reino abarca la totalidad del tiempo.

Elias ayuna cuarenta dias y cuarenta noches, alimentándose de pan milagroso, antes de llegar á la cumbre de la montaña de Dios, simbolizando al cristiano que es fortalecido por la gracia en su camino hácia la eternidad. El doloroso dormir de Ezequiel en la expiacion de los pecados de Judá, se extiende á cuarenta dias, duracion total de la vida cristiana, que el concilio de Trento define una penitencia perpétua. Cuarenta codos forman la longitud del templo. A Nínive se le concede un plazo de cuarenta dias, el tiempo otorgado al género humano para que se rehabilite. Antes de la toma de Jerusalen por Antioco, caballeros y carros armados cruzan por el aire durante cuarenta dias. El gran penitente del mundo, el Verbo encarnado, ayuna cuarenta dias; y despues de su resurreccion, queda cuarenta dias en el mundo instruyendo á sus discípulos.

"Los tres grandes ayunos de cuarenta dias, continúa San Agustin, marcan toda la duracion del mundo y la condicion actual del hombre. Moisés ayunando cuarenta dias es el género humano debajo de la ley. Elías ayunando cuarenta dias es el género humano bajo los profetas: Jesus ayunando cuarenta dias es el género humano en el Evangelio. Y como el hombre ha de continuar viviendo, en el Evangelio hasta el fin de los tiempos, el ayuno del Señor ha sido perpetuado por la Iglesia, para que etusnga toda significacion. ¡Qué bien escogido! ¿Qué tiempo pudiera ser conveniente para recordar nuestra condicion terrestre ayunando y mortificándonos, que los dias próximos á la pasion del Salvador (1)?

1. In qua ergo parte anni congruentius observatio quadragesimæ constitueretur, nisi confini atque contigua dominicæ passionis? *Epist.* clas. 2, c. xv; *Id.*, ser. 51, c. xxii.

CAPITULO XIII.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—El número diez: sus misterios.—Ultimo límite de los números.—Lo que significa añadido al número cuarenta.—Pruebas, en el empleo del número cincuenta.—Multiplicado por tres, su hermosa significacion.—*Once*, *número* de desórden.—Pruebas.—Razon del número setenta veces siete.—Siete, número muy misterioso—Sus aplicaciones.—Como todo lo demas del universo, el cristiano ha sido hecho con número.—Ha sido hecho con el número siete y el número diez.—Bello pasaje de San Agustin:

El número cuarenta representa el tiempo con sus divisiones y sucesiones, sus penosos trabajos y luchas incesantes. Más el tiempo no es más que el comienso de la vida, y para el cristiano el vestíbulo de la eternidad bienaventurada. Qué número le recordará al hombre esta verdad consoladora? El diez, añadido al cuarenta. Lo mismo que sucede en los *otros cálculos* sagrados, esta adicion no tiene nada de arbitraria: los más grandes ingenios han reconocido su exactitud profunda. Segun Santo Tomás, el número diez es el signo de la perfeccion. ¿Por qué? Porque es el primero y el último límite de los números. Más allá del diez, los números ya no continúan, sino que vuelven á empezar por el uno (1)"

Así en todas las cosas, cuando se ha llegado á la perfec-

1 Decima est perfectionis signum, eo quod denarius est quodammodo numerus perfectus, quasi primus limes numerorum, ultra quem numeri non procedunt, sed reiterantur ab uno. 2, 2, q. 87, art. 1, et p. III q. 34, art. 8.

cion, no se continúa; se vuelve á empezar. El relojero, por ejemplo, cuando ha concluido y dejado perfecto un reloj, no trabaja más en él, sino que comienza otro. El número diez, como límite de los números, es de todos los países y de todos los tiempos. ¡Qué pruebas más evidentes de que ni es arbitrario, ni de invencion humana! Preciso es pues reconocer, que es misteriosamente divino y divinamente misterioso.

De ahí proviene, á juicio de los Padres, que el Espíritu Santo lo emplea tan frecuentemente en la Escritura, para significar la perfeccion así en lo bueno como en lo malo. Abraham envia á su criado Eliezer con diez camellos cargados de presentes, á buscar en nombre de Isaac una esposa para este hijo suyo: significa el verdadero Isaac buscando á la Iglesia, la verdadera Rebeca, y ofreciéndole como regalo nupcial los diez mandamientos, principio de su deificacion. Diez hermanos de José van á buscar trigo en Egipto; la universidad de los hombres pidiendo el pan de vida al verdadero José. Moisés recibe de Dios diez preceptos, ni más ni menos; la perfeccion de la ley.

Diez candeleros de oro lucen en el templo de Jerusalen; perfeccion de la luz que con los diez mandamientos ilumina á la Iglesia, templo augusto del cual el de Jerusalen no era más que una figura. El Salterio de David tenia diez cuerdas, perfeccion de las alabanzas divinas. Diez leprosos se presentan al Señor; el género humano, que está enfermo é implora su curacion. El príncipe de que habla el Evangelio, distribuye á sus criados diez monedas para que las negocien durante su ausencia; los diez mandamientos que se dan á todos los hombres para que los practiquen y lleguen á la perfeccion. La bestia del Apocalipsis tiene diez cuer-

nos, símbolo de su terrible poder; y diez coronas en la cabeza, señal de la extension inmensa de su imperio.

Tomado, pues, aisladamente y en sí mismo el número diez, límite de los números, es señal de la perfeccion. Si se añade al cuarenta, conserva la misma significacion con mayor evidencia, y entonces se aplica á un órden de cosas más elevado. Cuarenta, más diez son cincuenta: este número marca la reunion del tiempo y de la eternidad. Dejemos que hable San Agustin: "El número cuarenta es la medida del tiempo, época de sudores y de lágrimas, de trabajo y de sufrimientos, de peregrinacion dolorosa por el desierto de la vida. Pero cuando nosotros hayamos cumplido bien el número cuarenta, marchando por el camino de los diez mandamientos, recibirémos el *dinero* prometido á los buenos operarios. Así, al número cuarenta, bien cumplido, añadamos la recompensa del *dinero*, palabra derivada de diez, y tendremos el número cincuenta. Este es figura misteriosa de la Iglesia del cielo, donde Dios será alabado sin interrupcion por los siglos de los siglos.

"De estos himnos eternos, de estas alegrías puras que nadie podrá robarnos, no gozamos todavía. Sin embargo, las gustaremos anticipadamente en los cincuenta dias que siguen á la resurreccion del Salvador, en los cuales ya no ayunaremos y haremos resonar por todas partes el jubiloso *alleluia* (1)."

Toda la Escritura confirma del modo más brillante la explicacion del ilustre doctor. El arca de Noé, donde habian de salvarse todos los que no estaban condenados á morir, tenia cincuenta codos; y el tabernáculo mosáico, imágen de la Iglesia en la que se salvarian todos los elegidos, tenia cincuenta anillas para fijar las cortinas de púrpura que lo

1. *Enarrat.* in ps. 150; ser. 252, c. XI; *In.*, ser. 210, c. VI.

cubrian. Los Hebreos, al salir del cautiverio de Egipto, inmolan el cordero pascual: caminan cuarenta dias por el desierto, y despues de diez dias de parada al pié del Sinaí, por consiguiente, despues de cincuenta dias de su salida de Egipto, reciben la ley de temor, escrita por Dios mismo en dos tablas de piedra y traida por Moisés de la montaña. Llega la nueva alianza. El Hijo de Dios, verdadero cordero pascual, es inmolado; y cincuenta dias despues, la ley de caridad es dada al mundo por el mismo Espíritu Santo que la escribe en los corazones.

¡El Pentecostés, es decir, la *cinquentena* judáica, prenda de felicidad para la sinagoga; el Pentecostés cristiano, prenda de felicidad para la Iglesia, y entrambas figura y prenda de felicidad de la Jerusalen futura! Esta misteriosa concordancia de los números arrebata de admiracion al gran obispo de Hipona. "¡Quién no preferiria, exclama, la alegría que causan los misterios de estos números sagrados, iluminados con el resplandor de la santa doctrina, á todos los imperios más florecientes de este mundo! ¿No os parece que los dos Testamentos, como los dos serafines del tabernáculo, cantan eternamente las alabanzas del Altísimo y se responden diciendo: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos (1)?"

El número cincuenta, compuesto de diez y cuarenta, encierra otro misterio de sorprendente belleza, *magnoe significationis*, como dice tambien San Agustin. El Redentor del mundo ordena á sus apóstoles, que echen su red á la derecha de la barca; obedecen, y sacan *ciento cincuenta y tres* peces grandes. Otra vez lo preguntamos, ¿por qué el este número y no otro? ¿Cuál es su significacion? pues alguna tiene, supuesto que fué determinado por la sabiduría

1 *Epist.*, class. II, c. XVI.

infinita. "Todos los hombres, continúa San Agustin, son llamados por la Trinidad para que vivan santamente el tiempo de su vida, representado en el número cuarenta y reciban la recompensa significada por el número diez. Pues bien, el número cincuenta, multiplicado por tres, hace ciento cincuenta. Añadid ahora el divino multiplicador: la Santísima Trinidad, *tanquam multiplicaverit eum Trinitas*, y tendreis ciento cincuenta y tres, que es el número de los peces encontrados en la red, número perfecto que comprende la totalidad de los santos (1)."

Tales son los números ó las proporciones geométricas con arreglo á las que ha sido hecha y encerrada en ellas la obra más grande de Dios, la salvacion del linaje humano. ¿Mas por qué medios la consiguen los hombres? ¿estos medios se apoyan en números? ¿qué números son esos? Todo el mundo conoce la palabra del Verbo Redentor: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.* Pues los mandamientos son diez. Por consiguiente, para ser del número de los elegidos, hay que mantenerse en el número diez, como en un castillo fortificado; es decir, que los diez mandamientos deben ser el límite de nuestros pensamientos y acciones.

Mas el hombre no puede por sí mismo cumplir los diez mandamientos; necesita de la gracia. ¿Quién la da? El Espíritu de los siete dones. De modo que, para hacer un santo, se necesitan dos cosas: los diez mandamientos y los siete

1. Quia in nomine Trinitatis vocati sunt omnes, ut in quadragenario numero bene vivant et denarium accipiant, ipsum quinquagenarium ter multiplica, et fiunt centum quinquaginta. Adde ipsum mysterium Trinitatis, fiunt centum quinquaginta tres, qui piscium numerus in dextra inventus est: in quo tamen numero innumerabilia sunt millia sanctorum. *Ser.* 252, c. XI, *ubi supra.*

dones del Espíritu Santo. Luego la salvacion descansa en el número diez y en el número siete. ¿Qué extraño es, que la grande obra de la sabiduría infinita descanse en el número, cuando las más humildes criatnras, el mosquito y la brizna de yerba, han sido hechos con número, peso y medida?

Acabamos de ver que el diez y el siete reunidos forman y comprenden á todos los elegidos, es decir, á todos los que cumplen la ley con ayuda del Espíritu Santo. San Agustin lo enseña más claramente todavía. "En efecto, dice este Padre, sumando unos con otros los numeros que hay desde uno hasta diez y siete, hacen ciento cincuenta y tres; y se tiene, como se ha explicado más arriba, la multitud innumerable de los Santos, significados por los ciento cincuenta y tres peces (1)."

Si el órden moral, la virtud, la santidad descansan sobre el número diez combinado con el siete, resulta que el signo del desórden moral ó del pecado, es el número once, y que la totalidad del desórden moral ó del pecado, se designa por el mismo número multiplicado por siete. Expliquemos este nuevo teorema de la geometría divina. Supuesto que el número diez marca la perfeccion de la virtud en el mundo y de la bienaventuranza en el cielo, el once debe indicar necesariamente el pecado. En efecto, ¿qué es el pecado? Es una *transgresion* de la ley; y como el nombre mismo lo dice, la transgresion tiene lugar cuando se sale del límite del deber, significado por el número diez. Pues bien, saliendo del diez,

1. Lex habet decem præcepta: Spiritus autem gratiæ, per quam solam lex impletur, septiformis legitur. . . . Decem ergo et septem tenent omnes pertinentes ad vitam æternam, id est legem implentes per gratiam Spiritus. . . . . Si computes ab uno ad decem et septem fiunt centum quinquaginta tres, et invenies numerum sacrum fidelium atque sanctorum in cælestibus cum Domino futurorum *S. Aug.*, ser. 248, c. IV. Efectivamente, sumando 1, más 2, más 3, y así hasta 17 inclusive, resultan 153.

el primer número que se encuentra infaliblemente es el once (1).

Y así sucede, que en el Evangelio nunca el número once se multiplica por diez, sino por siete. ¿Por qué no se multiplica por diez? Porque diez es el signo de la perfeccion y comprende á la Trinidad representada por tres, y al hombre representado por siete á causa del alma con sus tres facultades, y del cuerpo con sus cuatro elementos. Pues la transgresion no puede pertenecer á la Trinidad: y así, para multiplicar el once, signo del pecado, queda el siete en significacion de los pecados del alma y del cuerpo. Los pecados del alma son la profanacion de sus tres facultades, como los del cuerpo son la profanacion de sus cuatro elementos.

Estas simples palabras del lenguaje de los números, revelan claramente el sentido, generalmente desconocido, de las amenazas tantas veces repetidas en Amós. Hablando por órgano del profeta, dice Dios: "Si Damasco llega á cometer tres y cuatro crímenes, no le perdonaré. Si Gaza comete tres y cuatro crímenes, no le perdonaré. Si Tiro comete tres y cuatro crímenes, no le perdonaré. Si Edom comete tres y cuatro crímenes, no le perdonaré. Si los hijos de Ammon cometen tres y cuatro crímenes, no les perdonaré (2)." ¿Por qué el Señor perdonará uno y dos, y negará el perdon á tres y cuatro? Porque tres y cuatro, sumando siete, marcan la transgresion total de la ley y la rebelion completa del hombre, compuesto de una alma y un cuerpo.

De este modo, once multiplicado por siete, designa la totalidad de la transgresion y el último límite del pecado.

1. Lex enim per decem, peccatum per undecim. ¿Quare peccatum per undecim? Quia transgressio denarii est ut eas ad undenarium. In lege autem modus fixus est; transgressio autem peccatum est. Jam ubi transgrederis denarium ad undenarium venis. *S. Aug.* ser. 83, c. VI.

2. *Amos.* c. I, 3-13.

¿Habremos de repetir que este cálculo no tiene nada de arbitrario? Es la verdad misma quien lo emplea y nos lo explica. Pedro ha recibidò el poder de perdonar y retener todos los pecados. Pregunta al divino Maestro, cuántas veces deberá perdonar. Sin aguardar la respuesta, se apresura á decir: ¿Hasta siete veces? No hasta siete veces, responde el Señor, sino hasta setenta veces siete (1).

A no acusar á la Sabiduría eterna de haber hablado sin concierto, preciso es convenir en que este número tiene su razon de ser. ¿Cuál es esa razon y por qué se emplea este número y no otro? Menos habria sido demasiado poco; más, habria sido inútil. Menos, habria sido demasiado poco; porque todos los pecados son remisibles y se obtiene el perdon cuantas veces se pide cinceramente. Mas, habria sido inútil; porque setenta veces siete indica la totalidad de los pecados, segun ya lo hemos visto, y la perpetuidad del perdon, como lo vamos á ver.

En efecto, un nuevo golpe de luz nos revela la significacion del número setenta y siete, haciendo brillar en todo su esplendor la sabiduría adorable que lo dispuso todo con número. Trazando San Lúcas la genealogía del Redentor, cuenta setenta y siete generaciones. Es decir, que en los consejos eternos, el descendimiento del Hijo de Dios al mundo tuvo lugar en el momento preciso en que habian pasado setenta y siete generaciones de pecadores; para dar á entender con este número misterioso que habia venido á borrar todos los pecados cometidos por el género humano (2).

Hemos explicado el número siete, combinado con el diez y el once: resta explicarlo, tomándolo aisladamente. Entre todos los números sagrados, el siete es, á juicio de esos in-

1. *Matth.*, XVIII, 21, 22.
2. S. Aug. ser 83, c, IV.

térpretes incomparables de la Escritura que se llaman los Padres de la Iglesia, uno de los que encierran más profundos misterios: he aquí algunos.

Componiéndose del tres, signo de la Trinidad, y del cuatro, signo del tiempo, el número siete representa al Criador y á la criatura (1). Los representa en sus misterios generales y en su naturaleza íntima, es decir, en su totalidad. Totalidad del hombre, compuesto de una alma con tres facultades que son memoria, entendimiento y voluntad, y de un cuerpo con sus cuatro elementos y las cuatro cualidades de la materia, longitud, anchura, altura y profundidad. Totalidad de Dios, la sabiduría septiforme que crió el mundo, lo conserva y lo santificá (2).

Pues el criador y la criatura componen todo lo que es: luego el número siete es la fórmula completa de los séres. No solamente expresa lo finito y lo infinito; sino tambien la diferencia que los distingue y las relaciones que los unen: el uno, inmutable, indivisible; el otro, mudable, y divisible; el uno, principio; el otro efecto (3).

Es, pues, el número siete en su significacion natural una protesta permanente contra todos los sistemas erróneos del Panteismo ó de la eternidad de la materia, y del racionalismo ó de la indepencia del hombre. El número siete marca tambien la totalidad del tiempo juntamente con la universidad de los séres. Nada hay más claro, pues siete dias,

1. Septenarius numerus indicat creaturam, quia sex diebus Deus operatus est et septimo ab operibus quievit. *S. Aug.* ser. 252, c. x.

2. Spiritus Sanctus in Scripturis septenario præcipue numero commendatur. S Aug., *Enarrat.*, in Ps. 50.

3. Septenarius numerus quo universitatis significatio sæpe figuratur, qui etiam Eclesiæ tribuitur propter instar universitatis. *S. Aug.* *epist.*, class. 2,

sucediéndose sin interrupcion, componen los meses, los años y los siglos (1)

De las significaciones fundamentales del número siete, resultan las aplicaciones frecuentes que el Espíritu Santo hace de él en la Escritura, las cuales se convierten en otras tantas revelaciones, ricas de enseñanza y resplandeciente de belleza. Así, para repoblar el mundo, Dios manda á Noé que haga entrar en el arca siete parejas de animales puros. Cuando está ya dispuesto para la ejecucion de la venganza divina, se conceden todavía siete dias de arrepentimiento á los culpables. Cuando las aguas del diluvio han disminuido. Noé espera siete dias ántes de soltar la paloma por segunda vez, y despues otros siete ántes de soltarla por tercera.

Para jurar su alianza con Abimeléc, inmola Abraham siete corderos. Jacob sirve siete años para que le den por esposa á Raquel, imágen del verdadero Jacob, trabajando durante los siete años del mundo para conquistar á la verdadera Raquel, la Iglesia su esposa. Las espigas llenas y las vacas gruesas, símbolo de la plena abundancia de Egipto, son siete. Los funerales de Jacob duran siete dias: representacion elocuente de la vida del hombre en este valle de lágrimas. Los judíos comen el pan ázimo durante siete dias, en los cuales el pan con levadura se debe quitar totalmente de las casas bajo pena de muerte: mortificacion completa del cuerpo y del alma para entrar en comunicacion con Dios por la manducacion del cordero pascual.

El candelabro del Tabernáculo tiene siete brazos; calor y luz universal del Espíritu septiforme. Las manos de los

1. Et quare septies pro eo quod est semper ponatur, certissima ratio est: septem quippe diebus venientibus et redeuntibus, totum volvitur tempus. *Id*, ser. 114.

sacerdotes se consagraban por espacio de siete dias. Antes de recibir la víctima, el altar debiá purificarse siete dias consecutivos y ser rociado siete veces. La purificacion delas inmundicias duraba siete dias. En las tres fiestas solemnes, el pueblo judío, tipo de todos los otros, debia ofrecer siete corderos. Siete semanas de años forman el jubileo. Siete naciones enemigas ocupan la tierra prometida: solo cuando las hayan aniquilado, serán los judíos poseedores de la tierra de bendicion: figura de los siete pecados capitales, cuya destruccion puede ponernos únicamente en posesion de la paz de la conciencia y de la eterna bienaventuranza.

Si como no es posible dudar de ello, el número siete no se emplea arbitrariamente en los misterios de la verdadera religion, preciso es prepararse para ver al demonio servirse frecuentemente del mismo número en las prácticas de su culto (1). Pues bien, esta gran mona de Dios, más instruida que nosotros en los misterios profundos del número siete, quiere que sus sacerdotes no sean tales sino inmolando siete carneros. Para que den resultado sus evocaciones, ordena Balaan á Balac que levante siete altares, y quiere para víctimas siete becerros y siete corderos. En nuestros mismos tiempos el rito sagrado de la adoracion solemne entre los Indios, consiste en siete abluciones del ídolo.

En todos los sacrificios salen constantemente los siete corderos; doble imágen de la totalidad de los pecados por un lado, y por otro de la eficacia omnipotente que la san-

1. Los pitagóricos llamaban al siete *número venerable*, *venerabilis numerus*. *Apud. Serrarium Bibl.*, c. XII, p. 7.—Varron nos enseña que ningun otro número era mas sagrado entre los paganos. M. Varro in primo librorum qui inscribuntur *Hebdomades*, vel *imaginibus*, septenarii numeri virtutes potestatesque multas varias que dicit; *Aul. Gell.*, lib. III, c. x.

gre del verdadero cordero tiene para borrarlos. Así, para aplacar al Señor terriblemente irritado, Ezequías hace inmolar siete toros, siete cerneros, siete chivos, y siete corderos. A la vuelta de la cautividad, en expiacion de todos los pecados del pueblo, se inmolan setenta y siete corderos. Purificado Israel puede marchar contra sus enemigos, que huirán delante de él por siete caminos: derrota completa.

Como el Espíritu Santo es el alma del mundo, y su influencia septiforme se hace sentir en todas las criaturas, para iluminarlas, purificarlas y glorificarlas, emplea el número siete de una manera particular: este número puede decirse que forma la proporcion geométrica de todas sus divinas operaciones; y de aquí proviene que se use tan frecuentemente así en el *Antiguo como en el* Nuevo Testamento.

Siete sacerdotes con siete trompetas hacen caer los muros de Jericó: figura de los siete dones del Espíritu Santo destruyendo el imperio del demonio. La fuerza de Sanson reside en las siete trenzas de su cabello: los siete dones del Espíritu Santo que son la fortaleza del cristiano, mártir de la guerra ó mártir de la paz. Siete coros de músicos acompañan al arca de la alianza en su marcha triunfal, y David canta las alabanzas de Dios siete veces al dia; himnos eternos de los santos, reunidos al rededor del Señor, y salvados por los siete dones del Espíritu Santo.

Siete años se emplean en la construccion del templo: la Iglesia edificada por el Espíritu de los siete dones durante todo ese septenario que se llama el tiempo. Siete consejeros dirigen al rey de Persia, que envía á Estras á reedificar el templo de Jerusalen: los siete dones del Espíritu Santo, que

reposan en Nuestro Señor, enviado por su Padre á reedificar el verdadero templo de la verdadera Jerusalen. Siete ángeles hay de pié delante del trono de Dios, y siete columnas sostienen el palacio de la Sabiduría: dos figuras igualmente trasparentes de los siete dones del Espíritu Santo; que son el sostén de la Iglesia y los príncipes de las adoraciones eternas. Siete ojos lleva grabados la piedra angular de los muros de Jerusalen: los siete dones del Espíritu Santo en Nuestro Señor, piedra angular de la Iglesia del tiempo y de la Iglesia de la eternidad. Siete pastores guiarán el rebaño divino cuando el Redentor lo haya formado: los siete dones del Espíritu Santo que guían á los habitantes de la Ciudad del bien.

Siete años de locura y de habitar entre las bestias, son impuestos á Nabucodonosor; castigo adecuado á los siete pecados capitales. Siete leones encierra el lago en que fué arrojado Daniel; siete pecados capitales rodean al cristiano en este valle de lágrimas. El Evangelio hace mencion de siete demonios malos: los siete espíritus de los pecados capitales.

Siete panes alimentan á cuatro mil hombres en el desierto; los siete dones del Espíritu Santo son el alimento espiritual del mundo entero (1). Los apóstoles, dirigidos por el Espíritu Santo, establecen siete diáconos; esto significa la universidad de las obras de caridad espiritual y corporal.

San Juan dirige el Apocalipsis á siete Iglesias; número de la totalidad. El Hijo de Dios se le aparece en el cielo rodeado de siete candeleros de oro; significacion de los sie-

1 Septem panes significabant ceptiformem operationem Spiritus Sancti; qoatuor milliar hominum Ecclesiam sub quatuor evangeliis constitutam. Septem sportæ fragmentorum perfectionem Ecclesiæ; hoc enim numero sæpissime perfectio comendatur, *S. Aug.*, ser. 95, n. 2.

te dones del Espíritu Santo que irradian del Verbo encarnado.

La gran bestia tiene siete cabezas con siete ojos; significa los siete pecados capites con su formidable poder sobre el mundo físico y sobre el mundo moral. Siete ángeles tocan sucesivamente la trompeta; se dejan oir siete truenos, y el mundo culpable, ántes de espirar, es herido con siete plagas; terribles profecías de la universidad de las señales de muerte y de los azotes reservados para los últimos dias.

Hora es ya de terminar este bosquejo de la ciencia de los números y de hacer su aplicacion directa al cristiano. Este es construccion del Espíritu Santo, y conocemos ya los ricos materiales de que se compone. Estos materiales han sido empleados, no cabe duda, bajo la direccion de un arquitecto infinitamente hábil, conforme á un plan preconcebido; todo plan se funda en cálculos y proporciones, y por consiguiente sobre números. Semejante verdad no admite réplica. Por una parte, el universo entero atestigua haber sido hecho con número, peso y medida, esto es, con arreglo á proporciones geométricas de una precision y de una armonía perfectas. Por otra, el cristiano es obra perfecta del Espíritu Santo; es necesario, pues, deducir á *fortiori* que han presidido á su construccion cálculos admirablemente exactos.

¿Cuáles son los cálculos, ó mejor, los números especiales con arreglo á los que ha sido edificado el cristiano, sobre los cuales descansa y que son como el maderámen del edificio y la medida de sus proporciones? El cristiano ha sido hecho con dos números los más sagrados, el siete y el diez. Por ellos subsiste; el mundo concluirá; cuando se complete la suma de estos dos números misteriosos combinados jun-

tamente y multiplicados por la Trinidad. Como prueba de lo que acabamos de decir, recordemos este bello pasaje de San Agustin: "El Espíritu, autor de los dones santificantes, es designado por el número siete, y Dios, autor del decálogo, por el número diez. Para hacer un cristiano, es preciso reunir esas dos cosas. Si teneis la ley, no cumplireis sin el Espíritu Santo lo que está mandado. Pero cuando ayudados por el Espíritu de los siete dones, conformeis vuestra vida con el decálogo, estareis edificados y pertenecereis al número diez y siete. Perteneciendo ya á este número y sumándolo, llegareis al número ciento cincuenta y tres. En el dia del juicio, os encontrareis á la derecha para ser coronados; no á la izquierda para ser condenados." (1)

1. *Serm.* 205, c. VII et VIII.

CAPITULO XXIV.

LA CONFIRMACION.

SUMARIO.—Estudio detallado de los elementos de que se compone el cristiano.—La Confirmacion: lugar que ocupa.—Lo que añade al Bautismo.—Enseñanza católica; el Papa San Melquiades; los concilios de Florencia y de Moguncia.—Efectos de la Confirmacion; gracia santificante, gracia sacramental, carácter, aumento de las virtudes.—Definicion de los hábitos.—De las virtudes.—Virtudes naturales y sobrenaturales; virtudes infusas y virtudes adquiridas.—Virtudes cardinales.—Diferencias entre las virtudes naturales y sobrenaturales.

El cristiano puede admirarse; pero sobre todo debe respetarse: *Agnosce, ó chsistiane, dignitatem tuam.* Templo vivo del Espíritu Santo, conoce los preciosos materiales que han entrado en su construccion, y los números misteriosos segun los cuales han sido dispuestos. Más no basta un conocimiento general. Se hace preciso analizar detalladamente cada uno de los elementos de esta creacion divina, incomparablemente más bella y más digna de nuestros estudios que el mundo físico con todas sus magnificencias. A fin de no traspasar los límites naturales de nuestro asunto, no hablaremos de los sacramentos en general, ni del símbolo, ni del decálogo, ni de la oracion dominical; por más que todas estas partes de la divina construccion dependan de la gracia y sean sus efectos. (1) La confirmacion, las virtudes, los dones, las bienaventuranzas, los frutos constituyen el dominio directo del Espíritu Santo. Tal es el

1. Los hemos explicado en el *Catecismo de Perseverancia.*

campo que se abre á nuestra exploracion, más rico que todas las minas de la California juntas.

Es de fe que los sacramentos, al darnos la gracia, nos dan el Espíritu Santo con todos sus dones. ¿Se sigue de aquí que la Confirmacion sea inútil? Ya hemos contestado negativamente y dado la prueba sumaria de nuestra respuesta. Necesario será desarrollarla y decir el fin especial ó, si se quiere, la razon de ser de la Confirmacion. "Los sacramentos de la nueva ley, repetiremos con Santo Tomás, no han sido establecidos solamente para remediar el pecado y perfeccionar la vida sobrenatural, sino tambien para producir efectos especiales de la gracia; y por lo tanto donde ocurre algun efecto peculiar de la gracia, allí se ordena un sacramento especial (1)."

El hombre, cuando viene al mundo, no posee más que la vida natural y le falta la sobrenatural. El Bautismo se la da. Tal es el fin especial de este sacramento. La debilidad física y moral es propiedad de la infancia. Si el hombre no fortaleciese con la edad su cuerpo y su alma, no llegaria á ser hombre. Lo mismo sucede con el cristiano. La fortaleza le es tanto más necesaria, cuanto que nace soldado. Destinado á luchas incesantes, su vida se define, guerra (2). El antiguo Israel en su viva imágen. Desde las playas del mar Rojo, tumba de sus tiranos, atraviesan los Hebreos, sosteniendo contínuos combates, el desierto que los separa de la tierra prometida. Siete naciones poderosas les disputan su posesion; he aquí lo que le pasa al cristiano.

Salido de las aguas bautismales en que ha sido libertado de la esclavitud del demonio, le es preciso, para llegar al

1. Sacramenta novæ legis ordinantur ad speciales effectus gratiæ; et ideo ubi occurrit aliquis specialis effectus gratiæ, ibi ordinatur speciale sacramentum. III p., q. 71, art. 1.
2. Militia est vita hominis super terram. *Job* VII, 1.

cielo que es su patria, atravesar con las armas en la mano el desierto de la vida. No será la lucha contra séres de carne y sangre como él; sino contra enemigos mucho más temibles, los príncipes del aire, las siete potencias del mal. Claro está que tiene necesidad de armas y de un maestro que le enseñe á manejarlas. Precisamente en la Confirmacion se le da como tal el Espíritu Santo.

"El Espíritu Santo, dice el papa San Melquiades, al descender á las aguas del Bautismo, les infunde plenamente la gracia que da la inocencia; en la confirmacion comunica un aumento de gracia. En el Bautismo somos regenerados para la vida; en la Confirmacion se nos prepara para la lucha. En el Bautismo somos lavados; en la Confirmacion somos fortalecidos (1)."

El vicario de Jesucristo es el eco fiel del divino Maestro. ¿A quién tiene reservado Nuestro Señor Jesucristo el cambio milagroso de los apóstoles en hombres nuevos y el nó menos admirable de los fieles en mártires heróicos? ¿Por ventura no es al Espíritu Santo? Descendido directamente del cielo sobre los primeros, se da á los segundos por la imposicion de las manos de los apóstoles, es decir, por la Confirmacion. Yo voy, decia á los unos y á los otros, á enviar el Espíritu del Padre. Permaneced en la ciudad hasta que seais revestidos de la fuerza de lo alto. No esteis inquietos; el mismo Espíritu Santo hablará por vuestra boca, y os dará una elocuencia tan poderosa, que vuestros adversarios no tendrán nada que replicar (2).

1. Unde Melchiades Papa dicit. Spiritus Sanctus qui super aquas baptismi salutifero descendit lapsu, in fonte plenitudinem tribuit ad inocentiam; in confirmatione, augmentum præstat ad gratiam. In baptismo regeneramur ad vitam; post baptismun confirmamur ad pugnam. In baptismo abluimur; post baptismun roboramur. *Apud S. Th.*, III p., q. 71, art. 1.

2. *Joan.*, xx, 16.—*Luc.*, xxiv, 49; xx, 15.

La confirmacion, pues, como lo indica su nombre, es, el sacramento de la fuerza. Que haya sido establecida para comunicar al cristiano y hacer de él un soldado generoso, la Iglesia católica no ha cesado jamás de enseñarlo por sus concilios, y la historia de probarlo con hechos terminantes. De aquí, esta declaracion solemne del concilio de Florencia, es decir, del Oriente y del Occidente reunidos bajo la presidencia del mismo Espíritu Santo: "El efecto del sacramento de la Confirmacion, es dar el Espíritu Santo como principio de fuerza, á la manera que fué dado á los apóstoles en el dia de Pentecostés; á fin de que el cristiano confiese con valor el nombre de Cristo (1)."

El concilio de Moguncia no está menos explícito. "Segun la promesa del Señor, el Espíritu Santo á quien recibimos en el Bautismo para la purificacion del pecado, se nos da en la Confirmacion con aumento de gracia, que produce el efecto de protegernos contra los ataques de Satanás; de iluminarnos para que comprendamos mejor los misterios de la fe; de darnos el valor de confesar audazmente á Jesucristo y de fortalecernos contra los vicios. El Señor prometió formalmente dar á los fieles todos estos bienes por el Espíritu Santo que habia de enviar. Todas estas promesas fueron cumplidas á los apóstoles el dia de Pentecostés, conforme sus actos lo atestiguan del modo más brillante (2)."

Además, se cumplen todos los dias para los fieles, en las cuatro partes del mundo, por el sacramento de la Confirmacion. La razon de esto se halla en que el Espíritu Santo permanece siempre en la Iglesia, y en que sus favores son

1. Effectus autem confirmationis sacramenti est quia in eo datur Spiritus Sanctus ad robur, sicut datus est apostolis in die Pentecostes; ut videlicet christianus audacter Christi confiteatur nomen. *Decret. ad Arm.*

2. *Conc. Mogunt.*, 1549, c. XVII.

tan necesarios para formarla, como para conservarla. Ahora bien, el Espíritu Santo al comunicarse por la Confirmacion al Cristiano, su criatura privilegiada, obra en él muchas y grandes maravillas.

Es la primera *una nueva infusion de la gracia santificante*. La mision ó donacion del Espíritu Santo, enseña Santo Tomás, jamás tiene lugar sin la gracia santificante, de la cual El mismo es principio. Claro está, pues, que la gracia santificante es comunicada por la Confirmacion. En el Bautismo y en la Penitencia, esta gracia hace pasar al hombre de la muerte á la vida. En los otros sacramentos y especialmente en la Confirmacion, aumenta y fortalece la vida ya existente. Este sacramento perfecciona los efectos del Bautismo y de la Penitencia, en cuanto da al penitente una remision más perfecta de sus pecados. Si un adulto, por ejemplo, hallándose en estado de pecado sin saberlo, ó tambien no estando perfectamente contrito, se acerca de buena fe á la Confirmacion, recibe el perdon de sus culpas por la gracia de este sacramento (1).

La segunda es *la gracia sacramental*. Cada uno de los sacramentos confiere, además de la gracia santificante, una gracia particular que está en relacion con el objeto del sacramento que la da; á esta gracia se la llama sacramental. En el sacramento de la Confirmacion, es la gracia de la fortaleza. Así, la gracia sacramental añade algo á la gracia santificante propiamente dicha (2).

En la Confirmacion añade la fuerza necesaria al cristiano: fuerza de memoria para retener, sin olvidarlas jamás, las grandes verdades católicas que son la base y la brújula de

1. III p, q. 72, art. 7.
2. Gratia sacramentalis addit, super gratiam gratum facientem communiter sumptam, aliquid effectivum specialis effectus ad quod ordinatur sacramentum. *S. Thom. ubi supra*, ad 3.

la vida; fuerza de entendimiento para entender la religion en sus dogmas y preceptos, en el detalle de sus prácticas y en su magnífico conjunto, en sus beneficios y en su historia, á fin de que nuestro amor y admiracion hácia todas esas cosas no tenga superior ni rival. Fuerza de voluntad para tener enhiesta y firme la bandera católica, á pesar de las deserciones de los falsos hermanos, de las persecuciones del mundo, de los ataques incesantes del infierno y de los halagos interiores de las pasiones corrompidas. Fuerza para armar todas las facultades y montarlas á la altura de la gran lucha, que tiene al alma por prenda y al cielo por recompensa (1).

La tercera es *el carácter*. En materia de sacramentos se llama *carácter* un poder espiritual ordenado á ejecutar algunas acciones en órden á la salvacion (2). Este carácter es una gracia. Se da esta gracia con el objeto de distinguir á los que la reciben de los que no la reciben. Toda gracia obra sobre la esencia misma del alma. El carácter sacramental es, pues, interior, inherente al alma y por consiguiente, inamisible.

Por eso los sacramentos que lo imprimen, no pueden ser reiterados. "Hay tres sacramentos, dice el concilio de Florencia, el Bautismo, la Confirmacion y el Orden que imprimen en el alma carácter, es decir, cierto signo espiritual é indeleble, por lo que no pueden repetirse; sea anatematizado (3)."

1. *S. Th.*, III. p, q 72, art. 1.

2. Character est quædam spiritualis potestas ad aliquas sacras actiones ordinata *S. Th. ibid.*, art. 5

3. Tria sunt sacramenta, baptismus, confirmatio et ordo, quæ characterem, id est, spirituale quoddam signum á cæteris distinctivum, imprimunt in anima indelebile. *Conc. Florent. decret. union.*—Si quis dixerit in tribus sacramentis, baptismo scilicet,

Siendo el carácter una fuerza, un poder, produce efectos reales que están en relacion con su naturaleza y las necesidades del hombre. Así, el carácter del Bautismo distingue al cristiano del infiel, y le comunica á la vez la fuerza para cumplir lo que necesita para su propia salvacion y confesar sus creencias en la recepcion de los otros sacramentos, á los cuales le da derecho (1).

Pero no es bastante comunicar al hombre la vida divina y los medios de conservarla, viviendo aislado. Es necesario, por una parte, que esta vida se vaya desarrollando como la vida natural, y por otra, que el cristiano sea armado contra los peligros exteriores, atendido á que el hombre ha sido criado para vivir en sociedad. La Confirmacion satisface todas esas exigencias por el carácter que imprime. Hace del cristiano un soldado. Le aumenta la vida de la gracia recibida en el Bautismo y lo eleva á la perfeccion. De esto resulta, que el confirmado puede llevar á cabo, en órden á la salvacion, ciertos actos, diferentes de los que se ha hecho capaz por el Bautismo (2).

Estas nuevas acciones dicen relacion con la condicion del cristiano salido de la infancia y en el momento que entra en la gran batalla que se llama vida social. Sin duda la lu-

confirmatione et ordine, non imprimi characterem in anima, hoc est, signum quoddam spirituale et indelebile, unde ea iterari non possunt; anathema sit. *Sess.* VII, 7.

1. In baptismo accipit homo potestatem ad ea agenda, quæ ad propriam pertinent salutem, prout scilicet secundum seipsum vivit.... Baptizatus accipit potestatem spirituale ad protestandam fidem per susceptionem aliorum sacramentorum. *S. Th.*, III p., q. 72, art. 5.

2. In hoc sacramento datur plenitudo Spiritus Sancti ad robur spirituale, quod competit perfectæ ætati. Homo autem cum ad perfectam ætatem pervenerit, incipit jam communicare actiones suas ad alios; antea vero quasi singulariter sibi ipsi vivit. *S. Th.* III p., q. 72, art. 12.

cha contra enemigos invisibles es la condicion de toda alma bautizada, desde el dia en que llega al uso de la razon.

Pero el combatir contra los enemigos visibles de la fe no comienza sino más tarde, allá en la adolescencia, y al salir del hogar doméstico. Estos enemigos son los perseguidores de la verdad; paganos, impíos, libertinos, corruptores, blasfemos, hombres y mujeres de todas condiciones, raza innumerable, que ó no fueron cristianos, ó han dejado de serlo y no quieren que nadie lo sea.

El sacramento de la Confirmacion reviste al cristiano de la fortaleza necesaria contra todos estos, para sostener noblemente los combates exteriores de la virtud. Se ve esto en el ejemplo de los apóstoles, quienes recibieron el Bautismo y, no obstante, permanecieron ocultos en el Cenáculo hasta el dia de Pentecostés. Pero una vez confirmados, salen de su retiro, y sin temor á los hombres ni al infierno, anuncian por doquiera la doctrina de su Maestro. Ni las promesas, ni las amenazas, ni los golpes, ni las cadenas, ni las prisiones, ni los tormentos, ni la muerte, quebrantan su valor. Lo mismo sucede con los mártires.

La cuarta es *el aumento de las virtudes*. Para comprender esta nueva operacion, es necesario descender con la antorcha de la filosofía y de la fe, hasta las profundidades de la naturaleza del hombre y del cristiano. Dos vidas hay en el cristiano; la vida humana y la vida divina, ambas se desarrollan sobre dos líneas paralelas; ambas, unidas por las leyes de conservacion y por relaciones de semejanza, acusan la unidad de principio y la unidad de fin.

Como la encina con su poderosa vegetacion, con su talla y solidez, se encuentra en gérmen en la bellota; no de otra manera en el gérmen de la vida humana y en el de la vida divina, depositados en nosotros, se encuentran en principio

las fuerzas que más tarde se manifestarán por actos y se darán á conocer en hábitos; de todo lo cual dependerá el desarrollo del hombre y del cristiano.

No hay nadie que deje de admirar en las plantas el trabajo de vegetacion y crecimiento; y ¿podremos dejar de seguirlo nosotros con ménos interés en nuestra doble naturaleza de hombres y de cristianos? La alegría del sábio y el triunfo de la ciencia, se hallan en descubrir el secreto del vegetal más humilde. ¡Qué triunfo más noble y qué alegría más viva, sorprenderlo en nosotros mismos! El medio de llegar á este resultado, es formarnos una idea justa de lo que se entiende por *hábitos* y por virtudes; por virtudes *infusas* y virtudes *adquiridas*; por virtudes *naturales* y virtudes *sobrenaturales*.

Se entiende por hábito *una disposicion ó una cualidad del alma, buena ó mala*. Es buena, si está conforme con la naturaleza del sér y con su fin; mala, si es contraria á este ó aquella. Siendo el hábito una fuerza ó un principio de accion, da lugar á actos buenos ó malos. Así, el hábito de obrar con reflexion es bueno; porque está conforme con la naturaleza del sér racional. Al contrario, el hábito de excederse en el sueño, en la comida ó en la bebida, es malo; porque tiende á poner debajo lo que debe estar encima; el cuerpo sobre el alma. (1)

1. Habitus dicitur dispositio secundum quam bene vel male disponitur dispositum aut secundum se aut ad aliud, ut sanitas habitus quidam est. Et sic loquimur nunc de habitu; unde dicendum est quod habitus est qualitas. *S. Th.*, 1. 2, q. 49, art. 1.— *Secundum se*, id est secundum suam naturam; *aut ad aliud*, id est in ordine ad finem. *Id.*, art. 3. Habitus est actus quidam, in quantum est qualitas; et secundum hoc potest esse principium operationis; sed est in potentia per respectum ad operationem; unde habitus dicitur actus primus, et operatio actus secundus. *Id.*, *id.*

La virtud es *un hábito esencialmente bueno* (1). Esta definicion muestra toda la diferencia que hay entre el hábito propiamente dicho y la virtud. El primero es bueno ó malo, y conduce al bien ó al mal. La segunda es esencialmente buena y no puede conducir sino al bien. De aquí, esta otra definicion de San Agustin: "La virtud es una buena cualidad ó un hábito del alma, por el cual se vive rectamente, del cual nadie hace uso para lo malo, y que Dios produce en nosotros sin nosotros." (2)

En el órden puramente natural se distinguen las virtudes *infusas* y las virtudes *adquiridas*. Las primeras, como dice San Agustin, están en nosotros sin nosotros; pero es evidente que por los actos frecuentemente repetidos, estas buenas cualidades adquieren á la larga una grande energía. Así dasarrolladas, se llaman virtudes adquiridas. Tanto en unas como en otras, el hombre no debe atribuir á sí mismo lo que pertenece á Dios; pues lo mismo en el órden natural que en el sobrenatural, trabaja siempre sobre un fondo divino.

Los gérmenes de las virtudes adquiridas están en él sin él. Su mérito consiste solamente en el cultivo que da á los dones del Criador. Y aun así, los actos que resultan de su cooperacion, no llegan jamás á la perfeccion del principio de que dimanan; son semejantes al arroyuelo, cuyas aguas nunca son tan puras como las del mismo manantial. (3)

Las virtudes naturales infusas ó adquiridas, procediendo de principios puramente naturales, es decir, no siendo

1 De ratione virtutis humanæ est quod sit habitus boni operativus. *Id*, q. 55, art 4 et 3.

2 Virtus est bona qualitas seu habitus mentis, qua recte vivitur et qua nullus male utitur. et quam Deus in nobis sine nobis operatur. *De lib. arbit.*, lib. XI, c. XVIII.

3. *S. Th*, 1, 2, q. 63, art. 4.

más que el desarrollo de la vida humana, tienen por término la perfeccion natural. Pedirles que eleven al hombre á un fin sobrenatural, esto es, que lo conduzcan á la perfeccion de su vida divina, seria pedir un absurdo. La razon de esto es tan clara como la luz del dia. En todas las cosas, los medios deben ser proporcionados al fin; luego lo natural no puede producir lo sobrenatural. Sin embargo, lo sobrenatural es el fin para el cual ha sido criado el hombre. ¿Cómo llegará á él? Santo Tomás va á darnos la respuesta con la claridad que acostumbra.

"Hay en el hombre, dice el angélico Doctor, dos principios motores; el uno interior, que es la razon, el otro exterior, que es Dios (1). El primero, generador de las virtudes puramente humanas, pone al hombre en estado de obrar, en muchos casos, conforme á la rectitud y á la equidad natural.

Pero esto no es bastante; el hombre está llamado á vivir una vida divina. El mismo Espíritu Santo es el principio de esta segunda vida. La gracia que infunde en el alma en el momento del Bautismo, es un elemento divino de donde proceden la virtudes sobrenaturales, como las naturales proceden de la razon ó del elemento humano. Tales virtudes reciben el nombre de virtudes sobrenaturales infusas, y no son la gracia, como las virtudes naturales no son la razon, como el acto no es la potencia, como el efecto no es la causa (2)."

En órden á la vida divina que hay en nosotros y de la

1. In homine est duplex principium movens; unum quidem interius, quod est ratio; aliud autem exterius, quod est Deus. 1. 2, q. 68, art. 4.

2. Gratia reducitur ad primam speciem qualitatis [id est dispositionis]; nec tamen est idem quod virtus, sed habitudo quædam, quæ præsupponitur virtutibus infusis sicut earum principium et radix. *S. Th.*, 1. 2, q. 110, art. 3.

cual debemos vivir, á fin de conseguir nuestro último fin, esas virtudes sobrenaturales son tanto y más necesarias que las virtudes puramente naturales ó humanas. "La virtud, dice Santo Tomás, perfecciona al hombre y lo hace capaz de actos que están en relacion con su felicidad. Ahora bien, hay para el hombre dos especies de felicidad ó beatitud; la una proporcionada á su naturaleza de hombre á la cual puede llegar por sus fuerzas naturales, más no sin el auxilio de Dios, *non tamen absque adjutorio divino*; la otra superior á la naturaleza, á la cual no puede llegar el hombre más que por las fuerzas divinas, por ser ella cierta participacion de la naturaleza misma de Dios. Como los elementos constitutivos de la naturaleza humana no pueden elevar al hombre á esta segunda beatitud, se hace necesario que Dios sobreañada nuevos elementos, capaces de conducir al hombre á la beatitud sobrenatural, como los elementos naturales lo conducen á una beatitud natural (1)."

Todos estos elementos se comprenden bajo la palabra *gracia*, la más profunda, sin disputa, y la más bella de la lengua religiosa. Ahora bien, á la cabeza de las virtudes nacidas de la gracia, forman las tres teologales: fé, esperanza y caridad. Primeras expansiones de la vida divina, nos ponen, cual conviene, en relaciones sobrenaturales con Dios nuestro último fin y objeto inmediato de las mismas. (2).

La fé deifica la inteligencia puesta en posesion de algunas verdades sobrenaturales que la luz divina le hace conocer. La esperanza deifica la voluntad, dirigiéndola hácia la posesion del bien sobrenatural conocido por la fé. La

1. *S. Thom.*, 1. 2, q. 64. art. 4.
2. Dicuntur theologicæ, tum quia habent Deum pro objecto, in quantum per eas recte ordinamur in Deum; tum quia á solo Deo nobis iufunduntur; tum quia sola divina revelatione in sacra Scriptura hujusmodi virtutes traduntur. *Id.*, *id.*

caridad deifica el corazon, llevándolo á la union con el bien sobrenatural conocido por la fé y deseado por la esperanza. (1)

Más el cristiano no solamente debe vivir en relaciones sobrenaturales con Dios, sino tambien consigo mismo, con sus semejantes y con la creacion entera. ¿Cómo llenará esta obligacion? Del principio de vida sobrenatural que en sí mismo tiene salen necesariamente, como un nuevo retoño, las cuatro grandes virtudes morales; prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Decimos necesariamente; la razon es, porque Dios obra con la misma perfeccion en las obras de la gracia que en las de la naturaleza. Pues bien, no se encuentra en las obras de la naturaleza un solo principio activo que no vaya acompañado de los medios necesarios para el cumplimiento de los actos que le son propios. Así, siempre que Dios crea un sér cualquiera, lo provee de los medios necesarios para cumplir aquello á que es destinado. Pero es una verdad, que la caridad, predisponiendo al hombre á su últimó fin, es el principio de todas las buenas obras que á él conducen. Es necesario, pues, que sean infundidas juntamente con la caridad, y que de la caridad salgan todas las virtudes necesarias al hombre para cumplir sus deberes no solamente con Dios, sino tambien con la criatura. (2)

Siendo las cuatro virtudes morales como el quicio sobre

1. Et primo quidem, quantum ad intellectum adduntur homini quaedam principia supernaturalia; quae divino lumine capiuntur, et haec sunt credibilia, de quibus est *fides* Secundo vero est voluntas quae ordinatur illum finem et quantum ad motum intentionis in ipsum tendentem, sicut in id quod est possibile consequi, quod pertinet et ad *spem* Et quantum ad unionem quandam spiritualem? per quam quodammodo transformatur in illum finem quod fit per *charitatem. id*, *id.*, art. 3.

2. *Vigier*, *Instit.*, &., c. XIII.

que *giran* las relaciones del hombre con todo lo que no es Dios, han recibido el nombre de virtudes *cardinales.* (1) Y esto con razon; pues por ellas están animados, dirigidos, informados sobrenaturalmente nuestros pensamientos, nuestras afecciones y nuestros actos en el órden doméstico y en el órden social. La primera es la prudencia. Esta madre de las virtudes morales á las que dirige, como una madre dirige á su hijas, se define: *Una virtud que en todas las cosas nos hace conocer y hacer lo que es honesto y huir de lo deshonesto.* (2) Esta definicion, admitida igualmente por la filosofía y por la teología, muestra que sin la prudencia no hay virtud moral.

"En efecto, dice Santo Tomás, vivir bien es obrar bien. No basta conocer lo que debe hacerse; es menester conocer tambien la manera de hacerlo. Esto supone la eleccion discreta de los medios. A su vez esta eleccion, refiriéndose al fin que se quiere conseguir, supone un fin honesto y los medios convenientes de llegar á él; cosas todas que pertenecen á la prudencia. Si faltan, ya no hay virtud. La precipitacion, la ignorancia, la pasion, el capricho, vienen á ser el móvil de las acciones; la virtud misma se convertirá en vicio. Sin la prudencia, pues, no hay virtud posible. (3)

1. Loco naturalium principiorum conferentur nobis á Deo virtutes theologicae quibus ordinamur ad finem supernaturalem Secundum quandam inchoationem quantum scilicet ad ipsum Deum immediate: unde oportet quod per alias virtutes infusas perficiatur anima circa alias res; in ordine tamen ad Deum. *S. Th.*, l. 2, p. 63 art. 3.

2 Prudentia recta agendorum ratio, seu virtus, qua in quovis occurrente negotio, noscimus quid honestum sit, quid turpe; seu quid agendum, ut honestum, et quid fugiendum, ut inhonestum. *Ferraris. Biblioteh.*, art. *Virtus*, n. 97.

3. Unde virtus moralis sine prudentia esse non potest, l. 2, q. 58, art. 4; et q. 57, art. 5 —Tolle discretionem, et virtus vitium erit. *S Bernard., serm.* 40 *super Cant.*

Saquemos de aquí, cuán regio regalo hace el Espíritu Santo al alma dándole la prudencia en el Bautismo y desarrollándola en la Confirmacion. Aprendamos tambien la necesidad contínua que tenemos de esta virtud, que se aplica á todo. Distínguese la prudencia en personal, que enseña á cada cual la manera de cumplir con sus deberes para consigo mismo, para con su alma y su cuerpo; en *doméstica*, que enseña al padre á dirigir su familia; en *política*, que enseña á los reyes á gobernar los pueblos de modo que los guien al fin para que Dios los crió; en *legislativa*, á la cual deben los legisladores el poder hacer leyes equitativas y reglamentos saludables.

La prudencia, hija de la gracia y enemiga de la prudencia de la carne, de la astucia, de la mentira, del fraude y de la demasiada solicitud de las cosas temporales, es gloria exclusiva de los habitantes de la Ciudad del bien. Ella los hace felices; y si el mundo actual marcha de revolucion en revolucion, si todo en él es descontento, instabilidad, fiebre de oro y de placeres, debe atribuirse á la pérdida de la prudencia cristiana y al reinado de la prudencia satánica.

La segunda virtud moral que brota de la gracia, como el fruto brota del árbol, y llega á su madurez con el sol de la Confirmacion, es la justicia. *La justicia es una virtud que hace dar á cada uno lo que es suyo.* (1) La justicia sobrenatural, ilustrada por la prudencia, respeta ante todo los derechos de Dios. Dios, propietario incomutable de todo, tiene derecho á todo y sobre todo; por consiguiente, tiene derecho al culto interior y exterior del hombre y de la sociedad. Aquí la justicia se manifiesta en la virtud de la

1. Justitia est constans et perpetua voluntas jus sum unicuique tribuendi. *Communis apud Theol.*

religion, que comprende la adoracion, la oracion, el sacrificio, el voto y el cumplimiento fiel de los preceptos relativos al culto directo del Criador.

La justicia respeta los derechos del prójimo, rico ó pobre, débil ó fuerte, inferior ó superior. El mundo le es deudor de que acabara la explotacion del hombre por el hombre, el infanticidio, la esclavitud, el despotismo brutal, que pesó sobre todos los pueblos ántes de la redencion, y pesa todavía sobre todas las naciones que no han recibido los beneficios del Evangelio. Enseña tambien al hombre á que se respete a sí mismo, su alma con sus derechos, su cuerpo con los suyos, su vida, su muerte y hasta su tumba. Enséñale, en fin, á respetar las criaturas, gobernándolas con equidad, es decir, en conformidad con su fin; con espíritu de dependencia, como bienes ajenos; con temor, como quien ha de dar cuenta del uso que de ellos haga. ¡Oh! Imaginad lo que seria el mundo bajo el imperio de la justicia sobrenatural!

La tercera virtud sobrenatural es la fortaleza. Sin ella, la prudencia y la justicia serian letra muerta; pues no basta conocer el bien, ni siquiera quererlo; es necesario tener valor para ponerlo por obra. Este valor es hijo de la fortaleza. *La fortaleza es una virtud que tiene al alma en equilibrio entre la audacia y el temor.* El audaz peca por exceso, el meticuloso por defecto, el fuerte ocupa un medio entre ambos (1). La fortaleza tiene dos oficios, activo y pasivo: con el primero, arrostra los peligros por cumplir con el deber; con el segundo opone la paciencia á la adversidad.

Son hijas de la fortaleza la magnanimidad, la confianza,

1. Fortitudo est mediocritas inter audaciam et timorem constituta. *Apud. Ferraris.*, *Biblioth.*, etc., art. *Virtus*, n. 120.

la serenidad, la constancia, la perseverancia, la resignacion, la actividad. Toda esta familia, que es sobrenatural por la gracia, eleva el carácter del hombre á su más alto grado de nobleza, al mismo tiempo que en la vida privada y en la pública, engendra los hechos admirables que sin cesar se admiran desde que el Espíritu Santo, derramado por el mundo, los ha hecho tan comunes. ¿Habrá necesidad de decir, que por razon de las circunstancias presentes, la fortaleza debe ser la gran virtud de los cristianos? Fortaleza para contraponer el número, la grandeza y la santidad de sus obras á las iniquidades del mundo; fortaleza heróica para resistir á los ataques excepcionales que se les dirigen; fortaleza para sufrir los ultrajes inauditos que se prodigan á todo lo más sagrado y más querido que tienen.

La cuarta virtud cardinal es la templanza, que es *una virtud que regula el comer y el beber, reprime la concupiscencia y modera los placeres de los sentidos* (1). La templanza, igualmente que sus tres hermanas, es madre de noble y numerosa familia. La sobriedad, la abstinencia, la castidad, la continencia, la virginidad, el pudor, la modestia, la clemencia, la humildad y la amabilidad son hijas suyas. Téngalas un hombre, y ese hombre será el tipo de la belleza moral, la personificacion del órden.

Ilustrada el alma por la prudencia, regida por la justicia sostenida por la fortaleza, impera sobre el cuerpo, y sus mandatos exactamente ejecutados apartan todo lo que degrada á la naturaleza humana. Lejos del hombre temperante la glotonería, la embriaguez, la crápula, la impureza,

1. Temperantia est virtus refrenans ac moderans inordinatos appetitus et concupiscentias, ac voluptates corporis, quibus praesertim gustus et tactus afficitur circa sculenta, poculenta et venerea. *Ferraris., ubi. supra*, n. 130.

la loca prodigalidad, el ruinoso lujo, los placeres seductores, en una palabra, la vergonzosa esclavitud del espíritu bajo el despotismo de la carne.

Tal es la cuarta vittud, á que el Espíritu Santo comunica nueva energía en la *Confirmacion*. Dígase ahora si la templanza, en todas sus aplicaciones, es una virtud necesaria al cristiano moderno condenado á vivir en medio de un mundo, esclavo todo él de la intemperancia.

Aunque en muchos casos es muy difícil distinguir entre lo natural y lo sobrenatural, entre la razon y la gracia, ese doble motor de los actos humanos, como dice Santo Tomás; sin embargo, hay distincion real, admitida constantemente por la teología católica y fundada en el principio incontestable de las dos vidas que tiene el cristiano. Vida puramente natural, como criatura destinada á un fin natural, y provista de los medios de conseguirlo. Vida sobrenatural, como hijo adoptivo de Dios, destinado á un fin sobrenatural y provisto de los medios de conseguirlo; vida sobrenatural, imperiosamente obligatoria para todos los hombres en el órden actual de la Providencia.

De aquí resulta, que la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, son tambien virtudes naturales infusas, pero hay gran diferencia entre estas y la prudencia, justicia, fortaleza y templanza sobrenaturales. Diferencia en cuanto á su principio: las *primeras proceden de la razon*; las segundas de la gracia. Diferencia en cuanto al fin: las primeras nos ponen en relaciones naturales y puramente humanas con su objeto; las segundas en relaciones sobrenaturales y divinas. Diferencia en cuanto á la eficacia: las primeras son inútiles para la salvacion; las segundas nos conducen á ella. Diferencia en cuanto á su dignidad: las primeras se dirigen por las luces de la razon: las segundas por las luces del Espíritu Santo: las primeras hacen el hom-

bre honrado; las segundas hacen el cristiano. Pues entre el hombre honrado y el cristiano hay la misma diferencia, que entre el insecto que se arrastra por el polvo y el ave que vuela por el espacio.

Un solo rasgo nos lo dará á entender. La templanza natural ó filosófica, por ejemplo, se limita á reprimir la concupiscencia en la comida y la bebida, de modo que se eviten todos los excesos capaces de perjudicar á la salud y perturbar la razon; es como la infancia de la virtud. La templanza sobrenatural va más lejos. Lleva al hombre á castigar su cuerpo y reducirlo á servidumbre por la abstinencia en el comer, en el beber y en todo lo que puede alhagar los sentidos. Es la verdad de la virtud, la consolidacion del órden por la subordinacion completa de la carne al espíritu y del espíritu á Dios. Lo mismo pasa con las demás virtudes (1).

Conocemos la diferencia entre las virtudes naturales, y las sobrenaturales. ¿Pero en qué se diferencian estas últimas de los dones del Espíritu Santo? Esta cuestion es sin disputa una de las más importantes que debemos tratar. Resuelta con claridad, arroja gran luz sobre la naturaleza de las operaciones sucesivas con que el Espíritu Santo desarrolla en nosotros el ser divino; mientras el encadenamiento que las une sin confundirlas hace resaltar brillantemente la accion necesaria de cada una. Consagraremos los capítulos siguientes á estudiar este maravilloso trabajo cuyo conocimiento pondrá en nuestros lábios la exclamacion del profeta: "Admirable es Dios en sus santos y sanso en todas sus obras (2)."

1. *S. Th.*, l. 2, q. 63, art. 4.
2. *Ps*- 67. 68.

CAPITULO XXV.

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Definicion.—Explicacion detallada de cada palabra. —Lo que hay de comun ó distinto entre las virtudes y los dones.—Funcion propia de los dones del Espíritu Santo.—Son necesarios para la salvacion.—Necesarios como principios generales del movimiento sobrenatural.—Necesarios como elementos de luz, de fortaleza y de defensa.—Todos son necesarios y con igual necesidad.

La quinta maravilla de la Confirmacion es el desarrollo de los dones del Espíritu Santo. Decimos el desarrollo, atendiendo á que, por la virtud del santo Bautismo todos los dones del Espíritu Santo con el Espíritu Santo mismo, residen ya en el cristiano que conserva fielmente la gracia, al modo que todos los elementos de la vida natural se encuentran en el niño cuando todavía está en la cuna. Por la confirmacion los dones del Espíritu Santo participan del desarrollo general, impreso á la vida divina por este sacramento que con tanta propiedad se llama sacramento de la fuerza. Para dar una idea más exacta de estas nuevas riquezas de la gracia, se necesita ante todo responder á varias cuestiones de interés fundamental.

¿Qué debemos entender por dones del Espíritu Santo? ¿Qué tienen de comun los dones con las virtudes? ¿En qué se distinguen? Las virtudes y los dones ¿se dirigen al mismo fin? ¿Cuál es el objeto especial de los dones¿ ¿Son tan tan necesarios como las virtudes? ¿Lo son todos?

La respuesta resultará de la definicion detallada de los

dones del Espíritn Santo en general y de cada uno en particular.

Segun Santo Tomás: *Los dones del Espíritu Santo son hábitos sobrenaturales que nos disponen á obedecer prontamente al Espíritu Santo* (1). Cada una de estas palabras reclama su explicacion, como que encierra un tesoro de luz.

Dones. Para caracterizar las gracias de que aquí se trata, la lengua católica los llama dones del Espíritu Santo, es decir, favores, por excelencia, de la tercera persona de la Santísima Trinidad. ¿Y qué? Las brillantes cualidades de los ángeles y de los hombres, las magnificencias de la tierra y de los cielos ¿no son todas ellas, sin excepcion, beneficios del Espíritu Santo? Seguramente. "No hay, dice San Basilio, criatura alguna visible ó invisible, que no deba al Espíritu Santo lo que tiene." Y San Cirilo de Jerusalen: "El Espíritu Santo es el maestro director y santificador universal: todos necesitan de El, Elías é Isaías entre los hombres, Gabriel y Miguel entre los ángeles. (2)

Y sin embargo, ninguno de esos favores se llama don del Espíritu Sauto. ¿Qué significa esto, sino que los dones del Espíritu Santo aventajan en excelencia á todas las maravillas creadas humanas y angélicas; visibles é invisibles, á todas las virtudes naturales infusas ó adquiridas y á to-

1. Dona Spiritus Sancti sunt quidam habitus quibus homo perficitur ad prompte obediendum Spiritui Sancto. 1. 2, q 68, art. 3.—Dona sunt quædam hominis perf ctiones, quibus homo disponitur ad hoc quod bene sequatur instinctum divinum. *Ibid.*, art. 2.—Desarrollando un poco esta difinicion, puede decirse: Los dones del Espíritu Santo son habitudes ó inclinaciones inherentes al alma, distintas de las virtudes sobrenaturales infusas, necesarias para hacer el bien é inseparables unas de otras.

2. *Catech.*

das las virtudes morales sobrenaturales? Pertenecen, pues, en el grado más elevado, á un órden de riqueza cuya menor parte vale más que el universo entero. (1)

Expliquemos este misterio. El don de Dios por excelencia, el don, principio de todos los dones, es el mismo Espíritu Santo. Por eso se llama don de Dios; *Donum Dei.* El cual, una vez comunicado personalmente al hombre, se derrama y distribuye á todas las potencias del alma, como la sangre por todas las venas del cuerpo. Las anima y diviniza y se hace principio genenerador de una vida tan superior á la natural, cuanto el cielo se eleva sobre la tierra; pues si la vida natural nos es comun con los animales, los paganos y los pecadores, la sobrenatural que debemos al Espíritu Santo, nos asemeja á los santos, á los ángeles y á Dios.

¿Quién podrá medir la extension de este beneficio? Dar la vida natural á un ángel y á millones de ángeles, á un hombre y á millones de hombres, á un sér cualquiera y á millones de séres; volver la vista á un ciego y á millones de ciegos, el oido á un sordo y á millones de sordos, el movimiento á un paralítico y á millones de paralíticos, son sin duda beneficios, inmensos beneficios.

Pero recoger de entre la basura en que se arrastra á este gusanillo que se llama hombre, y despues comunicarle la vida misma de Dios á ese sér—nada, y llenar su entendimiento de luces divinas, y su corazon de sentimientos divinos y su voluntad de fuerzas sobrehumanas para hacer el bien y vencer al mal, he ahí otros beneficios, y beneficios muy superiores á los primeros.

Sin embargo, imprimir á estos elementos de vida divina, á estas fuerzas sobrenaturales un impulso potente y

1. Bonum gratiæ unius majus est, quam bonum naturæ totius universi *S. Th.*, 1. 2, q. 113, art. 9.

sostenido que, durante una larga série de años y de combates, les haga producir actos perfectos de todas las virtudes, tales que el mismo Dios pueda presentar á las gerarquías celestiales el cristiano que los hace y decirles con cierta especie de orgullo: Este es mi hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias; ¿no es este el beneficio de los beneficios, el don que corona todos los dones? Al describirlo, acabamos de describir los dones del Espíritu Santo y su excelencia incomparable. Son más que la vida natural, más que la vida sobrenatural, más que las grandes virtudes de prudencia, de justicia, fortaleza y templanza sobrenatural; son sus motores divinos. (1)

Dones *del Espíritu Santo*, y no del Padre ó del Hijo. Los dones, maravillas de la caridad, no pueden atribuirse sino al Espíritu Santo que es la caridad misma de Dios, el amor consustancial, el amor en persona, eternamente vivo y eternamente infinito. A la manera que en la naturaleza física no hay más que un sol, principio del calor y de la vida; así en el mundo moral no hay más que un principio santificador, el Espíritu Santo. Los dones, que son medios superiores de santificacion; vienen de El y nos conducen á El. Pues bien, santificar es unir. Si analizando los designios de Dios, los reducís á su más sencilla expresion, encontrareis un fin único, traer todas las cosas á la unidad.

Por una parte, siendo Dios uno y únicamente bueno, no puede tener en sus obras otro fin que la unidad y la unidad beatificante. Por otra parte, el hombre compuesto de dos naturalezas, es la soldadura del mundo espiritual y el material. Uniendo Dios al hombre á Sí mismo con union so-

1. *S. Th.*, l. 2, q. 68, art. 4; et art. 8.

brenatural, lo santifica, porque lo une de la manera más íntima á la santidad por esencia. Al mismo tiempo santifica la universidad de sus obras y vuelve á ser todo en todas las cosas. Así se restablece con nueva gloria la unidad primitiva, rota por la rebelion del ángel y por la desobediencia del hombre. *Que sean uno como nosotros somos uno.* Esta palabra de profundidad infinita, resume en sus causas, medios y fin, la encarnacion del Hijo, la mision del Espíritu Santo, todas las ricas combinaciones del plan divino, en el órden sobrenatural y en el natural, en el mundo de los ángeles y en el de los hombres, en el tiempo lo mismo que en la eternidad. (1)

Añádase en la definicion, que los dones del Espíritu Santo son habituales, es decir, cualidades ó inclinaciones inherentes al alma. Si algo puede realzar todavía á nuestros ojos el precio de estos dones divinos, es saber que no son ni gracia pasajera, ni movimientos transitorios y de circunstancias, sino hábitos, esto es, cualidades permanentas, que siendo inseparables del Espíritu Santo, están en el alma todo el tiempo que el Espíritu Santo reside en ella; y reside en ella mientras no tiene que salirse por causa del pecado mortal.

Esta verdad consoladora nos está infaliblemente asegurada. Hablando el Verbo encarnado á sus hermanos de todos los lugares y de todos los siglos, les decia: "Si me amais, guardad mis mandamientos; y el Espíritu Santo permanecerá en vosotros y será en vosotros (2)." Mas el Espíritu Santo no está en el hombre sin sus dones; sino que está con

1. Ad consummationem sanctorum, in ædificationem corporis Christi *Eph.*, IV, 12.—Donec ocurramus omnes in unitatem fidei, et agnitionem Filii Dei, in virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Chisti *Ibid.*, 13.

2. Apud vos manebit et in vobis erit. *Joan.*, XIV, 15-17.

todos ellos, y si no, no está; semejante al sol, que no puede estár en ninguna parte sin su luz, su calor y sus principios de fecundidad (1)." ¡Poseer los dones del Espíritu Santo y con ellos todo lo que hay de más rico en los tesoros de la gracia, qué felicidad y qué gloria! ¡Perderlos, que vergüenza y qué desdicha! ¿Dónde se encontrará un motivo más poderoso para que guardemos á toda costa la gracia santificante; y si hemos tenido la infelicidad de perderla, la recobremos prontamente, cueste lo que costare de ezfuerzos y de lágrimas.

Sobrenaturales, por consiguiente, *que nos perfeccionan*. Todo lo que es divino, perfecciona á lo que no es tal. Siendo divinos los dones del Espíritu Santo; perfeccionan al alma y todas sus potencias. Pero, qué género de perfeccion les comunican? Igualmente que los dones, las virtudes teologales y las cardinales son tambien hábitos permanentes, que nos vienen del Espíritu Santo y perfeccionan al hombre. Por esto, no hay diferencia alguna, en cuanto al orígen y al fin; entre los dones y las virtudes sobrenaturales, como no la hay entre las hojas, las flores y los frutos, considerados en el árbol que los produce, en la savia que los nutre y en el calor que los madura. Pero á la manera que se diferencian en sus funciones las hojas, las flores y los frutos, diferéncianse tambien los dones y las virtudes. Resta decir en qué consiste esta diferencia.

Las virtudes sobrenaturales, fé, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, son fuerzas divinas comunicadas al alma para obrar el bien sobrenatural. El

1. Spiritus autem sanctus non est int hominibus absque donis ejus. Ergo dona ejus manent in hominibus. Ergo non solum sunt actus vel passiones; sed etiam habitus permanentes. *S. Th.*, 1. 2, q. 68, art. 3.

don es el impulso que pone estas fuerzas en movimiento. Este es el modo con que nos perfecciona, y por consiguiente esta es la diferencia que lo distingue de las virtudes. Este punto de la doctrina es capital. Oigamos ahora á Santo Tomás: "Para comprender bien la distincion que existe entre los dones y las virtudes, debemos referirnos al lenguaje de la Escritura, que designa los dones del Espíritu Santo, no con el nombre de dones, sino con el de *Espíritus. Sobre El reposará*, dice Isaías, el *Espíritu de sabiduría y de inteligencia*, etc. Estas palabras dan á entender claramente que los siete dones del Espíritu Santo están en nosotros por efecto de una inspiracion divina, ó mejor, son el soplo mismo del Espíritu Santo en nosotros. Pues inspiracion quiere decir impulso venido de fuera. (1)

"Rica el alma de virtudes sobrenaturales, necesita de un motor que las ponga en accion. Y como las fuerzas sobrenaturales no pueden ser monvidas por un motor natural, resulta que el Espíritu Santo es el motor necesario de las fuerzas naturales depositadas en el alma por el Bautismo. Ahora bien, el Espíritu santificador se comunica por los siete dones. Y así, se llaman dones, no solamente porque se derraman en nosotros por el Espíritu Santo, sino tambien porque se ordenan á hacer al hombre pronto y fácil para obrar bajo la influencia divina. Síguese de ahí, que el don en cuanto se distingue de la virtud infusa, puede

1. Spiritus ergo in génere est incitatus animi motus, ímpetus et ardor inmissus vel a natura, et cupiditate, vel etiam á dæmone tumque dicitur furor et insana cupido; sic vocatur spiritus superbiæ, iræ, accediae, &.; vel á Deo, tumque dicitur Spiritus Domini, utque aliquando permanens, aliquando cito transiens, *Corn. á Lap.*, *In is.* XI, 2.

definirse: *Lo que Dios da para poner en movimiento la virtud infusa.* (1)

Una comparacion pondrá de manifiesto esta distincion fundamental. Lo que la savia es al árbol, son las virtudes infusas para el alma bautizada. Para que un árbol crezca y dé fruto, se necesita que la savia sea puesta en movimiento por el calor del sol, á fin de que circule por todas las partes del árbol desde las raíces hasta la punta de las ramas. Lo mismo le pasa al cristiano. Posee por el bautismo la savia de las virtudes sobrenaturales; pero si ha de crecer y dar frutos, es menester que esta savia divina sea puesta en movimiento y circule por todas las potencias de su sér.

¿Cuál es el sol, cuyo vivo calor puede únicamente poner en movimiento esta savia preciosa? Ya lo hemos dicho: el Espíritu de los siete dones. Ahora, la cuestion de la superioridad de los dones sobre la virtudes ó de estas sobre aquellos, se explica por sí misma. Los dones son inferiores á las virtudes teologales. En efecto, estas virtudes unen el alma á Dios, en tanto que los dones no

1. Ad distinguendum dona á virtutibus debemus sequi modum loquendi Scripturae, in qua nobis traduntur, non quidem sub nomine donorum, sed magis sub nomini Spirituum. Sic enim dicitur (*Is.*, XXI,): *Requiescet super eum Spiritus sapientiæ et intellectus*, &. Ex quibus verbis manifeste datur intelligi, quod ista septem enumerantur ibi secundum quod sunt in nobis ab inspiratione divina. Inspiratio autem significat quamdam motionem ab exteriori.., vocantur dona non solum quia infunduntur á Deo, sed quia secundum ea homo disponitur ut efficiatur prompte mobilis ab inspiratione divina... Donum prout distinguitur á virtute infusa potest dici id quod datur á Deo in ordine ad motionem ipsius... dona sunt quædam hominis perfectiones, quibus homo disponitur ad hoc quod bene sequatur instinctum divinum... Dona autem Spiritus Sancti sunt quibus omnes vires animæ disponuntur ad hoc quod subdantur motioni divinæ. 1. '2, q. 68, art. 1; *Id*, art. 2, et 3

hacen más que moverla hácia El. Pero los dones son superiores á las virtudes morales, cuyo oficio es quitar los obstáculos que nos alejan de Dios, mientras los dones nos dirigen verdaderamente y nos mueven hácia El. (1)

La definicion termina diciendo: *Que nos disponen á obedecer con prontitud al Espíritu Santo.* La ignorancia ó el conocimiento imperfecto del bien, la pensantez natural, los lazos de las afecciones terrenas, á veces el temor de la pena, los respetos humanos, la disipacion del Espíritu, la flaqueza del corazon, el extravío de la voluntad y otros mil obstáculos, nos hacen sordos ó indóciles á las inspiraciones del Espíritu Santo. De aquí proviene una larga série de imperfecciones y debilidades, el sueño de las fuerzas divinas ocultas en el fondo del alma cual jugos latentes y escondidos en el seno de la tierra: cosas todas humillantes y culpables que pueblan la Iglesia de almas pequeñas, llenas de pensamientos pequeños, y caracterizan tristemente la vida y preparan angustias para la muerte.

Pero viene el Espíri-u Santo con sus dones. Es el fuego cuya brillante luz ilumina el entendimiento y cuyo calor enciende el corazon; es el viento fuerte del Cenáculo que rompe todas las resistencias; es la electricidad divina que circulando por todas las facultades del alma, las anima, las conmueve, las lanza hácia otro mundo más alto, y haciendo al cristiano superior á sí mismo lo precisa á trabajar en su perfeccion personal y en la salvacion de sus hermanos, no con lentitud, sino activamente: no de una manera superficial, sino sólidamente; no accidentalmente, sino con incansable constancia, A este impulso debe el mundo los

1. *S. Th.* 1. 2, q. 68, art. 4; et art. 8.

apóstoles, los mártires, los misioneros, los santos y santas de todas las condiciones; como le deberá tambien los nobles vencedores ó las nobles víctimas de los últimos tiempos.

Definir los dones del Espíritu Santo es hacer ver su necesidad, y acabamos de hacerlo. Insistamos, no obstante, en este *punto esencial y establezcamos con pruebas* directas la importante verdad de que los dones del Espíritu Santo son absolutamente necesarios para la salvacion.

Preciso es decir, que hoy más que nunca importa saber esto y por consiguiente enseñarlo, atento que las gentes no lo saben de modo alguno, y aún la mayor parte de los fieles tampoco lo saben bien. A esta ignorancia debe atribuirse el poco caso que se hace de los dones del Espíritu Santo la poca importancia que se reconoce en el sacramento de la Confirmacion y el poco cuidado que se pone en conservar sus frutos. Desconocido así el Espíritu de sabiduría y de vida, ¿qué tiene de extraño que el mundo actual camine hácia el abatimiento y la muerte?

Para hacer sensible la necesidad indispensable de los dones del Espíritu Santo, los Padres de la Iglesia emplean diversas comparaciones. A la del árbol, que ya hemos presentado, añaden las siguientes: "A la manera, dice San Agustin, que el ojo más sano no podrá ver, sino viene un rayo de luz á iluminarlo, así el hombre perfectamente justificado no puede cumplir los actos de la vida cristiana, sino es ayudado de la luz eterna de la justicia. (1)

San Basilio, á quien ya hemos citado, añade: "Se puede

1. Sicut oculus corporis plenisime sanus, nisi candore lucis adjutus non potest cernere; sic et homo perfectissime etiam justificatus, nisi æterna luce justitiae divinitus adjuvetur, recte non potest vivere. Vid. *Lib. de natura et gratia.*

comparar el hombre á un navío, el cual por muy bien construido que se le suponponga, y con toda su dotacion de aparejos y marinería, no puede marchar si el viento no le ayuda. Lo mismo le pasa al hombre. Aunque posea en alto grado la gracia santificante y todas las virtudes infusas no puede hacer un solo acto sobrenatural, ni siquiera pronunciar el nombre de Jesus, sin la mocion del Espíritu Santo." Pues la mocion del Espíritu Santo es el efecto de sus dones; y así lo que el viento es para el navío, son los dones del Espíritu Santo para el alma.

Resumiendo la doctrina de los Padres, da Santo Tomás la razon fundamental de esta necesidad, y dice: "De dos modos perfecciona Dios la razon del hombre: con perfeccion natural, que es por la luz natural de la razon; y con cierta perfeccion sobrenatural, por las virtudes teológicas. Y aunque esta segunda perfeccion es mayor que la primera, sin embargo, la primera la tiene el hombre de un modo más perfecto que la segunda; pues la primera la tiene como en plena posesion, y la segunda en posesion imperfecta, porque solo imperfectamente amamos y conocemos á Dios. Mas es cosa manifiesta, que quien tiene perfectamente alguna naturaleza ó forma virtud, puede obrar por sí mismo en conformidad á ella, sin excluir la accion de Dios que obra interiormente en toda naturaleza y voluntad. Pero quien tiene imperfectamente alguna naturaleza, ó forma ó virtud, no puede obrar por sí, si no es movido por otro. (1).

"Así el sol, que es perfectamente lúcido, puede iluminar

1. Es un axioma de las ciencias físicas lo mismo que de las morales, que el agente secundario no puede obrar sino por virtud del primario: nullum agens secundum agit, nisi virtuti primi.

por sí; mas la luna, en quien la naturaleza de la luz reside imperfectamente, no ilumina, como ella no sea iluminada. Así tambien el médico que conoce perfectamente el arte de curar, puede ejercer por sí mismo; mas su discípulo, que no está bien instruido todavía, no puede ejercer sin que lo instruya el maestro. Así, pues, en cuanto á aquellas cosas que caen bajo el dominio de la razon, es á saber, en órden al fin conatural al hombre, puede este obrar por el juicio de la razon; y si en esto le ayuda tambien Dios por inspiracion especial, será efecto de la superabundante bondad divina.

"Pero en órden al fin último sobrenatural, al cual nos induce la razon en cuanto es informada de algun modo é imperfectamente por las virtudes teologales, en esto no basta la mocion de la razon, como no se añada la inspiracion y mocion del Espíritu Santo, conforme á aquello de San Pablo: *Todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios.* Y lo que dice el salmista: *Vuestro Espíritu bueno me conducirá á la tierra de los justos.* A saber, por cuanto ninguno puede llegar á heredar aquella tierra de los bienaventurados, si no es movido y guiado por el Espíritu Santo. Por tanto, para conseguir aquel fin, es necesario al hombre tener el don del Espíritu Santo (1)."

Toda esta bella y profunda doctrina del Angel de las escuelas, debe resumirse así: "Por las virtudes teológicas y morales el hombre no se perfecciona tanto en lo relativo á

1. Sic igitur quantum ad ea quae subsunt humanae rationi, in ordine scilicet ad finen connaturalem homini, homo potest operari per judicium rationis... sed in ordine ad finem ultimum supernaturalem, ad quem ratio movet, secundum quod est aliqualiter et imperfecte informata per virtutes theologicas, non sufficit ipsa motio rationis, nisi desuper adsit instinctus et motio Spiritus Sancti.... Et ideo ad illum finem assequendum, necessarium est homini habere donum Spiritus Sancti. 1, 2, q. 68. art. 2.

su fin último, que no necesite ser guiado por la mocion superior del Espíritu Santo (1)."

Lo dones del Espíritu Santo, necesarios como principios generales del movimiento sobrenatural, los son además por otros títulos particulares. Son necesarios para conocer el bien y para ponerlo por obra; son necesarios tambien para evitar el mal, de modo que son á un mismo tiempo *luz, fuerza y proteccion.* De donde se infiere, que seria un error considerarlos como nn soplo fecundo, como un simple impulso, sin virtud propia. Se les debe tener por otras tantas perfecciones activas y vivificantes añadidas á las virtudes y potencias del alma: *Dona sunt quoedam hominis perfectiones* (2).

Luz: son necesarios para conocer el bien. Por muy perfeccionada que esté la razon por las virtudes teologales y las demas virtudes infusas, no puede conocer todo lo que debe conocer, ni disipar todas las ilusiones de que puede ser víctima, ni todos los errores en que puede caer. Tiene necesidad de Aquel cuya ciencia es infinita, y que con su prescencia la libra de toda ilusion, de toda locura, de toda ignoráncia, de toda ineptitud para conocer y comprender. Este perfeccionamiento es necesariamente debido al Espíritu Santo y á sus dones. (3)

1. Per virtutes theologicas et morales non ita perficitur homo in ordine ad ultimum finem, quin semper indigeat moveri quodam superiori instictu Spiritus Sancti *S. Th., ubi supra.*

2. *Ibid.* art. 2.

3 Rationi humanæ non sunt omnia cognita neque omnia possibilia, sive accipiatur ut perfecta perfectione naturali, sive accipiatur ut perfecta theologicis virtutibus; unde non potest quantum ad omnia repellere stultitiam et alia hujusmodi... Sed ille cujus scientiæ et potestati omnia subsunt, sua motione ab omni stultitia et ignorantia et hebetudine et duritia et cæteris hujusmodi nos nos tutos reddit. Et ideo dona Spiritus Sancti, quæ faciunt nos bene sequentes instinctum ipsius, dicuntur contra hujusmodi defectus. *Id.*, art. 2.

Fuerza. Son necesarias para obrar el bien. La gracia santificante habitual no basta para hacernos obrar el bien, al modo que la sangre, principio de vida, no basta tampoco para hacernos vivir; es menester que sea puesta en circulacion. Pues bien, el don del Espíritu Santo es quien comunica á la gracia habitual el impulso que la pone en movimiento y la hace eficaz. En este sentido el don del Espíritu Santo es á la vez actual y habitual; como habitual permanece en el alma que está en gracia; como actual la inspira, la ayuda, la fortifica, la mueve, segun las necesidades del momento, sea á practicar el bien, sea á resistir, al mal. (1)

Proteccion. Nos defiende de nuestros enemigos. El don ó la operacion del Espíritu Santo no se limita á fortalecernos; tambien nos proteje. El hombre que está en gracia, lo necesita para que lo sostenga contra los asaltos del enemigo. Por esto debe decir constantemente: *No nos dejes caer en la tentacion.* Pero con la gracia santificante y los dones del Espíritu Santo, el cristiano es un sér perfecto. No solamente tiene la vida divina, sino tambien todos los medios necesarios para desarrollarla y todas las armas para defenderla. "Las virtudes y los dones, añade Santo Tomás, bastan para excluir los pecados y los vicios en cuanto al presente y á lo futuro, en el sentido de que impiden cometerlos. Pero en cuanto á los pecados pasados, que pasan como actos y permanecen como reato, el remedio lo tiene el hombre en los sacramentos." (2)

1. Operatio Spiritus Sancti quæ nos movet et protegit, non circumscribitur per effectum habitualis doni quod in nobis causat; sed præter hunc effectum, nos movet et protegit cum Patre et Filio.—Homo in grátia constitutus indiget divino auxilio ipsum dirigente et protegente contra tentationum impulsus. *S Th.*, 1. 2. q. 109, art. 2.

2. Per virtutis et dona excluduntur sufficienter vitia et peca-

Queda, pues, bien probado que los dones del Espíritu Santo, ya como principios del movimiento sobrenatural, ya como elementos de luz, de fuerza y de defensa, son tan necesarios para la salvacion, como el movimiento para la vida, el calor para la sávia, el viento para el barco y el vapor para la locomotora. Pero ¿son todos los dones igualmente necesarios ó en el mismo grado? Sin duda alguna.

"Entre los dones del Espíritu Santo, dice la teología católica, ocupa el primer lugar la sabiduría, y el último el temor. Pero ambos son necesarios para la salvacion; pues de la sabiduría está escrito: *A nadie ama Dios sino al que habita con la sabiduría;* y del temor se lee: *El que no tiene temor, no se podrá justificar*. Luego tambien los otros dones son medios necesarios para la salvacion: *Ergo etiam alia dona media sunt necessaria ad salutem.*" (1) Además, sin el Espíritu Santo es imposible la salvacion; pero el Espíritu Santo es inseparable de sus dones; ó está en el alma con todos ellos, ó totalmente no está. La consecuencia es que los siete dones del Espíritu Santo son todos igualmente necesarios para la salvacion: *Septem dona sunt necessaria ad salutem.* (2)

ta, quantum ad præsens et futurum, in quantum scilicet impeditur homo per virtutes et dona á pecando. Sed quantum ad præterita peccata quæ transeunt, actu et permanent reatu adhibetur homini remedium specialiter per sacramenta. *S. Th.* III p., q. 62, art. 2.

1. *S. Th.*, l. 2, q. 68, art. 2.
2. *Ibid.*, art. 2 et 3.

CAPITULO XXVI.

(CONTINUACION DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—Número de los dones del Espíritu Santo.—Inseparabilidad.—Perpetuidad.—Dignidad.—Orden de los dones en Nuestro Señor—Comienzan por la sabiduría y acaban por el temor.—*Razon de este órden.*—Manifestacion de cada uno de los dones del Espíritu Santo en la vida de Nuestro Señor.—En nosotros los dones comienzan por el temor y acaban por la sabiduría.—Razon de este órden.—Ley del mundo moral.—Necesidad de conocerla y seguirla.—Efectos generales de los dones del Espíritu Santo sobre el género humano.

Nunca se repetiria demasiado: sin los dones del Espíritu Santo el hombre está privado del movimiento sobrenatural; ni puede conocer convenientemente el bien, ni practicarlo, ni evitar el mal, ni abrir para sí las puertas del cielo. Pero ¿cuál es el número de esos dones, más preciosos que todo el oro del mundo, más necesarios mil veces que la vida natural? La Escritura nos da la respuesta. Hablando Isaías de Nuestro Señor, se expresa en estos términos: "Sobre Él reposará el Espíritu del Señor; Espíritu de sabiduría y de inteligencia; Espíritu de consejo y de fortaleza; Espíritu de ciencia y de piedad; y lo llenará el Espíritu de temor del Señor. (XI, 2). Lo que se cumplió en el Verbo encarnado, debe cumplirse en cada uno de sus hermanos. Todo cristiano recibe en el dia de su Bautismo los siete dones del Espíritu Santo.

¿Por qué estos dones divinos son siete, y no seis ú ocho? Recordemos que los dones del Espíritu Santo se ordenan á imprimir movimiento á las virtudes, las cuales son siete,

tres teologales y cuatro cardinales. Estas virtudes comprenden todas las fuerzas, virtudes y actos sobrenaturales, cuyo asiento son el entendimiento y la voluntad. Toca al entendimiento apoderarse de la verdad, alimentarse de ella y trasmitirla; toca á la voluntad amar la verdad y ponerla por obra.

Para conocer la verdad con un conocimiento útil, el entendimiento necesita de los dones de *inteligencia*, de *consejo*, de *sabiduría* y de *ciencia*. Los dones de *piedad*, de *fortaleza* y de *temor*, son los auxiliares indispensables de la voluntad en el amor y la práctica del bien. (1) De este modo los dones del Espíritu Santo alcanzan á todas las facultades del alma, á todas las virtudes intelectuales y morales, y las siguen en todos sus actos de cualquier naturaleza que sean. (2)

San Gregorio da la misma razon del número siete de los dones, bajo una figura llena de profunda verdad. "Dios, dice, crió el mundo y lo hizo perfecto en siete dias. El hombre, hecho á imágen de Dios, es tambien criador. A cada dia de su creacion espiritual corresponde un don del Espíritu Santo.

Todos juntos completan y perfeccionan los trabajos, así de la vida activa como de la contemplativa. (3) De donde se sigue que el número siete es el que conviene á los dones

1. Si (Spiritus) est in intellectu, tunc est Spiritus sapientiae, consilii, intellectus, scientiae; si est in voluntate, tunc est Spiritus pietatis, timoris vel fortitudines. *Corn. á Lap.*, *in Is.*, XI, 3.

2. Sic patet quod hæc dona extendunt se ad omnia, ad quae se extendunt virtutes tam intellectuales quam morales. *S. Th.*, 1. 2, q. 68, art. 4.

3. Sunt autem haec dona tantum septem, quia, sicut dicit Gregorius.... *Super Ezech.*, homil. II.—Per septenarium significatur universitas; ut sicut mundus septem diebus est perfectus, hic et minor mundus homo, septem donis Spiritus Sancti perficiatur &., *S. Bonav.*, *Opusc. de septem donis*, &.

del Espíritu Santo: un número mayor seria inútil, y menor seria insuficiente. En vista de esta precision maravillosa, ¿cómo es posible desconocer la sabiduría infinita, que en el órden moral, no ménos que en el físico, lo hace todo con número?

Esa divina sabiduría se revela con mayor esplendor cuando se considera, como lo haremos más adelante, que los siete dones del Espíritu Santo se oponen á los siete pecados capitales. Estos siete pecados, ó por mejor decir, estos siete *Espíritus* malos van contra las siete virtudes ó potencias del hombre, lo mismo que contra su entendimiento y voluntad, es decir, que atacan al hombre en todo su sér. Para luchar con éxito contra estas siete potencias infernales, nececitaba el hombre de siete fuerzas divinas, y las encuentra, ni más ni ménos, en los siete dones del Espíritu Santo.

Nuevo rasgo de sabiduría y de bondad; este brillante cortejo de perfecciones sobrenaturales, esta poderosa cohorte de auxiliares divinos, es indisoluble. Los dones del Espíritu Santo son inseparables unos de otros. "Ninguna virtud moral, dice el príncipe de la teología, puede existir en el hombre sin la prudencia. Todas se reunen en esta que las dirige conforme á las luces de la razon. Lo mismo pasa en el cristiano.

Todas sus virtudes, todas las fuerzas de su alma, son excitadas y regidas por los dones del Espíritu Santo. Mas el Espíritu Santo habita en nosotros por la caridad; por lo tanto, como las virtudes morales forman un solo haz unido con el lazo de la prudencia, así los dones del Espíritu Santo se encuentran juntamente enlazados en la caridad. El que tiene, pues, caridad, posee los siete dones del Espíritu

Santo; y el que la pierde, los pierde juntamente todos; pero al recobrar la gracia, los vuelve á recobrar." (1)

Esta es tambien, diremos de paso, la razon de que el número siete, se repita con tanta frecuencia en las penitencias canónicas y en las indulgencias concedidas por la Iglesia. (2)

Los dones del Espíritu Santo no solamente son inseparables; son además tan permanentes que sobreviven aún á la muerte. En el destierro son medios necesarios de santificacion; en la patria se convierten en manantiales de gloria y felicidad. "Los dones del Espíritu Santo, continúa Santo Tomás, pueden considerarse en su objeto actual ó en su esencia. En tanto que residen en el hombre viador, tienen por objeto las obras de la vida activa, es decir, la práctica de diferentes deberes de que depende la salvacion. En este concepto no permanecerán en el cielo; pues una vez conseguido el fin, los medios no tienen razon de ser.

"Otra cosa es, si se les considera en su esencia. En efecto, pertenece á su esencia perfeccionar el alma haciéndola dócil al divino impulso. En el cielo esta docilidad será completa: allí Dios será todo en todas las cosas, y el hombre estará perfectamente sometido á Dios. Y así, no solo subsistirán en el cielo los dones del Espíritu Santo, principios de esta docilidad, sino que serán incomparablemente más perfectos que por acá; brillarán en los elegidos con esplén-

1. l. 2, q. 58, art. 4; et q 68, art. 5.

2. Gratia ista septiformis, id est septem donorum, amittitur per quodlibet mortale peccatum. Et ideo statum fuit antiquitùs, ut procuolibet mortali pecato imponeretur poenitentia septennis. Praedicandum est scilicet. ut, sicut per peccatum abjicit á se septiformem gratiam Spiritus Sancti, ita per septenem poenitentiam satisfaciat et recuperet eam. *S. Ant.*, *Sum. theol.*, p. IV, tít. x, c. I.

dido fulgor, y serán la medida de su felicidad y su gloria (1)."

Este fulgor no será el mismo en cada uno de los dones; porque no todos tienen igual excelencia. Verdad es que todos son piedras preciosas que formarán la corona de los elegidos; pero en el cielo, lo mismo que en la tierra, no todas las piedras preciosas tienen igual precio ni el mismo brillo. El rubí, la esmeralda, el topacio, el diamante, tienen cada uno su hermosura específica y su brillo diferente. Nada es más fácil que probar que hay en los dones del Espíritu Santo cierta dignidad gerárquica que los distingue unos de otros.

Estos dones guardan correspondencia con las virtudes, es decir, que cada don tiene por objeto poner en movimiento una virtud particular y ennoblecerla haciéndole producir actos pronta, fácil y constantemente bajo el impulso del Espíritu Santo. Pero las virtudes se diferencian por su dignidad.. Dejando aparte las virtudes teologales, que son las primeras de todas, las intelectuales son tambien superiores á las morales; y entre las intelectuales, las contemplativas son preferibles á las activas.. La razon es, que las primeras perfeccionan la facultad más noble del hombre, que es la razon, mientras que las segundas perfeccionan la voluntad.

Entre los dones tiene que suceder necesariamente lo mismo; pues cuanto más noble sea la cosa que ha de moverse, más noble debe ser el motor; cuanto más perfecta sea la facultad que se ha de perfeccionar, más perfecto debe ser el principio que la perfeccione. "Así, en los dones, añade Santo Tomás, la sabiduría y la inteligencia, la ciencia y el consejo, se prefieren á la piedad, la fortaleza y el temor. Entre

1. 1, 2, q. 68, art. 6.

estas tres últimas, la piedad se prefiere á la fortaleza, y esta al temor; como tambien la justicia se antepone á la fortaleza, y la fortaleza á la templanza. Tal es la superioridad relativa de los dones tomados en sí mismos.

"Considerados en relacion con los actos, la fortaleza y el consejo son antes que la ciencia y la piedad; pues los dos primeros se ejercitan en los casos difíciles, y la piedad y aun la ciencia en los ordinarios. Se ve que la dignidad de los dones corresponde al órden en su enumeracion; en unos absolutamente, como la sabiduría y la inteligencia se prefieren á todos, en otros segun se aplican, como el consejo y la fortaleza se prefieren á veces á la ciencia y la piedad." (1)

¿Y con qué órden se enumeran los dones del Espíritu Santo? Pueden contarse de dos maneras: descendiendo, en cuyo caso se comienza por la sabiduría y se acaba por el temor; ó ascendiendo, y así el temor ocupa el primer lugar y la sabiduría el postrero. Cuando el Espíritu Santo derrama sus dones sobre Nuestro Señor, los nombra por el órden de dignidad; y cuando nos los infunde á nosotros, se citan por el órden de su necesidad. De Nuestro Señor se ha dicho: Sobre él reposará el Espíritu de *sabiduría*.... y lo llenará el Espíritu de *temor de Dios*. Pero de nosotros se lee: *El temor* es el principio de la *sabiduría*. ¿Cómo se explica esta inversion de la escala?

El Verbo encarnado es la sabiduría eterna, y el primer don comunicado al alma de Cristo es la sabiduría. Con esto ha querido significar el Espíritu Santo, que aquella humanidad santísima, no teniendo pecado ni imperfeccion, participa en primer término del atributo supremo de la persona divina, á que está hipostáticamente unida. El último don que nombra el Espíritu Santo, es el temor. El

1. *S. Th.*, l. 2, q. 68, art. 7.

temor reside principalmente en la parte inferior del alma, esto es, en el punto que pone á Nuestro Señor en contacto inmediato con nuestra pobre humanidad, y el Espiritu Santo ha querido enseñarnos que el temor es el primer grado de la escala que debe elevarnos hasta Dios, la Sabiduría infinita. Tal es el órden con que el Espiritu Santo se comunica al Dios-Hombre, que es la inocencia misma y el reparador de la inocencia.

Pero nosotros recibimos por el órden inverso los dones del Espíritu Santo; y se concibe (1). Cargado el hombre de miserias y de pecados, el primer sentimiento que debe experimentar es el temor. Por eso, el temor es el primer don que recibe y la sabiduría es el último á que llega. En el Verbo encarnado, el Espíritu Santo, para llegar hasta nosotros, desciende de la sabiduría al temor; y para volvernos á levantar á la altura de nuestro divino hermano primogénito, nos hace subir desde el temor á la sabiduría.

Si se quiere que el cristiano conozca el encadenamiento y la dignidad relativa de los dones del Espíritu Santo, debe seguirse este órden al explicarlos; pues es tanto más racional, cuanto que los dones del Espíritu Santo se oponen directamente á los pecados capitales. Pues bien, el orgullo es padre de todos los demás: *Initium omnis peccati est superbia*; por eso se explica el primero. Su remedio es el temor, como lo haremos ver; y así, por el temor debe comenzar la explicacion de los dones del Espíritu Santo.

Como es fácil de ver estos dos órdenes, ascendente el

1. Isaias incipit á summo dono scilicet sapientiae et descendit per media usque ad infimum, scilicet donum timoris Domini. Sed nos, inquit Gregorius (Moral., lib. XXII, c. XIV), qui á terrenis ad coelestia tendimus, eosdem gradus ascendendo numeramus, et incipiendo ab infimo scilicet timoris domini, usque ad donum sapidae sapientiae *S. Bonav.*, *ubi supra.*

uno y descendenre el otro, encierran grandes enseñanzas y bellas armonías. Ni las unas ni las otras se escaparon á la mirada penetrante de los Doctores de la Iglesia. "Los dones, dice San Agustin, nos revelan con el número siete al Espíritu Santo, que descendiendo sobre nosotros empieza por la sabiduría y acaba por el temor; en tanto que nosotros, para elevarnos á El, comenzamos por el temor y concluimos por la sabiduría. Pues el temor de Dios es el principio de la sabiduría (1)."

Y en otro lugar: "Cuando el profeta Isaías celebra los dones maravillosos del Espíritu Santo, parte de la sabiduría y llega al temor, como descendiendo desde lo más alto hasta nosotros para enseñarnos á subir, Parte del punto á donde comenzamos. *Descansará sobre él el Espíritu del Señor, el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de cieucia y de piedad, el Espíritu de temor del Señor.*

A la manera, pues, que el Verbo encarnado, no aminorándose, sino enseñándonos, desciende desde la sabiduría hasta el temor; así debemos nosotros elevarnos avanzando desde el temor hasta la sabiduría. El temor, en efecto, es el principio de la sabiduría: es aquel valle de los lamentos, que nombra el profeta cuando dice: *Dispuso las ascensiones en su corazon, en el fondo del valle de las lágrimas.*

"Este valle es la humildad. ¿Y quién es el humilde sino el que teme á Dios, y por este temor deja correr de su corazon las lágrimas de la confesion y la penitencia? Dios no desprecia un corazon contrito y humillado, No tema, pues,

1. Istae septem operationes commendant septenario numero Spiritum Sanctum, qui quasi descendes ad nos incipit á sapientia, et finit ad timorem; nos autem ascendentes incipimus á timore, perficimur in sapientia. Initium enim sapientiae timor Domini. *Serm.* 448, c, IV.

el hombre permanecer en el fondo del valle. En ese corazon contrito y humillado ha preparado Dios las ascenciones? En el corazon, dice el profeta, *in corde*, ¿De dónde se ha de subir? Del fondo del valle de los llantos. ¿A dónde hay que elevarse? Al lugar que Dios mismo ha preparado, *in locum quem disposuit*. ¿Qué lugar es este? La mansion del reposo y de la paz, en que habita radiante de luz, la Sabiduría inmortal.

"Así, para instruirnos, Isaías desciende por grados desde la sabiduría hasta el temor, es decir, desde la morada de la paz eterna hasta el fondo del valle de los llantos, llantos pasajeros como lo es el tiempo. Quiere enseñarnos, á nosotros pobres penitentes que gemimos y lloramos, que no nos quedemos en los gemidos y lágrimas, sino que nos elevemos desde este triste valle hasta la montaña espiritual, hasta la cima en que está edificada la Jerusalen santa, nuestra madre, donde gozaremos de una alegría sin mezcla y sin fin. Esta es la razon de colocarse en el primer lugar la sabiduría, que es la verdadera luz del alma, y en el segundo la inteligencia. Como si respondiera á los que le preguntasen, así: ¿De dónde hay que partir, para llegar á la sabiduría? De la inteligencia. ¿Y para llegar á la inteligencia? Del consejo. ¿Y para llegar al consejo? De la fortaleza. ¿Y para llegar á la fortaleza? De la ciencia. ¿Y para llegar á la ciencia? De la piedad. ¿Y para llegar á la piedad? Del temor. Luego desde el temor, á la sabiduría; del valle de los lamentos, al monte de la paz (1)."

1. Ergo ille cum præposuisset sapientiam, lumen scilicet mentis indeficiens, adjunxit intellectum: tanquam quærentibus unde ad sapientiam veniretur responderet: Ab intellectu; unde ad intellectum: A consilio; unde ad consilium: A fortitudine; unde ad fortitudinem: A scientia; unde ad scientiam: A pietate; unde ad pietatem: A timore. Ergo ad sapientiam á timore; quia initumi

Tomando ocasion el abad Ruperto del modo con que Isaías habla del don del temor cual se encuentra en Nuestro Señor, nos hace admirar la condescendencia profunda del Verbo encarnado, hecho el Salvador y preceptor del género humano. Estas son sus palabras: "Dice el profeta: *Y el Espíritu del temor del Señor lo llenará.* Es digno de notarse, que hablando de los seis primeros dones, Isaías dice constantemente: *Sobre El reposará el Espíritu del Señor, el Espíritu de sabiduría, el Espíritu de inteligencia*, y así de los demás. ¿Por qué al llegar al séptimo, cambia la palabra y dice: *el Espíritu de temor lo llenará?* Se comprende el misterio: Dios ha querido mostrar al universo este espectáculo asombroso, el Criador del hombre, el Dios de la eternidad descendiendo hasta el punto de que debe partir el hombre pecador para salir del abismo del vicio y librarse de las cadenas infernales del pecado.

"En efecto, el principio de la sabiduría es el temor del Señor: hasta esto ha descendido el Criador. *El Espíritu del temor de Dios lo llenará*, dice el profeta. Nada tiene de extraño que haya dicho: *Sobre El reposará el Espíritu de sabiduría y de inteligencia.* Estas magníficas cualidades convienen á la majestad de un Dios. Pero ¿cuál es el ángel ó el hombre que no se pasme al ver que el Señor desciende hasta el temor del Señor, que el soberano y temible dueño del cielo y de la tierra está lleno de temor, y no en parte, sino plenamente, en toda la extension que los hombres, inspirados por el Espíritu Santo, pudieron dar á la palabra plenitud (1)?"

---

sapientiæ timor Domini, A convalle plorationis usque ad montem pacis. *Serm.*, 247, c. III.

1. ¿Quis autem angelorum aut hominum non miretur Dominum, usque ad timorem Domini descendisse, Deum et Dominum cœlis ac terris timendum, timoratum factum esse, non partim sed

Tal es la misteriosa escala, que el Verbo, dirigido por el Espíritu Santo, ha recorrido descendiendo para llegar hasta nosotros, y que nosotros debemos subir para llegar hasta El. Detengámonos un instante á considerar este doble movimiento de ascenso y de descenso. Este estudio, interesante en sí mismo, tiene tres grandes ventajas. La primera, comprobar con hechos la enumeracion gerárquica de Isaías: la segunda, orientarnos en el ejercicio de los dones del Espíritu Santo: la tercera, poner en claro los efectos generales que los dones del Espíritu Santo producen en el género humano.

1° Comprobar la enumeracion gerárquica de Isaías. Indudablemente, la vida del Verbo hecho carne, es una manifestacion contínua del Espíritu que reposaba en El. Encuéntranse, no obstante, circunstancias en que brillan más espléndidamente cada uno de los dones del Espíritu septiforme en el mismo órden con que el profeta los enumera.

Entra Jesus en su vida pública, y el primer don que brilla en El, es la *sabiduría.* Apenas ha salido de las aguas del Jordan, el Espíritu lo guia al desierto. Allí ayuna cuarenta dias y cuarenta noches; permite al demonio que le venga á tentar, á fin de tener ocasion de vencerlo; rechaza sus ataques con palabras divinas admirablemente elegidas, y así da principio á todas las victorias que El y sus discípulos de todos los siglos y de todos los países, reportarán sobre el eterno tentador.

¿Dónde está el hombre cuya vida presente una sabiduría comparable á la suya?

Uno de sus primeros actos, al volver á presentarse entre

plenarie, et quantum verbo repletionis aut plenitudinis potuerunt homines, in eodem Spiritu Sancto loquentes, significare? *De Spir. Sanct.*, lib. I, c. xxv.

los hombres, es entrar en la sinagoga de Nazareth: allí se levanta para explicar los libros santos. Se pone en sus manos á Isaías; lo abre y le sale este pasaje: "El Espíritu del Señor sobre mí: por lo que me ha ungido, para dar buenas nuevas á los pobres me ha enviado, para sanar á los contritos de corazon, para anunciar á los cautivos redencion y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados, para publicar el año favorable del Señor y el dia del galardon." (1) Y cuando hubo cerrado el libro, añadió: *Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestras orejas.* Se ha cumplido; puesto que el profeta habla de milagros del órden moral, y vais á ver cómo en mí y por mí se obran todos estos milagros.

Hallar inmediatamente este pasaje de Isaías y dar su exacto sentido ¿no es el triunfo del don de inteligencia?

He aquí el don de consejo. Conociendo la incredulidad de sus oyentes, les hace entender que esos milagros no son para ellos. En verdad os digo, que muchas viudas habia en Israel en tiempo de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una grande hambre por toda la tierra: más á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino á una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo profeta; más ninguno de ellos fué limpiado, sino Naamán de Syria." (2)

Conocimiento claro y revelacion precisa de los decretos eternos acerca de los Judíos y de los gentiles, todo se encuentra en estas palabras que en boca de Jesus quieren decir: Judíos, con vuestro orgullo cerrareis sobre vuestras cabezas el cielo de la misericordia; toda la lluvia de gracias, caida sobre vosotros por el ministerio de Moisés y los profe-

1. *Luc.* IV, 17-19.
2. *Luc.* IV, 25-27.

tas, tomará su direccion hácia los gentiles; y vuestra lepra, de que no querreis sanar, será la curacion de la lepra de las naciones á quienes purificará y curará el Espíritu de los siete dones.

¿Puede brillar más claramente el don de *Consejo?*

No es más difícil encontrar el don de *Fortaleza.* Los Judíos, irritados con la prueba que acababa de darles del don de consejo, se apoderan del Verbo encarnado y lo conducen á la cima de la montaña sobre la cual estaba edificada su ciudad, á fin de precipitarlo desde lo alto, pero se les escapó de entre las manos y se alejó tranquilamente. Esto no era más que el preludio de los actos más brillantes del don de fortaleza.

Echar al fuerte armado de su ciudadela, romper las ligaduras de la muerte, resucitarse á sí mismo á la gloria, ¿qué es todo esto sino el *don de Fortaleza*, llevado á su más alto grado?

Cada uno de los pasos del Salvador en su vida pública está marcado por el don de *Ciencia.* ¿Qué digo? Se le ve resplandecer como rayo de luz divina en la oscuridad de su vida oculta. ¿Podríamos olvidar el asombro que produjeron en los ancianos doctores de la ley las cuestiones y respuestas de ese niño de doce años? Pero así como el sol brilla más, á medida que se eleva sobre el horizonte, del mismo modo, á medida que Jesus avanza en edad, se ve brillar en él el don de ciencia con nuevo resplandor. Sube á Jerusalen para la fiesta de los Tabernáculos. Enseña su doctrina ante la multitud reunida en el Templo. La admiracion estalla por todas las partes y se expresa de este modo: ¿Cómo sabe éste las Escrituras sin haberlas aprendido?

¿Puede proclamarse mejor el *don de Ciencia?*

El Verbo redentor, continuando en bajar las gradas de la

misteriosa escala, llega el don de *Piedad*. Nadie ignora lo que revelan las encantadoras parábolas del buen Samaritano; del padre de familias que convida á su festin á los pobres, á los enfermos, á los ciegos y á los cojos; las de la dracma y de las ovejas perdidas.

Más la parábola del hijo pródigo, ¿no es la obra perfecta é inimitable del *don de Piedad*?

Llegamos por fin al don de *Temor*. Este don, como quiera que señala al género humano el primer paso que debe dar, para elevarse hasta Dios, aparece el último y en los últimos momentos del divino Maestro. Es como la huella todavía caliente en la cual debe comenzar el hombre por sentar su pié.

Esta huella inefable queda impresa en el huerto de las Olivas. ¿No veis al Fuerte de Israel, acometido repentinamente de temor, de congoja y de tristeza, cayendo de rodillas y diciendo: Padre, que se aleje, si es posible, de mis lábios este cáliz? ¿No lo veis en los escalofríos de la agonía cubierto de un sudor de sangre, y reducido para no sucumbir á aceptar los auxilios de un ángel consolador?

Añadid al temor mortal la sumision más completa y más respetuosa á las órdenes paternales, y decid si el don de *Temor* se ha manifestado jamás con semejante perfeccion. (1)

2º Orientarnos en el ejercicio, ó en la práctica de los dones del Espíritu Santo. Conocemos los escalones por los que el Verbo divino ha descendido desde la cúspide de las colinas eternas hasta el fondo de este valle de lágrimas. ¿Cuáles son los que debemos subir nosotros, para verificar el movimiento contrario? Saber esto encierra para nosotros un interés capital. El Verbo ha salvado al hombre y creado un mundo nuevo por los dones del Espíritu Santo. (2)

1. Véase *Rupert. De Spir. Sanct.* lib. I, c. XXI.
2. *Luc.* IV, 17; *Hebr.*, IX, 14

Por estos mismos dones y únicamente por ellos es como el cristiano, pequeño mundo é imágen del Verbo, puede y debe salvarse y hacer de sí mismo un mundo nuevo. En su mano tiene los medios de un buen éxito. ¿Cómo ponerlos por obra? Ante sus ojos está la escala que tiene que subir. Seria una locura tener la pretension de elevarse del primer salto al último escalon. Es necesario comenzar por poner el pié en el más bajo. Hemos visto que el último escalon es el temor. En él nos aguarda el Salvador para tendernos la mano. El mismo Espíritu que lo hizo descender hasta él, comienza por elevarnos á nosotros hasta el mismo punto. Tal es su primera operacion.

Oigamos á San Bernardo: "Con razon, dice, es llamado el temor de Dios, principio de la sabiduría. En efecto, Dios comienza por darse á gustar al alma, cuando le enseña á temer y no á saber; porque temer es gustar: *Timor sapor est.* Pues bien, el gusto nos hace cuerdos, como la ciencia nos hace sábios. ¿Temeis la justicia y el poder de Dios? pues ya gustais lo que es Dios justo y poderoso. Sabiduría viene de sabor. He aquí por qué el temor, principio de la sabiduría, derrama en las profundidades del sér, un sabor múltiple que regenera toda la familia interior del alma, purifica su reino y lo pacifica y santifica." (1)

La afirmacion del gran místico es tanto más verdadera cuanto que el don de *Temor* no produce el temor servil sino el temor filial; temor respetuoso, resignado y confiado, semejante al del Hombre-Dios en el huerto de Gethsemaní.

El temor es, pues, el primer grado de nuestra ascencion hácia Dios, la primera condicion de nuestro rescate, la primera ley de nuestra regeneracion. La Iglesia que esto sabe

1. Serm. 23 *in Cantic.*

y no ignora ninguno de los secretos del órden moral, comienza siempre la salvacion de sus hijos por el temor. A sus ojos el trabajo de la regeneracion ó de la nueva creacion impuesto al hombre, se divide en tres períodos que ella llama vía purgativa, vía iluminativa y vía contemplativa, á cada una de las cuales corresponden ciertos dones del Espíritu Santo. El temor es el primer fundamento de la vía purgativa y la vía purgativa es el principio de la regeneracion.

Así, leed todos los autores ascéticos, que vienen á ser como los ingenieros de la guerra espiritual; no hallareis uno que en los planes de ataque y de defensa no proponga el temor como primer centro de operaciones. Escuchad á todos los predicadores de ejercicios espirituales y de misiones, á esos capitanes experimentados que hacen maniobrar todas las fuerzas espirituales contra los poderes enemigos de la salvacion; y vereis que no hay uno que no comience la batalla sin poner á la vanguardia las postrimerías del hombre, manantiales eternos de temor.

Intérpretes unos y otros del Espíritu Santo, no hacen más que aplicar la ley inmutable, que propone el temor como principio de la sabiduría. Por el órgano infalible del concilio de Trento, el Espíritu Santo describe la manera como él mismo obra la justificacion de los pecadores. Primeramente, se mueven por el temor de la justicia de Dios; de este temor pasan á la consideracion de la misericordia; esta consideracion los lleva á la confianza de que Dios los perdonará en vista de los méritos de su Hijo. Entónces comienzan á amarlo como fuente de toda justicia y á detestar sus pecados. (1)

Queda, pues, bien establecido, que por el don de temor

1. Sess. v, c. vi.

es como el hombre se pone en contacto con la sabiduría eterna y principia la obra de su nueva creacion. Esta creacion, obra perfecta de los siete dones del Espíritu Santo, estuvo, como todas las obras de la gracia, figurada en la creacion del mundo material. Como el primer dia de la semana primitiva llama al segundo, el segundo al tercero y así hasta el último; del mismo modo, el primer don del Espíritu Santo, puesto en práctica, conduce al segundo y este á todos los demás hasta llegar al séptimo que es la sabiduría y constituye el descanso perfecto. Llegado el hombre á este punto, puede decir como el mismo Dios, al contemplar su obra: Vió todo lo que habia hecho, y era muy bueno. (1) Como ya hemos explicado en otra parte el curso de este admirable trabajo, no volveremos á hablar de él.

3° Efectos generales de los dones del Espíritu Santo sobre el género humano. Los dones del Espíritu Santo hacen de Nuestro Señor Jesucristo un *Dios–Hombre* y del cristiano un Hombre–Dios. La primera cosa que los apóstoles, órganos del Espíritu Santo, predican á los representantes del género humano, reunidos en la plaza del Cenáculo, es la penitencia: *Pœnitentiam agite.* Pues bien, la penitencia es inseparable del don de temor. Por este don, la humanidad unida al Verbo encarnado no tarda en recibir de su plenitud, de la plenitud de su piedad, de la plenitud de su ciencia, de la plenitud de su fortaleza, de la plenitud de su consejo, de la plenitud de su entendimiento, de la plenitud de su sabiduría. Nosotros recibimos de ella segun la capacidad de nuestras almas y la medida de nuestra fide-

1. A timore usque ad sapientiam quæ septima est in donis et ultima, per gradus tenditur et pervenitur. Hæc sapientia ultima et summa est; quia hac habita animus placatus tranquillusque perfruitur et delectatur in ea. Ergo ultima est, in qua est consummatio. *S. Aug., De doctr. christ.*, c. VII.

lidad. En él está el manantial, en nosotros el arroyuelo; en él está el foco, en nosotros la chispa; en él está el Espíritu de los siete dones en toda su abundancia; en nosotros una parte de esta abundancia. He aquí por qué, advierte San Crisóstomo, no dijo el prefeta: *Doy mi Espíritu*, sino: *Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne.* (1)

Empero, ¡ved lo que produce en el mundo esta gota de gracia, esta chispa del Espíritu Santo! "Toda la tierra recibe su influencia y experimenta conmocion. Caida en un principio en la Palestina, gana el Egipto, la Fenicia, la Siria, la Cilicia, el Eufrates, la Mesopotamia, la Capadocia, la Galacia, la Escitia, la Tracia, la Grecia, la Galia, la Italia, toda la Libia, la Europa, el Asia y hasta el mismo Océano. ¿Qué necesidad hay de más largo discurso? Tanta tierra como el sol alumbra, otra tanta recorre esta gracia, y esta gracia y esta chispa del Espíritu Santo llenan de ciencia el mundo. Por ella se realizan los milagros y los pecados son perdonados.

Sin embargo, esta gracia extendida á tantas regiones no es más que una parte y una prenda del don por excelencia. *Ha depositado en nuestros corazones*, dice el Apóstol, *la prenda del Espíritu*, es decir, de su operacion, porque el Espíritu no se divide.

"¿Y qué diremos del manantial? *A uno es dado por el Espíritu el discurso de sabiduría; á otro el discurso de ciencia por el mismo Espíritu; á otro fé, á otro gracia de sanidades; á otro el don de milagros por el mismo Espíritu; á otro profecía; á otro discrecion de espíritus; á otro el don de lenguas.* La gracia que se recibe en el bautismo extiende todos estos dones á todas las naciones. Ved lo que hace una gota del Espíritu Santo. Que esto lo hace solamente una

1. Propterea non dixit, do Spiritum, sed effundam de Spiritu meo super omnem carnem. *Exposit.*, in Ps. 44, n. 2.

gota, el profeta lo declara diciendo: *Yo derramaré de mi Espíritu.* Ved, pues, cuán grande es la poderosa fecundidad de la gracia del Espíritu Santo, que, despues de tan largo tiempo, basta para el mundo entero, y que, no conociendo fronteras ni disminucion, colme al género humano de inefables riquezas, sin empobrecerse ella en lo más mínimo (1)."

Antes que el ilustre patriarca de Constantinopla, habia celebrado el gran Tertuliano la rápida deificacion del género humano por el Espíritu de los siete dones. Este milagro era para él una prueba irrefutable de la divinidad del Verbo hecho carne, de quien el mundo habia recibido el Espíritu regenerador. "Los apóstoles, dice en su magnífico lenguaje, fueron las bocinas del Espíritu Santo, y sus palabras resonaron en todos los ámbitos del universo. ¿A quién si no han creido las naciones del globo? A Cristo y solo á Cristo. Ante El se abren todas las ciudades, ante El se rompen todas las cerraduras y las puertas de bronce giran sobre sus goznes para darle entrada. Sin duda que estos milagros pertenecen al órden moral y necesario es entenderlos en el sentido de que los corazones de los habitantes de la tierra, asediados, cerrados, poseidos por el demonio, quedaron libres y abiertos por la fé de Cristo. A pesar de esto, son muy reales esos milagros; puesto que el pueblo cristiano habita hoy en todos los lugares. Ahora bien, ¿quién puede extender su reino al universo entero, si no es Cristo Hijo de Dios, anunciando como el que debia reinar eternamente sobre todas las naciones?

1. Haec autem omnia facit stilla Spiritus... Considera ergo quam sit omni ex parte sufficiens gratia Spiritus, quae universo orbi terrarum tanto tempore sufficit, et neque circumscribitur, nec consumitur, sed omne quidem implet opibus ut gratia: ipsa vere minime consumitur. *Chrysost., ubi, supra.*

"Reinó Salomon, pero en las fronteras de la Judea, desde Adan hasta Bersabé. Reinó Darío sobre los Babilonios y los Persas; pero no más allá. Reinó Faraon sobre los Egipcios; pero sobre ellos solamente. Reinó Nabucodonosor desde la India hasta la Etiopía; pero un poco más lejos su imperio era desconocido. Reinó Alejandro el Macedonio; pero sobre una parte del Asia solamente. ¿Qué diré de los Romanos? Estos rodearon su imperio de puestos militares, y estas barreras vivientes eran los límites de su poderío. En cuanto á Jesucristo, su reino y su nombre se extiende por todo el mundo. En todas las partes es creido, en todas las partes es adorado, en todas las partes manda, dándose á todos sin acepcion de personas, igual para todos, rey para todos, juez para todos y Dios y Señor para todos. Cree todo esto sin dudar, puesto que lo ves con tus mismos ojos (1)."

Admirado de este mismo espectáculo, exclama San Gregorio: "El Espíritu invisible se ha hecho visible en sus servidores. Sus milagros prueban su presencia. Nadie puede ver el disco deslumbrador del sol, cuando comienza á salir; mas podemos ver la cima de las montañas que dora con sus rayos y sabemos que está sobre el horizonte. Puesto que no podemos contemplar en sí mismo el sol de justicia, vemos las montañas que él hace resplandecer con su luz, los apóstoles santos cuyas virtudes y milagros anuncian á toda la tierra la salida del sol divino. Si es invisible en sí mismo, vemos las montañas que alumbra. La virtud

1. Cristi autem regnum et nomen ubique porrigitur, ubique creditur, ab omnibus gentibus supra enumeratis colitur, ubique regnat ubique adoratur, omnibus ubique tribuitur aequaliter... omnibus aequalis, omnibus rex, omnibus judex, omnibus Deus et Dominus. Nec dubites credere quod asseveras, cum videamus fieri *Lib. adv. Judaeos.*, c. VII.

de la Divinidad en sí misma, es el sol del cielo; la virtud de la Divinidad en los hombres, es el sol de la tierra, ya que que no podemos contemplarlo en el cielo (1)."

El género humano sacado de la barbárie pagana y colocado en la plena luz del Evangelio; tales son los efectos generales de los dones del Espíritu Santo. Digámoslo de paso; ante este hecho siempre antiguo y siempre nuevo, ¿qué son las objeciones de la incredulidad contra el cristianismo? Lo que son los razonamientos de un ciego de nacimiento contra la existencia del sol, lo que las palabras del insensato contra la evidencia de los axiomas de la geometría. ¿Cómo se ha realizado este gran hecho en la humanidad? Del mismo modo que se realiza en cada uno de los hombres. Comenzó por el don de temor, el cual ha ido llamando á todos los demás.

¿Qué es lo que predica Juan Bautista, el precursor de la luz? El temor. "Haced frutos dignos de penitencia.... Porque ya está puesta la segur á la raíz de los árboles. Pues todo árbol, que no hace buen fruto, cortado será y hechado al fuego (2)." Y Pedro, primer intérprete del Redentor ante los Judíos: "Arrepentíos, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo para remision de vuestros pecados; y recibireis el don del Espíritu Santo (3)." Y Pablo su apóstol ante los gentiles: "Y Dios anuncia ahora á los hombres, que todos en todo lugar hagan penitencia (4)." Así, por doquiera se ven en primera línea

1. Virtus enim Divinitatis in se, quasi sol in coelo est; virtus Divinitatis in omninibus, sol in terra. Solem ergo justitiae intueamur in terra, quem videre non possumus in coelo. *Homil.* XXX *in Evang.*

2. *Luc.* III, 8.

3. *Act.*, II, 38.

4. *Act.*, XVII, 30.

el don de temor. Es el temor principio de la sabiduría: tal es la ley inmutable de la redencion.

Por el contrario, la pérdida del temor es el principio de la ruina. ¿Cómo sacude el mundo cristiano el yugo del cristianismo? ¿Cómo llega hasta el grado de aberracion de negar la evidencia de los hechos evangélicos? Perdiendo los dones del Espíritu Santo. ¿Con qué órden los pierde? Con el mismo que los recibe. El primero que pierde, como el primero que recibe, es el temor.

¿Qué pensar de una época que no tiene ya temor de Dios? Como quiera que los dones del Espíritu Santo son inseparables, una época que pierde el temor de Dios es una época que pierde la sabiduría, que pierde el consejo, que pierde la fortaleza de la virtud. Es una época que se halla entregada á los siete espíritus contrarios, al espíritu de soberbia, al espíritu de avaricia, al espíritu de lujuria, al espíritu de iniquidad, bajo todos los nombres y en todas las formas. ¿A dónde va? ¿Cómo no asombrarse de lo que vemos? ¿Cómo no presentir lo que veremos? Si el temor es el principio de la sabiduría, la usencia del temor será el principio de la locura. En este caso, la locura es el preludio del crímen sin remordimientos para los individuos, y de catástrofes sin nombre para los pueblos. Si, pues, el mundo no quiere perecer, vuelva al temor; esta es la primera condicion de su felicidad (1).

1. Timeat Dominum omnis terra... Beatus vir qui timet Dominum. Ps. 32 et 111.

CAPITULO XXVII.

EL DON DE TEMOR.

SUMARIO.—Los siete dones del Espíritu Santo opuestos á los siete pecados capitales.—Luminoso punto de vista.—Lo que es el don de temor.—Sus efectos; respeto á Dios, horror al pecado. —Su necesidad: él nos da la libertad librándonos del temor servil.—Del temor mundano.—Del temor carnal.—Nos arma contra el espíritu de soberbia.—Qué sea la soberbia y lo que produce.

Cuando Isaías da á conocer á la tierra los dones del Espíritu Santo, no los llama *Dones* sino *Espíritus*. Santo Tomás nos ha manifestado la completa exactitud de este lenguaje, al demostrar que los dones del Espíritu Santo son como el soplo perenne del Espíritu septiforme, que pone en movimiento todas las virtudes y todas las potencias del alma. Uno de los últimos representantes de la gran teología de la edad media, San Antonino, conserva la misma denominacion. "Los siete dones del Espíritu Santo, dice este ilustre doctor, son los siete Espíritus enviados por toda la tierra contra los siete espíritus malos de que nos habla el Evangelio. El Espíritu de temor echa fuera al Espíritu de soberbia. El Espíritu de piedad arroja al Espíritu de envidia. El Espíritu de ciencia rechaza al Espíritu de ira. El Espíritu de consejo hace huir el Espíritu de avaricia. El Espíritu de fortaleza repele al Espíritu de pereza. El Espíritu de inteligencia va contra el Espíritu de gula. El Espíritu de sabiduría enfrena al Espíritu de lujuria (1)."

1. Haec dona sunt septem Spritus missi in omnem terram

Este luminoso golpe de vista nos descubre, ya la naturaleza íntima de los siete dones del Espíritu Santo, ya el papel necesario que representan, ya el inmenso lugar que ocupan en la obra de la redencion humana. El santo arzobispo revela y justifica con una sola palabra todo el plan de nuestra obra. En efecto, dos espíritus opuestos se disputan el imperio del mundo. Haga lo que quiera, el hombre vive necesariamente bajo el imperio del espíritu bueno ó bajo del malo. Jesucristo ó Belial; no hay medio. Tales son las verdades, fundamento de toda filcsofía, luz de toda la historia, que nosotros no nos cansaremos de demostrar. Pues bien, segun la revelacion del mismo Verbo, el Espíritu malo, Satanás, va acompañado de otros siete espíritus peores que él. Estos espíritus nos son conocidos por sus nombres y por sus obras.

Por sus nombres: en el lenguaje católico se llaman, espíritu de soberbia, espíritu de avaricia, espíritu de lujuria, espíritu de gula, espíritu de envidia, espíritu de ira, espíritu de pereza.

Por sus obras: ellos son los inspiradores y fautores de todos los pecados; de todos los desórdenes privados y públicos, de todas las vergüenzas, de todas las bajezas, por consiguiente, la causa incesante de todos los males del mundo. ¿Quién de nosotros no ha sido objeto de sus ataques? ¿Quién no ha sentido más de una vez su maligna influencia? Crueles, astutos, infatigables, nos asedian y fatigan dia y noche. Es evidente que el hombre abandonado

contra septem Spiritus nequam, de quibus dicitur *Matth.* XII.— Donum timoris expellit superbiam donum pietatis expellit spiritum invidiae, Spiritus scientiae repellit spiritum irae. Spiritus concilii fugat spiritum avaritiae. Spiritus fortitudines illuminat spiritum tristem accidiae. Spiritus intellectus removet spiritum gulae. Spiritus sapientiae obruit spiritum luxuriae. *Summ. theolog.* IV, p., tít. X, c. I, pár. 4.

á sí mismo, es demasiado débil para sostener la lucha; testigo la historia de los particulares y de los pueblos que se sustraen á la influencia del Espíritu Santo.

Así, uno de los dogmas más consoladores de la religion, es el que nos muestra al Espíritu del bien viniendo en socorro del hombre, con siete espíritus ó siete potencias opuestas á las siete fuerzas del Espíritu del mal. Estos siete espíritus auxiliares nos son igualmente conocidos por sus nombres y por sus obras.

Por sus nombres: se llaman, el Espíritu de temor de Dios, el Espíritu de consejo, el Espíritu de sabiduría, el Espíritu de entendimiento, el Espíritu de piedad, el Espíritu de ciencia y el Espíritu de fortaleza.

Por sus obras: son los inspiradores de todas las virtudes públicas y privadas, los promovedores de todo género de sacrificios, de todo lo que honra y embellece á la humanidad, por consiguiente, la causa incesante de todos los bienes del mundo (1). Para decirlo en dos palabras, el género humano es un gran Lázaro, herido con siete heridas mortales; un soldado débil, atacado noche y dia por siete enemigos formidables. El Espíritu de los siete dones se convierte en infalible médico del Lázaro, propinándole los siete remedios exigidos por sus llagas; en auxiliar victorioso del soldado, poniendo á su disposicion siete fuerzas divinas opuestas á las siete fuerzas infernales.

Al dibujar con esta exactitud la condicion del hombre sobre la tierra, ¿puede la teología católica, que es tambien la verdadera filosofía, dar una idea más clara de los siete dones del Espíritu Santo, y hacer sentir mejor su necesi-

1. Neque enim est ullum omnino donum absque Spiritu Sancto ad creaturam perveniens. *S. Basil.*, *De Spir. Sanct.*, p. 66.

dad absoluta é inspirar á las naciones lo mismo que á los individuos, un temor más sério de perderlos?

Quedan por explicar en sí mismos y en su oposicion con cada uno de los pecados capitales todos estos dones admirables. El primero que se presenta, es el temor. Con el fin de dar una idea práctica del mismo, vamos á responder á tres cuestiones. ¿Qué es el temor? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál es su necesidad?

1° ¿Qué es el don de temor? *El temor es un don del Espíritu Santo que nos hace temer á Dios, como á un padre, y huir del pecado, por que le desagrada* (1). Este precioso temor no es sino temor servil, ni el temor mundano, ni el temor carnal. Aunque Dios sea su objeto, este don no es contrario á la esperanza, tiene dos objetos, la dicha futura y los medios de llegar á ella. Tambien son dos los objetos del temor; el mal que el hombre teme, y lo que puede ocasionarlo. En el primer caso, Dios, siendo como es bondad infinita, no puede ser objeto del temor; en el segundo, puede serlo. En efecto, El puede castigarnos por nuestras faltas y apartarnos de Sí por toda la eternidad. En este sentido, Dios puede y debe ser temido. Tal es el don de temor en sí mismo. Veámoslo en sus relaciones con el alma.

Los doctores de la Iglesia han visto en los siete dias de la creacion la figura de los siete dones del Espíritu Santo. Como en cada dia de la semana primitiva el Verbo hacia salir una nueva criatura de los elementos preparados por el Espíritu Santo, así en la semana que se llama la vida, cada uno de los dones del Espíritu Santo embellece al mundo

1. Timor filialis est donum Spiritus Sancti, á gratia in voluntate fluens, quo quis disponitur ad prompte et faciliter sequendum motionem Spiritus sancti, qua movet aliquem ut ex amore revereatur Deum tanquam Patrem, et timeat illum offendere atque ab eo separari. *Vigier*, *Instit.*, etc. c. XIII, pár. 8, v. 2.

moral, al hombre, con una nueva maravilla. Cuando llega al alma cualquier don del Espíritu Santo, se puede aplicar con toda verdad la palabra del profeta: Enviarás tu Espíritu y todo será creado y renovarás la haz de la tierra. De este modo, la venida del soplo divino es, lo mismo para el hombre que para el mundo, una hora solemne de creacion y regeneracion. Justifiquemos esta bella armonía y comencemos por el don de temor.

El hombre caido está tan hundido en las cosas de los sentidos, que pasa al lado de las más altas verdades del órden moral sin verlas, ó si las entrevé, apénas le causan ninguna impresion. Pero cuando el Espíritu de temor de Dios desciende sobre él, pasa en su alma algo parecido al estampido del trueno en una noche oscura. Este trueno, que todo lo hace temblar, es precedido de un relámpago que rasga las negras nubes é ilumina el horizonte. Esto mismo sucede en el corazon del hombre, cuando entra en él el Espíritu de temor de Dios. Como luz repentina, disipa las tinieblas y hace ver con claridad la grandeza de Dios y la fealdad del pecado. Como fuerza produce en el alma un impulso que la conmueve profundamente. "Mira la tierra, dice el salmista, y la hace temblar (CIII)." Esta tierra es el corazon del hombre. De esta tierra, repentinamente iluminada y fuertemente removida, se ven salir como dos plantas inmortales, un profundo respeto á Dios y un horror extremo al pecado; lo que vamos á conocer estudiando la segunda cuestion.

2º ¿Cuáles son los efectos del don de temor de Dios? Como se acaba de indicar, el don de temor produce dos efectos; respeto á Dios y horror al pecado (1).

1. Et sic habet (donum timoris) duos actus et per consequens duo objecta. Actus sunt timeri et revereri. Objectum primum et malum culpae. Secundum est bonitas et dignitas Patris. *Vig.*, cap. 13, pár 8, v. 2.

Respeto á Dios: no un respeto ordinario, de la razon más bien que del corazon, sino profundo, universal y práctico. A los ojos del alma llena del Espíritu de temor, solo Dios es grande; ante su autoridad, desaparece toda autoridad; ante su majestad se eclipsa toda otra majestad; ante sus derechos, no hay otros derechos, ni ante su servicio otro servicio, ni ante su palabra otra palabra, ni ante sus promesas otras promesas, ni ante sus amenazas otras amenazas, ni ante sus juicios otros jucios.

El alma no contempla solamente á esta majestad infinita en sí misma sino que la ve reflejarse en todas las demás potestades establecidas por Dios, potestades religiosas y sociales, potestad paterna y civil, potestades superiores é inferiores; la ve en todo lo que lleva el sello de lo divino, en el hombre y en el mundo.

De aquí nace el respeto a la Iglesia, á las santas Escrituras, á la tradicion, á las ceremonias, los templos, los dias y las cosas de Dios: respeto al alma y á cada una de sus facultades; respeto al cuerpo y á cada uno de sus sentidos; respeto al prójimo y á su fé, sus costumbres, su vida, su reputacion, sus bienes, su debilidad, su pobreza; respeto á su ancianidad, su superioridad y todos sus derechos.

Respeto á las criaturas. Para el *discípulo del crisma, alumnus chrismatis*, todas son sagradas, todas vienen de Dios, son de Dios y han de volver á Dios. Usa de todas y de cada una de ellas; pero con espíritu de dependencia, porque ninguna es suya; con espíritu de temor, porque tendrá que dar cuenta de todo; con espíritu de agradecimiento, porque todo es un beneficio, hasta el aire que respiramos. Como se ve el don de temor de Dios es el fundador de lo que siempre es tan necesario y especialmente en el mundo actual; la religion del respeto.

Horror del pecado. Gracias al don de temor, el alma se encuentra de repente en otro estado: ya no se conoce á sí misma. Los grandes dogmas de la magestad de Dios y de la enormidad del pecado, de la muerte, del juicio, del purgatorio y del infierno, que poco há estaban para ella en la oscuridad ó solo á media luz, brillan con esplendor tan vivo, que exclama con Santa Catalina de Sena: "Si yo viera á un lado un mar de fuego; y al otro el más pequeño pecado, antes me arrojaria mil veces al fuego que cometer el pecado."

Pasmado de no haber visto siempre lo que ahora ve, afligido de no haber sentido siempre lo que siente ahora, el cristiano enriquecido con el don de temor de Dios, exclama con toda la sinceridad de su asombro y con toda la fuerza de su sentimiento: ¿Quién no os temerá, Señor, y quién osará ofenderos? Solo Vos sois grande, y santo, y bueno, y poderoso. Vos sois el soberano Señor de la vida y de la muerte, y juez supremo de los reyes y de los pueblos. Vos revisais todos los juicios y juzgais todas las justicias; Vos, en cuyas manos es cosa horrible caer; Dios vivo, que despues de hacer morir el cuerpo, podeis precipitar el alma en el infierno: Vos; que no pudiendo sufrir ni siquiera la vista de la iniquidad, la perseguís, hace seis mil años, con castigos espantables en los ángeles y en los hombres, y la castigareis con horribles suplicios por toda la eternidad.

Tales son y más enérgicos todavía los sentimientos del alma penetrada del Espíritu de temor de Dios. Si nada hay más noble, nada ès tampoco más indispensable.

3º ¿Cuánta es la necesidad del don de temor? Esto es lo mismo que preguntar, si el hombre necesita ser cuerdo y trabajar en la salvacion de su alma, pues el temor es la pri-

mera condicion de la cordura y de la salud (1). Es lo mismo que preguntar, si el hombre necesita no perder nada de lo que, haciéndole hombre, le impide confundirse con la bestia; pues el temor de Dios hace al hombre y á todo el hombre (2). Es, en fin, lo mismo que preguntar, si el hombre tiene necesidad de conservar su libertad y su dignidad de hombre y de cristiano. En efecto, hay que persuadirse bien de ello, el Espíritu de temor de Dios es el único principio de la libertad y el único guardian de la dignidad humanas. Y la razon es, que solo él nos libra de todo otro temor. El hombre, quien quiera que sea, está expuesto á tres clases de temor, al temor *servil*, al temor *mundano*, y al temor *carnal*. Uno solo de estos es bastante para convertir al hombre, aunque sea emperador ó rey, en un esclavo y esclavo degradado.

El temor servil es el que hace respetar á Dios, solo por miedo; y huir del pecado solo por el castigo (3). Fúndase en el amor de sí mismo: este amor no es malo por su naturaleza, porque no es contrario á la caridad: y no es contrario *á la caridad; puesto que en virtud de la misma caridad* el hombre debe amarse á sí mismo despues de Dios, y más que á los otros: por consiguiente, debe temer y evitar el mal del alma y del cuerpo. El temor servil, pues, nacido de este amor persona, no es malo en sí mismo. Antes al contrario, una de las funciones principales de los profetas fué llenar de él el corazon de los pecadores.

"Cuarenta dias quedan aún, clamaba Jonás á los Ninivi-

1. Initium sapientiæ timor Domini, *Ps.* 110.—Cum metu et timore salutem vestram operamini. *Philip.*, II, 12.

2. Deum time et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. *Eccl.*, XII, 13

3. Timere Deum propter malum pœnæ, est timor servilis. *Vigier*, c. XIII, § 8.

tas, y Nínive será destruida (1). Y Dios aprobó su penitencia, aunque nacida de temor servil. "Raza de víboras, decia San Juan Bautista á los Judíos obstinados, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira venidera?.... Puesta está ya la segur á la raíz de los árboles. Todo árbol que no hace buen fruto, cortado será y echado en el fuego (2)." Nuestro Señor mismo, ¿cuántas veces no atacó esta fibra del temor servil, para atraer los pecadores á penitencia? Ahora les recuerda el infierno con sus braseros eternos y sus tinieblas exteriores; ahora les presenta la parábola de la higuera estéril y del rico avariento; ahora amedrenta sus oidos con estas terribles palabras: "Si no haceis penitencia, perecereis todos sin excepcion (3)."

El temor servil no es, pues, malo por su propia naturaleza. Si se hace malo, cuando el hombre, constituyendo en sí mismo su último fin, no respeta á Dios ni evita el pecado, sino en razon de su interés personal. Semejante disposicion, esencialmente contraria á la caridad, constituye la servilidad del temor y hace al hombre esclavo, y equivale á decir: Si Dios no tuviera el rayo de su mano, si no hubiese infierno, yo pecaria. Es el razonamiento del esclavo, que teme el látigo, pero no ama á su amo; de los Judíos idólatras al pié del Sinaí; de los paganos de Samaria, á quiénes se llamó con razon los prosélitos de los leones; del malvado Antioco á la vista de los terrores de la muerte; de tantos y tantos cristianos que conculcan las leyes de Dios y de la Iglesia, porque no ven sancion alguna penal para sus prevaricaciones; ó que se abstienen de conculcarlas, porque creen entrever esa sancion y únicamente por esto (4). Inú-

1. *Jonæ*, III, 4.
2 *Matth.*, III, 10; *Luc.*, III, 7-9.
3. *Luc.*, XIII. 3.
4. Timor servilis est malus non quidem secundum se, sed se-

til seria insistir sobre lo vergonzoso y culpable que es el temor servil (1).

Temor mundano es el que se concibe por la pérdida de los bienes del mundo, riquezas, dignidades, honores y otros semejantes (2); el cual, aunque en *sí mismo* es inocente, cesa de serlo cuando nos arrastra al pecado por evitar la pérdida de las ventajas temporales. La historia está llena de las crueldades, cobardías, bajezas, traiciones, envenenamientos, asesinatos, conciencias vendidas y crímenes de todo género que el temor mundano ha hecho cometer.

Faraon ve que se multiplican los hijos de Israel, teme por su reino, y ordena la matanza de todos los recien nacidos de los Hebreos. Jeroboan, rey de Israel, teme que las

---

cundum servilitatem ei annexam. Servilitas autem timoris in eo consistit quod non propter Deum, neque propter seipsum in ordine ad Deum, sed contra Deum, ut malum pœnæ evadat; operatur quod charitas reprobat. In hoc enim quis dicitur esse servus, qui non causa sui operatur, sed quasi ab extrinseco motus. *Vigier*, cap 13, p. 8, v. 1.

1. Conviene aclarar más este punto, tan delicado como importante por lo que se roza con la Confesion. El temor servil consiste sustancialmente en el temor de la pena. Pero se distinguen dos clases, el temor *simplemente servil* y el *servilmente servil*. Con el primero de tal modo se teme la pena, que se detesta el pecado; es por consiguiente, contricion; la cual, aun siendo imperfecta, si va unida con la confianza en la misericordia divina y con la resolucion de hacer las demás cosas necesarias, dispone al hombre para que se le perdonen los pecados en el sacramento de la Penitencia. Con el otro temor que se llama *servilmente servil*, de tál modo se teme la pena, que queda la voluntad de pecar si no hubiera castigo; no es, pues, detestacion, ni dolor del pecado, no es contricion. El primero produce el cambio de la voluntad de mala en buena: el segundo, no. Véase Perrone, *Præl. Theol., tract. de Pœnit.* cap. II.

(*Nota del Traductor*).

2. Timor mundanus est quo quis timet temporalia amittere, ut divitias, dignitates, et hujusmodi. *S. Anton.*, p. IV, tit. XIV, cap. II.

diez tribus si van á adorar al verdadero Dios en Jerusalen, se aparten de su cetro; las arrastra, pues, á la idolatría, y los hijos de Abraham tendrán que postrarse, bajo pena de muerte, ante los becerros de oro desde Dan hasta Bersabé. Herodes sabe por los magos el nacimiento del Rey de los Judíos: el temor de perder su corona lo induce á degollar á todos los niños de Belen y sus cercanías. En el tiempo de la Pasion, los sumos sacerdotes tienen miedo á los Romanos, y por no perder sus dignidades, su fortuna y su poder, decretan la muerte del Hijo de Dios. Pilatos reconoce y proclama la inocencia del Señor y hasta resiste al furor de los Judíos. Pero Pilatos teme perder la amistad del César y con ella el empleo: hace, pues, traicion á su conciencia y entrega la sangre del Justo.

No hay un reino, ni antiguo, ni moderno, que no presente algunas ni aun muchas de estas iniquidades públicas, de estas ilustres ignominias, hijas del temor mundano. Y si descendemos á un órden menos elevado, ¿quién será capaz de contar las adulaciones vergonzosas, las abdicaciones de conciencia y de carácter, las intrigas culpables, las injusticias, las crucifixiones de la verdad, las afecciones hipócritas de los menguados Pilatos y de los Giezi codiciosos y cubiertos de lepra, siempre tan numerosos en épocas como la nuestra, en que todo se vende porque se compra todo (1)?

Descendamos todavía y preguntemos á esas muchedumbres de jóvenes, hombres y aún mujeres, ¿por qué vuelven la espalda á la religion y abandonan hasta sus más sagrados deberes, como la frecuencia de sacramentos y la santificacion del domingo? ¿Por qué sonrien á las palabras, se

1. Omnes cupidi, omnes avari, Giezi lepram cum divitiis suis posident, et male quæsita mercede, non tam patrimonii facultatem quam thesaurum criminum congregaverunt æterno cruciatu et brevi fructu. *S. Ambr.*, *apud S Anton.*, tít. XIV, c. II.

conforman con las modas y se someten á los usos que su conciencia reprueba? No hay uno de esos tránsfugas, que no tenga que confesarse esclavo del respeto humano, esto es, del temor mundano.

El temor carnal es el temor de las incomodidades corporales, de las enfermedades y la muerte. Este temor, conteniéndose dentro de ciertos límites, no tiene nada de reprensible: hácese culpable, cuando por evitar los males del cuerpo, nos arrastra á sacrificar por el pecado los bienes del alma (1). Nada es más culpable, nada más degradante, nada más comun que el temor carnal tomado en el mal sentido.

Nada más culpable. El salvador es atado, llevado á la casa de Caifás y entregado sin proteccion á los tratamientos indignos de la soldadesca.—Tú eres discípulo de ese hombre, le dicen á Pedro los criados del sumo sacerdote. A estas palabras, el temor carnal se apodera de Pedro, teme para sí la suerte de su maestro: y Pedro se hace renegado, renegado público, blasfemo y perjuro.... ¡Cuántos Pedros se han visto en el trascurso de los siglos!

Nada más degradante. En la boca del esclavo del temor carnal tienen su verdadero lugar las palabras del profeta: "Miedo de muerte cayó sobre mí: temor y temblor vinieron sobre mí; y cubriéronme las tinieblas (2)." La vista de los suplicios y aun de los instrumentos del suplicio, el miedo del dolor, la aprehension de la muerte, hacen perder el juicio. En este estado, las denegaciones, las protestas, los juramentos, las promesas, nada hay tan indigno que no esté

1. Timor dicitur carnalis quo scilicet quis ita timet incommoda carnis vel etiam mortem ipsam, quod Deum offendit mortaliter contra aliquod præceptorum faciendo, vel venialiter præter præcepta agendo. *S. Anton.*, *ubi supra.* c. III.

2. *Ps.* LIV, 5-6.

dispuesto á hacer y que no haga el esclavo del temor carnal. Por salvar lo menos, sacrifica lo más: por evitar penas pasajeras, se hace reo de las eternas: por preservar el cuerpo, entrega su alma, y así pierde el uno y la otra.

Nada más comun. Hasta en los casos ordinarios de enfermedades y dolencias, ¿de qué no es capaz el esclavo del temor carnal? ¿No se le ha visto y se le ve todos los dias recurrir á medios vergonzosos é ilícitos, sea para provenir molestias corporales, sea para recobrar una salud que el dueño soberano de la vida tiene á bien no concedérsela completa? ¿Qué son, hoy más que nunca, todas esas adoraciones de la carne, toda esa molicie de las costumbres y de la educacion, toda esa cobardía en presencia del deber, todo ese horror á la pena y la mortificacion, todo ese refinamiento anticristiano de lujo y bienestar, todas esas consultas médicas de *mediums* más que sospechosos? Los frutos del temor carnal.

El primer beneficio del don de temor de Dios es librarnos de estas vergonzosas tiranías. El temor servil con el egoismo que lo inspira, con las desconfianzas y los sombríos terrores que lo acompañan, desaparece ante el temor filial. El que posee este último, encontrando dentro de sí mismo el testimonio de que es hijo de Dios, teme á Dios como un hijo teme á su padre. Su temor va siempre acompañado de confianza y amor. Este doble sentido no le abandona jamás, ni siquiera cuando ha cometido faltas; es entónces el pródigo que vuelve á su padre.

En cuanto al temor mundano y al carnal, no ejercen so bre él su ilegítimo imperio. El temor filial los domina, los absorbe ó enteramente los hecha fuera. Nada teme, nada siente, nada deplora más que una cosa, el pecado. Y este lo teme, lo siente y lo deplora, no por interés egoista, sino

por amor de Dios y por respeto á su Majestad. La conclusion es, que para ser hombre de carácter é independiente, se necesita ser cristiano temeroso de Dios y solo de Dios. En otros términos, la verdadera fórmula de la libertad y dignidad del hombre está en aquel conocido verso:

Temo á Dios, querido Abner, y no tengo otro temor

¿Se quiere comprender, desde el punto de vista puramente humano, la necesidad y las ventajas del don de temor de Dios? Basta recordar que el hombre, sea como fuere, no puede vivir sin temor. Si no teme á Dios, teme á la criatura; pues bien, todo hombre que teme á la criatura, es un esclavo. Su libertad, su dignidad, su conciencia son de aquel á quien teme; y fuera de Dios, el que es temido de otros no puede ménos de ser un tirano.

He ahí lo que deberia comprender y no comprende el que tiene la pretension de hacerse libre sacudiendo el yugo de Dios. He ahí lo que nuestro siglo debiera comprender y no comprende. Para conquistar la libertad, tiene fiebre de revoluciones. Estas se multiplican, y cada una de ellas le remacha más fuertemente las cadenas de la esclavitud al cuello y en las manos. Esta esclavitud será más y más dura, más y más vergonzosa, más y más general, á medida que el mundo comprende ménos, que el don de temor de Dios es el principio de la libertad moral y que la libertad moral es madre de todas las demás. Donde está el Espíritu Santo, allí está la libertad, *ubi Spiritus Domini*, *ibi libertas*, y no está más que allí.

El segundo beneficio del Espíritu de temor es armarnos contra el espíritu de orgullo (1).

1. Per donum timoris Domini Spiritus Sanctus superbiam ab homine expellit, et Deum humiliter introducit. *S. Bonav.*, *De septem.*, *donis*, &.—Donum enim timoris expellit superbiam,

Si el Espíritu Santo tiene siete dones, santificadores del hombre y del mundo, el demonio tiene tambien sus siete *dones*, con los que corrompe al mundo y al hombre. Cada don de Satanás es la negacion ó la destruccion de un don paralelo del Espíritu Santo, y tomados en su conjunto los dones satánicos, forman la oposicion adecuada de la economía de nuestra deificacion. De aquí resulta, que la guerra sin tregua de estos espíritus contrarios es toda la vida de la humanidad.

Asistamos un instante á esta guerra, cuyo objeto somos nosotros.

El primer don que el Espíritu Santo nos comunica es el temor. ¿Qué hace el don de temor? Ante todo, nos hace pequeños debajo de la mano poderosa de Dios. Del sentimiento íntimo de nuestra nada y de nuestra culpabilidad brota la humildad. Esta virtud, madre y guardiana de todas las virtudes, *mater custosque virtutum*, produce á su vez la desconfianza de nosotros mismos, de nuestro juicio, de nuestra voluntad; la vigilancia de nuestro corazon y nuestros sentidos; el fervor en nuestras relaciones con Dios; la modestia, mansedumbre é indulgencia respecto al prójimo; todas esas disposiciones, hijas del don de temor, son el cimiento del edificio, que vienen á concluir sobreponiéndose los otros dones del Espíritu Santo (1).

Por donde aparece evidente, que constituyéndonos el espíritu de temor dentro de la verdad, debia sernos comunicado el primero, y que la primera enseñanza que saliera

quia timor facit hominem humiliari ei quem timet. *S. Anton.*, t. X, c 1.

1. Horum donorum primus est timor Dei, veluti aliorum quoddam fundamentum: hanc namque Spiritus Sanctus in campo mentis supponit aliaque in suo ordine veluti in ædificationem superimponit. *S. Anselm.*, *De Similitud.*. c. CXXX.

de la boca del Redentor, debia de ser la de la humildad (1).

En virtud del antagonismo perpétuo que tantas veces hemos señalado, no es ménos evidente, que la primera gota de virus, que el demonio destilará en las almas, será lo contrario de la humildad, el *orgullo.* ¿Por qué? Porque el demonio es el padre de la mentira, y el orgullo es la mentira.

¿Qué hace el orgullo? Nos saca de lo verdadero y nos constituye en lo falso. Falso respecto á nosotros mismos; no somos nada, y el orgullo nos persuade de que somos algo; nos infla, nos levanta, nos inspira preferencias injustas y nos llena de confianza y complacencia en nosotros mismos.

Falso en lo tocante á Dios y al prójimo. Cuanto más el orgullo nos exalta á nuestros propios ojos, más debilita en nosotros el sentimiento de nuestras necesidades y el conocimiento de nuestros deberes. Para el orgulloso se acabó la oracion séria, se acabó la vigilancia severa y sostenida, se acabó de pedir ó aceptar consejos: lleno de sí mismo, lo sabe todo, lo ha visto todo y se basta en todo: él y siempre él. Presumido, con aire de Juez, altanero, bajo con el fuerte, déspota con el débil, egoista, pendenciero, cruel, disputador, fastidioso para todos é ingobernable, viene á ser la prueba viviente de aquella verdad: que *el orgullo es la deformacion más radical de la naturaleza humana* (2).

1. *Matth.*, v. 3, et II, 29.

2. Fili, sine consilio nihil facias et post factum non pœnitebit. *Eccli.*, xxx, 24.—Qui autem confidit in cogitationibus suis, impie agit. *Prov.*, XII. 2.—Novit justus jumentorum suorum animas; viscera autem impiorum crudelia. *Prov.*, XII, 10.—Via stulti recta in oculis ejus; qui autem sapiens est audit consilia. *Prov.*, XII, 15.—Filius sapiens doctrina Patris; qui autem illusor est, non audit cum arguitur. *Prov.*, XIII, 1.—Inter superbo semper jurgia

Esta deformacion conduce á la disolucion de todos los lazos sociales y origina la *religion del desprecio*, negacion adecuada de la *religion del respeto*. El adepto de esta religion satánica lo desprecia todo, á Dios, sus mandamientos, sus promesas y sus amenazas; á la Iglesia, su palabra, sus derechos y sus ministros; á sus padres, su autoridad, su ternura, sus canas; desprecia, en fin, el alma, el cuerpo y todas las criaturas. Usa y abusa de la vida, como si fuese propietario de ella y propietario irresponsable. Tal era la religion del mundo pagano; tal vuelve á ser inevitablemente la del mundo actual, á medida que pierde el don de temor de Dios. Religion del respeto ó religion del desprecio; no hay medio.

Sin embargo, está escrito que la humillacion sigue al orgullo como la sombra al cuerpo (1). Humillacion intelectual, el falso juicio, el error, la ilusion. Humillacion moral, la impureza con todas sus vergüenzas. Humillacion pública: Aman espira sobre un madero de cincuenta codos de alto: Nabucodonosor se ve trasformado en bestia. Humillacion social: la antigüedad pagana pasa todo el tiempo de su existencia forcejando entre el despotismo y la anarquía. Humillacion religiosa: el mundo y el hombre pagano yacen inevitablemente postrados á los piés de ídolos inmundos y crueles. Y bien, librar á la humanidad de semejantes ignominias ¿no es nada? ¿Quién la libra? El don de temor de Dios. ¿Habremos, pues, de preguntar si es necesario, especialmente en nuestros dias?

---

sunt, qui autem regunt omnia cumconsilio reguntur sapientia *Id.*, XIII, 10.– Odibiliscoram Deo est et hominibus superbia. *Eccli.*, X, 7.

1. Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia. *Prov.* XI, 2.

CAPITULO XXVIII.

EL DON DE PIEDAD.

SUMARIO.—Lo que es el don de piedad.—En qué se diferencía de la virtud, de la religion y de la caridad.—Dos objetos del don de piedad: Dios y el hombre.—Sus efectos respecto á Dios.—Respecto al prójimo: obras de misericordia, corporales y espirituales.—Necesidad del don de piedad, opuesto al espíritu de envidia.—Lo que es la envidia.

El don de temor es el primer grado de la escala misteriosa, que debemos recorrer para volver á Dios: el segundo es el don de piedad. El temor que viene del Espíritu Santo, como tiene algo de filial, contiene en gérmen el don de piedad, que brota de aquel como su primera flor y primer fruto. Para dar un conocimiento práctico de este nuevo beneficio, responderemos á tres preguntas: ¿Qué es el don de piedad? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál su necesidad?

1° ¿Qué es el don de piedad? *La piedad es un don del Espíritu Santo, que nos llena de afeccion filial para con Dios y nos hace honrarlo como Padre* (1). San Pablo canta este don delicioso, cuando dice: "No habeis recibido espíritu de servidumbre para que vivais todavía dominados por el temor; sino que recibísteis el espíritu de adopcion de hijos, con el cual clamamos diciendo: Padre mio, Padre mio (2)." Así el don de piedad, igualmente que el

1. Donum pietatis est habitus in volutate hominis infusus, ad prompte et faciliter sequendum specialem instiuctum Spiritus Sancti, qui in repentinis movet eam, ut affectu filiali feratur in Deum ut Patrem, et exhibeat cultum et honorem Deo ut Patri. *Vigier*, c. XII, l. § 5.

2. *Rom.*, VIII, 15, 16.

de temor, obra en el alma una nueva creacion. Si el hombre es poco sensible al temor de Dios, lo es todavía ménos á su amor. La insensibilidad del corazon es uno de los mayores obstáculos para la salvacion.

Mas cuando sobreviene el Espíritu de piedad, el corazon se cambia de repente; este espíritu hace en el corazon lo que el fuego hace en la cera. El fuego ablanda la cera, la pone en disposicion de recibir toda suerte de impresiones, y además la derrite y la hace correr como el agua y el aceite (1).

Este milagro del don de piedad lo distingue de la virtud de la religion y constituye su superioridad. Por la virtud de la religion, el hombre honra á Dios como Criador y soberano Señor de todas las cosas; por el don de piedad lo honra como Padre. La virtud de la religion ve en Dios la majestad; el don de piedad, ve, además de la majestad, la paternidad. La virtud de la religion nos hace adoradores respetuosos; el don de piedad nos hace hijos respetuosos y amantes, y que tenemos respeto precisamente porque tenemos amor (2).

Así, el don de piedad crea un nuevo órden de relaciones inefablemente dulces y nobles entre Dios y nosotros. De la clase de criaturas nos eleva á la dignidad de hijos, y derrama en nuestro corazon los sentimientos propios de esta filiacion gloriosa, como nos da todos sus derechos. Este favor, apenas sospechado por el Judío y completamente desconocido del Gentil, arrebata en admiracion al apóstol San Juan. "Considerad, nos dice, cuál caridad nos ha dado el

1. Factum est cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei. *Ps.*, 21.

2. Considerando Deum ut Creatorem et ut Patrem, excellentius est exhibere ei honorem filiali affectu tanquam patri, quam ut creatori et Domino, quasi servili affectu: et ideo donum pietatisest potius quam virtus religionis. *Vig.*, *ibid.*

Padre, queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios, y lo seamos (1)."

El don de piedad se diferencia tambien de la caridad bajo dos aspectos; el espíritu de piedad es el excitador de la caridad, como el viento es el impulsor de la nave. La caridad nos hace amar á Dios, porque es infinitamente perfecto é infinitamente bienhechor; el don de piedad nos hace que lo amemos, porque es padre, más padre que todos los padres, padre de los cristianos y de todos los hombres á quienes amamos como hermanos (2).

2º ¿Cuáles son los efectos particulares del don de piedad? Se cuentan dos efectos principales ó actos particulares del don de piedad, segun los objetos respecto á los cuales se ejercita. Son estos objetos: Dios y todo lo que al mismo pertenece, sus templos, sus ministros, su palabra; el prójimo, su cuerpo y su alma (3). Siendo Dios el principal objeto del don de piedad, resulta de aquí que el acto principal de este don es el culto filial, interior y exterior que damos á Dios.

Culto interior. Se compone de todos los sentimientos de fé, esperanza y caridad impresos en un corazon ablandado por el fuego de la piedad filial. Sentimientos todos que revisten un carácter particular, difícil de explicar. En efecto, ¿cómo decir lo que son los deliquios de amor, las resoluciones heróicas, las lágrimas placenteras, los santos deleites, las dulces familiaridades, la confianza y las confidencias infantiles, las mismas quejas y los tiernos reproches del alma que se siente hija y esposa de Dios? Prestemos oido atento á algunos de sus ecos. Ella le dice en sus ternuras: Mi amado para mí y yo para él.... yo le así; y no

1. I *Joan.*, III, 1
2. *S. Anton.* XV, c. I.
3. *Id.*, *ibid.*

le dejaré (1). En sus expansiones: Preparado está mi corazon, oh Dios, preparado está mi corazon; tú eres mi herencia; fuera de tí, no hay nada para mí ni en el cielo ni en la tierra (2). En sus arideces: ¿Hasta cuándo me olvidarás? Bien ves que soy en tu presencia como un jumento, y mi alma como una tierra sin agua (3).

En sus tristezas: ¿Por qué apartas de mí tu rostro? ¿Por qué te manifiestas como dormido, oh Señor? ¿No ves que mi voz ha enronquecido á fuerza de llamarte? Pero hagas lo que hagas, yo no me apartaré de tí sin que me bendigas (4). En su desaliento: Aunque me mates, Señor, esperaré en tí (5). En sus sufrimientos: Preciso es confesar, que sois maravillosamente hábil para atormentarme: ¿Por ventura soy yo duro como las piedras, ó mi carne como el estaño? ¿Está bien, oh Dios mio, que descargueis todo el peso de vuestro poder contra una hoja seca que se lleva el viento? (6) En los reveses de la fortnna, ó en la pérdida de los ollegados: Cállome, Señor, y no abro mi boca; porque sois vos quien lo ha hecho, así sea, oh Padre mio; puesto que así lo habeis tenido á bien: (7) En sus mismas faltas. Sois mi Redentor y mi Padre; vos me perdonareis mi pecado, porque grande es (8).

He ahí algunos de los sentimientos que el don de piedad despierta en el alma y que dan la medida de la superiori-

1. *Cantic.*, III, 4.
2. *Ps*. 56, 72.
3. *Ps* 142. 12, 72, 118.
4. *Ps*. 43, 68; *Gen*. XXXII, 26
5. *Job*., XIII, 15.
6 *Job* ; X, 16; VI. 12; XIII, 25.
7. *Ps* 3.; *Matth*. II, 26.
8. *Is*., LXIII, 16; *Ps*. 24.

dad moral, que el mundo cristiano debe al Espíritu Santo (1).

Culto exterior. A estos sentimientos de piedad filial corresponde un órden de hechos privados y públicos que llevan impreso el mismo carácter. Hechos privados: entre el Padre celestial y su hijo, el hombre, todo se hace comun; tienen las mismas alegrías, las mismas tristezas, los mismos intereses, los mismos pensamientos, el mismo objeto. Penetrado de ternura este hijo ama sobre todas las cosas la gloria de su Padre. A fin de procurarla ó de repararla todo le viene llano, oraciones, mortificaciones, limosnas, buenos ejemplos y buenos consejos, trabajos, sacrificios. Cuando ve los ultrajes que se hacen á su Padre y las almas que el paganismo moderno le arrebata, hácersele pesada la vida. Para hacer más ligera esta carga, se asocia con ardor á todas las obras reparadoras.

La más preciosa de todas, la *Propagacion de la fé*, tiene en él uno de sus más ardientes partidarios. No se verifica una nueva conquista evangélica, cuya noticia no lo inunde

1. El cristiano, hijo de Dios, en sus relaciones con el Padre celestial, llega, gracias al don de piedad, hasta un grado de familiaridad que nos asombra, sin dejar por esto de ser legítima. Se echa de ver sobre todo en sus oraciones. Véase una de ellas que con sumo placer traducimos. El original italiano, escrito toscamente, con faltas de ortografía y de prosodia, está sacado del devocionario de un paisano de Colle Berardi, cerca de Casamari, llegado á Roma para las fiestas de Pascua de 1858 Un francés recogió sin escrúpulo alguno este papel Las señales evidentes de un largo uso hacian creer que su dueño lo sabia de memoria. "¡Eterno Padre! Os presento dos letras de cambio.—Una es la acerba pasion de vuestro único amado Hijo, muerto por nosotros en la cruz.—La otra es el dolor de su santísima Madre que por mi amor y por mi culpa sufrió tan amargas penas.—Cobraos, pues, Eterno Padre, de estas dos letras de cambio lo que os debo y *volvedme el resto, rifatemi il resto.*"

de alegría; no se suscita una persecucion que no lo conmueva hasta arrancarle las lágrimas.

Si ama la gloria de su Padre, no ama ménos su casa. El sonar de la campana que lo llama, hace vibrar todas las fibras de su corazon y pone en sus lábios aquellas palabras de los verdaderos Israelitas: Alegría me causa lo que se me dice: Iremos á la casa del Señor. Su porte da á entender el respeto filial de que está poseido. La pompa de las ceremonias, la magnificencia de los ornamentos sagrados, el brillo de los vasos del altar, constituyen su más vivo espectáculo.

Léjos de considerar como una pérdida, á semejanza de los Judas antiguos y modernos, las ricas telas, la plata, el mármol, las piedras preciosas que se ofrecen á Nuestro Señor en sus templos, querria, por el contrario, tener en su mano todas las riquezas del mundo para regalárselas á su Padre. Tales son las disposiciones y los hechos que en el órden privado revelan el espíritu de piedad filial.

Hechos públicos. La más alta expresion del don de piedad filial es el culto católico que manifiesta un océano de amor. En sus festividades, en sus sacramentos, en sus ceremonias, no hay nada que sea sombrío, seco ó extraño; todo por el contrario, respira dulzura, é infunde confianza. Solo el amor canta, y el catolicismo siempre está cantando. Canta sus alegrías y sus *tristezas*; sus temores y sus expiaciones aun las más duras; canta hasta la misma muerte y los misterios de la tumba.

Sí, canta siempre, porque ama siempre y su amor está siempre respirando inmortalidad. ¿Qué dicen sino todos sus cantos, sus himnos, sus prosas, sus prefacios? Una sola cosa: amor. ¿Qué son en efecto sino la traduccion, bajo mil variadas formas, de la divina oracion del amor filial:

Pader nuestro que estás en los cielos? No se ha visto, ni se verá jamás cosa semejante entre los paganos, ni entre los herejes. La razon de esto está en que el espíritu de piedad no se encuentra más que en la Iglesia.

¡Dios mio! Nadie tan padre como vos: nadie tan tierno: *Tam pater nemo, tam pius nemo* (1). Ved, pues, lo que el don de piedad ha venido á poner en el corazon y en los lábios del género humano; del género humano que durante cuatro mil años estuvo diciendo: Moriré ciertamente, porque he visto á Dios (2), ¡Y ante esta revolucion, profunda como el abismo, brillante como el sol, inexplicable como Dios, aún hay quien venga á pedir la prueba de la verdad del cristianismo y de la divinidad del Espíritu Santo.

Sin embargo, el fuego no solo ablanda la cera, sino que la liquida y la hace correr: esta misma accion ejerce sobre las almas el espíritu de piedad. El amor filial que nos inspira hácia Dios, se difunde primeramente sobre lo que pertenece más de cerca á Dios; los ángeles, los santos, los sacerdotes (3).

Para no hablar más que de los ministros del Señor, el don de piedad nos da el sentido práctico de estas palabras: "El que oye, me oye á mí; y el que os desprecia, á mí me desprecia (4)." Y el de estas otras: "El que es adoctrinado en la palabra, haga partícipe de todos sus bienes al que lo adoctrina (5)."

Para el que está iluminado por el don de piedad, no es el sacerdote lo que por desgracia es para el mundo actual, ni un hombre como otro cualquiera, ni un extranjero, ni

1. *Tertulian.*, *de Penitent.*, c VIII.
2. *Judic.*, XIII; 22.
3. *S. Anton.*, *ubi supra.*
4. *Luc.* X, 16.
5. *Galat.*, VI, 6.

un enemigo de las luces y de la libertad; sino que es el embajador de Dios, el bienhechor de la humanidad, el maestro más seguro, el mejor de los amigos. De aquí la ternura filial que se encierra en el corazon de los verdaderos católicos hácia los padres de sus almas; la docilidad en seguir sus consejos, la solicitud que pasan por sus necesidades, la dicha que experimentan en recibir sus visitas, en ofrecerles hospitalidad, en hacerlos partícipes lo mismo de las alegrías que de las desgracias de familia; las súplicas que elevan por su conservacion; el celo con que salen á su defensa ó la prisa que se dan para cubrir sus faltas con el manto de la caridad. El Espíritu de piedad filial, abarcando toda la gerarquía sagrada, desde el soberano pontífice hasta el último de los clérigos, asegura la dicha de la sociedad, porque es la salvaguardia de la ley fundamental de su existencia: *Honra á tu padre y á tu madre, y vivirás largos años sobre la tierra.*

El hijo que ama á su padre, no ama solamente á sus enviados, sino que ama tambien su palabra (1). A los ojos del cristiano, animado del espíritu de piedad, la palabra de Dios, ya lo comprenda ó no, es igualmente querida y respetable. Sabe que le viene de su Padre y que es la verdad; esto le basta. Si la comprende, la acepta sin discutir. Si no la comprende, pregunta su interpretacion, y no á su razon individual, sino á la Iglesia. El impío que blasfema de la Escritura santa, el hereje que la desnaturaliza, el mal cristiano que la desdeña, y critica y hace burla de la palabra divina, le causan horror.

Como el hijo bien nacido no lee jamás sin enternecerse el testamento de su querido padre; así el verdadero católico

1. Tertius actus pietatis, quæ est donum, est Scripturæ sacræ intellecte non contradicere, cum sint verba Dei. *S. Anton, ubi supra.*

nunca lee el Antiguo y, sobre todo, el Nuevo Testamento, sin que su lectura le hable al corazon. A imitacion de San Cárlos, lee el texto sagrado de rodillas y con la cabeza descubierta, y como San Antonio se asombra, no de que un emperador escriba al último de sus súbditos, sino de que el mismo Dios se haya dignado de escribir al hombre. Mas todavía, á ejemplo de los primeros cristianos, lleva frecuentemente consigo mismo el Evangelio: y así viaje como esté de asiento, alimenta todos los dias con él su corazon y su espíritu.

Otro de los objetos del don de piedad, es el prójimo (1). La virtud natural que se llama piedad filial, nos conduce á amar no solamente á nuestro padre carnal, sino además á todo lo que está unido á él por los lazos de la sangre. El espíritu de piedad lleva á cabo el cumplimiento de este deber de un modo mucho más perfecto y dilatado. Mucho mas perfecto; la gracia y no la naturaleza es su principio y su móvil: mucho más dilatado; todos los hombres son su objeto. Del corazon donde reside el don de piedad, brota produciendo las siete obras de misericordia corporales y las siete espirituales. Es semejante al candelero de oro que con sus siete brazos iluminaba el templo de Jerusalen y lo embalsamaba con los más suaves perfumes. Estas obras, hijas del don de piedad, abarcan todas las necesidades de la humanidad. Que se cumplan fácilmente, y las sociedades tocarán á su perfeccion y la tierra será un cielo. Basta nombrarlas para probarlo.

Las siete obras de misericordia corporales son:

1ª *Dar de comer al hambriento y de beber al sediento.* Siendo el alimento la primera necesidad del hombre, es

1. Quartus actus ejus est constitutis in miseria subvenire. *S. Ant., ubi supra.*

tambien el primer objeto y el primer acto del don de piedad ¿Puede un hermano ver sufrir á su hermano, sufrir hambre y sed sin darle de comer y de beber? Pero entre el hombre que socorre á su semejante y el cristiano que ejerce la caridad, hay una gran diferencia.

El primero obra por el móvil completamente humano, de la fraternidad natural; el segundo, por el impulso superior de la fraternidad divina. El primero puede dar, solo el segundo *se* da. El primero da á los que ama; el segundo da aun á sus enemigos. El primero es inconstante, el segundo perseverante como el principio que le hace obrar. Basta al primero haber dado el pan y el agua: la dicha del segundo consiste en consolar al necesitado y añadir á lo estrictamente necesario, algo más que sea compatible con sus recursos y esté en armonía con las necesidades del pobre.

2ª *Dar posada al peregrino*: Puede el hombre no necesitar pan para saciar su hambre, ni agua para apagar su sed; pero va de viaje y es extranjero. Se cierra la noche y no tiene abrigo ni medios de procurárselo. El Espíritu de piedad quiere que lo tenga, y lo tendrá. A diferencia de la hospitalidad natural, que antes de abrir su puerta examina los andrajos del pobre y su semblante, la hospitalidad cristiana lo recibe á ojos cerrados y con los brazos abiertos. Sabe que en la persona del pobre, cualquiera que pueda ser, dispensa acogida y albergue y abrigo al Mendigo celestial: *Christus est qui in universitati pauperum mendicat.*

3ª *Vestir al desnudo.* El Espíritu de piedad filial ha dado y sigue dando todos los dias y en todos los puntos de la tierra en que se deja sentir, pañales al recien nacido, y al pobre vestido para cubrirse y cama para descansar. El hace resonar en todos los oidos cristianos estas palabras de un gran doctor de la Iglesia: "Al famelico pertenece el

pan que guardas en tu casa, al desnudo el vestido que tienes encerrado en el fondo de tu arca; al descalzo, ese calzado que la polilla se come; al necesitado, ese dinero que tienes enterrado. Cuantos sean los pobres que pudiendo socorrer no socorras, tantas serán las injusticias que cometas (1)."

4ª *Visitar al enfermo.* El mundo pagano que contaba por miles sus teatros, no tenian un solo hospital. Mas sopló el espíritu de piedad, y el mundo se llena de palacios para recibir á las víctimas de las enfermedades humanas. Generacion tras generacion, estos palacios se han poblado de ángeles visibles cuyo risueño semblante ha consolado al enfermo, cuya industriosa caridad le ha procurado mil dulzuras y cuya mano, suave y fuerte á la vez, ha curado sus llagas ó ahuecado la paja de su lecho. El mismo espíritu lleva, sin cesar un solo dia, á la dama caritativa, á la discípula de San Vicente de Paul, al asilo del sufrimiento; y bajando así el fuerte hasta el débil, contribuye, más eficazmente que todos los discursos, á apretar los lazos sociales.

5ª *Consolar al preso.* Ordinariamente el pobre, lo mismo que el enfermo, pueden en muchas circunstancias exponer sus necesidades y excitar la compasion. Este recurso falta al prisionero. Una doble barrera aleja de él la caridad; los muros de su prision y la repugnancia que inspira. Gracias al don de piedad, los horribles calabozos del paganismo y las fétidas mazmorras del mahometismo se han cambiado en prisiones menos mortíferas. El prisionero no

1. Esurientis est panis ille quem tu apud te detines. Nudi, vestis illa quam in cella tibi servas. Discalceati, calceus ille qui domi tuae putredine corrumpitur. Egeni, argentum quod humi defossum habes. Itaque tot injuria afficis, quod tis rebus, dum licet, non juvas. *S Basil. conc.* IV *de Elemos.*

estará ya solo para devorar sus lágrimas y arrastrar sus cadenas; y si debe subir al patíbulo, tendrá un brazo fraternal que lo sostenga, y un amigo desinteresado que lo consuele y le abra el cielo en recompensa de su sacrificio.

6º *Redimir al cautivo.* La Roma pagana daba al acreedor el derecho de vender por dinero al deudor insolvente. El Espíritu de piedad al soplar sobre el mundo, no solamente abolió este derecho bárbaro, sino que inspiró al mismo tiempo fundaciones consagradas al rescate del deudor. Toda la antigüedad pagana hacia la guerra para conquistar botin y esclavos; *rara vez se rescataba á los soldados* prisioneros. Ser vendidos como bestias de carga, inmolados sobre la tumba de los vencedores, ó reservados para los juegos homicidas del anfiteatro, era la suerte ordinaria que les esperaba. Gracias al don de piedad la guerra se ha hecho más humana; la vida de los prisioneros es respetada, su canje ó su rescate ha venido á ser ley sagrada entre las naciones cristianas. El cautivo cristiano, cualquiera que sea su nombre, su condicion ó su país, es para el cristiano un hermano y amigo. Los anales de Marruecos, de Tanger, de Tunez, de Argel y otras mil ciudades, darán eternamente cuenta de los milagros de redencion, verificados durante muchos siglos á favor de los cautivos cristianos (1).

7ª *Enterrar á los muertos.* Colocar en el número de las otras más excelentes todo lo que más repugna á la natu-

1. Desde 1,198 hasta 1,787, los Trinitarios rescataron en las costas de Berbería 900,000 esclavos. Por su parte los Padres de la Merced libertaron 500,000. Contando los gastos de viaje y de trasporte, los derechos que tenian que pagar y otras extorsiones de dinero, el precio de un eslavo ascendia por término medio á 6,000 libras, lo cual para 1.200,000 da el total enorme de 7.000000 de pesetas. ¡Y aún se habla de la caridad moderna y de la filantropia! Véanse los Anales de la propagacion de la fé, n. 233, p. 271, an. 1867.

raleza, es obra admirable del Espíritu de Piedad. Pues bien, el mundo cristiano ha visto lo que el mundo pagano no hubiera podido jamás ni aun suponer, asociaciones numerosas, tales como los Celitas, consagradas á dar sepultura á los muertos. ¡Qué leccion de respeto al hombre no se encierra en los cuidados religiosos que aun hoy mismo deben tenerse con los restos mortales del pobre, no menos que con los del rico! ¡Qué incesante predicacion de ese dogma que es el consuelo de la vida y la base de la sociedad, del dogma de la resurreccion de la carne! Así es como el corazon del cristiano, fundido por el Espíritu Santo, cual la cera es fundida por el fuego, se reparte para todas las necesidades corporales del hombre, desde la cuna hasta el sepulcro. Con igual solicitud se consagra á sus necesidades espirituales; siete géneros de sacrificio ó siete obras de misericordia las alivian.

1ª *Enseñar al que no sabe.* La primera necesidad del alma es la verdad. Hacerla brillar á sus ojos es tambien la primera devocion que inspira el Espíritu de piedad. La *bella* antigüedad no era más que un rebaño de bestias. Las tres cuartas partes, y algo más, del género humano, compuestas de esclavos, vivian sin Dios, sin fé, sin esperanza, sin consuelo, sin otra ley que el capricho de sus amos. Estos mismos, esclavos á su vez del Espíritu de las tinieblas, ó desdeñaban, ó ignoraban, ó combatian, ó desfiguraban la verdad. El amor fraternal de las almas, inspirado por el Espíritu de piedad, ha cambiado la faz del mundo, sacándolo de la barbárie é impidiendo que vuelva á caer en ella. El es el que de uno á otro polo multiplica los órganos de la verdad, y desde la entrada hasta la salida de la vida, enciende los faros destinados á alumbrar el tenebroso derrotero de la humanidad. El es quien todos los dias lleva

allende los mares y establece en medio de las tribus salvajes al misionero católico y á la hija de la caridad.

2ª *Corregir al que yerra.* Apenas llega el hombre al uso de la razon cuando ya siente en sí mismo la ley de la carne; esta potencia funesta emplea mil solicitaciones para arrastrarlo al mal. Advertirle, á fin de prevenir la caida; levantarlo, cuando cae; tal es, en el órden espiritual, el segund beneficio del Espíritu de piedad. ¿Quién podrá medir su extension? Preservar ó curar al hombre de una enfermedad mortal, es un beneficio; dar la vista á un ciego, es un beneficio; volver á poner en camino al viajero extraviado que marcha al precipicio, es un beneficio.

Mas preservar al alma ó curarla de la lepra mortal del pecado; abrir los ojos al pecador que no ve su desgracia, que no la quiere ver; hacer que acepte el consejo que rechaza, la correccion que le irrita, el socorro de la mano que lo detiene al borde del abismo, ¿no es un beneficio incomparablemente más grande? Para realizar todo esto ¡qué hábiles industrias, qué dulces palabras, qué sacrificios más difíciles para la naturaleza, y qué medios más ingeniosos nos sabe inspirar el Espíritu de piedad! Y sin embargo, nunca se contará el número de las almas, almas de jóvenes y ancianos, almas de padres y de hijos, que él ha preservado ó apartado del mal, y que preserva ó aparta todos los dias.

3ª *Dar buen consejo al que lo ha de menester.* ¿Quién no tiene necesidad de este nuevo beneficio del Espíritu de piedad? El hombre nace envuelto en tinieblas; no tiene para guiarse más que los resplandores inseguros de su razon vacilante. Con la edad llega á ser juguete de su imaginacion y de sus sentidos. En las relaciones con sus semejantes está expuesto con frecuencia á ser víctima de los artificios de un extraño ó de sus propias perplejidades. Infeliz,

si queda abandonado á sí mismo; más infeliz todavía, si no quiere admitir consejo. *El que se constituye en maestro de sí mismo, se hace discípulo de un tonto* (1).

Sí por cierto, es un hecho acreditado por la experiencia que la necedad, hija del orgullo, conduce á la ruina. Así, de un consejo depende á veces la fortuna, el honor y la salud; por consiguiente, no hay limosna más útil que un consejo inspirado por el Espíritu de piedad. Aun cuando el tribunal de la penitencia no tuviese otro objeto que el de dar consejos, todavía seria digno de las bendiciones de toda la tierra.

4ª *Consolar al triste.* La vida del hombre en esta tierra de prueba no es sino una série de sufrimientos bajo todos los nombres y en todas las formas. En tanto que la muchedumbre se apiña en rededor de los dichosos del siglo, deja solo con sus pesadumbres al afligido. El Espíritu de piedad previene este acto cruel de egoismo, inspirando al hombre una verdadera compasion hácia el que sufre. Gracias á él, ¡qué diferencia entre el desgraciado bajo el imperio del paganismo, y el desgraciado bajo el reinado del cristianismo! Allí, una insensibilidad estóica y casi bárbara; aquí, corazones enternecidos y ojos que lloran. Allí, cuando más, algunas palabras frias como el destino inexorable; aquí, palabras llenas de esperanza, que reaniman el valor abatido y hacen la cruz ligera, llegando á veces hasta hacerla preferible á los más dulces placeres. Por lo menos, ¡cuántas lágrimas dulcificadas, cuántas desesperaciones evitadas, cuántos suicidios impedidos!

5ª *Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.* El consuelo nos ayuda á soportarnos á nosotros mis-

1. Qui se sibi magistrum constituit, se stulto discipulum subdit. S. *Bern.*

mos; la paciencia nos hace soportar á nuestro prójimo. Haz con tu hermano, dice el Espíritu de piedad al cristiano, lo que quieras que él haga contigo. El tiene sus defectos, tú tienes los tuyos. Si quieres que él te sufra, súfrelo tú tambien á él. Llevando entre los dos la carga, la encontrareis menos pesada; sobre todo, la hareis meritoria. El Espíritu de piedad ha hablado, y los genios más opuestos pueden vivir juntos; y familias que de otra manera serian un infierno anticipado, llegarán á ser mansion de la concordia y vestíbulo del cielo.

6ª *Perdonar las injurias.* Entre sufrir con paciencia una injuria y perdonarla de todo corazon, hay gran diferencia. Puede callarse la boca, y estar sin embargo profundamente ulcerada el alma. De ahí los inveterados y negros rencores que hacen de la vida una vergüenza y un tormento. Mas he aquí que el Espíritu de piedad repite al oido del corazon herido: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; y de estas omnipotentes palabras brotan millones de milagros más grandes que la resurreccion de un muerto. El brazo se desarma, el resentimiento se apaga, el perdon deja de ser una debilidad; y en lugar de pasar por una gloria, la venganza repugna como un crímen vergonzoso.

7ª *Rogar á Dios por los vivos y difuntos, y en especial por nuestros perseguidores.* Estar olvidado durante la vida, y sobre todo despues de la muerte, á no ser más que objeto de un recuerdo estéril, es uno de los más crueles tormentos para el corazon. El Espíritu de piedad ha venido á evitárnoslo. No olvidareis, nos dice, ni á los vivos ni á los muertos, ni aun á los que os persiguen. Tened recuerdos útiles para todos; vuestras oraciones obtendrán para ellos los bienes que vuestro corazon desea, pero que vuestra im-

potencia no puede darles. Los favores que han hecho y los infortunios que han socorrido en la tierra y en el purgatorio estas sencillas palabras, nadie los sabrá, como no sea en el dia de las grandes manifestaciones, en el cual nos será dado ver en toda su extension la fecundidad inagotable del Espíritu de piedad.

3° ¿Cuánta es la necesidad del don de piedad? Apelamos ahora á todo hombre imparcial y le preguntamos, si es posible, aun desde el punto de vista meramente humano, imaginar cosa más fecunda y más necesaria que el don de piedad. Si, lo que es imposible, no supiese responder, considere el don de piedad bajo otro aspecto. El hombre, no nos cansaremos de repetirlo, está colocado entre dos espíritus opuestos; haga lo que quiera, él obedece á uno ó á otro. Si no es inspirado por el Espíritu de piedad, es impulsado por el Espíritu contrario. ¡Y cuál es este? Es el Espíritu de *Envidia* (1). Entristecerse por el bien de otro, alegrarse de su mal; he aquí lo que es la envidia en sí misma (2).

¿Puede imaginarse nada más perverso, más vergonzoso y más antisocial? Nada, á no ser la misma envidia considerada en sus efectos. ¿Cuáles son estos? Mientras que el don de piedad ablanda el corazon, lo ennoblece, lo dilata y lo derrama en efusiones de amor hácia Dios y hácia el hombre; la envidia lo endurece, lo degrada, lo cierra, lo hace malo y desdichado. El gusano en la madera, el orin en el hierro, la polilla en la ropa, todo esto es la envidia en el corazon. Lo corroe y lo llena de toda especie de mal y lo despoja de toda especie de bien. Los demás vicios se opo-

1. Donum pietatis expellit Spiritum invidiæ, quæ crudelis est et non potest pati allos bona habere, sed potius appetit sui malum cum pejore malo proximi. *S. Anton.*, VI p., tit. X, c. I.

2. Invidia est alienæ felicitatis tristitia, et in adversitate lætitia. *S. Bonav.*, *Diæta salutis*, c. IV.

nen á una virtud particular; la envidia se opone á todas. Semejante á las aves nocturnas, cuyos ojos ofusca la luz, el envidioso no puede soportar el brillo de ninguna virtud, de ninguna superioridad, de ninguna ventaja, de ninguna afeccion que no se dirija á él.

De aquí proviene que la envidia sea llamada, no una fiera mala, sino una fiera muy mala (1). La envidia perdió á los ángeles en el cielo. La envidia perdió á nuestros primeros padres en el paraiso terrenal. La envidia hizo de Cain un fratricida. La envidia vendió á Joséph. La envidia crucificó al Hijo de Dios. Si hubieran de referirse todas las ruindades, los envenenamientos, las calumnias, los odios, las injusticias, las divisiones, los actos del más cruel egoismo, es decir, las vergüenzas, las desgracias engendradas por la envidia, se necesitaria citar casi todas las páginas de la historia de los pueblos y de las familias. Librar á la humanidad de semejante azote, es beneficio reservado al Espíritu de piedad. ¿Y esto, no es nada? El don de piedad es, pues, como todos los otros, un elemento social, que ninguna invencion humana podrá reemplazar jamás.

1. Unde non tantum dicitur mala, sed pessima. Hæc est fera pessima quæ devoravit Joseph. *S. Bonav. ubi supra.*

CAPITULO XXIX.

EL DON DE CIENCIA.

SUMARIO.—Lo que es el don de ciencia.—Obra sobre el entendimiento.—Diferencia entre el don de ciencia, la fé y la ciencia natural.—Palabras de Donoso Cortés.—El don de ciencia hace discernir con certidumbre lo verdadero de lo falso y preserva de los sofismas del error.—Obra sobre la voluntad y nos preserva de las fascinaciones mundanas.—Desarrolla y ennoblece todas las ciencias.—Pasaje de Donoso Cortés.—El don de ciencia es hoy más necesario que nunca.—Opuesto al espíritu de cólera.—Pruebas de esta oposicion.—El don de ciencia, principio de paz universal.

Ablandar la dureza del corazon y comunicarle una sensibilidad exquisita para todo lo que debe amar; infundirnos filial sumision y afeccion respecto á Dios; hacernos fraternalmente compasivos, dulces, afables, indulgentes para con el prójimo; matar la envidia y los celos, elementos destructores de la felicidad y la concordia; formar entre el cielo y la tierra, como entre todos los hombres, el gran lazo social de la caridad; tales son los efectos generales del don de piedad. No menos precioso, ni menos necesario es el don de ciencia: basta darlo á conocer para probar este aserto. De aquí nuestras tres cuestiones: ¿Qué es el don de ciencia? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál su necesidad?

1º ¿Qué es el don de ciencia? *La ciencia es un don del Espíritu Santo, que perfecciona el juicio y nos hace discernir con certidumbre*, en las cosas espirituales, *lo verdadero de lo falso y el bien del mal* (1).

---

1. (Donum scientiæ) est habitus infusus, á gratia fluens, quo homo á Spiritu Sancto movetur ad habendum certum et rectum

Decimos *que perfecciona el juicio.* Los dones de temor y de piedad obran principalmente sobre la voluntad. Esta, ciega por naturaleza, reclama una direccion, sea para temer, sea para amar; y nó puede recibirla más que del entendimiento. Pero nuestro entendimiento está envuelto en tinieblas, sujeto á mil ilusiones y expuesto sin cesar á ser víctima del error. Evidentemente, su primera necesidad es una aptitud séria para discernir lo verdadero de lo falso, aptitud que, haciéndonos apreciar las cosas en su justo valor, fija con certidumbre la medida de nuestras afecciones y temores. ¿Quién satisface esta primera necesidad? El don de ciencia.

Este don no es ni la ciencia divina en sí misma, ni la fé; ni la ciencia natural. No es la ciencia divina, en el sentido de que este don aporte al alma la plenitud de todos los conocimientos: pero si no es la ciencia, es un medio necesario para obtenerla. En efecto, comunica al entendimiento un impulso, un vigor, una extension, una aptitud, que lo hace capaz de conocer del modo que Dios conoce, por una simple vision (1). De aquí nace una gran facilidad para aprender la verdad y razonar de ella. De aquí tambien un discernimiento seguro para distinguir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto, lo sólido de lo imaginario, lo real de lo que solo es aparente.

---

judicium de his quæ sunt fidei, ad discernendum credenda á non credendis, absque omni discursu per causas secundas sive creatas, et quo habet certum judicium circa agenda, ut nullo modo deviet á ratione justitiæ. Et hæ dicitur scientia sanctorum, de qua Sap. x. *Justum deducit Dominus per vias rectas, et dedit illi scientiam sanctorum. Vig.*, c. XIII, pár. 3.

1. Divina scientia non est discursiva vel ratiocinativa, sed absoluta et simplex: cui similis est scientia quæ ponitur donum Spiritus Sancti, cum sit quædam participata similitudo ipsius. *S. Th.*, 2 2, q. 9, art. 1, ad 1.

No es la fé; pero la perfecciona, como todos los dones del Espíritu Santo perfeccionan las virtudes teologales (1). Por la fé se conoce la verdad y se le presta consentimiento. Por el don de ciencia se conoce la verdad más claramente, se la apoya con más sólidas razones, se afirma más á conciencia, *rationabile obsequium*, se defiende más victoriosamente y se predica con más eficacia. El don de ciencia nos hace llegar á esta perfeccion por el estudio de las cosas criadas, de las que forma una vasta síntesis y como una escala de luz que nos eleva hasta Dios.

Para el cristiano enriquecido con el don de ciencia, el universo es un libro escrito por dentro y por fuera. Por encima de los cuerpos y de sus propiedades, por encima de las proporciones químicas de los elementos que los componen, ve lo que hay oculto, á Dios, al Dios poderoso, al Dios sábio, al Dios bueno, que lo hace todo con número, peso y medida y lo dirige todo á un mismo fin: oye lo que de otros no es oido, el concierto armonioso de los séres, que cantan, cada uno á su modo, las alabanzas de su autor (2).

No es la ciencia natural. El hombre, con el trabajo de su razon, puede llegar á juzgar con certidumbre de ciertas verdades; es decir, que la ciencia humana se adquiere por el raciocinio y la demostracion. Pero Dios juzga con certidumbre de la verdad, sin razonamientos ni discursos, por simple intuicion; y lo propio le pasa, dentro de ciertos límites,

1. Omnia dona ad perfectionem theologicarum virtutum ordinantur. *S. Th.*, 2. 2, q. 9, art. 1, ad 3.

2. Cum homo per res creatas Deum cognoscit, magis videtur hoc pertinere ad scientiam, ad quam pertinent formaliter. *Ibid.*, art. 2, ad 3.—Liber pulcherrimus, intus et foris depictus, est creaturarum universitas, in quo Dei perspicua habetur notitia.... Tot audientium audit voces quot creaturarum intuetur species. *S. Laurent.*, *De casto connub.*, c. XIX.

al hombre dotado del don de ciencia (1). De ahí proviene una enorme diferencia entre el sábio que no tiene el don de ciencia y el cristiano que lo posee. Con la cabeza llena de álgebra, como dice el conde de Maistre, tiene el primero una *ciencia*, penosa en su marcha, incierta en sus afirmaciones y estéril en sus resultados.

Bien diferente es la ciencia del segundo. Con libertad en sus procedimientos y dotado de aquella mirada segura que debe al Espíritu Santo, distingue sin trabajo entre la verdad y el error. Es una ciencia neta en sus afirmaciones. La historia de la razon privada del don de ciencia, es un libro de partida doble. La primera página dice, sí: la segunda dice, no: resultado, cero. Repasad todas las escuelas de la antigüedad pagana: ¿en cuál de ellas encontrareis una afirmacion firme, una de esas afirmaciones que se sostienen á costa de la vida? Pero recorred esos mismos países despues de la difusion del Espíritu de ciencia. Por todas partes oireis afirmaciones firmes, inquebrantables, vencedoras del sofisma y de la espada.

Al modo que en el centro del sistema planetario veis al sol radiante de luz, así en el centro del mundo cristiano vereis un magnífico cuerpo de doctrina compuesto de doce artículos, y despues vereis tambien á los más brillantes ingenios, que aplicando aquellas verdades á todos los estudios materiales, sociales y políticos, componen la gran síntesis de la ciencia católica á que la humanidad cristiana debe bajo todo aspecto su evidente superioridad.

Es una ciencia inmensa en su extension. La ciencia del sábio *ordinario*, igualmente que la razon que es su principio y su guia, es limitada en su objeto. El mundo sobrenatural, es decir, más de la mitad del dominio científico, se

1. *S. Th.*, 2. 2, q. art. 1, ad 1.

le escapa ó no le ve sino al través de oscuras nubes. Con algunas verdades penosamente enlazadas en forma de sistema, podrá formar algunos sábios en ramos especiales; pero un verdadero sábio, jamás: siempre le faltarán la profundidad y la síntesis. La profundidad: esa ciencia ve las superficies y las aplicaciones materiales de las cosas; pero el *quid divinum*, que se oculta en la brizna de yerba no menos que en el sol, ni lo sospecha siquiera, como no sospecha las aplicaciones morales á que da lugar. La síntesis: como no conoce de modo alguno, ó solo conoce muy imperfectamente á Dios, al hombre, al mundo y sus mútuas relaciones, es incapaz de enlazar, como se necesita, los conocimientos del órden inferior con las verdades del órden superior y de dar á sus trabajos un carácter de verdadera utilidad.

Es una ciencia fecunda en sus resultados. El más hermoso resultado de la ciencia es conducir el hombre á su fin. Pues bien, la ciencia humana no ha enseñado nunca á nadie, ni enseñará jamás á ninguno de una manera cierta, cuál sea ese fin y cuáles los medios que á él conducen. Mas el don de ciencia no solo engrandece todas las ciencias humanas y las coordina, sino que además ha dotado al mundo de una ciencia cuyo nombre mismo fué desconocido de las academias paganas, de una ciencia que ella sola hace más servicios á la sociedad que todas las otras juntas. Hablamos de la ciencia de los santos, *scientia sanctorum*.

Efectivamente, la ciencia de los santos es entre todas la más magnífica, la más extensa, la más útil, la única necesaria, la única que hace progresar verdaderamente á la humanidad, la única á que necesariamente se refieren, so pena de corromperse, todas las demás ciencias sociales, filosóficas, naturales y matemáticas. ¿Y por qué es así? Por-

que la ciencia de los santos es la única que está llena de verdad y solo de verdad, verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo.

Para disipar una ilusion, que muchas veces engendra una admiracion funesta, acabemos de marcar la diferencia que existe *entre un entendimiento* rico del don de ciencia y otro que no lo tenga. "La disminucion de la fé que produce la disminucion de la verdad, dice Donoso Cortés, no lleva consigo forzosamente la disminucion, sino el extravío de la inteligencia humana. Misericordioso y justo á un tiempo mismo, Dios niega á las inteligencias culpables la verdad, pero no las niega la vida; las condena al error, mas no á la muerte. Por eso todos hemos visto pasar delante de nuestros ojos esos siglos de prodigiosa incredulidad y de altísima cultura, que han dejado en pos de sí un surco, ménos luminoso que inflamado en la prolongacion de los tiempos, y que han resplandecido con una luz fosfórica en la historia. Poned, sin embargo, en ellos vuestros ojos; miradlos una vez y otra vez, y vereis que sus resplandores son incendios y que no iluminan sino porque relampaguean. Cualquiera diria que su iluminacion procede de la explosion súbita de materias de suyo oscuras, pero inflamables, más bien que de las purísimas regiones donde se engendra aquella luz apacible, dilata suavemente en las bóvedas del cielo, con soberano pincel, por un pintor soberano.

"Y lo mismo que aquí se dice de las edades, puede decirse de los hombres. Negándoles ó concediéndoles la fé, les niega Dios ó les quita la verdad: ni les da ni les quita la inteligencia. La de los incrédulos puede ser altísima, y la de los creyentes humilde. La primera, empero, no es grande, sino á la manera del abismo; miéntras que la segunda es santa, á la manera de un tabernáculo, en la primera ha-

bita el error, en la segunda la verdad. En el abismo está, con el error, la muerte; en el tabernáculo, con la verdad, la vida. Por esta razon para aquellas sociedades que abandonan el culto austero de la verdad, por la idolatría del ingenio, no hay esperanza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofistas los verdugos (1)."

Despues de haber considerado el don de ciencia en sí mismo, para conocerlo mejor, falta estudiarlo en sus efectos.

2º ¿Cuáles son los efectos ó las aplicaciones del don de ciencia? El ignorante ve la superficie de las cosas; el sábio ve el fondo. El ignorante se deja fascinar; no así el sábio que lo pesa y lo mide todo. De este modo el primer efecto del don de ciencia es, segun lo hemos indicado, hacernos discernir con certidumbre lo verdadero, de lo falso, lo sólido, de lo imaginario, lo verdadero, de lo aparente. El cristiano que lo posee, comprende instintivamente la falsedad de las objeciones de la impiedad contra la religion. Estos ataques, lejos de quebrantar su fé, le mueven á despreciarlos y le causan fastidio y horror. Para él, el hombre á quien el cristianismo sacó de la barbárie, de la idolatría, de la esclavitud, y que despues niega el cristianismo, el que insulta ó deja insultar al cristianismo, el que se avergüenza del cristianismo, el que abandona el cristianismo, es entre todos los séres el más vil y el más odioso; porque es el más ingrato y el más culpable.

Contra el criterio recto y seguro de que está dotado, se estrellan, por más enmascaradas que vengan, las sutilezas de la mentira y argucias del sofisma. Este discernimiento no solo vence de los sofismas del incrédulo; tambien resis-

1. *Ensayo*, &., lib. I, cap. 1.

te á los sofismas del mundo. El verdadero católico, dirigido por el Espíritu de ciencia, ve con claridad dos cosas que nadie ve sino él.

La primera es la nada de todo lo que el mundo busca y ama. Cual ciego que ha recobrado la vista, con su mirada divinamente iluminada, penetra á fondo la vanidad de las riquezas, honores y placeres: con igual seguridad que si se tratara de una verdad matemática, comprende que todas estas cosas reunidas no pueden contentar un alma inmortal criada para Dios, á la manera que el aire no puede saciar el hambre de una bestia de carga. Para él no hay palabra más verdadera que este grito de desesperacion del más sábio y más venturoso de los reyes: "Vanidad de vanidades y todo vanidad y afliccion de espíritu (1)."

La segunda es la admirable hermosura, grandeza y utilidad de todo lo que el mundo teme y tan cuidadosamente rehuye. A la luz del don de ciencia conoce la perfecta armonia de la humillacion, de la pobreza y del sufrimiento con las necesidades del hombre caido. Recibe todo eso como un enfermo recibe el remedio que debe salvarlo de la muerte y devolverle la salud, como un negociante recibiria al cliente que viniera á ofrecerle en cambio de algunas bagatelas tesoros inamisibles. Su divisa es la palabra de San Pablo: "Todo lo que antes me parecia ganancia, lo he reputado como pérdida por causa de Jesucristo. Y en verdad, todo lo tengo por pérdida por el conocimiento eminente de Jesucristo mi Señor, por cuyo amor he resuelto perder todas las cosas y las tengo por basura con tal que gane á Cristo (2)."

El segundo efecto del don de ciencia es obrar sobre

1. *Eccl.*, I, ver. 14..
2. *Philipp.*, III, 7, 8.

la voluntad y poner sus actos en armonía con las luces del entendimiento. En el cristiano animado del don de ciencia, el odio del error, de la herejía, de la incredulidad, del racionalismo, no es una ciencia especulativa. Con la vigilancia que ejerce sobre sí mismo, con su apartamiento de toda lectura, de toda conversacion anticatólicas, con el ejemplo, la oracion y demás medios que tiene á su alcance, opone una barrera á las bestias feroces que talan el campo de la verdad.

Tales son las disposiciones de todos los justos, es decir, de todos los hombres que están en gracia. Dios añade en favor de algunos la facultad superior de comunicar la ciencia por la palabra; que es lo que San Pablo llama el discurso de la ciencia: *sermo scientiæ*. El discípulo del Espíritu Santo, á quien se le ha concedido ese sublime discurso, emplea su voz y su pluma, no solo en defenderse, sino en defender á sus hermanos. Vigilias, estudios, gastos, fatigas, todo lo da su celo por bien empleado. Así es como á la ciencia que mata, opone él la ciencia que vivifica.

Igual conducta observa respecto á las fascinaciones mundanas. Si la nada de los honores, riquezas y placeres le inspira desprecio, el peligro que ofrecen le hace coger aversion á todo lo que el mundo estima. Es como uno que viajando de noche, tropieza en una pesada bolsa: la coge y se cree feliz pensando haber hallado un tesoro; pero al hacerse de dia ve que la bolsa está llena de pedazos de cristal y de reptiles venenosos, y la arroja léjos de sí con indignacion.

¡Cómo compadece á esa turba tumultuosa que se llama el mundo! ¡A esos pobres insensatos, que se consumen persiguiendo fantasmas y tegiendo telarañas, que se irritan por una injuria y se anonadan por una enfermedad ó por un revés de fortuna! Pero él, contento con la posicion en que

la Providencia lo ha colocado, no tiene deseo alguno de salir de ella. Si es pobre, despreciado y perseguido, se encuentra feliz por parecerse á su divino hermano, el Verbo encarnado; si tiene riquezas, no permite que se apeguen á ellas ni su pensamiento ni su corazon. Y aún muchas veces, por uno de esos actos de sublime locura, levanta entre sí y los peligrosos y falaces bienes de esta vida la barrera infranqueable de los tres votos de castidad, bobreza y obediencia.

El tercer efecto del don de ciencia es irradiar sobre todas las ciencias humanas, orientarlas, fecundizarlas, ennoblecerlas y darles firmeza. Solo el sábio cristiano afirma; los filósofos paganos no afirmaron nada. La afirmacion es de orígen cristiano. Es privilegio exclusivo del Espíritu de ciencia hacernos conocer científicamente el fin del hombre y del mundo, la naturaleza y armonía de los séres: pues bien, sin este conocimiento preliminar no existe ninguna ciencia. Por esto se lee en nuestros libros santos: "Vanos son, es decir, sin solidez de entendimiento ni de corazon, todos los hombres en quienes no existe la ciencia de Dios (*Sap.* XIII, 1)." Charlatanes mudos, añade San Agustin, *loquases muti*, llenos de palabras y vacíos de ideas.

A su vez, Proudhon en sus *Confesiones de un revolucionario*, escribe estas palabras: "Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología." Sobre lo cual Donoso Cortés dice así: "Nada hay aquí qu pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de Mr. Proudhon. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas (1)." Pero la teología supo-

1. *Ensayo*, &., lib. 1, cap. 1.

ne el don de ciencia como el hijo supone al padre. El que está dotado de él, es teólogo y posee en gérmen todas las ciencias. En efecto, añade Donoso Cortés: "Posee la verdad política el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que El afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto esas afirmaciones. De donde se sigue, que toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmacion relativa á Dios; ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica.

"Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo (1). Si lo es, no hay nada fuera de esa ciencia, que no tiene plural, porque el todo, que es su asunto, no le tiene. La ciencia política, la ciencia social no existen, sino en calidad de clasificaciones arbitrarias del entendimiento humano. El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas, de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas, miéntras que en Dios no hay sino una afirmacion, única indivisible y soberana. Aquel que cuando habla esplícitamente de Dios, y que cuando habla explícitamente de cualquier ciencia, ignora que habla implícitamente de teología, puede estar cierto de que no ha recibido de Dios sino la inteligencia absolutamente necesaria para ser hombre (2)."

Gracias al don de ciencia, difundido por el mundo, los

1. Por consiguiente, el principio de todo saber es el don de ciencia.

2. *Ensayo*, &c., ibid.

siglos cristianos han visto tantas veces á esos teólogos admirables, y por consiguiente, verdaderos sábios, de todas las edades y condiciones, Bernardo, Francisco de Asis, Teresa de Jesús (1), Catalina de Sena, pastores, campesinos y aun niños, gentes sin letras humanas, pero dotadas del olfato de la verdad, permítasenos la frase, que sabian descubrirla con maravilloso instinto y hablar de ella, á veces con una sencillez *que parecia su ser natural, á veces con una energía* que subyugaba las convicciones más rebeldes, á veces con una profundidad que asombraba á los sábios y con un buen sentido tan seguro que sus apreciaciones se convertian en otros tantos axiomas y reglas de conducta.

Este don precioso no se ha perdido. Hoy mismo ¿dónde hay que buscar la ciencia de la vida, la rectitud del juicio, la certidumbre de las afirmaciones, la intuicion del conjunto que enlaza el fin con los medios y los medios con el fin, el sentido práctico de las cosas, ese gran maestro de la vida, como le llama Bossuet? No en las academias literarias, ni en las asambleas políticas, ni en las corporaciones que presumen de sábias; buscad todo eso en los verdaderos cristianos.

"La ciencia de Dios, continúa el ilustre publicista español, da al que la posee sagacidad y fuerza: porque á un mismo tiempo aguza el ingenio y lo dilata. Lo que para mí hay de más admirable en la vida de los Santos, y señaladamente en la de los padres del Yermo, es una circunstancia que aún no ha sido apreciada debidamente. Yo no sé de ningun hombre acostumbrado á conversar con Dios y ejer-

1. El sábio autor francés no llevará á mal que intercalemos aquí justísimamente el nombre inmortal de la incomparable doctora mística, honra de su sexo y gloria preclarísima de España.

(*Nota del Traductor*).

citarse en las divinas especulaciones, que en igualdad de circunstancias no se aventaje á los demás, ó por lo entendido y vigoroso de su razon, ó por lo sano de su juicio, ó por lo penetrante y agudo de su ingenio, y sobre todo, no sé de ninguno que en circunstancias iguales no saque ventaja á los demás en aquel sentido práctico y prudente que se llama el buen sentido (1)

3º ¿Cuánta es la necesidad del don de ciencia? El don de ciencia, ya lo hemos visto, nos hace discernir con certidumbre lo verdadero de lo falso, lo real de lo imaginario. ¿Ha sido nunca más necesario que hoy? En un mundo que niega á Dios, que niega á Jesucristo, que niega la Iglesia, que proclamando la igualdad de todas las religiones envuelve la verdad y el error en un desprecio comun, que niega la distincion absoluta del bien y del mal, que llama progreso á lo que no es sino desviacion, y luz á las tinieblas y libertad á la servidumbre, ¿cómo discernir lo verdadero de lo falso? En un mundo que no vive más que para las riquezas, los honores y los placeres, que no estima en nada los bienes del alma y de la eternidad, que ha llegado á tratar de quimera el mundo sobrenatural todo entero, ¿cómo será posible librarse de la fascinacion general? En medio de semejante *Babilonia* ¿no deberemos levantar la vista al cielo y clamar al Espíritu Santo: Señor, Dios mio, ilumina mis ojos para que yo nunca me duerma en la muerte; no sea que alguna vez diga mi enemigo: He prevalecido contra él (2)?"

Este deber es tanto más apremiante cuanto que el hombre se encuentra en la alternativa indeclinable de vivir bajo el imperio del Espiritu de ciencia, ó bajo la tiranía del

1. *Ensayo. &.*, lib. II, cap. 8.
2. Psal. XII, 4-5.

Espíritu contrario. ¿Cuál es este espíritu directamente opuesto al don de ciencia? Segun San Antonino, es el quinto *don* de Satanás, que se llama *Ira*. "El Espíritu de ciencia, dice el santo teólogo, rechaza el Espíritu de ira que impide ver la verdad, lo cual es el oficio de la ciencia (1)." Como la noche viene infaliblemente en pos del dia cuando el sol abandona el horizonte, así el espíritu de ira se apodera del alma que pierde el espíritu de ciencia. Esta afirmacion parece extraña. No se percibe á primera vista la opocision que hay entre el don de ciencia y la ira. Para comprenderla, es necesario distinguir dos clases de ira y recordad los principales efectos del don de ciencia.

Hay una ira justa y santa que no es de modo alguno contraria al Espíritu de ciencia. Tal fué la ira, ó más bien, indignacion de Nuestro Señor contra los profanadores del templo; tal es la vehemencia con que un predicador truena contra el vicio, y la resistencia enérgica que el propietario opone al ladron ó al asesino. Semejante ira, si por ventura merece este nombre, lejos de ser contraria al don de ciencia, no es sino la ciencia armada para defender un bien verdadero por medios legítimos: no es contraria al don de ciencia; puesto que no perturba la razon ni se excede en nada de los límites de la justicia.

Pero hay otra ira que acusa un gran fondo de descontento y de irritacion, que estalla por causas no legítimas, que tiende á reemplazar la fuerza del derecho por el derecho de la fuerza. Esta es la ignorancia armada para defender un bien ó rechazar un mal, más imaginarios que reales.

En cuanto al don de ciencia que tiene por objeto el conocimiento razonado y cierto de la verdad, su primer efecto

1. Spiritus scientiæ repellit spiritum iræ, quæ impedit animum ne possit cernere verum, ad quod scientia attendit. IV p., tit. X, c. I.

consiste en comunicarnos una gran rectitud de juicio, la cual nos hace apreciar y estimar cada cosa en su justo valor, y además obrando sobre la voluntad, regula sus actos por las luces del entendimiento perfeccionado. Ahora bien, el don de ciencia nos hace ver claramente que los bienes y males de este mundo no son ni verdaderos bienes ni verdaderos males; que lo que suelen los hombres llamar mal, la pobresa, la humillacion, el sufrimiento, no es un mal verdadero, y lo que suelen los hombres llamar bien, las riquezas los honores y placeres, no es un verdadero bien, sino muchas veces un mal y siempre un peligro.

El cristiano que gracias al don de ciencia sabe todo esto, y cuya voluntad anda en armonía con su ciencia, tiene mil razones para no llenarse de ira: tales son su dignidad que se compromete, el escándalo que se da, la paz que se altera, el odio que se engendra, el pecado que se comete por la usurpacion del derecho divino de la venganza. Y al revés, para irritarse no encuentra razon alguna. ¿Ni qué podria irritarlo? ¿La injuria? Mas esta es para él una preciosa semilla de mérito. ¿La injusticia ó la ingratitud? Mas él conoce toda la miseria humana, y sabiendo que él mismo necesita de indulgencia, dice: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. ¡La pérdida de sus bienes? Más él sabe que perdiéndolos no ha perdido nado propio, y dice con la calma del santo Job: El Señer me lo habia dado, el Señor me lo ha quitado: como ha querido el Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor. Y lo mismo hace en los demás accidentes que el mundo llama reveces, calamidades y desgracias. Tal es la serenidad del alma iluminada por el Espíritu de ciencia.

Por el contrario, el alma vacía de ese espíritu, luego al punto se llena del espíriru de ira. La razon es muy senci-

lla: esta alma se forma una falsa idea de las cosas. Ciega en sus apreciaciones, estima, ama, teme sin regla segura. Para ella los males son bienes, y viceversa. Como el gozar tranquilamente, sin contradicciones y sin inquietudes, de lo que ella llama bien, le es tan imposible como el no verse expuesta todos los dias á lo que tiene por mal, se turba, murmura, se irrita, rechaza con violencia lo que va en contra de su mentida dicha, en una palabra, cae víctima de la ira; cae por la falsa idea de su derecho ó por su apreciacion inexacta de los bienes y los males.

Tan cierto es esto, que en todas las lenguas recibe la ira el epíteto de *ciega*; no se le podria aplicar mejor otro alguno. Hija de la ignorancia, la ira impide al hombre reflexionar. Se apaga en él la llama de la razon y cede su lugar á la fuerza. Toda la vida se concentra entonces en los lábios que injurian, en la punta del pié que hiere, en el puño que descarga el golpe (1).

Esto que es verdad respecto al individuo, no deja de serlo respecto á los pueblos y respecto á la humanidad. Suponed apartado de la tierra el don de ciencia ¿qué os queda? La ignorancia de los verdaderos bienes y de los verdaderos males, y con la ignorancia la ira, y con la ira la guerra. ¿Y qué es la guerra? es la ira de los reyes y de los pueblos. ¿Por qué el mundo pagano estuvo siempre en guerra? Porque estuvo siempre dominado por la ira. ¿Por qué siempre dominado por la ira? Porque le faltaba el don de ciencia. Toda su existencia fué muy bien definida por San Pablo con estas palabras: tiempos de ignorancia *tempora ignorantiae*. Ciego apreciador, se apasionó constantemente de los falsos bienes y estuvo siempre en armas para conquistar.

1. Ira dicitur esse janua vitiorum. . . . . . Removendo, prohibens, id est impediendo judicium rationis, per quod homo retrahitur á malis. *S. Th.*, 2. 2. q. 158, art. 6.

los ó para defenderlos. Por la misma razon, la guerra no fué ni menos viva, ni menos constante, en el órden de las ideas, que en el órden de los hechos. Esta ingnorancia hizo perecer el mundo de los Césares, como habia hecho perecer el mundo de los gigantes (1).

¿Por qué, desde hace cuatro siglos, el mundo moderno está en guerra intelectual y material? Porque no cesa de estar dominado por la ira. ¿Por qué no cesa de estar dominado por la ira? Porque le falta el don de ciencia; y faltándole este don, vuelve á ser pagana la estimacion que hace de las cosas, paganas vuelven á ser sus apreciaciones, paganos sus juicios, sus afecciones, sus tendencias, sus afirmaciones, sus negaciones, todo pagano. Examinada en su fondo ¿qué viene á ser la horrible confusion de que somos testigos? Segun la profunda palabra de la Escritura, no es otra cosa que la gran guerra de la ignorancia, *magnum insientae bellum.* (2).

Guerra de ideas, porque falta la ciencia divina; guerra de intereses, porque la ciega pasion de los bienes terrenales reemplaza al amor de los bienes espirituales; guerra del hombre contra Dios, porque no conoce la verdad; guerra del hombre contra el hombre, porque ya no conoce la caridad; guerra de todos contra todos, que acabará por catástrofes inauditas, á menos que no le ponga término el Espíritu de ciencia, reinando con la plenitud de su luz y de su fuerza? Y poner fin á semejante azote, conjurar tales desgracias, ¿no es nada? He aquí, sin embargo, el gran servicio que solo el quinto don del Espiritu Santo puede prestar al mundo.

1. Ibi fuerunt, gigantes... statura magna, scientes bellum... et quoniam non habuerunt sapientiam perierunt propter suam insipientiam *Baruch.* III, 26, 28.
2. Sap. XIV., 22.

CAPITULO XXX.

EL DON DE FORTALEZA.

SUMARIO—Qué sea el don de fortaleza.—Diferencia entre la virtud de fortaleza y el don de fortaleza.—Lugar medio que ocupa entre los siete dones.—Los dos objetos del don de fortaleza: hacer y padecer.—Lo que el hombre debe hacer: reconquistar el cielo.—Tres enemigos que tiene que vencer; el demonio, la carne, el mundo.—Lo que el hombre debe padecer.—Debilidad del hombre.—Efectos del don de fortaleza, ya para hacer, ya para padecer.—Palabras de San Pablo.—Necesidad del don de fortaleza.—Su oposicion con la pereza.—Qué sea el espíritu de pereza.—Lo que obra.—Retrato del mundo, esclavo del espíritu de pereza

El don de ciencia es un magnífico suplemento de la razon. Es para el alma lo que el telescopio para el ojo. Por el conocimiento cierto y razonado de la verdad, nos comunica la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente, neutraliza los sofismas de la impiedad, ilumina las ciencias humanas y las relaciona en una vasta síntesis. Por la rectitud que imprime al juicio, separa lo verdadero de lo falso, el bien del mal. Por la justa apreciacion de las cosas nos preserva de los encantos fascinadores del mundo y del demonio, de las ilusiones del espíritu, de los errores del corazon, manantial de tormentos y rencores, divisiones y desesperacion.

Resulta de esto, que el don de ciencia en la tierra, es la paz; si este don falta, sobreviene la guerra. Dos razones, sobre todo, debieran hacerlo más apraciable hoy que nunca; el entusiasmo por la ciencia, y la fascinacion producida por las bagatelas. Sin este don necesario, el sábio es un topo

cuyos ojos ofusca la luz, ó un niño balbuciente; y el hombre, cualquiera que sea, un tejedor de telarañas, un constructor de castillos de naipes.

Con todo, no basta conocer la verdad con claridad, ya sea en el órden sobrenatural, ya sea en el natural; el hombre necesita del valor de ser consecuente consigo mismo. Y debe ser grande este valor; porque la verdad exige frecuentemente rudos combates y la virtud costosos sacrificios. El Espíritu Santo ha provisto á esta necesidad con un nuevo don: la *Fortaleza*. El conocimiento de este nuevo beneficio dará respuesta á nuestras tres cuestiones: ¿Qué es el don de fortaleza? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál es su necesidad.

1º ¿Qué es el don de fortaleza? *La fortaleza es un don del Espíritu Santo que nos comunic el valor de acometer grandes empresas por Dios, y la confianza de llevarlas á cabo á pesar de todos los obstáculos* (1). Entre el don de fortaleza y la virtud de la fortaleza, San Antonino marca cuatro diferencias.

Primera. Tanto el uno como la otra suponen cierta firmeza de alma, ya para hacer, ya para padecer; pero la virtud de la fortaleza tiene su esfera de accion limitada al poder humano y no se extiende más allá. El don de fortaleza tiene la suya á la medida del poder divino en el cual se apoya, segun la palabra del profeta: *Con el poder de mi Dios saltaré la muraya*, es decir, venceré todos los obstáculos insuperables por las fuerzas naturales.

Segunda. La virtud de la fortaleza da al alma valor para arrostrar los peligros, mas no la confianza de arrostrarlos

1. Donum fortitudinis est habitus in appetitu irascibili infusus, quo disponitur animus ad hoc quod perveniat ad finem cujuslibet operis inchoati et evadat quaecumque pericula inminentia: quod quidem excedit naturam humanam. *Vig*, c. XII, § 7.

y evitarlos todos. El don de fortaleza hace lo uno y lo otro ya sea necesario hacer frente á grandes peligros, ya sobreponerse á grandes dificultades.

Tercera. La virtud de la fortaleza no se extiende á todo lo que es difícil. La razon es, porque la virtud de la fortaleza se apoya sobre el poder humano. Ahora bien, el poder humano no es el mismo para todas las dificultades; sino que segun ellas son, se divide en facultades diferentes. Así, algunos tienen fuerza para vencer las concupiscencias de la carne, y no la tienen para arrostrar los tormentos y la muerte. Otra cosa es el don de fortaleza. Apoyándose en el poder divino como si fuera propio suyo, se extiende á todo y basta para todo. Job lo proclama en estas generosas palabras: *Ponme cerca de tí y venga á atacarme quien quiera*

Cuarta. La virtud de la fortaleza no siempre consigue el fin en sus empresas; porque no depende del hombre llegar al objeto de sus obras y evitar todos los males y peligros: la prueba está en que acaba por sucumbir muriendo en elllos. El don de fortaleza verifica todas estas maravillas consoladoras. En efecto, por las obras generosas que al hombre hace realizar, lo conduce á la vida eterna que es el fin de todas las empresas y la victoria de todos los peligros. Glorioso resultado que lo llena de una confianza que excluye todo temor contrario, y que San Pablo celebra diciendo: *Todo lo puede en aquel que me conforta* (1). Tal es el don de fortaleza en sí mismo. Resta mostrarlo en sus relaciones con los otros dones y en los efectos que produce.

2º ¿Cuáles son los efectos del don de fortaleza? Ya se

1. *S. Anton.*, IV p., tít. XIII, c. I —*S. Th.*, 2. 2, p. 139, art. I; *Vig.*, *ubi supra*.

cuente subiendo, ya descendiendo, el don de fortaleza ocupa el cuarto lugar entre los dones del Espíritu Santo. Está colocado en el centro de este brillante cortejo como un rey en su trono, ó como un general en medio de sus oficiales. Dos razones explican el lugar que le está designado. Por una parte, entre todas las obras divinas, las que más llaman la atencion son las obras de fortaleza; por otra, el don de fortaleza protege á todos las demás dones y los reduce á actos. Por ellos, por su conservacion y su gloria libra contínuos combates. Si el reposo interior es obra de todos los dones, la accion exterior pertenece al de fortaleza (1): Y como sus dos objetos son *hacer* y *padecer*, realizar ambas cosas con valor y perseverancia, son los dos efectos que produce.

Hacer. El don de fortaleza, hemos dicho, comunica el valor de emprender grandes cosas. ¿Cuáles son? Si no se tratase más que de ciertas acciones ruidosas, agenas á la vida ordinaria de la mayor parte de los hombres, no seria de muy alto precio el don de fortaleza, porque rara vez seria necesario; y sin embargo, es indispensable para la salvacion, como todos los demás. ¿Cuáles son las grandes cosas á que se aplica? Para conocerlas basta con estudiar la cuestion siguiente: ¿Qué es el hombre?

El hombre es un rey destronado que va en busca de su trono. Que el hombre fué creado rey y que cayó de su dignidad real, es una verdad que se encuentra escrita en la primera página de la historia de todos los pueblos. Este es

1. Quartus idemque medius septem spiritum Dei, et velut in quodam sedens principatu, praedicatur Spiritus fortitudinis. Et recte Nam inter caetera Spiritus Sancti opera, opus fortitudinis magnum et mirifium est.. Spiritus fortitudinis magis est in actu et foris operatur sive praeliando sancta illis otia componit. *Pupert.*, *De oper. Spir. Sanct.*, lib. IV, c. 1.

el dogma que están revelando siempre y á todas horas, aun á aquel que lo niega; la lucha intestina del bien y del mal, la coexistencia de sublimes instintos y de innobles pasiones en un mismo corazon. Que el hombre esté llamado á reconquistar su reino; es otra verdad no ménos cierta que la primera.

Sobre ella descansan la religion y la legislacion de todos los pueblos, porque en ella se asienta la distincion del bien y del mal. El bien es el que conduce al hombre á su rehabilitacion, el mal lo que de ella lo aleja. Volver á sentarse en su trono es, pues, la grande obra que el hombre debe llevar á cabo. Ahora bien, como los medios son siempre de la misma naturaleza que el fin, grandes son los medios dados al hombre para que llegue á su fin último. Emplearlos con valor y perseverancia es, pues, realizar una gran cosa para la que es indispensable el don de fortaleza (1). ¿Cuáles son estos medios de rehabilitacion y de conquista? Son en número de diez, llamados por excelencia el *Decálogo*, ó las diez palabras.

Estas diez palabras son como diez encarnaciones de Dios. Practicándolas el hombre, se convierte en un decálogo viviente, se rehabilita, se hace rey y en cierto modo Dios. Cumplir, pues, el decálogo es la gran cosa que el hombre debe hacer, la única para que le ha sido dado el tiempo.

Esta empresa es tan difícil como grande. Tres potencias formidables se han coaligado para hacerla fracasar: el demonio, la carne y el mundo. El demonio: lo que llevamos dicho en la primera parte de nuestra obra nos dispensa de hablar de la astucia, de la crueldad, del odio de este primer enemigo, y por consiguiente, de los peligros que

1. Ad magna præmia perveniri non potest, nisi per magnos labores *S Greg.*, *in Evang. Homil.*, XXXVII.

nos hace correr. Faraon, que uniendo la hipocresía á la crueldad, emprende el exterminio del pueblo de Israel; Nabucodonosor, que hace arrojar á los jóvenes hebreos en un vasto horno; encendido siete veces más que de costumbre y cuyas llamas se elevan hasta el cielo; Herodes, el verdugo de los niños de Belem, representan imperfectamente al demonio, con su odio, con sus astucias y su insaciable sed de almas.

La carne, foco incandescente donde arden dia y noche, desde la cuna hasta el sepulcro, la delectacion, el amor, la vanidad, la cólera, el deseo, la animadversion, el odio, la tristeza, la osadía, la insubordinacion, la esperanza, el miedo, la desesperacion. ¿Cómo representaremos esta carne que conspira siempre contra el espíritu? Es Eva, que ofrece el fruto prohibido á su marido, y le invita á gozarse con ella en el mal. Es la muger de Putihpar, que solicita al crímen al hermoso y casto Josef. Es Tamar, que ataviada con vestidos de cortesana, se sienta en la encrucijada, para esperar á Judá y enredarlo en sus lazos vergonzosos. Es Dálila, que adormece á Sanson en su regazo, le corta la cabellera donde residia su fuerza y lo entrega á los Filisteos, es decir, á los demonios que le sacan los ojos y se divierten con él.

Hábil la carne para arrastrar al mal, no lo es ménos para apartar del bien. No hay género de guerra contra sí mismo que el hombre no deba conocer; no hay sacrificio que no deba estar pronto á imponerse. Ya es una pasion largo tiempo alimentada que es preciso dominar; ya una amistad llena de encantos seductores que es necesario cortar; ya bienes malamente adquiridos que es preciso restituir; y para todo esto, ¡qué de reclamaciones, qué de objeciones, qué de dificultades y extorsiones no hay que su-

frir! Otras veces llama Dios á una vocacion sublime: quiere un sacerdote, un misionero, una carmelita, una hija de la caridad; los cuales, como Abraham, deben abandonar la tierra de sus padres, su familia, sus amigos y partir á remotas regiones. ¿Quién podrá decir las lágrimas, las súplicas, los pretextos, los obstáculos, que la carne y la sangre oponen aquí tambien al divino llamamiento? Y sin embargo, bajo pena de muerte, es preciso sobreponerse á todo.

El mundo: turba inmensa de renegados que se agitan en medio de placeres insensatos, y cuyas provocaciones, chocarrerías, máximas, costumbres, lujo, fiestas, teatros, modas, festines, grabados, estátuas, bailes, cantos, escritos, son otros tantos dardos inflamados. Es preciso que el hombre viva en medio de esa fascinacion general, sin dejarse fascinar; en medio de ese incendio de lujuria, sin quemarse, como los tres niños hebreos en el horno de Babilonia sin perder siquiera uno de sus cabellos. Vencer al demonio, vencerse á sí mismo, tal es la obra que el hombre debe realizar, obra inmensa y muy por encima de sus fuerzas. Con todo, esta es la primera y más fácil parte de su tarea, padecer es la segunda.

Padecer. San Antonio y Santo Tomás aducen muchas razones, para probar que exige más fuerza el padecer que el obrar. Sin duda, dicen, atacar y arrojarse en el peligro es ántes, en cuanto al tiempo, que padecer y sufrir. Sin embargo, padecer y sufrir toca más á la esencia de la fortaleza, es más noble, más difícil y más perfecto, Desde luego, es más difícil combatir contra uno más fuerte, que contra otro más débil.

Ahora bien, el que ataca se presenta como más fuerte, miéntras el que sostiene el choque aparece más débil.

Además, aquel que sufre y padece, siente actualmente el mal y el peligro, en tanto que aquel que ataca no los ve más que como posibles. Pues bien, es más fácil impresionarse por el mal presente que por el futuro. En fin, el padecer supone un largo período de tiempo, miéntras que el atacar puede verificarse en un abrir y cerrar de ojos. Mas para continuar largo tiempo impertérrito en el ataque, el peligro y el dolor, se necesita mucha más energía que para llevar á cabo derepente una obra difícil (1). De aquí esta sentencia de un gran capitan: No son las mejores tropas las más ardorosas en el combate, sino las más duras en la fatiga.

¿Qué es lo que el hombre debe padecer? Mejor seria preguntar, qué es lo que no debe padecer. Dolores físicos y dolores morales, nacidos unos de adentro, venidos otros de afuera, *foris pugnæ, intus timores;* enfermedades de todo género y de todos los órganos, pobreza, contradicciones, calumnias, injurias, injusticias, ataques por parte del mundo, del demonio y de la carne, en una palabra, penas del cuerpo y del alma bajo todas las formas; tal es el cortejo que rodea al hombre durante todo el curso de su peregrinacion sobre la tierra.

Y no hablamos más que de la condicion comun á todas las existencias. Con frecuencia el hombre, y sobre todo el cristiano, está predestinado á sufrimientos excepcionales. Su virtud irrita al mundo y al demonio. Contra él especialmente se dirigen su odio, sus sarcasmos, sus desprecios. Para él, hoy como otras veces, se forjan en la mayor parte de la tierra las cadenas, se abren las prisiones, se levantan las horcas, se afilan los sables y se encienden las hogueras. Es preciso que el hombre, el niño, y el anciano y la tímida don-

1. *S. Th*,, 2, 2, q. 123, art 6.—*S. Anton.*, IV, p., tít. XIII, c. I.

cella desafien todo este aparato de muerte y la muerte misma: la apostasía seria el infierno.

¿Pero qué es el hombre? La misma debilidad. Buscad lo más débil que hay en la naturaleza, una hoja que el viento arrebata, esto es el hombre. Así lo define el mismo Espíritu Santo: *Folium quod vento rapitur* (1). Incapaz de concebir un pensamiento bueno, no puede hacer ni querer por sí mismo, cosa que pueda aprovecharle para su último fin. Insconstante, forma buenas resoluciones que no cumple. Cobarde, le asusta la menor pena; sensual, tiene horror á la mortificacion; insubordinado, le pesa el yugo de la obediencia. A la más pequeña violencia uue tiene que hacerse por Dios, ya se presenta el descontento en el fondo de su corazon, la resistencia en su voluntad, la oposicion en su espíritu, la queja y la murmuracion en sus lábios. Ved lo que es, y nada más, esa hoja seca que se llama hombre.

Y sin embargo, es necesario que este sér tan débil se convierta en la fuerza por excelencia; es necesario que este hijo de Dios llegue á ser perfecto como su Padre. A pesar de todos los obstáculos que hemos señalado, á pesar del demonio, á pesar del mundo, á pesar de sí mismo, es preciso que este rey caido reconquiste el trono que perdió. Medid su debilidad, medid la magnitud de la empresa, y tendreis medida la necesidad contínua que tiene del don de fortaleza.

Gracias á este divino don, el mundo, desde hace diez y ocho siglos, no está viendo más que increibles maravillas. Ha visto millones de almas, almas de ricos y almas de pobres, almas de sábios y almas de ignorantes, almas de ancianos y almas de niños, en el cláustro y en el siglo, en Oriente y en Occidente, bajo todas las latitudes, fuertes y

1 *Job.*, XIII, 25.

valerosas, y constantes en la ejecucion de sus santos propósitos; fuertes y valerosas para vencer las tentaciones; fuertes, magnánimas y generosas para soportar las adversidades y los dolores. El mismo Espíritu Santo les rinde este homenaje: "Los cuales por fé conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron las bocas de los leones, convalecieron de enfermedades, fueron fuertes en guerra, pusieron en huida ejércitos extranjeros, y devolvieron á las mujeres sus muertos resucitados (1)."

Conocemos lo que han hecho: ¿qué es lo que han padecido? "Los unos fueron estirados, no queriendo rescatar su vida, por alcanzar su resurreccion. Otros sufrieron escarnios, y azotes, y cadenas, y cárceles: fueron apedreados, aserrados, probados, murieron muerte de espada, anduvieron de acá para allá, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, desamparados, angustiados, afligidos: de los cuales el mundo no era digno: andando descaminados por los desiertos, en los montes y en las cuevas, y en las cavernas de la tierra. Y por eso teniendo tambien puesta sobre nosotros una tan grande nube de testigos, dejando todo el peso del pecado que nos cerca, corramos con paciencia á la batalla, que nos está propuesta (2)."

Hé aquí lo que el mundo ha visto; he aquí lo que el mundo ha oido. En nombre de todos estos discípulos de la fortaleza ha oido á Pablo lanzando este sublime reto á todas las potencias enemigas: "Nada temo; porque lo puedo todo en aquel que me conforta. ¿Pues quién nos separará del amor de Cristo? ¿tribulacion? ¿ó angustia? ¿ó hambre? ¿ó desnudez? ¿ó peligro? ¿ó persecucion? ¿ó espada?... Estoy cierto que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes, ni venideras, ni vio-

1. *Hebr.*, xi, 33, 34, 35.
2. *Hebr.*, xi, 25; xii, 1.

lencia, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo Señor nuestro (1)."

Ha oido á Teresa de Jesus, tomando por divisa: "O padecer, ó morir." Ha oido á una de las hijas de Teresa, Magdalena de Pazzis, decir, si posible fuera, con más sublimidad que su madre: "Padecer y no morir." Ha oido á Juan de la Cruz, resumiendo sus votos en estas palabras: "Padecer y ser despreciado por Dios." ¿Cuántos otros sublimes gritos, igualmente desconocidos del mundo pagano, han resonado en los oidos de la humanidad cristiana, desde el dia en que el Espíritu de fortaleza descendió sobre ella? ¡Y para creer en el cristianismo hay todavía quien pide milagros!

3º ¿Cuánta es la necesidad del don de fortaleza? Despues de lo que acabamos de decir, parece supérflua esta pregunta; sin embargo, no tiene nada de eso. Respecto al don de fortaleza como á los demás del Espíritu Santo, el hombre se encuentra en la alternativa inevitable que hemos apuntado: ó vivir bajo el imperio del Espíritu de fortaleza, ó pasar la vida debajo de la tiranía del Espíritu contrario? Qué Espíritu es este? El de pereza (2). Véamos en qué consiste este espíritu y qué efectos produce en el hombre y en el mundo.

La pereza es un entorpecimiento espiritual, que nos impide cumplir con nuestros deberes (3). Es el cloroformo de Satanás.

1. *Act.*, xx, 24, *Philipp.*, iv, 13; *Rom.*; viii, 35-39.

2. Spiritus fortitudinis illuminat Spiritum tristem accidiæ, quæ propter tædium laboris subterfugit viriliter bona operari, infirmitate victus sensualitatis. *S. Anton.*, iv, p., tít. X, c. 1.

3. Accedia est torpor mentis bona spiritualia inchoare abhorrentis et inchoata perficere fastidientis. *Ferraris*, *verb. Acedia*.

Apénas se inocula este vírus en el alma, la embota y hace que le produzca náuseas todo lo que es un bien espiritual. Su último fin, la amistad de Dios en este mundo, su gloria en el otro, los medios de llegar á ella, los deberes, las virtudes, los sermones, las fiestas, los sacramentos, la oracion, las buenas obras, todo, todo lo que sea religion es para ella una carga y le da fastidio.

De donde nace, segun la explicacion de San Gregorio, la pusilanimidad, *pusillanimitas*, especie de abatimiento y de molicie ante cualquier obligacion, por poco costosa que sea, tal como el ayuno, la abstinencia, la mortificacion de los sentidos ó de la voluntad: la tibieza, *torpor*, que prescinde del deber, ó no lo cumple sino imperfectamente ó con descuido y negligencia: la distraccion del espíritu, *mentis evagatio*, que en los ejercicios de religion, está pensando en todo ménos en la presencia de Dios: la instabilidad del corazon, *instabilitas cordis*, cuyas inconstancias para el bien son más difíciles de contar que los movimientos de una caña agitada por vientos contrarios: la malicia, *malitia;* al pensar en los deberes impuestos al hombre y al cristiano, el perezoso siente como pesar de haber nacido, y sobre todo, de haber nacido en el seno del cristianismo: el odio, *rancor*, hácia el sacerdote y hácia cualquiera que le predique sus obligaciones, y aún hácia los mismos objetos materiales que se las recuerdan: el fomento de todos los vicios, porque escrito está en la ociosidad, hija de la pereza, que enseña toda especie de mal; en fin, el desaliento, la desesperacion y la impenitencia final (1).

Se comprende el estado á que debe llegar un hombre, un pueblo, un mundo, bajo la tiranía de este demonio. Si no hay nada más brillante que el cuadro de los discípulos de

1. Apud *Ferraris. verb. Acedia*

la fortaleza trazado por el mismo Espíritu Santo, nada hay más triste que el retrato de los esclavos del Espíritu de pereza.

Ser degradado, sin energía para el bien, estúpidamente indiferente para sus intereses eternos, confundiendo todas las religiones en un comun desprecio á fin de no practicar ninguna, hundido en la materia, el perezoso espiritual, hombre, pueblo ó mundo, quiere y no quiere á la vez. Tiene oidos y finge no oir, ojos, y finge no ver, piés, y no se mueve, manos, y no trabaja. Se parece á una puerta que se abre y se cierra veinte veces al dia, y por la noche se encuentra siempre en el mismo lugar. Esconde la mano debajo de su sobaco, y le cuesta trabajo si la ha de llevar á la boca (1).

Este hombre, este pueblo, este mundo, no solamente se degrada, sino que además se hace pobre de verdades y de virtudes. Oigamos todavía al Espíritu Santo: El leon está en la calle, dice el perezoso, y la leona en los caminos; si salgo, seré devorado. Pasé por el campo del hombre perezoso y ví que estaba todo lleno de ortigas, y las espinas habian cubierto su superficie, y la cerca de piedras estaba destruida.

Imita, pues, á la hormiga, perezoso, aprende en su escuela. Durante el verano acopia para el invierno. ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás tú, hasta cuándo estarás bostezando?

Y te vendrá la indigencia como caminante, y la pobreza como hombre armado. Como el vinagre á los dientes y el humo á los ojos; así es el perezoso á aquellos que lo envían. Si esto es para los hombres ¿qué será para Dios? Espada arrinconada que se enmohece, pié inactivo que se hincha,

1. *Prov.*, XXVI, 13. 15.

vestido arruinado que la polilla devora, agua corrompida donde se forman y bullen los insectos más asquerosos, alimento desabrido que se arroja de la boca y no se vuelve á tomar jamás. No debe ser apedreado el perezoso con piedras, no es digno de ellas; sino con el estiércol de los bueyes (1).

1. De stercore boum lapidatus est piger; et omnis qui tetigerit eum excutiet manum ejus. *Eccl.*. xxii, 2; xxiii, 29; *Prov.*, vi, 11; x, 26; xiii, 4; xxiv, 30.—*De stercore boum*, dicen los comentadores: porque el buey es modelo de trabajo.

CAPITULO XXXI.

EL DON DE CONSEJO.

SUMARIO.—Lo que es el don de consejo.—En qué se distingue de la prudencia y del don de ciencia.—Efectos del don de consejo.—Respecto á nuestra vida y la vida de los demás.—Palabras de Donoso Cortés.—El don de consejo ha creado las órdenes religiosas.—Explicacion de este hecho.—Inmenso beneficio del don de consejo.—Necesidad del don de consejo; se opone á la avaricia.—Explicacion.—Naturaleza de la avaricia y sus efectos con relacion al hombre y al mundo.

El don ó espíritu de fortaleza, superior á esta virtud en extension y energía, tiene dos objetos: hacer y padecer. Está colocado en medio de los siete dones como un rey en medio de sus oficiales para protegerlos y dirigirlos. Gracias á su influencia, se hace el hombre capaz de llevar á feliz término la gran empresa para que está en el mundo, la conquista del cielo. Entonces retroceden delante de él las tres potencias, coligadas para detener su marcha: el demonio, la carne y el mundo; y él soporta con valor indomable las fatigas del eterno combate y ofrece al cielo y á la tierra el más bello espectáculo que puedan contemplar.

Este don de fortaleza, necesario al hombre, á la sociedad y á la humanidad entera para hacer ó padecer noblemente grandes cosas, no lo es ménos para preservar de la esclavitud del espíritu contrario, que es la pereza. Esta que degrada al hombre y lo empobrece, y hace despreciable, ofrece un triste contraste con el espíritu de fortaleza, tal como se ha manifestado en todos los siglos y se manifiesta hoy mismo en todos los paises católicos.

Mas para hacer ó padecer en conformidad al fin de la vida, no basta tener vigor para hacer y para sufrir; ese vigor tiene que ser dirigido. "Mal se corre, dice San Agustin, si no se sabe hácia donde: *Non bene curritur, si quo currendum est nesciatur.*" Pues bien, el dirigir el vigoroso aliento del hombre esforzado, toca al don de consejo. Lo verémos estudiando nuestras tres cuestiones: ¿Qué es el don de consejo? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál su necesidad?

1º ¿Qué es el don de consejo? *El consejo es un don del Espíritu Santo que nos hace discernir con certidumbre los mejores medios de llegar al cielo* (1). Este nombre es admirable. Consejo es el parecer que alguno nos da. ¡Qué noble don! En una multitud de circunstancias el hombre es incapaz de decidirse por sí mismo. ¿Qué hace entónces para salir de su incertidumbre? Pide consejo; y esta conducta no puede ser más sábia. *Hijo mio*, decia Tobías, (IV, 19), *pide siempre consejo al sábio.* De un buen consejo pueden depender la fortuna, el honor, la vida.

¡Cuántos yerros, disgustos y lágrimas puede excusar! Ahora bien, en el único negocio importante, en el único que tiene consecuencias eternas, en el negocio de la salvacion, el Espíritu Santo mismo tiene á bien ser nuestro consejero, y lo es por el don en que nos ocupamos.

Este don se distingue de la virtud de la prudencia y del don de ciencia. Se distingue de la prudencia, en su principio, su extension y su certidumbre. En su principio: la razon es el principio de la prudencia natural, pero mediante el don de consejo el Espíritu Santo mismo es quien nos guía.

En extension: la virtud de la prudencia, ahora sea natu-

1. Consilium est donum quo Spiritus Sanctus dirigit nos in omnibus quæ ordinantur in finem vitæ æternæ, sive sint de necessitate salutis, sive non. *S. Anton.*, IV, p., tít. XII, c. I.

ral ó sobrenatural, no puede ni abrazar ni preveer todos los medios más propios para llegar al objeto apetecido: y á pesar de toda su aplicacion "los pensamientos de los hombres son tímidos, é inciertas nuestras providencias (1)." Por el contrario, el don de consejo se extiende á todo lo que nos es necesario conocer para decidirnos sábiamente en un caso dado. En certidumbre. Nadie ignora los cálculos y tanteos que preceden á una determinacion importante, las vacilaciones que la acompañan, y las incertidumbres que la siguen. En el don de consejo no hay nada de esto. El mismo Espíritu Santo nos comunica su luz y determina nuestra eleccion (2).

En cuanto á la diferencia entre el don de consejo y el don de ciencia, he aquí en qué consiste: Al comunicarnos el don de ciencia el conocimiento cierto de la verdad, nos hace capaces de discernir fácilmente lo verdadero de lo falso, y el bien del mal. El don de consejo va más léjos. Nos hace distinguir y escoger entre lo verdadero y lo más verdadero, entre lo bueno y lo mejor: es decir, que nos indica los medios más apropiados á nuestro fin supremo, segun las circunstancias de tiempos, lugares y personas.

Empero, no basta considerar en sí mismo el don de consejo; para conocerlo bien, es menester verlo en sus efectos.

2° ¿Cuáles son los efectos del don de consejo? Acabamos de indicarlos diciendo que el don de consejo nos hace escoger los medios más á propósito para alcanzar nuestro último

1. *Sap.*, IX, 14.

2. Unde donum consilii respondet prudentiæ, sicut ipsam adjuvans et perficiens. *S. Thom.*, 2, 2, q. 52, art. 2.—Indiget homo in inquisitione consilii dirifi et elevari á Deo qui omnia comprehendit Et hoc fit per donum consilii. *S. Anton.*, IV, p., tít. XII, c. I.

mo fin. Este quiere decir, que este don divino nos preserva de las desgracias, desesperadas muchas veces, á que nos conduciria una eleccion imprudente. Esto significa tambien, que nos ayuda á hacer nuestras obras, como el mismo Dios hace las suyas, con número, peso y medida. Esto denota, en fin, que como miembros que somos del gran cuerpo del Verbo encarnado, nos coloca á cada uno en su lugar y nos hace funcionar de manera que se procure, sin embarazo, la armonía del conjunto: armonía magnífica, poderosa unidad, que es el fin de todos los dones y operaciones del Espíritu Santo.

El don de consejo es de un uso incesante. Como el ciego necesitade un guia para todo, así el hombre, quien quiera que sea, niño, mozo ó viejo, rico ó pobre, rey ó vasallo, eclesiástico ó seglar, tiene necesidad de ser dirigido en cada uno de sus actos, y lo es en realidad. Y esto que es verdad en los individuos, lo es en la familia, y en las sociedades, y en el género humano entero. ¡Desgraciado; pues, aquel que en el gobierno de su vida ó de la vida de otros desdeña el Espíritu de consejo! ¡Mas desgraciado todavía el que busca el espíritu de consejo donde no está! Y está donde esté el Espíritu Santo, y no está más que allí, y está en proporcion de las comunicaciones del Espíritu Santo. De aquí proviene que los santos, es decir, los hombres de buen consejo por excelencia, son verdaderos tesoros para el mundo.

"Si el género humano, dibe Donoso Cortés, no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del revés, escogeria por consejeros entre la generalidad de los hombres á los teólogos, entre los teólogos á los místicos, y entre los místicos á los que han vivido una vida más apartada de los negocios y del mundo. Entre las personas que yo conozco,

y conozco á muchas, las únicas en quienes he reconocido un buen sentido imperturbable, y una sagacidad prodigiosa, y una maravillosa aptitud para dar una solucion práctica y prudente á los más escabrosos problemas, y para encontrar siempre un escape ó una salida en los negocios más árduos, son aquellas que han vivido una vida contemplativa y retirada; y al reves, no he encontrado todavía, ni pienso encontrar jamás, uno de esos hombres que se llaman de negocios, despreciadores de todas las especulaciones espirituales, y sobre todo, de las divinas, que sea capaz de entender negocio ninguno: á esta clase numerosísima pertenecen aquellos que toman por oficio engañar á los otros, siendo ellos los que se engañan á sí mismos (1)."

Si nosotros ignoramos individualmente los beneficios personales del Espíritu de consejo, el mundo no debe ignorar que le es deudor de la más útil y perfecta de sus instituciones. ¿Cuál es? La gran institucion de las órdenes religiosas. Oigamos á los príncipes de la teología contar la historia de esta creacion maravillosa, y por rendir homenaje al Espíritu de Consejo, recordemos que la antigüedad no conoció cosa semejante, que las órdenes religiosas comenzaron con la efusion del Espíritu Santo en el Cenáculo, y que desaparecen de todos los lugares de donde el Espíritu Santo se retira.

"Siendo Dios la perfeccion, enseñan Santo Tomás y San Agustin, la gloria y felicidad del hombre consisten en estar unido á El de la manera más íntima; porque este es su fin. Mas por las preocupaciones y obstáculos de la vida ordinaria, tal union es imposible; por esta razon, la ley añade á los preceptos los consejos, los cuales se ordenan á despegar al hombre, cuanto es posible, de todas las solicitudes de la vida presente.

1. *Ensayo*, &., lib. 2, cap. 8.

Sin embargo, este despego no es tan necesario que sin él no pueda el hombre alcanzar su fin. La virtud y la santidad no son incompatibles con el uso racional de los bienes terrestres. De esta manera, las advertencias de la ley divina no se llaman preceptos sino consejos, en cuanto persuaden al hombre á despreciar lo ménos por lo más y lo peor por lo mejor. Pues bien, en el estado presente los cuidados del hombre tienen tres objetos: nuestra persona, qué deba hacer, dónde haya de habitar; las personas que nos están unidas por los lazos más íntimos, como la esposa y los hijos; finalmente, los bienes exteriores y los medios de adquirirlos ó conservarlos.

Para romper de un golpe éstos tres obstáculos de la union íntima con Dios, el Verbo encarnado da tres consejos, que el Espíritu Santo hace gustar y tomar por regla de conducta. La pobreza voluntaria quita todos los cuidados de los bienes terrestres. La virginidad y la castidad voluntaria despegan el alma de toda solicitud de los bienes del cuerpo. La obediencia voluntaria libra de todos los afanes que la independencia de la voluntad ocasiona relativamente á la conducta de la vida y los bienes del espíritu (1).

Los discípulos del crisma, *alumni chrismatis*, que tienen valor para llevar á cabo este heróico desprendimiento de todo, pueden cantar con el salmista: *Nuestra alma como pájaro escapó del lazo de los cazadores: el lazo se rompió y nosotros quedamos libres* (103). Nada les impide desde entónces hacer de Dios el centro de todas sus afecciones y gravita hácia El con todas las potencias de su sér. A vista de todo el mundo cumplen en el órden moral la gran ley que preside al mundo planetario, donde todos los astros gravitan hácia el sol empujados por una fuerza irresistible.

1. *S. Anton.*, IV, p., tít. XII, c. 2.

¿Qué más diremos? Amar como ellos aman es orillar, romper, conculcar todos los obstáculos que pueden retardar la velocidad de su movimiento hácia Dios ó desviar su direccion. Tambien en esto cumplen en el órden moral la ley que preside al movimiento terrestre, donde vemos los torrentes y los rios arrollando á su paso todo lo que se opone á su curso impetuoso hácia el Océano.

Ahora calculemos, si es posible, todos los servicios y beneficios que la humanidad debe á las órdenes religiosas así en el órden temporal como el moral, y sabremos en parte lo que el mundo debe al solo don de consejo. Decimos *en parte;* como quiera que sí conocemos los bienes de que el espíritu de consejo nos colma, nos queda todavía saber los males de que nos libra. La respuesta á la cuestion siguiente acabará de instruirnos.

3º ¿Cuánta es la necesidad del don de consejo? Por cuanto el hombre no tiene la verdad en sí mismo, es un sér enseñado; y porque es un sér enseñado, es forzosamente un sér dirigido. Pues bien, igualmente que el mundo, el hombre está tambien colocado entre dos direcciones opuestas; una que viene del espíritu de luz, y otra del espíritu de tinieblas. Sea lo que sea, y haga lo que haga, tiene que obedecer á la una ó á la otra: imposible le es evadirse de esta alternativa. Si el espíritu de consejo se retira del hombre ó del mundo, su lugar no queda vacío; luego al punto lo ocupa el espíritu contrario que es el de avaricia (1).

Nada es más fácil de probar que la oposicion directa de la avaricia al espíritu de consejo: el cual iluminando nuestro entendimiento, nos hace escoger los medios más á pro-

1. Spiritus consilii fugat spiritum avaritiæ: quæ nec consilia nec mandata Dei sinit implere, qui jubet vel consulit pauperibus indigentibus subveniri, sed ipsi sibi congregat lutum. *S. Anton.* IV; p., tít. X, c. 1.

pósito para alcanzar nuestro último fin. El primero es el desapego de los cuidados de la vida por el desasimiento de las cosas criadas. El segundo consiste en despojarse voluntariamente de todos esos bienes.

¿Qué es la avaricia? El amor desordenado de las riquezas: su efecto inevitable es oscurecer el entendimiento y falsear la voluntad. Apenas entra en un hombre el espíritu de avaricia lo fascina. Los bienes terrenos forman ante sus ojos un espejismo engañoso fuera del cual no ve nada que sea digno de sus pensamientos: persigue este espejismo y se consume contemplándolo, y de puro absorto que está en su contemplacion insensata, olvida los verdaderos bienes. En vez de allanar su camino, lo obstruye con mil obstáculos. En lugar de conservar su libertad de accion y de pensamiento, se enreda en intrincados lazos y se pierde en afanes interminables, que son fuentes de amarguras é iniquidades, hasta que la muerte viene á decirle: Tejedor de telarañas, cazador de moscas, constructor de castillos de náipes, hay que partir para la eternidad, y partir con las manos vacías (1). Sí, con las manos vacías de buenas obras, pero repletas de pecados.

La avaricia es una madre fecunda que engendra hijos no ménos criminales que su madre. He aquí algunos: la *dureza de corazon*, *cordis duritia*. Nada hay más insensible que el avaro. Ni las calamidades públicas, ni los harapos del pobre, ni los lamentos del enfermo, ni las lágrimas del huérfano y de la viuda, son capaces de hacerle desatar el cordon de su bolsa. Tiene sobre su alma el seco y duro sello del metal que adora. La *falsía*, *falsitas*. No hay mentiras, ni engaños que el avaro escrupulice, sea para ven-

1. *Sap.* IV, 12.—1 *Ad Tim.* VI, 9, 10.—Telas aranea texuerunt. *Is.*, LIX, 5.

der, sea para comprar. Entre todas las virtudes la buena fé es la que ménos conoce.

El *fraude, fraus.* De las palabras pasa á los actos. Defraudar en los pesos y medidas, defraudar en la naturaleza y calidad de los objetos, es para el avaro moneda corriente. La *violencia, violentia.* Este nombre tiene que darse á las concusiones públicas, á los robos en grande, á los compromisos escandalosos, á los contratos usurarios, á las intrigas miserables con que se engaña á los crédulos, se abusa de la debilidad, se trafica con la conciencia y se hacen riquezas á expensas del honor y la justicia.

La *traicion, perfidia.* El avaro no tiene más que un amigo, su oro. En un sentido bien diferente que Melchisedech, puede afirmar que no tiene padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas, ni genealogía alguna en el mundo. El enemistarse con sus parientes y amigos, moverles pleitos, fomentar las divisiones y los odios, descender á todas las bajezas, vivir del egoismo, de la difamacion y la envidia, es cosa sencilla para un avaro, como haya de por medio pérdidas ó ganancias.

Si el espíritu de avaricia se extiende á la sociedad, todos los estigmas justamente aplicados al avaro individual, deberán hacerse extensivos al avaro colectivo. De esta sociedad, de esta nacion, de esa muchedumbre se podrá decir con toda verdad, que nadie hay más malvado; que no tiene temor de Dios, ni justicia, ni lealtad; que es un vasto bazar en que todo se vende porque se compra todo, la libertad, el honor, la conciencia; una agregacion de filibusteros y piratas que, á ménos de una conversion milagrosa, acabará por no contar más que dos clases de individuos, los engañados y los bribones.

Entretanto, esta sociedad poseida del demonio de la ava-

ricia, se distinguirá por dos caractéres. Latente ó manifiesta, será permanente en ella la guerra de los que no tienen contra el que tiene. Revoluciones incesantes traerán catástrofes sin fin, como justo castigo de gente que cambió su Dios por el becerro de oro. La locura reemplazará la razon, el tiempo será preferido á la eternidad, lo que es ménos á lo que es más.

¿Qué sabiduría, qué buen sentido, pregunta la Escritura, qué elevacion de inteligencia puede quedar á aquel que está soldado á su arado, que constituye su gloria en sus máquinas y en la aguijada con que pica á los bueyes, que no habla más que de pastos, agricultura y trabajos materiales, cuyas conversaciones son todas de becerros, cuyo corazon está hundido en los surcos de sus tierras y su pensamiento en la manteca de sus vacas (1)?

Salvar al mundo de semejante degradacion, ¿no será hacerle un beneficio inmenso? ¿De quién se puede esperar? ¿Acaso de los legisladores, filósofos ú otros semejantes? No, de modo alguno, sino del Espíritu de consejo, y solo de él. ¡Y el mundo lo olvida!

1. Avaro nihil est scelestius; nihil est iniquius quam amare pecuniam.. hic enim et animam suam venalem habet. *Eccles.*, x, 9, 10. *Eph.*, v, 5. *Eccl.*, xxvii, 1.—¿Qua sapientia replebitur qui tenet aratrum, et qui gloriatur in jaculo, stimulo boves agitat, et conversatur in operibus eorum. et enarratio ejus in filiis taurorum? Cor suum dabit ad versandos sulcas et vigilia in sagina vaccarum. *Eccl.*,, xxxviii, 25-27.

CAPITULO XXXII.

EL DON DE ENTENDIMIENTO.

SUMARIO.—Lo que es.—En qué se diferencia de la fé y del don de ciencia.—Sus efectos obra sobre el entendimiento y sobre la voluntad.—De qué modo.—Ejemplo de los apóstoles.—Lo que es el cristiano sin el don de entendimiento.—Lo que es cuando lo posee.—Su necesidad.—De qué espíritu nos libra.—Palabras de San Antonino.—El espíritu de gula y sus efectos.—La debilitacion de la inteligencia.—La loca alegría.—La inmodestia.—La pérdida de la fortuna y de la salud.—Cuadro del sensualismo actual.

En medio de las tinieblas de la noche, el niño distingue entre mil la voz de su padre; tan pronto como la oye, corre hácia donde esa voz le llama. Lo mismo pasa con el alma dirigida por el don de consejo. Entre los diferentes partidos que se le presentan y los movimientos diversos que la solicitan, distingue sin trabajo el partido que debe tomar y el movimiento que ha de seguir. El don de consejo, obrando sobre la voluntad, no menos que sobre el entendimiento, imprime al alma un fuerte impulso que la hace vencer los movimientos de la naturaleza y la torna dócil á los movimientos de la gracia. De aquí nace una rectitud de intencion, una pureza de los afectos y una sabiduría de conducta que hacen divina su vida entera. De aquí tambien resulta una generosidad constante y á veces heróica para hacer toda clase de sacrificios y desasirse de los obstáculos que le impedirian llegar á la perfeccion.

Si nos quedamos en el mundo, es el desapego de las criaturas y en especial de las riquezas: si el impulso es más

fuerte, es el abandono completo de los bienes criados mediante los tres votos religiosos, que son principio de gloria para la Iglesia y de beneficios para la sociedad. En el siglo, como en el claustro, quedamos libres del espíritu de avaricia, causa incesante de que se pierdan infinitas almas. Tales son en compendio los efectos del don de consejo.

Más noble es todavía, el don de entendimiento ó inteligencia. Para conocer la naturaleza y extension de las riquezas incomparables de este nuevo elemento deificador, vamos á estudiar, como en los otros, las tres cuestiones siguientes: ¿Qué es el don de entendimiento? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál su necesidad?

1º ¿Qué es el don de entendimiento? *El entendimiento es un don del Espíritu Santo, que nos hace comprender y penetrar las verdades sobrenaturales* (1). La palabra *entendimiento* ó inteligencia tanto vale como cierto conocimiento íntimo; viene de la latina *intelligere*, que significa *leer interiormente*, *intus legere*. El conocimiento de los séres que afectan nuestros sentidos, la vista, el oido, el gusto, el olfato y el tacto, se limita á las cualidades exteriores; mas el conocimiento intelectual penetra hasta la esencia de las cosas.

Ahora bien, hay muchas cosas que están como ocultas debajo de velos y que solo la inteligencia puede penetrar. De esta manera se oculta bajo las formas exteriores la sustancia de los séres; bajo las palabras, lo que ellas significan; bajo las comparaciones y figuras, la verdad figurada; y en los efectos, las causas. Cuanto mayor es la fuerza de nuestro entendimiento, más íntimamente penetra las cosas.

1. Donum intellectus est habitus, qui dicitur lumen supernaturale, superadditum lumini naturali, datum homini ad intelligendum et penetrandum ea quæ nobis supernaturaliter innotescunt. *Vig.*, c. XIII, pár. 2.

Nuestra luz natural no tiene mas que un alcance limitado, incapaz de penetrar más allá de ciertos límites. Sin embargo, el hombre ha sido criado para un fin sobrenatural, y no puede conseguirlo sino en cuanto lo conozca juntamente con los medios de llegar á él. Tiene, pues, necesidad de una luz sobrenatural para entender lo que excede el alcance natural de su entendimiento. Esta luz sobrenatural, comunicada al hombre por el Espíritu Santo, se llama el don de entendimiento (1).

Se ve ya, en qué se diferencia este don, de la inteligencia natural, de la fé y del don de ciencia. La inteligencia sobrenatural ó el don de entendimiento va más lejos, y no proviene de la naturaleza, sino de la gracia; y *penetra*, no solamente las verdades del órden puramente humano, sino las del órden sobrenatural (2).

Se diferencia de la fé, cuyo oficio propio es hacernos asentir firmemente á las verdades del órden sobrenatural; en tanto que el don de inteligencia nos hace penetrar y comprender estas verdades cuanto un hombre es capaz de ello. "Si bien el don de inteligencia, dice San Antonino, corresponde á la fé y la supone, no se sigue de ahí que pueda, como la fé, estar en el hombre sin la gracia santificante. La razon es, que la fé implica el simple asentimiento á la verdad, asentimiento que puede existir en virtud de la luz del entendimiento independientemente de la gracia. Pero el don de inteligencia lleva consigo cierta penetracion de la verdad en su relacion con nuestro fin último, penetracion

1. Et illud lumen supernaturale homini datum vocatur donum intellectus. *S. Th.*, 2 2, q. 8, art. 1.

2. Intellectus virtus est habitus naturalis primorum principiorum cognoscitivus, quæ per se naturaliter cognoscuntur. Intellectus donum est habitus primorum principiorum cognoscitivus non naturalis, sed gratuitus, aliter tamen quam fides. *S. Anton.*, IV p., tít. XI.

que no puede existir sin la gracia santificante. Así, el pecador que conserva la fé, puede comprender las verdades que cree, pero no las comprende plenamente, ni las penetra (1)."

Por lo que hace al hombre que está en gracia, puede quedar en cierta oscuridad sobre las verdades no necesarias para la salvacion; pero respecto á las necesarias, el Espíritu Santo le da siempre el entendimiento suficiente. Este límite señalado al don de inteligencia, es muchas veces un beneficio de la sabiduría divina, que quiere alejar de este modo, ó hacer imposibles las tentaciones del orgullo (2).

Se diferencia del don de ciencia. El don de ciencia se opone a la ignorancia, ante la cual la verdad es como si no fuera; y el don de inteligencia se opone á la cortedad del entendimiento obtuso que se para en la superficie de las cosas sin penetrar el fondo. El objeto principal del don de ciencia es hacer distinguir con seguridad entre la verdad y el error; pero el don de entendimiento nos hace penetrar, hasta en sus profundidades, la verdad que el don de ciencia nos ha mostrado despegada de toda mezcla (3). Y así, por la fé tiene el hombre el conocimiento de la verdad, por el don de ciencia, la certidumbre razonada; por el don de entendimiento, la comprension y cierta especie de intuicion incoada.

2º ¿Cuáles son los efectos del don de entendimiento?

1. Quamvis peccatores habentes fidem, intelligant ea quæ proponuntur credenda, non tamen plene intelligunt, neque penetrant. *Vig.*, c. XIII, et *S. Anton*, *ubi supra.*

2. *Vig.*, *ubi supra.*

3. Ad hoc quod intellectus humanus perfecte assentiat veritati fidei, duo requiruntur: quorum unum est quod sane capiat ea quæ proponuntur, quod pertinet ad donum intellectus. Aliud est ut habeat certum et rectum judicium de eis... et ad hoc necessarium est donum scientiæ *S. Th*, 2. 2, q. 9, art. 1.

Igualmente que los otros dones del Espíritu Santo, este del entendimiento es especulativo y práctico; conviene á saber, dice relacion á las verdades que se han de creer y á los deberes que se han de practicar. "El don de inteligencia, enseña la teología, no se aplica solamente á las cosas que primitiva y principalmente son objeto de la fé, sino tambien á los que tienen relacion con ella, como son las buenas obras que se relacionan íntimamente con la fe, toda vez que ésta obra por la caridad.

"Por esto el don de inteligencia se extiende á los actos, en cuanto estos deben ser conformes á las leyes eternas cuyo sentido y extencion no puede la razon sola penetrar como conviene. Indudablemente, la razon humana dirige al hombre en los actos humanos; mas la regla de los actos humanos no es la razon sola, sino tambien la razon eterna que excede á toda razon creada. Luego el conocimiento de los actos, en cuanto deben ser regulados por la razon divina, sobrepuja á la razon humana y reclama imperiosamente la luz sobrenatural del don de inteligencia (1)."

De aquí resulta, que este don obra sobre el entendimiento y sobre la voluntad. ¿Queremos saber lo que hace en el entendimiento? Tres luces nos iluminan: la razon, la fé, el don de inteligencia. La razon es una lámpara sepulcral que no proyecta más que una luz dudosa, apenas suficiente para abrirse paso al través de la oscuridad de la noche y permitirnos entrever los objetos más cercanos. La fé es una antorcha más luminosa, que brilla en las tinieblas, pero cuyos rayos no iluminan más que imperfectamente un horizonte limitado (2). El don de entendimiento es el sol que

1. *S. Th.* 2. 2. q. 8, art. 3; et *S. Anton. ubi supra.*
2. ...Cui benefacitis attendentes quasi lucernæ lucenti in caliginoso loco donec dies elucescat. II *Petr.*, I, 19.

disipa las tinieblas y las nubes, é ilumina hasta las cosas más lejanas, por encima de sí y al rededor de sí.

¿Será necesario hacer notar la diferencia de estas tres luces? Si entro en una habitacion con una luz, distingo, pero con trabajo, los objetos que en ella se encuentran. Si entro con una antorcha más luminosa, veo los objetos con menos trabajo, pero imperfectamente. Si entro en pleno medio dia, veo todos los objetos perfectamente en toda su hermosura y sin trabajo alguno.

¿Cuáles son los objetos que el don de entendimiento hace brillar á nuestra vista? No son otros que la verdad en todos sus órdenes, y en todas sus fases; la verdad en el órden religioso. La Escritura la sostiene, pero cubierta con velos, que el don de entendimiento tiene poder de levantar ó de hacerlos trasparentes. Así, los apóstoles, antes de la ascencion de su Maestro, tenian la razon y la fé, y sin embargo no entendian las Escrituras. El primer beneficio de Nuestro Señor Jesucristo, despues de su resurreccion, fué abrirles el espíritu, á fin de dar lugar al don de entendimiento, para cuando viniese el dia de Pentecostés á comunicarles el conocimiento claro y como la vision de la verdad oculta en los divinos oráculos (1).

El Espíritu de entendimiento descendió al alma tenebrosa de los pescadores de Galilea, y se convirtieron en ingenios de primer órden, en soles resplandecientes cuyos rayos iluminan el mundo entero. Ved sino, con qué maravillosa facilidad Pedro, apenas salido del Cenáculo, lee á los Judíos las Escrituras y les muestra por doquiera el Verbo, redentor de Israel y de los gentiles, nombrado en las promesas,

1. Nondum enim sciebant Scripturas. *Joan.*, xx, 9.—Tunc aperuit illis sensum ut intelligerent Scripturas. *Luc.*, xxiv, 45.—Quum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem. *Joan.*, xvi, 13.

oculto bajo las figuras, anunciado en las profecías, preparado por todos los acontecimientos.

Ante él desarrolla el magnífico cuadro de los misterios del reino de Dios, cuyos ángeles mismos no tenian de él hasta entonces sino un conocimiento imperfecto, y ofrece á la contemplacion de sus oyentes este cuadro rádiante de luz y de belleza. Estos, á su vez, iluminados por el don de entendimiento, entienden lo que hasta entonces no habian entendido, ven lo que hasta entonces no habian visto, y con el entusiasmo del amor abrazan la verdad, á la manera que, despues de una larga ausencia, abraza el hijo á su querida madre de la cual nada puede ya separarlo (1).

Lo que aconteció á los apóstoles, sucede respecto al cristiano. Puede tener la fe; mas si ha perdido por el pecado mortal el don de entendimiento, la Escritura santa con todos sus tesoros de verdad, con todas sus bellezas y todas sus luces, es para él un libro cerrado. Lee la letra que mata, pero se le escapa el espíritu que vivifica. Hieren sus ojos algunos rayos esparcidos, pero no ve el foco. La lectura misma de este libro bajado del cielo, le hastia y lo fatiga.

Lo mismo sucede con otros preciosos depósitos, en los cuales se contiene la verdad. Estos son, el magisterio de la Iglesia, las obras de teología y de filosofía cristiana, los sermones, el mundo físico y los sucesos de la historia. Pues bien, sin el don de entendimiento estos depósitos de verdad apenas están entreabiertos, y las verdades que encierran son muy mal conocidas y mucho menos entendidas, muy poco admiradas y todavía menos amadas (2).

1. Véase *Rupert, ubi supra: De dono intellectus.*—Qui piscatorem Spiritu suo docuit sapere et dicere: In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. *S. Aug.*, *De civ. Dei*, lib. X. c. XXXIX.

2. Et erat verbum istud absconditum ab eis. *Luc*, XVIII, 34.

Pero sobreviene el espíritu de entendimiento y todo se ilumina. El Antiguo y el Nuevo Testamento se abren hasta sus profundidades, y permiten contemplar los misterios del Verbo que era, en la Ley como en el Evangelio, el Alfa y Omega de todas las cosas. El símbolo católico, el Decálogo y los Sacramentos aparecen como el cuerpo de doctrina más noble, mejor relacionado y más perfecto que el hombre haya conocido jamás.

La teología resplandece como la reina de las ciencias, digna del estudio y de las preferencias de todo espíritu sério. Sigue sus huellas la filosofía cristiana, su hija primogénita, cuyas enseñanzas no son menos necesarias á los reyes para el gobierno de sus pueblos, que á los mismos súbditos para el arreglo de su vida. Los sermones, los catecismos, las instrucciones religiosas, sea cualquiera la forma que revistan, no son ya vanos sonidos que hieren los oidos del cuerpo sin llegar al oido del corazon. Dentro del alma está el Espíritu de entendimiento que se los traduce a cada uno, se los hace entender, gustar, retener y practicar, segun aquellas palabras del Apóstol: Todos serán enseñados por Dios: *Erunt omnes docibiles Dei.*

Escudriñador de los misterios más profundos del mundo sobrenatural, el Espíritu de entendimiento no escudriña menos y descubre los secretos del mundo físico. Para quien está dotado de él, el universo material es lo que debe ser, lo que es en realidad, un velo diáfano echado sobre el mundo espiritual, una irradiacion de lo invisible; un espejo en el que se reflejan el poder, la sabiduría, la bondad, la eternidad, la divinidad del Criador; un libro escrito por dentro y por fuera, que enseña á todos los beneficios de Dios y los deberes del hombre.

Por lo que hace á los sucesos de la historia, lo mismo que

á las criaturas materiales, no tienen oscuridad alguna para el Espíritu de entendimiento. Abrazando de un solo golpe de vista el trascurso de los tiempos, ve todo el período anterior al Mesías, con la formacion y caida de sus grandes imperios, con sus guerreros, sus batallas, sus revoluciones incesantes, sus movimientos tan variados y tan profundos, resumiéndose en esta sola frase: Todo para que nazca Jesus en Belen.

No menos luminoso se presenta el período posterior á la venida del Deseado de las naciones. Con todos los sucesos prósperos y adversos que comprende, se traduce por esta sola frase: Todo para establecer, conservar y propagar el reino del Rey inmortal de los siglos. Y el fin de este reino no es otro que la deificacion del hombre en la tierra y su glorificacion en la eternidad.

El don de entendimiento no obra únicamente sobre la inteligencia; obra tambien sobre la voluntad. Ahora bien, los movimientos de la voluntad están en razon directa de las luces del espíritu. Tanto más claramente ve el espíritu una cosa, cuanto el corazon está más inclinado, es decir, dispuesto á amarla ó á temerla. La religion, como obra divina, no tiene oscuridad para el alma que está en posesion del don de entendimiento. Los fundamentos del edificio están á la vista. Sin comprender la naturaleza de los misterios, ve su necesidad y el lugar que ocupan; ve los hechos y la razon de los hechos, la armonía de los medios con el fin, y el majestuoso conjunto que de todo ello resulta. La fe se le hace tan fácil, que casi no tiene mérito en creer; tan clara, que no se explica cómo no ven otros lo que ella ve; tan firme que no hay nada capaz de hacerla vacilar.

Por más que el demonio armado de engaños, el sofista con sus mentiras y el mundo con sus escándalos, pretendan ar-

rancarle una negacion, una duda siquiera, esa alma se rie de sus ataques. Es el cedro del Líbano que permanece inquebrántable en medio de la tempestad. Es el mártir que entona su Credo al borde de la hoguera; es la jóven doncella, que desde el fondo de la soledad, envia al mundo estos sublimes acentos: "Aun cuando todos los hombres cambiaran de religion, y reunieran sus esfuerzos para hacerme vacilar en mi creencia, no conseguirian nada. Me parece que los venceria á todos con la fuerza de la fe; ésta se halla tan profundamente arraigada en mi corazon; que el mismo infierno con todas sus legiones no seria capaz de quebrantarla."

Se comprende qué generosidad de corazon debe producir un conocimiento tan levantado y tan seguro de las cosas divinas. Gracias al don de entendimiento, podia exclamar David: "Por eso amé tus mandamientos, más que al oro y al topacio (1)." De aquí viene el fervor en el servicio de Dios, la resistencia victoriosa de las tentaciones, el desprecio del mundo y de sus falsos bienes, la paciencia en el dolor, la resignacion en la pobreza, el sacrificio de sí mismo en favor del prójimo, el despego de la vida y la aspiracion constante hácia las realidades futuras. Traducidas en actos públicos estas disposiciones, se convierten para las familias, para las ciudades y los pueblos, para la sociedad entera, en una fuente de virtudes que ennoblecen á la humanidad, de beneficios que la consuelan y de sacrificios que la preservan de los castigos tantas veces merecidos por las iniquidades del mayor número.

3º ¿Cuánta es la necesidad del don de entendimiento? La respuesta á esta cuestion ya está dada, en parte, en lo que precede. El don de entendimiento produce efectos po-

1. *Ps.* 118.

sitivos y efectos negativos. Como hemos visto, los efectos positivos son iluminar el espíritu y ennoblecer el corazon. Pues bien, nada más necesario que esta doble accion del espíritu de entendimiento. Teneis fe, y creeis que Dios está en todas las partes, que os ve, que os oye y que os ha de juzgar. Teneis fe, y creeis que la gran Víctima sacrificada en el patíbulo del Calvario, es vuestro Dios y vuestro modelo. Teneis fe, y creeis tener un alma que salvar, que no teneis más que una, que nadie os la puede salvar, y que si la perdeis, sereis eternamente la criatura más desgraciada. Teneis fe, y creeis que un solo pecado mortal condena á tormentos sin fin. Teneis fe, y creeis que la religion creida y practicada, no segun vuestros caprichos, sino como Dios la quiere y la Iglesia os la enseña, es el único medio de evitar el infierno y merecer el cielo.

Creeis firmemente todas estas verdades. ¿De dónde, proviene, sin embargo, que os causen tan poca impresion? De que no entendeis; y no entendeis porque os falta el don de entendimiento. Dios con sus derechos, el Bautismo con sus promesas, la vida con sus destinos, la eternidad con sus espantos y con sus resplandores, se os presentan como sombras lejanas y fugitivas. No teneis sino un conocimiento vago, confuso, seco y estéril, de todas esas grandes realidades. Teneis ojos y no veis; oidos y no ois; voluntad y no quereis. Os falta el fruto del don de entendimiento, el sentido cristiano, este sexto sentido del hombre bautizado (1).

Sí, les falta á la mayor parte de los hombres de hoy y á un número demasiado grande de mujeres. Falta á la familia, falta á la sociedad, falta á gobernantes y gobernados, falta al mundo actual. Mundo de pretendidas luces y de pretendido progreso, no queda más que un remedio para tí,

1. Nos autem sensum Christi habemus. I *Cor.*, II, 16.

y es, que te sea dado de nuevo el Espíritu de entendimiento y él te haga ver claramente el abismo inevitable á donde te conduce á grandes pasos el Espíritu de las tinieblas que ha vuelto á ser, en castigo de tu orgullo, tu guia y tu maestro (1).

Efectivamente, respecto á este don, como á todos los demás, el hombre se encuentra colocado en una alternativa inevitable, la de vivir bajo la influencia del Espíritu de entendimiento, ó bajo la influencia del Espíritu contrario; no hay medio. Cuando el uno se retira, sobreviene inmediatamente el otro. ¿Cuál es el Espíritu contrario al don de entendimiento? "Es, responde San Antonino, el espíritu de gula (2)." ¿Cómo justificaremos la afirmacion del gran doctor? Demostrando lo que es la gula en sí y en sus efectos.

La gula es el amor desordenado de comer y beber. Es el sensualismo usurpando el lugar del alma. Es la carne victoriosa en su lucha contra el espíritu. Por medio de la manducacion, se pone el hombre, de la manera más íntima, en comunicacion con las criaturas materiales, inferiores á él é impregnadas totalmente de las malignas influencias del demonio. El desórden en el comer, por cualquier motivo que sea, hace predominar la vida de los sentidos sobre la vida del espíritu y el cuerpo sobre el alma. El desórden, si se hace habitual, llega á poner en los platos el pensamiento, la vista, el gusto, el olfato, y postra al hombre ante el dios vientre en actitud de adorarlo.

El primer efecto de tal desórden es la debilitacion del entendimiento, *hebetudo*. El alma y el cuerpo son entre sí

1. Gens absque consilio est et sine prudentia: utinam saperent et intelligerent, ac novissima providerent. *Deut.*, XXXII, 28, 29.

2. Spiritus intellectus removet spiritum gulæ quæ mentem offuscat ut nihil spiritale valeat intelligere, fumositatibus repleto cerebro. VI p., tit. X, p. 153.

como los platillos de una balanza, cuando el uno sube, el otro baja. Por el exceso en el beber y comer, el organismo se desarrolla, y el espíritu se embota, se espesa, se hace obtuso, perezoso é inhábil para el estudio y demás funciones puramente intelectuales; por fuerza resulta esto: dime con quien andas y te diré quien eres. De estar en contacto íntimo, habitual y culpable con la materia, con la parte animal, el hombre se hace materia, se hace bestia, *animalis homo.* De aquí este antiguo adagio: "El que come una vez al dia, es ángel; el que come dos veces, hombre, y el que come tres veces, bestia (1)."

La experiencia confirma el adagio; cuanto más se come, menos se discurre. Cuanto más uno se regala en la comida, tanto menos sensato es en sus pensamientos. "No se halla la sabiduría en la tierra de los que viven deliciosamente, dice la Escritura (2)." Y en otra parte: "Pensé en mi corazon apartar mi carne del vino, para trasladar mi ánimo á la sabiduría (3)." Nunca ha habido un gran ingenio que fuese gloton. Los hombres más esclarecidos, los santos han sido todos modelos de sobriedad. Gracias á su triunfo sobre la materia, estaban espiritualizados hasta el punto de ver, por decirlo así, la verdad cara á cara y sin ningun velo.

Otra cosa muy distinta le pasa al esclavo de la gula. Las verdades más importantes son para él como si no fuesen: no las comprende poco ni mucho, ni le hacen más impresion que si fuesen fábulas ó quimeras. San Pablo confirmaba este hecho, hace diez y ocho siglos. El hombre animal no percibe aquellas cosas, que son del espíritu de Dios (4)."

1. Qui semel est, Deus est; homo, qui bis; bestia, qui ter.

2. Sapientia non habitabit in terra suaviter viventium. *Job.*, XXVIII, 13.

3. Cogitavi in corde meo abstrahere á vino carnem meam, ut animum meum transferrem ad sapientiam. *Eccl.*, II, 3.

4. Animalis autem homo non percipit ea quæ sunt Spiritus Dei. I *Cor.*, II, 14.

Pues bien, lo que pertenece al dominio del Espíritu Santo es, ni más ni menos, que el magnífico conjunto de verdades, leyes, armonías y bellezas que se reflejan en todo el universo.

"El espejo lleno de manchas no refleja distintamente la imágen de los objetos; así el entendimiento hebetado y hecho obtuso por la crápula, no recibe el conocimiento de Dios (1)." San Crisóstomo usa el mismo lenguaje: "Nada más pernicioso que la gula, nada más ignominioso; ella hace al entendimiento obtuso y craso y vuelve carnal al alma; ciega la inteligencia y no le permite percibir cosa alguna (2)." Acerca de este punto, como acerca de los demás, la Iglesia no deja de ser el órgano infalible de una ley fundamental, cuando, en el prefacio de Cuaresma, recuerda al mundo entero estas verdades tan poco meditadas en nuestros dias: "El ayuno reprime los vicios, eleva la mente y da la virtud y el premio: *Vitia comprimis, mentem elevas, virtutem largiris et præmia.*"

El segundo efecto del espíritu de gula es la loca alegría *inepta lætitia.* Victoriosa la carne sobre el espíritu, á consecuencia del exceso en los alimentos, publica su insolente triunfo. Risas inmoderadas, chistes ridículos, ocurrencias las más veces obscenas, gestos inconvenientes ó pueriles, cantos, gritos, bailes, placeres ruidosos, fiestas teatreales, son su inevitable expresion. "Y sentóse el pueblo, dice la Escritura, á comer y beber, se levantaron á jugar (3)." Y

1. Speculum sorbibus obsitum non exprimit distincte objectam formam, et intellectus saturitate obtusos ac hebetatus non suscipit Dei cognitionem *S. Nilus*, *Tract. de octo spiritib. malit.*, c. II.

2. Nihil gula perniciosius, nihil ignominius; hæc obtusum et crassum ingenium, hæc carnalem animam reddit, hæc excæcat intelletum nec sinit ut quidquam percipiat. *Homil.* XLIV *in Joan.*

3. Sedit populus manducare et bibere, et surrexerut ludere. *Exod* XXXII, 6.

en otra parte: "Llenémonos de vino precioso y de perfumes...... coronémonos de rosas...... no haya prado alguno, por el que no pase nuestra licencia (1)." Y tambien en Isaías: "Y he aquí gozo y alegría matar becerros y degollar carneros, comer carneros y beber vino: Comamos y y bebamos, porque mañana moriremos (2)."

Este hecho tan frecuentemente repetido en los sagrados libros, no se escapa á la penetracion de San Gregorio: "Casi siempre, dice, la voluptuosidad es compañera de la vida regalada; pues mientras el cuerpo se deleita en los goces de la comida, el corazon se esparce en locas alegrías (3)." Todo pueblo de glotones es un pueblo de bufones; tal es el axioma formulado por la filosofía y confirmado por la esperiencia. En todos los tiempos, se ven seguir á los placeres de la mesa las manifestaciones de la alegría sensual, y estas manifestaciones, ora sangrientas, ora obscenas, están siempre en razon directa de la causa que las produce.

Y bien ¿qué significa todo esto, sino la debilitacion visible del espiritu de entendimiento? El esclavo de la gula ya no comprende la naturaleza, ni la condicion fundamental de la vida presente. La vida es una prueba, ó como dice el Concilio de Trento una penitencia continuada. *Vita chistiana quæ est perpetua pœnitentia.* En cuanto puede, el goloso la convierte en un perpétuo gozar. Olvida, desprecia, tiene horror á aquellas palabras del soberano juez: *Si no hi-*

1. Vino pretioso et ungentis nos impleamus.... coronemus nos rosis, nullum pratum sit, quod non pertraseat luxuria nostra. *Sap.*, II, 7, 8.

2. *Isaiæ* XXII, 13.

3 Pene omnes epulas comitatur voluptas; nam cum corpus in refectionis delectationem resolvitur, cor ad inane gaudium relaxatur, *Morat.*, lib. I. c. IV.

ciéreis penitencia, todos perecereis de la misma manera (1). Comprometer su salud pisoteando las leyes del ayuno y la abstinencia, le cuesta menos que beberse un vaso de agua. Es el profano Esau que vende su primogenitura por un plato de lentejas, y se marcha importandole poco lo que ha hecho. *Abiit parvi pendens.*

El tercer efecto de la gula es la inmodestia, *inmunditia.* Inmodestia en las palabras, inmodestia en los gestos, inmodestia en las miradas, inmodestia en los pensamientos, inmodestia en las acciones; estos tristes efectos del exceso, en beber y comer son bastante incontestables, para que haya necesidad de establecer su genealogía.

Recordemos solamente algunos axiomas de la sabiduría universal: el que alimenta delicadamente su carne, experimentará sus vergonzosas rebeliones.—El esclavo gordo y obeso cocea.—No hay cosa más lujuriosa que el vino.—En el vino reside la lujuria.—La gula es madre de la lujuria y el verdugo de la castidad.—Ser gloton y pretender ser casto, es querer apagar un incendio con aceite.—La gula es el apagador de la inteligencia.—El gloton es un idólatra que adora al dios vientre.—El templo de dios vientre es la cocina; su altar la mesa; sus sacerdotes los cocineros; sus víctimas, los platos; su incienso, el olor de los manjares, este templo es toda una escuela de impureza.—La multitud de platos y de botellas atrae multitud de espíritus inmundos, entre los cuales el demonio del vientre es el peor de todos.—La salud física y moral de los pueblos se calcula por el número de cocineros (2).

En llegando á cierto grado, el espíritu de gula conduce á su esclavo á la embriaguez y á la crápula, al abandono de

1. *Luc.*, XIII, 3.
2 Véanse los textos en nuestra obra: *Le signe de la croix au dix-neuvieme siecle*, lettre 19.

sus negocios, á la pérdida de su fortuna, á la miseria y á la ruina de la salud. El Espíritu de entendimiento, manteniendo en el hombre la subordinacion natural del cuerpo con respecto al alma, es causa de la salud del uno y de la otra (1). Por el contrario, el Espíritu de gula que rompe dicho equilibrio, produce infaliblemente la enfermedad. Para el alma consiste la enfermedad en la debilitacion de la razon y de la inteligencia; para el cuerpo, en el sufrimiento seguido de la muerte. Escuchemos temblando los divinos oráculos. *La gula mata más hombres que la espada* (2): Así tenemos que Nabucodonosor, Faraon, Alejandro, César, Tamerlan y todos los verdugos coronados que han cubierto de cadáveres el mundo, hicieron perecer menos hombres que la gula.

Lo que es verdad para los individuos, es verdad para los pueblos. Que el Espíritu de gula, es decir, de refinamiento, de delicadeza, de exceso en los alimentos, el lujo de la mesa, ó sea el amor del regalo, se apodere de una época, y vereis extenderse en las mismas proporciones la debilitacion de la inteligencia, el embrutecimiento de la humanidad y la raquitis de la raza. A esta época que se envanecerá seguramente de sus luces, no le hableis del mundo sobrenatural, ni de sus leyes, ni de sus agentes, ni de sus relaciones incesantes con el mundo inferior, porque no os entenderá: *Animalis homo non percipit.*

Sí por cierto, le queda bastante inteligencia; más es para apreciar, como el animal, lo que ve con sus ojos y toca con sus manos; para dirigir una operacion mercantil, concebir una jugada de bolsa, construir máquinas, fabricar tisús y juzgar de las cualidades de un producto. Sus luces

1. Per sapientiam sanati sunt quicumque placuerunt tibi, Domine, á principio. *Sap.*, IX, 9.—Sanitas est animæ et corporis sobrius potus. *Eccli.*, XXXI, 37, etc., etc.

2. *Eccli.*, XXXI, 23 et XXXVII, 34.

no alcanzan á más. La actividad humana, la industria y la civilizacion se reducirán al culto de los sentidos. A fin de practicarlo en todo su esplendor, establecerá mil profesiones cada vez más materiales, y más materialistas las unas que las otras.

La política misma marchará por este camino. En vez de ser el arte de moralizar á los pueblos, será el arte de materializarnos. La inquietará muy poco el que ataques incesantes quebranten los dogmas que son el fundamento de las sociedades y tronos. Pero si ella logra poner al hombre en estado de comer bien, de beber bien, de digerir bien y de dormir bien, creerá haber cumplido toda justicia y proclamará que todo marcha del mejor modo en el mejor de los mundos.

¡Política de criadores de cuadrùpedos, que no comprende que el hombre no vive solamente de pan, y que regenerar un pueblo no es lo mismo que engordarlo! ¡Política de ciegos, que conduce el mundo á una repeticion de Nínive con Sardanápalo, de Babilonia con Baltasar, de Roma con Heliogabalo! Pero entónces, hecho carne el hombre, se alejará de él el Espíritu de Dios; y como los imperios que acabamos de citar, el mundo perecerá asfixiado en la cloaca de sus costumbres.

¿No es esto á donde nos dirigimos? Lo que podemos afirmar, pues que salta á la vista de todo el mundo, es el desprecio general del sacerdote, representante del órden moral; es el descrédito de aquellas ciencias que no tienen por objeto directo el aumento del bienestar material; es la dificultad siempre creciente de hacer comprender á los niños las verdades elementales de la religion; es, en las generaciones adultas, la debilitacion visible del sentido cristiano y la indiferencia estúpida hácia todo aquello que se eleva por

encima del nivel de los intereses materiales; es el aumento rápido de las tabernas y los figones (1).

¿Qué prueban, entre otros muchos, estos fenómenos desconocidos hasta el presente? Lo que prueban es el desbordamiento del sensualismo. Lo que prueban es, que marchamos á paso de jigante hácia la indescriptible época de la decadencia romana, en la cual la vida estaba resumida en estas dos palabras: pan y juegos, *panem et circenses*. Lo que prueban, por fin, es, que una inmensa multitud de hombres han caido de las alturas del espiritualismo cristiano, para vivir únicamente de los sentidos, por los sentidos y para los sentidos.

Sí, no hay que olvidarlo, los hombres hartos ó ávidos de placeres se hacen ingobernables. El esclavo engrosado cocea (2); si llega á romper sus cadenas, las hará pedazos sobre la cabeza de los que él llama sus tiranos. Entónces, crímenes suceden á crímenes, catástrofes á catástrofes, dolores á dolores. Preservarnos de tales calamidades es el beneficio, cada dia más necesario, del don de entendimiento. ¿Es fácil medir su grandeza?

1 Segun la última estadística hecha en Francia, habian llegado á la monstruosa citra de ¡500.000! y despues léjos de disminuir, han aumentado.

2. Incrassatus.... recalcitravit: incrassatus, impinguatus, dilatus, dereliquit Deum. *Deuter.*, XXII, 15.

CAPITULO XXXIII.

EL DON DE SABIDURIA.

SUMARIO.—Qué sea el don de sabiduría.—Todos los dones del Espíritu Santo contribuyen á la deificacion del hombre, de qué modo contribuye á ello el don de sabiduría.—Diferencia que le distingue de los demás dones, de la fé, de la virtud de sabiduría, de la sabiduría gratuita.—Efectos del don de sabiduría sobre el entendimiento y sobre la voluntad.—Retrato del verdadero sábio.—Necesidad del don de sabiduría.—Libra al hombre de la tiranía del espíritu contrario, la lujuria.—La lujuria en el hombre y en la sociedad.

Ayudado el hombre del don de ciencia para pasar de los efectos á la causa, distingue con certidumbre lo verdadero de lo falso. Viendo por el don de consejo, la diferencia entre lo bueno y lo mejor, elige los medios más adecuados para llegar á su fin. Gracias al don de entendimiento penetra más allá. Leyendo la causa en los hechos, ve claramente la bondad de su eleccion, es decir, la evidencia de las verdades que deben conducirlo á su salvacion, de suerte que nada es capaz de oscurecerlas á sus ojos, ni de arrancarlas de su corazon.

El primer efecto de esta penetracion que coloca al hombre, por decirlo así, frente á frente del mundo superior, es un desarrollo maravilloso de la vida intelectual. El segundo es una elevacion nada comun de pensamientos, una gran magnanimidad de sentimientos, una sublime indiferencia hácia la vida del cuerpo. Lleno de este don divino, el hombre siente toda la verdad de estas palabras: El reino de Dios no es la comida ni la bebida: "Regnum Dei non est

esca et potus." Obligado á sujetarse á las necesidades de la vida animal, puede decir como el arcángel: "Parecia en verdad que comia y bebia con vosotros; más yo uso de un manjar invisible y de una bebida que no puede ser vista de hombres (1)."

Así, el don de entendimiento espiritualiza la inteligencia casi en un todo, cuanto puede ser espiritualizada; como el espíritu contrario la materializa cuanto puede materializarla.

Para acabar de perfeccionar al hombre, ¿qué queda por hacer al Espíritu Santo? Espiritualizar el espíritu y el corazon de ese hombre, cuanto cabe en lo posible. ¿Cómo realiza el Espíritu Santo este último acto de nuestra deificacion? Comunicándonos el don de sabiduría.

Este don forma el último peldaño de la misteriosa escala, que el Verbo encarnado ha bajado para llegarse hasta nosotros, y que el hombre debe subir para elevarse hasta el nivel de su divino hermano, hacerse semejante en todo á él y realizar en su persona las palabras del Padre celestial: "Este es mi hijo muy amado, en quien me he complacido." La contestacion á nuestras tres cuestiones dará a conocer este don que corona los demás. ¿Qué es el don de sabiduría? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuánta es su necesidad?

1º ¿Qué es el don de sabiduría? "La sabiduría es un don del Espíritu Santo, que nos comunica en el más alto grado, el conocimiento y el amor de las cosas divinas (2)."

1. *Tob.*, XII, 19.

2. Donum sapientiæ est habitus infusus, quo quis in gratuitis cognitionibus subito et prompte secundum quamdam connaturalitatem, per causam altissimam habet rectum et certum judicium de his quæ sunt fidei. *Vig.*, c. XIII, § 4.—*Vel*: sapientia est habitus divinitus infusus quo mens redditur facile mobilis á Spiritu Sancto, ad contemplandum divina et ad judicandum tum de illis, tum de humanis secundum rationes divinas. *Apud. S. Th.*, 2, 2,

Todos los dones del Espíritu Santo tienen por objeto el contribuir, cada uno á su modo, a la deificacion del hombre.

Tres se dirigen principalmente á la voluntad: los de temor, piedad y fortaleza. Cuatro tienen por objeto principal la inteligencia: los de ciencia, consejo, entendimiento y sabiduría. Pero este último es el más noble de todos. Como el fin resume los medios desarrollándolos, el don de sabiduría contiene y perfecciona todos los demás. Así, puede decirse que la sabiduría es el temor de Dios perfeccionado, la piedad perfeccionada, la ciencia perfeccionada, la fortaleza perfeccionada, el consejo perfeccionado, el entendimiento perfeccionado.

Basta comprender el don de sabiduría, para saber cómo perfecciona á todos los demás. Conocimiento y amor de la verdad es el más alto grado á que el hombre puede llegar: hé aquí lo que es dicho don. Ahora bien, hay muchos modos de conocer la verdad.

El conocerla por las causas segundas, por las criaturas, por las obras exteriores de Dios, tales como la encarnacion del Verbo, la creacion y gobierno del mundo, la justificacion del hombre y otras semejantes, pertenece al don de ciencia (1).

---

q. 44, art 1.—Sumitur nomen sapientiæ secundum quod saporem quemdam importat. *S. Th.*, *ibid.*, art. 2.—Sapiens dictus á sapore, quia sicut gustus est aptus ad discretionem saporis ciborum, sic sapiens dicitur ad dignoscentiam rerum et causarum circa divina et agenda. *S. Isid.*, *De etymolog.*

1. El don de ciencia nos enseña á conocer la verdad por las causas segundas, por las criaturas, y á arreglar nuestra conducta en conformidad con este conocimiento. El don de sabiduría nos hace ver la verdad en la causa de las causas, en Dios mismo y nos la hace amar en Dios y en sus obras. Así, el don de ciencia tiene por objeto principal los efectos, y el don de sabiduría la causa. El uno procede por vía de análisis, el otro por vía de sínte-

Conocerlas por los motivos de credibilidad, hasta el punto de quedar tan convencido que no haya nada capaz de debilitar nuestra adhesion, es el objeto del don de entendimiento.

Conocerla en las aplicaciones que deben hacerse á los actos particulares, es el beneficio que el don de consejo nos hace.

En fin, hay todavía un modo más perfecto de conocer la verdad, cual es el de verla en la causa primera, en la causa de las causas, en Dios, y verla con un amor inmenso. Desde esta altura se juzga con certidumbre de todas las causas segundas y de sus efectos; se pone el pensamiento y la accion en armonía, no ya con tal ó tal verdad aislada, con tal ó cual causa segunda, con tal ó tal efecto particular, sino con la causa primera. Entónces, el hombre participa en cierto modo del privilegio de los ángeles de la primera gerarquía, los cuales ven en Dios mismo la razon de las cosas. Posee en este caso la magnífica síntesis de la verdad, y puede juzgar de todo el plan divino, así en el órden natural como en el sobrenatural, puesto que puede juzgar del mismo Dios (1).

Se ve, pues, cuán superior es el don de sabiduría á los dones de ciencia, de consejo y de entendimiento y cómo los perfecciona, no ménos que á los de temor, piedad y fortaleza.

---

sis. Véase *S. Th.*, 2, 2, q. 9, art. 1, 2.—Se ve que en el sistema de nuestra deificacion, no ha quedado olvidado ningun medio, y que el Espíritu Santo se acomoda á todas las condiciones.

1. Spiritualis autem judicat omnia. I *Cor.*, II, 15.—Spiritus enim omnia scrutatur etiam profunda Dei. *Ibid.*—Ad sapientem pertinet considerare causam altissimam, per quam certissime de aliis judicatur, et secundum quam omnia ordinare potets. *S. Th.*, 2. 2, q. 45, art. 1; q. 8. art 6; *S Anton.*, IV p., tit. X, c. III.

Gracias al don de sabiduría, los actos de los otros dones adquieren una energía, una constancia, una extension, una suavidad, una perfeccion, proporcionadas á las luces y efusiones de amor que influyen de este don superior á los demás. Así es, como queda elevado el corazon del hombre á nivel de su inteligencia.

En cuanto á la diferencia que hay entre el don de sabiduría y la fé, la virtud de sabiduría y la sabiduría gratuita, fácil es conocerla. La fé se adhiere á la verdad, tal como le es propuesta, y no va más léjos. La virtud de la sabiduría es un hábito adquirido por el estudio, ó infundido por la gracia: pero esta virtud, natural ó sobrenatural; no tiene la altura, ni la extension, ni la certidumbre, ni la suavidad, ni la espontaneidad del don de sabiduría (1). Este don, tomando como punto de partida la verdad conocida por la fé, confirmada por el don de ciencia, penetrada por la virtud de sabiduría, la ilumina en todas sus partes, y saca de ella las consecuencias, ya para orientar nuestros pensamientos, ya para dirigir nuestras acciones y conformar nuestra vida intelectual y moral á la razon divina.

Otras muchas diferencias existen tambien entre el don de sabiduría y la sabiduría, á las que alude el apóstol, cuando dice: "A uno es dado por el discurso del Espíritu Santo el discurso de sabiduría (2)." Por de pronto, ésta puede ser comun á los buenos y á los malos. Es privilegio suyo conocer las verdades divinas, no con un conocimiento

1. Sapientia quæ est donum est excellentior quam sapientia quæ est virtus intellectualis, utpote magis de propinquo Deum attingens per quamdam Spiritus unionem ad ipsum. Et inde habet quod non solum dirigat in contenplatione, quod facit sapientia virtus intellectualis; sed etiam in actione circa humana. Quanto enim virtus est altior, tanto ad plura se extendit. *S. Anton.*, *ubi supra.*

2. I *Cor.*, XII, 8.

adquirido, sino por ciencia infusa á fuerza de discurso, y tan perfectamente, que pueda enseñarlas á los demás y refutar á los que las contradijeren! Mas la sabiduría no se encuentra sino en los buenos, á quienes comunica no solamente la luz, sino tambien el gusto de las cosas divinas. Habita lo mismo en el niño que en el hombre, miéntras perseveran en estado de gracia: en el segundo está en acto, en el primero en potencia por razon de su poca edad. Aunque en diferentes grados, todos la poseen en cuanto es necesaria para su salvacion (1).

2º ¿Cuáles son los efectos del don de sabiduría? Innundar al espíritu en una luz superior á toda otra luz, llenar el corazon de una aficion inefable hácia Dios y todas las cosas divinas: tales son, como acabamos de indicar, los dos efectos principales del don de sabiduría. Veamos lo que sucede al hombre dotado de este precioso don. Le sucede lo que á un ciego que recibe la vista á la edad de treinta ó cuarenta años. ¿Qué pensaria este hombre del mundo, miéntras estuvo ciego? Creia en la existencia del sol, de la luna y de las estrellas; creia que hay árboles, frutos y flores, y muchas especies de peces en el agua y de aves en el aire y de otros animales en la tierra. Creia todo esto, porque se lo habian dicho; pero no excitaba en él ningun conocimiento preciso y no le producia ni amor, ni alegría, porque no habia visto nada.

Mas hé aquí que este hombre obtiene de repente la vista. Ve cómo el sol esparce por doquiera sus rayos; ve las montañas cubiertas de árboles y de frutos; ve los prados esmaltados de flores á cual más bella, y asombrado de tanta hermosura que ve por vez primera, se queda estupefacto.

1. *S. Anton. ubi supra.*

Dejad ahora al ciego y volveos hácia el alma humana. Posee ésta la luz de la fé, cree que Dios es infinito, que es manantial inagotable de todas las perfecciones; pero como esta luz es bastante pálida, no excita en el alma mucho amor de Dios, ni mucha alegría. Pero que el Espíritu Santo le comunique la luz del don de sabiduría. ¡Qué súbito cambio se obra en ella! Las perfecciones divinas se muestran á su vista en todo su esplendor. Queda como fuera de sí misma y como sumergida en el océano de la divinidad (1).

Hemos visto que el don de entendimiento abre tambien los ojos del alma; pero entre la iluminacion que produce y aquella que procede del Espiritu de sabiduría, hay una gran diferencia. El don de entendimiento ilumina, una tras otra, las verdades particulares; pero no contemplándolas en la causa primera, no las relaciona entre sí hasta el punto de hacer de ellas una basta síntesis. Este privilegio pertenece al don de sabiduría.

En la amorosa luz de que es foco, abraza y hace ver todo el conjunto de las cosas divinas; las verdades de la fé, toda la doctrina cristiana, la teología, la escritura, las reglas de la moral pública y privada, y todo lo que puede contribuir á la santidad de la vida y al logro de la salvacion (2).

El don de entendimiento no va acompañado, al ménos en tanto grado como el de sabiduría, del gusto y del amor de las cosas divinas; y esta es otra gran diferencia.

"En efecto, dice San Buenaventura, una cosa es saber que la miel es dulce, y otra es comerla y gustar realmente de dulzura."

Iluminada el alma por el don de entendimiento, cree y sabe que Dios es infinitamente dulce; sin embargo, no gusta su dulzura. Pero, ¿posee el don de sabiduría? Entónces

1. *Pergmayer*, *Méditat*, &., p. 44.
2. *Corn. á Lap.. in Jacob.*, c. III, 17.

no solamente sabe que Dios es infinitamente dulce, sino que gusta tambien su inexplicable dulzura, y su corazon se llena de ella. De aquí resulta, que el alma encuentra sus delicias en conservar con Dios y procurar su gloria. De aquí proviene el espíritu de oracion, el espíritu de recogimiento, el espíritu de sacrificio, la union amorosa del alma con Dios trasformándose de algun modo en El; el reposo de todas sus potencias, la calma de sus pasiones, el amor de la soledad y del silencio. Entonces es cuando el alma puede decir, imitando á la esposa de los *Cantares*: Mi amado es todo para mí, y yo soy toda de mi amado; yo soy su propiedad y su reino.

El reina en mí y me gobierna. El es el dueño y el director de mi vida interior y exterior. No soy yo quien en mí vive, sino que *El es quien vive en mí*.

La sabiduría como luz y amor que es, esparciéndose afuera, hace al hombre enteramente á su imágen. Ahora bien, segun el apóstol Santiago, la sabiduría que viene del Espíritu Santo, es casta, pacífica, modesta, dócil, amiga de los buenos, llena de misericordia y de buenos frutos, no juzgadora ni fingida (1). Tal es, á grandes rasgos, el retrato del verdadero sábio.

Es casto. Aquí debe entenderse que no solamente tiene la pureza de cuerpo, sino tambien la pureza de alma y de doctrina. Es un hecho, que la verdadera castidad conyugal, la verdadera virginidad, la verdadera continencia, la verdadera pureza de palabra y de doctrina, no se encuentran más que en el cristianismo y en el sábio cristiano. Basta para convencerse de esto, echar una mirada sobre el paganismo, sobre el mahometismo, el protestantismo, el racionalismo

1. *Epis.*, III, 17.

moderno y sobre los pretendidos sábios de sus diferentes escuelas.

Es pacífico. Las luchas, las discusiones, las riñas, las disputas, le son antipáticas; nuevo rasgo que lo distingue de los falsos sábios. La razon de esto es muy sencilla. La verdadera sabiduría es hija del Espíritu Santo: el Espíritu Santo es manantial de paz y de concordia: la paz es la tranquilidad del órden: el órden es fruto de la sabiduría. Es necesariamente humilde. Y la humildad es la madre de la paz.

Es modesto. Modestia en sus afirmaciones y pretensiones; modestia en sus palabras y maneras; modestia en el alimento, en el vestido, en las comodidades y placeres, son los carácteres del verdadero sábio. He aquí lo que constituye otra diferencia entre él y el falso sábio. ¿Quién ignora cuán pretenciosos, vanos, arrebatados, orgullosos, susceptibles y sensuales, no fueron los sábios del paganismo, los sábios de la herejía; cuánto no lo son todavía los sábios de la incredulidad moderna? Animales de gloria, como los llama San Jerónimo, no vivieron ni viven, no escribieron ni escriben, sino para que los demás se ocuparan y se ocupen de ellos, para adquirir nombre ó posicion; ¡y desgraciado de aquel que se atreva á tocarles con solo la punta del dedo!

Es dócil. Esto es, tiene facilidad para dejarse persuadir, y no le falta para persuadir á los demás. Lleno de luz, su espíritu reconoce sin trabajo la verdad desde el momento en que le es propuesta; lleno de amor hácia ella su corazon, la abraza con ardimiento. Llena de amor y de verdad su palabra, no halla por parte de las almas rectas ninguna formal resistencia. ¡Cuán diferentemente sucede con los filósofos del error y sus adeptos! A las pruebas más convincentes oponen obstinadamente estúpidas negaciones. Solo los errores

más groseros encuentran abierta su alma; y cual hijos del padre de la mentira, los abrazan como hermanos y los enseñan como verdades.

Es amigo de los buenos. Entre el sábio cristiano ó el verdadero cristiano, lo cual es lo mismo, y los verdaderos cristianos, los verdaderos buenos de todos los siglos y de todos los países, hay una afinidad real. Afinidad poderosa que, semejante á la chispa eléctrica, conmueve en un abrir y cerrar de ojos á todas las almas católicas y las pone completamente de acuerdo. Pensamientos, alegrías, dolores, esperanzas, temores, intereses, todo se hace comun. De aquí la inmensa fraternidad del bien, que es el carácter tal vez más inexplicable de la verdadera religion. "En esto conocerán todos, que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros," decia el Verbo encarnado. (Joan. XIII, 35).

Enemigos de los buenos y amigos de los malos; esto han sido siempre y son todavía los falsos sábios de todos los tiempos y de todos los lugares. ¿No es esto lo que hoy se vé acaso con más claridad que nunca? Sea cual sea la region que habiten y la máscara con que se cubran, el Espíritu malo conoce á los que son suyos, los exalta y los defiende. En su favor excita las simpatías de todos sus hermanos en impiedad, en revolucion, en anticristianismo.

Está lleno de misericordia y de buenos frutos. De misericordia, porque posee en persona al Espíritu de aquel que ha dicho: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. De buenos frutos, porque su alma es uno de los racimos de la viña, cuya cepa inmortal y siempre fecunda es el Verbo encarnado. Uno de los carácteres del falso sábio es el egoismo, y por consiguiente, la sequedad y la dureza del corazon: *Viscera impiorum crudelia;* y juntamente la esterelidad en buenas obras. Ved

cuál fué en Grecia y Roma el reino de los filósofos, y cuál ha sido entre nosotros á fines del último siglo. Contad, si podeis, las crueldades que no cometieran, las buenas obras que hicieran, las instituciones útiles que fundaran.

No es amigo de juzgar. Cuanto mas ilustrado y caritativo es el hombre, tanto menos inclinado se siente á juzgar, criticar y censurar al prójimo. El sabe mejor que nadie que el juicio pertenece á Dios que el evangelio prohibe juzgar á los otros, si no se quiere ser juzgado; y que nada hay más expuesto á error que los juicios humanos, basados las más veces en antipatías, ó simpatías, y aun en simples apariencias.. Muy al revés se porta el falso sábio. Sin dudar de nada, porque no se fija en nada, esclavo de sus intereses y de sus pasiones, juzga atrevidamente, acusa, critica, condena, atribuye á los demás intenciones que jamás han tenido y les hace decir lo que nunca han dicho. ¿Qué hacen noche y dia, al hablar del soberano pontífice, del clero y de los católicos, esos escritorzuelos que la hechan de filósofos y lo invaden todo?

No es finjido. Este es tambien uno de los más bellos carácteres del verdadero sábio. Decir la verdad, nada más que la verdad; la verdad en las relaciones de hombre á hombre ó de pueblo á pueblo, la verdad en la historia y en la ciencia; decirla sin ambajes ni mezcla de error, decirla con respeto, porque es la verdad; con amor, porque es el pan del hombre; aplaudir á los que la dicen, porque es luz para el ciego, remedio para los enfermos, consuelo de afligidos, salud de las naciones (1)

De aquí resulta, que el alma del verdadero sábio es

1. Spiritus Sanctus disciplinæ effugiet fictum, et auferet se á cogitationibus quæ sunt sine intellectu. *Sap.*, I, 5 —Quam (sapientiam) sine fibtione oidici et sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo. *Ibid.*, VII, 13.

trasparente. Esta trasparencia se refleja hasta en su tranquilo mirar y las facciones de su rostro. Bien diferentes son por cierto el alma del falso sábio, su mirada y su figura. Hijo del gran mentiroso, tiene habitualmente la mentira en sus lábios y en su pluma. Aunque afecta la verdad, la sinceridad y la santidad, no es sino para enseñar el error, la hipocresía y la iniquidad: es lobo con piel de oveja. Pero por más que haga, el lobo se revela en sus ojos, apenas entreabiertos; en su mirada, oblícua é insegura, y en las facciones contraidas, inmobles y rígidas de su rostro, que parecen conspirar para cubrir con un velo impenetrable sus intenciones y sentimientos.

Luz sobre toda luz, amor sobre todo amor, paz, serenidad trasformacion del hombre en Dios; he aquí en sus efectos positivos, el admirable don de sabiduría. Estudiarlo en sus efectos negativos es demostrar, desde un nuevo punto de vista, cuán necesario es.

¿Cuánta es la necesidad del don de sabiduría? La necesidad del don de sabiduría es extrema, absoluta, universal. ¿Habrá necesidad de probarlo? Libre el hombre para escoger un amo, no lo es para no tener ninguno. Al decir el hombre, queremos decir la familia, el pueblo, todo el género humano. Vivir bajo el imperio del Espíritu de sabiduría, ó bajo el imperio del Espíritu contrario, es la alternativa inevitable, de todos los dias, de todas las horas y en todas las posiciones. ¿Cuál es el espíritu satánico, opuesto al Espíritu de sabiduria? Es el espíritu de lujuria (1). El uno eleva al hombre hasta Dios; el otro lo rebaja hasta el bruto.

1. Spiritus sapientæ obruit Spiritum luxuriæ quæ figens se in cadaveribus fætidis ut ibi pascatur, arcam Eclesiæ nescit reverti ut columba, ubi sunt cibaria optima et suavissima. *S. Anton.*, IV p., tit. X, c. I.

A fin de apreciar, cual conviene, este doble movimiento de ascenso y de descenso, es necesario hacer dos advertencias importantes, la primera, que hay tres clases de sabiduría contrarias á la sabiduría divina, y son la sabiduría *terrena*, la sabiduría *animal* y la sabiduría *diabólica*. "Todo agente, dice Santo Tomás, obra por un fin. Si busca su fin en los bienes de la tierra, se llama sabiduría terrena: si en los bienes corporales, será sabiduría animal: si en su propia excelencia, se dice sabiduría diabólica; porque imita la soberbia del diablo, de quien dice Job (41), que es el rey entre todos los hijos de la soberbia (1).

El ángel de las escuelas no hace más que comentar al apóstol Santiago, que lllama satánica esta triple sadiduría ó mejor esta triple aplicacion de la misma sabiduría (2). Ahora bien, esta satánica es un crímen, una desgracia, y una locura.

Es un crímen puesto que por ella el hombre, despreciando la voluntad de Dios, las luces de su propia inteligencia y las aspiraciones de su corazon, pone voluntariamente y á sabiendas su último fin en las criaturas, y trastorna así todo el plan divino.

Es una desgracia, por la razon de que es crímen; y por las consecuencias temporales y eternas que en sí entraña. Estas consecuencias son las injusticias, las inquietudes, los engaños, la desesperacion, los remordimientos, las divisiones intestinas, las revoluciones sociales y las penas del ininfierno.

Es una locura, porque apaga en el lodo de las criaturas las dos antorchas de la inteligencia y de la fe. Loco es aquel que ha perdido el sentido humano y el sentido divino:

1. *S. Th.*, 2. 2, p. 45, art. 1.
2 Non est enim ista sapientia desursum descendens, sed terrena animalis, diabolica. *Epis.* III, 15.

no teniendo ya sentido alguno, no sabe discernir las cosas: llama verdadero á lo falso y falso á lo verdadero, bueno á lo que es malo y malo á lo que es bueno, necesario á lo inútil é inútil á lo necesario. Esclavo de una idea fija, pone en ella su dicha y por ella lo olvida todo; noche y dia va á casa de desvaríos, fantasmas y naderías y agota sus fuerzas en perseguir y abrazar esto. En vano os empeñareis en ilustrarlo; no os comprenderá; las bagatelas son para él tesoros. ¿Lo amenazais con quitárselas? Pues, se enfurece, grita, pega, patea y llora: está loco (1).

Y ved rasgo por rasgo, lo que es un hombre ó un pueblo poseido del espíritu de sabiduría satánica. Mal apreciador de sí mismo, de sus destinos, de sus deberes y de sus intereses, coloca abajo lo que debe estar arriba y arriba lo que debe estar abajo: pone lo principal en el lugar de lo accesorio y lo accesorio en el de lo principal; lo fugitivo en el lugar de lo inmutable, lo natural encima de lo sobrenatural, lo finito sobre lo infinito, el cuerpo ántes que el alma. No hay argumento humano capaz de desengañarlo: es loco y se empeña en serlo: *Nolluit inlelligere ut bene ageret.*

Médicos, no os acerqueis demasiado á él, elegid una buena hora, insistid con maña para hacerle que acepte vuestros remedios: aun así no estareis seguros de que no responda á nuestros caritativos afanes, con burlas, con injurias, irritándose contra vosotros, pegandoos ó dándoos la muerte, como lo ha hecho frecuentemente y todavía lo hace; vedlo sino al punto.

1. Nomen stultitiæ, secundum Isidorum, videtur esse á stupore. Stupor autem interpretatur sensuum alienatio, eo quod sensus stupeant: Unde stultus dicitur, qui propter stuporem non movetur...... Stultitia importat hebetudinem et obtusionem cordis. *Vig.*, c. XIII, § 4, ver. 1.

El género humano estaba atacado de esta criminal y deplorable locura, cuando el Verbo encarnado bajó del cielo para curarlo. Por sus profetas, por Sí mismo y por sus apóstoles, le anuncia el objeto de su mision. ¡Oh, hombre tu sabiduría te engañó! Esta sabiduría es terrena, animal, diabólica; es la locura, es la muerte. Yo perderé la sabiduría de los sábios, yo reprobaré la prudencia de los prudentes (1).. A las nuevas de la llegada del divino médico, todos los enagenados del corazon se conturban hasta las profundidades de su sér, y se preparan á recibirlo, como así lo hicieron, insultándolo, persiguiéndolo, crucificándolo (2).

La segunda observacion es, que la triple sabiduría, ó mejor la triple locura de que acabamos de hablar, termina casi siempre por la locura de la carne. Por un loco de orgullo y avaricia, hallareis cien locos de lujuria. Esta caida está en la naturaleza de las cosas. El hombre ha sido criado para adorar: si no adora al Dios Altísimo, adorará á los dioses más viles; si no adora al Dios espíritu, divinizará y adorará la carne. De aquí resulta, que si los examinais con cuidado, en el fondo de todos los cultos paganos, de todas las prácticas demoniacas, de toda conciencia *emancipada*, encontrareis una inmundicia. Vénus es la última palabra de todo esto. El despotismo de la carne comienza por la gula y acaba por la lujuria. Pues bien, de todas las locuras es la lujuria la más vergonzosa, la más furiosa, la más fecunda en desastres y la más difícil de curar.

1. Sapientia tua decepit te. *Is.*, XLVII, 10.—Lapientia autem hujus mundi stultitia est apud Deum. I *Cor.*, III, 19.—Prudentia carnis mors est. *Rom.*, VIII, 6.—Scriptum est enim: perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobado. I *Cor.*, I, 19 et *Is.*, XXIX, 14.

2. Illuminans tu mirabiliter á montibus æternis, turbati sunt omnes insipientes corde. *Ps.* LXXV.

Así como el Espíritu Santo es inseparable de sus dones, Satanás es inseparable de los suyos. Como el don de sabiduría supone y corona todos los dones del Espíritu Santo, el don de lujuria supone y arrastra en su seguimiento todos los dones satánicos. No hay impuro que no sea soberbio, avaro, gloton, celoso, colérico y perezoso: esto es un hecho confirmado por la experiencia de las almas y por las enseñanzas de la historia. Los espantosos satélites de la lujuria, atentos siempre á las órdenes de su jefe, no hay crímen que no cometan por obedecerle. Los duelos, los asesinatos, los envenenamientos, los raptos, las violencias, los infanticidios, la crápula, los negros celos, la pérfida murmuracion, la odiosa calumnia, las traiciones, las bajezas, los robos, las divisiones, los odios, todo, todo es obra suya.

Como la lujuria llegue á reinar en un pueblo, ó en una época cualquiera, no espereis otra cosa que iniquidades sin número y sin nombre, ideas depravadas, gustos estragados y costumbres sin ejemplo. Contareis por miles las vidas sin remordimientos, los que mueren sin arrepentirse, los locos y los suicidas en proporciones desconocidas. La vida misma, viciada casi en su orígen, se manifestará por la raquitis y la degeneracion de la raza. Ora semejante á un edificio construido sobre un terreno pantanoso que está amenazando siempre con hundirse por su propio peso; ora semejante á una ciudad tomada por asalto en la cual la muerte y el pillaje toman carta de naturaleza; la sociedad entregada al Espíritu de lujuria, estará sin cesar á punto de arruinarse, ó se convertirá en un circo ensangrentado, en el cual desencadenadas todas las pasiones, no habrá meros espectadores, sino que todos los asistentes lucharán á muerte. Así acaban los pueblos voluptuosos.

¿No bastarán todas estas calamidades de todo género, pa-

ra hacernos sentir la necesidad del don que de ellas nos preserva? En vano el mundo actual multiplica las revoluciones para llegar á la libertad. Una sola revolucion puede traérsela: esta no es otra que la revolucion moral, la cual quebrantando la tinaría de la lujuria y de sus satélites, lo colocará bajó el imperio del Espíritu de sabiduría. De otro modo, no.

Llegados al último de los siete dones, echemos una mirada retrospectiva á nuestro trabajo. Hasta aquí hemos estudiado los dones del Espíritu Santo en sí mismos. Mas este estudio, por muy importante que sea, no basta. Para conocer bien los dones del Espíritu Santo, se necesita verlos en accion. Solo así será posible conocer toda su belleza, y su poderosa fecundidad, y su necesidad, y su aplicacion á los actos de la vida, y lo que influyen en la felicidad del mundo. Tal es el nuevo horizonte que se va á abrir ante nuestros ojos.

CAPITULO XXXIV.

LAS BIENAVENTURANZAS.

SUMARIO.—Resúmen del estudio sobre los dones del Espíritu Santo.—Son principios activos.—Lo que producen.—Lo que son las Bienaventuranzas.—De dónde viene su nombre, cuál sea su número.—Se adaptan á las diferentes edades de la vida.—Relacion que dicen con la felicidad de cada hombre.—Cómo promueven el bien de la sociedad.—Superioridad que tienen sobre las virtudes.—Su órden gerárquico.—Relacion de cada Bienaventuranza con su recompensa.—Grados de la recompensa.

El estudio que hemos hecho de los dones del Espíritu Santo puede resumirse en las verdades siguientes: los dones del Espíritu Santo son los principios deificadores del hombre y de la sociedad; el mundo les debe todo lo que tiene de verdaderamente bueno. Al don de temór de Dios, debe sus grandes hombres; al don de piedad, sus innumerables asilos para todas las miserias; al don de ciencia, sus afirmaciones ciertas y sus sábios de buena ley; al don de consejo, la multitud de sus vírgenes y todos sus servicios gratuitos de caridad; al don de inteligencia, la superioridad intelectual que tiene sobre las naciones que no son cristianas ó han dejado de serlo; al don de sabiduría, *esos sublimes locos que se llaman santos*, y son luz, gloria y salud de la humanidad (1).

A los dones del Espíritu Santo se oponen los siete pecados capitales, principios corruptores del hombre y del mundo, dones satánicos que producen efectos proporcionados á

---

1. Nos stulti propter Christum. I *Cor.*, IV, 10.—Placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes. *Id.*, I, 23.

su naturaleza, á los que deben atribuirse todas las vergüenzas y todos los crímenes del linaje humano.

Como quiera que el hombre y el mundo viven bajo la influencia del Espíritu del bien ó del Espíritu del mal, resulta que desde la caida primitiva obedecen á un impulso septiforme: septiforme es, y debe serlo. Por una parte, el Espíritu Santo, es inseparable de sus dones, como Satanás de los suyos. Por otra, este impulso debe alcanzar á todas las facultades del hombre y determinar, como de hecho determina, sus operaciones, buenas ó malas. Tales son los dos principios que mueven á los hombres. El mundo, dirigido por el sopio del Espíritu Santo, es un navío que á velas desplegadas se dirige al puerto: dirigido por el soplo del Espíritu maligno, es una nave sin brújula que acaba infaliblemente por perderse. Si se quiere, pues, vaticinar la suerte futura de cualquier reino ó de cualquier época, no se necesita sino ver á qué impulso obedecen.

En medio de esto, la deificacion del hombre, comenzada por el Verbo y continuada por el Espíritu Santo, no ha llegado aun á su perfeccion. Los siete dones divinos no son en nosotros fuerzas dormidas: son otros tantos principios activos que deben manifestarse por medio de operaciones proporcionadas á la naturaleza y objeto de cada cual. No de otro modo el árbol, cuya savia se pone en movimiento por el calor del sol, debe producir hojas, flores y frutos, segun su especie. La comparacion evangélica, que ya nos ha hecho sensible la diferencia entre las virtudes y los dones, nos hará tambien comprender la diferencia entre los dones y las *bienaventuranzas*.

¿Qué se entiende por bienaventuranzas? ¿De dónde viene este nombre? ¿Cuántas son? ¿Qué relacion guardan con la felicidad de cada hombre? ¿Cómo contribuyen al bien de

la sociedad? ¿En qué son superiores á las virtudes? ¿Cuál es su órden gerárquico? ¿Cuáles sus relaciones con los dones del Espíritu Santo? Estas cuestiones comprenden en su conjunto, á juicio nuestro, una materia tan poco conocida y no menos interesante que los dones del Espíritu Santo.

1° ¿Qué se entiende por bienaventuranzas? *Las bienaventuranzas son los dones del Espíritu Santo en accion* (1). Pasa con el cristiano lo mismo que con el árbol. Cuando ha recibido en el Bautismo la vida divina y con ella las virtudes infusas; cuando el Espíritu Santo ha venido con sus siete dones á poner en movimiento todas esas virtudes, como el calor lo hace con la savia, el cristiano puede y debe practicar ciertos actos de perfeccion sobrenatural que lo encaminan á su último fin (2).

Estos actos se llaman bienaventuranzas, esto es, *beatíficos*. Diferencíanse de las virtudes y los dones, como el efecto se diferencia de la causa, el arroyo del manantial y la flor del árbol; ó por hablar el lenguaje teológico, como la facultad en acto se diferencia de la facultad en potencia. "Las bienaventuranzas, dice Santo Tomás, se distinguen de las virtudes y los dones, como los actos de los hábitos (3). De esta manera, las bienaventuranzas no son, como su nombre parece indicarlo, habitos ó estados permanentes, sino actos transitorios, producidos por habitudes permanentes que se llaman dones del Espíritu Santo.

2° ¿De dónde viene su nombre? El nombre tan dulce y tan poco conocido de bienaventuranzas significa *dicha per-*

1. Beatitudines distinguuntur á donis et virtutibus, sicut actus ab habitibus. *Vig.*, c. XIII, p. 9.

2. No es necesario decir que todo esto se hace simultáneamente y con una sola operacion.

3. Beatitudines distinguuntur quidem á virtutibus et donis, non sicut habitus ab eis distincti, sed sicut actus distinguuntur ab habitibus. 1. 2, q. 49, art. 1.

fecta, reposo final. "La bienaventuranza, dice un gran teólogo, es el soberano bien, el fin último: todos convienen en esto. Y entendemos por soberano bien el que tiene todas las cualidades del bien y ninguna del mal, y no le falta nada, ni se le puede añadir nada; el cual consta que no es más que uno, á saber, Dios que es bondad infinita, de quien todos los demás bienes dependen en su sér, orígen y conservacion; y cuya posesion hace bienaventurados á los ángeles y á los hombres que participan de su bienaventuranza uniéndose á El (1)."

Ahora bien, la bienaventuranza es el fin último de la vida humana (2). Tan cierta es esta verdad, que el hombre podrá, sí, falsear la ley que le inclina á la felicidad; mas no podrá sustraerse á ella. A sabiendas ó sin saberlo, por el camino del crímen ó por las sendas de la virtud, trabaja noche y dia por la felicidad: tranquilo y contento, si la encuentra; inquieto y desgraciado, si la persigue en vano. Es como la aguja inmantada, que sometida á una atraccion misteriosa, gravita incesantemente hácia el polo, y no pára hasta ponerse en relacion directa con este punto del cielo.

Si la bienaventuranza es la felicidad perfecta y la felicidad perfecta es la plena posesion de Dios, tres cosas resultan evidentes. La primera: que con relacion al hombre, la bienaventuranza es á un mismo tiempo perfecta é imperfecta. Imperfecta en el mundo, donde no vemos á Dios, soberano bien, sino al través de las sombras de la fe, y no lo poseemos sino imperfectamente. Perfecta en el cielo, donde veremos á Dios cara á cara y lo poseeremos sin temor de perderlo nunca jamás. La segunda: que el hombre no llega

1. *Vig.*, c. XIV.
2. Beatitudo est ultimus finis humanæ vitæ. *S. Th.*, l. 2, q. 69, art. 1.

á su fin de un salto. La tercera: que su fin, ó la bienaventuranza no es, ni puede ser de este mundo.

En estas verdades de lógica y de buen sentido se encuentra, digámoslo de paso, la prueba sin réplica de tres puntos fundamentales: la existencia de la otra vida, la libertad humana y la obligacion que el hombre tiene, durante su paso por el mundo, de encaminarse á su fin con progreso contínuo; que no para otra cosa le ha sido dado el tiempo. Este progreso, como camino que es para la bienaventuranza, es ya la bienaventuranza incoada. De donde proviene, que en su lenguaje profundamente filosófico, llama el Evangelio *bienaventuranzas* á ciertos actos de la vida presente, que conducen *más directamente* á la bienaventuranza de la otra.

Desenvolviendo el texto sagrado, añade la teología católica, que se les da el nombre de bienaventuranzas por dos razones. La primera: porque nos hacen felices acá en la tierra. Es un hecho de experiencia universal, que la mayor suma de contento, aun en este mundo, la disfruta el cristiano que practica fielmente los siete actos sublimes que el Verbo encarnado llamó bienaventuranzas. La segunda: porque nos conducen más directamente á la bienaventuranza final, de que nos hacen gozar con la esperanza, á la manera que de alguna persona suele decirse, que ha conseguido él objeto de sus deseos cuando tiene esperanza, fundada de obtenerlo. ¿No escribió el mismo Apóstol: *Hemos sido hechos salvos en la esperanza?* Pues la esperanza de alcanzar nuestro último fin se funda en algo que nos dispone y nos acerca á él. Este algo consiste en las operaciones de los dones del Espíritu Santo; y por esto se llaman bienaventuranzas, ó actos *beatíficos* (1).

1. Dicitur enim aliquis jam finem habere propter spem finis obtinendi.... Spes autem de fine consequendo insurgit ex hoc

Justificaremos de una manera sensible este nombre de bienaventuranza, cuando expliquemos las relaciones de cada una con el don correspondiente. Y lo haremos con el fin de que se vea que las cosas de que el Evangelio hace depender la felicidad, no son el manantial de una simple felicidad *mística*, como ahora dicen, en significacion de puramente espiritual y casi imaginaria. La verdad es, que bajo todos los aspectos y en la más lata acepcion de la palabra, las bienaventuranzas producen lo que su nombre expresa. Para la vida presente, lo mismo que para la futura, son realmente manantial de felicidad.

3º ¿Cuántas son las bienaventuranzas? Siete contamos segun los concilios y Santo Tomás. La octava, enunciada por San Mateo, no es sino la confirmacion y manifestacion de las otras. En efecto, desde que el hombre está afianzado en la pobreza espiritual, en la mansedumbre y demás beatitudes, la persecucion es impotente para apartarlo de estos bienes inestimables (1).

Las razones de este número siete se revelan por sí mismas. Por una parte, bastan siete bienaventuranzas para

quod aliquis convenienter movetur ad finem, et appropinquat ad ipsum; quod quidem fit per aliquam actionem. Ad finem autem beatitudinis movetur aliquis et appropinquat per operationes virtutum, et præcipue donorum, si loquamur de beatitudine æterna, ad quam ratio non sufficit, sed in eam inducit Spiritus Sanctus, ad cujus obedientiam et sequelam per dona perficimur. Et ideo beatitudines distinguuntur quidem á virtutibus et donis, non sicut habitus ab eis distincti, sed sicut actus distinguuntur ab habitibus. *S. Th.*; l. 2, q. 69, art. 1.

1. Octava beatitudo est quædam confirmatio et manifestatio omnium præcedentium. Ex hoc enim quod aliquis est confirmatus in paupertate Spiritus et mititate, et aliis sequentibus, provenit quod ab his bonis propter aliquam persecutionem non recedit. Unde octava beatititudo quodammodo ad septem præcedentes pertinet. *S. Th.*, *ibid.*, art 3.—Este es tambien el parecer de San Agustin, San Antonino, el concilio de Vaures, c. 1, &.

constituir la felicidad: menos, seria poco; más seria inútil. Por otra, no siendo las bienaventuranzas ó actos beatíficos sino las operaciones de los dones del Espíritu Santo, ó más bien, estos mismos dones en accion, no pueden ser más que siete. Además, segun teólogos profundos, estas siete beatitudes guardan relacion con las siete edades de la vida del hombre; así como estas siete edades del hombre están en armonía con las siete edades del mundo y éstas á su vez, con los siete dias de la creacion (1).

4° ¿Qué relacion tienen las bienaventuranzas con la felicidad de cada hombre? "La vida presente, dice San Antonino, se divide en siete edades, durante las cuales el Verbo encarnado se ha hecho nuestro regulador universal, mediante las siete bienaventuranzas. Estas, que no son sino actos virtuosos, debe el hombre tenerlas todas y siempre; pero acomodando cada una en particular á la edad en que se encuentra. En esto consiste el principio de su dicha (2)."

La primera edad es la infancia, que comprende desde el nacimiento hasta los siete años. Las virtudes y los encantos de este período de la vida son el cariño, la humildad, el desprendimiento, la sencillez, el candor. El niño que esto tiene, expresa en sí mismo la semejanza con el Dios-niño: marcha hácia el fin para que fué criado; es feliz. Esta es la primera bienaventuranza, y evidentemente la que mejor conviene á la primera edad: *Beati pauperes spiritu.*

1. *S. Anton.*, IV, p., tít. VII, c. 5.

2. Vita praesens distinguitur per septem aetates, in quibus omnibus regulat nos Christus per septem beatitudines. Omnes istas quae aliud non sunt quam actus virtuosi, debet quilibet habere simul habitualiter. Licet quaelibet per se adaptari possit uni aetati hominum. *Ubi supra.*—Esta division setenaria de la vida se relaciona probablemente con la revolucion climatérica que se verifica en nosotros, cada siete años, y que se tomaba sériamente en cuenta por los fisiólogos antiguos.

La segunda edad se extiende desde los siete hasta los catorce años. Practicar la mansedumbre, la obediencia y amabilidad, que junto con el candor y las nacientes gracias ganan los corazones, he ahí el deber propio de esta hermosa parte de la vida. El que lo cumple, representa igualmente la imágen del Verbo encarnado: se encamina á su último fin, es feliz. Esta es la segunda bienaventuranza, y evidentemente la más propia de esta edad: *Beati mites.*

La tercera edad abraza desde los catorce años á los veintiocho. Este período equivale á dos, á causa del desarrollo físico y moral del hombre. La adolescencia es la edad de los peligros. El mundo que sonrie, las pasiones que se despiertan, los sentidos que hablan, todo se convierte en ocasion de luchas incesantes. Entonces más que nunca necesita el hombre de la mortificacion, de la vigilancia, de las santas tristezas de la penitencia, del saludable desagrado del retiro. Si comprende esto y su conducta, corre parejas con su creencia, será feliz. Esta es la tercera bienaventuranza: *Beati qui lugent.*

La cuarta edad coge desde los veintiocho años hasta los cuarenta y dos. Esta edad en que la juventud se desborda, es ardorosa para los negocios, ávida de dinero, honores y posicion social, para cuya obtencion no suele ser demasiado delicada en la eleccion de medios. Por lo cual, oh jóven, si quieres evitar la lepra de Giezi y la sed eterna del rico Epulon, trabaja por excitar en tí la sed ardiente y el hambre contínua de la justicia. A este precio, y no de otro modo, podrás ser feliz. Es la cuarta bienaventuranza, y se ha hecho para tí: *Beati qui essuriunt et sitiunt justitiam.*

La quinta edad se extiende desde los cuarenta y dos á los cincuenta y seis años. Es la edad de la virilidad y tambien en la que comienza la vida á declinar. El hombre ve

entonces detrás de sí, la vida que se va; y delante, la eternidad que avanza. En semejante situacion, ¿qué es lo más cuerdo que puede hacer? Tener piedad de su propia alma. ¿Qué significa esto? Por una parte, reparar las pérdidas que pecando le ocasionó. Por otra, poner en seguro su fortuna, haciéndola trasportar, por mano de los pobres, al lugar donde ha de vivir eternamente. Obrando así, es feliz con la felicidad propia de esta edad: practica la quinta bienaventuranza: *Beati misericordes.*

La sexta edad comienza en los cincuenta y seis años y termina en los setenta. Edad de la vejez, que hacen venerable los cabellos blancos y la experiencia, pero que puede y debe hacerse respetar mucho más por las santas costumbres y el buen ejemplo. Como el anciano no sea alguno de esos veteranos del crímen, de quienes habla el profeta Daniel, le es muy fácil evitar las manchas del pecado. Sus sentidos se han debilitado; las rosas de sus mejillas se han convertido en arrugas, el fuego de la concupiscencia ha perdido sus ardores. Saque, pues, partido de esta decadencia del hombre exterior, para embellecer con una conducta sin tacha al homdre interior. Por la inocencia de su vida, que le restituye en parte los encantos de la infancia, se convierte para la juventud en un consejero á quien obedece y un modelo á quien respeta; y para todos los que le rodean, en un centro de atraccion que irradia el buen olor de Jesucristo. Es feliz con la bienaventuranza especial, que guarda armonía con su edad, y es la sexta: *Beati mundo corde.*

La sétima edad comienza á los setenta años y se prolonga hasta el fin de la vida. Es la edad de la decrepitud, la edad de los años que no agradan, como dice la Escritura. La debilitacion de los sentidos, la caducidad de los órga-

nos, necesidad de cuidados desconocidos, las enfermedades, los achaques, el depender de otros, el apartamiento de los amigos y aún de los parientes, el olvido y menosprecio del mundo, el recuerdo pesaroso lo pasado, las tristes provisiones de lo porvenir, todas estas cosas y muchas más son como otros tantos enemigos que asedian al anciano; y que, á no hacerlo el más desventurado de los hombres, le imponen la necesidad de buscar dentro de sí mismo la paz y tranquilidad que no le podrán robar sus relaciones con todo lo que le rodea. Por esto, la sabiduría infinita le tiene reservada la sétima bienaventuranza: *Beati pacifice.*

Con el fin de infundir ánimo al pobre anciano en medio de tantos elementos conjurados para acabar con él, Dios añade á continuacion: Bienaventurados los que por conformarse á la voluntad de Dios, son perseguidos (1).

5º ¿De qué manera las beatitudes evangélicas contribuyen al bien de las sociedades? Una vez establecido que las bienaventuranzas son el manantial de la felicidad individual: es consecuencia lógica que procuran el bienestar de las sociedades.

Las sociedades son felices cuando están en el órden; y esto acontece cuando conociendo su último fin, es decir, su felicidad, se encaminan hácia ella con paso seguro. Pero la mayor parte de los hijos de Adan, pueblos é individuos, atraidos por su corrupcion nativa, buscan su felicidad en las criaturas. Ese poderoso y ciego atractivo, apartando al hombre de su fin, es el manantial de todos los males por los que la tierra merece cien veces el nombre de valle de lágrimas.

Engañado el género humano por el ángel de las tinieblas busca la felicidad por tres caminos diferentes, el de

1. *S. Anton., ubi supra.*

los honores, el de las riquezas y el de los placeres. Las tres primeras bienaventuranzas rectifican con autoridad soberana esa funesta tendencia. *Bienaventurados los humildes y desprendidos, y los mansos, y los que lloran.*

¿Por qué son bienaventurados? Porque están á cubierto de la fascinacion general que hace desdichados á los demás. Son bienaventurados, porque no estimando sino en muy poco la posesion de los bienes terrenos, los adquieren sin pasion, los poseen sin inquietud y los pierden sin inútiles pesadumbres. Son bienaventurados, porque cada acto de humildad, de desprendimiento, de mansedumbre y de tristeza cristiana los aproxima á la suprema felicidad. Son bienaventurados, porque tienen en perspectiva los bienes de la eternidad, magnífica recompensa del desprecio con que miraron los bienes del tiempo.

El desarsirse cristianamente de las cosas perecederas, ¿no vale nada para la felicidad del mundo? En esto consisten las tres primeras beatitudes. El segundo paso hácia la felicidad está en las dos siguientes: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; bienaventurados los misericordiosos.* Las tres primeras bienaventuranzas, despegando al hombre de las criaturas, hacen que se aficione al soberano bien; pues el corazon humano no puede estar vacío. Así es como lo constituyen en el órden relativamente á Dios, es decir, en paz con Dios.

Las dos siguientes le procuran la paz con el prójimo. El hombre está en paz con el prójimo cuando cumple con sus deberes de justicia y de caridad; cumple con ellos perfectamente, cuando, por una parte, sus palabras y sus obras dan testimonio de que está animado, este poco, de que lo devora el hambre y la sed de la justicia en todo y para con todos: y cuando, por otra parte, muesta hácia su próji-

mo y aun hácia sus enemigos una caridad indulgente que excusa las faltas ó las intenciones; compasiva, que socorre todas las necesidades; misericordiosa, que perdona las ofensas.

Paz con Dios, paz con el prójimo; hé ahí los efectos de las cinco primeras bienaventuranzas. ¿Qué falta para completar, aun en lo temporal, la felicidad del hombre y de la sociedad, sino la paz consigo mismo? Las dos últimas bienaventuranzas la proporcionan: *Bienaventurados los limpios de corazon; bienaventurados los pacíficos.* Haciéndonos la primera practicar la pureza de corazon por medio de la mortificacion, la vigilancia y la oracion, mantiene la necesaria subordinacion de la carne al espíritu y nos constituye en el órden. La segunda, por medio de la mansedumbre y la paciencia nos hace dar muestras, en nuestras relaciones con la familia y la sociedad, del órden que reina en nuestro interior, y nos da derecho para llamarnos hijos de Dios, que se complace en llamarse á sí mismo Príncipe de la paz *Princeps paciis.*

¿Qué os parece? El cristiano que practica las siete bienaventuranzas, ó los siete actos beatíficos por excelencia, ¿no es verdad que disfruta de una felicidad *mística?* Si la Europa actual, si el mundo entero, poseyera esta felicidad que osais llamar imaginaria, ¿les iria demasiado mal con ella? ¡Insensatos! Los hombres y los gobiernos de hoy afectan creer que las bienaventuranzas evangélicas no valen cosa para el bienestar temporal de las sociedades; cuando precisamente la ausencia de estos elementos, sociales como ningunos otros, es la causa de las revoluciones de que hemos sido, somos y seremos víctimas.

6º ¿Qué especie de superioridad tienen las bienaventuranzas sobre las virtudes? En el mero hecho de que los do-

nes del Espíritu Santo, como elementos santificadores, son superiores á las virtudes morales, sus operaciones son más perfectas que las de las virtudes. Por esto merecen antonomásticamente el nombre de bienaventurazas, ó actos beatíficos. La virtud hace que el hombre use moderadamente de los honores y riquezas; el don hace que los desprecie. Con este sublime desprecio el cristiano se hace el sér más libre, el más santamente independiente, y por lo tanto, el más feliz que hay en el mundo: *Beati pauperes.*

La virtud impide al hombre seguir los movimientos de la ira, contrarios á la razon: el don hace más; lo libra de ellos. Secando en el fondo del alma la fuente de la hiel y de la cólera, comunica al cristiano una mansedumbre inalterable que le gana los corazones: *Beati mites.*

La virtud arregla las afecciones tocantes á la vida temporal, el don adelanta más; las sustituye con la santa tristeza de los desterrados: *Beati qui luget.*

La virtud nos hace ejercitar la justicia para con Dios y para con el prójimo: el don le saca gran ventaja, nos hace dar á Dios y al prójimo lo que les debemos, no solo con exactitud sino con devocion y con gusto. En lo tocante á la justicia y á nuestras obligaciones de justicia, nos llena, segun la frase del Evangelio, de un ardor comparable al que la comida exita en el hambriento y el agua en el sediento. *Beati qui esuriunt et sitiunt.*

La virtud nos hace ejercitar la caridad corporal y espiritual con los que la razon nos recomienda, como son nuestros amigos y allegados: el don se eleva más alto; ve la necesidad, nada más que la necesidad; la llaga, nada más que la llaga; el andrajo, nada más que el andrajo; y por amor de Dios da, cura, consuela, sin distincion de propios ó extraños, de amigos, ó enemigos de griegos ó de barbaros: *Beati misericordes.*

De estas cinco bienaventuranzas fielmente practicadas, resulta una pureza de afecciones y pensamientos, mucho más perfecta que la que tiene en la simple virtud su orígen y sus reglas: *Beati mundi corde.* Esta pureza, haciéndonos semejantes á Dios, tres veces santo, nos da un derecho particular de llamarnos hijos de Dios: *Beati pacifici.* "De aquí proviene, dice Santo Tomás, que las dos últimas bienaventuranzas no tanto se presentan como actos meritorios, cuanto como recompensas (1)." Son á la vez el comienzo de la felicidad perfecta y el lazo que une las bienaventuranzas á los frutos, de que hablaremos muy pronto.

Entretanto, este simple bosquejo, que nos hace ver la superioridad de las bienaventuranzas aún sobre las virtudes sobrenaturales, nos ayuda á medir la altura que el cristiano tiene sobre el hombre honrado y sobre el sábio pagano. Y en vista de esto, ¿quién no compadecerá á los pretendidos moralistas del siglo diez y nueve? Caidos de las alturas del órden sobrenatural en que el Bautismo los habia colocado, estos soberbios ignorantes, *superbus nihil sciens*, osan hacer parangon entre la perfeccion cristiana y la pagana, entre la moral de Sócrates y la moral de Jesucristo. Blasfemos y perjuros, no temen llamar á la primera, la moral de este mundo y de las gentes honradas; y á la segunda, la moral del otro mundo y de los místicos: y luego, so pretexto de que ellos no son vasos de eleccion, se quedan sin practicar ninguna.

7º ¿Cuál es el órden jerárquico de las bienaventuranzas? Lo mismo que los dones del Espíritu Santo que las produ-

(1) Vel sunt ipsa beatitudo, vel aliqua inchoatio ejus: et ideo non ponuntur in beatitudinibus tanquam merita, sed tanquam præmia. Ponuntur autem tanquam merita effectus activæ vitæ, quibus homo disponitur ad contemplativam vitam. I. 2, q. 49 art. 3.

cen, las bienaventuranzas están encadenadas entre sí dentro de un órden jerárquico, por cuyos grados se eleva el cristiano hasta la perfeccion del sér divino, y por consiguiente, al colmo de la felicidad, como lo haremos ver más adelante. Al presente, tenemos que estudiar dos cosas dignas de la Sabiduría que lo hace todo con número, peso y medida. La primera es, la relacion que existe entre cada bienaventuranza y su recompensa; la segunda, la graduacion de la misma recompensa.

La recompensa. El cielo ó la felicidad perfecta es indudablemente la recompensa comun de todas las bienaventuranzas, pero esta recompensa se presenta bajo diferentes aspectos en armonía con el género particular de mérito que alcanza cada una de las bienaventuranzas. Sí, pues, es una verdad que el pecador es castigado en aquello mismo en que pecó, es igualmente verdad que el justo recibe recompensa en lo mismo en que mereció. ¿Qué cosa más á propósito que esta divina ecuacion, para excitar nuestro celo y sostener nuestro aliento en los diferentes senderos que conducen á la felicidad?

Así, para los que se hacen pequeños y pobres, el cielo es el poder, la opulencia, la gloria: *Regnum caelorum.*

Para los que se distinguen por su mansedumbre, el cielo es el imperio de los corazones en la tierra de los vivos: *Possidebunt terram.*

Para los que lloran, el cielo es el consuelo y la alegría sin alteracion y sin fin: *Consolabuntur.*

Para los que tienen hambre de justicia, el cielo es la hartura perfecta: *Saturabuntur.*

Para los misericordiosos, el cielo es la misericordia con sus ternuras inefables: *Misericordiam consequentur.*

Para los limpios de corazon, el cielo es la vision clara de

Dios en todo el esplendor de su hermosura y en toda la magnificencia de sus obras: *Deum videbunt.*

Para los pacíficos, el cielo es el nombre glorioso y el privilegio incomparable de hijos de Dios: *Filii Dei vocabuntur*.

A esta bella armonía hay que agregar otra, que es la graduacion en la recompensa. Para comprenderla, basta con una poca de atencion. La primera recompensa es tener el cielo. Esta es la felicidad comun de todos los santos, mas no igual para todos; pues en la bienaventuranza hay muchas gradas, como en la casa del Padre celestial hay muchas moradas.

La segunda es poseerlo. Poseer el cielo significa más que tenerlo. Hay muchas cosas que se pueden tener sin poseerlas de una manera tranquila y permanente.

La tercera es tener consuelo. Estar contento con la posesion del cielo es más que tenerlo y poseerlo. ¡Cuántas cosas hay que son agradables y no se poseen sin dolores!

La cuarta es saciarse. Lo cual es más que estar contento. La hartura supone la abundancia del consuelo, y el reposo en la alegría.

La quinta es ser objeto de la misericordia. La dicha celestial no se medirá, ni por nuestros méritos, ni siquiera por nuestros deseos, sino por las riquezas infinitas de la infinita misericordia. ¿Quién podrá comprender lo que este favor divino añade á todos los otros?

La sexta es ver á Dios. Esta nueva felicidad sobrepuja á todas las precedentes. Ver á Dios es más que todo lo dicho y significa una dignidad más alta. Ver al Rey con intimidad y cuanto se quiere, es más que habitar en su palacio y que disfrutar de sus beneficios.

La sétima es ser hijo de Dios. Ya no hay nada que sea más que esta. En la córte de los reyes el grado más alto es el de sus hijos, herederos del trono.

De esta manera, conducir al hombre de grado en grado hasta la dignidad suprema de hijo de Dios, de hermano y coheredero del Verbo encarnado, es la última palabra de todas las bienaventuranzas y de todas las operaciones del Espíritu Santo (1).

Cuando se ha completado el misterioso trabajo de deificacion, el Espíritu de amor le envía al justo el sueño de la muerte. Al despertar de él al otro lado de la tumba, encuentra el justo todas las bienaventuranzas que ha practicado reunidas, inmortalizadas y magníficamente engrandecidas en una sola, el cielo, la bienaventuranza por excelencia.

Tales son los grados de la escala, por donde subimos desde el fondo de este valle de lágrimas hasta la cima de la montaña de la verdadera y eterna felicidad. "El Espíritu Santo, dice San Agustin, al descender sobre el Dios-hombre, cemienza por la sabiduría y acaba por el temor, para humillarse hasta nosotros. Pero cuando desciende sobre el hombre, destinado á la deificacion, comienza por el temor á fin de elevarlo hasta el Verbo encarnado que es la Sabiduría eterna. Tengamos, pues, á *la vista estas gloriosas ascenciones*, apresurémonos á subir los escalones que nos conducen á Nuestro Señor y Padre. Llevemos valientemente la carga de la vida. Crucemos á paso firme y con la vista fija en nuestro último fin, entre las seducciones y tribulaciones pasajeras del tiempo: en el término de nuestro viaje nos espera la paz que no se altera nunca, ni se ha de acabar jamás. A esto nos exhorta la octava bienaventuranza como conclusion de todas las demás: *Bienaventurados los que padecen persecucion; porque de ellos es el reino de los cielos* (2).

1. Vid. *S. Th.*, 1, 2, q. 69, art. 4.
2. *Serm.*, 347, n. 3.

CAPITULO XXXV.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Relaciones entre los dones y las bienaventuranzas.—Estas son los dones en accion.—Cada bienaventuranza se traduce en un don.—Importancia de este estudio para estimar la riqueza y apreciar la necesidad de las bienaventuranzas y los dones.—El don de temor en accion; primera bienaventuranza: ejemplo.—El don de piedad en accion; segunda bienaventuranza: ejemplo.—El don de ciencia en accion; tercera bienaventuranza: ejemplo.—El don de fortaleza en accion; cuarta bienaventuranza: ejemplo.

8º ¿Cuáles son las relaciones de las bienaventuranzas con los dones del Espíritu Santo? Ya lo hemos indicado: son las mismas que existen entre el efecto y la causa, entre el fruto y el árbol que lo produce. Las bienaventuranzas son los dones del Espíritu Santo en accion. Pero lo que llevamos dicho no nos parece bastante para que se comprendan la belleza, el encadenamiento y la necesidad de estos elementos santificantes, y por consiguiente que *beatifican* al hombre y la creacion. Hoy en especial, las verdades católicas no se conocen bien, ni se aman, ni se admiran, sino cuando toman cuerpo, digámoslo así, palpable á nuestras manos y visible á nuestros ojos. Así es como nada hay que haga apreciar mejor la caridad católica en el mundo entero, que la hija de San Vicente de Paul. Lo mismo puede decirse de los donos del Espíritu Santo y de las bienaventuranzas; por esto vamos á presentar unos y otras viviendo y obrando en los cristianos en quienes se personifican.

A fin de poner de manifiesto que el Espíritu del Cenácu-

lo continúa en la Iglesia, escogeremos nuestros ejemplos en los anales contemporáneos del catolicismo, haciendo una excepcion en favor de San Francisco de Asís, cuya vida debiera ser el manual de nuestra época. El primer don del Espíritu Santo se traduce por la primera bienaventuranza, y da lugar á actos admirables de humildad, de arrepentimiento y de horror al pecado.

"En un dia crudo de invierno y de mucho frio, se dirigia San Francisco de Asís, de Perusa á Santa María de los Angeles. Conforme iban andando, dijo á Fray Leon, su compañero de viage: Hermano Leon, ovejita de Dios, si los frailes menores hablasen la lengua de los ángeles, y conocieran el curso de los astros y la virtud de las plantas y los secretos de la tierra, y la naturaleza de las aves, de los peces, de los hombres y de todos los animales, de los árboles, las piedras y el agua, tenga por muy cierto que no por eso disfrutarian de la perfecta alegría.

"Y un poco mas adelante: Oh hermano Leon, aunque los frailes menores convirtieran en su predicacion á todos los pueblos infieles, fíjese bien en ello, no por esto tendrian motivo para estar completamente alegres. Y continuó hablando así por espacio de algunas millas.

"Al fin, lleno de asombro Fr. Leon, preguntó al santo: Pido por Dios á vuestra Paternidad, que me diga en qué consiste la perfecta alegría. San Francisco respondió: Cuando lleguemos á Santa María de los Angeles, bien mojados y cubiertos de lodo, transidos de frio y muertos de hambre, si llamando nosotros á la puerta, el portero nos dice: ¿Quién es? nosotros responderemos: Somos dos hermanos vuestros. Si él entonces replicara: Mentira; sois dos vagos que andais por el mundo quitando las limosnas á los verdaderos pobres; ¡fuera de aquí! y no quisiera abrirnos y nos dejara fuera to-

da la noche á la intemperie, expuestos á la nieve y al frio y muriéndonos de hambre; si nosotros sufrimos este tratamiento con paciencia, sin turbarnos ni murmurar; y si además pensamos humildemente y con caridad, que el portero nos conoce bien por lo que somos, y que por permision de Dios habla así contra nosotros, créame, hermano, en esto consiste el verdadero contentamiento.

"Y si continuamos llamando, y encolerizado el portero nos echara como holgazanes importunos y nos colmara de injurias y nos diera de bofetadas; y nos dijera: Marchaos de aquí, miserables, ladronzuelos; id al hospital, no hay aquí para vosotros nada que comer; si nosotros soportásemos este mal tratamiento con gozo y con amor, oh hermano Leon, no tenga duda, en esto consiste la alegría perfecta.

"Si, finalmente, en aquel apuro el hambre, la sed y el rigor de la noche nos precisaran á instar con lágrimas y lamentos para que nos dejaran entrar en el convento, é irritado entonces el portero saliera con un palo, y nos agarrara de la capucha, y nos tirara á la nieve, y nos magullara á palos hasta dejarnos cubiertos de heridas; si nosotros sufriésemos todas estas cosas con alegría, pensando que debemos participar de las humillaciones de Nuestro Señor Jesucristo bendito.... hermano Leon, créalo firmemente, en esto se encuentra realmente la alegría verdadera. Y ahora, hermano, escuche la conclusion. Entre todos los dones del Espíritu Santo, el más considerable es el de vencerse á sí mismo y sufrir con gusto por amor de Jesucristo las penas, las injurias y los oprobios (1)."

Ante el espectáculo de tan admirable humildad, no resta sino levantar los ojos al cielo y repetir las palabras de la eterna Sabiduría: "Gracias te doy, oh Padre mio, que ocul-

1. *Fioretti.*, cap. VIII.

taste estas cosas á los sábios y á los prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos."

Veamos ahora el don de temor con relacion al pecado. No hay una madre que sienta tanto dolor por la muerte de su hijo, como el alma inspirada por el don de temor siente sus faltas más pequeñas. El P. Alfonso Rodriguez estaba lleno de este don divino. Cada vez que pasaba por cierta parte de su casa, se ponia de rodillas, pedia perdon á Dios llorando, se inculpaba á sí mismo y se mesaba los cabellos, y esto por espacio de muchos años. ¿Habia, tal vez, cometido en aquel sitio algun pecado enorme? No por cierto: se habia permitido cierta ligereza en el mirar, con la cual creia haber ofendido á Dios (1).

El mismo Espíritu de temor, que inspira el arrepentimiento del pecado cometido, hace tambien que se le tenga horror antes de cometerlo. En 1841, un mandarin hizo prender á varios cristianos y los compelia á apostatar; pero la firmeza con que le respondian le persuadió de que no podria lograr su intento. Encadenarlos á todos era hacer más ruido y más víctimas de lo que él queria. Nó sabiendo en su despecho qué partido tomar, se limitó á describir con su baston un círculo al rededor de una jóven que tenia de rodillas delante de sí; pues es costumbre de los Chinos estar de hinojos ante el juez que los interroga. "Si sales de este círculo, le dijo, es prueba de que has apostatado." Y se retiró.

Todos se fueron marchando del pretorio, excepto la jóven, á quien el temor de abjurar de su fe retenia de rodillas é inmóvil en el estrecho espacio donde la vara del mandarin acababa de encerrarla. El secretario de este magistrado, curioso de saber qué partido habria tomado la inocente cautiva, volvió sobre sus pasos, y encontrándola en el mismo si-

1. *Pergmayer*, *Médit. sur les sept. dons*, &c.

tio y actitud, la invitó á levantarse y salir.—"No, dijo ella, antes me moriré de hambre, que dar un paso.—Mira que el mandarin no lo ha dicho en sério—No importa, yo he oido sus palabras y no conozco sus intenciones. Insistió largo rato el secretario, y no pudo obtener esta respuesta. Entonces, él mismo borró la raya que su amo habia trazado, y sacó de allí á la valerosa doncella (1)."

Citemos un postrer rasgo que nos hará ver al Espíritu de temor de Dios y al Espíritu contrario disputándose una alma en una lucha terrible. Durante el año de 1840, Trinh-Quang-Kanh, gobernador del Tong-Kin, hizo prender á un catequista llamado Toan, de setenta y cuatro años de edad. Sometido á los más atroces suplicios, el desventurado viejo tuvo la debilidad de apostatar. Algunos dias despues, el gobernador lo hizo volver al pretorio con otros renegados, y les dijo á todos: "Supuesto que habeis dado oidos á la razon, el rey os perdona y yo tambien.—"Dénte otros las gracias, respondió el anciano arrepentido, que yo deploro mi culpa y me quedo preso para expiarla."

Montado en cólera el tirano al oir estas palabras, vomitó mil injurias y descargó un fuerte bastonazo sobre el anciano. Como, en medio de esto, no parecia quebrantada la fortaleza del mártir, mandó á los soldados que lo encerraran en una horrible cloaca y lo obligaran, sin reparar en los medios, á desdecirse de su retractacion. Dos dias despues, lo volvió á llamar á su tribunal. "¿Estás ahora, le dijo, dispuesto á pisar la cruz?—No, mandarin, demasiado es ya haber ultrajado una vez á mi Redentor.—Escucha: tú menosprecias mis órdenes; tal vez atenderás mejor los consejos de los que han participado de tus errores, y así te abandono á

1. *Annales., de la Propag. de la Foi*, n. 83, p. 304.—Véase tambien el rasgo de San Basilio, *Godescard*, 14 de Junio.

su celo. Si te reducen á mejores sentimientos, los perdonaré á ellos y á tí tambien; cuando no, subireis todos al cadalso.''

Los renegados no tardaron en asociarse con excesivo ardor á las miras del tirano, ingeniándose por acabar con la paciencia de su víctima. Los unos le colmaban de maldiciones; los otros le escupian en la cara. A todos los hacia elocuentes la propia cobardía y con gran calor le persuadian á obedecer al mandarin, ya que no por conservar su vida, á lo menos para librar del suplicio á tantos padres de familia como eran ellos, cuya suerte él con su obstinacion comprometia. A tan terrible prueba estuvo expuesto el anciano por espacio de cuatro dias. Llegado el quinto, cuando ya le habian medio vencido, el gobernador lo hizo presentar á su tribunal y le dió tormento tan violento, que el infeliz sucumbió por segunda vez.

Su recaida fué acogida con grandes risotadas del mandarin y los circunstantes. "Anda á descansar, le dijo, para que recobres tus fuerzas y vuelvas á disfrutar de tu libertad." Entonces los soldados le daban la enhorabuena; pero los remordimientos de la conciencia lo hacian sordo á todos los elogios y parabienes. Pasó aquella noche entre lágrimas y sollozos con síntomas de la desesperacion. Felizmente se encontraba en la misma cárcel un sacerdote, que despues alcanzó la palma del martirio. El pobre anciano todo cubierto de heridas, se arrojó á sus piés y con gemidos inconsolables le confesó su última caida, levantándose doblemente fortalecido por la palabra del presbítero y la virtud sobrenatural del sacramento.

Al siguiente dia, el gobernador lo hizo comparecer para asegurarse de la sinceridad de la apostasía mediante nuevas profanaciones.—"Ni los tormentos ni la muerte me harán

abjurar otra vez la fe, dijo al perseguidor. Confío de haber recobrado por el arrepentimiento la gracia de mi Dios; tiempo es ya de que le sea fiel."

Y así fué, que lo atormentaron sañudamente y sin limitacion alguna. Derribado en tierra, lo molieron á palos: atado de piés y manos, lo arrastraron al tribunal aporreándolo sin cesar; le echaron una canga con hierros; lo metieron en un calabozo, lo sacaron despues para exponerlo á los rigores de un sol abrasador; luego lo desnudaron y lo ataron á una columna con un crucifijo á cada pié. Haciéndole extender los brazos en forma de cruz, se los sujetaron á los dos extremos de la canga atravesada sobre las espaldas, y así lo dejaron cinco dias y cinco noches en tan horrible posicion. Mientras duró este suplicio, los soldados le insultaban, escupíanle en la cara y le daban de bofetadas y le arrancaban las barbas. En fin, volvieron á la prision al infeliz anciano, medio muerto y como paralítico de todos sus miembros. El mandarin ordenó que lo hicieran morir de hambre.

La agonía duró algunos dias. Cuando entraba á verle alguna persona, aprovechaba la ocasion para humillarse declarando sus pecados: "Me extravié, decia, tuve la debilidad de imitar la apostasía de los principales de mi pueblo; mas al presente me he vuelto sinceramente á Dios y quiero morir por su amor. Os conjuro á que pidais á Cristo por mí." Sintiendo que se acercaba su fin, legó sus ropas á un sargento que le habia dado algunos pedazos de pan; le prometió, conforme este soldado se lo pedia, que se acordaria de él en el paraiso; cayó desfallecido, aplicó á la boca los dedos como para chupárselos segun era mucha la sed que padecia, y algunos instantes despues espiró, victorioso felizmente en su último combate (1).

1. *Annales de la Propag.* &., n. 85, p. 429.

Tales son los efectos del don de temor de Dios y los vestigios que los santos nos han dejado de su viaje á la patria celestial: *Hæc sunt vestigia quæ sadeii dobis reliquerunt in patriam revertentes.*

Detrás del don de temor de Dios viene el de piedad; el cual, como principio que es de amor filial, se traduce en la segunda bienaventuranza cuyos actos respiran ternura y respeto á Dios y á todo lo que le está consagrado; así como al prójimo y á todo lo que le pertenece en el órden espiritual ó temporal. Veámosle, pues, manifestarse en los neófitos de ultramar.

"Todo el tiempo que pasamos en Walis, escribe un misionero, fué una fiesta contínua para nosotros y para los naturales. Mes y medio permanecimos allí. ¡Cuánto se edifica uno y se confunde, al ver la piedad de estos buenos isleños! A cualquier ora del dia ó de la noche hay seguridad de encontrar adoradores ante el Santísimo Sacramento. Todas las mañanas hay oracion en comun y gran concurso á la Misa, durante la cual no cesa el canto de los himnos. Al hacerse de noche, ó como dicen ellos, *cuando la cigarra ha cantado*, se acude otra vez al pié de los altares para la oracion de la tarde; la cual concluida, se retiran los fieles á sus casas.

"Pero apenas se ha reunido la familia, comienza en todas las casas, sin excepcion, el rezo del rosario seguido del canto de los himnos y de la repeticion del catecismo. No se oye en aquella ora en toda la isla mas que un concierto de alabanzas divinas, durante el cual es imposible, no sentirse conmovido y enternecerse hasta derramar lágrimas (1)."

Algunos años antes, el viagero que perdido en los mares hubiese aportado á esta isla, no habria oido á la hora

1. *Annales de la Propag. &.*, *n.* 120, *p.* 346, an. 1848.

mencionada, sino el vociferar de los antropófagos al volver de sus horribles festines.

El amor filial de los nuevos cristianos á Jesucristo sacramentado, se manifiesta espléndidamente cuando su Divina Majestad sale á la calle. "¡Cómo os habríais edificado, escribe el misionero de Futuna, cuando en esta naciente cristiandad se llevó por vez primera el sagrado Viático á un enfermo! Mientras el sacerdote marchaba á la sombra de plátanos, cocos y árboles del pan, los piadosos neófitos dejaban sus casas y venian con profundo respeto y recogimiento ejemplar á colocarse arrodillados al paso del Santísimo Sacramento (1).

Igual piedad manifiestan hácia todo lo que pertenece á la religion.

"La afluencia al tribunal de la penitencia es tal, que desde el niño que comienza á balbucear hasta el anciano encorvado hácia el sepulcro, todos tienen anhelo de confesarse...... Tiene tan gran respeto al tribunal de la penitencia, que un dia vino llorando un padre de familia, á preguntarme si habria pecado gravemente una hija suya que habia tenido la curiosidad de abrir un confesonario que habia en el valle (2).

El cristiano que ama á Dios, ama la casa de Dios, como un hijo ama la casa de su padre. A este amor filial debió la antigua Europa esos edificios magníficos que la cubrian como con un manto de gloria. Este mismo amor hace prodigios entre los pueblos nuevamente convertidos. "El trabajo principal, escribe el apóstol de Mangareva, el que pone en movimiento á toda la poblacion, es la construccion de una Iglesia. Como esta isla no tiene piedra, la mayor parte de las cabezas de familia se ocupan, hace ya bastante

1. *Annales de la Propag.*, &., n. 96, p. 369, an. 1844.
2. *Id.*, *Id.*

tiempo, en explotar los islotes de roca que distan unas cinco leguas de mar.

"Una vez traidas las piedras á la orilla, las van volcando á brazos hasta ponerlas al pié de la obra. Los jóvenes se disputan las espuertas para arrimar los materiales, y se ha dispuesto que se revelen por tandas semanalmente. Unos van á pescar coral para hacer cal; otros traen la arena necesaria que dista media legua. Las mismas mujeres interrumpen sus tareas habituales para buscar en el monte la caña para que arda la calera. Además, los filamentos del coco hacen, con ayuda de sus hijos pequeños, las cuerdas que los operarios necesitan.

"El rey ha hecho un llamamiento á la generosidad de su pueblo. Hacian falta muchas vigas y demás madera de carpintería, y estas islas apenas producen más que el árbol del pan, vegetal precioso que proporciona el alimento á la poblacion. Sin embargo, no hubo nadie que no se prestara á darlo en mayor cantidad que se queria recibir.

"Si á este le decíamos: No, que tú tienes pocos, y á aquel otro: Tu árbol es demasiado hermoso; es lástima cortarlo, no lo consentiremos.—¿Qué importa, respondian, cortémoslo, que es para Dios? ¿No es el Señor quien nos los ha dado? ¡No nos dará otros? Hemos tenido necesidad de mucho cuidado para que la generosidad de estos buenos y amables cristianos no les trajera perjuicio. No podreis formaros una idea del ardor con que prosiguen su empresa. El rey y los principales mantienen á sus expensas á todos nuestros trabajadores. Los pescadores se han comprometido á proveer gratuitamente de pescado á los operarios por todo el tiempo que estén ocupados en el que llaman *trabajo del Señor* (1)."

1. *Annales de la Propag.*, &, n. 82, p. 216, an. 1842.

"El que es de Dios, decia el Salvador del mundo, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios (1)." Amar la palabra de Dios, escrita ó hablada, es pues, un nuevo efecto del don de piedad. Para que nos sirva de estímulo y de confusion, admirémoslo en los nuevos cristianos. "Lo que entre los habitantes de Walis, continúan los *Anales*, nos anima al cumplimiento de nuestro deber, es lo muy ávidos que son de la palabra de Dios. Además de las instrucciones de los misioneros, hay en cada pueblo y en cada caserío catéquesis de hombres, de mujeres y de niños. Los más adelantados enseñan á los ménos instruidos; todos confiesan y comulgan mensualmente poco más ó ménos. En todas partes se reza al anochecer el rosario, seguido de un canto á la Santísima Vírgen (2).»

Igual fervor se observa entre los hielos de la América Septentrional. Nuestros salvajes no podian mostrar mayor avidez de la palabra de Dios. Especialmente los catecúmenos se distinguian por su celo en instruirse para apresurar el feliz momento en que por el Bautismo serian admitidos en el número de los fieles. Más de seis horas al dia los teníamos en la iglesia, y la mayor parte de este tiempo se destinaba al catecismo y á las instrucciones familiares á que asistia toda la gente. Léjos de cansarse de estos ejercicios, apénas habian salido de la capilla, se reunian otra vez en diferentes grupos y procuraban fijar más y más las ideas que les habiamos expuesto, y esto por espacio de dos ó más horas, y, á veces, hasta bien entrada la noche. Si les ocurria alguna duda, venian á consultar á los misioneros; y entónces, ni que estuviéramos acostados ó en pié, dur-

1 *Joan.*, VIII, 47.
2. *Annales de la Propag.*, &., n. 104, p. 14, en. 1846.

miendo ó trabajando, no habia más que darles audiencia y responder á sus preguntas (1)."

Continuando el Verbo encarnado sus divinas enseñanzas, decia á sus apóstoles y sacerdotes: "Quien á vosotros oye, á mí me oye: y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia.—El que á vosotros recibe, á mí recibe: y el que á mí recibe, recibe á aquel que me envió (2)." Esta palabra sobrevive á todos los siglos. El sacerdote ha sido, es y será siempre objeto de veneracion y ternura filial para los verdaderos cristianos. Acerca de lo cual, dos hechos, entre mil, representan toda la tradicion.

Vivia en Nápoles en el siglo diez y seis la venerable Ursula Benincasa, fundadora de los teatinos é inspirada institutora del Escapulario de la Inmaculada Concepcion. Desde su más tierna edad esta niña de bendicion tenia tal respeto á los sacerdotes, que al verlos se ponia de rodillas, les abrazaba los piés, se hacia bendecir de ellos y besaba hasta las huellas de sus pasos. Su presencia le causaba tanta alegría, que frecuentemente se ponia á la ventana solo por verlos pasar. Tan pronto como los columbraba, se inclinaba profundamente y daba todas las señales de la más afectuosa veneracion, como si se tratara de la persona misma de Jesucristo.

Más adelante, decia sencillamente á su confesor: "Cuando yo era pequeñita, tenia impaciencia de que llegaran los dias festivos, por dos razones: la primera, porque no trabajando, podia vacar más libremente á mis ejercicios de piedad; la segunda, porque podia estarme en la ventana á mi gusto y ver pasar por la calle á los sacerdotes, á quienes miraba yo como ángeles del cielo en tanto que la vista de

1. *Annales de la Propag.*, &., n. 100, p. 269.
2. *Luc.* x, 16; *Matth.*, x, 40.

los demás hombres me causaba gran desagrado." Hacia tanta estima de los sacerdotes, que añadia: "Aunque yo viera con mis propios ojos á un sacerdote caer en alguna falta, ántes que creerla, creeria que mis ojos me engañaban (1)."

Oigamos ahora á un apóstol de las islas Gambier: "Estaba yo un dia sentado en una peña en lo hondo de un ancho valle, ocupado en instruir algunas personas de edad algo avanzada. Advirtieron algunos isleños que hacia ya mucho rato que estaba yo allí, y formaron juicio de que debia tener hambre; por lo cual enviaron de prisa un muchacho á que cogiera un coco. Era el muchacho de poca edad y los cocos muy altos. Imaginad un madero completamente recto en cuya parte más alta se abre en forma de quitasol un gran ramillete de hojas de quince piés de longitud. Los buenos salvajes me dirigieron la palabra diciendo:

"Ruega, padre, ruega porque el niño no caiga y se mate. Cuando el coco estuvo preparado, me lo presentaron diciendo: "Padre, en donde quiera que te encuentres, si tienes hambre, dí: Tengo hambre, y nosotros te daremos de comer......

"Me es imposible dar una idea del respeto que nos tienen y de las atenciones que nos prodigan. A la menor palabra que digamos, todos se afanan por complacernos. Si tenemos necesidad de ir de una isla á otra, los remeros están siempre dispuestos á conducirnos. Si les hacemos reparar que el viaje tendrá que durar algunos dias y que tememos serles molestos: No, no, responden, habla, padre, habla y ejecutaremos. Esta deferencia por parte de nuestros neófitos, es el efecto natural del amor filial con que corres-

1. In *Vita.*

ponden al amor verdaderamente de padres que nosotros sentimos hácia ellos (1).

Estas demostraciones no son para fórmula. Mirando con razon al misionero como su padre y mejor amigo, los nuevos cristianos saben, cuando hay necesidad, imponerse en favor de él los mayores sacrificios. "Dos misioneros del Tong-Kin se encontraban reunidos en una casa; llegó esto á oidos de sus perseguidores. Al punto se presenta la autoridad local, seguida de tres satélites armados de palos. ¿Quién sois? preguntó al padre Lac, que fué el primero á quien encontró, ¿sin duda sois un maestro de religion? Y sin aguardar respuesta: ¿Dónde está el jefe de los cristianos? dijo entrando en el presbiterio para arrestar al padre Thi. Se exhortaba á Andrés Lac á que huyese; pero el santo misionero, inmóvil y resignado, se contentó con responder: ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Si quieren prenderme, será esta la segunda vez que soy cautivo por Jesucristo.

"El jefe mandó á los dos confesores entrar en su barca y se los llevó á su morada. Algunos cristianos iban detrás, suplicándole que soltara á sus inocentes prisioneros.—Consiento en ello, les dijo, con tal que me traigais seis barras de plata. Al momento, los buenos neófitos regresan á sus casas, vacian sus bolsas, piden prestado á sus vecinos y vuelven con todo lo que pudieron recoger, que consistia en sesenta objetos de su uso, á más de tres grandes marmitas, lo cual valia casi las dos terceras partes de la suma exigida.—Ved todo lo que poseemos, exclaman, depositando su tesoro á los piés del jefe: devolvednos por lo ménos al padre Lac. Les devolvió los dos, y nuestros cristianos se retiraron muy gozosos por haber salvado á sus pastores, á costa de su fortuna (2)."

1. *Annales de la Propag.*, &., n. 56, p. 195, an. 1838.
2. *Annales de la Propag.*, &., n. 85, p. 412, an. 1842.

El Espíritu de piedad, hemos dicho, hace que el corazon se dilate en efusiones de caridad para con el prójimo. Agapes, cuidado de los pobres y enfermos, advertencias caritativas, todas las maravillas que obraba entre los primeros cristianos, las renueva entre los idólatras nuevamente convertidos. Pasemos en silencio todas las obras de misericordia corporal, para citar un rasgo de misericordia espiritual. La persecucion se enseñaba en el Tong–kin. Un anciano de sesenta y nueve años fué reducido á prision con gran número de cristianos. Entre estos últimos se hallaba su yerno, jóven que estaba en la flor de su edad. Este buen anciano que temblaba algunas veces á vista de la muerte, debió su invencible valor á las exhortaciones del yerno.

"Padre mio, le decia este, considerad la edad que teneis. Dos géneros de muerte se ofrecen á vuestra vista; la una natural, cuyas consecuencias son dudosas; la otra impuesta por los perseguidores, con la eterna felicidad por recompensa. ¿Cómo vacilar en una eleccion, donde es tan fácil de conocer el mejor partido? Si fuera permitido lamentarse por la vida en estas circunstancias, estuviera bien esto en mí que soy jóven y vigoroso; y sin embargo, veis que la abandono alegremente por Dios. Dejo á mi esposa en la flor de su edad con cuatro niños que no pueden ganarse el sustento; pero Dios que me los ha dado, sabrá proveer á sus necesidades. ¿Os espanta el dolor que han de producir los varazos? No temais nada de esto, padre mio; yo recibiré en vuestro lugar todos los que los mandarines os impongan; estemos, pues, animosos y contentos.

"Cuando los jueces ordenaron los azotes, el admirable jóven se tendió en tierra para recibir desde luego los que le tocaban; y cuando se preparaban á varear á su padre, se levantó ensangrentado y dijo á los mandarines: Mi padre es

anciano y débil; yo os ruego que tengais piedad de él y permitais que sea yo azotado en su lugar. Entonces se tendió de nuevo ante los mandarines y sufrió con heróico valor una segunda flagelacion.

"Al mismo tiempo que el futuro mártir animaba á su suegro, recibia él mismo de parte de los suyos excitaciones de valor y muy dulces consuelos. Fué á verlo muchas veces su esposa, llevando al pecho al más pequeño de sus hijos, y le exhortaba á no pasar pena por ella y á que estuviese tranquilo por la suerte de sus cuatro hijitos; añadiéndole que aun cuando se quedase sola, esperaba con la gracia de Dios, poder criarlos y educarlos. Verdaderamente esta mujer fuerte mostró ser digna esposa de un mártir, y su hija ser digna de tal madre. Esta niña de once años, se escapó furtivamente un dia de la casa paterna para ir á ver al santo confesor en su prision. Anduvo sola media jornada de camino, atravesó sin temor por entre soldados y guardias, y penetró hasta donde se hallaba su padre, al que animó á morir antes que pisar la cruz. Algunos dias despues los valerosos atletas recibieron la corona del martirio (1)."

En órden ascendente, el tercer don del Espíritu Santo es el de ciencia. Este nos enseña á hacer la mayor estima de nuestra alma y de la del prójimo. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si llega á perder su alma? Esta verdad capital se confirma por los actos de la bienaventuranza. Los siglos cristianos han producido en un solo dia más afirmaciones heróicas de este género, que el mundo pagano en dos ó tres mil años. Lo que se verificó, verificándose continúa.

"En Francia, escribe un misionero de la China, causaria más que asombro el ver á pobres enfermos, á quienes no

1. *Annales de la Prop.*, n. 73, p. 518, an. 1840.

quedan más que dos ó tres dias de vida, venir embarcados desde quince, veinte, treinta leguas, para recibir los últimos sacramentos. Pero aquí esto es lo ordinario. En un solo dia me trajeron nueve de diferentes lugares á la misma capilla, la cual quedó convertida en un verdadero hospital. Los confesé, les dí la Comunion y á la mayor parte de ellos la Extremauncion, enviándolos á todos llenos de consuelo y quedándome tan contento como nuestros buenos neófitos. ¿Qué dirian de esta piadosa costumbre los cristianos indiferentes de Europa, mucho más si se añade que estos heróicos fieles mueren con bastante frecuencia en sus barcas á mitad de camino?

"Sucedió há pocos dias, un hecho curioso que os hará admirar más y más la fe de nuestros cristianos. Habia sido yo llamado por un enfermo que se hallaba en uno de los extremos de mi distrito. Despues de la misa, ví entrar dos mensajeros que me suplicaron fuera á visitar á otro enfermo de una cristiandad que distaba diez leguas: al punto me puse en marcha con ellos. Yendo de camino, encontramos una barca en la cual iban algunos fieles que me traian otro enfermo. Como no reconociesen al barquero que me conducia, continuaron dirigiéndose hácia la parroquia que yo acababa de dejar, en tanto que iba á otra vecina á la suya. Estas pobres gentes, despues de haber remado todo el dia, llegan, por fin, de noche y muy cansados. No encuentran al misionero: ¿qué harán? Vuelven á ponerse en camino, esperando reunirse conmigo antes de mi vuelta; nuevo chasco; yo me habia internado más, despues de haber celebrado la santa misa; por fin, nuestras barcas se encontraron, y esta vez se conocieron unos á otros los barqueros.

"El enfermo me causó más lástima que sus acompañantes. No pudiendo volver atrás, le ofrecí confesarlo en su mi-

serable barca y administrarle despues la Extremauncion. Pero este valeroso hombre me contestó que hacia mucho tiempo que no habia tenido la dicha de comulgar, y que puesto que estaba conmigo, no me abandonaria antes de ser fortalecido con todos los sacramentos. Tuvo, pues, que volver á nuestra capilla y hacer conmigo un viaje de ocho leguas (1)."

En el mismo grado de estima que la nuestra, pone el don de ciencia el alma de nuestros prójimos; sobre todo de aquellos que nos están unidos por los lazos de la sangre. En tanto que hoy entre los cristianos degenerados de la vieja Europa, el matrimonio no parece ser para los esposos más que una escuela de recíproco escándalo, una sociedad para condenarse mútuamente; entre los fieles nuevamente convertidos, el gran cuidado del marido es la salvacion de su mujer, y recíprocamente. Gracias al Espíritu de ciencia, comprenden cuán miserable es la union por algunos dias, union que la muerte deberá romper para siempre ó hacer eternamente desgraciada.

"En el año de 1840, fué encarcelado en el Tong–kin occidental un virtuoso padre de familia, llamado Martin Tho. A contar desde el dia de su arresto, no pareció preocuparse más que de su sacrificio, bien que dejaba una esposa y ocho hijos. Esta admirable familia animada toda del espíritu de su jefe, lejos de procurar abatir su valor, hacia votos por que permaneciese fiel.

"Cuatro ó cinco dias despues que les hubieron arrebatado al padre, pidieron permiso los hijos á su madre para ir á verlo á la prision.—Hijos mios, les dijo ella, vuestro padre está sobre el campo de batalla y no se sabe todavía si será bastante dichoso para confesar el Evangelio. La sola idea

1. *Annales*, &., n. 116, p. 53, an. 1848.

de los tormentos que se le preparan, es ya una buena prueba sin que vayais vosotros á aumentársela. Si vais á visitarlo, puede ser que la vista de sus hijos y el recuerdo de su casa le causen una emocion funesta para su fe; puede ser que su ternura hácia vosotros le haga olvidar la gloria que le espera. Sin embargo, si alguno de vosotros quiere penetrar en su prision, yo no me opongo á ello, con tal que vaya ántes á consultarlo con el catequista del gran padre Doan; si él accede á vuestra demanda, la confirmo; si la encuentra imprudente, no vayais."

"Pero cuando se supo que el santo confesor habia triunfado de todos los tormentos, la buena madre dijo entonces á sus hijos: Vuestro padre ha confesado gloriosamente, por la gracia de Dios, el nombre del Señor; así marchad á verlo, consoladlo en sus penas y animadlo á padecer por el amor de Dios. Al momento parten los dos hijos mayores, un hijo y una hija; el héroe cristiano los estrecha entre sus brazos y les dice: Hijos mios, vuestro padre va á morir muy pronto. La última recomendacion que os hago y que vosotros hareis en mi nombre á todos vuestros hermanos, es que os acordeis de que no teneis más que una alma; pedid á Dios que os dé la gracia de permanecer fieles á vuestra religion; sobre todo, conservaos puros del contagio del mundo (1)."

La fortaleza es el cuarto don del Espíritu Santo; obrar y sufrir con sus dos objetos. Se manifiesta por la cuarta bienaventuranza, es decir, por actos de firmísimo amor para

1. *Annales*, etc., n. 83, p. 263, an. 1842. Los preciosos *Anales de la Prop. de la Fe* están sembrados de ejemplos que prueban cómo nuestros nuevos hermanos del Asia, del Africa y del Oriente poseen la plenitud del don de ciencia, aplicado, ya al desprecio de los falsos bienes, ya á la estima de la pobreza, ya al discernimiento de la verdad y del error; dando todo por resultado la firmeza en la fe y la concordia de las familias

hacer que reine la justicia, expulsar á Satanás de los dominios que ha usurpado, y establecer el reinado del Verbo encarnado, ya en nosotros mismos, ya en los demás. Como ejemplo de empresa heróica, no sé que haya nada que pueda compararse á la manera como penetró uno de nuestros misioneros en la Corea, península que es casi una isla.

Hacia muchos años, que el sacerdote Maistre intentaba en vano entrar por mar ó por tierra en este país idólatra. Desauciado enteramente, no por esto se desanimó, sino que concibió el audaz proyecto de hacerse arrojar en la costa con un anciano guia, y esperar del cielo el éxito de su generoso deseo. Pero era más facil concebir este plan, que ejecutarlo. A falta de junco ó navío, se necesitaba una barca y no la habia; un piloto y no se encontraba. Solicitó con instancia á hombres que se tenian por intrépidos, y no pudo conseguir ni piloto, ni barca. Lejos de desmayar, el misionero redobló su confianza en Dios y no quedó defraudado.

En medio de esta defeccion universal, un padre jesuita, misionero en la China que poseia algunos conocimientos de náutica, vino á ofrecérsele de piloto. Llegó á encontrarse tambien un pequeño junco pagano y algunos remeros. Para proteger en cuanto era posible la pequeña expedicion, el cónsul de Francia en Chang-Hai encargó al padre Helot, erigido en comandante de la flota, la comision de visitar los restos del naufragio de un buque frances que encalló en las costas de la Corea. Todo así organizado, el pequeño junco levó su ancla de madera, desplegó sus velas de paja, y comenzó á navegar ligero por el mar Amarillo hácia la isla, desconocida del campo frances. Apenas habia entrado en alta mar, cuando se levantó repentinamente una furiosa tempestad. Era Satanás quien la suscitaba para impedir el efecto de tan santa empresa. Largo tiempo luchó la em-

barcacion contra las olas que, con horrible mugir se amontonaban sobre ella para detenerla en su camino y engullírsela. Despues de inútiles esfuerzos, hubo que virar de bordo é ir á buscar abrigo detrás de una isla cercana.

Este fatal contratiempo, en vez de concluir con el valor de los dos misioneros convertidos en pilotos, aún se les aumentó. Pasados que fueron dos dias, volvió á desplegar sus velas la frágil embarcacion. Ya habian perdido de vista la costa y era prudente asegurarse de la direccion que habian de seguir. Se consultaron los instrumentos y no dieron indicaciones ciertas. Al cabo de ocho dias no se habia presentado sobre el horizonte cosa alguna que pudiera alegrar las miradas inquietas de los intrépidos navegantes. En fin, al noveno dia, se encontraron delante de un pequeño grupo de islas, hácia el cual dirigieron con alegría la embarcacion. Los misioneros bajaron á la ciudad edificada sobre la costa, para entablar conversacion con sus habitantes.

Cuando he aquí que llega el mandarin del lugar á hacer á los extranjeros embarazosas preguntas; se le invitó á pasar á bordo. El padre Helot que desempeñaba las funciones de piloto, de capitan y de encargado de negocios, se apresuró á tomar él primero la palabra y á presentar sus cartas al mandarin, suplicándole le indicase el lugar del naufragio.

El astuto magistrado rehusó contestarle. Se le habló de marcharse, y apenas volvió las espaldas, se pusieron á la vela.

Con permanecer algunas horas, hubieran comprometido el éxito de su empresa.

Tras de una navegacion verificada en medio de peligros de todo género, descubrieron el punto deseado para el desembarco. Así que hubo llegado la noche, el sacerdote Mais-

tre se apresuró á ponerse el pobre traje propio de la Corea, en medio del religioso asombro de la pequeña tripulacion; despües de lo cual, bajó con su viejo guia á una pequeña canoa que llevaba por mastil una caña de bambú y una estera por vela. Echándose á la espalda un lio de las cosas más necesarias, el intrépido misionero comenzó á subir por las escarpadas sendas de las montañas, detrás de las cuales desapareció bien pronto, para exponer su vida á los inminentes riesgos de apostolado (1).

Es un valiente el que arrostra la muerte sobre el campo de batalla, por más que esté rodeado de millares de hombres que la arrostren igualmente, y vaya pertrechado de todas las armas necesarias para defenderse. ¿Pero qué nombre daremos á aquel, que solo y sin armas, va á desafiar el peligro cierto de morir en medio de un pueblo entero para el cual será alegre fiesta inmolarlo y gozarse en su suplicio? Solo el Espíritu de fortaleza puede obrar un prodigio semejante.

Buena prueba es de ello, el que no lo vió nunca el antiguo mundo pagano, como tampoco el cisma ni la herejía. Sufrir es mucho más heróico todavía, siendo esto tambien un nuevo milagro del Espíritu de fortaleza. Refiramos solamente dos ejemplos de esta fortaleza sobrehumana en las pruebas y en medio de las más violentas tentaciones.

"Sucedió en Cochinchina, que dos jovencitas hijas de un cristiano llamado Nam, la una de catorce años y de diez la otra, habian sido conducidas á la prefectura juntamente con su madre, su padre y su abuelo. Como rehusaran apostatar, ordenó el mandarin que les golpeasen los piés y las piernas, para hacer que avanzasen y pisaran la cruz. A pesar de es-

1. *Annales*, n. 148, p. 233, y sig., año de 1853.—El sacerdote Maistre llegó á ser uno de los mártires de la Corea.

te cruel suplicio quedaron defraudadas las esperanzas del mandarin.

"Las dos niñas se dejaron magullar horriblemente, antes que dar un paso hácia adelante. Llevadas y colocadas á la fuerza sobre el instrumento de su salvacion, no cesaban de protestar contra la violencia que se les hacia; y se defendian de esta profanacion involuntaria por medio de actos del más profundo respeto. El juez no pudo ménos de admirar su valor, y colmándolas de elogios las volvió á enviar con su madre (1)."

El Espíritu de fortaleza que hace dos heroinas de estas dos niñas Annamitas, naturalmente tan tímidas, obra el mismo milagro en China. "Véanse algunos detalles de la constancia de que dió pruebas en la persecucion una jóven China llamada Ana Kao. Sorprendida en el momento de estar entregada á sus oraciones, fué presa por los satélites que le propusieron elegir entre la apostasía y la muerte. No dudó ni siquiera un instante, y les respondió con firmeza que preferia morir. La condujeron, pues, al tribunal de los grandes mandarines. Estos le mandaron ponerse de rodillas sobre una cadena de hierro; dos soldados desenvainaron sus espadas y se las pusieron al cuello para asustarla. En esta actitud se le mandó insultar á la cruz y resistió á esta nueva prueba con igual constancia.

"Entonces los mandarines, que sabian estaba extenuada de hambre, hicieron que le presentasen alimentos y le dijeron que comiera en señal de apostasía. Ella les contestó al punto: "Si comer es á vuestros ojos una apostasía, yo os declaro que moriré de hambre, antes que tomar el más pequeño alimento; pero si no veis en ello más que una accion ordinaria é indiferente, comeré." Confundido el mandarin,

1. *Annales.*, n. 73, p. 555, an. 1840.

le dijo encolerizado: *Eres una testaruda; come de la manera que te agrade.*

"La mujer y la hija del mandarin movidas á compasion hácia la vírgen cristiana, unieron sus instancias á las de los jueces, y le exhortaron vivamente a renunciar á la fé; pero ella resistió á esta nueva tentacion, como habia resistido á las amenazas. Conducida á la capital, continuó sosteniendo los mismos combates y siempre con una constancia inquebrantable. Todavía sigue presa (1)."

Al lado de semejantes pruebas ¿qué otra cosa son las nuestras sino juegos de niños? Si sucumbimos, es porque nos falta el don de fortaleza. Cuando habita en una alma, obra lo que acabamos de admirar y lo que dice un piadoso escritor: "La madera unida con cola fuerte, primero se rompe por otra cualquier parte que por la apegadura. Lo mismo sucede, Dios mio, con el alma unida á Vos por el don de la fortaleza, testigos son los mártires. Más difícil era apartarlos de vuestro amor, que separar el pié de la pierna y la cabeza del cuello. El temor habia formado en ellos esta doble cadena de amor que no era fácil romper. Os amaban con todo su corazon, de todas veras; con toda su alma, sin ningun género de resistencia; con todo su espíritu; sin olvidaros ni por un solo instante. Señor, concededme un amor semejante, á fin de que yo jamás me separe de Vos (2)."

1. *Annal.*, n. 76, p. 261, an. 1841.
2. *Idiotæ contemplat.*, c. XIV.

CAPITULO XXXVI.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—El don de consejo en accion: quinta bienaventuranza.—Ejemplos.—El don de entendimiento en accion: sexta bienaventuranza.—Ejemplos.—El don de sabiduría en accion: sétima bienaventuranza.—Ejemplos.—Remedo satánico de las bienaventuranzas divinas.—Los siete dones del Espíritu del mal, traduciéndose en sus siete bienaventuranzas.

En el quinto peldaño de la misteriosa escala que nos conduce hasta Dios, nos encontramos al don de consejo, el cual se manifiesta por la quinta bienaventuranza. Hacernos acudir con ardor á donde la voz de Dios nos llame, procurar conocerla por todos los medios, desprendernos, cuanto lo permitan las condiciones de la existencia terrena, de todo lo que sea obstáculo á nuestra perfeccion, y para esto, no arredrarnos ante ningun género de sacrificio; tales son los actos beatíficos que revelan en una alma la presencia del Espíritu de consejo. Vémoslo resplandecer en la conducta de los primeros cristianos. Como el mundo pagano lo admiraba, hace diez y ocho siglos, en la conducta de nuestros antepasados; así el mundo moderno, que se ha hecho otra vez pagano, se ve obligado á reconocerlo en nuestros nuevos hermanos de la China y de la Oceanía.

Sí; porque desear ardientemente recibir el Espíritu Santo es ya un efecto del don de consejo; y de este deseo estaba animada la niña de quien nos hablan los preciosos *Anales de la Propagacion de la Fé*. "Mi segunda mision, escribe uno

de los apóstoles de la China, fué igualmente llena de bendicion. Me acuerdo con alegría, haber encontrado allí una niña de diez años, perfectamente instruida en nuestra religion, lo cual á esta edad es cosa muy rara entre los Chinos.

"Esta niña deseaba con ardor recibir el sacramento de la Confirmacion, que yo dudaba concederle, porque la encontraba demasiado jóven todavía. Quise cerciorarme de si su valor correspondia á su inteligencia, y le dije:—Si despues de confirmada, el mandarin ordena que te lleven á la prision, y te pregunta acerca de tu fé, ¿qué le responderás? —Le responderé: Soy cristiana por la gracia de Dios.—Si te manda renunciar al Evangelio, ¿qué harás?—Le responderé: ¡Jamás!—Si hace venir á los verdugos y te dice: O apostatas, ó de lo contrario se te corta la cabeza, ¿cuál será tu respuesta?—Le diré: ¡Córtala! Encantado al verla tan bien dispuesta y tan valerosamente resuelta, la admití con alegría al sacramento que tan fervorosamente deseaba (1)."

Siendo la verdadera religion el camino real de la tierra al cielo, será uno de los primeros efectos del don de consejo hacernos buscar y emplear todos los medios de conocerla bien.

¿Qué mayor sabiduría puede haber? ¿No es el primer cuidado del viajero preguntar el camino, cuando marcha por una tierra desconocida? Y puesto que, cuanto mejor se conoce la religion, más se la ama, tanto más dispuesto se está en este caso á realizar todos los sacrificios que exige y á practicar el sublime desprendimiento indicado por el don de consejo. Desde este punto de vista, hagámonos cargo de lo que él inspira, aun en medio de la persecucion, á los nuevos cristianos anamitas.

"Mis catequistas, escribe un misionero de Conchinchina,

1. *Annal.*, n. 95, p. 304, an. 1844.

me habian hablado varias veces de un certámen general de catecismo, que se celebraba anualmente en He-sin, cuando los fieles gozaban de completa libertad. Todas las cristiandades vecinas eran invitadas á tomar parte en él, y hubiérase echado un negro borron cualquiera de ellas que no hubiera correspondido al llamamiento.

"Un dia dije á los catequistas:—Es preciso celebrar un concurso.—Padre, eso no es posible.—Bien sé que un gran concurso como los de otras veces no es posible; pero uno pequeño, al cual sean llamadas solo algunas cristiandades y que tenga lugar por la noche, es muy fácil y, lo que es más, cuento con asistir á él. Al domingo siguiente se anunció públicamente en la iglesia la apertura próxima de un concurso de catecismo. Este anuncio excitó un entusiasmo febril entre toda la juventud. Se dió un mes de tiempo para prepararse. A no haber sido testigo yo mismo, no hubiera podido jamás formar idea de tan singular emulacion. Los niños por un lado y las niñas por otro, se reunian todas las noches por pequeñas secciones en casa de los principales directores encargados de enseñar el catecismo al pié de la letra. La recitacion se prolongaba hasta las once, y algunas veces hasta más tarde.

"Si por casualidad hubiéseis pasado por la cristiandad de He-sin, os hubiera atronado los oidos un ruido de cantos piadosos que no carecian de cierta armonía. Los anamitas recitan el catecismo cantando, lo mismo que sus demás oraciones. El mismo ruido movian durante el dia en las casas particulares, en los campos y hasta por los caminos, los que se preparaban para el concurso repasando y preguntándose unos á otros la leccion de la víspera; y el domingo tenia lugar en la isla una repeticion general, á la cual asistian todos los catequistas. Todos los candidatos á quienes el con-

sejo de su aldea habia encontrado capaces de sufrir la prueba del exámen, habian sido inscritos para el certámen.

"El primer concurso tuvo lugar, durante una noche entera en la capilla He-Bang. Esta iglesia, aunque bastante capaz, no pudo contener la multitud de espectadores. Yo tuve que contentarme con ser simplemente uno de tantos asistentes. Fuí introducido furtivamente en la iglesia y ocultado detrás de las colgaduras del altar mayor, en las que una pequeña abertura me permitia verlo todo sin ser visto. Uno de nuestros padres anamitas, hombre grave y muy respetado entre los cristianos, presidió el concurso. Estaba sentado magistralmente en un sillon colocado sobre la grada del altar, y debajo se colocaron á uno y otro lado, los jefes de las diferentes cristiandades; los examinadores, elegidos de entre los más instruidos de cada aldea, estaban en medio; y al toque de un *tan-tan* se anunció la apertura de la sesion.

"Despues de invocar solemnemente al Espíritu Santo, cierto personaje, vestido de un largo traje de ceremonia, sacó de una urna los nombres de los dos primeros opositores, á quienes llamó con voz extentórea. Un segundo personaje, vestido de la misma manera, sacó de otra urna un papel en el cual estaban indicados los capítulos del catecismo que debian ser la materia del exámen: lo que proclamó tambien en alta voz y comenzó el acto. Los dos candidatos se preguntaban y respondian mútuamente en medio de un silencio profundo, interrumpido de cuando en cuando por un redoble de tambor: era que alguno de ellos se equivocaba en alguna palabra.

"Entonces ellos paraban hasta que los examinadores dijeran si la equivocacion debia ó no considerarse como falta. Solo habia dos grados: el que sin turbarse ni equivocarse

en nada, decia la parte que le hubiera tocado en suerte, obtenia el primer grado: una sola palabra en que vacilara, le hacia descender al segundo. Si cometia tres yerros, no merecia ni alabanza ni censura, mas ésta recaia ya sobre el qué cometia cuatro. Los dos personajes de vestido largo proclamaban el nombre de los vencedores, que con acompañamiento de música eran conducidos procesionalmente al altar de la Santísima Vírgen, á quien ofrecian su triunfo y se consagraban á ella con una oracion especial, volviéndose á ocupar su sitio al son de un golpe de música.

"La reunion, que habia durado hasta la mañana, se terminó con una Misa en accion de gracias; y al concluir, se distribuyeron en abundancia, cruces, medallas y rosarios. Mas esta muchedumbre tenia hambre y no se les podia enviar á sus casas en ayunas. A más de que entre los Anamitas una funcion religiosa no seria completa si no concluyera con una comida. Yo no tenia interés de derogar esta costumbre. Pero en vano se llamó al convite, segun mis órdenes, á los pobrecitos que habian salido vencidos: de tal modo se ocultaron, que no hubo medio de encontrarlos. Concluida la fiesta á satisfaccion general, cada grupo se volvió alegre á su aldea y yo me restituí á mi prision (1)."

La relacion de estos certámenes piadosos hará sin duda, á nuestros grandes doctores de Europa balbucear la palabra puerilidad y sonreir con aire de compasion. Guarden sus sonrisas para sí mismos y para sus exposiciones y concursos agrícolas. Hacer formar en gran parada en su presencia y en la de otros graves personajes, los bueyes, las vacas, los caballos, las mulas, asnos y cerdos; dar despues buenos premios á los productos más notables que se presentan, con la mira de mejorar todas las razas de bestias,

1. *Annal.*, etc n. 146, et suiv., an 1853.

la asnal, la bovina, la cabruna y la pórcuna, esto lo encuentran ellos *utilísimo y dignísimo de sí mismos*, ni dejarán de llamarlo un glorioso progreso del siglo de las luces. ¡Y á los ojos de esos mismos hombres será cosa pueril ejercitar, por medio de una noble emulacion, las almas inmortales en el conocimiento profundo de las verdades, que son la condicion de su felicidad y la base misma de las sociedades! Hablais de puerilidad: decid en qué lado se la encuentra. Si lo ignorais, tanto peor para vosotros: con eso poneis de manifiesto que habeis descendido al nivel de vuestros concurrentes (1).

Entretanto, los frutos del don de consejo se manifiestan entre nuestros abuelos. No conservar sino las menores relaciones posibles con todo lo terreno para marchar á paso firme y acelerado hácia la patria eterna, y para esto romper en caso necesario los más caros vínculos de la naturaleza; tales son los ejemplos que nos dan.

Oigamos á uno de nuestros apóstoles: "No pudiendo permanecer más tiempo en la Nueva-Caledonia sin rechazar la fuerza con la fuerza, anuncié á nuestros neófitos, venidos de diez leguas al rededor, la noticia de nuestra próxima partida. No les quedaba más partido, que elegir entre volverse á sus casas ó venirse á Futuna donde encontrarian misioneros. Al oir la novedad, todos rompieron en llanto: solo la fe les hacia derramar aquellas lágrimas. —¿Y mi padre? decia uno; ¿y mi madre? decia el otro, ¿no han de ser nunca cristianos? Así exhalaban su dolor. No pude yo sufrir este espectáculo y me retiré para que consultaran entre sí la resolucion que hubieran de tomar.

"Volví poco despues é hice cesar sus lamentos pregun-

1. Homo cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis. *Ps.* 48. Animalis, homo I *Cor.*, II, 14.

tándoles qué habian resuelto.—Seguiros á donde quiera que vayais, respondieron.—Pero si nos volvemos á Europa, allí hace frio y os moririais muy pronto.—Tanto mejor; nada deseamos ahora más que la muerte. Su acuerdo unánime habia sido trasladarse á cualquier isla bien lejana donde hubiera misioneros, para no oir nunca hablar de su patria que consideraba reprobada para siempre. Nos hicimos á la vela, y durante la travesía que duró un mes, nuestros queridos cristianos estuvieron tan edificantes que el capitan y los marineros, con ser protestantes, me rogaron varias veces que invitara á los neófitos á hacer la oracion sobre cubierta, para tener el gusto de presenciarla. Echamos anclas en Futuna un domingo por la mañana. El puerto estaba desierto.—¿Dónde están los habitantes de esta poblacion? me repetian sin cesar el capitan y los marineros. No sabian que los naturales de Futuna, católicos fervorosos, se habian ido todos á Misa. Las casas estaban abandonadas; pues en esta isla convertida no se sabe lo que es el robo. Pasó una hora y de repente oimos resonar por todas partes el canto de los himnos. Era que los isleños volvian de la iglesia bendiciendo á Dios. Nuestros padres misioneros salieron presurosos á recibirnos; y los primeros cristianos de la Nueva-Caledonia, perseguidos de sus compatriotas por la fe, eran recibidos como hermanos por los neófitos de Futuna (1)."

Abandonar su país y su familia antes que dejar el camino del cielo, es un rasgo evidente del don de consejo: pero abandonarse á sí mismo es otro aún más evidente. "En Walis, escribe un misionero, donde ejercité el santo ministerio por espacio de cinco meses, tuve muchos motivos de consuelo. Fué entre otros, cuando tres doncellas, hijas de

1 *Annales.*, n. 138, p. 383 et suiv., an. 1851.

los principales jefes de la isla, me pidieron con grandes instancias permiso para consagrarse á Dios de una manera especial por el voto de castidad. Este pensamiento lo habian concebido ellas mismas por inspiracion de la gracia. El Espíritu Santo les habia hecho entender, que es un consejo evangélico y que agradan al Señor los que lo practican libremente (1)."

Y no solamente en las playas inhospitalarias de la Oceanía hace el Espíritu Santo germinar las flores de la virginidad. Por su divina influencia crecen tambien en el manchado suelo de la china y la Conchinchina. Dejemos hablar á un apóstol del celeste imperio. "Tenemos en cada cristiandad cierto número de personas que sin estar ligadas con los votos religiosos, hacen profesion de guardar la virginidad. Con razon se las puede llamar la flor de la mision y flor que es la gloria del jardin de la santa Iglesia. ¡Qué hermoso es ver la cepa de la virginidad germinar lozana aquí en medio del fango de la idolatría. No hay palabra para explicar la licencia de las costumbres de un país infiel: pero el exceso del vicio sirve de los designios de Dios, para hacer que resalte más el brillo de la más pura de las virtudes, y con esto bastaria á cualquier entendimiento claro para reconocer el orígen celestial de la virginidad. Más de trescientas almas cultivan esta virtud solo en mi distrito, que tiene unas nueve mil personas. Todo lo que hacen en Europa las hermanas de San Vicente de Paul, son capaces de hacerlo las vírgenes de China (2)."

¡Oh! ¡Las hijas de los antropófagos ó de embrutecidos idólatras convertidos de repente en vírgenes cristianas, es decir, en todo lo que hay de más hermoso, sublime y ange-

1. *Annal.*, n. 96 p. 298, an 1844.
2. *Id.*, &. n. 116 p 44 an., 1858.

lical (1)! Al ver este milagro mil veces repetido, ¿qué habria dicho el mundo pagano, él que en tiempo de Augusto no pudo encontrar siete vestales en el imperio de los césares? Menos incrédulo y más racional que los impíos modernos, habria seguramente exclamado: El dedo de Dios está aqu: *Digitus Deis est hic.*

El sexto don del Espíritu Santo es el de entendimiento. Los actos que produce y que forman la sexta bienaventuranza, revelan un conocimiento claro de las verdades cristianas, magnanimidad en la fe, conformidad constante entre lo que se cree y la vida que se lleva, en una palabra, el reino efectivo de lo sobrenatural en el hombre y en la sociedad.

"Diríase, escribe un misionero de Oceanía, que el Espíritu Santo en persona se ha hecho catequista del niño de quien voy á hablar. He encontrado en Tonna un pequeño prodigio que difícilmente creeríais. Es un niño de cinco años y á pesar de esto tan suficientemente instruido, que no he logrado que se turbara en ninguna cuestion de catecismo preguntándole de todas las maneras. Este angelitò nos ha pedido permiso para enseñar la doctrina cristiana á sus parientes, quienes, excepto su padre y su madre, permanecen todos en el paganismo. Es un catequista tanto más excelente, cuanto que nada es posible negar á su inocente sencillez.

"El es quien bendice la mesa y da gracias al fin de la comida en la familia. Apenas habrá visto celebrar la Misa cinco ó seis veces, y ya sabe imitar todas las ceremonias. Una hoja de plátano le sirve de corporal: una concha marina, de cáliz. Gusta él mucho de repetir, que cuando sea hombre, dirá Misa de veras. ¡Plega á Dios confirmar esta

1. En Paris hay una jóven hermana de la caridad, que es parienta de Abi-el-Kader.

vocacion y que la Oceanía cuente un dia á este prodigioso niño entre sus apóstoles (1)."

El don de inteligencia que tan maravillosamente abre el espíritu de los niños, produce en los adultos una especie de intuicion de la verdad, en virtud de la cual, despojándose la fé de sus sombríos velos, se hace inquebrantable. En este género nada hay superior al ejemplo dado por el rey de Bongo en el Japon. Su conversion fué la alegría de la Iglesia. A consecuencia de esto, abrumado de adversidades y humillaciones, cuando todo parecia conjurarse para turbar su fé, pronunciaba solemnemente estas hermosas palabras: "Juro en vuestra presencia, oh Dios Todopoderoso, que aunque todos los Padres de la Compañía de Jesus, por cuyo ministerio me llamásteis al cristianismo, renunciaran á lo que me han enseñado; aunque yo llegara á saber, que todos los cristianos de Europa habian renegado de vuestro nombre, yo os confesaria, y reconoceria, y adoraria, por más que me hubiera de costar la vida, como al presente os confieso, y reconozco, y adoro por el único Dios verdadero y omnipotente del universo (2)."

El don de entendimiento, iluminando el espíritu, obra sobre la voluntad y le comunica la inteligencia de la vida. Mas la vida es una prueba y la penitencia es la ley que ha de cumplir. "Gran número de nuestros cristianos escribe un misionero de la India, ayunan el sábado, no haciendo más que una comida al ponerse el sol. Muchas veveces en mis viajes he oido á mi guía responder á los que le preguntaban si habia comido: ¡Eh! ¿No sabeis que hoy es sábado? Y el pobre indio habia caminado toda la mañana con un buen paquete á la cabeza, fatigándose y llegando

1. *Annal. de la Propag.*, &., n. 104, p. 26, an. 1846.
2. *Annales.*, &., n. 125, p. 225, an. 1849.

rendido por facilitar el éxito de mi santo ministerio. Hay muchas comarcas donde es casi general esta práctica del ayuno, aun entre los trabajadores del campo. Muchos de ellos, en especial cuando trabajan á destajo ó en casa propia, prefieren parar á mediodía para poder dejar hasta el anochecer la única comida que hacen.

"Este espíritu de mortificacion me proporciona frecuentemente ocasiones de edificacion en el santo tribunal de la penitencia. Si me acontece imponer por penitencia algun ayuno que caiga en sábado,—Padre, suelen responder la mayor parte, yo ayuno todos los sábados.—Pues con ese ayuno basta para cumplir la penitencia que te impongo, les contesto frecuentemente. Pero rara vez se contentan. Si indico el miércoles ó el viérnes, suelo encontrarlos ya ocupados por otro ayuno de devocion. Hace poco tiempo que acababa yo de prescribir una buena obra semejante: me pareció que la penitencia estaba turbada.—¿Qué ocurre? le dije.—Padre, me respondió: hace tres años que no cómo más que una vez al dia; ¿cómo he de hacer para cumplir el ayuno que Vd. me impone? Lo repito lleno de gozo: estos ejemplos no son raros entre nuestros cristianos (1)." Andemos con cuidado: estos cristianos nacidos ayer, podrán ser los jueces de los que hemos visto la luz en el suelo clásico de la antigua fé. De todos modos, admiremos la Providencia que escoge á estos fieles del Oriente para que con sus santas austeridades hagan contrapeso al sensualismo de Occidente.

El sétimo don del Espíritu Santo es el órden ascendente, es el de sabiduría; el cual es el último grado de luz y de amor antes de llegar á la vision beatífica, y abre los ojos del espíritu y sobre todo, las orejas del corazon á la luz y la

1. *Annales.*, n. 87, p. 87, an. 1843.

voz de la verdad. Nos hace ver á Dios, nos hace gustar á Dios, y nos trasforma en Dios completando nuestra filiacion divina.

¿Quereis verlo en accion? Estudiemos la sétima bienaventuranza, ó sea, los actos beatíficos con que se manifiesta. Tomemos, por ejemplo, un indiferente, un incrédulo, uno de esos hombres cuya raza es hoy tan numerosa, que tienen ojos y no ven, que tienen corazon y no sienten las cosas sobrenaturales, un hombre, en fin, como el capitan de quien vamos á hablar: consideradle sometido á la accion del don de sabiduría y vereis un milagro.

Durante la larga *travesía* que hacian unos misioneros hácia remotas playas, donde iban en busca de almas para Jesucristo y del martirio para sí mismos, empleaban sus ocios en catequizar á los marineros jóvenes y prepararlos á la primera comunion. Todos los domingos se les decia Misa; pero el capitan del barco no asistia nunca. Ninguna señal, ninguna palabra suya dejaban entender que fuera católico.

Cuando he aquí que á la conclusion de cierta buena lectura, se le escapan de repente algunas palabras que revelan los combates de su alma. El Espíritu de sabiduría acababa de visitarla.

"Dios nos inspiró hacer una novena para obtener su conversion. La concluimos el dia 3 de Junio. Pues bien, ese mismo dia, á las nueve de la noche, en el momento en que, uno de los misioneros se paseaba sobre cubierta, el capitan se le acerca y con voz conmovida le dice: Tengo que pedirle á Vd. un gran favor.—Mande Vd. lo que quiera, respondió el misionero.—Quiero confesarme, no esta noche, que seria demasiado poco tiempo para disponerme; pero no ha de pasar de mañana. Con esto entraron en conversacion que

se prolongó hasta las altas horas de la noche. Al dia siguiente, el capitan asiste á la Misa, que se celebró á pesar de no ser domingo. La tripulacion no podia creer lo mismo que estaba viendo.

"Habíamos fijado la primera comunion para la festividad de la Santísima Trinidad; pero habiendo el capitan manifestado su deseo de comulgar, si era posible, con sus marineros, y queriendo disponer de más tiempo para preparerse á un acto tan augusto, accedimos con el mayor gusto á sus deseos. Entretanto, la vida del capitan era la de un apóstol: predicaba con la palabra y son el ejemplo. Una noche, cuando acababa de confesarse, cogió á un misionero y se puso á hablarle de las cosas de Dios; pero de una manera tan sorprendente, que el sacerdote quedó asombrado de oirlo.

"Otra vez la conversacion recayó sobre las posesiones demoniacas.—¿Cree Vd., dijo el capitan, que al presente hay tambien esa clase de posesiones del demonio?—Sin duda alguna, respondió el misionero, y en los paises de infieles son muy frecuentes.—Lo mismo da, repuso el marino, ¡valiente chasco acabo do darle yo! ¡Cómo apretará los dientes en lo más hondo del infierno! Y al decir esto, dos gruesas lágrimas asomaron á sus ojos yendo á perderse en su gran bigote.

"Legó, por fin, el 19 de Junio. Este dia fué sin duda uno de los más bellos de nuestra vida. Hubo comunion general. La cubierta del buque se habia convertido en una iglesia. El techo y las paredes eran simples toldos, artísticamente colocados: el interior estaba tapizado de telas preciosas; el suelo cubierto de estera china, y el improvisado altar bien decorado con imágenes y cuadros: nuestra iglesia flotante era, si no magnífica, por lo ménos, pasaderamente

hermosa. Pero lo más bello de todo era el espectáculo que la tripulacion presentaba. Los marineros, los oficiales, el capitan, todos estaban allí con sus trajes de fiesta en la actitud más devota. La dulce alegría del cielo se reflejaba en todos los rostros.

"Concluida la solemnidad, el capitan se arrojó al cuello de su confesor y le dijo: Los más felices momentos de la vida van siempre mezclados de amargura: pero hoy mi corazon está contento de todo á todo. No habríais podido ménos de derramar lágrimas al oir tambien las reflexiones de los marineros.—Ved ahí, decia uno de los más avanzados en edad, si ahora naufragásemos, lo mismo me importaria á mí morir, que comerme un bocado de pan.—Habiendo concluido la ceremonia en perfecta calma, comenzó á levantarse viento y la embarcacion surcaba rápidamente las ondas.—¿Qué extraño es, gritó el timonero, que ahora andemos tanto? El buque se ha aligerado de un peso inmenso. Yo solo tenia más pecados que pesa todo el casco, y todos han ido á pique (1)."

Convertir á un cristiano indiferente é incrédulo en piadoso neófito y fervoroso apóstol, inundar de luz y de júbilo un corazon cerrado á todas las impresiones de la gracia, y en un instante; he ahí sin duda un milagro del don de sabiduría. Hacer de un antropófago un hombre, y de este hombre un hijo de Abraham, renovando su sér de arriba abajo, hasta el punto de hacerle detestar todo lo que amaba y amar todo lo que detestaba, y esto con invencible constancia; es otro milagro, igual, ya que no superior, al primero.

"Nuestros neófitos de Mangareva, por el mucho amor que tienen á su nueva fe, cantan por todas partes los dog-

1. *Annales.*, &., n. 105, p. 102 et suiv.

mas severos del cristianismo en un ritmo bastante agradable, como en otro tiempo los rapsodistas cantaban las ficciones de Homero y los pescadores italianos los versos del Taso. Todos los años, al acercarse los dias del Rey, los habitantes de cada una de las islas componen, á su modo, una especie de narracion ó exposicion de los pasajes del Evangelio que más les han llamado la atencion. A la redaccion de esta pieza literaria contribuyen todos, hombres y mujeres, segun la capacidad de su inteligencia ó los grados de su memoria. Concluido este trabajo, lo aprenden de memoria en toda la isla, á fuerza de repetirlo con un canto inventado adrede: Despues, cuando llega el dia de la fiesta, todos los habitantes del archipiélago se reunen en Mangareva y cantan su *pei*, á la sombra de los árboles del pan y bajo la presidencia de los ancianos de cada isla. Reunidos así todos los habitantes, proclaman la idea que ha obtenido la victoria. Estos son los juegos florales de Mangareva.

"Este pueblo, que al presente excita, por la inocencia de sus costumbres, la admiracion de todos los oficiales de marina, es el mismo que, antes de la llegada de los misioneros, hostilizaba á las embarcaciones que venian á visitarlo. Los habitantes estaban en guerra contínua aniquilándose mútuamente: eran antropófagos hasta el punto de que en cierta ocasion, despues de una lucha sangrienta entre dos partidos, quedaba un monton enorme de cadáveres, y en lugar de enterrar estas víctimas de la discordia, los vencedores las devoraron en un gran festin que duró ocho dias. Muchos ancianos deponen todavía este hecho y muestran el sitio en que los cadávereres estaban amontonados.

"Tres años hace que ha muerto una mujer que se habia comido á sus dos maridos, muertos sucesivamente en tiem-

po de hambre. Las costumbres de estos insulares eran disolutas, como en toda la Oceanía. Se entregaban al robo quitándose unos á otros la recoleccion que habian hecho del árbol del pan, y hasta procurando pillar las embarcaciones que aportaban á sus playas. Hoy sus costumbres son por lo menos tan puras como los del mejor pueblo de Francia. El robo, vicio tan arraigado en el corazon de todo oceánico, ha quedado completamente extirpado en esta isla. Varios capitanes de buques mercantes han querido hacer la prueba: andando por estas islas dejaban caer al descuido algun pañuelo, navaja y otros objetos; y siempre ha resultado, que estas prendas eran presentadas y devueltas por el primer habitante que se las hallaba (1)." Tal trasformacion ha obrado en este pueblo el espíritu de sabiduría (2).

Si el Espíritu del bien tiene su escala de deificacion, la gran mona de Dios, Satanás, tiene tambien su escala de degradacion. Conocemos ya la primera; pero importa que conozcamos igualmente la segunda. Al modo que en pintura son necesarias las sombras para que resalten los colores; así en el órden moral los errores y los males sirven para poner de relieve la verdad y el bien. Por lo mismo que Satanás tiene sus dones, tiene tambien sus falsas beatitudes. Cuando entra en un hombre por el pecado mortal, le comunica los primeros, y el desventurado esclavo suyo practica los actos falsamente beatíficos que de aquellos se derivan.

El primer don de Satanás es el orgullo, principio de todo pecado, como la humildad es base de toda virtud. La última palabra del orgullo es Aman colgado de un poste de cincuenta codos de altura, y Nabucodonosor trasformado en

1. *Annales.*, etc , n 143, p. 298, etc.
2. Acerca de las relaciones de los dones con las bienaventuranzas, véase San Agustin *De serm. Dom. in monte*, lib. n. 3-14.

bestia. El término en que viene á parar la primera beatitud satánica, es hacerse aborrecible de Dios y de los hombres.

El segundo don satánico es la avaricia. Su gran ejemplar es el rico perverso que murió y fué sepultado en los infiernos, y Judas vendiendo á su Maestro y ahorcándose despues. La última palabra de la segunda beatitud satánica es convertir al hombre en el más insensato y perverso de los nacidos. El más perverso: "No hay cosa más inícua que el que ama el dinero, dice el Espíritu Santo. Porque este aun su alma tiene venal (1)." El más insensato: la vida que le fué dada para ganar el cielo, la consume en fabricar telarañas, frágiles tegidos que ni siquiera podrán servirle para sudario (2).

El tercer don de Satanás es la lujuria; el cual puesto en práctica, viene á dar de sí, entre mil inmundicias, los Salomones y los Sardanápalos, ahogados en la cloaca de sus costumbres. La marchitez del hombre en todo su sér, la ceguedad del entendimiento, la insensibilidad del corazon, la muerte impenitente, esto es en sus efectos generales la tercera bienaventuranza satánica.

El cuarto don de Satanás es la gula. El epicúreo coronado de rosas, que se prepara á morir, cantando el vino y el placer; Baltasar que llena á Babilonia con el ruido de sus festines, mientras los Medos están á las puertas de su ciudad; son la traduccion viva de la cuarta bienaventuranza satánica.

El quinto don de Satanás es la envidia. ¿Queremos verlo en accion? Cain matando á su hermano y los fariseos haciendo morir al Hijo de Dios; he ahí el término glorioso de la quinta bienaventuranza satánica.

El sexto don satánico es la ira. La hiena con las crines

1. *Eccl.*, x, 10.
2. *Is.*, LIX, 5, 8.

erizadas, la leona recien privada de sus cachorros, el puerco espin armado de sus puas, son los tipos á que se asemeja el hombre practicando la sexta bienaventuranza satánica.

El sétimo don de Satanás es la pereza. El chino que nos describen los misioneros, para el cual el mundo sobrenatural es como si no fuera, indiferente á todo, excepto á cuatro cosas, comer bien, beber bien, digerir bien y dormir bien, que nó daria un céntimo por conocer una verdad más, y para quien la suprema sabiduría consiste en su indiferencia estúpida en materias religiosas (1), tal es la personificacion de la sétima beatitud satánica.

De este vergonzoso y culpable marasmo, á donde lo ha conducido gradualmente, viene el Espíritu del mal á sacar al hombre á quien ha hecho bienaventurado segun el mundo, beatificándolo á su modo, cuando llega la terrible hora de llevarlo á las negras mansiones de su eterna bienaventuranza.

1. Impius, cum in profundum peccatorum venerit, contemnt. *Prov.*, XVIII, 3.

CAPITULO XXXVII.

LOS FRUTOS.

SUMARIO.—Lo que son los frutos del Espíritu Santo: relacion que dicen con los frutos de los árboles.—Cualidades que constituyen el fruto.—Cómo se producen los del Espíritu Santo.—El ingerto, la poda.—Explicacion que la vision de Santa Perpétua suministra.—Variedad de especies en el jardin del Espíritu Santo.—Por qué se llaman frutos.—Este nombre nos recuerda nuestra semejanza con Dios y la bondad de Dios para con nosotros.—Diferencia entre los frutos y las bienaventuranzas.

Hemos explicado la gracia, las virtudes, los dones y las bienaventuranzas. Hemos contemplado todo el magnífico sistema de elementos deíficos, que encadenándose unos con otros, elevan al hombre hasta la semejanza con el Verbo encarnado. Y sin embargo, no está agotada la mina: á todas esas riquezas se añaden otras riquezas.

"Glorioso es el fruto de los buenos trabajos," dice la Escritura (1). ¿Y qué trabajos más nobles que los de nuestra deificacion? ¿Qué frutos más deliciosos que los que les corresponden como recompensa? Cada beatitud ó acto beatífico nos aproxima á Dios. Pues Dios es juntamente perfeccion absoluta y felicidad suprema. De donde resulta, que á cada paso que damos hácia Dios, corresponde un goce, es decir, que los frutos nacen de las beatitudes, como del árbol el fruto. Estos nuevos favores del Espíritu Santo, completando la obra de nuestra creacion divina, hacen del cristiano

1. Bonorum enim laborum gloriosus est fructus *Sap.*, III, 15.

como un Dios de la tierra, *terremus Deus*, y de su vida terrestre un cielo anticipado, *conversatio in cœlis.*

Para comprender esto, basta con saber lo que debe responderse á las cuestiones siguientes: ¿Qué se entiende por frutos del Espíritu Santo? ¿Cómo se producen? ¿Por qué se llaman así? ¿En qué se diferencian de las bienaventuranzas? ¿Cuál es su número? ¿A que se oponen?

1º ¿Qué se entiende por fruto del Espíritu Santo? En el órden natural se llama fruto el producto de los árboles y plantas: la matanza es el fruto del manzano; la nuez, de la noguera; la fresa, de la planta del mismo nombre, y así de los demás. Los frutos, tan varios como las plantas, se asemejan todos en que tienen algo que es *agradable* segun la especie de cada uno, y en que son el *último esfuerzo* de la planta (1). Ser agradable y el último esfuerzo de la planta son las dos condiciones necesarias para constituir el fruto propiamente dicho. Por falta de ellas, las hojas y las flores no se llaman frutos.

Aun el mismo fruto, antes de madurar, no lleva el nombre de tal simplemente y por excelencia. Para nombrarlo cuando se encuentra en ese estado imperfecto, se le agrega un epíteto que califique su imperfeccion; y se dice: fruto ácido, fruto verde. La razon es, que no tiene todavía las cualidades esenciales del fruto, el color, el sabor, la dulzura, cuyo conjunto constituye su belleza y su bondad, formando un producto perfecto. Cuando el árbol ha dado su

1. Fruitio et fructus ad idem pertinere videntur, et unum ex altero derivari.... Unde á sensibilibus fructibus nomen fruitionis derivatum videtur. Fructus autem sensibilis est id quod ultimum ex arbore expectatur, et cum quadam suavitate percipitur. *S. Th.*, 1 2, q. XI, art. 1.—Ad notionem fructus sufficit quod sit aliquid habens rationem ultimi et delectabilis. *Id.*, *id.*, q. 70, art. 2.

fruto, ha cumplido su destino; entonces descansa y se prepara á dar nuevos frutos á su debido tiempo.

De aquí esta definicion del Angel de las escuelas: "Se llama fruto al producto de la planta cuando llega á la perfeccion y tiene cierta dulzura (1)."

Segun una comparacion familiar del Evangelio, el hombre es un árbol: sus obras son los frutos. De donde se toma esta otra definicion de Santo Tomás: "Frutos son todas las obras de virtud, en las cuales se deleita el hombre (2)." Los frutos del hombre como los de las plantas, se diferencian unos de otros por sus cualidades, segun la naturaleza de la savia que circula por las venas de ese árbol viviente. Si los producen la razon y las virtudes puramente humanas, son bellos y buenos con una belleza y bondad puramente naturales. Si los producen la gracia y las virtudes sobrenaturales, son bellos y buenos con una belleza y una bondad sobrenaturales.

Para que el producto de la planta merezca, como acabamos de ver, el nombre de fruto, debe ser el último esfuerzo de la planta y tener cierta dulzura. No son menos necesarias ambas condiciones para constituir el fruto espiritual. Por de pronto, todo acto virtuoso, para poderse llamar fruto, debe ser perfecto en su género, es decir, ser el último esfuerzo del principio que lo produce. El acto imperfecto no es digno de este nombre. Así, las veleidades del bien, los actos de cualquier virtud, practicados con flojedad ó con mala intencion, ya no son frutos espirituales, como ni los abortos, ni las flores, ni las hojas son frutos naturales (3).

1. Dicitur fructus id quod ex planta producitur cum ad perfectionem pervenerit et quadam in se suavitatem habet. *S. Th.*, l. 2, q. 70, art. 1.

2. Sunt enim fructus quæcumque virtuosa opera in quibus homo delectatur. *S. Th.*, l. 2, q. 70, art. 2.

3. ....Fructus hominis id quod homo adipiscitur, non autem

Es preciso además, que el acto virtuoso tenga cierta dulzura. ¿Qué dulzura es esta? Es el testimonio de la conciencia y el gozo íntimo que lleva consigo el cumplimiento entero y noble del deber. Aunque esta dulzura no sea siempre sensible, no por esto deja de ser real. Se puede aquí hacer aplicacion de aquellas palabras del Apóstol: "En verdad que al presente toda correccion no parece ser de gozo, sino de tristeza: mas despues dará un fruto muy apacible de justicia, á los que por ella han sido ejercitados (1)." Esta dulzura hecha habitual en el alma, constituye el festin delicioso de que habla el Espíritu Santo y que reemplaza todas las alegrías sin poder ser reemplazado por ninguna de ellas (2). ¿De dónde proviene que del deber dignamente cumplido resulte la alegría? De que es un paso más hácia Dios, nuestro fin último y suavidad infinita.

Se ve por esta explicacion, que *los Frutos del Espíritu Santo son todas las buenas obras dignas de este nombre, hechas bajo la inspiracion del Espíritu Santo y en las que el hombre encuentra su alegría* (3). Esta definicion distingue los frutos del Espíritu Santo de los actos virtuosos en general. Efectivamente, hay en el hombre dos principios de accion: el uno natural, que es la razon; el otro sobrenatural, que es la gracia. Las buenas obras practicadas, segun las luces de la razon, son los frutos de la razon. Las buenas obras hechas bajo el impulso de la gracia, son los frutos

omne id quod adipiscitur homo, habet rationem fructus; sed in quod est ultimum et delectationem habens. *S. Th.*, *ut supra.*

1. *Hebr.* XII, 11.

2. Secura mens quasi juge convivium. *Prov.*, XV, 15.

3. Si operatio hominis procedat ab homine secundum facultatem suæ rationis, sic dicitur esse fructus rationis; si vero procedat ab homine secundum altiorem virtutem, quæ est virtus Spiritus Sancti sic dicitur operatio hominis fructus Spiritus Sancti, quasi cujusdam divini seminis. *S. Th.*, 1. 2, q. 70, art. 1.

del Espíritu Santo, autor de la gracia. Grande es, pues, la diferencia entre unos y otros. Los primeros son obras naturalmente buenas, actos de virtudes puramente humanas, por consiguiente, inútiles para el cielo y que no proporcionan más que un placer imperfecto. Los segundos poseen junto con toda la bondad natural de los primeros, una bondad sobrenatural que los hace dignos del cielo; porque la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona: *Gratia non tollit naturam, sed perficit.*

2º ¿Cómo se producen los frutos del Espíritu Santo? He aquí una de las cuestiones más bellas de teología. Preguntar de qué manera produce el Espíritu Santo sus frutos en el hombre, es preguntar cómo el árbol produce los suyos. El árbol produce sus frutos por el ingerto y por la poda, segun su especie. Por análogos medios el hombre, árbol miserable, viciado, raquítico, produce frutos de belleza inmarcescible y delicioso sabor.

El Espíritu Santo forma al nuevo Adan, verdadero árbol de vida, plantado en medio del verdadero Eden que es la santa Iglesia católica. En este árbol divino están ingertadas por el Bautismo las ramas del acebuche que se llaman el viejo Adan (1). Estos ingertos, nutridos como de una savia sobrenatural, de la gracia del Espíritu Santo que habita en Nuestro Señor Jesucristo en toda su plenitud, participan de la vida del árbol divino, y producen frutos de la misma naturaleza que los de aquel. Así, no es el hombre, si hemos de hablar con propiedad, quien los produce, sino el mismo Espíritu Santo, principio necesario, eternamente activo y eternamente fecundo de la vida sobrenatural. De aquí viene el que se llamen, no frutos del hombre, sino *frutos del Espíritu Santo.*

1. *Rom.*, XI, 17-24.

Conocemos el ingerto; pasemos á la poda. En el órden material, la poda de los árboles es uno de los mejores medios para obtener buenos y abundantes frutos. Lo mismo sucede en el órden moral. "Todo sarmiento que diere fruto, mi Padre lo limpiará, decia Jesucristo, para que dé mas fruto (1)." La poda divina dura toda la vida. En ninguna parte la hemos encontrado mejor representada que en la célebre vision que tuvo Santa Perpétua. "Un dia, escribe esta jóven é inimitable heroina, me dijo mi hermano: Hermana mia, tú estás ya tan adelantada en el amor de Dios, que cualquier revelacion que le pidas, al punto te la concederá: pídele, pues, que te haga saber, si le place, si saldreis absueltos del tribunal, ó sereis condenados á morir mártires. Y yo con gran confianza prometí pedirlo y dije á mi hermano: Mañana podré responderte. Rogué, pues, al Señor y me envió esta vision.

"Ví una escala de oro, maravillosamente larga; tanto que se elevaba hasta el cielo; pero tan estrecha, que no podia subir por ella más que una persona á la vez: estaba guarnecida por ambos lados de toda clase de instrumentos cortantes, espadas, lanzas, cuchillos, puñales; de manera que quien subiese sin una grande atencion y sin mirar á lo alto, no podia dejar de recibir muchas heridas en todo su cuerpo. Al pié de la escala estaba echado un dragon desmedidamente grande, que envestia á los que querian subir por ella y los espantaba para que no subiesen. No obstante, subió primero que nadie mi hermano Saturno; y llegado á lo alto, se volvió á mí y me dijo: Pepétua, aquí te espero; pero ten cuidado con el dragon; yo le respondí: Espero en Nuestro Señor Jesucristo, que no podrá hacerme ningun mal. Y el dragon, como temiéndome, alzó pausadamente

1. *Joan.*, xv, 2.

la cabeza, y yo entonces puse un pié en el primer peldaño de la escala y otro en la cabeza del dragon y lo pisé y subí arriba.

"Y allí descubrí un jardin inmenso, y en medio de él un hombre de venerable aspecto, en traje de pastor, que estaba sentado ordeñando sus ovejas: y al rededor de él habia millares de personas cubiertas de blanquísimas vestiduras! Alzando la cabeza, me vió y me dijo con dulzura: bien venida seas, hija mia; y me llamó por mi nombre, y me puso en la boca cierto manjar hecho de la leche que ordeñaba: yo lo recibí juntando las manos, y lo comí; y todos los que estaban al rededor de él, dijeron entónces: Amen. Este sonido de tantas voces me despertó, y advertí que mascaba cierta cosa de una maravillosa dulzura. Luego al punto le conté todo esto á mi hermano y entendimos que debíamos sufrir bien pronto el martirio (1)."

Una escala de oro, que llega desde la tierra al cielo, estrecha, y toda llena de instrumentos cortantes; he aquí la vida, camino del cielo, con las pruebas más ó ménos dolorosas, pero contínuas, que constituyen respecto al hombre la saludable operacion de la poda, quitándole todo lo que tiene de sobra ó de malo en sus pensamientos, afectos y acciones.

Ingertados y podados los árboles, producen más frutos y mejores, cada uno segun su especie. Detengámonos un momento á contemplar el inmenso vergel del Espíritu Santo, á contar los árboles humanamente divinos que en E- crecen, y á gozar de la encantadora belleza de sus frutos (2). Por no hablar más que de los tiempos posteriores al Mesías, véamos el árbol de vida, que teniendo sus raíces en la gruta de Belen, cubre la tierra con su sombra. ¿Qué son

1. *Act. sincer., apud Ruinart*, t. I.
2. Et flores mei, fructus honoris et gratiæ. *Eccli.*, XXIV, 23.

sus innumerables ramas? Ingertos y acodos, divinamente ligados á un tronco indestructible. ¿Qué son los millones de apóstoles de los tiempos antiguos y de los tiempos modernos? Acodos divinos, cargados de frutos de gracia y honor. ¿Qué son las legiones de mártires, de solitarios, de vírgenes, de santos de todas edades, condiciones y países? Acodos divinos, cargados de frutos de gracia y honor.

Cada uno produce frutos segun su especie: frutos de fé, de esperanza, de caridad, de piedad, de humildad, de virginidad. Y los producen todos mil y mil veces, bajo todos los climas, en todas las estaciones, á todas las horas del dia y de la noche; de manera, que el vergel del Espíritu Santo no cesa de presentar á los ojos de la fé, el espectáculo de una magnífica campiña en los bellos dias de primavera y verano.

¿Qué estoy diciendo? Al lado del vergel divino, ¿qué son los prados, los campos, los vergeles con su innumerable variedad de flores y de frutos? Una sombra vana. ¿Qué es el mundo pagano, el antiguo y el moderno, con sus pretendidas virtudes? Una basta y espeza maleza, que no merece el nombre ni de jardin, ni de vergel. Comparados con los frutos del Espíritu Santo, ¿qué son los frutos de la razon, los frutos de los sábios más ponderados, los frutos de Arístides, de Sócrates, de Platon, de Escipion, de Séneca, los frutos de los sacerdotes del Egipto, de los brhammanes de la India, de los bonzos de la China, de los lamas del Thibel y de los racionalistas de Europa? Productos del orgullo, de la ambicion, del capricho, estos frutos no son, en su mayor parte, sino abortos, semejantes á las excrescencias parásitas que se forman en la corteza de los árboles viejos, ó á lo más, producciones insípidas y sin utilidad real.

¿No será este el lugar oportuno para que tanto los que

esto leeis, como yo que lo escribo, nos preguntemos: Ingerto divino por la gracia del Bautismo, ¿qué frutos has dado? ¿qué frutos das? Grave cuestion, porque está escrito: "Todo árbol que no lleva buenos frutos, será acortado y arrojado al fuego (1)." ¿Mi oracion vocal y mental, mis confesiones, mis comuniones, mis acciones cotidianas, qué son? Si hasta aquí he sido un árbol poco ménos que estéril, ó lo que es peor, si he tenido la desgracia de ser un árbol malo, un espino, una zarza, un cardo, que sea yo en adelante un árbol bueno, un buen acodo, fecundo en frutos de vida dignos de la sávia divina que me nutre, del sol divino que me calienta, del divino tronco en el cual estoy ingertado, del jardinero divino que me cultiva con sus manos y me riega con su sangre.

Estudiando las relaciones tan fundadas que hay entre el hombre y el árbol, acabamos de ver la manera como se producen los frutos del Espíritu Santo. Entre estas relaciones, hay una diferencia que debemos señalar. El ingerto material no produce más que una sola especie de frutos; miéntras que el ingerto divino tiene la propiedad, y lo que es más, el deber de producirlos simultáneamente de especies muy diferentes; porque la sávia que lo alimenta es multiforme. Así lo han comprendido y practicado los verdaderos cristianos de todos los tiempos. Sirva de prueba el ejemplo del gran San Antonio.

Como los muchachos merodeadores, que entrando en los vergeles toman los mejores frutos de todos los árboles, el patriarca del desierto se entregaba á un piadoso merodeo, buscando en cada uno de los solitarios cuyo numeroso ejército poblaba ambas Tebaidas, las virtudes más bellas, á fin de imitarlas. En uno cogia el fruto de la mansedumbre; en

1. *Matth.*, VII, 19.

otro, el fruto de la paciencia; en este, el fruto de la oracion; en aquel, el fruto de la mortificacion. Así debemos hacer nosotros, para que á la llegada del divino jardinero, seamos reconocidos por árboles buenos y como tales trasplantados al vergel eterno del Espíritu Santo

3º ¿Por qué los frutos del Espíritu Santo son llamados así? La razon principal es, que toda obra completamente buena, proporciona al alma un goce semejante á aquel otro que la manducacion de un excelente fruto produce en el paladar. ¿Qué misterio se encierra en esto? El fin del hombre es hacerse semejante á Dios. Todos los actos verdaderamente virtuosos son otros tantos grados que lo aproximan á esta semejanza. Esta aproximacion sucesiva lo constituye en relaciones cada vez más íntimas con Dios; y estas mismas relaciones adquieren, perfeccionándose, una suavidad tanto más grande, cuanto van siendo el resultado de una proximidad más y más cercana á Dios, que es la suavidad por esencia. Tal es la razon por la cual á cada progreso corresponde á una suavidad, y por la que los mejores de entre esos adelantados llevan justamente el nombre de frutos, y de frutos del Espíritu Santo; porque solo El es quien nos ayuda á producirlos.

Así, Dios nos revela de una manera sensible nuestra semejanza con El y nos trata en cierto modo como El se ha tratado á sí mismo. Quiere que el don de la tierra cree sus obras, como El creyó las suyas: y que guste su dicha al crearlas, como El mismo la gustó creando el universo. Dios dijo al acabar cada una de sus obras, que era buena: *Et vidit quod esset bonum.* Siete veces repite la misma palabra. Esta aprobacion misteriosa encierra juntamente la proclamacion de la perfeccion relativa de la nueva criatura, y la manifestacion de la alegría que causa á su autor.

Solamente en el último dia de la creacion, y despues de dar la última mano á todas sus obras, es cuando Dios modifica sus expresiones y pronuncia la palabra de satisfaccion suprema, universal. Vió que todas las cosas que habia hecho eran muy buenas, despues de lo cual descansó: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona, et requievit.* Como muy buenas en sí mismas, eran la última palabra del poder, de la sabiduría y de la bondad creadora. Como buenas en su conjunto, eran aptas para cantar las glorias del Criador hasta el fin de los siglos, sin dar jamás una nota en falso. Buenas á los ojos de Dios, podian proporcionarle con su perfeccion un contento indecible.

Lo mismo podemos decir del hombre. Despues de cada obra buena que lleva á cabo dignamente, puede decir sin atribuirse nada á sí mismo: Esto es bueno, *Vidit quod esset bonum*; y gusta así la suavidad particular del fruto que acaba de producir. Siete veces repite la misma expresion, porque los siete dones del Espíritu Santo son los principios de todas sus obras buenas. A la manera del Criador, no podrá pronunciar la palabra de satisfaccion suprema, hasta despues que recoja su último fruto, acabando la obra de su deificacion. Solamente entónces podrá decir echando una mirada sobre el conjunto de su vida: He acabado mi obra, gracias á Dios, y es muy buena; no me resta más que entrar en el reposo de la eternidad: *Vidit cuncta quæ fecerat et erant valde bona, et requievit.*

Revelarnos uno de los rasgos más nobles de nuestra semejanza con Dios, no es más que la primera razon de la suavidad especial de cada una de las buenas obras. Pero aún hay otra. Para impedir que Israel echase de ménos los groseros alimentos del Egipto, suavizarle las fatigas del viaje al través de las arenas del desierto, fortalecerlo con-

tra sus enemigos y darle á probar las delicias de la tierra prometida, el Señor, movido de su paternal bondad, le envió el maná. Este alimento celestial tenia todos los gustos y satisfacia á todas las necesidades. Israel es la imágen del cristiano. Dando una suavidad especial á cada una de las buenas obras, Dios ha hecho de ellas un maná; ¿y qué quiere con esto? Hoy como siempre quiere hacer que el hombre cobre asco á las pérfidas dulzuras del fruto prohibido. Quiere quitar las profundas amarguras á su existencia; y haciendo que encuentre placer en el cumplimiento del deber, animarlo en los combates de la virtud.

No encontrando estas diversas dulzuras, ¿quién no desfalleceria en medio del desierto de la vida? ¿Quién no abandonaria el servicio de un señor, cuya mano, como dice la Escritura, no diera á sus servidores sino pan de lágrimas y de arena? Pero estando tales suavidades de por medio, ved lo que pasa. A ellas se deben el valor heróico de los mártires y penitentes; la embriaguez santa en medio de los tormentos, la resignacion en el dolor; la insensibilidad para los atractivos del vicio y desprecio constante de las alegrías, que el demonio, el mundo y la carne pueden prometer. Y por cuanto son necesarios á todos, á los pecadores arrepentidos y á los justos firmes en la virtud, si bien más á aquellos que á estos, van ligadas en ciertas proporciones, no solamente á las bienaventuranzas ó actos beatíficos por excelencia, sino á todos los actos virtuosos, dignamente practicados.

Ahora vemos la razon de por qué se da el nombre de fruto, en el lenguaje divino, á las obras practicadas bajo el impulso del Espíritu santificador, y el lugar que necesariamente corresponde á estas dulzuras celestiales en el trabajo de nuestra deificacion.

4º ¿En qué se diferencían los frutos de las bienaventuranzas? Que los frutos difieren de las bienaventuranzas, lo prueba la diferencia de los nombres dados á unos y á otras, y tambien su número. Todas las cosas que se llaman con distintos nombres, se diferencían entre sí. Pues bien, los nombres de los frutos no son los mismos de las bienaventuranzas. Por otra parte, el Evangelio cuenta siete bienaventuranzas, y el Apóstol doce frutos. La diferencia se ve clara estudiando estos y aquellas en su naturaleza íntima.

Los frutos difieren de las bienaventuranzas, como lo ménos difiere de lo más. Para que un acto virtuoso merezca el nombre de fruto, basta que sea completo y deleitable, en otros términos, que sea el último esfuerzo del principio natural ó sobrenatural de que proviene, y que cause en el hombre la satisfaccion que resulta del cumplimiento del deber. Mas para que merezca el nombre de bienaventuranza, es preciso que el acto sea una cosa perfecta y excelente (1). Así es, que la bienaventuranza supone á la vez acto virtuoso y suavidad en el acto. Supone además, una gracia superior, como principio del acto; una cosa excelente, como objeto; una suavidad mucho mayor, como resutado.

De estas nociones resulta: 1º Que todas las bienaventuranzas, ó segun la explicacion que hemos dado, todos los actos beatíficos verificados bajo la influencia de los dones del Espíritu Santo, pueden ser llamados *frutos*; mas no todos los frutos pueden llamarse *bienaventuranzas*. "En efecto, dice Santo Tomás, frutos son todas las obras virtuosas en las cuales el hombre se complace; pero el nombre de

1 Plus requiritur ad rationem beatitudinis quam ad rationem fructus. Nam ad rationem fructus sufficit quod sit aliquid habens rationem ultimi et delectabilis. Sed ad rationem beatitudinis, ulterius requiritur quod sit aliquid perfectum et excellens. *S. Th.*, 1. 2, q. 70, art. 2.

bienaventuranzas se reserva á ciertas obras perfectas que, por razon de su misma perfeccion, son atribuidas más bien á los dones del Espíritu Santo que á simples virtudes (1)."

2º Qué, en el órden jerárquico, las bienaventuranzas son superiores á los frutos, y el término más elevado de la perfeccion cristiana. En efecto, pueden gustarse los frutos aparte de las bienaventuranzas, puesto que entran en la naturaleza de todo acto virtuoso; pero no se les gusta plenamente más que en la práctica de las bienaventuranzas, que son los actos virtuosos por excelencia. Así, en un vergel los árboles de especies diferentes producen frutos de los que cada uno tiene su bondad particular, que le merece el nombre de fruto; pero, estos frutos, como los árboles que los producen, se distinguen unos de otros por tener cualidades diferentes.

3º Que recordando la definicion de las bienaventuranzas y la de los frutos se comprende perfectamente la diferencia que los distingue. Las bienaventuranzas ó actos beatíficos, son las buenas obras producidas por los dones del Espíritu Santo: *Beatitudo est operatio doni.* Los frutos son estas mismas obras verificadas con la mayor perfeccion, y que producen la satisfaccion íntima del alma: *Fructus est aliquid habens rationem ultimi et delectavilis.*

El capítulo siguiente nos dará á conocer el número de estos frutos divinamente dulces, y el lugar que ocupan en el paralelismo, tantas veces notado, que hay entre la obra del Verbo encarnado y el remedo que de ella hace Satanás.

1. Unde omnes beatitudines possunt dici fructus, sed non convertitur. Sunt enim fructus quæcumque virtuosa opera in quibus homo delectatur, sed beatitudines dicuntur solum perfecta opera, quæ etiam ratione suæ perfectionis magis attribuuntur donis quam virtutibus. *Ibid.*

CAPITULO XXXVIII.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Número de los frutos del Espíritu Santo.—Es incalculable y por qué.—Número doce en que los fija San Pablo. — Razon de este número —Razon del órden de su enumeracion. —Explicacion práctica de los nueve primeros frutos.—La Caridad: ejemplo.—El Gozo: ejemplo.—La Paz: ejemplo.—La Paciencia: ejemplo.—La Benignidad: ejemplo.—La Bondad: ejemplo —La Longanimidad: ejemplo.—La Mansedumbre: ejemplo:—La Fé: ejemplo.

¿Cuántos son los frutos del Espíritu Santo? Son tan numerosos y tan variados como los frutos materiales que encantan nuestra vista y saben tan agradablemente á nuestro paladar. ¿Por qué esta inmensa variedad de frutos en la naturaleza? ¿Por qué la misma variedad en el jardin espiritual del Verbo encarnado? La razon es la misma. Dios ha escrito dos grandes libros; el libro de la naturaleza y el de la gracia; ó, para seguir la comparacion, ha plantado dos magníficos jardines; el de la naturaleza y el de la gracia. El primero para satisfacer las necesidades y recrear los ojos del cuerpo; el segundo para las necesidades y los ojos del alma. Si preguntais cuál es el fin de estos dos jardines, el Apóstol responde: Para hacer que brille la sabiduría multiforme de Dios: *Ut innotescat multiformis sapientia Dei* (1).

¿Para qué es el firmamento con sus ejércitos de estrellas tan diferentes en su claridad, tan ordenadas en sus movimientos? Para hacer que brille la sabiduría multiforme de Dios. ¿Para qué la tierra con sus producciones tan ricas que

---

1. *Eph.*, III, 10.

bastan para todo, tan bellas que agotan la admiracion, tan variadas que no se pueden contar? Para hacer que brille la sabiduría multiforme de Dios. ¿Para qué el mar con sus innumerables habitantes, con sus abismos insondables, con sus leyes tan invariables como misteriosas? A fin de que brille la sabiduría multiforme de Dios. ¿Para qué, finalmente, este vasto universo, compuesto de tantos millones de criaturas de las cuales ninguna se parece á otra? Para hacer que resplandezca á los ojos corporales del hombre la sabiduría multiforme de Dios: *Ut innotescat multiformis sapientia Dei.*

Todos los actos, todos los movimientos, todas los producciones de estas criaturas del firmamento, de la tierra y de mar, son, en el órden natural, los frutos del Espíritu Santo; atendido á que, como dice San Basilio, todo lo que poseen las criaturas lo deben al divino Espíritu (1).

Mas, por elocuente que sea el mundo material para manifestar la sabiduría multiforme del Criador, no es más que un eco, una sombra, un reflejo. Para presentar esta sabiduría en toda su gloria, se necesitaba otro mundo, mil veces más real, más espléndido y más variado: tal es el mundo de la gracia. Este mundo se compone de los ángeles y los hombres, criaturas superiores á las que nosotros vemos, elevadas á la participacion de la naturaleza misma de Dios destinadas á gozar de su gloria, y que producen cada una de ellas, segun su especie, frutos de una belleza incomparable y de una variedad infinita. Si preguntamos para qué son tantos árboles que den fruto en este nuevo jardin del Espíritu santificador, el Apóstol nos responde por segunda vez: Para hacer que brillle la sabiduría multiforme de Dios. *Ut innotescat multiformis sapientiae Dei.*

Y más particularmente, para revelar la inagotable fe-

1. *Lib. de Spirt. Sanct.*, p. 65

cundidad del árbol divino en que todos estos árbolos están ingertados. Para distinguir de entre todos los árboles emponzoñados, la verdadera viña plantada por el mismo Verbo, regada con su sangre y vivificada por su Espíritu. Para proveer de suficiente alimento á todas las generaciones que se suceden; porque los frutos del árbol no son únicamente adorno del árbol, son tambien alimento para los que van de paso. Cada rama del gran árbol tiene los suyos, y así todo viajero puede elegir. Como hemos indicado ya, la historia cita una multitud de estos golosos espirituales, que iban cogiendo de todos los árboles los frutos de su gusto, con los que se arreglaban un alimento exquisito. ¡Oh! ¡cuán bello merodeo puede hacerse recorriendo las vidas de los santos: *Ut innotescat multiformis sapientia Dei.*

Pasemos ahora á los actos particulares que la Escritura misma designa con el nombre de *frutos del Espíritu Santo*, los cuales son doce. ¿Por qué este número y no otro? ¿No habrá de más ó de ménos? Serán demasiados, si es verdad que los frutos nacen de las bienaventuranzas: serán pocos, si todos los actos verdaderamente virtuosos son frutos del Espíritu Santo; expliquemos estos misterios. El número doce es un número sagrado que, como hemos visto, expresa la universidad. En esta cifra se hallan, pues, comprendidos todos los frutos del Espíritu Santo, que se confunden con los doce, nombrados por el Apóstol. El número doce no es demasiado grande, puesto que, segun las anteriores explicáciones, una misma bienaventuranza puede producir muchos frutos; no es tampoco demasiado pequeño, supuesto que el número doce expresa la universidad completa.

Recordadas estas nociones, nos quedan por hacer cuatro cosas: exponer la enumeracion que el Apóstol hace de los

frutos del Espíritu Santo; dar la razon de esta enumeracion; explicar cada fruto en particular y manifestar la oposicion de los frutos del Espíritu Santo con las obras del Espíritu malo; porque el remedo satánico del plan divino se continúa hasta el fin.

Enumeracion de los frutos del Espíritu Santo. "El fruto del Espíritu, dice San Pablo en su epístola á los Gálatas, (V. 22, 23), es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia, castidad." ¿Cómo conciliar estos nombres, que son nombres de virtudes, con los frutos del Espíritu Santo que no son virtudes sino actos de virtud? "Para esto responde San Antonino, basta tener presente que se acostumbra tomar el nombre de las virtudes para expresar los actos de estas mismas virtudes (1)." Así, decimos nosotros de cualquiera que ha prestado á su prójimo algun gran servicio, que le ha hecho una gran caridad, ó solamente, caridad. De ello se sigue, que la caridad y la fé, nombradas entre los frutos del Espíritu Santo, no son las virtudes teologales de ese mismo nombre, sino solamente sus actos ó su aplicacion particular, acompañados de la dulzura que les sirve de recompensa (2).

Razon de esta enumeracion. Todo fruto proviene de una planta: toda planta nace de una semilla ó de una raíz. El Espíritu Santo es la semilla de los frutos que llevan su nombre; y el Espíritu Santo es la caridad misma. ¿Debere-

1. Non obstat quod Apostolus ponit inter fructus nomina virtutum quae sunt habitus, ut patientia et charitas et hujusmodi, cum tamen fructus sint actus. IV p., tit. V, c. XXI.

2. Primus itaque fructus ventri Mariae mentalis dicitur charitas quae hic non importat virtutem, sed actum ejus. *S. Anton.*, IV p., XV, c. XXXVI.

mos extrañar que su primer fruto sea la caridad (1)? "¡Ved, dice San Crisóstomo, qué exactitud en las palabras del Apóstol, qué conveniencia en su doctrina! Ante todo, pone la caridad, en seguida los actos que provienen de ella; fija la raíz, despues muestra los frutos; establece el fundamento y sobre él construye; parte desde el manantial y llega hasta el rio (2)."

Santo Tomás, tratando la misma cuestion, añade, que el órden y la distincion de los frutos del Espíritu Santo se saca de la manera como el Espíritu Santo procede con el hombre (3). Pues bien; el Espíritu Santo procede con el hombre, elevándolo por grados á la perfeccion, hasta hacerle gustar su dicha. Gusta el hombre esta dicha sobre toda dicha, cuando está plenamente en el órden. Está plenamente en el órden, cuando lo está respecto á lo que tiene encima, respecto á lo que en sí mismo posee, respecto á lo que existe á su alrededor, y respecto á lo que tiene debajo. En estas condiciones, el hombre posee la paz por dentro y por fuera, la paz asegurada por todas las partes; y la vida, á pesar de sus inevitables amarguras, es para el alma lo que el fruto para el paladar.

Los tres primeros frutos *ordenan* al cristiano respecto á lo que tiene encima (4). Estos frutos son: la Caridad, el Gozo y la Paz.

---

1. Fructus Spiritus Sancti, quasi cujusdam divini seminis. *S. Th.*, l. 2, q. 70, art. 1.

2. *De sanct. Pentecoste*, homil. 11, n. 3.

3. l. 2, q. 70, art. 3.

4. Ex his dirigitur á Spiritu Sancto tota conversatio hominis ut sit virtuosa. Et per prima tria dirigitur quoad eum, qui est supra se. Per secunda tria dirigitur quoad animum suum, qui est intra se. Per tertia tria dirigitur quoad proximum, qui est juxta se. Per ultima tria quoad corpus suum, quod est infra se. *S. Anton.*, IV p., tit. V, c. XXI.

La *Caridad*, *Charitas*. Con ella, en ella y por ella se nos comunica el Espíritu Santo; puesto que El mismo es caridad. Como la llama se dirige hácia lo alto, así la caridad tiende hácia Dios, á la union con Dios, á la trasformacion en Dios. Donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazon (1). La caridad, lo mismo que la llama, no es inerte; por el contrario, nada hay más activo que ella. Mil ejemplos lo prueban. Uno solo será suficiente para mostrar en accion este primer fruto del Espíritu Santo y la suavidad de que llena al cristiano que tiene la dicha de gustarlo.

Sucedió en la China, en el año 1848, que muchos cristianos presos por la fe, se hallaban reunidos al pié del tribunal. "El mandarin preguntó á uno de ellos, para qué le servia una sobrepelliz encontrada entre los objetos que le habian sido confiscados.—Es una prenda que se viste para rezar, respondió valerosamente el confesor.—Veamos cómo se hace eso: Póntela y reza como si estuvieras en tu iglesia. Dicho y hecho. Ved á mi hombre que en pleno tribunal se pone á cantar el *Padre Nuestro*, *el Credo*, &., y los mandarines á escuchar.—Está bien, dicen, pero ¿sabes tú cómo han sido tratados hasta aquí los que han adorado á tu Dios?—Lo sé.—Si lo sabes, ¿por qué has venido desde Sutchuen, para predicar aquí esa religion?—Porque no temo morir por ella.—¡Ah! No tienes miedo; pues bien, pisa esta cruz.—No puedo.—Si no la pisas, haré que te crucifiquen como á tu Jesus.—¡Oh! No, mandarin, seria para mi demasiado honor, respondió sonriéndose el generoso atleta; vale más que me hagas morir de otra manera.

"Al momento fué sometido á un horrible apaleo.—Y bien, ¿estás mejor con esto?—Aun no es bastante; ni el apaleo,

1 Dicitur autem caritas quasi charitas seu *chara unitas*, quia facit unionem animæ cum Deo. *Ibid.*

ni la crucifixion impedirán que sea predicada la religion en Kouci-yang.—¿Pues qué se tendrá que hacer para que en adelante no vengan de Su-tchuen á volver cristianos á los de aquí?—Para esto, seria menester cortarme la cabeza y colgarla á las puertas de la ciudad. Los predicadores, al verla, tal vez no se atrevan á entrar, ni á predicar nuestra santa religion.—¡Insolente! ¡Que oses así desafiar mi cólera! y el apaleo volvió á repetirse en seguida. ¡Tenia este hombre cerca de sesenta años (1)."

Conservar la tranquilidad de espíritu en presencia de los verdugos, y la alegría del corazon en medio de los tormentos, ¿nó será el último esfuerzo de la caridad y por consiguiente, un delicioso fruto del Espíritu Santo?

El *Gozo*, *Gaudium*. Todo corazon se regocija de estar unido al objeto amado. La caridad está siempre unida á su objeto que es Dios, segun estas palabras de San Juan: "El que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él (2)." La alegría, es pues, la primera consecuencia de la caridad. Recompensa, como ella es, de la victoria reportada sobre las pasiones, no está solamente en el fondo del alma, sirviéndole como de contínuo festin; brilla tambien en el rostro cuyas facciones ilumina. Basta el menor hecho religioso, para hacer que se manifieste por demostraciones tanto más dulces, cuanto son más espontáneas y sencillas. Vemos este nuevo fruto en el siguiente rasgo.

Al describir una ordenacion en medio de los negros del Africa occidental, un misionero se expresa así: "Desde la tarde que precedió al dia de la ordenacion, viéronse llegar piraguas por todos los lados. La Iglesia que se abrió á las ocho, se llenó al momento. El Sr. Warlop y yo vestidos de

1. *Annales*, &., n. 132, p. 360, an. 1850.
2. I *Joan.*, IV, 16.

alba con nuestras dalmáticas al brazo y nuestros cirios encendidos en la mano nos habíamos arrodillado al pié del altar. Nuestros buenos negros se fijaban especialmente en el misionero Warlop. Su elevada estatura, su larga y negra barba qüe le llegaba hasta el pecho, resaltando sobre la blancura de su alba, su aire modesto y piadoso, excitaba en ellos un encanto prodigioso.

"Pero fué mucho más, cuando vieron al señor obispo revestido de pontifical. Ya podíais haber puesto ante sus ojos el Africa entera y todas las maravillas del mundo; no hubiérais logrado distraerlos. Sus dorados ornamentos, su pectoral de brillantes, su mitra de brocado, y su alto báculo de oro, y sobre todo el aire angelical que brillaba en su rostro, los tenia sumidos en admiracion extática de la cual no podian volver. Reinaba el silencio más profundo en toda la reunion; pero apenas se hubo concluido la ceremonia, exclamaron en un rapto de entusiasmo imposible de explicar: *¡Jalla! ¡Jalla!* Dios, Dios, Dios solo es Dios, Dios solo es grande, poderoso, misericordioso, Dios solo es Dios, ¡oh prodigio! Dios está aquí.

"Sobre todo, se vió á una pobre mujer que estaba como fuera de sí misma exclamando sin cesar: *¡Jalla, Jalla, Jalla!* Nunca, decia ella, habia contemplado cosa tan bella y pedia imperiosamente que se la llevara al cielo, y esto al momento. El jóven Soleyman estaba en lo más retirado de la iglesia con los ojos llenos de lágrimas. "Lloré un poco, decia él, en seguida se desvaneció mi cabeza y el corazon me saltaba del pecho (1)."

Puesto que el gozo es un fruto del Espíritu Santo, resulta de aquí, que en donde no esté el Espíritu Santo no puede haber alegría. El gozo de los pueblos y de los hom-

1. *Annales*, n. 120, p. 333, an. 1848.

bres separados del Espíritu Santo es una ficcion que da compasion ó miedo (1).

La *Paz*, *Pax*. La perfeccion del gozo es la paz. Así, la paz es el tercer fruto del Espíritu Santo. ¿Por qué la paz es la perfeccion del gozo? Porque supone y garantiza el tranquilo goce del objeto amado. Nadie es dichoso, si está perturbado en su dicha, ó si el objeto de sus afecciones no satisface á sus deseos. "¡Oh paz, exclama San Agustin, dulce nombre, pero más dulce cosa! Todas las criaturas gritan: La paz, y con voz más fuerte que todas, la criatura racional. Pero ¡cuán lejos está de tí la paz, oh mundo! Tú ves la guerra bramar por todas partes. ¿Por qué? Porque tú no quieres tener la paz con Dios, sino la guerra por tus pecados (2)."

La paz del Espíritu Santo supera á todo sentimiento conocido: *Superat omnem sensum*; irradia en la serenidad de la frente, en la limpidez de la mirada, en la sangre fria del valor, en la modestia de los movimientos y en la dulzura y la calma de las palabras. Para conocerla bien, veamos este nuevo fruto en uno de los acodos del árbol de vida.

Un gran número de cristianos cochinchinos se reunió el Viérnes Santo en la iglesia. Los vió un mandarin y se fué en su seguimiento con algunos centenares de soldados. Llegado al lugar de la reunion, formó con sus tropas una valla erizada de picas al rededor del pueblo fiel. Un soldado con la espada desenvainada se precipita dentro de la iglesia, sube á la primera grada del altar, y colocando la punta de su arma al cuello del sacerdote celebrante, le grita: Si te mue-

1. Illud est verum gaudium quod non de creatura, sed de Creatore concipitur, cujus comparatione omne pulchrum, fœdum; omne dulce, amarum; omne quod delectari potest, molestum. *S. Anton.. ubi supra.*

2. *De Civ. Dei*, lib. XIX.

ves te corto la cabeza. Sin impresionarse el celebrante, vuelve ligeramente la cabeza hácia el temerario, lo mira con aire indiferente y continúa los oficios con tal sangre fria que los asistentes se quedaron llenos de admiracian y devocion.

"El soldado permanece al mismo lado, teniendo siempre su espada levantada en la misma posicion, y el celebrante, lee la pasion y las oraciones que siguen sin emocion y sin turbarse. Baja para adorar y dar á adorar la cruz; el soldado lo sigue siempre con la espada levantada y no lo abandona un solo instante. Acabada la adoracion, el mandarin que durante todo el tiempo se habia mantenido de pié en lo bajo de la iglesia, levanta la voz y manda á la tropa que haga salir á los cristianos y los vaya atando. En cuanto á los dos cacerdotes, mandó que los guardaran cerca del altar y trajeran dos cangas. Pero el sacerdote que habia celebrado le dijo: Yo no llevaré la canga; no tienen derecho á imponérmela.—¿Y por qué?—El rey no persigue. Muéstrame el edicto, y no solamente me dejaré poner la canga, sino tambien cortarme la cabeza, si esto es del agrado del mandarin. Vencido éste por la sangre fria y la admirable intrepidez del sacerdote, adoptó el partido de retirarse (1)."

La *Paciencia*, *Patientia*. Aun cuando la paz reinara en todo el mundo y poseyérais bienes temporales á medida de vuestro deseo, si no poseis á Dios por la gracia, no tendríais ni paz ni reposo. Ved por qué el Espíritu Santo con sus tres primeros frutos pone al hombre en órden con respecto á Dios; con los tres que á ellos siguen, lo constituye en el órden con respecto á sí mismo; su cuarto fruto es la paciencia.

Amar á Dios y en El todo lo que se debe amar; amarlo

1. *Annales*, etc., n. 34, p. 413, an. 1833.

como debe ser amado y gozar plenamente de este amor, ¿qué cosa más dulce puede haber? Pero la vida presente es una lucha. ¿Quién podrá impedir que el enemigo penetre en nuestra alma, introduzca en ella la turbacion, y le arrebate la dicha producida por la tranquila posesion del bien? La paciencia que es el reinado del alma y el fruto más delicioso. El alma que se alimenta de él, ve estrellarse contra sí las tribulaciones de cualquier naturaleza que sean, como nosotros vemos las olas del mar venir á romperse contra las rocas de la playa. Admirémosla en el siguiente rasgo.

"Bauticé, ya hace algunos años, escribe un misionero del Tong-kin á un hombre como no he visto á ninguno, desde que estoy aquí. Era el terror de su aldea antes de su conversion. Habiendo oido hablar de nuestra santa religion, quiso conocerla á fondo. Me siguió algun tiempo para estudiarla más á su gusto. Sin embargo, hacia esto con tal ardor que perdia el sueño, olvidándose á veces hasta de comer. No tardó en verse puesto en tales pruebas, que yo creí no seria capaz de sostener; porque apenas se supo que se queria convertir, todos sus conocidos se volvieron furiosamente contra él; pero él que hasta entonces habia sido tan fiero y tan vengativo y tanto se habia hecho temer, lo sufrió todo con la paciencia más grande.

"Cayó enfermo; sus hijos lo abandonaron y su mujer lo colmaba de ultrajes: aprovechándose de la ocasion, se llevó todo lo que habia en la casa y lo dejó solo en el mayor apuro. Envié á nuestros cristianos para que lo consolaran y tuvieran cuidado de él; pues temia que su fervor se apagase; pero se sostuvo firme y ni siquiera murmuró. Edificado de tanto valor, no tardé en administrarle el bautismo. Modelo de todas las virtudes cristianas, llegó á ser el apóstol

de su aldea, en la cual convirtió unas quince personas, y entre ellas á su mujer, tan acérrima enemiga de la religion y á la cual bautizaré mañana ó pasado mañana (1)."

La *Benignidad*, *Benignitas*. Como su nombre indica la benignidad (*bonus ignis*) es un fuego dulce y benéfico que, gracias al Espíritu Santo, circula por las venas del cristiano y sostiene en él una disposicion constante hácia la indulgencia y la afabilidad. Puede uno ser paciente sin ser benigno. La benignidad lucha contra la aspereza de carácter, lo brusco de las maneras, y la sequedad de palabra, cosas todas que pueden turbar la paz interior. Lo afina todo, hasta el punto de no dejar en el cristiano más que urbanidad y gracejo, que son el hechizo de una alma. Vaya una muestra de este fruto entre mil.

"Una anciana habia injuriado gravemente al hijo de uno de los principales gefes de Tonga, que es católico, así como toda su familia. Este decidió que la culpable recibiese en castigo cuarenta y cinco azotes. Mas no contó con la benignidad. Su esposa, que es nuestra más fervorosa neófita, intercedió cerca de él y le dijo: "Tu quieres castigar á esa mujer como si fueras infiel; pero ten en cuenta que antes de ser bautizado no decias cinco ó seis veces al dia: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

"Ni me digas que es preciso imponer una pena proporcionada á la injuria. Si Dios nos tratase como merecemos, ¿qué seria de nosotros? Puesto que es tan bueno que nos perdona las innumerables faltas que contra Él cometemos, ¿no será justo que nosotros perdonemos tambien las ofensas que hemos recibido? Esto es lo que nos predicaban los *dos ancianos* el domingo pasado. Házlos venir y verás lo que

1. *Annales*, etc., n. 34 p. 396 an. 1833.

ellos te dicen." Fuimos llamados, en efecto, y nos pronunciamos en favor del perdon. La anciana que era infiel, se convirtió al momento (1)."

La *Bondad*, *Bonitas*. Lo que es el colorido para un cuadro, el azúcar para la bebida, el encarnado para la manzana, es la benignidad para la bondad. Mas el color que embellece á la manzana, no es la manzana misma; aquí la manzana es la bondad. Este nuevo fruto, efecto de la union del alma con Dios, bondad infinita, llena al alma de suavidad y le hace experimentar la necesidad de comunicarse, no solamente dando lo que tiene, sino dando tambien lo que ella es. Seria preciso referir toda la historia de la Iglesia, si hubieran de citarse detalladamente los rasgos de bondad que perpetuando los ejemplos del Verbo encarnado, demuestran claramente el poder del Espíritu Santo en la Iglesia. Siguiendo la regla que nos hemos impuesto, consultaremos solamente los anales contemporáneos.

"El mandarin Benito, muerto poco há, en el reino de Siam, ha servido de gran edificacion para toda la cristiandad. Era tan bueno que no podia resolverse á hacer mal á nadie y estaba sin cesar ocupado en hacer bien á todos. Un dia que el rey habia hecho atar á varios prisioneros á la boca de un cañon, mandó á Benito darle fuego. Pero él, como digno cristiano que tiene horror á servir de instrumento para un acto de barbárie, se prosternó, sin moverse de su sitio, ante su príncipe, sabiendo que se exponia á la muerte por tal desobediencia. El monarca irritado mandó que lo agarraran sus satálites y que otro hiciera fuego por él. Cuando se le hubo pasado la cólera al rey, le dijo este: "Miserable, te perdono; mas ¿por qué no has hecho fuego

1. *Annales*, etc., n. 104, p. 33, an. 1846.

segun mi órden?—Temo el pecado, le contestó.—Vosotros los cristianos observais una religion muy severa.

"Pasado algun tiempo, el rey elevó á Benito al grado de gran mandarin. Los honores no le hicieron perder su bondad. Tenia tan buen corazon, que hubiera querido servir á todo el mundo. Cristianos y paganos acudian á él de todas partes, y cuando se trataba de hacerles algun favor, á pesar de una hernia que le atormentaba sin cesar, desplegaba una actividad sorprendente. Más de una vez, viendo que compraba esclavos paganos tan jóvenes ó tan viejos que no podian prestarle ningun servicio, le pregunté de qué utilidad podia serle toda aquella gente.—Los compro, contestó, para ganar sus almas; y en efecto, sus esclavos han sido bautizados en su mayor parte (1).

La Longanimidad, Longanimitas. Conseguida la paz para consigo mismo por la paciencia, la benignidad y la bondad, frutos sin amargura ni acidez, réstale al cristiano estar tambien en paz con todo lo que le rodea, es decir, con el prójimo. Esta dicha le proporcionan los tres frutos, cuya naturaleza vamos á explicar.

Si los favores corporales ó espirituales que hacemos, produjesen su efecto siempre y en el momento de hacerlos, bastaria la bondad para sostenernos en una paz constante con el prójimo. Mas no sucede así; ordinariamente el resultado se hace esperar: y este esperar, muy largo á veces, puede entibiar nuestra caridad y descorazonar nuestra esperanza. Contra este peligro encontramos amparo en la longanimidad. Este prolongado valor, *longus animus*, nos ayuda á soportar las dilaciones queridas ó permitidas por la Providencia, y esperar sin inquietud, como el labrador, la cosecha que á su tiempo deben producir los favores derramados en

1. *Annales.*, n. 99, p. 120, an. 1845,

el alma del prójimo. Brilla este nuevo fruto en mil rasgos deslumbradores entre los cristianos de todos los siglos. Veamos uno, cual se puede pedir, presentado por una de nuestras nuevas hermanas del imperio chino.

"Dos cristianos, padre é hijo, habian apostatado durante la última persecucion. Hechos, despues de su caida, objeto de horror para sí mismos, cayeron muy pronto en la desesperacion. Desde este momento no reconocieron freno alguno, y dándose á excesos de todo género, procuraban olvidar aquella fé, á que habian hecho traicion. Casóse el hijo con una mujer pagana que tenia ódio declarado á los cristianos. ¡Maravilloso consejo de la divina sabiduría! Esta mujer debia ser, despues de largos esfuerzos, el instrumento de la conversion de su marido. Este no habia podido borrar de su memoria las verdades de nuestra santa religion. Nuestros dogmas y preceptos se mezclaban muchas veces en sus conversaciones; y sin sospecharlo él, ganaban el corazon de su compañera. Poco á poco, la gracia triunfó tan completamente de sus antiguas prevenciones, que obligó á su marido á que la iniciara, sin más dilacion, en el culto que le habia hecho conocer.

"Entonces el marido comenzó á sollozar, y confesó que habia renegado del Dios de los cristianos por debilidad. Esta confesion, lejos de debilitar el valor de su esposa, la confirmó en su piadosa resolucion, y no cesaba de pedir, como el colmo de su dicha, el ser contada entre los hijos del Maestro celestial. El marido no se opuso á este deseo, sin embargo de que era la condenacion de su propia conducta. Por el contrario, para facilitar á su mujer los medios de instruirse, la confió por algun tiempo á unas vírgenes cristianas.

"Estas la acogieron como hermana. Despues de algunos dias de piadosos ejercicios, recibió el Bautismo. Salió de la

pila bautismal, llena de un fervor tal, que elevándose por encima de su sexo, se hizo el apóstol de su esposo y de su suegro. Ni oposicion, ni dilaciones pudieron desanimar su apostolado. Por el contrario, los obstáculos no sirvieron sino para manifestar la longanimidad de su valor y hacer más brillante su triunfo. Tuvo la dicha de volver al redil á aquellas ovejas descarriadas. "Despues he visto muchas veces á estos neófitos y los he encontrado tan fervorosos y sencillos, que no sabia cómo ensalzar la misericordia de Aquel que hace sobreabundar la gracia donde abundó el delito (1).

La *Mansedumbre*, *Mansuetudo*. Si la longanimidad hace que soportemos, por todo el tiempo que agrade á Dios y dure la resistencia del prójimo, las penas y las fatigas que nos vienen de otro, la mansedumbre nos impide murmurar de ellas. Paloma sin hiel, inofensivo cordero: he aquí lo que hace al cristiano el fruto de que hablamos. A semejanza del divino Maestro, el hijo de la mensedumbre no troncha la caña que está á medio romper; ni apaga la mecha que humea todavía; ni deja oir su voz en las calles; ni vuelve jamás mal por mal. El Espíritu Santo, lo mismo hoy que siempre, no cesa de producir este fruto de todos amado.

"Llego, escribe un misionero de América, y bendigo al cielo que vuelve á colocarme otra vez en medio de mis queridos salvajes. Lo primero que he hecho, ha sido informarme de su perseverancia. He aquí la respuesta que se me ha dado.—Padre, el cambio de esta tribu se ha hecho objeto de todas las conversaciones del país. Hasta el invierno pasado, fué una cuadrilla de borrachos y ladrones, era el escándalo y el espanto de toda la vecindad. Mas desde su bautismo, ya no son los mismos hombres. Todo el mundo ad-

1. *Annales.*, etc., n. 105, p. 141, an. 1846.

mira su sobriedad, su honestidad, su mansedumbre y sobre todo, su asidua asistencia á la oracion; sus cabañas resuenan casi de contínuo con piadosos cánticos.

"Es un misterio para mí, me decia hace poco un anciano cazador del Canadá, el espectáculo que presentan estos Indios con el cambio que en ellos se ha operado. ¿Querreis creer que yo he visto con mis ojos á estos mismos salvajes, en 1813 y en 1814, entregar al zaqueo y á las llamas las casas de los blancos, coger á los pequeñitos por el pié y romperles la cabeza contra la pared ó arrojarlos á calderas llenas de agua hirviendo? ¡Y ahora, basta la presencia de un trage negro, para que caigan de rodillas, y besen la mano como la de un padre; avergonzándonos así á nosotros mismos (1)!"

No menos hermoso ni menos suave es el fruto de mansedumbre que se produce en las islas de la Oceanía. "No creo que haya en el mundo, escribe uno de sus apóstoles, una parroquia que recuerde mejor que Futuna las costumbres de la primitiva Iglesia. En lugar de tener que excitar la piedad de los neófitos, nuestros colaboradores se ven obligados á refrenar y moderar su celo. ¡Cuán hermoso es ver á estos antiguos antropófagos, convertidos al presente en mansos corderos, entregarse ellos mismos á penitencias públicas y conjurar á los misioneros á que no limiten sus austeridades! ¡Cómo se hubiera podido creer que estos feroces guerreros, que debian en cráneos humanos, estén dispuestos hoy á derramar mil veces su sangre por Dios y por los misioneros (2)!"

La *Fe*, *Fides*. Si la mansedumbre falta, puede alterarse la paz con el prójimo. Darle motivo de que se irrite es una manera de herirlo y aun de hacerle perjuicio; y no es la úni-

1. *Annales.*, &, n. 103, p. 493, an. 1845.
2. *Ibid.*, etc. n. 120, p. 351, an. 1848.

ca. Tambien se le hiere y se le perjudica con la mala fe en los contratos, con la infidelidad en las relaciones sociales. Gracias al nuevo fruto del Espíritu Santo, el cristiano está al abrigo de estos odiosos actos. El fraude, la mentira, la doblez, la traicion, le causan horror. Su palabra, expresion adecuada de la verdad, es santa; y así, puede contarse con ella. No importa que le sea ventajoso ó no el cumplirla; la ha dado y la sostendrá. Como quiera que esta noble franqueza ha llegado á constituir el fondo de su carácter, su primer movimiento es creer que la tienen tambien los otros; pues suponer tambien el engaño, le repugna. Con todo, en esta hermosa alma, la sencillez de la paloma no está reñida con la prudencia evangélica de la serpiente. Véase al punto una prueba.

"En otro tiempo el pueblo de Wallis era embustero, ladron de oficio, pirata y antropófago; hoy, ¡tan poderosa ha sido la gracia para cambiar los corazones! hoy la mansedumbre forma su carácter, la franqueza parece serle natural, y tiene horror al hurto. Aquí no hay necesidad de llaves. El misionero puede dejar los frutos, el vino, el dinero, todos sus efectos, al alcance de los naturales, sin temor de que toquen á nada. ¡Dichoso pueblo que tan bien ha gustado el don de Dios (1)!"

En cuanto á la prudencia, segun advierte San Juan Crisóstomo, la serpiente procura ante todo guardar su cabeza; así el cristiano lo sacrifica todo por salvar su fe, es decir, la palabra que ha dado á Dios. Dos sacerdotes del Tongkin fueron arrestados por sus perseguidores. El mandarin queria probarles, cuánto sentia ejercer contra ellos una mision de rigor. Si la conciencia de sus prisioneros hubiera podido prestarse á cualquier acomodamiento, los hubiera

1. *Annales.*, etc., n. 98, p. 44, an. 1845.

restituido con alegría al amor de sus rebaños. No temió, pues, abrir su corazon con el P. Lac.

"Maestro, le dijo, vos sois jóven todavía; ¿por qué quereis morir tan pronto? Creedme, cerrad los ojos y pasad por encima del crucifijo, ó por lo menos al lado. Si os parece mejor, mis dependientes os pasarán; con tal que os dejeis llevar, dictaré sentencia de perdon." El Padre respondió: "No consiento de modo alguno: condenadme más bien á que me despedacen." Esta valerosa y real respuesta le valió la palma del martirio (1)."

Para conocer por experiencia todos los frutos divinos, cuya dulzura y belleza hacen las delicias del cristiano, nos quedan tres por coger. De ellos vamos á hablar en el capítulo siguiente.

1. *Id.*, *&.*, n. 85, p. 414, an. 1842.

CAPITULO XXXIX.

(CONTINUACION DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—La modestia: ejemplo.—La continencia: ejemplo.—La castidad: ejemplo.—Cuáles sean las cosas opuestas á los frutos del Espíritu Santo.—Obras de la carne.—Lo que es la carne. —Por qué se dicen sus obras y no sus frutos.—Oposicion general de las obras de la carne á los frutos del Espíritu Santo. Oposicion particular.—Necesidad social de todas las operaciones del Espíritu Santo.

No perdamos de vista que el fruto es el acto beatífico más elevado, y que por lo mismo hace gustar al alma una suavidad, un reposo deleitable, que el mundo no conoce y que es como la cata de las dulzuras eternas. Hemos visto, que por virtud de los nueve primeros frutos, el cristiano vive en dulce paz con Dios, consigo mismo y con el prójimo. Para gozar de la tranquilidad completa, no le falta más que ponerse en órden con relacion á lo que hay encima de él: y precisamente á los tres últimos frutos deberá el complemento de su felicidad.

La *Modestia*, *Modestia*. Este fruto divino es el órden en todo nuestro sér exterior. La modestia, como irradiacion que es de la paz interior, mantiene nuestros ojos, lábios, risa, movimientos, vestido, toda nuestra persona, dentro de los justos límites marcados por la fe. El Verbo encarnado, conversando con los hombres, hablando, oyendo, obrando, es el espejo en que se mira constantemente el discípulo del Espíritu Santo, y el modelo infinitamente perfecto cuyos rasgos se esfuerza por reproducir en sí mismo. Nada hay más

restituido con alegría al amor de sus rebaños. No temió, pues, abrir su corazon con el P. Lac.

"Maestro, le dijo, vos sois jóven todavía; ¿por qué quereis morir tan pronto? Creedme, cerrad los ojos y pasad por encima del crucifijo, ó por lo menos al lado. Si os parece mejor, mis dependientes os pasarán; con tal que os dejeis llevar, dictaré sentencia de perdon." El Padre respondió: "No consiento de modo alguno: condenadme más bien á que me despedacen." Esta valerosa y real respuesta le valió la palma del martirio (1)."

Para conocer por experiencia todos los frutos divinos, cuya dulzura y belleza hacen las delicias del cristiano, nos quedan tres por coger. De ellos vamos á hablar en el capítulo siguiente.

1. *Id.*, *&.*, n. 85, p. 414, an. 1842.

CAPITULO XXXIX.

(CONTINUACION DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—La modestia: ejemplo.—La continencia: ejemplo.—La castidad: ejemplo.—Cuáles sean las cosas opuestas á los frutos del Espíritu Santo.—Obras de la carne.—Lo que es la carne. —Por qué se dicen sus obras y no sus frutos.—Oposicion general de las obras de la carne á los frutos del Espíritu Santo. Oposicion particular.—Necesidad social de todas las operaciones del Espíritu Santo.

No perdamos de vista que el fruto es el acto beatífico más elevado, y que por lo mismo hace gustar al alma una suavidad, un reposo deleitable, que el mundo no conoce y que es como la cata de las dulzuras eternas. Hemos visto, que por virtud de los nueve primeros frutos, el cristiano vive en dulce paz con Dios, consigo mismo y con el prójimo. Para gozar de la tranquilidad completa, no le falta más que ponerse en órden con relacion á lo que hay encima de él: y precisamente á los tres últimos frutos deberá el complemento de su felicidad.

La *Modestia*, *Modestia*. Este fruto divino es el órden en todo nuestro sér exterior. La modestia, como irradiacion que es de la paz interior, mantiene nuestros ojos, lábios, risa, movimientos, vestido, toda nuestra persona, dentro de los justos límites marcados por la fe. El Verbo encarnado, conversando con los hombres, hablando, oyendo, obrando, es el espejo en que se mira constantemente el discípulo del Espíritu Santo, y el modelo infinitamente perfecto cuyos rasgos se esfuerza por reproducir en sí mismo. Nada hay más

amable que esta divina modestia y nada más elocuente. Por eso queria el Apóstol, que la modestia de los cristianos fuera notoria como la luz y conocida de todo el mundo (1). Era en su concepto, uno de los mejores medios de llamar los infieles á la fe y los pecadores á la virtud.

Mil y mil ejemplos dan la razon al Apóstol. Conocido es de todos el de San Francisco de Asís. Habiendo llegado á una ciudad, el serafin de la tierra dijo á su compañero: Hermano, vamos á predicar. Salieron juntos, dieron una vuelta por las calles sin hablar palabra, y se volvieron á casa.—Pero, ¿no habia dicho su Paternidad que íbamos á predicar? ¿Cómo hemos vuelto sin decir nada? ¿Y el sermon?—Ya lo hemos predicado, respondió el santo. Y con razon: la presencia de aquellos dos religiosos tan modestos, era una predicacion más persuativa que los mejores discursos.

De la Edad Media acá, la modestia cristiana no ha perdido nada de su poder. "Nuestras vírgenes chinas, escribe un misionero, no tienen otra cláusula que la prudencia, ni otro velo que la modestia: y no por esto dejan de ser el consuelo de la Iglesia y la admiracion de los paganos. De tal manera saben inspirar el amor de la santa virtud, que muchas veces llegan á suscitar émulas y modelos entre los infieles mismos. He aquí un hermoso ejemplo. Habiendo una pagana contraido relaciones con una de nuestras vírgenes cristianas, ésta le pintó con tan vivos colores la felicidad de que gozaba, que despertó en el corazon de la jóven china los sentimientos de una santa envidia. Dios oyó sus deseos, y la jóven se encontró pronto en estado de recibir el Bautismo.

"Tomó el nombre de Magdalena. A la feliz neófita no le cabia el gozo en el pecho, y quiso compartirlo entre toda su

1. Modestia vestra nota sit omnibus hominibus. *Philip*, IV, 5.

familia. Al principio se burlaban de ella: luego acabaron por escucharla y por rendirse á todo lo que la misma queria; tan poderosa es la gracia secundada por el celo puro. El padre, la madre, los hermanos, hermanas y otras varias personas se hicieron pronto cristianos. Veinte hijos de Dios se cuentan al presente donde, poco há, no habia más que esclavos del demonio; y este número se duplicará regularmente antes de un año (1)."

La *Continencia*, *Continentia*. Si el hombre exterior se mantiene en el órden por la modestia, el hombre interior encuentra un freno en la continencia. Este fruto del Espíritu Santo, segun lo indica su nombre, domina la concupiscencia, ahora esta tenga por objeto el beber, ó el comer, ó la sensualidad. La sojuzga, lucha contra sus movimientos rebeldes; y á pesar de sus invasiones en el dominio de la imaginacion y los sentidos, impide que el desórden y la inmundicia ganen el santuario de la voluntad. Este imperio sobre las inclinaciones groseras del hombre animal, es la gloria exclusiva del cristiano y el signo manifiesto de la presencia del Espíritu Santo; y como tal se le admira en cada página de la historia de los pueblos, y en la biografía de los hombres cristianos. Abramos los anales contemporáneos y oigamos á uno de nuestros misioneros, perdido entre los hielos del polo, en medio de los antropófagos más vigorosos de toda la tierra.

"Entre los salvajes que me encontré juntos en el fuerte de Albany, uno de los que la gracia cambió de una manera tan eficaz como pronta, era un jóven polígamo. Sus amigos, y en especial su madre, que es modelo de virtudes, habian hecho todos los esfuerzos para determinarle á que tuviera solo una esposa; pero no lo habian podido conseguir. Dos

1. *Annales*, etc., n. 116, p. 45, an. 1848.

dias hacia que yo estaba en Albany, cuando llegó con su numerosa familia. Tan luego como supo que yo estaba en el fuerte, le entró como miedo de verse en mi presencia y se queria marchar al punto; de modo que le costó á su madre bastante trabajo el poderlo retener. Pero evitaba cuidadosamente mi encuentro; y cuando me presenté en su choza para verlo se habia ocultado. Me enseñaron su escondrijo, fuí en su busca; y como la regeneracion de sus hijos me preocupaba algo más que su divorcio, traté de hacerle comprender la importancia del Bautismo.

"En el primer momento de nuestra entrevista, temiendo sin duda mis reprensiones, se puso á temblar en todo su cuerpo: pero luego se tranquilizó, y en el mismo dia me trajo todos sus niños para que los hiciera cristianos. Concluido el Bautismo, me pidió con encarecimiento el mismo favor para sí mismo: aquí le esperaba yo.—Tú no podrás ser bautizado, le dije, mientras tengas dos mujeres: el Gran Espíritu no consiente esto. Si continúas violando su prohibicion, en vez de llevarte consigo á la mansion de la gran luz, te arrojará con el maligno *Manitou* al fuego del abismo.

"Estas palabras hicieron en el alma del salvaje todo el efecto que yo podia esperar. Dejando caer la cabeza sobre el pecho, no respondió nada, y durante algunos minutos pareció abismado en reflexiones profundas. Luego, levantándose de repente:—Padre, me dijo, lo que me manda es muy justo. Supuesto que el Gran Espíritu no dió al primer hombre más que una compañera, no debo tener yo dos. ¿A cuál de ellas quieres que despida?—Debes conservar la primera; pero como los hijos de la segunda son tuyos, es menester que los eduques y que cuides de su madre como de una hermana.—Gracias, dijo, y se fué incontinenti para anunciar su resolucion á la segunda. Esta no se mostró menos

resuelta que él; y desde entonces no los he visto juntos más que en la capilla, donde rivalizaban en celo por hacerse instruir (1)."

La *Castidad*, *Castitas*. Este fruto duodécimo, que corona á todos los demás, hace del hombre un ángel en cuerpo mortal. La castidad es á la continencia lo que la victoria á la lucha; representa al vencedor despues del combate. El alma casta, el alma vírgen, señora de sus sentidos interiores y exteriores, reina como Salomon, en la plenitud de la paz. Junto á ella, el brillo de todo el oro del mundo queda eclipsado. Excita el respeto de la tierra; hace las delicias del cielo, y provoca la rabia del infierno. Si no hay esfuerzos que el demonio deje de emplear para arrancar á la humanidad esta corona de gloria, tampoco hay género alguno de resistencia heróica que no encuentre en contra de sí. En la defensa de este bien, más precioso que la vida, brilla soberanamente el valor de los cristianos y, sobre todo, de las cristianas. ¿Quién no conoce la conducta de tantas heroinas de los primeros siglos? Noble ejército de vírgenes y mártires, vosotras os habeis perpetuado hasta nosotros, y os perpetuareis hasta el fin de los siglos, doquiera reine el Espíritu de Santidad.

Abramos una vez más nuestros anales contemporáneos. "El asunto de que voy á hablaros es bien sencillo. No se trata sino de una niña de poca edad, que presenta un triunfo brillantísimo de la gracia. Hácia el fin del año 1841, una familia católica compuesta de tres personas, dejaba Alepo para trasladarse á Egipto. Despues de haber visitado los santos lugares, y atravesado la Judea, se internó en el desierto que en otro tiempo cruzó la sagrada familia huyendo de la cólera de Herodes. Ya columbraban en lonta-

1. *Annales.*, etc., n. 141, p. 101, an. 1852.

nanza las murallas de El-Arich, la antigua Gerara, cuando apareció una banda de soldados albaneses. Al verlos, el espanto se apodera de nuestros piadosos viajeros, corren azorados y se dispersan en la soledad que no puede ocultarlos. La niña fué hallada por sus raptores pálida, temblorosa, llamando á su madre á quien no habia de volver á ver; y fué llevada cautiva al Cairo, donde la encerraron en la casa de un musulman.

La infortunada pasaba los dias llorando; y ciertamente nunca lloraria demasiado su libertad perdida y su familia sacrificada. Un solo bien le quedaba: era su fé candorosa en el Dios de los huérfanos; y amenazado tambien este tesoro, lo defendia con amor heróico. Ten presente, decia muchas veces á su amo, ten presente que tu esclava es cristiana. ¡Ay! él no lo olvidaba. Rugiendo todos los dias de no haber podido ajar aquella débil caña que se erguia siempre bajo el esfuerzo de su mano, recurria á nuevas astucias, la adulaba con las promesas más deslumbradoras, se abajaba hasta las súplicas, saliendo vencido pero furioso, y en su despecho ensayaba nuevas torturas tan impotentes como sus despreciadas súplicas y sus vanas amenazas.

"Lágrimas y suspiros era todo lo que conseguia de la pobre niña. En vano el turco le repetia: Cautiva de un musulman, ó abrazarás la religion de tu amo, ó morirás ¡á sus manos.—Toma mi vida y déjame á mi Dios respondia la heroina. ¡Desventurada de mí! ya que he perdido todo en este mundo, no consentiré en renunciar al cielo. Y la gracia contaba con un triunfo más cada vez que el opresor acometia á su víctima. A la manera de aquellas vírgenes tímidas de los primeros siglos, á quienes tantas veces fué dado domar á los leones rugientes en la arena y verlos encadenados á sus piés por el encantamiento divino de una

virtud angelical, la cristianita de Alepo se imponia al turco en su propia casa, convertida para ella en anfiteatro.

Cierto dia que fué el 18 de Enero de 1843, se quedó entreabierta la puerta de la casa en que nuestra cautiva se consumia llorando, hacia ya dos años. No dudando de que habia llegado el momento de su libertad, salvó, sin ser vista, el umbral de su prision, y corrió á refugiarse, al azar, en la habitacion vecina. Afortunadamente, era la de un armenio católico. Al ver á la muchacha que, toda descompuesta, se le entraba en su casa, la recibió en sus brazos y le preguntó quién era, de dónde venia, y qué queria: mas ella, temblorosa y *como perseguida* por enemigos invisibles no podia responder más que con este grito desgarrador: Sálvame, cómprame.

"El buen armenio juzgó que era menester esconderla por el momento; y habiendo llegado á tranquilizarla le preguntó de nuevo, y esta vez ya con más resultado. Ella le contó todas sus desdichas con todos los detalles, y luego añadió: No me entregues al verdugo de mi familia; pues ahora llevaria á cabo su amenaza; y como precio de mi fidelidad á nuestro Dios, me inmolaria el turco en su casa ó me venderia á los negros del Senaar.

"No era menester más para que el armenio se interesara por la suerte de la huérfana. Por de pronto la tuvo oculta por espacio de algunos dias. Pero temiendo exponerse á algun vejámen si otros revelaban el secreto ántes que él, juzgó prudente informar por sí mismo á la autoridad musulmana de todo lo que habia pasado.

"En vista de su declaracion, el gobernador egipcio hizo traer á su tribunal la fugitiva y el soldado albanés. Interrogó á la jóven acerca de su país, sus padres y su religion. Ella respondió con mucha firmeza, que era cristiana y na-

tural de Alepo, que los soldados albaneses la habian cogido á fuerza en el desierto, y que á falta de sus padres reconocia por padre al cura católico armenio.—Hazte musulmana, le dijeron los turcos, sentados para juzgarla, y compartirás nuestra fortuna y nuestros placeres.—Soy reina por mi fé, respondió; todos vuestros bienes no valen lo que mi corona. Antes que renunciar á ella, sufriré la muerte.

"Esta valentía llenó de admiracion al tribunal y al auditorio, á los musulmanes lo mismo que á los cristianos. Habia entre los espectadores un jóven caldeo católico, que habia seguido con el más vivo interés todo el curso de los debates. Enamorado de las virtudes de la jóven, asombrado de sus respuestas y reputándose feliz de poder hacer que la infortunada olvidara la prolongada cadena de sus desdichas, la pidió por esposa. Su oferta fué aceptada, y el cura de Tierra Santa ha bendecido, hace pocos dias, esta boda venturosa. Toda la poblacion católica del Cairo ha tomado parte en este matrimonio y mi corazon de Padre, abrevado frecuentemente de amarguras, se ha espaciado con indecible consuelo al contemplar la alegría de estos dos jóvenes, tan dignos el uno del otro por la generosidad de su fé y la inocencia de su vida (1)."

6º ¿A qué se oponen los frutos del Espíritu Santo? Tomados separadamente, cada uno de los frutos del Espíritu Santo es un principio de felicidad: tomados en conjunto, constituyen la felicidad completa en cuanto es compatible con nuestra condicion terrestre; y así, forman la oposicion adecuada de la infelicidad, cualquiera que sea su nombre. Considerada desde este punto de vista, la Iglesia católica se nos representa como un inmenso verjel, cuyos árboles cargados de frutos, recrean todos los sentidos del cuerpo,

1. *Annales.*, etc., n. 99, p. 89, an. 1845.

proporcionan descanso á todas las facultades del alma y perpetúan, al través de los siglos, el paraíso terrenal.

Con menos habria bastante para concitar todo el furor de Satanás, cuya ocupacion constante se dirige á talar el magnífico jardin del esposo, arrancar sus árb les, hacerlos estériles, convertirlos en árboles mortíferos y de este modo acarrear al hombre la infelicidad temporal y eterna. Fiel á su constante propósito de falsearlo todo, al lado del vergel divino ha criado un jardin emponzoñado, como fundó la Ciudad del mal junto á la Ciudad del bien. En ese su jardin de plantas venenosas, pone los árboles que va robando, les da cultivo y les hace producir sus frutos, cuyo número y calidad vamos á poner de manifiesto.

El apóstol San Pablo nos ofrece la nomenclatura siguiente: "Las obras de la carne, dice, están patentes: como son fornicacion, impureza, deshonestidad, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, zelos, iras, riñas, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y otras cosas como estas (1)." Aquí se presentan dos cuestiones. ¿Qué debemos entender por la carne; y por qué se dice *las obras de la carne* y no los frutos, como decimos, los frutos del Espíritu Santo?

La carne significa la concupiscencia, es decir, la inclinacion que tenemos al mal: es el veneno ó el virus que la serpiente infernal nos inoculó cuando mordió á nuestros primeros padres, de quienes pasa de generacion en generacion á toda su posteridad. Así es que la carne, ó sea, la concupiscencia es el demonio mismo presente en nosotros por su veneno (2). Se dice *la carne* por dos razones: la primera, porque el virus satánico reside en la carne ó en la sangre y

1. *Gal.*, v, 19-21.

2. Concupiscencia, puta, voluntas mala, est daemon nos impugnas. *Abbas Pimenius*, *in. vi. Patr.*, lib. VII cap. XXII.

por ella se trasmite: la segunda porque la concupiscencia nos arrastra principalmente á la disolucion carnal, á beber y comer, á los goces y bienestar del cuerpo. No obstante, se comunica tambien al alma, produciendo el orgullo, la ambicion, la curiosidad, la ciencia vana y otras malas disposiciones puramente espirituales.

Aunque en rigor se podria decir, frutos de la carne ó del demonio, Santo Tomás, explicando la palabra del Apóstol *opera carnis*, se expresa así: "Lo que sale del árbol contra la naturaleza del árbol no se llama fruto, sino más bien corrupcion. Ahora bien, los actos virtuosos son como naturales á la razon. De donde proviene, que las obras de las virtudes se llamen frutos y no así las obras de los vicios (1)." De todos modos, las obras de la carne, consideradas en su principio, en su conjunto y en sus detalles, son la contraposicion de los frutos del Espíritu Santo.

Dos potencias luchan en la sociedad, porque luchan dentro del hombre: hay entre ambas una oposicion completa, inmutable (2). El Espíritu Santo, descendido del cielo, su gloriosa mansion, atrae al hombre hácia lo alto: Satanás hace lo contrario; habiendo subido del abismo, su negra morada, arrastra al hombre hácia abajo. En otros términos: el Espíritu Santo, despegando al hombre del amor de las cosas terrestres, le excita á obrar segun la razon y la fé, Satanás empujando al hombre á procurarse apasionadamente los bienes sensibles, le hace obrar contra el dictámen de la razon y de la fé. De estos dos agentes, el uno ennoblece, el otro degrada; el uno santifica, el otro mancha y

1. Id quod procedit ab arbore contra naturam arboris non dicitur ese fructus ejus, sed magis corruptio quaedam. Et quia virtutum opera sunt connaturalia rationi, opera vero vitiorum sunt contra rationem ideo, opera virtutum fructus dicuntur, non autem opera vitiorum. 1. 2, q. 70, art. 4.

2. *Gal.*, v, 17.

corrompe. Como en el órden físico el movimiento hácia arriba es contrario al movimiento hácia abajo, así es cosa manifiesta que las obras de la carne son diametralmente opuestas á los frutos del Espíritu Santo. Tal es la oposicion general; mas esta no es sola.

Hay otra oposicion particular entre cada una de las obras de la carne y cada uno de los frutos del Espíritu Santo. La primera obra de la carne, que el Apóstol nombra, es la fornicacion *fornicatio.* Este acto culpable es destructor de la *caridad*, que une al hombre con Dios y con el prójimo.

Las tres siguientes son: La inmodestia, la impudicicia, la lujuria, *inmunditia*, *impudicitia*, *luxuria.* Estos desórdenes, inseparables de la fornicacion, introducen la perturbacion hasta lo más íntimo del sér humano y hacen desaparecer la *alegría* del corazon, la serinidad de la frente y la *modestia* de los sentidos.

La quinta es la idolatría, *idolorum servitus.* Pero la idolatría es la guerra abierta contra Dios, la guerra sacrílega en lo que tiene de más culpable. ¿Qué cosa puede haber más contraria á la *paz*, no solamente del hombre con Dios, sino de los hombres entre sí? ¿No es la idolatría la causa de las luchas más encarnizadas, que nos recuerda la historia?

La sexta, sétima, octava y novena, son las hechicerías, las enemistades, los pleitos y los zelos, *beneficia*, *inimicitiae*, *contentiones*, *oemulationes.* ¡Ved qué horrible cortejo lleva Satanás detrás de sí! ¡Qué cria de víboras arroja en el alma de que se apodera! Todas estas obras tenebrosas son directamente opuestas á los frutos de *paciencia*, *benignidad*, *bondad y longanimidad.*

Las tres obras de la carne que siguen á continuacion,

son: las iras, riñas y disensiones, *irae*, *rixae*, *dissensiones*. Fácilmente se echa de ver, que se oponen á la *mansedumbre*.

Restan las cinco últimas, que son: las sectas y envidias, los homicidios, la embriaguez y los excesos en el comer, *sectae*, *invidiae*, *homicidia*, *ebrietates*, *comessationes*. Con extinguir la rectitud, la buena fé, la lealtad, la *fé* en todo sentido, las sectas ó herejías matan la caridad y abren un abismo entre los habitantes de un mismo lugar, entre los miembros de una misma familia. Con razon el Apóstol nombra, detrás de la herejía, las envidias y los homicidios. Estos crímenes están en oposicion directa con la fé religiosa y social, cuyo efecto particular es unir las inteligencias y los corazones: *Cor unum et anima una*. Pues, cuando la fé se debilita ó se estingue, la razon decae y el alma pierde su imperio, que infaliblemente es reemplazado por la tiranía de los sentidos. El hombre cae entónces en la crápula, de bueno ó de mal tono, decente ó grosera, civilizada ó bárbara, segun la esfera en que vive: *Ebrietates comessationes*. Esto es la ruina de la *continencia* (1).

De este modo queda completamente asolado el vergel del Espíritu Santo. Por lo demás, no hay que extrañar que las obras de muerte enumeradas por el Apóstol, sean en mayor número que los frutos de vida; pues por una parte, esta superioridad númerica no perjudica en nada á la oposicion que hemos marcado, consistiendo la diferencia en que á un mismo fruto del Espíritu Santo se oponen varias obras de la carne; y por otra parte, San Pablo no se propuso indicar en particular todas las obras de la carne, así como tampoco todos los frutos del Espíritu Santo. "Solamente quiso, dice San Agustin, mostrar la oposicion general de unas y

1. Véase Santo Tomás, 1. 2. q. 70, art 4.

otros y cuáles son las cosas que debemos hacer y las que debemos omitir (1)."

Ved ahí los dos jardines, plantado el uno por el Espíritu del bien y el otro por el Espíritu del mal. Es un nuevo rasgo del paralelismo tantas veces marcado, entre la obra divina y la satánica. Aquí, por consiguiente, vuelve á presentarse para el hombre lo mismo que para las sociedades, la alternativa inevitable de vivir en uno ú otro de los dos jardines, de comer de sus frutos, y comiendo de ellos hallar la vida ó la muerte. Colocado el mundo entre dos señores, va á parar forzosamente ó al uno ó al otro. Nunca insistiríamos demasiado en recordar esta ley, de la cual no hubo nunca dispensa, ni la hay, ni la habrá jamás. Es, á juicio nuestro, el medio de hacer palpable la necesidad de todas las operaciones del Espíritu Santo.

Que no se olvide, pues: todas estas operaciones, sin excepcion alguna, son necesarias a la sociedad en el mero hecho de ser necesarias al hombre. La fé, la esperanza, la caridad, hijas mayores del Espíritu Santo, son necesarias á la sociedad; porque, sin ellas, la sociedad queda inevitablemente entregada á la imprudencia, la injusticia, la bajeza y la intemperancia. Los siete dones del Espíritu Santo son necesarios á la sociedad; porque, sin ellos, la sociedad cae bajo el imperio de los siete pecados capitales, cuyo conjunto forma el más enérgico disolvente de todo el órden social.

Las siete bienaventuranzas divinas, son necesarias á la sociedad; porque, si ésta no las practica, practicará inevitablemente las siete bienaventuranzas satánicas, que reali-

1. Apostolus non hoc ita suscipit ut doceret quot sunt vel opera carnis, vel fructus Spiritus; sed ut ostenderet, in quo genere illa vitanda, illa vero sectanda sint. *S. Aug.*, *in epist. ad Gal.* c. VIII.

zan el mal en todas sus formas. Los frutos del Espíritu Santo son necesarios á la sociedad, porque si la sociedad no se alimenta de ellos, se alimentará forzosamente de los frutos emponzoñados de Satanás; principios fecundos de revoluciones y catástrofes.

El reinado del Espíritu Santo, con todo lo que lo cons tituye, es necesario para la felicidad del mundo; porque solo él puede preservar al mundo del reinado del espíritu maligno. Pues bien, el reinado de Satanás es el mundo pagano con Neron por amo; en tanto que el reinado del Espíritu Santo es el mundo católico, dirigido por el Vicario infalible del Verbo encarnado. Bajo el primero, el linaje humano es una manada de lobos: bajo el segundo, es un rebaño de corderos. Esta alternativa, inevitable en el mundo, no lo es ménos al otro lado del sepulcro. Lo veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XL.

EL FRUTO DE LA VIDA ETERNA.

Sumario.—Por qué el cielo se llama fruto.—Armonía en las obras de Dios.—El cielo será el reino del Espíritu Santo, ó del amor infinito.—Efecto de este amor: trasfigurará todas las cosas.—Las criaturas serán trasfiguradas, no destruidas.—Hermosura del mundo futuro.—Trasfiguracion del hombre y cualidades del cuerpo trasfigurado.—Goces de cada uno de los sentidos.—Rasgo histórico.—Cualidades del alma trasfigurada.—Alegría de todas las facultades.—Contraposicion del cielo el infierno.—Inexorable necesidad de ir al uno ó al otro.—Medio de lograr el cielo.—El culto del Espíritu Santo.

La gracia difundida en el alma por obra del Espíritu Santo en el dia del Bautismo, constituye la vida sobrenatural. Sus fuerzas vivas son las virtudes infusas: los dones del Espíritu Santo ponen en movimiento estas fuerzas y la hacen producir actos beatíficos que se llaman bienaventuranzas. Estos actos beatíficos ejecutados con la mayor perfeccion, toman el nombre de frutos; por cuanto producen en el alma una suavidad semejante á la que deja en el paladar una fruta excelente en el mejor estado de madurez. Pero estos mismos frutos no son más que flores relativamente al fruto de la vida eterna. Todas las operaciones del Espíritu Santo tienden á procurar al hombre este fruto único, que es el cielo (1).

---

1. Cum fructus habeat quodammodo rationem ultimi et finis, nihil prohibet alicujus fructus esse alium fructum; sicut finis ad finem ordinatur: opera igitur nostra, in quantum sunt effectus quidam Spiritus Sancti in nobis operantis, habent rationem fructus; sed in quantum ordinantur ad finem vitæ æternæ, sic

"Glorioso es el fruto de los buenos trabajos," se lee en el libro de la Sabiduría (1). Y en el Evangelio: "El que siega recibe la recompensa y recoge el fruto para la vida eterna (2)." Y en el Apocalipsis: "Al que venciere le daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de mi Dios (3)." ¿Por qué razon la felicidad, la inmortalidad, el cielo, en fin, se nos presenta bajo el nombre de fruto? En el paraíso terrenal, figura del cielo, habia un árbol de la vida, cuyo fruto de exquisito sabor y extraordinaria hermosura, tenia la propiedad de comunicar la inmortalidad, y al lado de este árbol estaba el de la ciencia del bien y del mal, cuyo fruto daba la muerte.

Colocado Adan entre estos dos árboles que conocia perfectamente, vencido por la tentacion comió del fruto del árbol prohibido antes de haber probado el del árbol de la vida. Es de fé que el árbol de la vida, igualmente que el de la ciencia del bien y del mal, era un árbol verdadero. Su fruto, comiéndolo en una ocasion determinada, debia prolongar la vida durante muchos miles de años; y despues de haber conservado al hombre en una juventud constante, hacerlo entrar, sin pasar por la muerte, en la vida sin fin de la eternidad (4).

magis habent rationem florum: unde dicitur (*Eccli.* XXIV, 23); *Flores mei fructus honoris et gratiæ. S. Th.* 1. 2, q. 70, art. 1.

1. Bonorum enim laborum gloriosus est fructus. *Sap.*, III, 15.
2. Qui metit, mercedem accipit et congregat fructum in vitam æternam. *Joan.*, IV, 36.
3. Vincenti dabo edere de ligno vitae, quod est in paradiso Dei mei. *Apoc.*, II, 7.
4. De fide est fuisse hanc veram arborem..... hoc lignum prorogasset homini vitam et vigorem ad aliquot annorum millia, donec Deus eum transtulisset in cœlum, quae aeternitas quaedam est. *Corn. á Lap.*, *Gen.* II, 9.—En la ambrosía, el néctar y otros alimentos que comunicaban la inmortalidad á los dioses, conservó el paganismo el recuerdo de este árbol de la vida.

¿Qué tiene, pues, de extraño que el Espíritu Santo, restaurador de todas las cosas, nos haya presentado el cielo cual fruto del árbol de la vida; pero fruto perfeccionado y dotado de la virtud de hacer vivir al hombre miéntras Dios sea Dios y con vida divinamente venturosa? Un fruto fué la perdicion del hombre; otro fruto será su felicidad. ¿Podia la victoria ser más proporcionada á la derrota? *Ut qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur.*

Así, pues, cuando el género humano, alimentado de los frutos del Espíritu Santo, se haya dormido con el sueño de la muerte, el Espíritu divino, continuando sus obras de deificacion, vendrá á añadir á todos sus beneficios un beneficio mayor. Como hizo que se levantara del sepulcro el Verbo encarnado, tipo del hombre, así hará que resuciten todos sus miembros. "Sí, habita en vosotros, dice San Pablo, el Espíritu de Aquel que resucitó á Jesus de entre los muertos volverá tambien á la vida vuestros cuerpos mortales por causa de su Espíritu que habita en vosotros (1)."

¿Y qué hará con el hombre gloriosamente resucitado? Lo llevará al cielo, verdadero Eden de la felicidad y de la gloria, donde le dará á comer el fruto del árbol de vida que hay en el paraíso de Dios. Por la virtud y las propiedades de este fruto misterioso, todo servirá allí para la restauracion de las criaturas y del hombre. ¿Por qué? Porque el cielo será el reinado absoluto del Espíritu Santo, y consiguientemente el reino del amor infinito, obrando en la plenitud de su expansion, sin obstáculos, ni límites, ni disminucion alguna; penetrándolo todo, animándolo todo, iluminándolo todo, divinizándolo todo, inundando á todos los habitantes de su inmensa Ciudad, hombres y ángeles, en un mismo Océano de luz, de amor y de delicias eternas. He ahí la

1. *Rom.*, VIII, 11.

gran obra del Espíritu Santo, el término final á que nos conduce con sus operaciones sucesivas.

¿Qué efecto producirá en nosotros este amor sustancial, infinito, obrando con su energía incomprensible? Nos produciria la muerte instantánea si permaneciera entonces la debilidad actual de nuestra naturaleza. ¿Qué sér creado podria nunca sostener el peso de lo infinito? Pero no hay que temer tal cosa. Como fortaleció á María el dia de la Encarnacion, la virtud del Altísimo nos cubrirá con su sombra: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi.*

A fin de que las criaturas sometidas á la accion del Espíritu Santo ni sean consumidas por sus ardores infinitos, ni deslumbradas por la luz infinita, ni aplastadas bajo el peso de la felicidad infinita, se les comunicará una energía tal, que vivirán en esta inmensa atmósfera de amor, de luz y de ventura felices, libres y ágiles, como los peces en el Océano. La vida de la gracia se convertirá en la vida de la gloria. Preparados así, el amor infinito producirá en ellos un efecto semejante al que el fuego produce en el oro, que no lo consume, sino que lo trasforma. La trasformacion divina se extenderá á cuanto sea digno de ella; porque el Espíritu de vida no destruye nada de lo que ha hecho. De este modo serán trasformados el hombre en todo su sér y el mundo que habitamos.

Trasfiguracion del mundo, es decir, del cielo y de la tierra. La creacion física sigue la condicion del hombre, que es su señor. Estuvo bien miéntras que el hombre fué inocente; está mal desde que el hombre es culpable, y será glorificada cuando él sea glorioso. El cielo, pues, será la plena y eternal realizacion de este deseo expresado por el Apóstol en nombre de toda la creacion: "Toda criatura espera con impaciencia la manifestacion de los hijos de Dios.

Porque la creacion está sometida á la vanidad, no voluntariamente, sino por causa de aquel que la sometió en esperanza; pues la criatura misma será libertada de la servidumbre de la corrupcion pasando á la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que toda criatura gime y siente hasta ahora los dolores del párto; y no solo ella, sino tambien los que tenemos en nosotros mismos las primicias del Espíritu (1)."

¿Qué significan esos dolores y suspiros de toda la naturaleza? Significan, que la creacion no ha llegado á su fin. Significan, que si no hubiera otro mundo, la vida presente seria una amarga ironía. Significan, que la creacion entera aspira, no á su destruccion, sino á su renovacion y que á su modo dirige á Dios, lo mismo que el hombre, esta peticion del *Padre Nuestro*: *Venga á nos el tu reino.* Todo sér, dice Santo Tomás, repugna su destruccion. Al desear, pues, ardientemente las criaturas el fin de este mundo, no desean ser aniquiladas, sino ser libertadas y renovadas. De aquí los doctores católicos sacan la muy lógica conclusion de que las criaturas no serán destruidas sino purificadas por el fuego del último dia, como el oro no se destruye al pasar por el crisol sino que sale más puro y más brillante (2).

¿Qué será en sí y en sus resultados esta trasfiguracion del mundo? En sí misma será la mayor participacion posible de las perfecciones de Dios por las criaturas racionales. Dios es "eternidad, luz, amor." Las criaturas, pues, serán, en cuanto su naturaleza lo permite, eternidad, luz y amor.

1. *Rom.*, VIII, 19-23.
2. Véanse las autoridades en el *Catecismo de Perseverancia*, t. VIII, *Resúmen general.* Allí se encontrarán tambien ámplios detalles, que aquí no podemos reproducir.

Eternidad. Durarán por siempre jamás, sin alteracion de su forma y hermosura. "Los astros, dice Santo Tomás, quedarán fijos é inmóviles en el punto del firmamento que sea más conveniente para que puedan brillar con todo su esplendor en la Jerusalen bienaventurada. Los tiempos, cuya sucesion marcan ahora los cuerpos celestes, cederán su lugar al dia sin noche, que se llama eternidad. La tierra, siempre iluminada del mismo modo, gozará de una temperatura constantemente igual; y los otros elementos que no sufrirán alteracion ni en sí mismos ni con relacion á nosotros, no tendrán ninguna de las imperfecciones de que hoy se resienten (1).

Luz. Se nos ha revelado en Isaías, que la luz de la luna será como la del sol, y que la luz del sol será siete veces mayor que al presente (2). El cielo, cuyo más bello ornamento son hoy el sol y la luna, es la más bella porcion del mundo corporal. Pues bien, igualmente que lo demás de la creacion, el cielo será tambien renovado, y esto no sucederá sino adquiriendo mayor claridad toda vez que en esta consiste su principal hermosura.

Por una parte, es de fé que el cuerpo del hombre se tornará luminoso; y el cuerpo del hombre se compone de elementos materiales: luego los elementos materiales de que constará el cuerpo humano revestido de claridad, serán en sí mismos luminosos. Mas estos elementos son tomados de todos los reinos de la naturaleza. Luego, salva una anomalía que repugna, el todo seguirá la condicion de las partes, es decir, que toda la creacion material se tornará luminosa (3).

Por otra parte, al modo que hay cierta relacion de órden

1. *Suplem.*, q. 91, art. 2.—*Hier.*, *in Habac.*, III.
2. Erit lux lunae sicut lux solis septempliciter. *Is.*, xxx, 26.
3. *S. Th.*, *ubi supra*, art. 4.

entre los espíritus superiores, que son los ángeles, y los inferiores, que son las almas, así tambien la hay entre los cuerpos celestes y los terrestres. Pues habiendo sido hecha la *creacion material para que sirva á la espiritual*, y debiendo aquella ser regida por esta y conducida á su fin, resulta que la segunda sigue la condicion de la primera elevándose ó decayendo con ella y por causa de ella. En la renovacion universal los espíritus inferiores, las almas, adquirirán las propiedades de los espíritus superiores. Los hombres, dice el Evangelio, *serán semejantes á los ángeles.*

Por la misma razon los cuerpos inferiores adquirirán las propiedades de los cuerpos superiores. Mas como los inferiores no pueden tomar de los celestiales sino la claridad, síguese necesariamente que vendrán á ser luminosos. Así es que todos los elementos se revestirán como con un manto de luz; no todos en el mismo grado, sino cada cual segun su naturaleza. Escrito está, en efecto, que la tierra será trasparente como el vidrio, y el agua como el cristal, y el aire tan puro como el cielo, y el fuego tan brillante como las antorchas del firmamento (1).

Amor. La renovacion del mundo, considerada en sus resultados, será una manifestacion más brillante de las perfecciones de Dios, y por consiguiente, un llamamiento más elocuente á la admiracion y reconocimiento del hombre. El mundo es un espejo criado para que refleje los atributos del Criador. Tanto más perfecto es un espejo cuanto mejor reproduce la imágen de las cosas. Las criaturas, despues de su renovacion, lavadas ya de todas las manchas del pecado,

1. Unde omnia elementa claritate quadam vestientur: non tamen aequaliter, sed secundum suum modum: dicitur enim quod terrae erit in superficie exteriori pervia sicut vitrum, aqua sicut crystallus aer ut cœlum, ignis ut luminaria cœli. *Ibid.*

serán enriquecidas con cualidades nuevas que guarden relacion con los sentidos del hombre deificado; y además, hechas traslúcidas, dejarán ver sin sombras las bellezas innumerables del Criador. El hombre, entonces doblemente satisfecho en sus sentidos y en sus facultades, vivirá en un contínuo trasporte de amor siempre creciente (1).

En resúmen: la habitacion debe ser proporcionada al que la habita. El mundo ha sido hecho para habitacion del hombre; debe, pues, guardar proporcion con el hombre, y como el hombre será renovado, el mundo debe de serlo tambien (2).

Trasfiguracion del hombre. Conocemos ya la habitacion. ¿Quién será el habitante? Será el hombre: el hombre que no consigue en el mundo el objeto final de su vida, como tampoco lo consiguen las demás criaturas, y que lo mismo que ellas suspira por su trasfiguracion. Pero no verá satisfechas sus aspiraciones sino al fin de la prueba. El cielo, será, pues, la morada del hombre, que se habrá hecho tal como la ley de su sér lo exige, semejante al ángel, semejante á Dios. Sí, semejante á Dios, cuanto una criatura puede serlo, en eternidad, luz, amor, felicidad; tal será el hombre trasformado.

Eternidad. Unido el hombre á Dios, vivirá como Dios; unido al Verbo encarnado, vivirá como hombre deificado en cuanto á la vida del cuerpo y la del alma: vivirá con la plenitud de estas dos vidas, y por siempre jamás. Vivir es gozar de algo: vivir plenamente, es gozar plenamente: vivir siempre, es gozar eternamente. Vivirá la vida del cuerpo en toda su plenitud y eternamente. El cuerpo humano conservará toda su integridad, sus sentidos y sus órganos. Resuci-

1. *S. Th.*, *ubi supra*, art. 1.

2. Habitatio debet habitatori congruere; sed mundus factus est ut sit habitatio hominis: ergo debet homini congruere: sed homo innovabitur; ergo similiter et mundus. *Ibid.*

tado en la edad del vigor y la hermosura, despojado en la tumba de todas sus imperfecciones que le resultaron del pecado, y dotado de nuevas cualidades, gozará de una juventud inalterable. Estas cualidades son: la impasibilidad, la sutileza, la agilidad y la claridad.

Sembrado el cuerpo en la corrupcion, resucitará en la incorrupcion (1): será *impasible*. La impasibilidad será el efecto necesario de la glorificacion. En las cosas corruptibles el principio vital no domina bastante perfectamente á la materia para que pueda preservarla de todo accidente contrario á su voluntad. Pero despues de la resurreccion, el alma de los santos será completamente señora del cuerpo. Este imperio será inmutable, porque el alma estará tambien inmutablemente sumisa á Dios: será perfecto, porque el alma será perfecta, y, por consiguiente, tendrá poder y voluntad de impedir todo lo que pueda perjudicar al cuerpo. Además, en el cielo la felicidad del hombre será completa; y no lo seria, si el cuerpo continuara expuesto á los sufrimientos.

Por lo demás, la imposibilidad no destruirá la sensibilidad. Sin perjuicio de conservar intacta la naturaleza de los cuerpos, Dios puede quitarles las cualidades que tenga á bien; como quitó al fuego del horno de Babilonia la virtud de quemar ciertas cosas, supuesto que los cuerpos de los jóvenes hebreos permanecieron intactos, y le dejó la virtud de quemar otras cosas, toda vez que la leña se consumió. Así sucederá con los cuerpos gloriosos: Dios les quitará la pasibilidad, conservándoles empero la naturaleza (2). Fuera de esto, si los cuerpos gloriosos no fueran sensibles, la vida de los santos, despues de la resurreccion, más bien se

1. *Cor.*, xv, 42.
2. *S. Th.*, *Supl.*, q. 82, art. 1.

asemejaria al sueño que á la vigilia. Mas el sueño no es la vida; mucho ménos, la vida en su plenitud: no es más que vivir á medias.

El cuerpo, sembrado animal, resucitará espiritual (1); será *sutil*. La sutileza es una de las cualidades principales de los espíritus, y la de los séres espirituales excede infinitamente á la de los corpóreos. Los cuerpos gloriosos serán, pues, muy sutiles. La sutileza de un cuerpo consiste en poder penetrar al través de otro cuerpo casi del mismo modo que el rayo luminoso penetra el vidrio sin alterarlo. Dos causas naturales la hacen posible: la tenuidad del cuerpo que penetra y la existencia de poros ó espacios vacíos en el cuerpo que es penetrado.

Mas el verdadero principio de la sutileza de los cuerpos gloriosos será su perfecta sumision al alma glorificada. El primer efecto de esta sumision será hacer que el cuerpo participe, dentro de los límites de lo posible, de la naturaleza, y por consiguiente, de las operaciones del alma. Así es como ningun obstáculo se opone á las más íntimas comunicaciones de los santos entre sí mismos y con todas las partes de la Jerusalen gloriosa (2).

Mas en medio de todo, los cuerpos gloriosos permanecerán siendo palpables. Reformados conforme al modelo del cuerpo del Verbo resucitado, tendrán las cualidades del mismo. Pero el cuerpo del Verbo resucitado era palpable: "Palpad y ved, decia el buen Maestro á los discípulos asombrados, los espíritus no tienen carne y hueso, como estais viendo que yo los tengo (3). Esto es un artículo de fé sancionado por la Iglesia en la condenacion de Eutiques, pa-

1. I *Cor.*, xv, 44.
2. *S. Th.*, *Supl.*, q. 83, art. 1.
3. *Luc.*, xxiv, 39.

triarca de Constantinopla, que sostenia la impalpabilidad de cuerpos gloriosos (1).

Sembrado flaco, resucitará vigoroso (2); por consiguiente, *ágil* y lleno de vida. Agil quiere decir, con facilidad para moverse. Luego los cuerpos gloriosos serán ágiles: á más de que la lentitud repugna esencialmente á la espiritualidad; y como los cuerpos gloriosos gozarán en alto grado de la espiritualidad, serán sin duda extremadamente ágiles. Por otra parte, el alma está unida al cuerpo, no solo como forma ó principio vital, sino tambien como motor. Bajo uno y otro aspecto, el cuerpo glorioso le estará perfectamente sometido. Por la sutileza, el cuerpo perfectamente sometido al alma como forma, recibe de ella un sér específico, y perfectamente sometido al alma como motor, recibe de ella la facilidad extrema de moverse, que se llama agilidad (3).

Poderse trasportar de un lugar á otro, diste lo que distare, y esto sin fatiga y en un instante imperceptible, y volver al punto de partida con la misma prontitud, será la deliciosa prerogativa de los cuerpos gloriosos. Deliciosa la llamamos; porque entre todas las cualidades de los cuerpos, la agilidad es la que el mundo actual anhela más ardorosamente. Ya no sufre que haya distancias: la pesadez de la materia le molesta, quiere á toda costa verse libre de ella. Lejos, pues, de nosotros, el pensamiento de que en el cielo reinará la inmovilidad y que estaremos allí como estátuas en sus nichos. El movimiento y la agilidad que ahora tenemos, no son más que una sombra de la agilidad y el movimiento que reinará en la Ciudad del Espíritu Santo (4).

1. *S. Th.*, *ubi supra*, art. 6.
2. I *Cor.*, xv, 15.
3. *S Th.*, *ubi supra*, q. 84. art. 1.
4. *S. Th.*, *ubi supra*, art. 2-3.

Sembrado innoble, el cuerpo resucitará glorioso (1); por consiguiente, *luminoso*. Este es el sentido que el Apóstol mismo da á la palabra glorioso, supuesto que compara la gloria de los cuerpos resucitados á la claridad de las estrellas. Ya hemos dicho la razon por qué los cuerpos de los santos serán luminosos, así como todos los cuerpos materiales.

Añadamos que esta luz les vendrá de la luz superabundante del alma glorificada, que quedará como compenetrada y envuelta en ella, y que, señora absoluta del cuerpo, al que estará unida con la union más íntima, lo penetrará á su vez de parte á parte, y lo envolverá completamente en una atmósfera de luz.

Esta atmósfera luminosa será tanto más brillante, cuanto que el alma será más santa, es decir, más unida á Dios, luz infinita. Así, por la claridad del cuerpo se juzgará de la gloria del alma, como al través del cristal se conoce el color del líquido contenido en la copa (2). El cuerpo glorificado por el Espíritu Santo será, pues, impasible, sutil, ágil, luminoso; y no por espacio de un dia ó durante una série fugaz de más ó ménos años, sino por toda la eternidad. ¡Oh hombres! ¡Amais tanto vuestro cuerpo y no anhelais el cielo!

De esta glorificacion general resultará el ennoblecimiento de todos los sentidos y la satisfaccion particular que conviene á cada uno de ellos. Por una parte, el hombre estará en el cielo, no truncado ó aminorado, sino íntegro y perfeccionado: por otra, los sentidos no estarán solamente en potencia sino en acto; supuesto que la facultad en acto es más perfecta que la facultad en potencia, y que todos los

1. I *Cor.*, xv, 43.
2. *S. Th.*, *ibid.*, q. 85, art. 1.

sentidos, habiendo sido instrumentos del alma, serán recompensados segun los méritos de la misma (1).

No entraremos á detallar los goces de cada sentido en particular, ni de las diferentes facultades del alma (2). Baste con observar, que esos goces serán *reales* y estarán en armonía con los sentidos perfeccionados sin alteracion de su naturaleza (3). Por lo cual, nada nos precisa á tomar en sentido figurado lo que la Escritura dice de los placeres sensibles reservados á los bienaventurados: "Quiero ver, escribia David, los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (4)."

Sobre lo cual Cornelio á Lapide, resumiendo la enseñanza de los doctores se expresa de este modo: "Por esto, el rio del paraíso, los árboles y los frutos se pueden tomar á la letra como suenan. ¡Y por qué no? Si en el paraíso terrenal gozó de ellos Adan, con mayor razon los bienaventurados disfrutarán de los mismos en el paraíso del cielo: pues el primero no fué sino como una muestra y figura del segundo (5)."

Fuera de esto, los placeres de la vista, del oido, tacto y olfato se admiten sin dificultad; solamente los goces del gusto parecen disputables. Para hacerlos, pues, aceptar, se

1 Corpus praemiabitur vel punietur propter merita vel demerita animae. Ergo et omnes sensus praemiabuntur in beatis., &., *S. Th.*, *ubi supra*, q. 82, art. 4.

2. Lo hemos explicado en el *Catecismo de Perseverancia.*

3. Oculi, aures, os, manus, gutur, jecur, pulmo, ossa, medullae... beatorum mirabili delectationis et dulcedinis sensi replebuntur. *S. Ansel.*, *de Similit.*. c LVII.

4. *Psal.* XXVI.

5. Quocirca fluvius hic, arbores et poma ad litteram, uti sonant, accipi possunt. ¿Quid enim obstat? Nam si his in paradiso terrestri fructus est Adam, multo magis iisdem fruentur beati in paradiso cœlesti, hujur enim specimen et imago fuit terrestris. *In Apoc.*, XXII, 2.

puede advertir que el sentido del gusto, lo mismo que los otros, no puede ser privado de su recompensa, toda vez que la ha merecido con los ayunos, abstinencias y austeridades de todo género, como se echa de ver en tan gran número de santos; que el comer y beber no se ordenarán como en la vida presente, á reparar las fuerzas del cuerpo, sino á procurar al sentido del gusto su legítima satisfaccion; que habiendo consistido el alimento primitivo del hombre inocente en frutos y no en carnes, de los mismos volverá á alimentarse el hombre regenerado; que el cuerpo espiritualizado espiritualizará el alimento, de suerte que esto no dará lugar á ninguna de esas consecuencias, humillantes ó penosas, que ocasiona en las condiciones de la vida terrestre (1).

A la enseñanza de los doctores se agrega, en prueba de lo que decimos, un hecho cuya autenticidad no ha sido nunca desmentida. El año de 301, en lo más recio de la perse-secucion de Diocleciano, una vírgen cristiana llamada Dorotea, fué llevada al tribunal de Sapricio, gobernador de Cesarea en Capadocia. Era el 6 de Febrero. Negándose la esposa de Jesucristo á ofrecer sacrificios á los demonios, fué extendida en el caballete. Tranquila en medio de los tormentos, dijo al juez: "Date prisa de poner por obra tus intentos, y sean los suplicios el camino que me conduzca hasta mi esposo. Yo lo deseo: no vaciles: hasta anhelo ser atormentada: mi esposo me está llamando. Por estos sufrimientos cortos y lijeros nos encaminamos al paraíso de las delicias, donde hay manzanas de maravillosa hermosura y rosas, y lirios, y flores innumerables que nunca se marchitan; fuentes de aguas vivas que jamás se agotan y que hacen las delicias de los santos que allí moran, inundados de gozo, llenos de la alegría de Cristo."

1. Véanse las autoridades citadas por *Corn.*, *ubi supra.*

Cuando esto dijo, el asesor del juez, que era un letrado, un Renan de entonces, llamado Teófilo, le dice en son de burla: "Envíame algunas de esas manzanas del paraíso de tu Esposo cuando llegues allá.—Lo haré, repuso la jóven mártir (1)." No olvidemos que se hallaban en el corazon del invierno. El verdugo se apodera de la víctima y le corta la cabeza.

Entretanto, Teófilo se habia vuelto á su casa; y jactándose de su chiste, lo contaba á sus amigos con gran copia de chanzonetas y burlas dirigidas contra los estúpidos cristianos. De repente, se le presenta un niño de maravillosa hermosura, que llevaba en la falda de su vestido tres magníficas manzanas y tres rosas de un color y una frescura incomparables. "Aquí tienes, le dijo á Teófilo, lo que la santa vírgen Dorotea te ha prometido enviarte del paraiso de su Esposo." Pasmado Teófilo, tomó en sus manos las manzanas y las rosas y exclamó: "¡En verdad Cristo es Dios y Dios que no engaña!"

Al hacer esta profesion de cristiano, pronunciaba Teófilo su sentencia de muerte. Pocas horas pasarán y se le verá conducido al suplicio y convertido en uno de los más gloriosos mártires de aquella misma fé de que se habia burlado. Y como nunca hombre alguno se dejó cortar el cuello por una cosa simbólica, resulta que aquellas manzanas y rosas eran real y verdaderamente rosas y manzanas (2).

Luz. Dios no es solo eternidad; sino tambien luz. Así mismo, nuestro cuerpo trasfigurado será luz, nuestro espíritu será luz y lúz sin sombra. Al modo que nuestros ojos

1. Mitte mihi poma é paradiso sponsi tui, cum eo perveneris. —Faciam inquitilla.

2. *Baron.*, an. 304, n. LXIX; *Corn.*, *á Lap. Apoc.*, XXII.—En algunas partes se conserva todavía el uso de bendecir frutas el dia de Santa Dorotea en memoria de este milagro.

verán todas las bellezas sensibles, cuyo deslumbrante fulgor podrán soportar sin cansarse, así nuestro espíritu, en quien vivirá el Espíritu Santo con la plenitnd de que es capaz una criatura finita, conocerá todas las bellezas espirituales, conviene á saber, toda la verdad, *omnem veritatem.* Entonces quedará completa y eternalmente satisfecho uno de los deseos más ardientes del hombre.

Infatigable investigador de la verdad, ¿qné hace desde la cuna hasta el sepulcro? Apenas, despertando del sueño de la infancia, entra en la vida de la inteligencia, pregunta por la verdad á todo lo que le rodea, como pide el pan de que se alimenta. ¿Qué hace durante todo el curso de su existencia sino mendigar la verdad, verdad en religion, verdad en política, en historia, en filosofía, en matemáticas, en industria, en artes, en comercio, en agricultura? Vedle encerrándose durante largos años en fatigosas escuelas, emprendiendo viajes penosos, cruzando mares, subiendo trabajosamente hasta la cima de las más altas montañas, bajando hasta las entrañas de la tierra y consumiéndose en vigilias prolongadas, que le hacen gastarse antes de tiempo. ¿Y para qué todo esto? Para conocer alguna verdad más. Inconsolable si el éxito no corona sus esfuerzos, se reputa feliz cuando logra robar á la naturaleza uno solo de sus secretos, ó descifrar un enigma de la historia, ó columbrar la más pequeña belleza del mundo espiritual.

Y sin embargo, ¿qué son todas estas verdades investigadas á costa de tantos trabajos? no son mas qne partículas, átomos, sombras vistas á través de otras sombras. Mas el cielo será la vision de la verdad, de toda la verdad contemplada cara á cara y sin velos. Una vez introducidos en el santuario de la Santísima Trinidad, conoceremos á Dios; lo finito conocerá á lo infinito; lo verá tal como es: *Videbi-*

mus eum sicuti est. A este Dios tan grande, tan incomprensible, del cual tanto hemos oido hablar; sin haberlo visto jamás, lo conoceremos, lo veremos, con esto está dicho todo.

En El conoceremos los consejos más íntimos de la sabiduría eterna; la creacion del mundo, la caida del ángel y del hombre, la redencion del universo, todas las revoluciones materiales y morales que por espacio de seis mil años asombran y desafian á la ciencia. Se nos mostrarán con toda claridad todos los secretos de la naturaleza y de las almas que se tornarán trasparentes; y este conocimiento prodigioso irá en aumento sin llegar jamás á su último límite: *De claritate in claritatem.*

Amor. Dios es amor, y el cielo es el reino del amor infinito obrando con toda la libertad de sus movimientos. El hombre, imágen de Dios, es tambien amor. Si es verdad que amar y ser amado es la necesidad más imperiosa del corazon del hombre, tambien lo es que amar y ser amado es la necesidad más imperiosa del corazon de Dios. Si es verdad que en amar y ser amado consiste la felicidad del hombre, tambien lo es que en amar y ser amado consiste la bienaventuranza de Dios. Si es verdad que el amor tiende á la union, y el amor eterno á la union eterna, y el amor infinito á la union infinita, ¿quién podrá explicar la intimidad de la union de Dios con el hombre? ¿Quién será capaz de imaginar sus encantos y trasportes?

Los cuales serán tanto más grandes cuanto que irán acompañados de la certidumbre de que no se han de acabar jamás. Océano de vida, océano de luz, océano de amor; eso es Dios, y en este triple océano vivirán por siempre jamás los habitantes glorificados de la Ciudad del bien.

Conocemos ya el término final á que el Espíritu Santo

conduce á la humanidad, que es dócil á su accion. Réstanos nombrar la morada eterna á que el Espíritu del mal arrastra á sus adeptos: es el último rasgo de paralelismo entre la obra divina y la satánica.

El cielo de Satanás es el infierno.

Vida y vida eterna, luz y luz eterna, amor y amor eterno, dicha y dicha eterna: *Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: por los siglos de los siglos te alabarán* (1). Hé aquí el cielo del Espíritu Santo.

Muerte y muerte eterna, tinieblas y tinieblas eternas, odio y odio eterno, tormentos y tormentos eternos: *Serán atormentados dia y noche por los siglos de los siglos* (2). Tal es el cielo de Satanás.

Entre estas dos mansiones no hay medio. A cada instante entra la humanidad en la una ó en la otra, y entra para no salir. ¿Cómo evitar el infierno y llegar al cielo? Cual es la vida tal es la muerte. Vivir bajo el imperio del Espíritu Santo, á fin de morir en su gracia; morir en la gracia, á fin de reinar en la gloria; en esto se encierra todo para el hombre, y para las sociedades lo mismo. Aunque estas no vayan en cuerpo al otro mundo como los individuos; ¡ay de las que se sustraen á la accion del Espíritu de justicia y de verdad! Dan miedo y compasion; su verdadera historia no puede escribirse más que con lágrimas, con sangre y con lodo. Pero ¿cómo haremos para vivir bajo el imperio del Espíritu Santo? Tributándole aquel culto que puede merecernos sus favores. ¿Qué culto es este? Nos lo enseñarán los capítulos siguientes.

1. *Ps.* LXXXIII.
2. *Apoc.*, XX, 10.

CAPITULO XLI.

EL CULTO DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Desproporcion entre el trabajo y la recompensa: explicacion.—El mundo debe dar culto al Espíritu Santo.—Predicadores de este culto: Dios, Nuestro Señor Jesucristo, los Apóstoles, los Padres, la Iglesia.—Testimonios.—Necesidad que al presente hay más que nunca del culto del Espíritu Santo.

¡Arriba los corazones: *Sursum corda!* Los sufrimientos de esta vida son nada, si se tiene en cuenta la gloria futura que se revelará en nosotros. Al pensar en el fruto de la vida eterna, si queda algun rayo de verdadera luz, algun sentimiento de noble ambicion, deberemos exclamar con el Apóstol: *Para ganar el cielo todo lo he dado por perdido.* Candidatos como somos de la eternidad, debemos imitar á aquel negociante en piedras preciosas, de quien nos habla el Evangelio. Encuentra una perla que vale por sí sola un tesoro. En vez de gastar su tiempo y su dinero en buscar y comprar otras piedras, compra aquella y se hace el más rico y feliz de los negociantes.

¿Y cómo tan gran recompensa por tan poco trabajo? ¡Lo infinito por lo finito! ¿Qué misterio es este? El Espíritu Santo es el amor infinito; y el cielo es el reino del amor infinito. La proporcion que de aquí resulta no la sabemos; pero es un hecho indudable. De él nos sale garante la palabra divina y nos lo hacen sensible algunas imágenes que cualquiera puede ver. ¿Quién no ha visto la hermosura, la magnitud, la prodigiosa multiplicidad de los frutos de al-

gunos árboles? A poco que lo meditemos, nos dice este espectáculo: Para tener abrigo contra los rayos del sol, leña para su hogar y suculentos frutos que servir á su mesa durante años enteros, basta al hombre hacer el sacrificio de un solo fruto, capaz, á lo más, de satisfacer un gusto pequeño y pasajero.

El que multiplica de un modo tan asombroso el fruto de los arboles, nos ha prometido multiplicar, segun la misma ley, el fruto de nuestras obras: *Centuplum accipiet.* ¿Quién tiene derecho de dudar de esta palabra ó de poner límites al poder del que la pronunció? Las maravillas que brotan en el órden material, no representan sino de una manera muy imperfecta los milagros que se verifican en el órden moral. Tanta diferencia como hay entre la semilla arrojada á la tierra y el árbol magnífico, cubierto de flores y frutos segun la estacion; tanta y más habrá entre el placer momentáneo cuya privacion voluntariamente aceptamos, y el torrente de delicias eternas en que nos veremos inundados.

Ahora bien, todo fruto nace de otro fruto. El fruto de la vida eterna nace de los frutos del tiempo, que nos son conocidos. Resta decir cómo es preciso cultivarlos. Esto se hace cultivando el árbol que los produce; el cual no es otro que el mismo Espíritu Santo (1). ¿De qué modo lo cultivaremos? Dándole el culto que se merece. De aquí nacen dos cuestiones: ¿Debe el mundo dar culto al Espíritu Santo? ¿Cuál es este culto?

1º ¿Debe el mundo dar culto al Espíritu Santo? Cuando

---

1. Et tu colis Deum, et coleris á Deo. Recte dicitur, colo ¿quomodo autem color á Deo? Invenimus apud Apostolum, *Dei agricultura estis....* Colit te ergo Deus, ut sis fructuosus: et colis Deum, ut sis fructuosus. Tibi bonum est quod te colit Deus; tibi bonum est quod colis Deum, etc. *S. Aug., Enarrat, in ps.* 145, n. 11.

yo quiero obtener respuesta á una cuestion de historia ó de astronomía, pregunto á los historiadores ó á los astrónomos. Para saber si el mundo debe dar culto al Espíritu Santo, me dirijo á los maestros de la ciencia divina. Estos maestros son: el mismo Dios, Jesucristo, los Apóstoles, los Padres, la Iglesia. Desde el principio del mundo, todos estos maestros se hacen una sola lengua para decir de generacion en generacion al eterno soldado que se llama género humano: Tus enemigos más formidables no son los que ves, los hombres de carne y hueso. La verdadera lucha está para tí en pelear contra el Espíritu del mal y sus batallones invisibles. ¿Quiéres conocer su naturaleza? pues, es superior á la tuya. ¿Su carácter? son la maldad misma. ¿Su número? es incalculable. ¿Sus artificios? son los padres de la mentira. ¿Su morada? habitan en el aire que respiras y se arrojan sobre tí con más rapidez que una ave de rapiña. Solamente un *espíritu puede luchar contra otro espíritu*, el Espíritu del bien contra el Espíritu del mal; ó te mantienes á cubierto bajo las alas del Espíritu del bien, ó caes inevitablemente en las garras del Espíritu del mal (1). Así hablan todos á una los maestros de la ciencia. Escuchemos lo que dice cada cual en particular.

Dios. A fin de que el hombre tenga siempre presente la necesidad del culto del Espíritu Santo, Dios ha escrito dos grandes libros: el mundo y la Biblia. Estos dos libros celebran con igual elocuencia las glorias del Espíritu Santo, su amor eterno á los hombres y la indispensable necesidad de su asistencia. El cielo con sus soles, la tierra con sus riquezas, la mar con sus leyes, el caos mismo que un dia ordenó y fecundó, hablan de El lo mismo que del Hijo y del Padre. Más de *ciento cincuenta* veces nombra el Antiguo

1. *Eph.*, VI, 12; *Corn. á Lap.*, *ibid;* I *Petr.*, V, 8.

Testamento á la tercera persona de la Santísima Trinidad, y siempre es bendiciéndola. *Doscientas diez* veces le es tributado el mismo homenaje en el Nuevo.

¿Qué otra cosa revela esta frecuente repeticion, sino la suprema y eterna participacion del Espíritu Santo en la creacion, gobierno y redencion del mundo? ¿Qué predica si no el deber impuesto á los hombres y á los ángeles de tenerlo siempre presente con el Padre y el Hijo en sus pensamientos, súplicas y adoraciones? Y aún podríamos decir que, si en este culto incesante pudiera haber alguna preferencia, deberia esta ceder en favor del Espiritu Santo. Amor sustancial del Padre y del Hijo, no se revela más que por beneficios. Todos los dones de la naturaleza y de la gracia vienen directamente de El.

Jesucristo. A la voz de la Biblia y de las criaturas viene á unirse la de la verdad en persona, el Verbo encarnado. Ni ejemplos ni palabras, nada omitió el divino Maestro del género humano para hacer que amásemos al Espíritu Santo y en El pusiéramos toda nuestra confianza. Lo que Juan Bautista fué para Jesus, esto parece ser Jesus para con el Espíritu Santo. El hijo de Zacarías, el más grande de entre los hijos de los hombres es elegido por precursor del Mesías. El mismo Hijo de Dios hace las veces de precursor del Espíritu Santo y parece no proponerse otro objeto que preparar el mundo á recibirlo.

Determinó hacerse hombre, pero quiso que su madre fuera la esposa del Espiritu Santo; quiso que su cuerpo fuese formado por obra del Espíritu Santo; quiso que en el dia de su bautismo descendiera visiblemente el Espíritu Santo sobre El y que lo condujera al desierto donde se preparó para cumplir su mision. Durante todo el curso de su vida mortal, se mostró constantemente dirigido por el Espí-

ritu Santo. Llegada la hora solemne de salvar al mundo con su sangre divina, el Espíritu Santo es quien lo conduce al Calvario. Muere, y el Espíritu Santo es quien lo levanta resucitado de su sepulcro (1).

¿Llega el caso de defender los derechos del Espíritu Santo? pues parece olvidar los suyos. El mismo ha dictado esta sentencia: "Todo el que dijere palabra contra el hijo del hombre, perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro (2)." ¿Hay que hacerle lugar en las almas? Pues Jesus no vacila en separarse de todo lo que más ama en el mundo, como si su presencia pudiera ser un obstáculo para el reinado absoluto del Espíritu Santo (3). Tales han sido las palabras y la conducta de la segunda persona de la Trinidad respecto á la tercera. Nunca el cielo y la tierra oyeron ni oirán jamás cosa tan elocuente acerca de la exelencia del Espíritu Santo, del culto que le es debido y de la necesidad de su reino.

Los Apóstoles. Educados en la escuela del Verbo y formados por el mismo Espíritu Santo, los apóstoles hablan segun lo muy llenos que están. Delante de los nuevos fieles, y en presencia de los perseguidores, en sus escritos y en sus discursos, siempre tienen al Espíritu Santo en sus lábios. Dejan á los diáconos el cuidado de alimentar á los pobres, y se quedan ellos con la mision de anunciar al Espíritu Santo, de comunicarlo al mundo y de proclamar por doquiera la necesidad indispensable de someterse á su imperio. Nada más lógico. ¿Cuál es, en efecto, su vocacion y para qué son apóstoles? Para luchar sin tregua ni descanso contra el Espíritu del mal, Satanás, dios y rey del mundo.

1. *Matth.*, IV, 1; XII, 18, 28; *Hebr.*, IX, 14; *Rom.*, VIII, 2.
2. *Matth.*, XII, 32.
3. *Joan.*, XIV, 7.

Como apóstoles, su oficio es arrojar al usurpador y hacer que reine en su lugar el Espírittu del bien.

Cual bienhechoras nubes empujadas por el viento del Cenáculo se esparcen hácia los cuatro ángulos del cielo y hacen que llueva en todas las partes de la tierra el Espíritu que mora en ellos. El gigante de esta gran batalla, San Pablo, lo pasea por espacio de treinta años, del Oriente al Occidente y del Occidente al Oriente. En todos los lugares exalta las glorias del Espíritu Santo, revela su presencia con sorprendentes milagros, y no cesa de gritar á los judíos y á los paganos, á los Griegos y á los Bárbaros: Recibid el Espíritu Santo; no lo contristeis; y sobre todo, tened cuidado de no quedaros sin El. De otro modo permanecereis ó volvereis á caer bajo el imperio del Espíritu infernal. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo. Nada podeis sin el Espíritu Santo en órden á la salud, ni siquiera pronunciar el nombre del autor de la salvacion y de la gracia (1).

Lo que Pablo enseña en Tesalónica, en Efeso, en Atenas, en Corinto, lo enseña Pedro en Jerusalen, en Antioquía, en Roma; Bartolomé en Armenia; Tomás en las Indias; Andrés en la Escitia; Santiago en España; Mateo en la Etiopía. De este modo, los Apóstoles se nos presentan como los *hombres del Espíritu Santo*. Sus predicaciones, sus viajes, sus milagros, su vida sublime y su muerte no ménos sublime que su vida, pueden definirse: el Espíritu Santo anunciado, comunicado, ofrecido al amor y á la obediencia del mundo entero. Ahora bien, la conservacion de los séres no es más que la continuacion de su creacion. Sí, pues, el mundo cristiano, formado por el Espíritu Santo quiere

1. *Eph*, I, 17; IV, 30; I *Thess.*, V, 19; *Galat.*, V, 16, 17; *Rom.*, VIII, 9; I *Cor.*, XII, 3.

continuar siendo cristiano, tiene necesidad absoluta de permanecer fiel al principio de su orígen. ¡Gran asunto de reflexiones para nuestra época!

Los Padres. A los apóstoles suceden los Padres y los doctores de la Iglesia. Han visto con sus ojos la más asombrosa de todas las revoluciones; á Satanás arrojado de su imperio, y á la humanidad que, sacada de su esclavitud, pasa á la libertad, á la luz y á las virtudes del Evangelio. Todos ellos saben que este milagro de la regeneracion del mundo, mayor que el de la creacion, comienza en el Cenáculo y que es obra del Espíritu Santo. Dedican su vida entera á perpetuar y extender esta obra maravillosa, como los apóstoles se consagraron á establecerla. Desde los primeros siglos, la historia nos presenta á los más grandes ingénios del Oriente y del Occidente consagrando su saber y su elocuencia á las prerogativas del Espíritu Santo, vindicar su divinidad, demostrar sus maravillosas operaciones, probar la necesidad de su reino y solicitar para El las adoraciones del género humano.

A imitacion del grande Apóstol, San Crisóstomo, San Agustin, San Jerónimo, hablan sin cesar del divino Paráclito. Dydimo, San Basilio, San Ambrosio le consagran cada uno un tratado particular. Las obras inmortales de San Cipriano, de San Atanasio, de San Cirilo, de San Gregorio Nazianceno, de San Hilario, de San Leon, de San Gregorio el Grande, del venerable Beda, de Ruperto, de Santo Tomás, de San Buenaventura, de San Antonino y de otros muchos, son otros tantos canales por los cuales corre á torrentes la doctrina apostólica acerca del Espíritu Santo. Para estos grandes hombres, fundadores de las sociedades cristianas, era lo primèro de todo inculcar al mundo la ne-

cesidad constante de vivir bajo el imperio del Espíritu Santo, ó bajo el imperio de Satanas.

Hablen por todos san Bernardo y San Crisóstomo: "Tenemos, dice el primero, dos prendas del amor que Dios nos profesa: la efusion de la sangre de Jesucristo y la efusion del Espíritu Santo. De nada sirve la una sin la otra. No se da el Espíritu Santo sino á los que creen en Jesus crucificado. Pero la fé no sirve de nada, si no obra por medio de la caridad. Pues bien, la caridad es un don del Espíritu Santo (1)."

San Crisóstomo: "Sin el Espíritu Santo no podrian los fieles hacer oracion á Dios y llamarle padre. Sin El no habria ciencia, ni sabiduria en la Iglesia, ni pastores, ni doctores, ni santificador. En una palabra, sin El no existiria la Iglesia (2)."

Pero si no hubiera Iglesia, ni presbíteros, ni doctores, ni posibilidad de orar, ni medio de aprovecharnos de la sangre derramada en el Calvario, ¿cómo sustraernos al imperio del demonio? Pues bien, sin el Espíritu Santo nada de esto existiria. Las partes del mundo civilizadas por el cristianismo estarian todavía como la China, las Indias, el Africa, el Japon, el Thibet, bajo la dominacion absoluta del príncipe de las tiniblas. Esta es la enseñanza tradicional de los padres de la Iglesia. ¿Puede decirse nada más explícito acerca de la necesidad de conocer al Espíritu Santo, de amarlo, de adorarlo y de acogerse á su imperio?

La Iglesia. Para que esta enseñanza fundamental no se extinga jamás, la Iglesia ha tenido mucho cuidado de traducirlo en actos, haciéndola popular. A más de signar y

1. *Epist.*. 107 *ad Thom.*. *Proeposit. de Beberla.*

2. Nisi esset Spiritus Sanctus, pastores et doctores in Ecclesia non essent... Nisi Spiritus adesset, Ecclesia non consisteret. *In sanct. Pentecost.*, hom. I. n. 4.

santiguar cuyo frecuente uso tan recomendado por ella (1) recuerda muchas veces cada dia á todos sus hijos el nombre y la influencia necesaria del Consolador celestial, emplea mil medios para hacer que lo tengan presente en su pensamiento.

Aunque el Espíritu Santo sea juntamente con el Padre y el Hijo, el objeto invariable de su liturgia, quiere la Iglesia que una fiesta solemnísima venga todos los años, de generacion en generacion, á avivar el agradecimiento de las naciones bautizadas hácia Aquel á quien el mundo lo debe todo: luz, caridad, libertad, civilizacion en el tiempo, glorificacion en la eternidad.

¿Se presentan en su propia vida ó en la vida de los pueblos y aun en la particular de un individuo casos excepcionales en los cuales se hace especialmente necesaria la sabiduría de arriba? Pues jamás deja la Iglesia de dirigirse al Espíritu Santo.

La metrópoli del mundo católico, Roma, está de duelo. La muerte que nada respeta ha herido á su pontífice y rey. Es preciso dar á Pedro un sucesor, al Hijo de Dios un vicario. El sacro colegio está reunido, profundo silencio reina en el santuario donde va á añadirse un eslabon á la cadena de los Pontífices. ¿Cómo dará principio el acto decisivo, que ha de poner en manos de un débil mortal los destinos del mundo civilizado? La primera palabra que sale de los lábios de aquellos ancianos postrados de rodillas ante Dios, es una invocacion al Espíritu de Sabiduría, el himno tantas veces repetido: *Veni, creator Spiritus*.

Del mismo modo que se perpetúa el pontificado, se perpetúa el sacerdocio. Ved ese grupo de jóvenes levitas que

1. Pio IX concede por un decreto 50 dias de indulgencia al que practique este signo venerable.—Véase nuestra obra: *Le Signe de la Croix au* XIX *siecle*.

se adelantan tímidos y modestos hácia el obispo cuya mano debe consagrarlos sacerdotes segun el órden de Melquisedech. Heraldos de la fé, modelos para los pueblos, misioneros para lejanas playas, mártires tal vez, si tienen ellos necesidad de grandes virtudes, el que los consagra necesita grandes luces para conocer á los dignos. A fin de alcanzar el heroismo para los primeros, el dicernimiento para el segundo ¿á quién se dirigirá la Iglesia? Al Espíritu Santo. En la ordenacion como en el cónclave, el himno real sube hasta el cielo y consagra la augusta ceremonia que comienza con el *Veni creator Spiritus.* Así, desde el Pontífice colocado en lo más alto de la escala sagrada, hasta el levita que no ha pasado del primer peldaño, la jerarquía de la Iglesia se perpetúa bajo la influencia del Espíritu adorable que la formó.

Dios en persona movido del incomprensible amor que tiene á los hijos de los hombres, se digna de habitar en la tierra y permite que levanten templos en su honor. ¿Quién hará dignos de El estos edificios materiales? ¿Quién los convertirá en nuevos cielos? El mismo Espíritu que trasformó las purísimas entrañas de María en santuario del Verbo eterno. A la voz de la Iglesia descenderá á estas moradas terrestres, las purificará, derramará en ellas el perfume de su esencia divina; haciéndolas para siempre gratas á Dios y respetadas de los hombres. Esta dedicacion imponente comienza por la invocacion solemne que va á solicitar en su mismo trono al Espíritu santificador: *Veni, creator Spiritus.*

Templos más augustos deben ser consagrados. Los pobres, los huérfanos, los enfermos necesitan de padres y madres, hermanos y hermanas que tomen parte en todos sus sufrimientos, que alivien todas sus necesidades desde la

cuna hasta el sepulcro y más allá. ¿Quién hará este milagro, desconocido en el mundo antes del Pentecostés cristiano? Desde luego será invocado el Espíritu de sacrificio; y descenderá como en el dia que bajó al Cenáculo; y formando con su accion poderosa corazones nuevos, tendrá el mundo, en los religiosos y religiosas, generaciones siempre nacientes de apóstoles y mártires de la caridad: *Veni, creator Spiritus.*

Gracias á traidoras inteligencias con el corazon del hombre, el Espíritu del mal podrá franquear con demasiada frecuencia el recinto de la ciudad del bien y sembrará la cizaña en el campo del padre de familias. A vista de la defeccion de unos y de la connivencia y cobardía de otros, se alarman los pastores del rebaño. Se hace necesaria una regeneracion total ó parcial. En este caso recurre la Iglesia á los grandes remedios que se llaman concilios y misiones.

Recogida como los apóstoles en el Cenáculo, comienza indefectiblemente por invocar al Espíritu que la formó y que al formarla renovó de arriba abajo la faz de la tierra. Con sus cánticos y preces lo conjura á que ilumine las inteligencias, dicte El mismo las decisiones de la fé y las reglas de las costumbres, dé eficacia á la palabra del Verbo, purifique los corazones y les devuelva con la vida sobrenatural el valor para la lucha. Bajo la influencia siempre antigua y siempre nueva del Espíritu creador, estallan vivas luces en el mundo y se verifican maravillosas trasformaciones en estos nuevos cenáculos: *Veni, creator Spiritus.*

Si el hombre, como cristiano, tiene necesidad del Espíritu Santo, no la tiene menos como sér social. La Iglesia toma á su cargo el recordársela en todas las ocasiones solemnes. La muerte que hiere á los pontífices, no perdona

tampoco á los reyes. Vaca un trono y es preciso ocuparlo. Dar un rey á un pueblo, es hacerle el regalo más precioso ó el más funesto. Obispo exterior, protector, modelo y padre de los pueblos; he aquí los nombres de un rey cristiano. ¿Qué deberes se encierran estos nombres? ¿Quién lo pondrá á la altura de su dignidad? ¿Quién le enseñará que el poder es una *carga*? ¿Quién lo despojará de todo lo suyo para hacerlo hombre de todos? Solamente el Espíritu Santo podrá realizar este difícil milagro.

La Iglesia lo sabe; y la consagracion que hace de los reyes no es sino una invocacion perpetua del Espíritu de fortaleza, de luz, de justicia y caridad. En esta formidable consagracion que dice á los reyes de la tierra: Vosotros sois vasallos del rey del cielo y debeis ser sus imágenes vivientes; á El tendreis que dar cuenta de vuestra administracion como el último de vuestros súbditos, ¡qué garantías no se encierran de felicidad temporal para las naciones, de salud eterna para las almas y de duracion para las mismas dinastías! Las cuales siempre han sido y siempre serán, ó meteoros pasajeros, ó azotes permanentes, á no estar sostenidas y dirigidas por el Espíritu de Dios: *Veni, creator Spiritus.*

El hacer leyes y aplicarlas con discrecion, conviene á saber, el distinguir lo justo de lo injusto, castigar útilmente al culpable ó absolver con valor al inocente, no es cosa menos importante para la dicha de las naciones que la consagracion de los reyes. La prosperidad pública, la paz en lo interior, el respeto en lo exterior, la fortuna, el honor, la libertad, la seguridad, la vida misma de los ciudadanos están en manos del legislador y del juez. ¡Qué responsabilidad!

El mismo Salomon no conocia nada más formidable que

esto El paganismo ó no lo sospechaba ó no lo tenia en cuenta. Sus códigos dan testimonio de que no consultaba más que las reglas vulgares de la prudencia humana, ó el *dictámen* inseguro de la equidad natural; con frecuencia no invocaba otros dioses que el interés, el capricho ó la fuerza. A estas mismas fuentes de derecho acuden hoy los pueblos no cristianos, y poco á poco tambien los que van dejando de serlo. De aquí el escándalo de sus legislaciones y las iniquidades de su justicia.

¿Pasará lo mismo en las naciones salidas del Cenáculo¿ De ninguna manera. La Iglesia quiere que los legisladores y los magistrados cristianos saquen sus inspiraciones del manantial mismo de la verdad y tomen por regla invariable la ley inmaculada cuyo autor é intérprete á la vez es el Espíritu Santo (1): *Veni, creator Spiritus.*

¡Por cuántos siglos no ha visto la vieja Europa abrir sus asambleas políticas, sus Estados generales, sus parlamentos, sus tribunales, invocando de veras al Espíritu de sabiduría y de luz, sin el cual toda legislacion es defectuosa, toda justicia ciega y toda ciencia perjudicial ó vana (2)? Y así vemos que su piedad no fué estéril. Mientras el Espíritu Santo dirigió sus trabajos, los legisladores y los magistrados no mancharon los códigos modernos con ninguna ley anticristiana, ni las actas de los tribunales con ninguna *enormidad* jurídica.

Pero la Iglesia no juzga suficiente el invocar al Espíritu Santo tan solo en las ocasiones solemnes ó cuando hayan

1. No cesa de repetirse, desde Bossuet, que el *derecho romano es la razon escrita*. Nada más falso. La verdadera razon escrita es el decálogo. No hay, ni habrá otra jamás.

2. Per me reges regnant et legum conditores justa decernunt *Prov.*, VIII, 15.—Vani enim sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei. *Sap.*, XIII, 1.

de discutirse los intereses generales de las sociedades cristianas; sino que además recomienda á todos sus hijos, de cualquier edad y estado que sean, el recurrir á El al principiar sus ocupaciones. Así, muchas veces al dia y en todos los países del globo, el jóven cristiano que se dedica al estudio de las ciencias sagradas ó profanas, llama en auxilio de su temprana inteligencia al Espíritu de luz, de valor y de pureza.

¿Se trata de que las generaciones que entran en las luchas de la vida reciban á la tercera persona de la Santísima Trinidad? Pues en este caso la Iglesia multiplica los esfuerzos de su solicitud maternal. Largas instrucciones, oraciones públicas y privadas, purificacion del alma por medio de los Sacramentos, anuncio solemne del prelado; todo se pone en juego para hacer de cada parróquia otro Cenáculo (1).

Tales son, entre otros muchos, los medios empleados sin cesar por la Iglesia, á fin de que sus hijos tengan siempre presente al Espíritu Santo en su memoria y en su corazon.

¿Puede hacer mayores esfuerzos para inculcarnos la necesidad contínua que tenemos de El como hombres y como cristianos? ¿Podremos permitirnos despreciar las recomendaciones tan apremiantes de la más sábia de las madres? ¿No será una ingratitud olvidar á Aquel de quien toda criatura recibe todos los dones que posee? ¿No será peligroso para nosotros pretender pasarnos sin El, rodeados como estamos de tantos enemigos?

¿Y no correrán en esto igual peligro las sociedades que

1. Muy lamentable es por cierto el que no siempre se cumplan estas sábias disposiciones de la Iglesia, y que el sacramento de la Confirmacion no se administre siempre con la conveniente preparacion y solemnidad.

los individuos? ¿Pueden acaso ellas escapar de la alternativa inevitable de vivir ó bajo del imperio del Espíritu del bien, ó bajo la tiranía del Espíritu del mal? En particular, nuestra época ¿goza respecto á esto de algun privilegio? ¡Ah! que para ella mejor que para otra cualquiera el culto del Espíritu Santo es la gran necesidad del momento, desde el punto de vista puramente social.

¿Cómo anda la época presente que se cree árbitra de sí misma? Examinemos sus actos y tendencias. El lujo desenfrenado que la devora y que llama á grandes gritos á la temible reaccion del pobre contra el rico, cuyo nombre es socialismo; el sacrificio contínuo y cada dia más comun, de la conciencia, del honor, de la inteligencia, de la vida pública y privada en aras de la carne; la insurreccion general, inaudita, pertinaz de las naciones contra su Dios y su Cristo; las doctrinas emponzoñadas derramadas á torrentes dia y noche sobre el mundo, terribles siembras que inevitablemente producirán cosechas más terribles todavía; ¿es el Espíritu Santo el que inspira y hace todas estas cosas? Pues, si no es el Espíritu de vida, será el Espíritu de muerte.

¿Por cuál de los dos quedará la victoria? Quien desde este momento lo quiera saber, no tiene necesidad de preguntarlo á la ciencia ó á la diplomacia; bástale considerar de qué lado se inclinan las naciones. A esto se reduce toda la cuestion. Para nosotros, si algo hay evidente, es que el mundo actual debe al Espíritu Santo el mismo culto, queremos decir, las mismas fervorosas súplicas que debe á su único libertador el desventurado que se encuentra colgado de un hilo al borde de un abismo sin fondo. ¿Quién comprenderá esta situacion? ¿Quién cumplirá este deber? Nadie ó casi nadie, y no es esta la menor prueba de que acertamos en lo que decimos: "Terribili et ei quia ufert Spiritum principum."

CAPITULO XLII.

(CONTINUACION DEL PRECEDENTE).

SUMARIO.—Cuál sea el culto que el mundo debe al Espíritu Santo.—Culto de latría.—Culto interno.—Culto externo.—Culto público.—Culto doméstico.—Culto privado.—Práctica del culto del Espíritu Santo: el recuerdo, la oracion.—Por qué nos dirigimos al Espíritu Santo para obtener las luces necesarias y no al Hijo —Imitacion: castidad, caridad.—Ordenes del Espíritu Santo: su historia.—Cofradías del Espíritu Santo.—Su orígen, sus obras, su fin.—Necesidad de restablecerlas.

2° ¿Qué culto debe el mundo al Espíritu Santo? El Espíritu Santo es Dios, como el Padre y el Hijo. Luego, del mismo modo que el Padre y el Hijo, tiene derecho al culto de latría. Este culto supremo es interno y externo, público y privado. Bajo todos conceptos es obligatorio este culto respecto al Padre y al Hijo é igualmente respecto al Espíritu Santo. Y aun nos atreveremos á añadir, que en reparacion del largo olvido de que se ha hecho culpable la moderna Europa, y con motivo de la invasion amenazadora del Espíritu del mal, la tercera persona de la Santísima Trinidad debe ser hoy objeto de un culto preferente, de un culto más fervoroso que nunca.

Por lo que hace al culto interno, consiste este en la fé, esperanza y caridad (1). Creer que el Espíritu Santo es Dios como el Padre y el Hijo, persona distinta como ellos, uno en esencia con ellos, igual en todo á ambos, y como ambos eterno, omnipotente, infinitamente bueno, infinitamen-

1..... Fide, spe, chaeitate, colendum Deum. *S. Aug. Euchyrid.*, c. 111.

te perfecto; creer todo esto acerca del Espíritu Santo, como se cree acerca del Padre y del Hijo; esperar en el Espíritu Santo, como se espera en las otras dos personas de la Santísima Trinidad; amar al Espíritu Santo con un amor perfecto, de complacencia, de agradecimiento, de esperanza, lo mismo que se ama al Hijo y al Padre por los mismos motivos; tales son los tres actos fundamentales del culto interior que el mundo debe al Espíritu Santo.

Decimos amor de *complacencia*, por la amabilidad infinita del Espíritu Santo; *amor de agradecimiento*, por los beneficios que nos dispensa. Pasando otros por alto, el mundo le debe la Santísima Vírgen, el Hombre-Dios, la Iglesia y el carácter cristiano. Decimos, en fin, *amor de esperanza*, por sus magníficas promesas: el cielo será el reino especial del Espíritu Santo, puesto que será el reino de la caridad (1).

Como el rayo sale del foco, el culto externo sale necesariamente del interno, y es igualmente obligatorio. Es imposible que el hombre, compuesto de dos sustancias, no manifieste por signos exteriores los sentimientos de su alma. Más todavía; todos sus actos exteriores no son otra cosa que la expresion de sus pensamientos y sentimientos internos. Además, necesitaria violentar contínuamente su naturaleza, para retener en el fondo de su alma lo que tiende imperiosa y constantemente á manifestarse: el hombre debe á Dios el homenaje de sus sentidos igualmente que el de su espíritu. Así, todos los actos externos de adoracion, como oraciones, sacrificios y acciones de gracias que debe al Padre y al Hijo, los debe de la misma manera al Espíritu Santo.

El hombre no es un sér aislado, sino que es un sér social,

1. *Corn. á Lapid., in Luc.*, I. 35.

y por este título está obligado á dar á Dios un culto público. Habiendo formado Dios las familias, los pueblos y la sociedad como formó á los individuos, tiene derecho á los homenajes del sér colectivo, lo mismo que á los del sér individual. Los séres colectivos, como personas públicas que son, no pueden pagar á Dios su tributo de otra manera que adorándole colectivamente. Un pueblo sin culto público sería un pueblo ateo; y como jamás existió pueblo alguno ateo, de aquí es que desde el orígen del mundo y en todos los países del globo, ha habido culto público.

Añadamos que este culto cede todo en beneficio de las naciones, y que estas tienen necesidad de él para vivir. Un sencillo argumento bastará para probarlo. No hay sociedad sin religion, ni religion sin culto interno, ni culto interno sin externo. Todas estas proposiciones son otros tantos axiomas de geometría moral y otras tantas leyes sociales y políticas, de las que no se desentiende impunemente ninguna época ni nacion.

El culto privado, tan necesario como el culto público, se debe manifestar con acordarse del Espíritu Santo, por medio de la oracion, de la imitacion y el temor de ofenderle.

La memoria es el pulso de la amistad. Miéntras late, existe la amistad. ¿Con qué fuerza y frecuencia no debe latir nuestro corazon para el Espíritu Santo? Amor consustancial del Padre y del Hijo, amor eternamente activo, fuente de todos los bienes de naturaleza y gracia de que gozamos en esta vida, es tambien el rey del siglo futuro, en el cual beatificará á los elegidos por la efusion de los placeres divinos, sin límites y sin fin.

¡Consideremos por cuántos medios solicita nuestro amor! El aire que respiramos, la estrella que brilla en el firmamento, los árboles cargados de frutos, las ricas mieses, las

flores tan aromáticas, tan variadas y tan bellas, todas las criaturas que parece no respiran sino para servirnos, nos están gritando siempre con voz incansable: ¡Amad al Espíritu de amor que nos crió como á vosotros, pero solo para vosotros!

Al oir esta voz ¿y quién podrá dejar de oirla? el amor del Espíritu Santo brotará de nuestro corazon, como el arroyuelo brota del manantial. Y al manifestarlo, las acciones de gracias, la invocacion, la adoracion, las confidencias íntimas, la oracion bajo todas las formas, constituirán entre el Espíritu Santo y el mundo, las relaciones de un comercio habitual, del cual reportaremos nosotros todo el beneficio.

En nuestras dudas, en nuestras vacilaciones, en nuestras enfermedades de alma y cuerpo ¿á quién podremos dirigirnos con más esperanza de resultado? Sobre todo, ¿qué defensor invocaremos, al considerar las catástrofes con que nos amenaza la rápida invasion del Espíritu del mal? Solo el Espíritu del bien puede detenerlo en su carrera. Esto es, repetir una y mil veces, que la devocion al Espíritu Santo debe de ser la devocion favorita de los cristianos de ahora, y que las inimitables oraciones inspiradas por la fé de nuestros antepasados deben exhalarse de nuestro corazon con tanta frecuencia, si posible fuera, como la respiracion sale de nuestra boca: *Veni, creator Spiritus; Veni, sancte Spiritus*, etc.

Aquí, se presenta una cuestion. Cuando hay necesidad de pedir luces, ¿por qué nos dirigimos al Espíritu Santo y no al Hijo que es la luz del mundo: *Ego lux mundi*? ¿No se opondrá esta práctica al uso recibido de atribuir las obras del poder al Padre, las de sabiduría al Hijo y las de amor al Espíritu Santo?

Fácil es responder que la luz es un don de Dios, y que siendo todo un acto de amor, es natural pedírselo al Espíritu Santo, que es el amor por esencia, y por consiguiente, el principio de todos los dones. Puede añadirse que siendo Dios el Espíritu Santo, es luz como el mismo Hijo; y que el amor, principal atributo del Espíritu Santo, es la verdadera luz que alumbra igualmente al espíritu y al corazon. De donde resulta que el mejor consejero, el consultor más seguro, es el amor de Dios y del prójimo, amor que el Espíritu Santo nos infunde.

Por otra parte, al seguir la Iglesia esta práctica secular, no hace otra cosa que conformarse con la intencion de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Pues qué? ¿no nos enseñó Jesus á considerar al Espíritu Santo como foco de la luz y oráculo de la verdad? En la persona de sus apóstoles dijo á su esposa una vez para siempre: "Cuando viniere el Espíritu que yo os enviaré, os enseñará toda la verdad (1)." De este modo, nada ha cambiado: ni la especie de inferioridad que el Verbo hecho carne parece presentar en este mundo con relacion al Espíritu Santo, ni la mision especial de la tercera persona de la Trinidad. Luz de los profetas en el Antiguo Testamento, *loculus per prophetas*, continúa siendo en el Nuevo el inspirador de la Iglesia y de todos los hijos de la Iglesia.

Sin embargo, los actos de adoracion y las oraciones no bastan para constituir el verdadero culto del Espíritu Santo. Todo culto tiene por objeto aproximar el hombre á Dios. Esta aproximacion consiste esencialmente en la imitacion. Imitar al Espíritu Santo es, pues, la parte fundamental de su culto. Y como la pureza y el amor son los atributos dis-

1. *Joan.*, XVI, 13.

tintivos del Espíritu Santo, síguese que su culto consiste en imitarle en el amor y en la pureza.

Quiere el Espíritu Santo tal pureza de afectos, es decir, tal desprendimiento de toda aficion desordenada, que la más lijera sombra de desarreglo en esto le hubiera impedido bajar al alma de los apóstoles. Siendo esto así, no pasaria de ser una grosera ilusion pretender que elija por morada á una alma esclava de la carne. El primer paso, pues, que hay que dar en la imitacion y culto del Espíritu Santo, será santificar nuestros afectos y pensamientos.

El otro atributo de la tercera persona de la Santísima Trinidad, es el amor. Por una parte el amor tiende á la union, y la union da la fuerza; por otra, el amor se manifiesta con las obras. Esta segunda práctica del culto del Espíritu Santo es tan necesaria como la primera. De aquí las *Ordenes militares del Espíritu Santo* en los siglos cristianos, y las muchas asociaciones de caridad espiritual y corporal, conocidas con el nombre de *Cofradías del Espíritu Santo*. Digamos una palabra acerca de estas instituciones cuya sola existencia caracteriza el Espíritu que reinaba en la antigua Europa.

En el siglo XIV, á pesar de la decadencia de las costumbres, merced al respeto con que el pueblo y aun las clases más elevadas de la sociedad miraban todavía al Espíritu Santo, podian los reyes comprometer á la flor de su nobleza á que lo honrase con un culto brillante.

Luis de Tarento, habiendo sido coronado rey de Jerusalen y de Sicilia el dia de Pentecostés del año 1352, instituyó en honor del Espíritu Santo á quien atribuia tan insigne favor, la órden militar del *Espíritu Santo del buen deseo*.

El mismo Luis redactó los estatutos que comienzan así:

"Estos son los capítulos ideados y escritos por el excelentísimo príncipe, Monseñor el rey Luis, por la gracia de Dios rey de Jerusalen y de Sicilia, en honor del Espíritu Santo, inspirador y fundador de la muy noble asociacion del Espíritu Santo del buen deseo, instituida en el dia de Pentecostés del año de gracia MCCCLII.

"Nos, Luis, por la gracia de Dios, rey de Jerusalen y de Sicilia, en honor del Espíritu Santo en cuyo dia, por su gracia, recibimos la corona de nuestros reinos, para exaltacion y aumento del honor, hemos mandado formar una compañía de caballeros, que serán llamados caballeros del Espíritu Santo del buen deseo; y los dichos caballeros serán en número de trescientos; de los cuales Nos, como instituidor y fundador de esta Compañía, seremos príncipe; y lo mismo deberán ser todos nuestros sucesores los reyes de Jerusalen y de Sicilia (1)."

El deber principal de los caballeros era prestar ayuda y socorro al rey en la guerra y en todas las demás ocasiones. Esta disposicion constante al sacrificio estaba simbolizada por un nudo ó lazo de amor en tela de seda colorada, que llevaban colocado sobre el pecho. Por encima del nudo se leia: *Si Dios quiere*. Miéntras Dios no disponia que el caballero acreditase su lealtad con alguna hazaña, el nudo permanecia atado.

Pero si en el combate contra un enemigo superior en número, el caballero habia recibido honrosas heridas, ó reportado alguna victoria notable, llevaba desde este mismo dia su nudo desatado, hasta ir al Santo Sepulcro á rendir á Nuestro Señor Jesucristo el homenaje de su triunfo. A su regreso, volvia á atarse el nudo con este mote: *Quisolo*

1. Véase *Guistiniani. Ist. di tutti gli ordin. milit.*, et *Hélyot, Hist. des ordres religieux.* T. VIII, p. 319, edit. in-4.

Dios, acompañado de una llama, en forma de lengua de fuego, como recuerdo de la figura simbólica en que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles.

Estos guerreros verdaderamente cristianos ayunaban todos los viérnes del año y daban de comer en este dia a tres pobres en honor del Espíritu Santo. Se reunian anualmente en Nápoles el dia de Pentecostés; la celebracion de la fiesta concluia por un banquete que el rey en persona presidia. En el centro del vasto salon habia una mesa llamada la *Mesa deseada*, á la cual se sentaban los caballeros que durante el año habian desatado su nudo. Los que llevaban su nudo entrelazado ya con la llama, recibian además una corona de laurel.

Cuando moria algun caballero, el rey mandaba celebrar solemnes exequias por el descanso eterno de su alma, á las que asistian todos los caballeros presentes. El pariente más cercano ó en su defecto un amigo, seguido del rey y de los demás caballeros, tomaba por la punta la espada del difunto y la ofrecia sobre el altar. En seguida se arrodillaban y rogaban por el alma del caballero; y una vez terminadas las exequias, se suspendia la espada en la pared de la capilla. Recibida de Dios, empleada en el servicio de Dios, volvia á Dios. Si el caballero habia llevado la llama sobre el nudo, se esculpia sobre su tumba una llama de la que salian estas palabras: *Llevó á cabo su hazaña del buen deseo*, y quedaba obligado cada uno de los caballeros á mandar decir siete misas por el eterno descanso del alma del finado (1).

Dos siglos despues, tambien tuvo Francia su órden del Espíritu Santo. Enrique III fué elegido rey de Polonia el dia de Pentecostés del año 1573 y en igual dia del siguien-

1. *Helyot, ubi supra.*

te año 1574, fué llamado al trono de Francia. Con el fin de inmortalizar su agradecimiento al Espíritu Santo, dió este príncipe en 1578 la patente para la institucion de la órden militar del Espíritu Santo, órden que ha llegado á ser tan gloriosa en la historia de Europa. Expresa en ella sentimientos que proporciona tanta más alegría encontrar en boca de un rey, cuanto que á ellos se está menos habituado.

"Habiendo puesto, dice el monarca, toda nuestra confianza en la bondad de Dios, por el cual Nos reconocemos tener y poseer la dicha de esta vida, es justo que nos acordemos y nos esforcemos en darle eternas gracias, y que Nos trasmitamos á toda la posteridad los grandes beneficios que hemos recibido de El, particularmente la de que en medio de tantas opiniones diferentes en materia de religion como han dividido á Francia, haya conservado en ella el conocimiento de su santo nombre, la profesion de una sola fé católica y la union con sola la Iglesia apostólica romana.

"Y por cuanto ha sido de su agrado reunir, por inspiracion del Espíritu Santo en el dia de Pentecostés, todos los corazones y voluntades de la nobleza polaca, y mover todos los Estados de este reino y del ducado de la Lituania á Nos elegir por rey, y despues en el mismo dia Nos llamar al gobierno del reino de Francia; por tanto, para conservar la memoria de todas estas cosas, y para fortalecer y mantener constantemente la religion católica, y para condecorar y honrar la nobleza de nuestro reino, Nos establecemos la órden militar del Espíritu Santo.... la cual órden creamos é instituimos en este reino, á fin de que el Espíritu Santo Nos conceda la gracia de que Nos veamos cuanto antes á todos nuestros súbditos reunidos en la fé y religion católica, y viviendo en adelante en buena amistad y concordia los

unos con los otros...., que es el objeto á que se dirigen nuestros pensamientos y acciones, como al colmo de nuestra dicha y felicidad (1)."

Satanás es el Espíritu de division. El Espíritu Santo es el espíritu de caridad. Si existia algun medio de devolver la union á un reino, cruelmente dividido por las guerras de religion y por las discordias civiles que son su inevitable consecuencia, era seguramente el de restablecer el reinado del Espíritu Santo. Pues en este caso nada más acertado que el pensamiento del príncipe; nada más deseable que la órden que instituyó. El solo hecho de su existencia, era ya un inmenso servicio. Presentando la más alta nobleza agrupada bajo la bandera del Espíritu Santo, proclamaba altamente á la tercera persona de la Santísima Trinidad como elemento social dando ejemplo y leccion á los gobernantes de ahora, y retardaba la época del funesto olvido en que la han dejado.

Los estatutos de la órden eran los más á propósito para realizar los intentos del monarca. El rey de Francia, como gran maestre, prestaba en el dia de su consagracion, con la mano puesta sobre el Evangelio, el juramento: "de vivir y morir en la santa fé y religion católica, apostólica, romana, y de morir antes que faltar á ella; de mantener siempre la órden del Espíritu Santo; de no poder dispensar jamás á los comendadores y oficiales recibidos en la órden; de comulgar y recibir el cuerpo precioso de Nuestro Señor Jesucristo en los dias establecidos, que son el primero de cada año y el de Pentecostés."

Habiendo sido fundada la órden para la propagacion de la fé católica y extirpacion de las herejías, los caballeros prestaban el dia de su recepcion igual juramento de fideli-

1. *Helyot*, t. VIII, p. 406.

dad á Dios, á la Iglesia, al Espíritu Santo y al rey. Los caballeros eran ciento, todos de las familias más nobles, y de buena vida y costumbres. A no serles imposible, asistian todos los dias á misa y en los festivos á la celebracion pública de los oficios divinos.

Estaban obligados á rezar diariamente un misterio de rosario, que debian llevar consigo; además del oficio del Espíritu Santo con sus himnos y oraciones; ó si no los siete salmos penitenciales; y de faltar á esto, quedaban obligados á dar una limosna á los pobres. En los dias de comunion, mandados por los estatutos, debian, fuera cual fuese el lugar donde se encontraran, llevar puesto el collar de la órden durante la misa y la comunion.

El dia siguiente al de su recepcion iban á oir la misa en traje de ceremonia, y el rey presentaba al ofertorio un cirio en el que iban enclavados tantos escudos de oro como años tenia el monarca. Concluida la misa comian con su Majestad, y despues del medio dia asistian á las vísperas de difuntos. Al tercer dia asistian á los oficios que se celebraban por los caballeros difuntos. El rey y los caballeros ofrecian cada uno al ofertorio un cirio de á libra. Además, se celebraban dos misas cada dia en el convento de Agustinas, en Paris, la una por la prosperidad del órden y por los caballeros vivos, la otra por los caballeros difuntos (1).

¡Qué diferencia entre las órdenes militares de los antiguos tiempos y las órdenes modernas!

En tanto que la alta nobleza practicaba con tanto brillo é inteligencia el culto del Espíritu Santo, el pueblo, más fiel todavía á las tradiciones del pasado, lo conserva en su franca, pero enérgica é interesante sencillez. Una buena parte de Europa estaba llena de asociaciones ó *Cofradías*

1. *Helyot, ubi supra.*

del Espíritu Santo. La santificacion de sus miembros por la union fraternal y por la caridad, era el alma de estas preciosas instituciones cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos de la *barbarie*; eran como el Espíritu Santo en accion. Existian señaladamente en la mayor parte de las parroquias de Saboya. En nuestros dias la diócesis privilegiada de San Juan de Mauriena tiene la dicha de conservar hermosos restos de dichas asociaciones.

Las comidas públicas en que tomaban parte todos los cofrades (1) dan lugar á pensar que las asociaciones del Espíritu Santo traen su orígen de las agapas primitivas. Tenian lugar sobre el verde césped á campo raso; se mataba un buey para el festin. No hace mucho tiempo que cortando un enorme nogal, se encontró al lado del árbol secular el gancho de hierro de que se servian para descuartizar la res. Las grandes calderas en que se guisaba el dia de las agapas, existen todavía en muchas parroquias. Habiendo cambiado las circunstancias de los tiempos, las comidas públicas se convirtieron en limosnas generales, tanto para conservar la memoria de la antigua disciplina, como para consolar más eficazmente á los pobres vergonzantes.

Los ricos que en calidad de cofrades tenian parte en las limosnas ó distribuciones, las tomaban lo mismo que los pobres. Así lo hacia el grande, el amable santo de Saboya. Se sabe que San Francisco de Sales llevaba religiosamente en los pliegues de su sotana las nueces que los niños le daban cuando iban á confesar. Las hacia servir á su mesa y decia al comérselas: es el trabajo de mis manos, no hay manjar más delicioso para mí: *Labores manuum tuarum quia manducabis, beatus es et bene tibi erit.*

Pero los ricos, como indemnizacion de lo que recibian y pa-

1. Eran todos ó casi todos los habitantes de la parroquia.

ra que las porciones de los pobres fueran mayores, tenian cuidado de aumentar, ya por donacion, ya por testamento, los fondos de las cofradías. Gracias á su liberalidad, llegaron á repartirse en algunas parroquias hasta cinco limosnas generales al año.

Por las épocas en que tenian lugar, así como tambien por la naturaleza de las cosas que se repartian, se ve que las limosnas tenian por objeto procurar á los cofrades ó algunas diversiones inocentes, tan dulces para los *desheredados del mundo*, ó socorros materiales necesarios para el cumplimiento de las leyes disciplinares de la Iglesia. Así, al principio de la cuaresma habia distribucion de aceite por cuanto entonces no se podian condimentar los alimentos con manteca. El Sábado Santo se daba tocino para que los fieles pudieran preparar su comida con grasa durante la Páscua.

Pero no tener sino alimentos pobres condimentados con grasa en los dias en que la Iglesia se ostenta llena de alegría y los más rígidos solitarios suspenden sus austeridades, era demasiado poco. Por esto el lúnes de Páscua se hacia una distribucion de pan y vino.

A la Ascension, cuando los rebaños comenzaban á subir á las montañas, se repartia sal. En fin, el lúnes ó el mártes de Pentecostés, fiesta principal de la hermandad, se daba sopa, vino y lardo, con lo cual los más pobres podian olvidar un instante sus privaciones habituales. Al presente las distribuciones se hacen solo al comenzar la cuaresma y el Sábado Santo.

Esto no es más que el lado material de la hermandad. Su parte moral consiste en todas las obras espirituales de misericordia, y en primer lugar en el cuidado que se tiene de las almas del purgatorio, en cuyo sufragio se ofrecen

muchas misas y otras buenas obras de varios géneros. Estas manifestaciones de una caridad discreta, haciendo caer sobre los muertos el rocío que les refrigera y les dá paz, proporciona á los vivos intercesores poderosos cerca de Dios y hacen perdurables los vínculos de la fraternidad. ¿Dónde hay una cosa más prudente?

¿Por qué el *espíritu moderno* ha venido ha perseguir y destruir estas admirables asociaciones? Harto lo sabemos; mas ¿por qué no hemos de restablecerlas donde antes existian, ó fundarlas donde no las haya habido? Esto sí que no lo comprendemos. ¿Qué se necesita para hacerlo. Querer.

Quererlo con industriosa prudencia, tomando en cuenta las circunstancias de tiempos y lugares (1). Quererlo con perseverancia, sin asustarse de los obstáculos y teniendo presente que las cosas que son necesarias, al cabo se hacen siempre. Todos los dias se fundan nuevas asociaciones. Pocas parroquias hay que no tengan alguna hermandad en honor de la Santísima Trinidad, á quien lo debemos todo, incluso la Vírgen, ¿será la que únicamente quede olvidada para siempre? ¿Qué pretexto, qué excusa podria tener nuestra indiferencia, sobre todo en los tiempos que corremos?

Satanás no se contenta con mandar en el gran ejército del mal. Con una actividad que no tiene semejante, organiza á nuestra vista sus numerosos adeptos en mil y mil hermandades de iniquidad. Sabe perfectamente que para destruir lo mismo que para edificar, en la union está la fuerzr; y no se equivoca en sus cálculos. Cual campo socavado por los topos, así Europa está animada por los tenebrosos zapadores del satanismo.

1. ¿Qué inconveniente puede haber, por ejemplo, en aprovechar la época de la Confirmacion para realizar este proyecto?

So pena de perecer, tenemos que cumplir con nuestra obligacion de abrir una contramina. Séamos soldados, y soldados resueltos del gran ejército del Espíritu Santo, la Iglesia católica; mas no nos contentemos con esto. Organicémonos en grupos para la ofensiva y la defensiva; opongamos sociedades á sociedades. A las hermandades de Satanás opongamos las del Espíritu Santo; la union da la fuerza. Solo el Espíritu del bien puede vencer al Espíritu del mal, lo que significa, si no estamos equivocados, que todo lo que puede favorecer el reinado del Espíritu Santo, hoy más que nunca, debe estar *á la órden del dia.*

Réstanos hacer una consideracion en apoyo de este culto saludable, y será materia del capítulo siguiente.

CAPITULO XLIII.

(FIN DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Pecado contra el Espíritu Santo.—Su enormidad.—Palabras de Nuestro Señor.—Diferencia entre la blasfemia contra el Espíritu Santo y la que es contra el Dios-Hombre.—La blasfemia contra el Espíritu Santo no es el único pecado contra el mismo.—Lo que es el pecado contra el Espíritu Santo.—Sus diferentes manifestaciones.—En qué sentido es irremisible el pecado contra el Espíritu Santo.—Castigo de este pecado.—Paralelismo entre la ruina de Jerusalen, deicida del Verbo encarnado y de Constantinopla, deicida del Espíritu Santo.—Advertencia á las naciones modernas.—Conclusion.

Si el culto del Espíritu Santo en su parte positiva consiste en acordarse de la tercera persona de la augusta Trinidad, en hacerle oracion y en imitarla; la parte negativa del mismo culto se reduce á huir con el mayor cuidado posible de todo lo que puede apartar de nosotros al divino Espíritu y contristarlo.

Apartarlo. El Espíritu Santo es esencialmente pureza y caridad. A la manera que los malos olores ahuyentan á la abeja, así el sensualismo y el egoismo ahuyentan al Espíritu Santo de toda alma y de todo pueblo que se entregue á cualquiera de estos vicios. ¡Gran asunto para que nuestra época lo medite y se estremezca! Si es verdad que no se conoce ninguna otra tan entregada al sensualismo y egoismo, se infiere que ésta se opone al Espíritu Santo más que ninguna. Pero alejar de sí al Espíritu de vida es, como tantas veces lo hemos dicho, proclamar el reinado del Espíritu de muerte con sus inevitables y desastrosas consecuencias.

Contristarlo. La negligencia en invocar al Espíriu Santo y la infidelidad en seguir sus inspiraciones, sea para ordenar la propia conducta, sea para dirigir á otros individuos ó pueblos, contristan profundamente al Espíritu Santo. El menosprecio en que se le tiene, la injusta preferencia que se concede á oráculos ajenos ó contrarios al Espíritu divino, preparan las más horribles catástrofes; porque conducen á un pecado no ménos irremisible para las naciones que para los individuos. Nos referimos al "pecado contra el Espíritu Santo."

Nos falta darlo á conocer; y ¡ojalá podamos lograr que se le tenga todo el horror que merece!

El Hombre-Dios recorria la Judea curando á los enfermos, librando á los posesos, resucitando muertos. Envidiosos los fariseos de la confianza y amor que sus contínuos milagros le granjeaban, se atrevieron á decir: Arroja á los demonios en el nombre de Beelzebud príncipe de los mismos. Despues de haber el Verbo divino refutado semejante calumnia, añade para hacer ver su enormidad: "Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia serán perdonados á los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y todo el que dijere palabra contra el Hijo del hombre, perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro (1)."

1. Ideo dico vobis: Omne peccatum et blasphemia remittetur hominibus; Spiritus autem blasphemia non remittetur. Et quincumque dixerit verbum contra Filium hominis, remittetur ei; qui autem dixerit contra Spiritum Sanctum, non remittetur ei neque in hoc saeculo, neque in futuro. *Matth.*, XII, 31, 32; *Marc.*, III, 29; *Luc.*, XII, 10.—Santo Tomás explica en estos términos la diferencia entre la blasfemia contra el Espíritu Santo y la blasfemia contra Nuestro Señor Jesucristo. "Cristo hacia ciertas cosas en cuanto hombre, como el comer, beber y otras semejantes;

Donde se ve, que Jesus acrimina á los fariseos porque atribuian maliciosamente al demonio los milagros que el Señor hacia, cuando no podian dudar que eran obra del dedo de Dios. Estos eran su crímen y su blasfemia. La blasfemia contra él Espíritu Santo consistia propiamente en tratar las obras del Verbo divino de obras satánicas, á pesar de la evidencia, y por consiguiente, al Hijo de Dios de agente del demonio, de falsario y usurpador de la divinidad.

"Debe advertirse, dice un sábio comentador, que Jesus no habla aquí de todos los pecados contra el Espíritu Santo, sino únicamente de la blasfemia contra el Espíritu Santo, que se comete de palabra igualmente que con el pensamiento ó con las obras. Y esto sucede cuando se calumnian las obras manifiestamente divinas y milagrosas, piadosas y santas que Dios hace para salud de los hombres y en confirmacion de la verdad de la fé, como por ejemplo, la expulsion de los demonios. Como estas obras son efecto de la bondad y santidad de Dios, se atribuyen al Espíritu Santo; y por esto, el que las calumnia, el que á sabiendas las atribuye maliciosamente á los demonios, blasfema contra el Espíritu Santo, porque le niega á Dios su santidad y su verdad, y osa hacerlo demonio: *Ex Deo facit diabolum* (1)."

El pecado contra el Espíritu Santo no se limita, pues,

y otrás en cuanto Dios, como arrojar los demonios, resucitar á los muertos, etc., lo cual hacía ya por la virtud de su propia divinidad, ya por là obra del Espíritu Santo de que estaba lleno en cuanto hombre. Los Judíos habian blasfemado primeramente contra el Hijo del hombre cuando le dijeron gloton y bebedor de vino y amigo de los publicanos. Pero despues blasfemaron contra el Espíritu Santo cuando atribuyeron al príncipe de los demonios las obras que Jesus hacia por virtud de su propia divinidad y por obra del Espíritu Santo. 2. 2, q. 14, art. 1.

1. *Corn.*, *á Lap. in Matt.*, XII, 31.

á la blasfemia contra el Espíritu Santo, ni á un acto pasajero; se extiende á muchas prevaricaciones y aun constituye un estado permanente. Este árbol mortífero, segun los Padres y los teólogos, en particular Santo Tomás, se divide en seis ramas: "la desesperacion de la salud, la pretension de salvarse sin méritos ó de ser perdonado sin penitencia, el ataque á la virtud conocida, la envidia de la gracia ajena, la obstinacion en el pecado, la impenitencia final," son otros tantos pecados contra el Espíritu Santo (1); porque son de pura malicia, especialmente el tercero, que fué el anatematizado propiamente por el Salvador.

¿Por qué son pecados de pura malicia? Santo Tomás responde: "El segundo género de pecados de pura malicia se comete cuando por desprecio se rechaza y aparta lo que podria impedir que se elija el pecado, como por ejemplo, abandonando la esperanza por la desesperacion, ó el temor de Dios por la presuncion.... Ahora bien, seis cosas nos impiden entregarnos al pecado por parte de los juicios de Dios, por parte de los dones divinos y tambien por parte del mismo pecado.

"Pues primeramente, el hombre se aparta de cometer el pecado por la consideracion del juicio divino que es á la vez misericordioso y justo, y por la esperanza que nace de la consideracion de la misericordia de Aquel que perdona los pecados y premia las buenas obras: pero la desesperacion quita esa esperanza......

"Los dones de Dios que nos apartan del pecado, son dos: el primero es el conocimiento de la verdad, el que se destruye impugnando la verdad conocida para pecar más libremente. El segundo es el auxilio de la gracia interior, con-

1. Desperatio, præsumptio, impœnitentia, obstinatio, impugnatio veritatis agnitæ et invidentia fraternæ gratiæ. *Ap. S. Th.*, 2. 2, q. 14, art. 2.

tra el cual va la envidia de la gracia del prójimo, como cuando alguno tiene envidia, no solo á la persona de su hermano, sino aun á la gracia de Dios que hace progresos en el mundo.

"Por parte del pecado, dos cosas pueden retraernos de cometerlo: La una es el desórden y la torpeza del acto, cuya consideracion suele hacer que el hombre se arrepienta del pecado cometido; á lo que se opone la impenitencia..... en el sentido de propósito de no arrepentirse. La otra es la brevedad y la nada del bien que se buscaba en el pecado segun aquello del Apóstol á los Romanos: ¿Qué fruto sacásteis de aquellas cosas que ahora os dan vergüenza? Cuya consideracion suele determinar al hombre á que no persista en el pecado. Mas todo esto se lo lleva la obstinacion, que es cuando el hombre confirma su propósito de permanecer en el pecado.... Todos estos medios que nos impiden escoger el pecado, son efectos del Espíritu Santo en nosotros. Y por lo tanto, pecar así por malicia, es pecar contra el Espíritu Santo (1)."

El dulcísimo San Francisco de Sales añade: "El pecar es harto comun a la flaqueza humana. Pero sostener tenazmente su propia falta, querer probar que se ha hecho bien en cometerla, llamar bien al mal y poner las tinieblas en el lugar de la luz, es ofender al Espíritu Santo; combatir una verdad manifiesta es condenarse por su propio juicio y ser en cierto modo de réprobo sentido (2)." Esto es en sí mismo el pecado contra el Espíritu Santo: réstanos explicar en qué sentido se dice irremisible.

El Verbo encarnado declara que la blasfemia contra el

1. Haec autem omnia quae peccati electionem impediunt, sunt effectus Spiritus Sancti in nobis; et ideo sic ex malitia peccare, *est peccare in Spiritum Sanctum.* 2. 2, q. 14, art. 1, et art. 2.
2. *Spirit.*, tom. II, part. XI.

Espíritu Santo no será perdonada ni en este mundo ni en el otro. Empero, cuando confió á la Iglesia el poder de las llaves, le dijo sin restriccion: Todo lo que desatáreis sobre la tierra, desatado será en el cielo: á quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados. La Iglesia católica, intérprete infalible de la doctrina de su esposo, enseña cómo no hay contradiccion alguna entre esas palabras divinas: enseña que el Redentor universal no ha puesto ninguna limitacion á su misericordia, que ningun pecado es irremisible en el sentido rigoroso de la palabra, y en la persona de Novato excomulga á quien se atreva á sostener lo contrario.

¿Cómo se ha de entender, pues, eso de que el pecado contra el Espíritu Santo es irremisible? Si se trata de la impenitencia final, es una verdad rigorosa que este pecado contra el Espíritu Santo no se perdona. La impenitencia final es el pecado mortal en que el hombre permanece hasta la muerte. Mas este pecado ni se perdona en este mundo por la penitencia, como es claro, ni en el otro donde no hay redencion. ¿Pero se trata de los otros pecados contra el Espíritu Santo? En tal caso no se entienda que el perdon es absolutamente imposible, sino solo extremadamente difícil. La razon es que el pecado contra el Espíritu Santo no merece remision, ni en cuanto á la pena, ni en cuanto á la culpa.

En cuanto á la pena. El que peca por ignorancia ó debilidad, parece excusable hasta cierto punto: en todo caso, merece ménos castigo. Pero el que peca á sabiendas y por malicia, *ex certa malitia*, no tiene excusa ninguna ni merece disminucion de pena. Tal es el que peca contra el Espíritu Santo.

En cuanto á la culpa. Se declara incurable toda enfer-

medad que por su misma naturaleza rechaza todos los medios de curarla; por ejemplo, cuando hace imposible retener ninguna especie de alimento ó remedio por más que Dios puede siempre curarla. Así el pecado contra el Espíritu Santo se llama irremisible por su naturaleza en cuanto rechaza todos los medios de perdon, puesto que se opone activa y directamente al Espíritu de luz, de gracia y misericordia.

Mas esto no quiere decir que el camino del perdon y de la curacion esté cerrado á la omnipotencia y á la misericordia de Dios, el cual, así como puede siempre curar las enfermedades incurables, puede igualmente perdonar los pecados irremisibles. ¡Gracias mil le sean dadas! De estos milagros de bondad hay ejemplos que presentar (1).

Cuando se reflexiona sobre el pecado contra el Espíritu Santo y sobre las consecuencias que lleva consigo, ¿es fácil no llenarse de temor por la suerte que le espera á una época como la nuestra, en que ese pecado terrible se comete tan frecuentemente y por tan grande número de personas de toda condicion? ¿Son acaso pocos en nuestros dias los que á pesar de reiteradas advertencias se obstinan en el libertinaje del espíritu ó del corazon, y ponen fin á sus dias con el suicidio, ó mueren con la insensibilidad de la bestia? ¿Son pocos los indiferentes que sin cumplir con los deberes esenciales de la religion, se las prometen muy felices para despues de la muerte, diciendo con impía sonrisa que Dios es demasiado bueno para que los pierda? ¿Son pocos los que en sus conversaciones, en sus discursos, en sus diarios, en sus obras, atacan audazmente la verdad conocida? ¿Son pocos los que llevando la blasfemia hasta los límites á que el

1. Per hoc tamen non praecluditur via remittendi et sanandi omnipotentiae et misericordiae Dei per quam aliquando tales quasi miraculose spiritualiter sanantur. *S. Th*, 2. 2, q. 14, art. 3.

infierno mismo no llegó, se atreven por una parte á calumniar todo cuanto pertenece al catolicismo, al Vicario de Jesucristo, al Hijo mismo de Dios; y por otra parte añaden á estos insultos satánicos la glorificacion de todo lo anticristiano, de Júdas, Neron, Juliano Apóstata y del mismo Satanás?

¿Qué es esto, en lábios bautizados, sino el pecado contra el Espíritu Santo con todas las circunstancias más odiosas que puedan imaginarse? ¿Qué suerte les espera á las naciones, que así ultrajan y dejan ultrajar al autor mismo de todos sus bienes? La Providencia ha querido presentar en la historia un hecho que da la respuesta á esa pregunta.

Desde los primeros siglos, dejándose los Griegos llevar del espíritu maligno, no habian cesado de atacar á la tercera persona de la Santísima Trinidad. Macedonio, Focio, Miguel Cerulario, son los padres culpables de esa larga posteridad que insulta al Espíritu Santo. La Iglesia latina, alarmada por el gran pecado de su hermana, nada omite por restituirla á la unidad. Tres veces firman solemnemente los Griegos el símbolo católico y tres veces violan la fé jurada.

En 1439, apenas llegan al Oriente de vuelta del concilio de Florencia, se burlan de la firma que acaban de estampar y vuelven á blasfemar contra el Espíritu Santo.

Este último crímen colma la medida, y el nuevo deicida va á ser castigado como el primero (1). Desde aquí empieza esa semejanza terrible que los observadores cristianos han hecho notar entre la ruina de Jerusalen y el saqueo de Constantinopla. "Para encontrar algo semejante á la ruina de Constantinopla por Mahomet, hay que remontar.

(1) Llamamos á los Griegos *deicidas del Espíritu Santo* en el mismo sentido que San Pablo aplica este nombre á los que con sus pecados *crucifican* de nuevo al Hijo de Dios. *Haeb.*, vi, 6.

se á la ruina de Jerusalen por Tito. Para que los Griegos no pudieran dudar que la causa de su desastre era su rebelion obstinada contra el Espíritu Santo, su capital fué tomada y su emperador fué muerto y su imperio aniquilado precisamente en la fiesta de Pentecostés (1)."

Pocos años antes de la ruina de Jerusalen, un tal Jesus, hijo de Anano, se puso á gritar derepente en el templo: "¡Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos; voz contra los recien casados y las recien casadas, voz por las calles y plazas de la ciudad, repetia incesantemente el mismo grito añadiendo entre lúgubres alaridos: "¡Ay de Jerusalen, ay del pueblo, ay del Templo!" En fin, andando un dia por las murallas, gritó: "Ay de Jerusalen! ¡y ay de mí tambien!" En el mismo instante una piedra lanzada por una máquina enemiga, le dejó muerto en el acto (2).

La voz de la misericordia que habia llamado en vano á los Judíos, cedia su lugar á la voz de la justicia. Lo mismo cabalmente les pasó á los Griegos. Como cosa de dos años (3) antes de la toma de Constantinopla, el papa Nicolás V, despues de haber agotado todos los medios de persuacion, les amenaza con la ruina próxima de su imperio. "Aguantamos todavía vuestra tardanza, les escribió, acordándonos de Jesucristo, Pontífice eterno, que dejó en pié la higuera estéril hasta el *tercer* año, aunque el labrador se disponia á cortarla porque no daba fruto. Nos hemos espe-

1. *Hist. univ. de la Iglesia*, tom. XXII.—Ut intelligan causam exitii sui fuisse pertinaciam in errore de processione Spiritus Sancti, in ipsis feriis Spiritus Sancti capta fuit Constantinopolis á Turcis, imperator occisus, et imperium omnino deletum. *Bellarm.*, *De Christo*, lib. II, c. xxx; vide etiam *S. Anton.*, *Chronic.*, *part.* III, t. II, c. XIII.

2. *Josefo*, *De Bello Judaico*, lib. VII, cap. XII.

3. Octubre de 1451.

rado tres años por ver si á la voz del divino Salvador, volviais de vuestro cisma. Pues bien; si nuestra espera queda frustrada, *sereis destruidos, para que no ocupeis inútilmente la tierra* (1)."

El vicario de Jesucristo mandó al Oriente un legado con estas letras proféticas. Este último mensajero de la misericordia fué el grande y santo cardenal Isidoro, arzobispo de Kief, griego de orígen, y célebre entre los mismos Griegos por el talento que habia manifestado en el concilio de Florencia. Era bajo todo aspecto el hombre más á propósito para reducirlos á la unidad.

Los Judíos no hacen caso de las predicaciones del hijo de Anano; antes le injurian y le pegan. En vez de oir esta voz inspirada, prefieren seguir á los falsos profetas que los excitan á la guerra contra los Romanos prometiéndoles auxilio del cielo.

Los Griegos desprecian las advertencias del Soberano Pontífice, vuelven la espalda á su enviado y se muestran más hostiles que nunca á la union: corren en tropel al monasterio en que reside el demasiado famoso Jorge Escolar y le preguntan lo que deben hacer. El orgulloso monje, sin dignarse salir de su celda, les responde fijando en su puerta un cartel en que se anatematiza á los latinos; y acuden todos los griegos á leerlo como un oráculo. Léamoslo tambien nosotros: "Miserables ciudadanos, decia, ¿por qué os extraviais? Renunciando á la religion de vuestros padres, abrazais la impiedad y os echais encima el yugo de la servidumbre. En vez de contar con los Francos, poned vuestra confianza en Dios. Señor, juro que soy inocente de este crímen (2)."

1. *Apud Reginald.*, an. 1451, n. 1 et 2.
2. Bueno es saber, que este Escolar ó Genadio, cuando estaba

Las palabras de aquel hombre, á quien tenian por profeta, cambian el odio contra los latinos en fanatismo popular. Por las calles de Constantinopla resuena impotente este grito: *¡Fuera los azimistas! ¡No necesitamos del auxilio ed los Latinos! ¡Mejor queremos ver en Constantinopla el turbante de Mahomet que el capelo de Isidoro!* ¿No es este el grito de los Judíos cuando decian: ¡Quítalo, quítalo! No queremos que reine sobre nosotros? Lo mismo que los Judíos, los Griegos esperaban tambien un prodigio que los salvara. Todas los noches se les veia reunidos en las encrucijadas, donde llamaban en su ayuda á la Vírgen, ¡*bebiendo á la salud de su imágen* y colmando de imprecaciones á los Occidentales.

Tito, extranjero y de diferente religion, puso sitio á Jerusalen al frente de su pueblo y la aparicion de las águilas romanas delante de la ciudad de David fué la abominacion de la desolacion en la tierra santa (1). Los Romanos hicieron prodigios de actividad para estrechar sus líneas de circumbalacion y encerrar en un círculo de hierro, ó más bien, en un sepulcro de vivos, á Jerusalen y sus habitantes. Los Judíos se agitaban en el vértigo del orgullo y en el furor de la guerra civil. Como si fuera poco verse acosados por los enemigos exteriores, se dividen en facciones que se despedazan mútuamente y convierten á Jerusalen en imágen del infierno.

Mahomet II, príncipe extranjero y de diferente religion, se presenta bajo los muros de Constantinopla al frente de su pueblo. Este pueblo de infieles se componia de trescien-

en Florencia, era el que más empeño mostraba de presentarse al Papa para ser tenido por el principal autor de la reunion de los Griegos á la Iglesia.

1. Et civitatem et sanctuarium dissipabit populus cum duce venturo: et finis ejus vastitas et.... statuta desolatio. *Dan.*, IX, 26.

tos mil soldados acompañados de una flota de cuatrocientos navíos; y la formidable aparicion de la media luna delante de la ciudad de Constantino era la abominacion de la desolacion en tierra cristiana. Entretanto, Mahomet ansioso de la victoria, forma sus campamentos, dispone sus máquinas y coloca sus cañones. Bien pronto enseñoreándose los sitiadores de todas las obras exteriores, baten de cerca las murallas, rellenan los fosos, abren brechas y se preparan á dar el asalto.

Los Griegos, en vez de unirse, se dividen cada vez más como hicieron los Judíos. Los que parecia que aceptaban el dogma católico tocante al Espíritu Santo, son considerados como impíos. La gran iglesia de Santa Sofía, que era en Constantinopla lo que el Templo en Jerusalen, como habia sido el lugar de reunion de los católicos, "no es para los cismáticos más que un templo pagano, un asilo de los demonios, donde no se deja ni un cirio ni una lámpara. Reinaba en ella oscuridad horrible y triste soledad, imágen funesta de la desolacion á que nuestros crímenes la iban á reducir en breve (1)." Tan ciego es el odio de los sitiados ó tan extrema su cobardía, que una ciudad de trescientas mil almas, reducida á tal apuro, no opone al enemigo más defensores que siete mil ciudadanos y dos mil extranjeros.

Este pequeño ejército hace prodigios de valor, como en otro tiempo los sicarios de Jerusalen. Empero su valeroso esfuerzo no logra más que exasperar á Mahomet, como la resistencia de los Judíos no sirvió sino para exasperar á Tito. El puerto de Constantinopla estaba cerrado con una gruesa cadena que hacia inútil á la flota otomana. Mahomet concibió el audaz proyecto de introducir sus navíos en

1. *Miguel Ducas.*, cap. XXXVI.

el puerto haciéndolos subir á lo alto de un promontorio y deslizándolos desde allí sobre maderos ensebados, hasta el pié de los baluartes de Constantinopla. Este trabajo se hizo de noche, y al rayar el dia los Griegos estupefactos vieron la armada enemiga dentro del puerto.

A fuerza de rudos combates, Tito se apodera de la primera línea de Jerusalen, y de la segunda, y despues de la tercera, y de la ciudadela Antonia, que estaba unida al Templo por un pórtico. Como ni con esto se rindieran los facciosos, entrega la ciudad al saqueo. Penetran los soldados romanos y cometen toda suerte de horrores; el Templo es reducido á cenizas, no queda piedra sobre piedra y pasa el arado por el solar de la ciudad deicida.

Mahomet, estrechando á Constantinopla por mar y por tierra, anuncia el asalto general para el dia 27 de Mayo encendiendo fogatas en todo el campamento. Comienza el ataque el 28 por la mañana; y lo mismo que el de Jerusalen, continúa todo el dia y parte de la noche con increible encarnizamiento. Finalmente el 29. de Mayo, segundo dia de la pascua de Pentecostés, á la una de la noche, cae Constantinopla en poder de los Turcos.

De este modo, mientras que la Iglesia latina, piadosamente reunida en sus templos, celebra con júbilo el aniversario solemne de la venida del Espíritu Santo al mundo y droclama altamente que procede del Padre y del Hijo, los Griegos niegan esto blasfemando, quedan aplastados debajo de las ruinas de su capital y reciben sobre su cerviz orgullosa el yugo férreo de la barbarie musulmana.

Donde se ve, que de las dos más espantables catástrofes de que hace mencion la historia, la ruina de Jerusalen y el saqueo de Constantinopla, la primera es el gran castigo del crímen cometido contra la segunda persona de la Santísima

Trinidad y la segunda el castigo no menos terrible de un crímen análogo contra la tercera persona de la augusta Trinidad.

Más que los Romanos en Jerusalen hicieron los Turcos en Constantinopla, Como los Judíos rechazados por todas partes se refugiaron en el Templo, así los Griegos viéndose perdidos, acuden á la gran iglesia de Santa Sofía. El Templo y la iglesia fueron teatro de tales horrores, que la historia apenas se atreve á recordarlos en bosquejo. Oigamos, no obstante, á un testigo ocular, que es el mismo cardenal Isidoro, griego de nacion, que nos va á pintar la desolacion de Constantinopla, como otro testigo ocular, Josefo, judío de nacion, fué escogido por la Providencia para trasmitir á la posteridad la descripcion del saqueo de Jerusalen (1).

He aquí algunas líneas de su relato: "Habiendo entrado en Constantinopla Mahomet rodeado de sus visires, dos soldados le presentaron la cabeza del emperador Constantino, que mandó clavarla en lo alto de una columas, donde la dejaron hasta la noche. Despues, habiéndola hecho desollar y llenar de paja, la envió como trofeo á los príncipes de los Turcos de Persia y Arabia (2).

No de otro modo Tito, despues de presentarlos en espectáculo á los Romanos, el dia de su entrada triunfal hizo degollar en la prision mamertina á Simon de Gioras y á Juan de Giscala, príncipes de los Judíos.

"Despues de haber sido así ultrajado el vencido, Mahomet entra en Santa Sofía, y como si fuera el Dios del Templo se sienta encima del altar en el lugar reservado á Je-

1. El príncipe de la Iglesia salvó su vida por haber vestido con su traje de cardenal un cadáver, al que los turcos le cortaron la cabeza y le presentaron al sultan con el capelo encarnado.

2. *Apud S. Anton., part. hist.,* c. XIV.

sus, de quien se proclama adversario. Entretanto, sus soldados han inmolado, hiriendo á diestro y sini estro, á cuantos habia en el templo; y añadiendo á la crueldad el sacrilegio, escupen, rompen y pisotean las imágenes de Nuestro Señor y de su Madre Santísima, de los santos y los mártires. Los Evangelios y demás libros de iglesia los desgarraban. Vistiéndose por burla los ornamentos sacerdotales, profanaban del modo más repugnante los vasos sagrados, las reliquias de los santos y todo lo más venerable que hay en la religion (1)."

Como en Jerusalen y en el Templo, así en Constantinopla y en Santa Sofía todo es abominacion y matanza. Más de un millon de Judíos perecen durante el sitio, y los demás son vendidos como esclavos. Cargados de cadenas, condenados á los trabajos públicos ó reservados para que mueran en los combates de los gladiadores, estos rebaños de deicidas llevan por todo el mundo el espectáculo vivo de la desolacion predicha por los profetas; y por espacio de diez y ocho siglos todas las generaciones ven el cadáver de ese pueblo pendiente en la horca de la justicia divina.

Lo mismo pasa en Constantinopla. Los sacerdotes, los religiosos y religiosas, las mujeres, los niños, los ancianos, todos los que sobrevivieron á la gran catástrofe, vinieron á ser presa del vencedor, y amontonados en los parques, los vendian como un rebaño. Vióse entonces á los príncipes, á los barones y grandes señores, con la cuerda al cuello, llevados como se lleva un mulo del cabestro, guiados á latigazos y comprados por la gente baja que los destinaba á ser gañanes y porqueros (2). La masa de la poblacion es em-

1. Mingebant, stercorizabant, omnia vituperabilia exercebant. *Apud S. Anton., ubi supra.*
2. Apud *S Anton., ubi supra.*

barcada en las bodegas de las galeras musulmanas, que al momento se dan á la vela en todas las direcciones. Por espacio de largo tiempo los puertos de Asia y Africa ven puestos á la venta en sus horribles mercados largas cadenas de esclavos, que como los Judíos son dispensados á los cuatro vientos para enseñar á todos los pueblos lo que le sucede á una nacion que osa decir al Espíritu Santo: No queremos que reines sobre nosotros, *Nolumus hunc regnare super nos*.

Constantinopla, lo mismo que Jerusalen, fué de tal manera despoblada, que Mahomet, dice el Cardenal, no dejó en ella ni un griego, ni un latino, ni un armenio, ni un judío; *Nullum incolam intra reliquerunt, non Græcum, non Latinum, non Armenum, non Judæum.*

Así se cumplió en el griego deicida de la tercera perso na de la Santísima Trinidad, la amenaza lanzada y ejecutada contra el Judío, deicida de la segunda. "No serviste al Señor, Díos tuyo, con gozo y alegría de corazon en la abundancia de todos los bienes: servirás al enemigo que el Señor enviará contra tí, con hambre, y con sed, y con desnudez, y con todo género de carestía, y pondrá un yugo de hierro sobre tu cerviz hasta que te desmenuce, traerá el Señor sobre tí una gente de léjos, á semejanza del águila que vuela impetuosamente, cuya lengua no puedas entender. Gente en extremo procaz, que no respetará al anciano, ni se compadecerá del niño; y devorará el fruto de tus bestias y los frutos de tu tierra, y no te dejará trigo, ni vino, ni aceite, ni manadas de vacas, ni rebaños de ovejas, hasta destruirte y desmenuzarte en todas tus ciudades, y hasta que sean derribados tus muros fuertes y altos en que ponias tu confianza (1)."

1. Deuter. xxviii, 48.

Desde que se cumplió literalmente esta amenaza divina, viven los griegos bajo el yugo tiránico de sus vencedores. Hoy mismo, despues de cuatro siglos de humillaciones y castigos, este pueblo tiene ojos y no ve, como el judío tiene orejas y no oye, tiene memoria y no se acuerda de nada, tiene entendimiento y no comprende la leccion formidable que Dios le da en castigo de su obstinada rebeldía contra el Espíritu Santo.

¡Naciones de Occidente! ¡Plega á Dios que esta leccion no sea perdida para vosotras! Tal es el deseo que formulamos al terminar una obra, en el que se pone de manifiesto la accion permanente y soberana que desde el principio de los siglos han ejercido sobre el linaje humano el Espíritu del bien y el Espíritu del mal. Al ver ¡cuán caro cuesta el pecado contra el Espíritu Santo, aprendamos á ordenar nuestros pensamientos y nuestros temores. Ante el espectáculo actual de la corrupcion de las costumbres, de la fascinacion que hoy más que nunca producen las bagatelas y del olvido, por demás general, de los deberes más santos' temblemos por lo que nos espera; pero temblemos sobre todo al pensar que es tan comun el pecado contra el Espíritu Santo.

¡Ojalá que los gobernantes, más aun que los gobernados, tomen sériamente en cuenta la sentencia pronunciada por el legislador supremo contra los que blasfeman del Espíritu Santo, y no olviden que esta sentencia, inmutable como la verdad, permanece suspendida sobre la cabeza de las sociedades que imitan ó toleran á esos blasfemos!

¡Ojalá que tanto en la vida pública como en la privada, tengan muy presente que el hombre, miéntras vive en este mundo, está colocado en la alternativa ineludible de vivir debajo del imperio del Espíritu del bien ó de sufrir la tira-

nía del Espíritu del mal; y que el primero es el Espíritu de vida, vida intelectual, vida moral, vida social, vida eterna; y el segundo es Espíritu de muerte, y como contraposicion adecuada del Espíritu de vida, produce la muerte bajo todo aspecto; á los individuos, la muerte eterna á que los arrastra por el camino de la iniquidad, la afrenta y la servidumbre; á las naciones, que no pueden ir en cuerpo al otro mundo, la muerte social á que las conduce con catástrofes inevitables.

En resúmen: PERDIDO EL MUNDO POR EL ESPÍRITU DEL MAL, NO SE SALVARÁ SINO POR EL ESPÍRITU DEL BIEN.

¿Le queda todavía entendimiento bastante para comprenderlo? Dios lo sabe. Nosotros lo que podemos decir es, que un solo poder es capaz de hacer entender esta verdad capital á los sordos coronados y á los pueblos materializados y distraidos. Ese poder es el clero, pero el clero obrando en la plenitud de su fuerza y de su libertad.

Solo el clero tiene palabras que puedan curar así á los reyes como á los súbditos, y las tiene todas las que son capaces de curar; porque solo él tiene las palabras de vida, todas las palabras de vida. Sí, como no podemos dudar de ellos al valor que no le falta para el cumplimiento de sus deberes agrega el conocimiento de los tiempos, verá que la lucha actual, lucha encarnizada que se extiende á toda la faz de la tierra, es ya de la negacion absoluta contra la afirmacion absoluta, entre el catolicismo del mal y el catolicismo del bien, entre Satanás y el Espíritu Santo que combate, digámoslo así, en persona, y cuerpo á cuerpo al frente de sus ejércitos por la victoria suprema y definitiva.

Plegue al cielo, que ante este espectáculo, el más solemne de la historia, el celo del clero, como el de San Pablo á

vista de la idolatría de Atenas, se inflame con nuevos ardores. El clero, soldado inteligente pero mal comprendido no se desanimará, ni por la imposibilidad moral de la empresa, ni por las burlas del mundo, ni por la apatía de los falsos hermanos.

Los pescadores de Galilea ¿no se atrevieron con César y los bárbaros? Por más que fueron perseguidos y deshonrados, ¿no los vencieron? ¿No vió Satanás rodar sus altares por el suelo desde lo alto del Capitolio para dar lugar al Dios del Cenáculo? No se ha acortado el brazo del Omnipotente. Por otra parte, para los católicos, ahora seamos sacerdotes, ahora simples fieles, la lucha no es cosa de supererogacion, ni materia de cálculo, es un deber. Cualquiera que sea la suerte futura de las sociedades, habremos logrado formar, ó nobles vencedores ó nobles víctimas.

Sea, pues, de hoy en adelante, predicado en todas partes el Espíritu Santo para que vuelva á ocupar en la vida de las naciones el lugar que le es debido y que nunca debió perder; y su culto, harto tiempo olvidado, florezca otra vez en las ciudades y en los campos, y en los lábios de todos los católicos del siglo diez y nueve sea frecuente, como la respiracion, la oracion ferviente del real profeta: "Enviad vuestro Espíritu, y todo será creado; y renovareis la faz de la tierra: *Emitte Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae.*"

Así, y solo así, se salvará el mundo.

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO.

INDICE.

FIN DEL INDICE.